Daniel Sada

Ritmo Delta

Dagoberto es un estorbo para los demás: viejo, ciego, maloliente y maniático, ha consumido su desabrida existencia en escribir legajos que se pudren en cajas. Solo hay alguien que lo aprecia: su nieto Roberto, empleado de una editorial cuyos dueños creen tener la fórmula para el *best-seller* infalible, la cual desarrollan en una serie de manuales tan pedantes como cínicamente mercantilistas. El joven se dedica a memorizarlos letra por letra para quedar bien con sus jefes, y entre tanto encuentra un manuscrito de Dagoberto sobre el sueño y la telepatía. Comienza así la desaforada metamorfosis del invidente en escritor famoso, asistido por el nieto quien, además, es el objeto de los experimentos mentales del anciano y de las intrigas propias del mundo editorial.

Daniel Sada desborda en esta novela los límites de su vena satírica. Con la escrupulosa obsesión por el lenguaje que lo ha convertido en el máximo estilista de las letras mexicanas contemporáneas, desentraña el mundo editorial al mismo tiempo que utiliza el ritmo de las fases del sueño: desde el Delta del sueño profundo, que según el ciego Dagoberto propicia fenómenos telepáticos, hasta el Beta, donde la frustrante racionalidad cotidiana sienta sus reales. La novela recupera las variaciones de velocidad e intensidad de las atmósferas oníricas, y el resultado es una obra sinuosa, polirrítmica, polifónica y decididamente provocadora.

Daniel Sada

Ritmo Delta

ePub r1.0
Titivillus 09-09-2023

Título original: *Ritmo Delta*
Daniel Sada, 2005
Ilustración de la cubierta: *Libros y tela*, Leticia Feduchi

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi esposa Adriana Jiménez
y a mis hijas
Fernanda Sada y
Gloria Lizeth Sada

Llovió después en la alta fantasía

DANTE, *Paraíso*

1

Imaginemos un largo sendero, cada vez más estrecho, y al final una loma de color gris plomizo. Imaginemos eso como lo imaginó el ciego Dagoberto, quien caminaba por otro sendero, no largo y sí retorcido, flanqueado por columnas de cajas casi en desequilibrio. Valga el «casi» como amago, porque a fin de cuentas nada cayó. Ténganse los pasos calculados en concordancia con la suavidad de los tientos; y más aún el sobrio avance; y la paciencia, mucho más; y el miedo, menos, o modificándose para bien. Total que el ciego no fue aplastado sino que salió sano y salvo de aquella estrechez. Su derrotero era la cocina. Tenía hambre. Pero al llegar adonde supuestamente estaba el refrigerador: pues no, no estaba. Tal vez lo habían movido de lugar o en definitiva los familiares se lo habían llevado a la nueva casa.

Y he aquí lo que no cayó: herramientas, libros, cierta papelería fruncida, además de unos treinta manuscritos engargolados, todos magros, así como una cuantía de hojas sueltas con textos truncos y dibujos a medio hacer. Nutrido reparto en cajas pequeñas. Entonces imaginemos la vastedad de lo que los familiares se llevarían —como última mudanza— en cuanto volvieran, pero no volvían. La demora abarcó desde la mañana hasta poco después de la medianoche, de ahí que el ciego hambreado casi rugiera hacia el atardecer; aunque valga de nuevo el «casi» porque pronto encontró en la alacena un buen pedazo de pan duro… Lo que sí que mientras Dagoberto comía, se dijo: *Ya no podré regresar a mi lugar, aquí me quedaré*. Cierto que ni siquiera imaginó lo que había en las cajas, así que la hazaña de librar sin el menor pasmo aquel pasadizo intrincado le pareció tan de albricias que, bueno, ¿para qué correr un nuevo riesgo?… Riesgo debió ser la reaparición de la imagen ya descolorida del sendero y la loma. Una chispa —una figuración— y luego un emborronamiento paulatino. Imagen repetida adrede unas

veinte veces o más desde hacía una semana, acción que habría de derivar en una larga espera ¿de qué o quiénes y por cuánto tiempo? Quiéranse los familiares en tropel: esperarlos ¡pues sí!, aunque… Ya estaba a un tris la calle, la opción postrera, la mendicidad, por si ya de plano… Pero, ¿para qué el lastre?; mejor las bondades de la paciencia contra todos los miedos, como fueron. Yen tanto esperaba y recapitulaba, Dagoberto seguía buscando comida, y nada; el desalojo era real. Y devino el cansancio. Así que, maltrecho y confundido, se durmió en el suelo de la cocina.

El suelo estaba tibio.

Fue un día de febrero cuando ocurrió esto.

2

La casa contaba con una sala-comedor bastante amplia, sobre todo si se le compara con la poquedad de las recámaras. Tres cubos donde a duras penas cabía una cama individual; por ende, dedúzcase el empeño de poner literas: o sea: enojosas escaladas diarias (de unos), y peor aún (y dicho por triplicado): espacio para pocas pisadas con zapatos, o siquiera con chancletas de pasamanería como, las que usaba el ciego. En consecuencia, puro retaque o enrollamiento incómodo. Sin embargo, cabe aclarar que la familia estaba constituida por un exiguo escuadrón. Se empieza por la señora y el señor de la casa; se suman tres hijos varones, de los cuales al primogénito, dados sus veintisiete años de edad, se le podía considerar ya un hombre en vías de provecho, mientras que los dos restantes eran dos simpáticas rarezas de ocho y diez años. A tal conjunto se agrega el ciego, o sea el abuelo, el estorbo, sí, desde hacía un montón de años, o bien podría decirse que desde que perdió la vista a causa de una hipertensión se había convertido en una suerte de dibujo animado.

La mudanza sería a un apartamento. Una pequeñez, una baratura: conveniencia al fin. De por sí, tocante al retaque y a la duración referida (apenas tenían cuatro meses de habitar esa casa rentada), basta imaginar cómo se usó la sala-comedor un día de tantos. Allá se instalaron el señor y la señora. Se trataba de un espacio con un poco más de desahogo, demarcado con tres biombos. Luego también los hijos menores: relajientos, otro espacio alargado para ellos y, ¡claro!, otros tres biombos por acá —una exageración—, siendo que lo más reducido quedó para el hijo trabajador, pero la ventaja de él era que tenía muy a la mano la puerta de salida a la calle.

Se deduce que el menaje de la sala-comedor de nada servía y por lo tanto casi de inmediato fue vendido —hasta eso que muy bien—

a unos vecinos candorosos. Al fin y al cabo la casa nunca fue un antro de reuniones, lo amistoso (invitador) jamás, ¿para qué?, mejor lo antisocial. Ahora bien, ha quedado pendiente el abuelo ciego; al respecto y de refilón se aclara que dos literas fueron adquiridas por los mismos vecinos quienes, dicho sea de paso, andaban a la caza de cuánto por aquí y por allá. En reemplazo, entonces, la compra exasperada de un camastrón matrimonial para los esposos, y para los hijos unos catres acolchonados de mayor tamaño. De resultas, estuvo bien que el ciego se quedara embutido en uno de los cubos, solitario cual debe y algo más a sus anchas, sin el nieto —el ente emprendedor, llamado Roberto— instalado en la cama de arriba por las noches, única persona en el mundo con quien tenía una buena comunicación. Largas conversaciones de arriba hacia abajo o viceversa sobre cuanto tuviese relación con libros y escritura… Pero de eso se hablará más adelante.

Total que ese día de febrero ya no había ningún menaje en el cubo aquel. O sea que al ciego lo dejaron como ostra en una roca. Puede advertirse, pues, que el sufrido desalojo derivó en tantos y tan rítmicos ruidos mañaneros. Gran lapso de ires y venires hasta que, a modo de remate, la voz de la señora sentenció: *Aquí te vas a quedar. En la tarde vendremos por ti*. Y adiós y paso a la resignación en despatarre validando a fuerzas la continuación de un sueño.

Ocio e ínfulas, en principio, con demonches de garabatos, entreverándose como ilusionismo en el subconsciente del ciego. Así que venga de una vez lo que en etapas estaba soñando, y en una de tantas apareció el sendero, mismo que ahora estaba flanqueado por gente benévola redundante en una grandiosa amabilidad que empujaba a Dagoberto a seguir… ¿hasta dónde? Había una loma acullá. Loma de comida chatarra: hartazgo lejano, en consecuencia; dicho sea que el hambre tenía como marco un sol declinante. Sabores que aún no, y sí una variedad de sensaciones a causa del lento transcurrir de las horas, hasta que:

—¿Y ahora tú?, ¿qué haces dormido aquí en la cocina? —exclamó Roberto, quien trabajaba en una empresa editorial y había llegado exhausto a esa casa medio en ruinas. Medianoche fría. La novedad serían las prendidas de focos acordes con los pasos precedentes. Por lo pronto continuaba el azoro del nieto ante el

nuevo arrinconamiento visto como milagroso: Dagoberto rey o señorón dormido o mero ente sin manifestarse; en cambio en su sueño se desarrollaba una afanosa actividad imparable: alguien, algo descolorido, descendía con rapidez por la pendiente de esa loma de acullá, venía de regreso lanzando insultos contra todo. No llegaba, y si llegara… Tal vez un espíritu o un filo demasiado punzante o un cuerpo a flor de agua. Tanto desarreglo que de pronto alcanzó un colmo con el sacudimiento que sobrevino:

—¡¿Qué no me oyes?!, ¡¿qué estás haciendo aquí en la cocina?! ¡Anda, dame la mano, te voy a ayudar a levantarte! —la voz de Roberto ya empezaba a tornarse cavernosa, sólo que el ciego no decía ni pío. Entonces sobrevinieron dos cachetadas no sonadoras para ver si con eso: ¡pas!, ¡pas!, y apenas la respuesta:

—Tengo hambre.

—¿Y cómo hiciste para llegar aquí?

Mudez acaso onírica, entendible a medias por el recién llegado. Aunque ¿despertarlo bien a bien? En tanto, Roberto volteó hacia las columnas de cajas: primera rectificación a ojos vistas: lo intacto: increíble… Tal realidad, pero no, no le satisfacía sacar conclusiones sin ir para comprobar de cerca; bueno, tampoco era necesario realizar el escrutinio tan al detalle, por eso fue que fue: pura aceleración, mucho tanteo hecho a base de reojos y ¡vaya!: al cabo regresó muy sorprendido. Nada más de imaginar de qué artes se había valido el ciego para no tumbar siquiera una caja. La imaginación engargolada en tanto escrito, además de las herramientas, los libros y los papeles sueltos; regajos de paciencia, etcétera. Así la firmeza de las columnas tal cual y a poco resplandeciente. Es que el único acceso a la sala-comedor-recámaras-cocina era esa apretura tal vez diseñada adrede. Opción apenas, como adivinanza, paso a paso. Problemas, tientos, leves fantasías impensadas a merced de una catástrofe. Al fin obstáculo para que el ciego ¿no saliera a la calle?, a la mendicidad ¿liberadora? Recurrencia postrer para ese estorbo indefenso. El odio y sus trampas: sería que el señor y la señora lo querían ver lastimado, ¿muerto? Podía el nieto dilucidar mucho más, pero supo que si se entretenía en conjeturas lo podría sorprender la luz del alba. Entonces no le quedaba de otra que despertar cuanto antes al abuelo. Otras cachetadas leves, y no, por lo que el quinto sopapo

fue tres veces más fuerte, efectivo ¡sí! Pero en el sueño del despatarrado, segundos antes había ocurrido lo siguiente: el hombre que venía de regreso por el sendero lanzando insultos contra todo, de pronto desvió su camino y enseguida se puso a cantar… Canción entre matorrales… Más adelante fue detenido por un señor y una señora imponentes. Ellos lo empezaron a golpear, o mejor, de resultas el cantante fue muy cacheteado.

—¿Por qué me pegan?

—Para que despiertes.

Y ya despierto el ciego identificó la voz.

—¿Tú me pegaste, Roberto?

—Sí.

—¿Y los demás no han llegado?

—No, solamente yo.

No más preguntas, sino la ayuda para el levantamiento: manos con brazos. Lucha minutera. Listo. Y estando el ciego en pie ¿qué? El examen despacioso del nieto: detectar en aquel cuerpo macilento rayas de sangre: primero en las manos, después en la cara, quizá entre el peinado, en la nuca, nada, tampoco algún moretón en esas partes que no estaban cubiertas con ropa; y milagro. Nada, pues. Y para no animarlo a despojarse de sus muy sucios indumentos a bien de verlo de arribabajo ¡pelado!, mmm, prefirió formular la pregunta al respecto: *¿No te lastimaste?* y Dagoberto, que ni se quejaba, nomás negó con la cabeza; sí en cambio clamó con énfasis su necesidad, por inercia, tres veces lo mismo, concreto: *Tengo hambre*, y qué fastidio para… Es que los familiares se habían llevado incluso la comida enlatada…

—Si de plano no te aguantas te puedo llevar a un restaurante, ahora que lo más cerca que hay por aquí abierto a estas horas es una taquería.

—¡Vamos!

Ánimo contra extrañeza. Dos posiciones. La segunda estribaba en que el ciego nunca había sido un glotón. Entonces, por ánimo vengativo, a contracorriente, ¿ahora sí? Ganas de apapacho. ¡Ni modo! Fiesta de llavero: consecuentemente: Roberto el culpable o el sonador de más. Quiérase que a propósito hizo todo ese ruido metálico nada más por ver sonreír al abuelo, y hubo logro por ensalmo: una mueca gustosa pero muda. Dientes azafranados. Fiesta

que insinuaba un paseo en coche, comodidad y desplazamiento no largo, tras meterle doble llave a la puerta principal de esa casa rentada. Salir de un encierro. Aire momentáneo, otro: suculento y efímero, faltando aún el punto fino: el envite, mismo que no tardó en oírse:

—¡Anda, vamos a comer!

3

Hacía tres meses que Roberto Pastrana había conseguido ese empleo asaz redituable. El agobio de hora tras hora de oficina acrecentó sin menoscabo su ya golosa pasión por los libros. Pasión a tal grado enloquecida que, aun cuando en ocasiones le ganara el fastidio, el aprendizaje era tanto y tan sistemático que ni quedándose a diario hasta altas horas de la noche se daba abasto. Y es que Roberto quería absorber cuanto antes todo el torrente conceptual y mercadotécnico que se requiere para que un libro se convierta en un éxito de ventas. Estudio emotivo de fórmulas sobre fórmulas sin llegar jamás a una equis fórmula concluyente, pero sí a una adecuación ¿excitante?, ¿amena?, ¿sentimental? Nada de aclaraciones tácitas… Entonces la recaída inevitable en lo concentrado, memorizando con fervor ciego las codificaciones. Y la comprensión cabal… ¿cuándo…? Algún día… Mientras tanto, decenas de hipótesis cada vez más cercanas a una verdad simple, cual debe. Y así la pujanza: algo para redondear minuto a minuto echando a olvido la vida privada; lo que no sólo era empeño de Roberto, sino de gran parte del personal que laboraba con un ahínco suplementario, incluidos los jefes, pero quien ganaba en desvelo era el que siempre debía ser el último en salir: lo hacía a propósito: Roberto obsesivo, dizque competidor; pretencioso, eso sí; ingenuo tal vez, no obstante ser todo un señor licenciado en letras hispánicas… Que por la carga de trabajo al tope: inenarrable producción bimestral de libros, más lo que implicaba promoverlos, distribuirlos. Una loma de entretenimiento, o bien «productos magros», como allí se les llamaba. Trabajo hormiguero, a rabiar. O sea que el horario ¿cuál? Lo normal era salir a las ocho de la noche, pero eso nunca nadie. En contraposición el empiezo. A las ocho y media de la mañana el fecundo chequeo de tarjetas: la entrada, con algo de flexibilidad, pongámosle al cuarto para las nueve: tolerancia

entendible, por los atascos de tráfico ¿eh?, tal detalle. De modo que ya entrando de lleno en el afanar, digamos que casi —en serio— sin respiro venía rodado el cúmulo de responsabilidades hasta llegar a la saturación de costumbre, ¡claro!, en pos de la excelencia o como se conciba, ¡vamos!, no le quedaban a nadie más que tres cuartos de hora para comer, y a Roberto menos: quince minutos, por propio cometido, nada más para empujarse una torta de jamón y un refresco: sacrificio a expensas de lo no sabroso y de la no distracción, para hacer méritos, llegando por demás al extremo de no ir al baño, aguantarse hasta que ¡ya ni modo! Gran autorrigor… Porque siendo un trabajo tan redituable, habida cuenta de que actualmente en nuestro país sobrepoblado había escasísimas opciones, pues a sacarle jugo, ¡ni hablar!, al señero privilegio, ya que si no… Entonces crecer, abandonándose, desde luego, a la inducción esforzada, mientras tanto… Inducción que hizo idear a Roberto el quedarse a dormir en la oficina al menos una vez por semana. Imaginemos su despatarre en la poltrona fija, pies sobre su escritorio —bonitamente—, por supuesto con el permiso de sus jefes, sólo que pies sin zapatos para que no hubiese rayonazos sobre la dura madera de manzano. En calcetines mejor, más cómodo… Y yendo de nuevo al quid digamos que tal idea tan suya fue muy bienvenida, incluso él ya estaba pensando en pernoctar allí dos o tres veces por semana a sabiendas de que para sus jefes su propuesta no sería descabellada. El pretexto: el estudio, el afianzamiento y, por consiguiente, la palmada en la espalda de parte de uno (o cualquiera) de los de arriba, tan halagüeña. El sacrificio en aras del candor: ¡viva! Aceptado. Un logro posterior fue que sus jefes le permitieran quedarse a dormir en su poltrona de lunes a viernes. Tenacidad locuaz, con hipérboles de alegría, aunque: prohibido empiyamarse y prohibido también traer cobijas. Algún rigor tenía que haber. Que se cubriera con el saco y ¡punto!, quedando al bies una advertencia más o menos ingrata: siempre sería vigilado. De hecho, la empresa contaba con dos veladores, quienes por tumos… Atentos ojeos… La desconfianza, en principio, por si acaso… Y los reportes llegaron al cabo de tres días, no secos, pero sí invariables: el joven Roberto Pastrana se quedaba hasta altas horas de la noche leyendo libros y librotes, también revistas y manuales, así como una buena cantidad de papeles sueltos. Triste

pinta, más aún porque a diario dormía unas cuantas horas. Ciertamente la obvia —y amanecida— hinchazón de ojos, rojura que al paso de los días fue aumentando. La cosa es que, nomás por decoro, pronto debía comprar unas gafas oscuras; pronto hubo también una restricción saludable: durante sábados y domingos no le fue permitido quedarse a dormir. La sensatez de los jefes se cuadriculó tras un resuelto acuerdo entre ellos. Semana inglesa estricta. Hubo, empero, un nuevo permiso, desde luego tendiente a modificarse, cosa de tomarle el pulso a tan extraña manía: sólo por tres noches la pernoctada: lunes, miércoles y viernes. Que si el susodicho quería leer libros y papeles sueltos, bueno, que se los llevara a su casa, autorización dada para martes, jueves y fines de semana. Ahora que, a modo de ir deslindando pormenores, bastó partir del mal olor de Roberto Pastrana. Necesario un buen baño jabonoso mínimo cada dos días. Menester oficinesco. Y he aquí una sobrada deducción: el inmueble empresarial no contaba con regaderas. Luego, otro punto crucial, no faltarían unos cuantos empleados paranoicos que desearan quedarse a pernoctar —debe sobreentenderse que la empresa estaba a punto de convertirse en un hotel sin camas—: ¿eh?, a efecto de agenciarse méritos a cuentagotas para conseguir un aumento de sueldo ¡ya!; surgimiento al cabo de proclamas: a lo que: ahora sí entiéndase la secuela a las claras: hubo más permisos y por ende más pies sobre escritorios; colorido de calcetines de ¿seis o siete empleados? Pobres corazonzuelos ilusos. Por lo tanto, más vigilancia premiosa, recelosa, de ojos de farol ¿casi?, y, de hecho, lo que vino a dar al traste fue la petición de una mujer con ganas de progreso rápido: quería pernoctar —¡¿sentadísima?!— como sus demás compañeros. ¡No! Posible degenere, siendo que esa empleada tenía muy buen cuerpo y contaba apenas con veinticuatro años de edad. Bonita ella. Una delicia que sonreía, digamos, coquetamente. Entonces no. Y un día de tantos hubo junta general. Debidas aclaraciones urgentes. De todo lo que se dijo valga destacar lo siguiente: *No crean que por quedarse a dormir en la oficina les aumentaremos el sueldo. Se les agradece su entrega al trabajo, que es mucho, pero hasta ahí, digo, hasta ahí por el momento. Ahora bien, a ninguna empleada se le permitirá pernoctar, mucho menos si es joven…* Etcétera. Siguieron las restricciones. Tenía que haber un rigor casi de alarma.

Lo incólume por delante, más la consabida entrega a la producción y promoción de aquellos lustrosos «productos magros». Plétora. Hartura. Loma. Tanto por cuanto desechable. Gloria efímera; que si nociva… bueno, al menos no para el diablo…

Ya no pernoctadas de nadie. Cruel decisión de vencida…

Fastidio para Roberto Pastrana; él fue el de la idea…

Los méritos luego…

Sí los desvelos…

Sí el ahínco…

Porque todavía, quizá…

La ganancia para él tuvo que ser más inconspicua. Con su buen sueldo pudo rentar un apartamento curro de tres recamaritas en una zona, eso sí, bastante charra, cercana a la empresa. Bueno es notar que por la comodidad de la distancia aquello de ir y venir, pues, de entrada bien: a pie la ida al trabajo, lo que no hizo nunca, máxime que el regreso, tan nocturno: téngase la gente mala (callejera) de la zona. A fuerzas, entonces, compró un carrito usado, una ganga a crédito, suerte ya inevitable en progresión, cosa de empuje y cumplimiento sólo para tales recorridos de cuadras cortas, aunque los fines de semana las compras de minucias… Las idas a los *malls*… Tanta ganancia aleatoria para ser dilapidada. Se reitera lo de «aleatoria» debido a que casi no vivía donde debía vivir… En sí un sueldazo, como ya se podrá inferir; útil la independencia y en tal sentido basta centrarnos en su cambio vital: zafarse ya del señor y la señora (padre y madre), mas no del ciego, zafe a medias, como se entienda, esto es: no de él porque cuando tuvo vista normal fue un escritor de (dizque) garra, de modo que sólo por tan singular razón el no zafe, aunque: tal vez luego sí. Toda una vida monomaniaca de aquel que pudo ser… ¿cómo?, ¿hasta dónde?, y que ya no, por la ceguera… Aquel que había escrito treinta arranques de novela, cada cual engargolado como si se tratara de una cuantía de libritos listos para su publicación; también treinta y dos novelas más o menos gordas de las cuales únicamente cuatro se publicaron en cuatro diferentes editoriales marginales; algún elogio hubo, o dos, acaso hermosuras al sesgo que al paso del tiempo, mmm… por supuesto que ventas ¡no hubo!, o hubo, pero falta saber si rebasarían los dedos de una mano. Gachez. De resultas y aun así autoestima a contracorriente porque el escritor siguió dándole: egocentrismo en

flor sin mengua de entusiasmo, o nomás porque sí, tanto que, en suma, también se puede agregar un acopio de cuentos y ensayos a medio hacer que de verdad ni viene al caso dar una cifra: fueron muchísimos: rosario de intentos, cajas de imaginación, estorbo al fin, sobre todo si se añade su biblioteca. Ahora bien, el escritor Dagoberto Pastrana tuvo un hijo, de nombre Elías. La madre, llamada Encanto, murió cuando el retoño apenas alcanzaba los quince años de edad. De hecho, lo subsiguiente fue mísero; arrastre de cobija, por decir: vida al garete. Inopia redundante en mala economía, pero… Elías resultó un ente con agallas porque ¡se casó muy joven!, y a cargar con el padre artista, la enojosa manutención desde entonces a la fecha: un estorbo consistente en una lozana —y virtuosa— dejadez buscada, como buscadas fueron las enfermedades a la par que lo escritural (sin rumbo); esto último como remedio diviso, quiérase atenuante. Cero responsabilidades para Dagoberto, lo débil impositivo: ahí: indefenso, muy, mucho, pobrísimo de verdad, y Elías se apiadó de esa mole supuestamente llena de creatividad, por ende: a cargar con ella ¿de por vida?, ¡ojalá que…!, pues casi sí, habida cuenta de que los achaques del padre escritor no tardaron en presentarse a todo tren, o para mayor precisión, el descuido siguió su curso como también el paliativo escritural. Más y más arranques novelísticos, cuentísticos y ensayísticos con bolígrafo en mano (más y más debilitamiento buscado), ya después la pasada a máquina algún día no lejano, lo cual él mismo: con lentitud… Alguna vez: ruidos, por lo común, en encierro… Nunca un cuarto para él, sino compartido con su nieto Roberto (como se dijo), sólo por las noches, así que durante el día… Téngase el estudiar y el trabajar del segundo mientras que el primero: sus muchas horas de palabreo a pasto, mismo al que bien podía llamársele «escritura automática». Mucha soledad… De refilón se aclara lo relativo a los tantos cuartos; es que a cada rato el señor y la señora se cambiaban de casa nomás por el hastío de estar en un aposento de por sí ajeno y entonces como política absurda decidían no pagar la renta y cuando ya presentían el desalojo a fuerzas ¡vámonos!, suerte para encontrar otro aposento mejor o no tan peor, siendo que en ninguno se sentían que digamos muy relajados; él, en primer lugar; ella, llamada Celia Damiana, pues nomás vivía al capricho de su cónyuge, no obstante que

siempre fue una asalariada: Ahora que, ahorritos tenía (dedúzcase un mero goteo extra para lo que hiciera falta), ¡claro!, billetes de baja denominación, pero sí… Pero ¡momento!, no podemos pasar a lo que fue el comienzo de la ceguera del padre escritor sin advertir que pese a tantos cambios de casa la familia nunca llegó a vivir en una pocilga, esto significa que siempre hubo espacio para la cuantía de cajas en mención. Lo embarazoso, entonces, estribaba en la dificultad para la movilización y el acomodo postrer de todo aquello tan prescindible: lo papelero imaginativo, sabio: a medias, que si en concreto inútil, infeliz. Ganas de quemarlo no le faltaron a Elías y a Celia Damiana… Eso algún día.

Y la siniestra cumbre al rojo vivo: como un ave de rapiña vino la ceguera en busca de Dagoberto. Antes: las gafas de cristales pesadísimos: su uso: desde hacía dos años, cada vez con mayor graduación, cambios, gastos para mal, frecuentes exámenes de vista traducidos en desembolsos para el señor y la señora como si se tratara de una destilación normal, asunto cuyo freno sería lo ya de por sí irremediable: que se quedara ciego el fecundo escritor para ya no gastar sin ton ni son, lo deseable tan próximo, hasta que un día muy de mañana, casi después de media hora de haberse despertado, Dagoberto clamó: *¡No veo!, ¡no veo!, ¡caray, no veo*! La duda en derredor, estaban presentes todos los miembros de la familia; dos sonrisas adultas y un rarísimo torcimiento de boca dibujado en la cara de Roberto, mientras que los dos nietos menores ¡ni en cuenta! De suyo, para despeje la reiteración: *¡No veo!, ¡de veras no veo!* Pues ¡lástima!, porque en efecto… Sombras nada más… Ya así podemos imaginar una escena de inmovilidades. Puras estatuas adultas, sí, porque los niños seguían correteando como locos.

Insensibilidad que no duró. Todos terminaron por tocar al abuelo, incluidos los niños. Le querían dar un ánimo caricioso, calmándolo además con un aderezo de palabras bastante agradables. Los niños también a final de cuentas, aun cuando no entendían lo de la ceguera como se debe entender: un supuesto infalible: muerte en vida (casi); luz imposible, o acaso venida de otro mundo una grisura introduciéndose como albor: puro engaño; y mientras tanto aquél haciendo las veces para los demás de dibujo animado (casi y malamente), y lo derivativo: nada de palabras

hiladas o abstracciones a partir de un bolígrafo o una máquina de escribir; nada de ruidos tecleadores, lo mejor; nada de lectura tenida por pazguatez por dos señores que a saber; entonces, muy acá, sólo la amplitud de oído, olfato, tacto y gusto como potencias —¿maravillosas?— que ¿hasta dónde? Grupo armónico, áureo, surgido de un orificio que si profundo y luego ensanchado, que sin tanto hundimiento ni tanta vastedad —¿sí?—. Preferible tener al margen tan negras sensaciones; más bien, preferible rejuvenecer entre sombras a sabiendas de que de ahí en adelante las palabras sonarían de otra manera y significarían mucho más. Freno, por ende, o reposición, tras buscar de contado nuevos tamaños.

Freno, entre otras cosas, porque Elías y Celia Damiana se estaban despidiendo, tenían que ir a cumplir con sus obligaciones laborales, así como llevar a los niños a la escuela. La responsabilidad inevitable: la talacha diaria de cuatro. Obvia ruptura. Entendible la semana inglesa, por lo que ¿cómo sería el próximo fin de semana con la carga de un estorbo que para colmo andaría triplemente sensible, afligido e incluso medio rijoso? Caricatura asaz parlante… Pero, bueno, adiós, ¡ni modo…! Cuatro se fueron como si quisieran desaparecer de este mundo, mientras que Roberto, que aún no conseguía trabajo, se quedó platicando con su abuelo, aunque: de literatura por lo pronto no; de ceguera algo: lo grato de adivinar percibiendo acaso los secretos de un alma, su bondad difusa o sus lances perversos nacidos en una lejanía cada vez más ¿asequible? Almas próximas o no. Oportunidades. Gentilidad. Cada vez más cuestabajo —como bajar de una loma— las sutilezas a modo de afinación siempre en filo. Pero eso estaba por sentirse… Lo que sí que la vida como un recuerdo o un ir componiendo, sin tanto «pero», momentos cual ideas, e ideas cual ensanches, y todo en un delicioso claroscuro. Sueño virgen perpetuo. Pero punto y aparte, digámoslo figurativamente, dado que Roberto también debía salir a buscar trabajo en la inmensa ciudad, comprar periódicos para… En pos de lo práctico. Su anhelo facilón. ¡Ojalá que pronto dejara de ser un desempleado más! Dejar su currículo por doquier… Cierto que ya estaba harto de pedir insulseces de dinero a veces a Elías y por lo general a Celia Damiana… Mendicidad familiar fastidiosa, ¿o no? Pero el emperramiento literario: lo libresco iluminador… Menuda profesión

esa de licenciado en letras hispánicas. Ambigua elección de un hijo fingidamente abstruso, dizque rebelde, siempre contestón de más; dolor de más, por ende, para dos incansables talacheros como eran ese señor y esa señora. Literatos en casa ¡vaya! Y en cuanto a Roberto —mientras tanto—: otro pragmatismo en cierne: lo de la comida para el abuelo: ¡oh triste ciego hipertenso!: estrenándose sin querer como estorbo en serio; pega o quisicosa para el literato menor, dado que pensaba que él sería el encargado de hacerle guisos y guisotes en tanto siguiera como un desocupado visto, incluso, como vergonzoso, y lo peor: como no inteligente, etcétera. Por lo pronto, en virtud de que sus familiares se desentendieron del caso por razones de talacha, pues, o sea: Roberto cocinero: así su ocurrencia: un par de huevos con chile, como empiezo: *¿Quieres?*, preguntó, y sí, de acuerdo, no obstante que se oyó tímida la respuesta del ya ex escritor. Sabor entre sombras expansivo: lo venidero. Que si Dagoberto fuese atendido durante años y años por ese nieto bondadoso y medio culto ¡qué bendición!, pero lo real ¡ya!: no tan afable arranque en el sentido de que para el mediodía la atención habría de desvirtuarse y he aquí el anticipo:

—Como tengo que salir a la calle te dejaré comida hecha.

—No, eso no, porque se va a enfriar. Mejor déjame un plato de pan encima de mi cama. Algo que esté muy a la mano.

Cierto que Dagoberto se encontraba sentado en la cama. Pies desnudos. Casi en posición de flor de loto, de ahí que se sobrentienda lo otro venidero: no se iba a mover durante horas. Grandiosa soledad en ascuas.

—Está bien, no es mala idea.

Presunto adiós… ¿al cabo?

«Salir»: cruel vocablo displicente, cortante en sí, aunque también a expensas de un estiramiento encomiable. Y Roberto salió acelerado luego de servirle a su abuelo el plato de huevos con chile, un par, como se dijo: sobre la cama (en bailongo) aquello manchador en potencia, dependiendo de los movimientos cegatones de quien no estaba entrenado aún en tales tientos. Cálculos por y para… Trasuntos minuciosos. Sea, asimismo (y muy al bies), que por distracción el recién cocinero no tuvo la delicadeza de darle un vaso de leche o de agua, o una taza de café, así que si Dagoberto se enchilaba, pues ¡pobre!

Al paso de los días se repitió tal cual la operación cocinera. Desayuno sí: huevos y más huevos: éste es un vago ejemplo como pudieran ser frijoles y más frijoles o vaya usted a saber qué más. En tanto que el almuerzo… La comida enlatada… Otro cantar los fines de semana: Roberto cocinero afanoso, clavado, asumiendo tal cargo nomás porque su abuelo fue escritor y porque desde luego hablaba de literatura con un entusiasmo fuera de serie. Pero cuando este nieto servicial tuvo la suerte de ser contratado por la superempresa de marras: ah, cocinero ya no; platicador —¿medio artístico?— sí, infrecuente: muy, mucho. Triste cambio en ascenso, sobre todo cuando se suscitó su mudanza al apartamento, ya visitas espaciadas muy nocturnas al de acá; pláticas baldías, rápidas. También los fines de semana la poquedad. Historia en reducción…

Nueva historia aparte. Con desenvolvimiento, sólo que, ¡claro!, sin dejar de hacer tierra: ya rumbo al consumismo…

Antes el señor y la señora pusieron el grito en el cielo: ¿cómo que independizarse?, ¡qué lujo! Que la carga del abuelo, ¿eh? Roberto: ¡espérate!; tienes que echarnos la mano. Tremendo agobio lo del escritor ciego. Pero Roberto se fue; esgrimió un argumento ¿sensible?, ¿redondo?, o ¿cómo?, en fin, como fuese, pero se fue, eso sí, lleno de ilusiones; se fue desde luego cargando una buena dosis de cinismo espiritual y de paso —¿por qué no?— algo conceptuoso. Nueva historia que habría de empezar con la figura de un tobogán. Imaginemos a Roberto a punto de deslizarse por allí: tantas preguntas, y luego ya sin más resbalándose con angustiosa celeridad y comprando de igual forma hasta caer —si todo aquello se juntara a tontas y a locas— en una loma de artículos, montón desechable a las primeras de cambio; él arriba —figuración— sin saber qué hacer; se obvia que hasta abajo estaría en primer término lo indispensable del menaje: una cama; un refrigerador; una mesa con sus cuatro sillas; una lavadora automática; y así en rebaja lo secundario, citemos nomás seis cosas (y que cada quien, si quiere, las clasifique): sábanas, edredones, fundas, tapetes, utensilios de cocina, cestos de basura y un reloj de pared; pero lo demás… pingües pequeñeces metidas en bolsotas, y la carga pandeada con recorrido de muchísimos metros que sería gloriosamente metida en la cajuela de su carrito: idas religiosas a los *malls* sábados y domingos. Casi días enteros de *shopping*: lo que a la postre requería

de un alto y de un ordenamiento, esto es: no andar comprando para no andar acomodando. No sudores. Pasaron dos meses para que se diera el indeclinable sofreno. Paz. Despatarre íntimo. Capítulos de ocio cierta vez, con encobije duradero. Dormir y hartarse de ese engarruñe, en virtud de que al día siguiente (un domingo) efectuaría ahora sí la primera visita de a de veras al ciego, quien, como se podrá inferir, se puso loco de contento luego de oír la voz cavernosa, la tan gratamente añorada, que por fin se metió vivaz en el cubo; es que el ausente llegó como nieto pródigo, presumible su ascenso laboral y vital en tan poco tiempo; largo recuento platicado de lo que significó un cambio hacia una vida positiva (y pura), eso como preámbulo, porque más tarde la plática se hubo de tornar inane, sin reproches ni disculpas, con aclaraciones de refilón de ambos que ni para qué; deslindes tranquilos; lo bueno, no obstante, fue cuando uno de los dos aventuró, a modo de desvío, un mediano embausamiento literario, entonces aquello se transformó en un transporte gozoso que ni para qué describirlo con pelos y señales, basta un resumen al vuelo: fue un colmo circular de pastosas abstracciones y pedanterías de hombres cogitabundos; descréditos y consignas, amén de especulaciones en busca de atisbos rispidos —engrosándose—, o muchos «peros» con sal y pimienta; sólo que tenía que haber un límite. Cinco horas de plática y adiós. Lo que sí que el adiós: «no, espérate», es que la merced cocinera «por favor», es que durante un mes el señor y la señora le estaban dando al ciego únicamente comida fría, enlatada, o puro pan duro ¡qué cabrones!; o sea que huevos con chile no, ni frijoles calientes —¿y por qué el ahora víctima no confesó el maltrato a su debido tiempo?; debió hacerlo para no estar sufriendo de oquis—. Fue entonces cuando Roberto salió a todo aire de aquella apretura cúbica decidido a enfrentar a sus padres.

4

Aprendizaje. Roberto en la oficina corroído aún por la discusión gritona que tuvo con sus progenitores la noche anterior. Larga resaca proclive. Hacia un ahogo lo negro del caso: irremediable estorbo el abuelo: sin lugar en la nueva vivienda, ya no, siendo que al respecto Elías y Celia Damiana pusieron un «hasta aquí» ingrato.

Tantos años de aguante con todo y literatura de por medio o tanto zarandeo de estados de ánimo por parte del achacoso y ahora ciego, amén de una improductividad tan insoportable. Más aún tratándose de una abstracción perenne, como estar en la luna siempre, por lo bajo y por lo alto un inmovilismo, ya oscuro de continuo, que habría que entender. La no escritura y la no lectura ¿y entonces?; modo sufridor sin aliciente, sin premio de nada. Total que a base de gritos Elías y Celia Damiana le pintaron un cuatro a su hijo: véase la opción para él: ¿qué tal la enorme responsabilidad de llevarse al estorbo a su nuevo apartamento junto con sus docenas de cajas? Garlito, si se quiere, para pensarlo, eludirlo, volverlo a pensar: ¿cómo?: tal vez después, pero no tanto, porque ya en dos días la familia tenía que desocupar aquella casa medio en ruinas. Por lo pronto Roberto, al tener un largo rato de inactividad, se puso a leer el manual básico de la empresa, ese que codificaba cuáles eran los requisitos para que un libro de ficción fuese —tralalá— todo un éxito de ventas:

Primera Exigencia: *las novelas publicadas por la Editorial Fronda no deben rebasar las ciento cincuenta páginas, pero tampoco deben ser tan magras que no lleguen a las cien. Todo producto nuestro, leído de principio a fin, no deberá rebasar dos horas ininterrumpidas de lectura; ello considerando que el nivel del lector común es de secundaria…* Adoctrinamiento más y más rígido. Hartos puntos y aparte para evidenciar la dureza de las

sentencias, mismas que para Roberto y demás empleados de su nivel debieran ser regalonas. Trabas para la creatividad vistas como cuadrángulos floridos. Y seguir, por desgaste (a ratos por solaz), recalando en lo muy leído; memorización a rajatabla, pero con la carga de lo embarullado de ayer, la invasión subconsciente, y de todos modos seguir, pese a la resonancia de los gritos… lastre y ¡ALTO! Desconexión ¡ya!, no más lectura porque —cierto— él también fue gritón, sólo que nomás de entrada… Luego, ya vencido, no le quedó de otra que hacerla de apaciguador; además, eran dos contra uno, habida cuenta de que ese «uno» se valía de un argumento sentimental, blandengue sin tilde ni pero, que estaba limitado a lo de la comida enlatada y a lo del pan duro, acaso al descuido, pero el descuido correspondía a todos y, bueno, contra lo expuesto por Roberto estaba el peso de los años de manutención y cuanto implicaba soportar a un vejete sin oficio ni beneficio que para dar al traste despreciaba a todo aquel que no supiera ni pizca de literatura. Se enfatiza el «ni pizca» dado que en tal sentido los gritos de Elías y Celia Damiana habían alcanzado tantos decibeles como tanto fue el chispeo de palabrerío soez nunca antes oído…

E insistir con el manual… *jamás debe decaer el nivel de intriga, para ello el escritor se valdrá…* ¡No, imposible! La resonancia aún, aunque en reducción, siendo que hubo mengua al final. Fue el mismo Elías quien en tono más armonioso propuso mandar al estorbo a un asilo de invidentes (lo feo ¿extremo?), repartiéndose el pago de aquello entre… ¡no, eso no!, alto a tiempo, pero… Entonces Roberto… a ver… si era tan sensible… ¿qué tal la responsabilidad de llevarse al ciego a vivir con él de por vida?, o mejor… este… pensarlo… pensar en lo temporal, lo cual sería de un año, dos, ¡no un lustro! Una largueza asaz literaria, doméstica ¿sí?: *de una serie de conjeturas mínimas que a su vez den pie a una serie de acciones secundarias y también mínimas*… Ya en calma ahora sí el garlito reluciente, antedicho, a lo que Roberto dijo: *Mañana les daré una respuesta definitiva*. Tenía que darla, y el problema: ¿cómo redondearla? Si se optaba por el asilo de invidentes, él debía ser el encargado de llevar a ése a quien debía soltarle una arenga persuasiva ¿sí o no?; entonces pedir permiso para ausentarse de su trabajo durante unas diez horas, lo que jamás, ni de chiste, así que veamos: aún faltaban dos días para el sábado; en ese tenor

dedúzcase que Elías y Celia Damiana sí consiguieron la autorización de sus superiores para ausentarse… ¡ETCÉTERA…! Treta de aquellos contra… Modo de presión ineludible… Y Roberto, que era un empleado ejemplar, bueno, quería serlo más entregándose a la memorización punto por punto —por lo pronto— del manual. De por sí la Primera Exigencia tenía una extensión de dos páginas y media; la cosa era retener aquello de una vez por todas; lo mejor: frase por frase; trasunto que ya casi, ¡ojalá!, para poder pasar a la Segunda Exigencia…

La respuesta a punto…

Acorralado Roberto: llevarse al ciego a vivir con él…

Temporalidad…

Justo en ese momento apareció un empleado llamado José Juan que sin más le dijo a un Roberto Pastrana todavía medio bombo:

—Recuerda que en media hora tendremos una junta.

—¿Junta? —por andar como andaba, a Roberto se le estaban olvidando ciertas minucias laborales. Ningún foco encendido al instante, tampoco alguna intermitencia, y sí una mudez cuyos segundos de duración abarcaron unos diez, doce, quince, muchos, o sea que la reacción tardó—: ¡ah, sí! —y por fin la completez de vicio, cumplidora a medias, debido a que José Juan no pudo evitar hacer un entrecejo fugaz, lo que no obstó para que de refilón añadiera una sosera como ésta:

—Parece que nos darán una noticia importante.

—¡Ojalá!

—Según me contaron, habrá recorte de personal.

—Mmm… ya veremos.

—Bueno, pues… a ver qué pasa.

—No tengas miedo.

—Es que…

—Mira, estoy ocupado, así que por favor…

—Está bien, perdón por haberte interrumpido, pero es que…

—Nos vemos en la junta.

Sabía Roberto que habría recorte —¿se intuye?—; olvido al sesgo, como se dijo, porque un fallo de tal envergadura no era para menos. Por supuesto que eliminarían a los que no se quedaban a trabajar horas extras, de modo que él, estando de gane, era de los que, entre otras cosas, hacía reportes sin miramientos de quienes se

iban nomás llegaba la hora de salida, nomás con ver desde su escritorio el meneito apurón, tal alcance parcial, ya era una suerte de oreja, suerte apenas, dado que tampoco podía descararse yendo y viniendo dizque inquisidor; por ende, con lo dicho como introito, él menos que nadie tenía de qué preocuparse. Cierto que José Juan aparecía en la lista negra de Roberto y de seguro… En fin, ya se vería…

La media hora se diluyó como agua. Concentración. Estudio. Lectura —ahora sí— callandito. Más regodeo que fluidez, penetrando, memorizando, a poco o medianamente, sin hacer baza, no obstante, para irse al cabo el estudioso con vibra óptima a la junta: donde un temblor circundante acompañado de gotas de sudor en resbale (en manos y caras) era lo primero que podía apreciarse (de travieso) en los empleados segundones; en contraste los jefes ¡qué frescura! Frescor en etapas. ¿Aire?, había de sobra, pero la noticia importante… No estaría mal que desde el comienzo se diera, total, ya de una vez la descarga para digerir el trago amargo o el brindis ufano… y lo deseable, pues, ¡chin!, no, porque el comienzo fue lento —la enormidad de la mesa daba cabida a treinta personas cada cual sentada en sillones anchos sin aprietes ni machuques; manos sobre la cubierta: casi todos, pero el nerviosismo a ojos vistas por conteo: veintitrés que sí—. De hecho, como anticipo una disculpa: *En virtud de que la empresa se ha visto obligada a hacer algunos ajustes presupuestales, con la mayor pena, y al margen de nuestras más genuinas intenciones, es menester hacer un recorte de personal*. A plomo la dichosa disculpa, que pese a haber sido dicha con voz bastante suave, tenía que ser punzante para quienes fueran echados, como fue el caso de José Juan Loperena y de quince empleados más allí presentes. Se deduce que la lectura de la crucial lista negra se efectuó con voz todavía más suave. De ahí que quienes se salvaron suspiraron. Suspiros que se oyeron al bies cuando el jefe de la vocecita concluyó aquello con muchísima musicalidad, esto es: el dulce embate elaborado por —sí, y ni dudarlo— Roberto Pastrana, quien, para llenarse de frescura, levantó sus cejas lo más que pudo (arcos de satisfacción) y así las mantuvo durante muchos segundos, o tantos como durara su estrategia de disuasión: lo justo para acordarse de las cajas de allá. Trabajo de mudanza para el fin de semana. Decisión definitiva, de

por sí a regañadientes; amén de contratar un camión; trastornos de movilidad dificultosa, y como punta la procura, dicho sea: a como diera lugar aquello tenía que ser divertido, porque si no… Lo sentimental contundente: ni como ocurrencia; mejor la heladez, acorde con, digamos, la precisión de alguna idea suputa, y a otra cosa. La junta acabó y, por tanto, no sería agradable describir el andar cabizbajo de aquellos dieciséis echados. Sí, en cambio, vale centrarnos en los suspirosos: su fiesta de abrazos al por mayor, desde luego hecha con rapidez porque en cosa de diez minutos tenían que estar en sus lugares para afanarse en sus deberes, en silencio, por supuesto, verlos, aunque seguirlos viendo hasta altas horas de la noche… mmm… Por cierto que el jefe de la vocecita anunció que al día siguiente habría otra junta a la misma hora. Se daría una noticia importante, buenísima, pero aclaró que no se trataba de nuevos despidos sino de un proyecto empresarial de verdad ambicioso. Lo infortunado fue que aquello lo dijo en presencia de los ya despedidos. Gachez hiriente a las claras, pero, bueno, ante todo hay que entender que así son los hombres de empresa.

5

Todo un día hambreado el ciego: adrede, por venganza: la intuición desde acá, acendradamente oficinesca: Roberto haciendo gestos mientras revisaba qué atiborre infeliz de papeles llenos de cifras, aunado al no poder quitarse de la cabeza lo gorgóneo del caso.

Ese día de febrero ¿tan largo?, podría ser un enorme círculo a punto de completarse, más aún si se le empalmaba el día anterior: cuando se dio el griterío. Huelga decir que la resaca perturbadora —cuyos efectos ya se saben— empezó a partir de que Roberto no tuvo el tino de quedarse a dormir allá, nomás para cuidar a su querido y pobre abuelo como si fuese —quepa el símil— un bebé desprotegido; por ende: que su contrariedad se impusiera no fue razón, ni sería, ni nada nunca.

Y el no regreso a su apartamento para dormir mal, moviéndose a cada rato bajo las cobijas de lana. Gran culpa y gran insomnio. Sin embargo, refiramos de nuevo su capacidad de concentración —dubitativa ahora en la oficina—, misma que siguió dándose a tajos, o sea que no, o más bien sí, pero jalándose cada vez más hacia aquella casa medio en ruinas. Cachos de escenas, adivinable el desalojo mañanero como adivinable el ciego en despatarre, sin cama. Un abandono porque sí, de a tiro cruel, con ganas. Así que teniendo este asiento, procede un deslinde obvio: qué más podía importar que el señor y la señora tuviesen un montón de argumentos de peso contra ese vestigio artístico si lo que estaba en juego era la real indefensión de éste; el qué hacer, o cuál alternativa —la mendicidad circunstancial, quizá— tras considerar, sobre todo, que aquel día de febrero era un día hábil y Roberto: esclavo, sin duda gruñendo…

Roberto urgido por ir a salvar a Dagoberto: moribundo allá: ¿de hambre?, ¿por esplín? La muerte no, ni para qué imaginar eso tan de lleno. Faltaría entonces darle ánimos, mínimo uno como:

aguanta, abuelo, aguanta, algo así; pero el debilitamiento: que si inevitable, eso, desde luego, tampoco, pero…

La ida (el rescate) sería a medianoche, ¡ni modo!, y mientras tanto cómo hacerle saber al ex escritor tal intención. Abuelo, iré por ti, te salvaré, pero espérame. Mejor veamos la situación desde allá, a fin de eludir durante un rato la angustia que el nieto emprendedor ya comenzaba a experimentar: ¿temblorcitos y palidez?; repetidas pasadas de pañuelo por la frente: gotitas de sudor amenazando con volverse hilachas. Limpieza: morenez brillosa: más, más oficinesca, sufrida, charolosa, ¡qué pena!, pero a cambio la extraña energía que surgió en el sueño despatarrado de Dagoberto. Primero un sendero y luego una loma, tal marco: que si en relieve toda una armonía muelle, sólo que la actividad estaba en otra parte, digamos que el bullicio apenas se iba acercando…

Imagen interior a modo de enjambre. Por ahí de pronto pasaba un muchachillo correlón, esfumándose —¡volador sin alas!— como una tontería. Por allá, como una estatua flaca, estaba una mujer cuyos ojos a veces se hacían grandes, grandes, más, más tremendos, muchísimo, y al fin ya nada, o poquito, dos pelotillas que, la verdad, cada vez menos, tamañitas, pues, que terminaron por desdibujarse junto con esa flacura tan al avemaria. En tanto el ruido diferido de los cientos que aún no… Después el atiborre de cuerpos, moviéndose, dizque amargo y también aceitado hormigueo: ¡sí!, después, ¡después!; en tanto —aún— la inane relajación ¿sin más?; ¿cruce de mariposas u otros cruces gayos?

Tuvo al fin Dagoberto la imagen exterior más deseada justo cuando despertó. Tercer despertar, a su manera —sólo que ya no momentáneo, como los anteriores— desde que la señora le dijo: *Aquí te vas a quedar. En la tarde vendremos por ti*. Promesa que a saber… En efecto, tercer intento de percibirse a sí mismo desde fuera: ¡ahora sí!: un encuadre para proyectarlo telepáticamente… Dedos cordiales sobre las sienes… Que el nieto oficinesco lo recibiera, ¡ah!, la fidelidad colora lanzada con gracia. Concentración, magnetismo y: UNA OSTRA EN UNA ROCA. Tal fijeza lúcida y ¡vámonos!, una lasca yéndose como desolado achicharre —casi—. Cual roña el envío: áureo estiramiento dorándose feo. Que llegara cuanto antes. Y llegó: a destiempo, o mejor dicho: cuando Roberto saboreaba lenguosamente su torta de

jamón y su refresco de lata, sí, durante los miserables tres cuartos de hora del almuerzo.

No fue la llegada una pura abstracción mental, siquiera Roberto tuviese durante unos segundos la mente en blanco, ¡ojalá!, pero no, más bien fue un vislumbre de reojo, algo, un color sin chiste que descendía sobre el manual abierto que tanto estudiaba como enano nervioso.

Una ostra sobre una superficie rugosa. ¿La imagen recién llegada?… Mera aproximación, o bien, polvillo amarillento —virtual— cayendo sobre ciertas palabras, abarcando por entero cuatro largas frases; lluvia al fin dibujadora: una ostra; cualquiera a veces se figura que hay trazos fugaces en el aire, pero no cualquiera se figura que eso venga de lejos: una ostra en… ¿tal cual? Una somatización telepática que diera a entender el símil: un entrevero parecido a esto: abuelo-despatarre-hambre… luego entonces: ¿ostra-roca?

Lo que Roberto sabía por intuición. En ansias, pues, los últimos masques de torta gigante coronados con el último trago de refresco de lata y de ahí hasta… Por primera vez Roberto estuvo horas y horas desconcentrado; trabajos nimios a medio hacer; semiapatía, semientrega y ¡claro!, las incógnitas de los empleados con quienes tenía que ponerse mínimamente de acuerdo en esto o aquello. ¿Por qué el cambio?, ¿qué le pasaba…? Dejémoslo así: bajo, de plano, para irnos ahora a toda velocidad como se fue Roberto en su carrito rumbo a la casa medio en ruinas luego de que el reloj de pared oficinesco marcó las doce de la noche: por fin (salto olímpico de tiempo), con decir que hasta los vigilantes de la entrada se quedaron estupefactos con el apuro de aquél que sudaba y que casi se trompicaba; entonces avancemos como si nos pasáramos altos, mediana precaución, considerando que los derrapones chirriantes a cada vuelta de esquina eran más fruto de un entusiasmo tórtolo que de una angustia imparable. Total que ya podemos imaginar la llegada jadeante: la casa estaba a oscuras, así que bastó una prendida de foco para, en efecto, el despatarre, pero en la cocina. Milagro. Es que el obstáculo de las columnas de cajas… lo comprobado con rapidez: entrevisto ¡el sendero!, y acá el abuelo que tras una buena sacudida dijo: *Tengo hambre*. ¡Vaya!, estaba vivo. Descanso, al fin, y acorde con lo veloz, situémonos de una vez

cuando Dagoberto y Roberto estaban a punto de salir a comerse unos tacos.

¿Se recuerda?

La intemperie y el asombro de ambos. La suavidad del desplazamiento automotor. Sobre ruedas el hambre de los dos. Presentido el cuelgue del llavero en, antes se oyó apenas el traque de la marcha, así un empuje sentido como caricia: avance en esa oscuridad casi tentona… Logro. Fiesta. Espesor fresco, para abrir, explorar y… ¿qué tan largo sería el trayecto? El olor a cebolla sería como la puerta automática sensible que se abre nomás de atisbar el acercamiento de alguien. Sonreiría el abuelo. Dientes azafranados… Acto seguido: propicio el silencio, bienhechor porque, al compás de los masques de tacos y los tragos de refresco de cada cual, un gozo dual se vaciaría; gozo ramificado en planes, ideas, enmiendas, amén de un desvelo que, bueno, para redondear quepa decir que hacia las tres de la madrugada hacía un frío bastante incapaz.

6

Presumible —y desde luego muy a contrapelo—, el delirio libresco irrumpió en pleno zampe de tacos. Y es que a medida que Dagoberto se iba enchilando, como que le daban ganas de sonreír medio de lado (su mano-biombo por ahí), a bien de disimular lo atroz que estaba siendo su paladeo…

Chicles, para el caso, lo más al alcance, pero es que tampoco el ciego buscaba soluciones mediante un sabor contrario. Entonces, con afán seguir comiendo, seguir sufriendo: dolor placentero, sugestivo acaso, como si con la prolongación del picor, nutriéndose en lo lacrimógeno, tuviesen más hilo sus ideas, sobre todo teniendo en cuenta que a los ciegos les gusta hablar en demasía y en tal punto lo que sí pidió Dagoberto fue que le bajaran el volumen a la música… un sonido de marimba salía de una bocina negra. Petición gritona y presto acatamiento, por aquello de que al cliente lo que pida. Por lo demás, téngase que no había mucha clientela en la taquería.

—Bueno, como te estaba diciendo, ni a los filósofos griegos ni a los latinos les interesó jamás indagar sobre los sueños. Todos los trasuntos oníricos no eran para ellos materia digna de análisis. Pongamos como ejemplo a los presocráticos, ellos estaban tan entretenidos con lo del Ampeyrón, que ni fortuitamente el sueño podría significar la última esencia de la realidad… —real el tono estentóreo, incluso molesto, atiplado o gangoso conforme crecía el enchilamiento, porque, pese a tal arenga presumida en un lugar tan inadecuado, el ciego no dejaba de comer, tenía hambre de veras; llevaba zampados diez tacos al pastor y al parecer se aventaría otros diez.

—Yo sé que para Séneca los sueños estaban asociados con la muerte —atajó Roberto—, aunque no en cuanto a su desarrollo anecdótico (equis sucesión de imágenes), sino en cuanto a su

duración. De ahí que Séneca creyera que la muerte anulaba al tiempo, de tal modo que si el sueño postmortem existiera y durara, por decir, unos cinco minutos, podía abarcar una eternidad.

—Sí, pero tampoco lo daba por sentado, como tampoco lo dio Cicerón, quien hizo una alusión a los sueños más o menos parecida. Cabe entonces suponer que para los antiguos filósofos el sueño era básicamente un enigma como también lo era la inspiración poética. Pero hasta ahí, no más indagación —y la mordida inicial al siguiente taco.

Trámite sápido para dar paso a un desboque plagado de zarandeos: masques tras masques a modo de ejercitar la memoria libresca nomás por nomás. Alusión a seis o siete filósofos de la antigüedad. Que si griegos, que si latinos, por ahí algún chino o algún persa; nociones superfluas —sobre los sueños, estrictamente— dichas en tarabilla en un lapso no mayor de diez minutos: vil desesperación de resultas por tan inútiles trivias a la barata que… a ver… mejor digámoslo así: primero Dagoberto tenía que zamparse todo el taco y darle un sorbo largo al refresco para darle hilo a su retahila (más alusiones sobre filósofos, ahora patrísticos, que habían tocado muy sin querer el tema de los sueños). Y así, cuando perdía gas, otro taco, y de nuevo el palabrerío (oleajes y resacas como para que alguien los contemplara con ¿regocijo?, caos ¿aunque en espiral?); ese modo ya era bien conocido por el nieto —a la postre fueron mencionados Spinoza y los empiristas ingleses; por fortuna, aún no hacía referencia a ningún narrador ni antiguo ni medieval ni moderno, ¡uf!, que si no…— más comida y más erudición, o pura verborrea referencial insufrible, como también sabía Roberto que, de increparlo —atajo pertinente nada más para darle juego a tan caótico devaneo—, aquello empezaría a subir de tono, como ocurrió, tanto que durante un buen rato los

dos-tres

taqueros se quedaron oyendo patitiesos lo que jamás en su entorno, ¡de veras!, al igual que los pocos clientes desvelados: incógnitas, silencio, locura audible sin freno, ajenidad, en consecuencia, y emulando al resto Roberto se limitó a escuchar como zote monigote lo que sin más terminó por convertirse en un exasperado gatuperio; vendría el desgaste, por supuesto, y la secuela entonces habría de

ser el menoscabo efectivo contra ese tono casi retumbante. Ya al final más mordiscos de tacos que palabras, hasta que el ciego dijo: *Estoy lleno*. Empacho presumible: ideas, comida, rapidez, todo reducido a un cierre de pico trompudo y algo tembloroso, por lo cual de inmediato lo siguiente: ir directo a lo práctico. El turno ahora sí de quien en tono persuasivo soltó lo que debía:

—Hoy mismo te llevaré a vivir a mi apartamento.

Mueca agridulce tirando más a regusto: Dagoberto esperanzado; iluminación interior —¿sí?, ¿no?—, repentino el viraje hacia una nueva soledad donde al menos dejaría de sentirse un estorbo, no más reproches, sólo que aún la vibra de una sospecha, porque su nuera le había dicho que vendrían por él (¿se recuerda?) y no sucedió y de por sí como alud vino el crudo desengaño. Te mintieron. Tuvo entonces Roberto que recordarle lo de la última discusión airada, qué no escuchaste algo, ¿eh? Lo más grave expuesto punteó hondo en un YA NO, YA NUNCA. La ruptura. La insensibilidad, tan manifiesta, después de tantos años de enojo mezclado con misericordia. Carga y derrumbe, o dejadez tenida por disimulo, o consciente olvido, o bulto que habría de recoger Roberto, o si no lo inconfesable, como escoria: aquello de que el señor y la señora habían colocado estratégicamente las columnas de cajas para que si el ciego deseara cruzar por allí (único cruce posible, como se asentó), todo o parte de ese mundo de papel y herramientas lo aplastaría: muerte accidental ¡necesaria! Suposición a medias del nieto, dado que la vereda, la estrechez (¿quién fue el de la idea?), la tentativa tras la vacilación, y el libramiento hazañoso…

—Todavía no logro explicarme cómo fue que pudiste cruzar ese amontonamiento.

De buena gana Dagoberto se carcajeó como un payaso gordinflas, esto es: tocándose la panza; quiérase panza-tambor para sus diez dedos que traveseaban a gusto, tantos golpecitos. Luego las manos hechas puño, mismas que fueron llevadas a sus cachetes, leve apriete, modo subconsciente de aplacar su risa; poco el logro porque no llegó a ser un mamarse del todo, sino que pichonamente de nuevo sobrevino el arrebato cual contragolpe: motor que arranca a pujos para pronto convertirse en demencia, al fin ¡grandeza llamativa!, más aún por los tremendos gritos que pegó: *¡Soy un*

héroe!, ¡soy un héroe!, y la perorata (sobredicha) referente al cruce cuyo remate fue: *¡Me salvé de morir!, pese a que estoy ciego. ¡Soooy uuun héeeroooeee!* Entonces ¿grandeza? Más bien molestia para los demás: los poquísimos tan somnolientos de la taquería. ¿Cómo frenar la ingrata murga? Fácil: el taquero principal vino a decir que ya en unos minutos cerrarían y les extendió la cuenta, ¡claro!, algo alterada. No obstante, Roberto no se atrevió a reprender a su abuelo con un «cállate, por favor, ya estuvo suave», no hizo falta, debido a que el gritón volvió a la cordura; mientras tanto el pago sin fijón, tenido por sacudimiento, y a volar, y lo tierno visto: ofrecióle el pagador su brazo a… punto de apoyo ¡tierno! Dos hombres tragones que ¿no dormirían esa noche? Lenta salida rumbo al carrito. Parecían dos compadres dicharacheros que avanzaban al cae que no cae, sosteniéndose con torpeza de primerizos el uno en el otro. Cabelleras banderolas a expensas de una ráfaga fría, casi mordelona. Amor: rareza que huye del encrespamiento de acá atrás. Corto el trayecto aprovechable para que el nieto vaciara su plan: *Te llevaré a vivir conmigo*. La premisa, de hecho, como que subrayando un recale espetado con resignación, acaso con alivio parcial. Así enseguida el recuerdo de las columnas de cajas: vislumbre distante el pendiente en sí, pensando en el retaque hecho a base de desacomodos, siendo que los acomodos serían al «ahí se va» (macabra opresión). La prontitud sudorosa, por las prisas… Lo que sí que había que contratar cuanto antes un camion de mudanzas, hoy pues, en unas horas —cosa global eso, ¡ojo!, tan grave… lo mucho que soltó el nieto antes de treparse adonde debía—; difícil la sentada del ciego en el asiento copiloto; esas y otras complicaciones por venir; y en cuanto a Roberto, nomás avizorando una nueva vida en franco desnivel. Lo peor: el pedir permiso a sus jefes para ausentarse por causa de fuerza mayor (avisar por su teléfono celular y ¡punto!, mejor dicho). No un día entero, por supuesto; tal vez por ahí cerca de las siete de la tarde se presentaría al trabajo, lleno de vergüenza, disculpándose; lo que estaba por verse: ¿un castigo?, ¿sí? —temor entendible—, ¿lo esperado?, ¡vamos!, estaba por verse de todo a todo, pero… Venga de refilón un despeje, incluso no placentero: esto es: agréguese que el asaz responsable tenía que visitar a sus padres mucho antes de que salieran a su talacha: acción tempranera, fea. El nuevo

domicilio estaba… Se lo habían apuntado en un papel, mismo que… ¡Ah, sí!, en la cartera, lo que comprobaría más de rato… Por ende, no dormiría. Es que tenía que desplegar el mapa de la ciudad para la localización de la colonia brava a la que, ¡uf!, ¿dónde? Además, el señor y la señora tenían que informarle si el plazo para el desalojo total era ese jueves o hasta la tarde del sábado. Un detalle al sesgo, visto sin gran atención. Quedaba, empero, la treta suprema: que los recién insensibles señores sacaran las cajas para arrojarlas en un basurero colosal cuyo acceso… suponiendo… nomás de imaginar la tardanza para dar con el punto —de seguro un sitio harto hediondo— y ¿qué sentido tenía si…? Horror posible hecho con regusto, si no es que una quema ¿triunfal?, ¿rencorosa? Vivaz fobia (a la inversa) el no tiempo (en desarrollo) como un nudo que no acaba de apretarse. Floración de paranoias indigestas ¡pues! Pasaban ya de las cuatro de la mañana y el ciego empezó a palabrear como antes. Téngase la suavidad del desplazamiento automotor para detraer de nueva cuenta y muy a sus anchas lo de la imagen telepática enviada hasta donde debió estar muy metido en sus ocupaciones el nieto: así redondeado, entonces, el cuadro de la ostra en una roca, figurando el abandono y el hambre del ente indefenso a lo largo de un día: ¿lo percibiste así? Pero al interpelado se le cerraban los ojos, manejaba con esfuerzo; quería llegar en un voleo a su apartamento, con derrapes chirriantes tras doblar esquinas, pero su pesadez amodorrada y por aposta su cautela en garantía, se impuso lo despacioso ¡ni modo! O sea que su respuesta a lo enviado: recapitulando: sin más ni más recordar la prefiguración fugaz, quizá aquel polvillo amarillento —virtual—, lo que abarcó por entero cuatro largas frases del manual… a ver… ¡sí!: replicar con retruco: dos o tres sensaciones de alarma y, en efecto, hubo un desasosiego en grande. Sin embargo, lo de la ostra no, tan fiel impresión no, tenía que confesarlo abiertamente. Desencanto para el abuelo que en desvelo intentó mostrar su teoría a como diera lugar, ¿le daría tiempo? El apartamento de Roberto estaba en el otro extremo de la ciudad, cerca, como se dijo, de la Editorial Fronda: nueva orilla urbana dizque peligrosa, de modo que lo que alcanzara… A continuación se hará un resumen que ha de interpretarse al ce por be… De entrada el ciego aventuró un nombre como que salido de una espesura: León Allacci, un teólogo cuyas

lejanas fechas de vida fueron
1586-1669,
y quien pese a tener apellido italiano era griego hasta la médula. Viene a cuento la referencia debido a que se trataba de un erudito por excelencia y antonomasia que tuvo la fortuna de conocer la vejez en plenitud, amén de que dirigió la Biblioteca Vaticana durante más de cuarenta años. No escribió éste ni una sola línea ensayística ni de ficción, pero alcanzó notoriedad por sus reveladoras conferencias —emitidas todas de viva voz, o sea sin apuntes— sobre los sueños. Tocante a sus aportaciones se escribió bastante en el siglo XVII y parte del XVIII, y aunque ciertamente se desconoce la cuantía de las tesis, algo polémicas por contradictorias, que de seguro aún existen, debe considerarse que hasta nuestros días lo existente visto y revisto abarca un largo estante de la añeja biblioteca. Así pues, que se hayan perdido libros y librotes sobre Allacci llama a extrañeza, porque lo más destacable de su tributo, ya como asunto científico o ya como afluencia de supuestos con base o sin ella, radica en las cuatro ondulaciones que un sueño ofrece: alfa, beta, gamma y delta, ondulaciones que él llamó «ritmos». Entonces devino lo incitativo. No tuvo empacho Dagoberto en describir de manera áspera y sucinta cada ritmo. De verdad que el tono medio fantochón o de síndrome de catedrático aletargó al nieto, quien deseaba más que nunca zamparse en tres mordidas un chile serrano a bien de mantener incólume su despabile; eso haría de inmediato al llegar a su vivienda, pero mientras tanto… Hete aquí que el ritmo alfa es parietoccipital y se caracteriza por su falta de estímulos visuales. Su lentitud es, si no poco sugestiva, sí muy inanimada e incluso grumosamente gris. Son los bebés quienes más experimentan esta somatización. Ahora bien, en cuanto al ritmo beta, se dice que es paracentral y desde luego un poco más rápido que el alfa, presentándose, por lo común, en gente senil, básicamente a causa de la ingestión excesiva de fármacos, y aunque hay una mínima cadena de imágenes, lo anecdótico es demasiado elaborado. A diferencia de los ritmos anteriores, el gamma es temporoccipital y es siempre sospechoso porque se acelera en demasía, aletargándose de pronto acorde con lo toral —de por sí atroz— que pudiese presentarse en el curso de un sueño; también al respecto se dice que cuando se produce un sobresalto

por lo común el durmiente despierta y ¡ya! Y por lo que toca al ritmo delta, bueno, por ser cortical es múltiple, tantas ondulaciones, siendo siempre variable en sus secuencias. Puede ser rapidísimo o lentísimo o una combinación enigmática de ritmos, pero lo que sí es que jamás obedece a lógica alguna, esto es, tramas con excesivo zarandeo anecdótico y con carácter de ambigua interrupción; además suele ocurrir en espacios abiertos: campos con lomas o prados con nutridas arboledas, así como casas con innumerables habitaciones y un acopio de gente que a saber. Y a partir de lo dicho cabe mencionar que hay dos tesis basadas en las aportaciones de Allacci que coinciden en todo, digamos que casi una es calca de la otra, aunque no en sus conclusiones. Bruno Luzzi
(1603-1655)
asegura que el origen de estos ritmos oníricos es de índole metafísica (recuérdese que León Allacci era teólogo), mientras que Franco Boldini
(1616-1682)
sostiene que la somatización de los sueños es orgánica de principio a fin: trasuntos mentales muy de este mundo, ¿verdad?… Grosera, o acaso fantasmagórica, la memoria de Dagoberto; es que las fechas y los nombres prefiguraban una invención tenaz. Datos a pasto, a poco afilándose para enseguida soltarlos ¿y a ver cómo caían? Cayeron picando en el amodorramiento del nieto, mismo que, como se dijo, tenía ganas de enchilarse para estar alerta… Mejor imaginemos la rojura de sus ojos farolones; pero ya venturosamente nieto y abuelo estaban por llegar al derrotero antedicho… La puerta automática del estacionamiento: lento abrir previsible: nomás con apretar un control. Paso al edificio moderno de diez pisos. ¡Sensacional cambio de aires! Luego: paso al elevador refulgente: todavía la llegada hasta… Vastos olores desenvueltos en redondo para mayor deleite. Esas novedades que empezaban a excitar al ciego. Pasadizo de aromas ¿abridores? Dificultad en balanceo (agarres a fuerzas) aun en el elevador, hasta llegar a un séptimo piso donde dominaba un como aroma a lavanda. La entrada al fin a la limpieza de adentro: el cambio, por ende, experimentado cual olorcito a estoraque —¿por qué?—, y el cansancio de Roberto y la no decisión pronta de dónde diablos dormiría el ciego. La única cama habida era medio matrimonial. Dos cabrían en apriete, y sí:

échate tú allí, anda, ¡allí!, porque yo no, por el momento. Sea que el licenciado mordería chiles, unos que tenía en el refrigerador, es que aquello de los ojos farolones a bien de efectuar con frescura los quehaceres venideros, pero antes el acomodo del bulto humano: ¡zas!, la dejadez a gusto en el lecho tan bien tendido, y mientras ¡ah!, todavía Dagoberto queriendo traer a colación al susodicho León Allacci, entonces con voz rugiente deletreó el nombre nada más para ver qué pasaba. Y algo pasó, en silencio: mejor: es que tal apellido le sonaba a Roberto a modo de escoria vetusta: oído o leído desde hacía muchos años ¿dónde?, ¿cómo?, tenía que acordarse en sazón. Téngase que durante el viaje en el carrito pudo decir: ese nombre lo conozco; pero como no quiso interrumpir al parlanchín… Lo relevante ahora fue que el ciego no se desató verbalmente. Podría estar estupefacto, presintiendo el descogimiento de acciones futuras que desperfilarían una tras otra novedad hasta volverlas rutina; tampoco Roberto quiso asestarle dos o tres órdenes a Dagoberto, sería estomagante y, bueno, en fin, sólo una pregunta al tiro y de vencida: ¿querría el nuevo inquilino dormir con encobije? Respuesta afirmativa, sonora y ¡ya!, no sin deslindar lo que hubo sido la intención en cierne: pudo el nieto colocar al bulto en el sillón anchuroso de la sala (también con encobije), pero como tenía que mantener las luces encendidas de acá, aquél estaría inquieto queriendo abundar sobre las ideas del teólogo erudito y —paso a lo deseable— ¡ya una ruptura, por Dios!

Sobrevinieron los ronquidos a causa del empacho taquero. En un tris tal milagro, por el acueste plácido en la cama. Una honra por pleitesía (dormilona) para el afanar de quien caritativo, o nomás comprensivo, se mostraba más nervioso que nunca. Así que primero los chiles: morder, morder tantísimo hasta gemir, casi atragantarse por la rapidez del atiborre cayendo en la panza; en sí la exasperación a cambio de lo avizor a cruz y raya. Servible, pues, la rojura óptica conseguida, y lo siguiente: pongámoslo, digamos, lo más visible que se pueda: a base de truenes de dedos el aún despierto quería detraer el tenor de qué pasos, qué detalles, y desde luego cuál sería el comienzo. Sí, el ir ya en un par de horas a la nueva casa del señor y la señora. Sí, extender el mapa de la ciudad sobre la mesa del comedor: la localización; en la cartera estaba —¿no?— el miserable domicilio. Cierto que cuando le dieron el

papel con la dirección, a Roberto se le olvidó preguntar si la nueva casa contaba con teléfono, por lo tanto: pago por la inadvertencia, ¡qué lata!, es que la plausible pérdida de tiempo por la ida y el regreso: ¿cuántas horas?: teniendo en cuenta el temprano atascadero de tráfico. De todos modos llevar consigo el teléfono celular para dar el aviso a la oficina, si es que… Sí, tenía que darlo: no tal omisión, no ningún escape, como tampoco podía escapar del cruel desvelo a contracorriente. Cosa de, por lo menos, unas dieciocho horas más.

¿Podría Roberto con eso?

De hecho, el enchilamiento alcanzaría para cuatro horas, si acaso, ¿y luego?

No solía tomar café cargado, pero… con disgusto, acaso…

Lo bruto hipnótico, soporífero, para hacerla de autómata a las vivas; que si en aras de ejercitar la memoria, evitando, de paso, el más intempestivo cabeceo, siendo, asimismo, respetuoso de sus rigores para seguir su plan, habida cuenta que habría de regresar a su encomio diario allá donde las agachadas disculpas debían darse, como majar en hierro frío, y con la certeza de que el regaño sería humillante; entonces como un estira y afloja lo peor apareció: a saber por qué artes de asociación al vapor al licenciado le vino a la cabeza que ese día se llevaría a efecto una junta importantísima.

7

Sentados a la mesa que daba cabida a treinta personas donde en su mayoría figuraban jefes de área, así como uno que otro empleado, de entrada el gerente general dio la noticia esperada: Editorial Fronda creará su propia escuela de escritores.

Plan a mediano plazo. Afinamiento paulatino mediante juntas al por mayor: dos de dos horas por semana, tanto así que en unos ocho meses todo tenía que estar listo para arrancar. Que si el plan de estudios sería de seis semestres o cuatro, era cuestión de hacer los ajustes pertinentes de acuerdo al propio interés empresarial: *Porque debemos formar autores que escriban con base en nuestros parámetros estéticos y comerciales y en tal sentido debemos ser absolutamente rigurosos*. Quepa aquí la cuña relativa al verbo «deber», amable y hostil a la vez, lo que se repetiría hasta el hartazgo como triquitraque, cayendo a plomo en los sesos de los subordinados. Que no se contrataría a escritores de cierto prestigio (o cierta famita equis) para hacer las veces de maestros: ¡no!, sería un desatino, sino que la empresa se arrogaría la responsabilidad de formar también a —digámoslo en lo bajo— una buena banda de profesorsetes conductistas; gente que tuviese plena conciencia de cuáles eran (y serían) los apetitos más comunes y corrientes (cuando no emergentes) del público lector; esto es: lo que a la gente semialfabeta le importaba (y le habría de importar) leer: *Ninguna novela que signifique un reto de lectura*. ¡Jamás eso! *Ni libros que rebasen las ciento cincuenta páginas*, como ya estaba estipulado. Extension que a punta de lanza los autores consagrados de la casa conocían de sobra. También, ¡ojo!, el lenguaje de esta novelería por venir debería ser de secundaria ¿eh? (el recalco), cuando mucho; o sea que: *¡Seamos realistas siempre! Es que debemos partir de que no somos una sociedad de lectores, ¿eh?* Que la dizque exigencia,

que el dizque rigor: ¿cuáles? Entonces de ningún modo tendrían cabida autores pretenciosos; nada de trascendencias ni qué ocho cuartos o aspirantes a premios que, mmm, ¿para qué? *En todo caso, crearemos, a lo mucho dentro de un par de años, nuestro propio premio, mismo que será de dos millones de pesos, o incluso un poco más*. ¿Dos millones de pesos? Los jefes de área se miraban entre sí con muy gestuosa incredulidad. Dineral. Pujanza. Enloquecimiento tal vez, aunque muy al pelo porque a fin de cuentas redundaría en una agresividad mercadotécnica harto eficaz. Libros que agotaran la exorbitante primera edición en, por lo menos, cuatro meses: ¿unos cincuenta mil ejemplares?, por ahí, o más, mucho más ¿verdad? Y justo cuando se hablaba de los dos millones de pesos y sus derivaciones en cuanto a fiera promoción y así en destile un larguísimo etcétera, llegó Roberto Pastrana, algo alicaído, y mostrando delanteramente —imaginémoslo— la rojura de sus ojos farolones: las agachadas disculpas cual sostén de su inducia: lo impropio en un ente tan comprometido como él; que por causas de fuerza mayor, de veras, o treta para evitar explicaciones, en fin, lo a medias comprensible para el resto; colmo: el desvelo, tan conspicuo, y apenas soslayado. Empero, que ya se sentara, ¡por Dios!, para continuar…

Casi tres cuartos de hora de retraso durante los cuales, por deducción, hubo tormenta de ideas, y seguiría habiendo, más que nada porque en ese momento surgió una gran cantidad de preguntas por parte de los jefes de área. Disertación en resquebrajamiento por tanto sobresalto emborrascado y más y más distorsiones a causa de cuántas sutilezas por aclarar; más amagos, más desorden, por supuesto, siendo que tal retrospección sirvió a Roberto para enterarse mal que bien de cuanto se había hablado. Debió, pues, sobrevenir a modo de despeje un dato nuevo, traído a colación en el momento de más dudas. Estaba por discutirse aún el número de alumnos: ¡ah!, eso después. Lo importante radicaba en que ningún alumno podía dar a dictamen su novelita si antes no contaba con su ¡título de escritor!

Venga la zorrez a conveniencia: por decir: a bien de esquivar la improvisación sacarse de la manga dos o tres sentencias: ¿del jefe máximo de la empresa? Freno aparente, acaso minutero, nomás por la impostura: la voz desde lo alto… pero luego la siembra de dudas

con todo y vendaval de perplejidades pasando por encima, con pesadez, eso sí… Bueno, mejor aprovechemos tal lapso de asertos y advertencias para escurrir el real motivo por el cual Roberto no se ausentó de su trabajo durante más horas: sus disculpas (se sabe) serían para el atardecer, pero…

Si acaso durmió veinte minutos: poquedad de cabeceos cuando sentado a la mesa del comedor a bien de revisar el mapa de la ciudad: ¡pues no!, primero la ambigua y mínima recuperación mirando los trazos y sus ojos acorde con sus párpados: el cierre a fuerzas, habida cuenta de su reacción respingona. Total que Roberto se venció después de cabecear algo. Téngase que lo hizo cuando el ciego roncaba a placer; que si por el efecto de los tacos: ¡asco! Así el planeo a partir del distingo del punto; ¿dónde estaba la calle orillera donde sus padres…? Eso habría de verlo al despertar con alarma: por el apuro sin más: eran las cinco y cuarto de la mañana cuando… No debía tardarse en la localización, en virtud de que tenía que dejarle preparada la comida al abuelo. Rapidez efectuada casi por instrumentos: abrir latas (no por ahora los huevos con chile), vaciándolas en platos que enseguida pondría en la mesilla contigua a la cama medio matrimonial. Cupieron cinco (los pensados), ¡viva!, y ojalá que no se mosquearan, eso descartado, debido a que la limpieza de su apartamento requetemodemo era formidable; además lo rentó con servicio de sirvienta diaria incluido, servicio suficiente de seis horas, con lavado de ropa en las alturas donde había un lavabo y una jaula para el cuelgue de lo que tanto (suponemos) debía escurrir. Y lo inminente: ¡qué sorpresa se llevaría doña Imelda cuando viera al ciego —¿quizá?— en despatarre! Ahora bien, se precisa de refilón que la nueva casa de los padres no estaba tan de plano en una orilla urbana, sólo que el acceso… ¡ah…!, previo un enredo de calles donde era dificultoso hallar una ruta, porque nada de que una avenida importante ayudara al tanteo posterior, lo cual pues… amén de ignorar el sentido de conducción del coche; claro que habría enmiendas traducidas en pérdida de tiempo.

Quiérase que haciendo lo debido ganaba minutos: acá mientras tanto aún en encierro: recto, y pese a pese, puesto que deseaba no cabecear ni de chiste, máxime bajo la luz del día, que ya se estaba creando por doquier. Recuerdo en medio de la junta, justo cuando

el repiqueteo de preguntas parecía expandirse, lo incisivo flotando a poco desigual como una marea, vaga elevación y él esquivo, acaso a gusto con sus ladeos, a bien de sacar chiles de su saco y morderlos como que a escondidas (¡imaginémoslo!), y también para crisparse como lo estuvo haciendo en su apartamento toda vez que sentía la amenaza de un tambaleo; la sintió, en efecto, poco antes de salir a la calle tras enchilarse desgraciadamente… Es que el discurso oportuno (contra lo soñarrero de sí mismo), la serie de indicaciones que debía darle al ex escritor; en principio, que hasta medianoche estaría de regreso, en consecuencia la soledad a medias de aquél, a medias por la aparición de doña Imelda. Por ende (retomando), lo violento era que Roberto tenía que zangolotear al imponente roncador, no cachetearlo, promesa para sí, empero aquellos silbos de sueño en plenitud, y a la carga y nada, ni una palabra de protesta o de sorpresa, nada más que el sonido de su musiquita supina dándole amplitud a la imagen de un orificio.

¿Sería un ritmo? Hundimiento feliz, tenacidad, tregua propicia para la perorata del nieto. Indicaciones a granel hechas a base de frases sin subordinación, tan parecidas a los tropos figurativos (cual siluetas) que dan comienzo a un sueño, sobre todo por la cuantía de personajes umbrosos que trepaban por las paredes del orificio (lo atisbado por el ciego), había chequeo en lo alto: desde la luz: pocas cabezas orilleras, que si juiciosas y algo visibles; y lo visto allá abajo como redondel color caqui: una profundidad llena de gente; en su mayoría personajitos cayéndose tras trepar apenas metros arriba; luego su reincidencia, sin fastidio, hasta salir avantes a un campo grande, y entonces a caminar mucho: cierto que muy pocos conseguían eso, pero sí, mientras que otros —también muy pocos— preferían hundirse como que muy gayos o como que muy resignados o incluso como que si oyeran a contento unas dizque indicaciones suaves y truncas: *Regresaré a medianoche*, por ejemplo, o: *Te dejé toda la comida del día en…*, o: *Lástima que no puedas hablarme por teléfono…* Imprevistas sutilezas en chorreo, mismas que por ser cada vez más acortadas parecían un rumor cónsono, precursor de un barullo insoportable. A lo anterior se habrían de agregar las correcciones, en principio el pronto regreso, por ahí al filo del mediodía, con camión de mudanza y hombres hercúleos para el vaciamiento de cajas en la recámara-estudio no

tan poblada de enseres, dispuesta al quita y pon para dicha maniobra: ¡hoy, sin más!, aunque dicho proceder dependía de la información recabada en la nueva casa; sólo que el oír real —a bien de centrar la intención—, hacia la parte final, sobre todo, llegó apenas a modo de vaguido ausculto, como la velocidad posterior del carrito rumbo a donde se dijo.

Ruptura por hartazgo, de por sí, teniendo como antecedente el que el nieto hubiese decidido no cachetear a su abuelo para decirle en un santiamén el total de su sarta.

Y ¡me voy!, ¡ni modo! Qué bien si aquél oyó lo que debía… Es que la prisa jalada por la angustia… Jalado, asimismo, el deseo de aclaraciones, tanto así que para atenuar tan invariable estupor, el nieto procuró pensar en otra cosa. Total que durante el trayecto automotor se presentó esto —un deslinde abiertamente literario, porque veamos—: de todo cuanto hubo leído Roberto de lo escrito por su abuelo poco era salvable. Repaso mental con hastío (son de solaz: a poco; otra angustia empatada con el sinsabor de los claxonazos y el zipizape de los frenones): una desgracia de veras duradera: cuántos años sin premio de nada: siquiera que tuviese un séquito exiguo de lectores. Una devota candidez: a lo mejor lectores que por casualidad se toparan unos con otros y de pronto y de refilón ¡oh!, ¿ya leíste a Dagoberto Pastrana? Sí, sí, es insuperable, y de ahí la cofradía formándose; club, capilla, bola de fanáticos haciendo proselitismo para conseguir más lectores del susodicho autorazo. Alguna vez quizá, acaso en cien años tal realidad a partir del vislumbre de ahora. Sueño de tantos, o puro olvido, pero goteando, ya que podría suceder que los lectores asiduos de Dagoberto Pastrana jamás se conocieran, y entonces… Nada de séquitos o clubs. ¡Bola de anacoretas! Tal vez nada más las ideas que encajan en una mente cualquiera: trasunto interiorista sin ningún comentario publicado en algún periódico o en alguna revista, y no digamos en algún libro. O sea que debía tratarse de lectores bastante solitarios refrescándose a sí mismos, introspectivamente nutriéndose de un modo sin igual, aunque se sabe que quien lee una obra significativa no reprime las ganas de comentársela a otro lector, sea o no sea muy vicioso de dejarse fascinar por tal o cual estilo, lo que en este caso… Es que debiera haber alguien, un fanático de Dagoberto Pastrana, tal vez hubiese

una capilla o un grupo de amigos… ¡Ojalá!

¿Y esto por qué?

Porque de todo cuanto había leído Roberto de lo escrito por su abuelo, viéndolo bien, existía una novela llamada: *El sueño ayuda a la telepatía*. Obra vivaz, no larga, donde el personaje principal era —¡zas!, ¡ya!— León Allacci: el traído a cuento ayer sin un «para qué» cabal, el inventor de los ritmos del sueño. Ahora sí al nieto le caía el veinte, lo que debió ponerlo febril mientras conducía su carrito. Recuerdo ruidoso. Sin embargo ojos más rojos, pero recuperación, aguante, verticalidad de espalda, lo sentado tan deleitoso; incluso Roberto agradeció a su enchilamiento el haberse acordado del personaje tan bueno para eso de pronunciar conferencias.

Y es que estaba seguro de que esa novela causaría un verdadero revuelo en cuanto se diera a conocer, pero ¿quién sería el editor atrevido? Hondo era el estilo, sugestivo, caótico, pero con un cúmulo de significados, sólo que… Editorial Fronda no, ni para cuándo, eso estaba en chino, por decir, y, pensándolo, su tarea futura consistiría en rescatar de aquel mundo de cajas el preciado volumen para releerlo con mirada clínica. Quitarle excesos, numerosas digresiones que pues no, dejando lo puro anecdótico lineal, sin pierde, aunque también reforzando el nivel de intriga acorde con la argumentación, y desde luego sin enrollarse de nueva cuenta. Podas por aquí y por allá. Cuñas metidas para la sustentación rápida, de suyo, a galope. Tarea escritural ¿de él?, ¿en pos de un éxito de ventas? Por encima de todo que fuese una novela excitante en manos de un escribidor como Roberto, una de las que no se sueltan así nomás, sólo porque no contiene reflexiones ampulosas: ¡ya!, hacer lo procedente sin permiso de aquél, porque si no… La dificultad de establecer un común acuerdo: lo casi imposible… La cosa es que cuánto tiempo tendría Roberto que dedicarle a la corrección de *El sueño ayuda a la telepatía*. Luego la disciplina diaria para internarse de lleno en la trama, remoto afán como remoto el sistema ideal para trenzar y destrenzar pormenores, debido a que por el momento se estaban presentando más de tres equívocos en cuanto a la manejada ignorante: que si por esta calle sí; que por allá para acortar; que por aquélla no; sudores tras sudores para consumar la angustia, hasta que a la buena de Dios el

licenciado llegó a la nueva casa de sus padres. Era aún temprano. Los chiquillos estaban desayunados y casi listos para ir a la escuela; y correteaban, como siempre, imparables. Por ende, ahorrémonos la perturbación de cajón —a causa de la sorpresa— del señor y la señora, y optemos por pintar el cuadro climático:

—Vine a buscarlos porque se me olvidó preguntarles si hoy es el plazo para sacar las cajas.

—No, el plazo es de este sábado que viene al siguiente. Tienes como límite las seis de la tarde de ese día —repuso la señora.

Confusión de tiempo, mal cálculo, pero respiro, alivio, mientras tanto. Luego la oficina, la junta. Aún Roberto podía llegar y oír de cabo a rabo la nueva. La urgencia que habría de derretirse a la par que la impostura de la idea de rescribir: León Allacci sería conocido por las multitudes: lo cual «¿en veremos?»: Best-seller Dagoberto Pastrana: ganosa procura, pero después, mucho después; inercia de entrecruzamiento lo anterior modificándose con lo de la mudanza: tan brutal: refriega desplazada, empero, a un segundo sábado todavía distante. Entonces dos pasos hacia atrás: Roberto estaba yéndose; acto fallido sus ansias: es que el nuevo teléfono: lo que se le olvidó pedir desde cuándo; hacerlo con voz suplicante: chispa oportuna; y por consiguiente la duda de aquéllos: el dictado número por número casi como si no… y el apunte en una tarjeta y ¿qué más? De hecho, a modo de empacho vino la advertencia del señor:

—Sólo te pido que no nos vayas a estar hablando a cada rato.

Otro paso hacia atrás: enfado apenas de Roberto que de refilón se acordó de la ropa del abuelo y los cambios venideros por higiene: crasa obviedad: la gran tarea de doña Imelda: lavar extra: ¿cuánto? Consecución escurrida en un tris dando pie a un reclamo quiérase dulce, estratégicamente, a bien de que Elías y Celia Damiana no se fueran a engallar; así un rodeo —¿enternecido?— para acceder al tema de las maletas cuyo retaque: que si pantalones, camisas, un saco, una chamarra, ropa interior y demás: lo del ciego, que se lo dieran: Roberto sonriendo y diciendo mientras veía repetidamente al viso su reloj para enseguida voltear hacia qué horizonte, uno de por sí insulso porque hemos de saber que ese día el cielo estaba anómalo, con unas nubes gordísimas nada disfrutables; y en cuanto al colorido urbano, ¡uf!, la verdad es que no merecía el más mínimo comentario, pero su viraje, cual desapego, en el entendido de que

con eso evitaría espetarles un reproche airado relativo al porqué no se les hubo ocurrido dejar junto con las cajas las maletas: que fuese una siquiera. Sería exagerado poner aquí que hubo un respingo del nieto cuando oyó lo siguiente:

—¡Vendimos la ropa!

Negocito venial desvergonzado, antojo de joder ganando poco, y nula discusión, arranque apenas; o sea que: lo dulce como síntoma: ese tono concluyente correspondía a quien más estaba desesperado por irse… Tono agridulce, más bien, a fuerzas, de suyo doloroso, habida cuenta de que si no la paradoja sí lo idéntico de los otros: por deducción el apuro, la escuela, amén de la puntualidad de dos entes responsables que de plano zapateaban para que hubiese un desconecte; uno propiciador de una ruptura acaso definitiva, más aún porque Elías redondeó su descaro logrero:

—La ropa de tu abuelo era casi tan vieja como él; bueno, aclaro que casi, ¿verdad?, eso lo sabes, y no es broma, así que ahora que vive contigo tienes que comprarle camisas y pantalones nuevos. Te recomiendo que sean de buena calidad, para que le duren.

Todo de perlas para una desmedida irritación del pazguato visitante, más aún tras considerar los grados de cinismo por venir. Sin embargo, culpable EL APURO en igual proporción: «¡vámonos!» y «¡me voy!», sendas expresiones que de un momento a otro… Ni para qué Roberto les preguntara a sus padres el motivo por el cual le aseguraron al ciego que vendrían por él más tarde: vil engaño, y cuantimenos el motivo de haber diseñado con morbo absoluto un sendero estrecho entre tantas columnas de cajas: ¿querrían un aplaste, un accidente mortal para librarse de esa carga humana? Roberto temía un «¡sí!» enfático: Improbable la negativa: ¡nunca!, y en consecuencia todo habría de resultar tan inútil como darle puñaladas al mar. Nunca un «no» sensible que hiciera que ellos se viesen a la cara con desconcierto. Entonces la derrota concebida en forma redonda por el licenciado, no así su adiós como que estirándose con sólo decir: «bueno, hasta luego, estamos en contacto». Posibilidad, necedad, y como último filón de resistencia lo de «estamos en contacto», para no sentir que había perdido el tiempo; es que podía agobiarlos, encajonarlos, con preguntas como: ¿por qué tanta crudeza?, ¿no se arrepienten?, ¿por qué tanto odio?, y de ahí otras cada vez más filosas; tampoco expresiones de ellos

como: «ésta es tu casa»; «ya sabes, lo que necesites»; «no dejes de hablarnos»; ningún ofrecimiento, pues; ahora que, si bien, le habían dado el nuevo teléfono… aunque a regañadientes… ¿y entonces?: insensibilidad real contra él y contra su abuelo vistos como un par de rolleros indeseables. En consecuencia el hartazgo, la ruptura ¿de ahí para siempre?… Y la media vuelta y ¡a volar! De ahí que yendo en sentido opuesto al cortón familiar, no está de más señalar que Roberto tuvo la sensación de que estaba saliendo de un orificio y que iba a desplazarse por un campo grande… envío telepático ¡¿casual?!… Cosa de hilazones entre un sueño equis y una equis vigilia medio a la deriva. Retruco de solaz el largo caminar en medio de ruidos. A esa hora el tráfico estaba en pleno atoro y rabia. Y el apremio estresado… Cambio de carriles con agresividad, búsqueda inútil de atajos, pero llegó adonde —tardanza de tres cuartos de hora— las discordias habrían de desvanecerse para dar paso a una modulación suavísima consistente en: *Habrá un proceso de selección entre los jefes de área que se interesen en instruir a los futuros profesores de nuestra escuela. Quienes se sepan al dedillo nuestros manuales de composición dramática estarán capacitados para dicha función y desde luego recibirán un pago extra bien remunerado*. A estas alturas eso. Parte de la tormenta antedicha y, ¡claro!, tanto por afinar; pero limitémonos a una certidumbre sucinta: proclamado lo de la instrucción, jefes superiores y jefes de área voltearon a ver a Roberto Pastrana, el memorizador, el que más se clavaba en los manuales, ejemplo para todos hasta ese momento, sólo que lo vieron justo cuando extraía un chile de su saco: chile serrano mordido de lado; acto seguido: se hizo un silencio sepulcral; largueza que derivó en carraspeos, casi jolgorio por la abundancia de éstos, hasta que el director general tuvo que sentenciar: *Hemos terminado. Pasado mañana tendremos otra junta donde hablaremos sobre este mismo tema. Propongan iniciativas coherentes para la escuela, serán bienvenidas*. Y a salir y a pensar de una vez. Ya el preludio de la rumia o la brama, en fila, al cabo en disgregación de par en par, excepto Roberto, que con ojos entrecerrados mascullaba en solitario preceptos del manual capital. No caminaba derecho, incluso parecía que de un momento a otro trastabillaría y ¡zas!: ocurrió el percance poco antes de llegar a su escritorio: estrépito dispuesto por Dagoberto: ¿sería?: modo

procaz, como castigo, un designio que podía cumplirse con una caída leve y tolondra, lo que sí, buen logro acá, en conexión y deseo desde el nuevo apartamento donde el ciego gritaba como un energúmeno: «¡Roo-beer-too!, ¡Rooo-beeer-tooo!, ¡Roooo-beeer-toooo!», más, mucho, con lloro por delante, a sabiendas de que no oiría ninguna respuesta del nieto (entonces cáete para que me entiendas y también para que te acuerdes de mí; ¡conecta el accidente conmigo!; idea de remisión —adrede— y ¿cómo la captaría aquél?). Demencia altisonante que minutos después encontró una respuesta impensada: porrazos en la puerta: ¡Cállese!, ¡cállese, por favor!, algún vecino, pero nada de que: ¡Caray!, ¿qué le pasa?, ¿le puedo ayudar…? ¡Nada! Y Dagoberto obedeció niñamente, esto es: un poco temblando. La voz consoladora de resultas: puro regaño huyente. Y acá la tonta caída no pasó a mayores. Fue un accidente sin moretones ni sangre.

Caída en campo grande: por decir: sensación nebulosa y premonitoria, presentida por Dagoberto en santa paz, sólo que moviendo la cabeza a izquierda y derecha, con persistente ritmo lento. Empero, la incorporación triunfal del nieto —vergonzosa pero rápida— porque de ahí en adelante… a ver… el seguir cuesta arriba pese a los brincoteos de su corazón que trabajaba de más, poco sueño y mucho esfuerzo, y no obstante dando trancos seguros hacia un horizonte amanecido, más, más…

Lo posible.

Lo nítido.

Rayos.

Despeje.

Despertar de verdad…

Huelga decir ahora lo peor: el preámbulo incómodo siguiente. Cuestión de minutos… Antes hay que aclarar que nadie ayudó a Roberto a levantarse, más bien hubo risillas reprimidas en torno, acaso envidias en acción indirecta, cumpliéndose tan sólo con mirar nomás para ver qué diantres haría el caído. Sí, fue gracioso el uso que hizo de sus manos. Sin embargo, lo peor llegó un cuarto de hora más tarde cuando sentadísimo Roberto en su poltrona fija, lee y lee un severo manual, ni para cuándo fuese a pensar que su jefe inmediato estaría frente a él, y sí, furioso y colorado, máxime que con un «¡óyeme!» como empiezo, le gritoneó esta lindeza:

—¿Por qué llegaste tarde a la junta?, y luego ¿por qué cabeceabas a cada rato y por qué mordías chiles y más chiles?, ¡qué vergüenza! El director general está retemolesto.

—Es que, como lo dije cuando llegué, tuve un problema familiar de fuerza mayor.

—Pues debes saber que ni aunque se muera tu madre podrás llegar tarde al trabajo.

La madre insensible traída a cuento: tan lejana ya, incluso perdida en esa dimensión urbana: madre chiquita, madre maldita, que si piltrafa maligna o que si insecto amargo… Cierto que durante gran cantidad de años Celia Damiana fue una buena persona, pero ahora… A Roberto no le dolió el insulto, por lo que contestó en agache, tal como si fuese un zote limosnero:

—Está bien, le juro que no volverá a suceder.

Promesa lívida, sin asomo de lágrima, pero con un temblor tan notorio que hizo que al jefe le entrara algo de compasión porque sintió —cual resaca— que se le había pasado la mano. Además advirtió la presencia de algunos empleados dizque en disimulo por ahí: morbo a unos metros, entendible, y:

—Mira, tengo que decirte varias cosas importantes, así que ven, vamos a mi privado.

8

Una carta. La letra estilizada. Sobre azul llamativo puesto en elegante recargue en un tiesto de flores artificiales colocado al centro de la mesa del comedor. Resplandecía en tinta roja el nombre de Roberto Pastrana como que saliéndose en duro relieve, a poco en grados de hinchazón centellante. Un esfuerzo de a de veras. Verlo. A medianoche el contacto en vilo; con decir que asaz sugestionado el destinatario iba abriendo con lentitud aquella exquisitez. Fue un lunes —hasta eso— lluvioso; mal tiempo, pues, y mala, de plano, la notícia leída.

Largueza argumental. Cuatro hojas de palabras útiles para reforzar un rodeo subjetivo, mismo que hasta el final desembocó tímidamente en el meollo. Con mucha pena doña Imelda esgrimía el no poder seguir trabajando de sirvienta. Que porque a diario el ciego le hacía proposiciones indecorosas. Un lenguaje obsceno muy en descarrío, y tan de revés que desde la perspectiva de la más alta decencia estaba muy mal visto. Entonces adiós. Adiós a ese lenguaje puerco, día a día más enmierdado. Ahora que —hay que aclararlo— no hubo agarre cachondo porque pues el ciego ¿cómo?, sí, en cambio, por prepotencia, la vulgaridad de viva voz creció demasiado. El colmo fue el nombrar los órganos sexuales de hombre y mujer de una manera bastante gacha, etcétera. Sin embargo, la criada madurona le sugirió al señor Roberto que hablara con el arrendador para que le enviase a otra persona, una de verdad paciente. Téngase que el aguante de doña Imelda duró apenas unos cuantos días. Hartura y vencimiento. Coraje del desvelado ya consuetudinario. Apriete de labios de Roberto a modo de síntoma para hallar a la brevedad una solución tajante.

Ante ese panorama infeliz, el nieto fue pensando en la empeorada opción del asilo de invidentes. Lo sugerido —¿se recuerda?— en enojo, cuando el alegato airado con los padres

(póstumo, al parecer). Que el apoyo de dinero a medias, pero al respecto la duda, por deslinde, siendo que a estas alturas se había enfriado la relación con aquéllos, los ya insensibles y cínicos y, por lo tanto, tras acomodar al vapor el asunto, el gasto íntegro debía corresponder a quien con bizarría tuvo que asumir el paquete y tomar tal providencia estando desvelado…

Dedujo Roberto que por ser insolente la aún hipotética llevada al asilo estaba obligado a buscar la mejor de las soluciones: pensar con absoluta calma todo, sólo que ¿cuándo la tendría de verdad? Es que la presión del trabajo: castigo a pasto traducido en responsabilidad a pasto, sin recompensa inmediata. Ardor, pues, a contracurso, siempre con ganas de dormir muchísimo, y no, al contrario, cada vez más poco, cuatro horas hondas, aunque, dado el panorama infeliz —al menos por lo leído en la carta— procuró acostarse en friega a bien de abandonarse zorrillón para olvidar provisoriamente…

Se dormía en el maldito sillón largo de la sala. Plante de a tiro tieso, sin engarruñe; una tabla en acueste, de resultas, para precisar de una vez la dureza del descanso, lo cual hizo desde la segunda noche, a conveniencia, porque compartir la cama con el ciego… este…

Mejor veamos lo que pasó: lógico fue que Dagoberto estando en abandono durante gran parte del día y de la noche quisiera hablar a toda brida nomás de sentir la presencia del nieto, que por lo común llegaba soltando un «buenas noches» zanguango. O sea que de nada servía que el llegadizo pretextara venir rendido y así defendiera con mediano brío sus pocas horas de sueño; la comprensión del otro, bueno, quizá, pero ¿cómo?, tendría que ser sólo un retazo compasivo, o en todo caso tendría que ser a la inversa, por aquello de estar sin habla largo tiempo teniendo tanto intelectualismo por destrabar, poniendo en estima colegible lo cierto de que el mayor problema era que la sirvienta no sabía nada de literatura ni de filosofía ni de historia, ya ni mentar la ciencia y sus frialdades: asunto de verdad lejano al abarque del dominio público, y no se digan las abstrusas honduras de la psicología o el esoterismo. Entonces no había descarga sino de vaguedades a las cuales doña Imelda solía responder con un «sí» o «no» de cumplido. Y abundando en la equis largueza de una parquedad, bueno, dígase

entonces «sequedad» y pongámosle «tergiversada», esto es, pudiera calificársele así al apremio de ella por concluir cuanto antes la limpieza del apartamento para irse rauda a la azotea a lavar y lo demás. La desaparición ¿seca?, ¿grosera? Luego ni se despedía la maldita con un «hasta mañana, señor». Por ende, cierta noche Dagoberto le dijo a Roberto: *Doña Imelda es una analfabeta de siete suelas. No alcanzo a comprender cómo es que hay tanta ignorancia en esta sociedad. Yo he sido pobre y sabio. Siempre adoré las bibliotecas y me hice de mañas para comprar o robar libros*. Ejemplo terso, y al cabo gigantesco para despeje claridoso. De ahí, pues, lo esperado con desasosiego: el desquite perendengue, las ganas de darse vuelo con temas tan exclusivos de la escasa gente dizque lectora, tanteos en frangollo en ese tan concreto caso, ¡lo que nunca!, por la rendición soñarrera (e invariable) del que llegaba a medianoche cual fantasma, con sus disculpas, siempre las mismas: bien camanduleras: por lo cual: valoremos un intento clemente de Roberto, quien, en una equis noche, a falta de tapones de hule, con papel higiénico hizo borujos para ponérselos en los oídos, y el entrañable acueste en la cama medio matrimonial hecho a tientas, lo que fue notado, ¡claro!, por el ciego, nomás de sentir el benigno calor del cuerpo muchacho: su reacción gustosa, pero antes de que sobreviniera el desate verboso del que reaccionó, Roberto antepuso una aclaración: *¡Ándale!, compartiré contigo la cama para que puedas hablar*. Buen adelanto a favor de la opción plausible y ahora sí aprovechar. De suyo, el abordaje —a saber por qué— de un tema literario harto inglés: el parangón entre *La isla del tesoro*, de Stevenson, y el *Robinson Crusoe*, de Defoe. Largueza. Todo para desembocar en la idea del viaje sin retorno: lo imprevisto incitador a partir de lo escogido como novedad permanente, que si necesario para la edificación de un *yo* siempre a expensas del desconcierto. Lejanía y soledad buscadas. Aventura algo heroica, pero no tan así, o no para un reconocimiento ulterior, nada de aplausos póstumos; o bien una vanidad demasiado interiorista como pudiera ser la ceguera ¡¿atareada?! —ahora sí el afán de empate inevitable—: EL PROPIO CASO, lo sin retorno; jamás los colores, ¿o sí?, pero nada más cual travesura conceptual muy al «ahí se va». Y de revés la caída hacia lo que en verdad le importaba al ciego sacar a flote: la

edificación del *yo* a través de los sueños. LA OSTENTOSA OPCIÓN. Empero, la caída seguía, en efecto, como para hallar molde a fin de cuentas, y el cuaje, enseguida, sustentado en dos preguntas comprometedoras: *¿Qué no has percibido lo que te envío con toda calina? Dime cómo te han llegado las imágenes de la loma y el orificio, así como del escaso número de personas que caminan por doquier y de la muchedumbre que se queda hundida, pero no inmóvil. Recuerda que ya son muchas veces que ejerzo esta función telepática*. ¿Preguntas comprometedoras? Desde acá el adjetivo —lo que ha de inferirse, digamos, a la llana—, en virtud de que las respuestas ¡ni para cuándo! Es que los borujos en los oídos: dundo impedimento. A lo que: *¡¡¡Te estoy hablando!!*! Que si en el quinto sueño Roberto, tregua a modo; que si su onirismo en apriete. Conflicto a punto, por acto reflejo, porque hubo manotazos del ciego, tantos que de pronto uno fue a dar directo a la cara del dormilón. Despertar y ¡¿quihúbole?! Penosa alharaca y, por ende, el aparte: el nieto rumbo al sillón de la sala sin quitarse sus borujos y sin protestar siquiera con un «ay» por el tan certero manotazo. Antes: otras cobijas, no sábanas (¡qué lujo!): lo sacado en tinieblas, infeliz; acarreo autómata y lamento mudo: ¿por qué diablos me pegó? Lo inexplicable quedando cual pingajo medio tenebroso, y lo solucionable final: un cojín podía hacer las veces de almohada.

Que si hubo gritos, pues que hubiera. Ténganse los borujos defensores. Que si no hubo… Téngase la comprensión del ciego y ¡basta!

Comprensión, aunque lo venidero: la vulgaridad tenida por inmediatez facilona encamada en la sirvienta, la ignorante de tanto, mas no de sexo, supuestamente. Entusiasmo volcado hacia las encueradeces tan bárbaras, tan suaves: tino o desatino, siendo que de antemano Dagoberto temía que doña Imelda le contestase: *¡Oiga, párele a su tren!* Una posibilidad que no, ya que también el ciego podía prever las respuestas antedichas: negativas, afirmativas, tan cortantes, y desde luego no sin dejar de presentir que se diera un bonito agarre en la cama; la ceguera excitada ampliándose incolora, pero no del todo negra. Loma y orificio ¿cómo? Atisbos. Una merced senil o adulta en exceso; adultez que tentalea gravemente: pelos, veredas de pelos, o que por contera todo habría

de quedar nomás en plática…

Sin embargo, lo probable era que no se diese ni una ni otra cosa.

Mudez. Aguante. Abandono. Renuevo de gritos invocando al nieto. Que si algún vecino tocara para decir: ¡cállese, por favor!, o ¡dígame qué le pasa!, ¡¿le puedo ayudar…?! Baldía suposición, amén del desentendimiento roblizo de la señora limpiadora, a lo que debía agregarse el que no hubiese jamás comida caliente: ¿por qué? Desamparo abarcador de ¿una semana?, o un poco menos, en la cual alguna vez Dagoberto le propuso a la sirvienta que le preparara lo sabroso añorado ¿se intuye?, tantos platillos de hacía mucho; a lo que ella contestó que no había sido contratada para hacer de comer. Frase larga, por fin, aunque no seguida de un argumento subordinado…

Hasta ahí la plática como obra de la casualidad, y más aún, como obra de una resistencia legítima, entonces ¿qué solaz le quedaba al ciego? Literatura interior. Filosofía interior. Historia interior. Soliloquio que a gota y gota se acomodaría en el fondo de un orificio color caqui: ¡triste interior! Sueños sin telepatía. Quietud. Regocijo conceptual. Eso —¡asco!— quedaba.

Quedaba Roberto tendido como tabla en el sillón de la sala mientras no comprara otra cama. Rey tieso malcontento y —como quiera que fuere— delirante, porque ha de traerse a colación lo que en su momento le dijo en privado su jefe inmediato. La noticia clave fue que él era el principal candidato a la dirección de la escuela de escritores. Recompensa a su entereza; premio a su macheteo en relación con lo aprendido casi palabra por palabra en los manuales A y B. ¡Oh memoria! Lo que nadie…

Del aprendizaje cabe referir que en innumerables ocasiones muy a la sorda le hicieron exámenes su jefe inmediato y otro jerarca más. El mismo Roberto escogía fragmentos, remarcados con lápiz, hasta de tres páginas y… a ver… Dos jueces con dos copias de un manual (por ejemplo el A) abiertas. Aprovechando un tiempo muerto. Lapso de quince minutos. De buen grado la aceptación acorde con el rigor… Y el asombro ante lo asombroso evidente: la exactitud oral, incluso con eufonía acentuada e incluso silabeada como para resaltar un tilde, haciendo las debidas pausas cuando las comas o los puntos… Virtual ascenso sin quiebre ni sospecha al paso del tiempo, sólo que por la demora y el mordedero de chiles la

mella al sesgo, dando pie al regaño ya descrito. Pero faltaba otro: el del director general.

Ir, esa vez, a sabiendas del perdón. Fueron jefe y subordinado. Antes, Roberto fue advertido de que debía entrar a la suprema oficina con la cabeza en agache de principio a fin para oír el ronco enojo. Preámbulos verbales, saludos, risillas, hasta que vino un dardo como éste:

—Recuerda que no puedes faltar al trabajo ni aunque tu madre se esté quemando en un incendio… Además, no andes comiendo chiles en las juntas. No seas extravagante.

Peor, ¿verdad? Insulto en espiral y empaque de director imaginativo. ¿Por eso fue que llegó adonde llegó? Al viso el agachado supo a las claras cuál era actitud más viable para encontrar sin regates el ascenso en el escalafón empresarial: frialdad inquebrantable y cinismo ampuloso, sinónimos de astucia vistos como rojura… Rojura con bombeos, sin duda… Ahora que con respecto a su madre quemándose, el incendio tenía que imaginarlo en una lejanía ubicada casi al otro lado del mundo: madre chiquita, madre maldita, pobre, ya insensible para siempre. Así la indolencia convenenciera, de la que había que extraer una filosofía a modo, tan particular y tan a mesa puesta. Rapidez de alud ruidoso: ideas y tachas y trozos de convicción circulando cual pinturreo fugaz de flechas. Zumbadero —luego— en sí, por ende, tan así que la rastra de chiles mordidos: ¡venga!: en las juntas ¡ni de chiste!, pero en su escritorio y en ladeo discreto, ah, no sería desobediencia sino medida contra los desvelos periódicos. O sea que (en tal sentido decayendo) mientras tanto:

—Le juro que no volverá a suceder.

¡Ea!: la sumisión asaz luminosa en manifiesto agache aún. Luego las paces con apretón tronador de manos, adornado asimismo con un aserto rotundo del director: *¡Tú eres nuestro hombre!* Carga de plano sin vacación (aposta). Noche y día la cruz y el vínculo, por lo que la salida de la suprema oficina… ¿pasitamente…? Imaginemos el donaire de Roberto tras cruzar la puerta. Aquello fue teatral. Sería agravio simulado, habida cuenta de que el jefe inmediato —que salió con él— lo empezó a ver de otra manera. Pues ¡vaya el cambio de tono!: *¿Oíste lo que te dijo?, que eres nuestro hombre*… ¡Teatro afuera también!, esto es: en los pasillos, en el elevador, y de

ahí: teatro en la calle —el no ser bien a bien— y teatro en su apartamento, donde, fingiendo cansancio, habría de llegar cuando llegara, a fin de disuadir al urgido de plática. Teatro con los de la mudanza (a la hora de la hora, muy después), esos tenidos por hercúleos que, tras verlos, no tanto; de cuatro que eran para la carga, había dos mal comidos, flacos: la necesidad de pan, ¿verdad?, en sí los visos de degradación mezclados con una supuesta dignidad trabajadora. Sin embargo, nomás de ver sus ojos y sus muecas… En fin, la contratación del servicio fue por ahí cerca de la diez de la mañana de ese tal sábado y que, como si se tratara de una película de acción, pudiera verse desde la altura de un edificio de tres pisos la continuidad de un carrito seguido por un camión; que se pasara altos: no; tampoco; que librara choques contra autos lujosos (mmm), menos mal que no ocurrió, pero lo que sí es que no había mucho tráfico, siendo que uno detrás del otro circulaban campantes; lo destacable sería la carga de cajas: deshacer columnas, sobre todo eso, y enseguida el cierre final del viejo apartamento medio en ruinas. De hecho, no estaría mal que Roberto arrojara la llave inservible por ahí. Debía ser ése el cierre más significativo: un adiós indolente cual sello acre. Entonces Elías y Celia Damiana volviéndose, en definitiva, meros dibujos animados, y con mayor razón sus hijitos correlones.

Se animó. Arrojó la llave sin disimulo. Lanzamiento (digamos) de jardinero central beisbolero. Que si lo vieron los dizque hercúleos, chance, pero el olvido ahora sí. Desprecio de quien por venganza… Teatro fugaz, o mejor: fin de capítulo ¿sería?, y de ahí en adelante… De lleno el ahínco y la creatividad —¡ojalá!—, esta última por lo pronto parcial, porque el escribir-corregir: trasunto futuro, porque entre toda esa tonga empaquetada debía estar *El sueño ayuda a la telepatía*. La noveleta en cuestión: abstrusa y sugerente, así como portadora de tamaños líos. El nieto la buscaría con vivaz calma un día de éstos. De modo que el viaje otra vez, mientras tanto, ya rumbo a donde el ciego y su chifladura recoleta, que si cargándose a porrillo minuto a minuto, sí, en su casi capilla abandonada; bicho pensante, pero solo, muy solo, en espera del renuevo anunciado. Es que el nieto le prometió que ese día tendría sin falta su montonal de cajas. Así pues, esquivando, enfoquemos la secuencia del carrito seguido por el camión. Mayor distancia de un

punto a otro, pero mayor rapidez, debido a que el tráfico había disminuido, acaso nomás en esa zona de traslado. Milagro… o ¿no?

Aparatosa llegada. Elevador repleto de cajas, siete veces, sólo que con un hombre flaco metido. Grato el anuncio que Roberto le dio a Dagoberto: *¡Aquí están tus papeles!, lo que faltaba sacar de allá*. Se debe sobrentender que no hubo gran felicidad por parte del ex escritor. Es que el no poder leer ni escribir ya nunca… En cambio, el otro con su pretensión… Al rescate de: *El sueño ayuda a la telepatía*, un «en veremos» diligente, cierto que reprimido; es que su secreto aún, la cosa era que podía seguir siendo…

En tanto, considérese que una vez dada la noticia la mueca inexpresiva del ciego decía mucho, acaso un grueso infortunio que al cabo habría que interpretar debidamente. Y, por lo demás, consideremos la ordinariez de cargar hasta dejar al tope el cuarto dispuesto para el total de las cajas. Así el encajonamiento imprevisto de los hombres flacos que atrapados, de resultas, batallaron en salir… Dos víboras escabullándose desde una altura difícil. Que si hubo aterrizaje de cabeza: ¡claro!, y ¡qué lata!, desde luego con la ayuda de los otros dos entes musculosos: ¡ya!: el logro. Asunto concluido. Pero volvamos adonde estábamos dos páginas arriba: lo del teatro, lo del cinismo. Bestias los cargadores, que necesitaban un rosario de órdenes. Propicia la situación para ensayar con melindre y aplomo un énfasis flamante, uno de futuro director de escuela, severidad combinada con amaneramiento.

Sobra citar un «¡apúrense!» o un «acomoden las cajas en columnas; cuidado con que se caiga una», y otras por el estilo, provocando ¿temblor en esos pobres empleadillos?, mismos que pidieron propina, que para el refresco; el caso es que hubo negación oscilante de cabeza: Roberto arguyo que le había costado muy cara la mudanza y blablablá, por lo cual ¡a volar!, y pues qué mal ensayo de jerarca, ni las gracias les dio, de modo que la secuela del acarreo sudoroso fue que aquellos salieron trinando; quiérase un derrame de bisbiseos inútiles. Ahora bien, aprovechando esta impostación logrera, no está de más traer a cuento la ida a comprar ropa al día siguiente: tal domingo pésimo, nublado, con un chipichipi de esos tan fastidiosos. Considerable sería el ajuar para el ciego. Ciertamente Roberto tenía que hacer gala de su capacidad de regateo en los mercados ambulantes del centro de la ciudad.

Otro ensayo de jefe afectado. Un acopio de astucias que… a ver… En primer lugar, sobra decir que no sabía las tallas del ciego. Preferible irse por lo grande, aún cuando la vestimenta hiciera lucir a aquél como un payaso holgado a quien por lo común se le dificulta mover brazos y piernas (je) por tanta tela. Que un sastre después, para los ajustes cabales, eso estaba por verse. Lo importante fue que impostando la voz consiguió hacerse fastidioso, o sea que le buscaba, tan argumental, hasta que ya ni qué, tal era el enfado de los comerciantes minoritarios que lo despachaban por hartazgo. Terquear era la norma. Valioso su regateo, en conclusión. Menudo ahorro y poderío de jefe, hasta en ésas…

Ya estaba en vías de conformar a poco un método de peleón nomás discutidor con un buen repertorio de ademanes. Su odio o su afán predilectos, a riesgo de que alguien le soltara un puñetazo, sin aviso, certero descontón. Ojalá que no, pero sabía —porque desde entonces lo empezaba a prefigurar— que la prosperidad tenía mucho que ver con la audacia, misma que debía ser consistente, sin mínima rebaja, a sabiendas de que el mundo siempre es (y será) un problema. Pura competencia, mala o buena, por lo de que bastaba entrar en contacto con cualquier engendro humano para ponerse a la defensiva, luego atacar más y más a fin de consolidar una idea: ¿idea sobrepuesta?, ¿idea prepotente? Lucha, ascenso, triunfo, esas consecuencias, de suyo, pensadas al ritmo del acarreo embarazoso: el tambache de camisas, pantalones, calzoncillos, calcetines y chamarras. Lo peliagudo de ir cargando a lo largo de dos cuadras y media entre un trajín de gente dispuesta a dar codazos. Que si se le cayó una que otra prenda, bueno, estaba visto que por una minucia no iba a bajar la carga, sería peor. Si en el trajín había gente decente, pues que le diera lo caído, y si no… Roberto llegó exhausto a su carrito: siete jadeos de jefe, digamos, apócrifo, y burda misión cumplida.

Aún otras ese día: misiones que si serviciales: bañar al ciego, es que apestaba el pobre. Tantas maniobras despaciosas. Acto seguido: el cambio de ropa: probar, comprobar. Tan largo fue el adagio que ni pisando huevos… Todo le quedó grande. Después el sastre, ¿eh?, a ver cuándo, y lo glorioso culinario: ese domingo fue el primer día que Dagoberto no comió comida enlatada. Sin embargo, cocinar… ¡Qué friega! Mejor pedir pizzas, lo que sí, ¡sale!: aunque: *Me*

gustaría saborear un caldo. Capricho imposible. ¡Tenga!, pues no…

Y volviendo a lo del hallazgo radiante del sobre azul llamativo recargado en el tiesto de flores artificiales. Tan suave la invitación a la lectura, en desvelo. Pero el efecto de revés… No tardó mucho Roberto en zarandear con creces a su abuelo, batalló porque el susodicho, sabedor de su yerro con doña Imelda, en el entendido de que ella proclamó chillona que ya no iba a trabajar allí, nada quería tener que ver con un estado de vigilia nocturno, comprometedor. Y el aferramiento culposo hasta (¡ni modo!) la trasgresión del sueño. Gritos en el oído, pobladores. Campo grande sonoro y despertar ¿estrecho?, turbio, ¡infame!

—¿Qué pasa?, ¿por qué me despiertas?

—De modo que por estar solo te ha dado por la lujuria.

—¿Qué?

—No te hagas.

Y la referencia como vaciamiento enojoso. Regañón el nieto, con justa razón: *¡Cabrón!*, gran insulto espontáneo. Premisa para un desglose que paulatinamente se hizo redundante en cuanto a sexualidad mísera; adulta, aprovechada: ¡qué vergüenza!

—Es que me desesperé porque la señora es muy analfabeta. No sabe ni un ápice de literatura ni de…

—Eso ya me lo dijiste…

—Entiende que yo nada más quería platicar. Por ende, decidí centrarme en el tema del sexo desde un punto de vista médico y también psicológico, a lo que ella se limitaba a responder con un sí o un no. Por eso fue que incurrí en vulgaridades para ver si ella hacía un aporte interesante al respecto.

—Pues ya no va a venir… Ni para qué te lea la carta, pero dice que le hiciste proposiciones indecorosas…

—¡¿Proposiciones indecorosas?! No, eso no…

—Abuelo, te estás portando muy mal… Ahora no sé si pueda contratar a otra sirvienta.

—Pues ¡contrátala!

—Pero ¿tú…? La verdad es que ya empiezo a desconfiar de ti.

—Está bien, te juro que no volverá a suceder.

9

Eran siete los manuales, del A al G, cuyo grosor fluctuaba entre sesenta y ochenta páginas. Los primeros cuatro eran los más llanos y magros, con un estilo algo desmañado pero discurridor, como para bebérselo de una sentada. El A refería el fraseo sugerente y sugestivo, siempre y cuando estuviese por encima de todo «la elocuencia» (término usado por los griegos, en vez del siempre arrogante y ambiguo término «claridad»): así la armonía de las frases largas, en combinación con las medianas y las cortas. Estas últimas podían evitar el verbo, mientras que las otras requerían de subordinación y de perífrasis, además de emplear como cuñas elementos incidentales para darle valor a las comas, o elementos expletivos para evitarlas. Cundían a pasto los ejemplos, y en cada caso abundaban las explicaciones con desglose muy al detalle; aquí, por lo pronto, citaremos uno con el objeto de ilustrar buenamente la esencia de todo el manual A: *Juanito va a la escuela* (crasa simplicidad: sujeto, verbo y predicado): *Juanito, sin lugar a dudas, va a la escuela* (lo incidental aclaratorio, recurso cual retruco, pero recurso al fin); y a modo de síntesis silogística: *Sin lugar a dudas Juanito va a la escuela* (fuera las comas incidentales: mejor: a bien de que lo expletivo pudiera otorgarle una respiración adicional a la frase, tal como la prosodia griega, y también la latina). Páginas de eso, pues. Singulares modelos donde lo aclaratorio, de ser de veras garrafal por exceso, sería tan pesado como un cestón repleto de piedras. Ahora bien, el largo fraseo expletivo tampoco podía ser preferente, debido a que la abundancia sistemática de frases largas por lo común incide en la desconcentración del lector, y en tal sentido había un apunte preciso (y precioso) en el citado libraco: un verso de por sí altísono, muy a la manera de Virgilio o Marcial, tomado de un poema del peruano José Watanabe: *No por cólera*

negaré la belleza de los brillantes jaeces cuando el cuerno de caza ya no suene en el fondo del bosque, verso circular y elocuente, pero si hubiese cinco o cuatro versos continuos apostando por esa largueza *tan* respiratoria, de seguro el lector se perdería en tan ingrato bosque de palabras, abandonando en definitiva la lectura. Lo mismo podría ocurrir (según el manual A) con el abuso de las frases cortas. Por ahí por la mitad del libraco se citaba un párrafo de doce menudencias gramaticales: sujeto, verbo y predicado (lo más sobrio), sazonadas con una irresponsable verbosidad en activo: *fue, supo, regresó*, etcétera, así como un refocilo de adjetivación sin peso. En sí, por tanto, la armonía expresiva debía ser un recreo estilístico que pudiese exhibir una plétora de frases largas, medianas y cortas en estricto balance ¡SIEMPRE!

Bueno, pues todo eso lo sabía Roberto Pastrana casi al dedillo, digamos, casi en un setenta por ciento como para repetirlo como loro. ¡Sí, casi! (agréguense los múltiples ejemplos). Y también, aunque un poco menos en porcentaje, el manual B, que refería el uso correcto de las metáforas (la simple, la impura y la pura) y de la metonimia, esta última amparada en los usos y costumbres de una determinada región o de un barrio urbano específico, por ejemplo: *Ya me cayó el veinte*, o *Ya apareció el peine*, y por ahí más jerga deformándose; formas metafóricas espontáneas, que son (y serán) parte esencial de la congestión y la contaminación idiomáticas, amén de sus resultas imprevisibles; lastre indicativo —si se quiere— de que la lengua está viva; porque —lo que sí ya no— defender a toda costa la pureza de una lengua cuyo venero es el sardo y el latín, pues… Roberto tenía que ensartar en su cerebro el ejemplo más obtuso, pero más decidor, de la metáfora simple, para luego pasar a la impura y la pura. *Las nubes parecen castillos de algodón*: el más elemental símil, estableciendo una proximidad que no dejara lugar a dudas; *Las nubes son castillos de algodón*: ya no parecen, ahora se implanta la certeza; he aquí la metáfora impura: una falacia como mandato o una licencia contundente; luego la metáfora pura, que tiene algo que ver con la imagen: *Los castillos de algodón que viajan por el cielo*: se elimina el primer elemento comparativo al tiempo que se da por hecho que los castillos de algodón son las nubes. Sin embargo, ¿sería eso tal cual? Téngase

que los castillos de algodón pudiesen referir algo mucho más abstracto como pudieran ser los sueños o las ideas, de tal suerte que una metáfora o una imagen nunca son cabales del todo, como lo afirma
T. S.
Eliot (asociación personal de Roberto); así que por más proximidad que se quiera conseguir, pues no, no hay tal, porque, por fortuna, la poesía no es más que una preservación de los enigmas.

Pero ¿para qué toda esta molienda de preceptiva literaria si a final de cuentas por lo que apostaba Editorial Fronda era por la villanía del estilo, es decir, por novelitas enteramente comerciales y por ende con fecha de caducidad a corto plazo? Pregunta resultante, y… bueno… justo los manuales ahondaban en eso y más para que el futuro novelista huyera de la rigidez y la retórica con sumo conocimiento de causa. La limpieza empezaba por aclarar que sólo las metáforas simples —de suyo, obvias— eran permisibles en la prosa, y sin abuso, esto es: metidas con pinzas. Incluso los verbos en activo como: *fue, supo, regresó* había que esquivarlos, pero a base de frases medianas y largas: muchas subordinaciones, para alejarse del cansino fraseo telegráfico.

También el manual B apelaba al uso de verbos en infinitivo en combinación con verbos en activo: por ejemplo: *Pensar que fulanito de tal se reconocería como asesino, hubo de ser un argumento que ya estaba manejando zutanito de tal*. Tres tiempos de verbos en una sola noción; lujo ¿eh?, y así otros recursos donde los tiempos en subjuntivo: *tenga* (presente de subjuntivo), *haya tenido* (antepresente de subjuntivo), *hubiera o hubiese tenido* (pretérito de subjuntivo), le daban mayor amplitud y mayor dinámica a la trama, así como mayor relieve a la argumentación. A todo esto hay que añadir que en el prefacio del manual B se advertía que el escritor debía sumergirse en las formas y reformas de la gramática española.

Que la innovación viniese después de la asimilación no era un fundamento válido para las expectativas mercadotécnicas de Editorial Fronda. Había que asirlo todo con la única mira de simplificar al máximo la expresión. Lo correcto radicaba en la sencillez: limpiar, limpiar, limpiar (como se entienda), sí, pero también sencillez nutrida, y a condición de que fuese «elocuente»,

¡vaya!, o bien que prefigurara un desarreglo conceptual que no tendiera a ser muy elaborado; he aquí otro ejemplo: *La moto llegó como que chillando con un bu bu bu insoportable*. ¡Las onomatopeyas!, otro recurso que, sin abuso…

Quede asentado —para salir a poco de esto— que casi en un setenta por ciento Roberto se sabía de memoria conceptos y ejemplos plasmados en el manual A. O sea que estaba en vías de… profesor, maestro de maestros, director, avance (la frase interrumpida se llama «aposiópesis»), pero ¿cuánto más le faltaba para…? Cabe señalar que el manual B era más complejo, y el C mucho más, y a ritmo semilento (comprendiendo) yendo (perdón por los dos gerundios) manual tras manual hasta llegar al G, que más bien parecía un orificio abstruso y profundo. Subida a una hondura lejana, ¿se entiende?: un volcán, por decir…

Más y más estudio concienzudo.

Que análisis de personajes… Después.

Que métodos de composición dramática… Después.

Que analepsis y prolepsis… Después.

Que armonía entre desarrollo y resumen de hechos… Después.

Que conocimiento a fondo de los géneros dramáticos, así como los tantos subgéneros, hasta los más bobos, como el melodrama que sólo maneja emociones directas… Después.

Que elementos abstractos en consonancia con elementos concretos, amén de los rasgos de excepción, metidos ahí como soportes… Después.

Que el empleo de la sustantivación para otorgarle a la prosa mayores significados… Después.

Que el humor en sí, entendido como ironía suave: propiciatoria de un desarrollo dramático tenso de principio a fin… Pronto, tal vez.

Que el horror, como antípoda, desde luego entendido como trasunto capital para la jerarquización de la intriga… ¿Dónde, cuándo?

Que el narrador visto como personaje… Casi al final.

Que la gama imperdonable de decisiones autorales… Lo último.

Selva y luego volcán: ¿sí? Aprendizaje concebido como meticuloso desorden ¡inspirador!, o como agitada ebullición que pasitamente llegará al sosiego total, acaso como un carruaje de

fuego hacia la sencillez: esa —¡oh rescate!— tan advertida en los prefacios de cada manual. Difícil logro, de resultas. Que si estudiar para verificar. A galope el antojo ¡ya! Desesperado hojeo de Roberto. Con razón. ¡Claro! Quería adelantarse, pero mucho antes le surgió una pregunta: ¿quién había escrito esos manuales? Pregunta que en su oportunidad le formuló a su jefe inmediato, mismo que se llamaba Septiembre Tamez, cuya respuesta le cayó como cascada de agua fría:

—No te lo voy a decir… Además, nunca lo sabrás. Son secretos empresariales.

—Pero ¿qué problemas empresariales puede causarles que al menos yo, que soy candidato a dirigir la escuela de escritores, sepa el nombre del autor?

—Tus dudas deben ser otras. Esa información está vedada para ti… Y de una vez te advierto que es mejor que no insistas.

Cierre, pretendidamente dictatorial, cuyo efecto al viso… acaso… La imposición de ese extrañamiento ¿pues qué sentido podría tener…? Estudiar lo anónimo porque sí… Por misterioso… ¿nomás…? Entrarle a la espesura con tiento: hora tras hora, día tras día, la cosa es que Roberto cayó en cuenta de que la memorización de párrafo tras párrafo le estaba resultando inútil, e incluso contradictoria. La mezcla de conceptos en largo terminaba por confundirlo, máxime que la serie de desvelos no tenía ni para cuándo, en tanto que ya empezaba a hincarle el diente al manual C. Del B apenas retenía un cincuenta por ciento.

Bufa, entonces, su posición de oficinista sentado; bufa por su diario pandeo para leer teniendo tal o cual manual abierto en estire casi tronante sobre su escritorio; sus ojos de farol tan cerca de las letras (agréguense sus enchilamientos), acaso a sabiendas de que quienes lo veían se reían medio a distancia. Sorna apenas y juicio general torcido: ¡qué rara penitencia enajenada!… y ni para qué hablarle al susodicho, desconcentrarlo adrede… Sobrevendría ¿un respingo?… Ah, de seguro a ése lo estaban promoviendo a un puesto de mayor jerarquía. Puro estudio en agache durante horas, siendo que su desconexión sólo era para ir a encerrarse en los privados de sus jefes.

En este sentido debe advertirse que, salvo unos cuantos, el resto del personal no estaba enterado de lo de la escuela de escritores; y

de paso, aprovechando, se añade que no a cualquiera empujaban a leer los manuales de cabo a rabo: entonces no muchos, pero los que sí: otros posicionados: ¿quiénes y en dónde?; o sea que de haberlos, dedúzcase su envidia —redondeándose—. Envidia de cinco o seis contrincantes de peso o sin él, tal vez sí lo primero, pero a Roberto, en tanto, hemos de situarlo en su aumento de estudio hasta pasada la medianoche. Llevaba poco menos de cuarenta y ocho horas de entrega ferviente, al grado de que su lapso de cabezada (mínimo), allá en el sillón de su sala, fue una suerte de resabio tortuoso. Pesadilla de principio a fin, donde el zarandeo de continuo pudo tumbarlo, pero… Su alivio, por ahí, cual despeje, estribaba justo en lo dicho por el jefe supremo: «tú eres nuestro hombre», jefe que en el sueño aparecía más alto y más gordo de lo que era, cuéntese además su vozarrón cavernoso tan a plomo reiterando la frase, la consabida y cabal, y así el asiento para el durmiente: el hecho de que nadie, por más que luchara, le quitaría el puesto… Y en cuanto a lo de las altas horas en la oficina: veámoslo absorto y a veces gestuoso, ya cual monigote en relajación, con un manual abierto entre sus manos y sus pies sobre el escritorio, como de costumbre, en calcetines, a gusto: desvelo eficiente, prometiéndose avidez, urgencia, con ganas de captar lo más, no sin antes pedir pizzas para el aguante, a ver si sí, acorde con su desespero. Que el repartidor con casco subiese hasta… Comida, por ende, y propósito en firme, tanto, que ni miraba aún a los lados ni se atrevía a deambular maquinante por los cubículos para ver quiénes eran los otros lectores. Lo haría quizá mañana… a esas horas… Recorrido por los pisos de abajo y de arriba, aunque los otros también podían hacer lo mismo —tal casualidad—: y toparse y…

De hecho, su aplicación fue tanta que no se acordó de sus necesidades concretas de allá de su apartamento: su abuelo cual bulto olvidado: con su comidita chatarra dizque suculenta: tantas latas de atún y tantas de frijoles refritos, así como grandes cantidades de galletas saladas. Todo preparado en embarre, desde temprano, como lo venía haciendo con prestancia el nieto y, pues no, de veras que no se acordó de dejarle cuanto le dejaba. Pero un «tengo hambre» gritón no fue proferido por aquél cuando Roberto estuvo de regreso la primera noche (notable silencio —¿verdad?—, de suyo, no distractor… y a dormir, sin más), lo que sí ocurrió el

resto de las noches, a lo que, de una vez, situémonos en la cuarta. Imaginemos la ansiedad del ciego, su largo sermoneo exasperado, ya con el estómago tan en cuelgue gruñendo, al tiempo que el nieto abrió la alacena; no encontró más que dos bolillos durísimos; ninguna lata y tampoco ninguna galleta de ésas. Entonces el ofrecimiento miserable como único remedio: llevarlo a comer tacos… menudo problema… Es que, además, eran las tres de la mañana y cuál taquería cercana y conocida…

—Ni modo, abuelo, tendrás que comerte estos dos bolillos… Creo que son de antier… Vas a ver que te van a saber a gloria… Es que se me acabó toda la comida.

Doña Imelda compraba esos víveres en mención. Había una tienda de abarrotes justo abajo, cruzando la calle. Así que, dejado cada dos días un billete de cien pesos sobre la mesa del comedor y una nota petitoria, el favor de ir y venir en un dos por tres colocando luego la carga algo magra y el cambio sobre la misma mesa, era un solaz apetecible, con final sonriente… ¡Listo!, a otra cosa. Pero…

Dos lágrimas resbalaron, mientras tanto, a lo largo del rostro del ciego vetarro, quien sin protestar mordió lo duro y algo desabrido de tan fatales mugres puestas en sus manos; esfuerzo oprobioso, también tembloroso. Pero…

—No llores, abuelo, te prometo que mañana a mi regreso te traeré comida caliente. Si quieres te traigo tacos, y si no una pizza.

Roberto se hizo la promesa de que mañana mismo le hablaría al arrendador para contratar a una nueva sirvienta… a ver si…

—Me siento un estorbo —clamó Dagoberto.

Pujante melodrama que… Mejor no entrarle. Contaba Roberto con la insolencia por trueque. Recurso de jefe futuro ¿sería…? Lo que fuera fue, y sin pensarlo dos veces se puso borujos de papel higiénico en los oídos y se dejó caer como tabla en el sillón de la sala. Ignorante a propósito. O sea que de seguro el ciego siguió vociferando entre sollozos hasta más no poder, mientras que acá el súpito y su sueño prosperaban: pasos en la maleza donde de repente aparecían unos seis peldaños cubiertos de liquen: subir para llegar a un campo grande algo desierto. Vista panorámica en busca de personas o animales. Cruzaban ardillas: lo único, eso sí: desgracia visual. Aunque avistando, con terquedad… más allá estaba el ciego

que repetía sin cesar, «tengo hambre», pero como nadie le hacía caso, en a saber qué extraño momento decidió retirarse con lentitud levantando una mano de adiós. Su destino: el asilo, uno, el más caro quizá: comodidad, salvación. Ya poco (porque sí) se hizo minucia. Un punto gozoso; que si luego encendido por un haz de luz. Ventura. En tanto que Roberto por fin volteó hacia otro lado.

¿Otro lado? Como que de un pozo salía Septiembre Tamez y le llamaba con insistencia: *Ven, ven acá*, a lo que Roberto inmóvil dudando. Cierto que nomás dio dos pasos y de súbito oyó una frase rodada del suplicante jefe inmediato: *Nosotros sí sabemos lo que queremos*. Frase con eco. Hubo retumbos a modo de implantación, tal como si Septiembre preparara algo muy fino, porque ya más cerca, digamos, cara a cara, soltó esto: *Ten en cuenta que nosotros vendemos basura… Basura festiva y también sentimental*. Pausa y aire, o acaso empaque para decir en tono reflexivo: *Lo bueno de la basura es que puede reciclarse*. Más aire: tanto: que hasta empezó a circular una ráfaga helada. Cambio horrendo de temperatura. Nieve. Grosería. Muchísimos copos de pronto. Roberto zarandeándose en el sillón. No se cayó, fue lo bueno. Pero hete aquí que entre esos fragmentos de blancura apelmazada a poco apareció un ente desconocido: un hombre de baja estatura: *Éste es tu verdadero contrincante*, dijo Septiembre, haciéndola de zote presentador, y el Roberto amenazante no tardó en decir esto: *Tú no me ganarás, porque tú no sabes nada de analepsis y prolepsis en la construcción dramática, ni tampoco sabes gran cosa de lo que es el análisis de personajes ni mucho menos de la diferencia que hay entre patetismo y tragedia… mmm… ya ni qué decir de las pifias que se pueden cometer si se desconoce toda la gama de decisiones autorales*. Por fin Roberto se dio un frentazo contra el mosaico. Caída subconsciente. Eran las cuatro de la mañana. Debía seguir durmiendo, pero el dolor —¿caminante?— a causa de una paranoia en desate aún soñarrera… Sobarse lamentándose… Castigo por su insolencia ¿sería…? No, no pudo conciliar el sueño y eso le resultó benéfico a medias, pues fue a ver a su abuelo ciego, quien dormido lucía en su rostro los surcos de un llanto trágico, cual rescoldo de una impotencia que acabó por abismarse en el sueño… Y acá la inercia del tiempo muerto. ¿Qué hacer…? Roberto

fue a ver el retaque de cajas en la habitación contigua. Por ahí debía estar *El sueño ayuda a la telepatía*… ¿Telepatía? Trasunto inexplicable, que de tener un basamento más o menos científico daría para mucho… Ya habría (y vendría) un día entero para buscar con toda calma el libro —según él— capital de Dagoberto Pastrana, su querido abuelo hambriento, el ayer llorón, y tal vez hoy también… Lo que sí que el frío mordía a esas horas.

De un lado a otro el deambular temblón. Insomnio infeliz como para que Roberto se entumeciera de a tiro, queriendo enconcharse por ahí, tal vez recargado en las cajas, y encobijado. Miedo de sentarse en el maldito sillón, siendo, mientras tanto; que la pesadilla le revelaba algo muy concreto: el tener que estudiar más a fondo y con el triple de rapidez, llegando al manual G casi en derrape.

Ahora: el contrincante aquel de baja estatura y su insidioso amago: perfilándose. Cada minuto un ascua, todavía, porque en transposición sintió, incluso, que de permanecer sentado en el mosaico, como de vencida decidió estar, un ejército de escarabajos lo acorralaría. Figuración. Rivales perversos, sólo que ya durante una vigilia ¡¿dudosa?! Lastre del aprieto en que estuvo, ¿verdad?, u ociosidad sin compostura. En consecuencia la tentativa de irse, pero a esas horas ¿qué estaba abierto? Recapitulando recordó que había tiendas de abarrotes abiertas las veinticuatro horas. Comprar víveres para el abuelo. Ánimo subsanador, pero la localización en el mapa acorde con el ir y venir a contrarreloj. Mejor no. Mejor la recreación en lo último que estuvo leyendo…

El manual C decía: *No divagar*: larga la argumentación al respecto (tres páginas y media). De modo que si intentara un ordenamiento conceptual caería en las redes de una subjetividad imparable, zigzagueante a la postre tan sólo por ejercitar la memoria (nada de narración especulativa, sin filiación siquiera entreverada al propósito de origen —había tres ejemplos radiantes—; tampoco rosario de anécdotas, sino desarrollo justificatorio, a condición de que fuese rápido y preciso), pero sí, entrarle pese a pese, por parecer un embrujo de revés que llenaría el tiempo muerto. ¡Oh acicate!, y ¡a darle! O sea que… De pronto ya eran las siete de la mañana. Acto seguido: baño veloz y despacioso acicalamiento. Listo. Ventura. Irse. Lo hizo porque al estar bajo el chorro de la regadera tuvo la mira de ir en directo a desayunar a

buen restaurante; ¡claro!, necesitaba consentirse a causa de tanto sacrificio. Rey ufano, de juro, manejando sonriente.

Lo hizo por insolencia: que si gradual, que si no… Culpa momentánea, en efecto: aunque: para que no se le olvidara apuntó con tinta bugalla una frase mediana: *Tengo que traerle al abuelo una pizza gigante*. Para él una nomás. También una ensalada mixta y tres refrescos familiares de cola. Banquete a contrapelo, con el objeto de compensar a placer su tan prolongada anorexia llorosa, lívida, de por sí incierta, no sin dejar de pensar que en el transcurso del día podía morirse éste, ojalá no, pero si en la noche lo hallaba inane qué remedio; acercarse a tientas llevando en las manos la caja *heat wave*: hablarle dudando: con gaguez, adrede…

Lo peor para un sabio sería morir de hambre.

Qué enorme fracaso.

De bajada todo, como grosería. Dejemos, sin embargo, el caso en un final imposible, dado que Dagoberto Pastrana no moriría así como así, digamos, niñamente, en ladeo resignado, por lo cual el reemplazo con gula al máximo… Cierto que por trueque gustoso, imaginemos a Roberto comiendo una costilla asada cuyo aderezo era ni más ni menos que unos chilaquiles verdes con crema. Gnosis y delirio para una historieta que sugiere a propósito tres falsos finales y un entrampamiento medio introspectivo como desarrollo… Pensar por pensar ¡con sumas y restas!

Bueno, bastaría con que Dagoberto comiera como un limosnero para que de sopetón el nieto le soltara lo de la llevada al asilo de invidentes: uno caro, muy profesional, anteponiendo, por supuesto, la conveniencia para ambos. Que si el insolente esgrimiera la inevitable desatención, por razones de chamba al tope, bueno, cuéntese con que el ciego no reaccionaría como un melindroso personaje melodramático, sino que su contento, cual reactivación de jijeo grandilocuente, ayudaría a que la seriedad llegara a tientas (o como en etapas) y algo cabizbaja, pero sabia, ¡de veras sabia!, con rasgo de gratitud expresado en una mueca lela.

Ahora un cuadro sin mácula: Roberto saboreaba su vaso de jugo de naranja. Se bebió de un sorbo tal dulzura en su punto.

También lo de la nueva sirvienta cruzó por su cabeza al tiempo que le daba sorbitos pericos a su café ardiente.

10

A todo plan se impone un obstáculo. Estrategia bestselleriana infalible (cuatro páginas). Capítulo siguiente a *No divagar*, recordado a pedazos por Roberto cuando estuvo en acloque largo rato: madrugadoramente tiempo muerto que en la oficina no, sino: tan cerca de las letras sus ojos de farol. Sin embargo, en un momento dado, la chispa pendiente: hablarle al arrendador por su teléfono celular. Le urgía contratar a una sirvienta ¿paciente?

Desconexión lectora para una conexión logística: temprana, por decir, como a eso de las diez. Que encontrara al buscado en plena actividad, y si no, pues ni modo, tenía que ser diurno el enfado.

Por tozudez insistir, argüir; aunque: para evitarnos el merequetengue de una secretaria obvia que a cada trique respondiera: «el señor está en junta» —contratiempo engorroso a bien de un deprimente jugueteo—, vayamos a lo esencial: *Mire, señor Pastrana, la única manera de que yo le envíe una nueva sirvienta es que usted me pague tres meses de sueldo de la que renunció, así como tres meses de adelanto de la que —óigame bien— iría a partir del próximo lunes; esto significa que si no me paga en el curso de la semana lo que le pido, teniendo como límite el sábado, no hay trato. Además le advierto que cualquier falta de respeto, por mínima que sea, recibida y sentida por la nueva sirvienta, o sea que ponga en entredicho su honor, pues ella, al igual que la anterior, habrá de renunciar, y por mi parte le pediré a usted que me entregue el apartamento a la brevedad posible. En caso de que usted se resista, me veré obligado a echarlo a la fuerza… ¿cómo la ve?* Entrampe autoritario, con gracia prepotente; y la aceptación sin más del arrendatario, pero a regañadientes, por la maldita urgencia.

También: por lo facundo de la explicación, el sábado sin falta el desembolso. Mugre descosimiento, pero seso oportuno y calor en el rostro de Roberto. Sesgada expresión mohína, nada más, porque —a ver— ¿quién se despediría?: lo amable por delante, si cual pingajos quedaban las palabras goteando su decir… Disculpas en cadena, de ahí para… que en redor nadie oyera, esto es: con tonos cada vez más susurrantes: Roberto entristecido… Y el corte fue de él. Es que una secretaria apresurada (más o menos bonita) vino a decirle que su jefe inmediato lo estaba requiriendo…

Interrupción: o sea: ¿cuándo retomaría lo del manual?: *A todo plan se impone*… Algún desvío imprevisto ha de imponerse, y otro más adelante, cuando no muchos más, de tal suerte que el plan se resquebraje generando una tupa de intrigas al vapor. Se recuperará después de un gran retruco artificioso. Será hasta entonces cuando la trama vertical halle un camino limpio y un cielo despejado: aunque: pongámosle un «quizá» para ir a la segura… La invención desmerece si fluye en línea recta… Curvas ha de encontrar, como, bueno, he aquí una real, cerrada, impositiva: quiérase que pidiendo por instinto una última disculpa devino el cuelgue del auricular: nuevo episodio para quien embrollado… o sea: ¿cuánto podría tardarse? De refilón —digamos— que por el modo tan frío con que lo recibió Septiembre Tamez, zanguango en su sillón, fijo como una efigie, algo muy misterioso parecía descuadrarse.

—Toma asiento, por favor, Roberto. Te he llamado porque hay varias cosas que necesitas saber antes de que continúes estudiando los manuales. En primer lugar, considera que todas esas fórmulas teóricas en las que estás metido sólo les son útiles a los autores que carecen de imaginación. Es gente que debe pensar mucho antes de escribir, o que no aprovecha la escritura para pensar ni desbordarse, o aún peor, gente que hace acopio de temáticas de aquí y de allá porque no cuenta con un vasto paisaje interior y por lo tanto afirma algo como esto: adentro no hay nada; afuera todo. Pero justo son ésos los autores que necesitamos para nuestro negocio. Nada de megalómanos ni excéntricos, ni gente a quien le guste hacer desplantes públicos, sino obreros literarios (como se oye), entes silenciosos y empeñosos, que sepan sacar fichas como los académicos, pero que no se atrevan a inventarlas; gente que requiera conducción en todo momento: más teorías, más ideas

externas fascinantes; gente que copie modelos ya probados, y que sea (¡ojo!) absolutamente superficial. Con estas consideraciones, por demás inflexibles, es seguro que podrás dirigir nuestra futura escuela de escritores. Ahora bien, te informo que ya tienes un contrincante para el puesto al que aspiras. Se trata de un hombre más joven que tú y que no trabaja en la empresa. El tipo es un hacha. Ha coordinado diversos talleres literarios, o sea que por experiencia, pues, te lleva mucha ventaja, porque, además, ya tiene resultados bastante importantes: autores premiados y, lo mejor, autores bestsellers, así que tienes que estar al tiro para…

Septiembre se prodigó. Su perorata no seguía una verticalidad, sino que lo curvoso, de hecho buscado, parecía chispear sin fin. Plétora de ideas tajantes: en largo, pues, y en conjunto: ¡oh árbol refulgente!, tanto que Roberto se saturó: ah, lo que punteaba ¿asirlo…? mmm… Lo de él era la recuperación de la pesadilla de anoche. La caída tolondra. El tiempo muerto tan pasajero, acaso irrepetible. Presentimiento o ¿qué? Sueño oportuno: que si revelándole un aciago desvío definitivo: donde sólo faltaba que el susodicho contrincante fuese de baja estatura…

Roberto ya no oía tan vagaroso hilo de palabras aun cuando mantuviese fija la mirada en Septiembre. Figuración brillosa en sus ojos de farol, como que rehaciéndose: deslinde de tersuras cual charoles cambiantes. Atención en rebaja sin agache o ladeo: mejor: efigie contrapuesta, al grado de que el jefe inmediato impuso con donaire una advertencia cínica:

—¿Qué no tienes preguntas?

—Sí… muchas… Pero por lo que me dice parece que estoy en desventaja.

—Te lo has tomado muy a pecho… Entiende que si no llegas a director tampoco te vamos a echar. Eres un hombre capaz y esforzado… Podrías ser profesor.

—Sí… Seré lo que merezca.

—Bueno, ya estás informado, ahora sí que puedes irte a tu lugar.

—Y entonces, ¿ya no tiene caso que siga leyendo los manuales?

—¡Claro que sí! Eso nos evitará contratar a gente externa. Si tienes aprendido al dedillo todo lo que estás obligado a leer, serás nuestro mejor profesor. Acuérdate ¡necesitamos profesores!

—Está bien… Con permiso… Nada más le digo que yo soy

licenciado en letras hispánicas.

Ruptura parcial y, por supuesto, una sospecha en grande: naciente. Grilla tal vez, palpitación mendaz, incluso ajenidad expuesta a indagación, sólo que antes el sueño delantero: semejante a una cruz harto pesada para cargarla de regreso una vez que ocurriera su —¡caray!, ¡ya de plano!— resurrección y gloria retardadas, pues ¿cuándo, cómo y dónde? Eso que había soñado debía contárselo con lujo de detalles —¡ojalá que así fuera!— a su querido abuelo.

11

En vez de «llevar a efecto» o «llevar *al* cabo» bien cabría poner el verbo «realizar»: tan sencillo; pero mejor usaremos de entrada la jerga burocrática porque cuadra de perlas con la rigidez patitiesa y encopetada cual debe. Entonces aquí va… veamos… Fue en una junta de la cúpula empresarial, ¡llevada a efecto!, como se oye, en el comedor privado de un restaurante de lujo, donde el jefe supremo le pidió a sus colaboradores que hicieran un análisis minucioso de quién(es) de su(s) compañeros(s) podría(n) ser promovido(s) para desempeñar funciones de profesor(es) de la futura escuela… ¡basta, pues!… Lo demás fue turbiedad: téngase que de no haber prospectos efectivos —cosa difícil— en la empresa, se pondría un anuncio en los periódicos donde se destacara lo siguiente: PARA EFECTOS DE CONTRATACIÓN INMEDIATA EDITORIAL FRONDA REQUIERE COORDINADORES DE TALLERES LITERARIOS, LOS INTERESADOS FAVOR DE PRESENTARSE EN… etcétera; en la ciudad abundaban esos tales, lo mismo que en el interior del país, así que… Sin embargo, hubo una discusión benigna. Es que el anuncio… Es que la leyenda tan larga… Creatividad en plena tragazón: propuestas por redondear en lo que técnicamente se denomina «tormenta de ideas»… En fin, algo llamativo: un gancho seguro con rejuego ingenioso; de modo que un jefe de área aventuró: *¿ERES COORDINADOR DE TALLERES LITERARIOS Y TE INTERESA MEJORAR TUS INGRESOS…?* etcétera, pero ¿qué tal la invitación…? Por ahí iba… Depurar, depurar hasta que por fastidio se llegara a lo más insinuante y tácito; en tanto, brotes insuficientes propiciando correcciones feas. Nada que diera al clavo, por lo cual el jefe supremo hizo un desvío, un intento de quiebre que sorprendió a los creativos todavía habliches: sentencia, digamos, por abajo y por detrás: porque

apareció reluciente el nombre de Roberto Pastrana, de una vez lanzado como director inamovible, ¿entendido?, ya que tomando en cuenta que era un empleado harto confiable para la empresa, estudioso y trabajador como nadie, amén de ser licenciado en letras hispánicas, pues quién mejor… recompensa por su iniciativa de desvelos hazañosos… aunque (ejem) cabe aclarar que el susodicho no estaba en la junta, entonces no podía pararse el cuello ante la jauría de encopetados, ¡lástima!, máxime que el sueldo de director de la escuela sería superior al de los jefes de área, ¡chin!, envidia, sobre todo eso dicho por Jonás Parada, que así se llamaba el jefe supremo, quien, asimismo, matizó una recomendación general —tono aterciopelado, ¿eh?, cabrón, como que salando (tras endulzar) cada vocablo—: que nadie incurriera en chismorreos; o sea que él mismo le daría la noticia a… mueca sonriente adivinable, lejana mientras tanto… El argumento del jerarca estribaba, no obstante, en el ahorro por venir —preferible un sueldo alto (apúntese) que dos medianos— cuya resulta no iría más allá de un memo lugar común: *más vale malo por conocido qué… se sabe* ¿verdad? Sólo que el licenciado Pastrana no era malo, ¡no!, ¿de acuerdo?, ya que tampoco exigía el pago de horas extras. Por ende, se suscitó un bisbiseo muy por lo bajo entre los comensales: cuántas repeticiones habría de otro memo, por supuesto, lugar común: *el tal Pastrana se sacó el tigre en la rifa*. Consuelo falaz, tan oficinesco. Desconsuelo, si bien, para Septiembre Tamez, se infiere, él por encima de todos, ya con la puñalada en la espalda y tratando de avanzar dizque erguido: ¿cómo y hasta dónde?, ya excelso envidioso; de hecho, hipnótica vivencia (como para negarla), y con tamaña carga, ¡uf!, tenía que hacer algo: una tortuosidad salvadora; más tarde la invención a fin de que mañana nomás llegando a su cubículo… Siguió la junta: otros asuntos: estrategias y dineros y órdenes; incluso no se le dio más vueltas al anuncio publicitario, quedando la primera y atractiva invitación, fue aquella de: ¿ERES COORDINADOR DE TALLERES LITERARIOS Y TE INTERESA…? etcétera. Inútil circularidad por contera, pero así son las juntas.

Si supiera Roberto lo que pronto sabría: ¡vaya!: el nombramiento sin el nombrado, ergo: lo trasero y raro y aun apócrifo. Duración que al durar se iba haciendo más dura, más juego de palabras, ¿qué sentido tenía? Lo mejor habría sido que Roberto estuviese entre los

de la cúpula, así su elevación habría de tener a todos atónitos aplaudiendo a la fuerza. Teatro dentro del teatro, pero… El teatro fue en privado, mucho más entre nos, y agresivo y, por tanto, más gris que la grisura de una oficina de esas donde cada burócrata en vez de trabajar nomás anda rumiando para pasársela disfrutando el rumiar, amén de fingir que trabaja. Mediocridad cansina que, bueno, ¡aclaremos!: como Editorial Fronda era una empresa de la iniciativa privada, eso de rumiar no era una actitud correcta, sino la excelencia a toda costa, ¡eso sí!; o sea que el espíritu burocrático… bueno, repitámoslo, eso no era una actitud correcta, por lo cual Roberto continuó con su estudio: *A todo plan se impone un obstáculo*: treta, algo dolorosa, sí, desde luego, pero sobre todo, molesta, cargante, esto es: no tanta gravedad, pero… bueno, en fin, Septiembre Tamez no debía significar un obstáculo, y si lo fuera sería salvable para Roberto, quien, además de entregarse por entero al aprendizaje del manual C, tenía como plan inmediato localizar en el directorio telefónico un asilo de invidentes, ¿qué tantos podría haber en la ciudad? Ojalá un buen número para así tener la opción de comparar precios, quedándole también la duda, por lo pronto, de si por ahí diera con uno gratuito, o dos, o más, quiéranse esos servicios que ofrece el gobierno con toda su entrampada e inevitable burocracia. Ya lo vería. El mentado librote estaba metido en la gaveta más abajeña de su escritorio. Cosa de consultar muy de ocultis aquello tan lleno de letritas sobre fondo amarillo (ladeo estratégico bien hecho) para al cabo hacer llamadas en etapas (teatro: de grado en grado, o sea: sin descararse, pues): o sea mañana y pasado mañana, aunque tampoco debía demorarse más de una semana para obtener la información y hacer el trato ¿por teléfono celular? TODO. Sería lo óptimo que hoy mismo, ¡ojalá!, debido a que su abuelo… Por cierto, a propósito de él, ¿ya se habría muerto de hambre?

12

No, ¡ojalá no!

Llegó el nieto con un par de pizzas a su apartamento. Llegó a buena hora la preocupación. Desde que marcó su salida en el reloj de allá, justo a las siete de la noche como la mayoría de los empleados (esa vez le valió gorro salir puntual), Roberto olió —por decir— el distante empeoramiento. Creciente sensación de vencida conforme hizo lo más pertinente: la compra en mención, la manejada rápida de carrito hasta… Situemos de una vez en el elevador al chofer y su incertidumbre al tope, tan de pie; a lo que hay que añadir el presunto tufo de la muerte acorde con el olorcito invitador de las pizzas: en pos (también) de una vida, ajena y sabia, en declive: en encierro: para verla con ojos de mesías: él: el propiciador. Complicación para hallar la llave metida en una bolsa —¿cuál?— de su pantalón.

La puerta: obstáculo. Ojalá pronto: ¡sí!: pudo: ¡ea! (pese a la carga en equilibrio), y cuando abrió olió en demasía lo ahora, a Dios gracias, agradable, sólo faltaba que diera unos diez pasos como si hallara vía en una supuesta maleza, darlos pero con regusto exagerado, a sabiendas de que el moribundo respondería con un alarido gozoso tras oír su nombre patronímico varias veces: *¡abuelo!, ¡abuelo!*, ¿eh?, y el susodicho clamó: *¡Aquí estoy! Ven, por favor*. La verdad es que para ambos fue muy chingón eso.

13

Hay un pasaje en *El sueño ayuda a la telepatía* donde un hombre resbala y cae de espaldas sobre un corrugado suelo de cemento. El golpe en la nuca es tan intenso que el hombre no puede levantarse; sangra, de empiezo hay un delgado hilo en derrame, del que enseguida se percata, pero tampoco tiene ánimo para curarse por propia mano —con agua oxigenada ¿cuál?, ¿dónde?, ¿cómo?— ni pedir auxilio —¿para qué?—; más bien lo vence el sueño a causa del dolor; un sueño donde nada ocurre, salvo imágenes informes que aparecen y desaparecen, imágenes tan propias del ritmo gamma; nada anecdótico, pues, en principio, habida cuenta de que luego, y a saber por qué misteriosa razón, la velocidad de las acciones será angustiante, como también ocurre de ordinario en el ritmo delta. Por lo pronto valga decir que el hombre está solo en su casa; mejor dicho, vive solo, y a menos que el dolor se torne insoportable gritará como demente, pero no, nunca será para tanto, o sea que el horror ya pasará.

Hasta aquí el dato vago que Roberto rememora mientras observa a su abuelo devorar el par de pizzas. No arriesgará ideas sino hasta ver que el empacho de aquél se haya cumplido al tope: ni un bocado más; pero para que eso llegue falta un buen rato. En tanto, los embarres entendibles se están dando: salsa de tomate en las mejillas y en los diez dedos de sus manos, amén de estrías pequeñas de queso: no muchas, pero sí, y —¡claro!— parece un bebé en vez de un sabio, pero es que la ceguera y la desesperación hambrienta… Cierto es que el ahora tragón tampoco habla. Sin embargo, lo hará estentóreamente —¿ritmo delta en plena vigilia?— cuando tenga la hartura de masa hasta el gaznate. Vómito (figurativo) su decir: luego: por recuperación la retahíla de palabras… Bueno, la recuperación, por el momento, es del nieto, quien trata de acordarse por entero del pasaje traído a cuento: vaguedades aún: aunque: la

consecuencia, digamos, en blanco, producto del golpe, deriva en una situación por demás embarazosa (segunda etapa del sueño y el ritmo delta, ahora sí, en su máxima amplitud), una recurrencia indefectible por inalterable: el hombre debe llegar puntual a un equis sitio, sólo que una serie de circunstancias imprevistas se lo impide. La angustia crece, todo es absurdo e incluso medio irreal, aun cuando evidencie un desarrollo más o menos lógico aunque acelerado. Reiteración obsesiva de acciones: bajar, subir, volver a bajar, algo se cierra, nada se abre, cuánto hay que caminar y —¡uf!— saltar: pongámosle escaleras, declives, zanjas: lo grave: el tiempo se agota y la única conclusión plausible es el despabile. Horror, entonces, al máximo. El hombre está acostado sobre un charco de sangre, más lo subsiguiente ¿qué?

No se acordaba Roberto de lo peor. Si tuviese el libro: mitad novela, mitad ensayo (pero sin tesis… pura vanguardia… puro recreo), ah, siendo cosa de remover las cajas para extraerlo: tamaño volteón: ya habría tiempo… Tiempo ese justo, o ¿no? Es que estaba allí el autor como receptáculo de preguntas u oráculo pródigo: lo que viéndolo bien no sería remedio, ya que es raro que quien escribe en largo se acuerde con exactitud de lo que ha escrito, sobre todo en tal o cual página… Sí tendrá la noción del ritmo delta concordante con la especificidad de la caída y el golpe. También sabrá si se trata del ritmo antes citado o será el alfa, o el beta, o el gamma, lo que sí que en cuanto a sueño enfermo no hay vuelta de hoja, y más aún la aceleración posterior de las acciones como que encimándose…

Pero, mientras tanto, respeto por el comer, incluidos los tantos embarres: en concreto: redundantes en congoja acá: congoja observadora sin más ni más (pobre sabio ciego y desmañado): congoja útil para poner en orden el interrogatorio por venir y luego, ya con más confianza, los pareceres sentenciosos por declarar, sin embargo, en recule, cuál sería la pregunta de empiezo… Sin pensarlo mucho Roberto dio con el asunto del contrincante: lo soñado y al cabo lo referido por el jefe inmediato. Premonición ¿verdad?, a modo de jaque perpetuo. Por ende, cuál sería el trasfondo de esc sueño y de esa evidencia.

Más desagradables los últimos zampes, como de animal tolondro que masca por mascar ya sin apetito, devolviendo sin querer lo

mascado: gula sobre empacho sobre tientos de panza dando a entender con mímica laxa su satisfacción y su hastío; un hastío propicio para escuchar buenamente, entrando ya en materia desde una oscuridad algo rebosante: lo que intuyó el nieto para, ahora sí, sacar miga.

—¿Sabes, abuelo? Esperé a que terminaras de comer para preguntarte algo que me inquieta. Anoche tuve un sueño donde mi jefe inmediato me presentaba a un contrincante. Al respecto debo decirte que es seguro que me nombren director de una escuela de escritores; una escuela creada por la misma editorial en la que trabajo… —dicha referencia en escurrimiento desigual: largueza complicándose; que si datos al margen y a medias explícitos; que si tal vez cantinflescos pero sin pretensión de nada, hasta llegar de modo indirecto a lo mero bueno— … la cosa es que lo que soñé coincidió con lo que hoy en la mañana me dijo mi jefe inmediato: o sea: ¡tengo un contrincante real!, y a lo que voy es a esto: ¿por qué lo que soñé ocurrió casi enseguida? A ver… tú que sabes y has escrito sobre sueños.

—Uy, eso no es más que una paradoja onírica. Casi todo lo que soñamos tiene que ver con nuestros temores. Son temores profundos que se asientan en nuestro inconsciente, y a veces tienen un efecto radiante en la vigilia, esto es: si algo nos causa demasiado temor es seguro que ocurrirá en esta supuesta realidad que, dicho sea de paso, no es tan real, no, porque la única y verdadera realidad es la que está fuera del alcance humano, o bien, la que sólo Dios puede prever sin lugar a dudas, la suya, la divina, su circunstancia expansiva, esa donde sí existen los «hubiera» y los «habría», y no el tajante y limitado juicio de los hombres, que se atiene sólo a lo evidente. Por eso cuando en el sueño algo se repite de manera enfermiza, se accede a lo metafísico, que es donde está el imperio de lo imaginario, mismo que a su vez roza con lo divino, o sea con esa realidad de veras real… Pero volviendo a la esencia de tu pregunta, no me parece extraño que si tú temías la posibilidad de que en cualquier momento apareciera un contrincante, de pronto ése se tornara real. En otras palabras, tu temor es una demanda que presiona a Dios para que él decida qué hacer. A veces Dios se desentiende, pero otras no, y tanto lo uno como lo otro dependen de su voluntad. A todo esto debes entender que Dios es un ente

caprichoso, y que sus caprichos están supeditados al nivel y alcance de los temores de sus criaturas.

—¿Y quién es ese Dios?, ¿cómo se llama?

—El único… Es inútil tratar de darle un nombre.

—Bueno, pero debes saber que el sueño de ayer es el primero en que aparece un contrincante y, además, me lo presenta mi jefe inmediato.

—Eso crees, pero cierto es que ese temor se gestó desde hace mucho tiempo, y para comprobarlo me valgo de tus desvelos diarios. Te quedas en la oficina hasta altas horas de la noche para hacer méritos, pero en el fondo también lo haces para disuadir a un posible contrincante, o a varios… No quieres que nadie te haga sombra; eso es legítimo, pero no sé si tengas razón.

—De todos modos ya tengo un contrincante.

—¿Y lo conoces?

—Todavía no.

—Entonces aguarda, no adelantes nada… Pero si tanto te preocupa, te diré que no creo que pueda vencerte… Recuerda que lo que más temes es lo que más posibilidades tienes de padecer… Lo mejor sería que reforzaras tu capacidad de olvido… El olvido siempre es una solución, un astringente. Sin embargo, la memoria a menudo actúa contra nosotros, y luego sobreviene lo peor: cómo olvidar si los sueños no nos lo permiten. La memoria también ejerce una suerte de ensoñación.

—Está bien, ya tengo el remedio: voy a olvidar a mi contrincante.

—¡Hazlo!, ésa es tu arma. Incluso considera que ya eres director de la escuela.

—¿Pero qué, la duda no tiene ninguna validez?

—Desde luego, porque se trata de una antípoda, sólo que tu deber es no engrosarla. Allí radicará tu heroicidad.

—¿Heroicidad?

—Sí, no te desilusiones por lo que todavía no ocurre.

—¿Y si ocurre, pese a pese?

—Bueno, entonces vienes conmigo. Ya sabes que yo seré tu paño de lágrimas, puesto que tendré también suficientes argumentos para consolarte, uno de ellos será repetirte hasta el cansancio: ¡no dudes!, ¡nunca dudes!; ¡no temas!, ¡nunca temas!; no obligues a

Dios a que actúe contra ti. Lo mejor que puedes hacer es desear, desear, más desear, en vez de quejarte.

Silencio y fe, o bien, creencia motivacional. Superación, pues, de plano, como resaca y como recomienzo, porque viéndolo desde muy arriba: ¡uf, qué buena pausa! Claro que Dagoberto estaba a la espera de más preguntas: las que ya no: intuición de él: crasa completez algo, digamos, metafísica… ¿mientras tanto…? Tal realidad parcial circunscrita a lo visto con azoro: los tantos embarres a la postre, ¿eh?: pizzas membranosas… En fin, ya el cambio, en el entendido de que con tan buena carga psicológica —mueca sonriente de por medio— el nieto fue a la cocina por unas servilletas… ¿habría…? ¡Claro que sí!, no dudar ¡nunca! Y las encontró y trajo consigo unas ocho. Así su inclinación para limpiar con delicadeza cachetes y manos. También cuéntese la dejadez entristecida del ciego. Una suerte de bebé sabio que profería, empero, vocablos y epítetos flamígeros.

¡Qué desastre!, ¡qué vergüenza!, ¡soy demasiado inútil!, por ahí andaba la tónica de sus lamentos; asimismo, la palabra «torpeza» fue repetida hasta siete veces por quien se sentía de todas-to-das ya un real estorbo, por decir: una cabeza sin cuerpo y un habla sin claridad. Puro oficio abstracto, prescindible, o bien, un abismarse en conceptos que a su vez luchaban por gravitar sin para qué. En tanto, las servilletas manchadas: las ocho: ¡asco! (aquello salsero): lo que Roberto fue a tirar al cesto de basura de la cocina. ¡Listo! Pero luego había que conducir al ciego —pues sí— rumbo al baño. Otra limpia meticulosa: lavar, lavar mucho cachetes, manos: aunque… Cierto era que Dagoberto apestaba como un zorrillo de estepa harto orinón: más de una semana sin regadera ni enjabonamiento; o sea que de una vez la propuesta… no era muy noche… Desvestirlo, mojarlo, tallarlo: cambio de ropa, que si por ende piyamero (se precisa al respecto que la tela de la ropa de noche era de bayeta, quiérase una almilla aromática: una prenda comprada en ganga ¡recuérdese!): calculando el nieto de pe a pa una rapidez de quince minutos y así lo advirtió y dijo, quitando, además, el otro embarre: la suciedad defecada ya en aplaste: tal horror: ¡fuera!, por lo cual, y a causa —se insiste— de lo feo estacionario, casi carne momia la del ente estorboso, y… ¡ándele!, para que al cabo la plática sobre los sueños fuese más refrescante…

lucidez en franca desobstrucción ¿verdad? De acuerdo, sí, y el proceder inmediato: la desnudez senil bañándose con absoluto riesgo. Lo oscuro escalofriante, porque el agua no estaba ni tibia. Temblor —entonces—, excitación, energía: lo adivinable que no debiera ser poca cosa en empatía con el agradecimiento del ciego convertido en un decir empalagoso. Sentados nieto y abuelo en la cama.

—Ahora sí, abuelo, detállame un poco más lo del ritmo delta.

Tan alegre estaba el abuelo que esbozó tonterías. Retazos de ideas cuya caída parecía una traición: lo interrupto veleidoso, tan sensacional de verdad. De hecho, no completar nada, porque no… Reprimiendo así cualquier antojo de charlatanería, o sea: tras emitir datos sin ton ni son (salió a flote León Allacci como si saliera un conejo de un sombrero de copa, y no más, también apareció por ahí aquello de que el ritmo delta era múltiple: lentitud derivada en aceleración, o viceversa; luego embates sincopados seguidos de un caos donde en vez de ritmos surgían imágenes fugaces e imprecisos lapsos en blanco, nada en desarrollo, pues, aunque con una coherencia muy por lo bajo) el ciego optaba por expresar lo bien que se sentía con el baño y con la piyama aquella; o dicho de otro modo, un de aquí para allá cargante y siempre en desborde, pero, asimismo, en suspensión inoportuna, hasta que Roberto soltó lo que tenía planeado soltar cuando el ciego se agotara de… ¿se intuye…? faltaba mucha perorata, y por consiguiente…

—Abuelo, debo decirte que el próximo sábado te llevaré a vivir a un asilo de invidentes. Creo que es lo mejor para ti, ya que yo no te puedo atender como te mereces.

El ciego, como que desentendido adrede, trajo a colación lo que consideraba la parte más sustancial de su libro *El sueño ayuda a la telepatía*: dos o tres frases y…

—¿Qué opinas de lo que he decidido? —refuerzo de contraataque por parte de Roberto.

Silencio, algo corto hasta eso, siendo que enseguida vinieron tres refunfuños, entendibles quizá como tres desconsuelos preliminares para, ahora sí, consolidar un desencanto medio plácido: el ciego a fuerzas haciéndola de sabio rendido y allanado.

—Ya lo veía venir. Ése fue mi temor y por eso lo soñé como unas cuatro veces. Soñé en un campo muy extenso donde yo me despedía

de ti para siempre.

«Ya lo veía venir». La pensada persuasión que alguna vez (y varias más de travieso) Roberto elaboró más o menos de principio a fin, pues se desvanecía con esa perífrasis delantera. De todos modos el susodicho abundó sobre las ventajas de vivir en tal asilo: pura disyunción en cuanto al sinfín de atenciones. De suyo, la compañía de otros ciegos para compartir (acaso) el mismo lenguaje y las mismas percepciones; y qué decir de las tres comidas diarias: más, más otredades tan atractivas y mansas: lo sin meta o lo siempre en pro de lo transitorio, lo ligero y lo en correntía plácidamente avivados, sin preocupación de nada sin alcance. Incluso el nieto le informó a su abuelo que la estancia en el asilo le iba a resultar bien cara: ocho mil pesos mensuales. Aquel era un asilo de lujo, con enfermeras, médicos, paramédicos y mucho más. Tuvo, incluso, a bien decirle que todo saldría de su bolsa como para dar por sentado —con donaire— su responsabilidad y su orgullo, porque no iba a recurrir (mentiroso de ocultis) en ningún momento a solicitar (¿a poco sí?) la mínima ayuda de Elías y Celia Damiana: esos padres insensibles, ya remotos. Entonces, su orgullo cuesta arriba, pujante: ¡nótese!

Pero el ciego —paciente, y haciendo muchas muecas de asombro— esperó que Roberto acabara con sus circulitos reciclados de persuasión para, como un cazador, disparar esto:

—Si crees que en el asilo estaré mucho mejor, no lo dudes, llévame allá.

No oposición, sino plante en sosiego: por lo pronto; como si desde abajo surgiera —cual si pretendiese un empate— su orgullo de raíz: tan a oscuras, pero también tan sorpresivo como frágil (dizque), debido a que de esto último (contradiciéndolo) el ciego sacó filo, cual si quisiera exhibir un brillo arrogante.

—La verdad es que en tu casa no me siento bien. Nunca estás, y yo necesito al menos un interlocutor permanente.

Faltaría saber si en el asilo habría ciegos que supiesen de literatura…

De eso quién sabe, ¿futuro sufrimiento…? Ojalá no… Lo que sí que los ciegos por lo general son bastante parlanchines. Diarrea verbal segura. Jaula de loros por conocer, y de ahí los despliegues que pudiesen tocar (a la barata) pizcas de literatura, filosofía,

historia, al menos de modo superficial; alivio constante, eso sí, aunque no descartando de antemano que en alguna ocasión la recua de ciegos llegara a una cumbre de ideas entendida como un afán en pos de un grandioso conocimiento sensible. Lo anterior es resumen de lo que esbozó el resignado Dagoberto, quien además tuvo que soltar algo de verdad muy secreto: que la permanencia en el asilo ya la había soñado desde que durmió por primera vez en el apartamento del nieto. Revelación cuyo tardo desplazamiento a manera de caracol dentro de la rigidez de un rectángulo fue aclarando lo que estaba por venir: saberse entre pares —¡oh placer!—, todos cargados de anécdotas e ideas. Un espacio idílico apto para gente lenguaraz. Un limbo tan fuera de este mundo nuestro dizque activo, pero insulso ¿verdad?, y en retroceso, por acomodo, pero también como que haciéndola de adivino, aventuró lo siguiente:

—Ahora sí podrás hacer tu vida de soltero. Podrás meter a tu apartamento mujeres que te interesen y putas que te complazcan, en fin, lo que tú quieras y sin que yo te estorbe.

Sabiduría morbosa ¿por deductiva…? Lo de las putas «en veremos» debía quedar mientras tanto, tales antojos chingones luego, dado que Roberto se percató de que con el ciego se iba la posibilidad de consultas permanentes, sobre todo en lo concerniente a la corrección de la tan ambigua novela *El sueño ayuda a la telepatía*: próximo plan soltero. Soledad atareada, a sabiendas de que el sexo, tan indispensable, sería un deslinde… este… mmm… que si tardío —o ¿cómo?—, pero sí. En fin. Aunque, en cuanto a las consultas, tenía que ir los sábados hasta allá. Toda una mañana de preguntas. Organización de su tiempo, a ver cómo le hacía.

Hecho lo hecho, pues, como una suerte de descomposición, la mudez turulata de Roberto parecía acoplarse a las frases sueltas, cada vez más cortas, que con desgano soltaba el ciego. Quede que la referencia era el asilo, tenido por un laberinto, y sin nada que agregar, por ende, como que se estaban descomponiendo, ahora sí de plano, las últimas intenciones de quien supuso que habría melodrama luego de traer a colación lo del presunto paraíso en espera. Imaginemos la placidez de ser allá un poco más: que si un ¿hospital gozoso?, ¡chin!, entonces otro recurso… a ver… El nieto quiso hablar acerca de la coincidencia de los sueños como función

telepática impostergable: lo del campo grande, lo de la despedida de espaldas, la mano levantada, ¿por qué?, pero…

—Ya me dio sueño —dijo Dagoberto.

Sea que la ayuda del que deseaba desvelarse a base de pura plática se desvió. A llevar a la cama al recién desoídor, quien exhausto por tanto comer —recuérdese que se zampó dos pizzas gigantes con harto condimento— se sentía muy doblado, así que muy doblado habría de dormirse. Posición fetal: la mejor, la única para sucumbir ante la mole anecdótica, lenta o acelerada, que sobrevendría de un momento a otro: un áspero grosor tal vez descolorido, una delicia con panza llena y, digamos a modo de tropo, cintura ecuatoriana… a saber… Habría discontinuidad, bullirían formas sobre formas apareciendo por ahí personajes desconocidos y acaso símbolos inexplicables.

Lo más visible, mientras tanto, fue que el nieto acomodó a su abuelo en donde se dijo. Lo tapó con una cobija delgada, hacía calor, y añadió algo que quizá en distorsión alucinante oiría el dormido.

—Ya me puse de acuerdo con el director del asilo. Te llevaré el sábado a las cinco de la tarde. Ya tienes una habitación reservada, me dijeron que es una de las más espaciosas.

14

Un laberinto renaciendo. De otro mundo el enredo de pasadizos, sillones y escritorios. Cierto orden y cierto vuelco impensado, algo lejano: ¿sería una masa rodante?: era o estaba siendo, porque iba como que precipitándose con lentitud por un plano inclinado, y luego, no muy abajo hasta eso, en espera unas figuras anómalas, que no recibirían un aplaste, sino (por decir) un casual escurrimiento tan sorpresivo como refrescante: un baño de color gris ¿para sentirse bien?

Ni para qué saberlo. Al sesgo aquello visto. Y ¡ya! Mejor voltear hacia arriba buscando un ángulo en ladeo y ver otro laberinto de formas, pero sin mobiliario suspendido. Sí pasadizos dibujados, defectuosos, zapatos en movimiento, pero ¿personas? Tal vez muchas porque había manos y cabezas embutidas en otra masa rodante que más allá iría hacia abajo. Cosa de espera. Nuevos pasadizos se abrían para… Pero Dagoberto era el único que descendía…

A ver… Un Dagoberto de antaño, muy joven y muy mirón, ¡qué brillo el de sus ojos detectadores!, dijéramos que era otro porque andaba con otras ideas retorcidas; uno, pues, que portaba un ramo de rosas en su mano derecha, y aun así, aunque no se crea, no era un personaje que se las diera de romántico antiguo.

No, porque el ramo lo arrojaría al suelo para pisotearlo con muchísimo coraje y, bueno, lo hizo a mitad del plano inclinado, otro mucho más en declive; lo malo fue que al momento de hacerlo hubo un asomo en lo alto de varias cabezas y también hubo un escurrimiento gris: goteo que no caía con la rapidez normal, por ende: más angustia, y por lo tanto a correr para librar el mínimo impacto de eso que parecía retepegajoso. Pareciera que Dagoberto estuviese sumergido en el fondo de un pozo de color caqui. Ilusión lo anterior, ya que no era cierto nada de eso. Sí, en cambio, parecía

real todo el inmenso espacio en derredor, inmenso pese a los desbarajustes de construcción sin fin. Que un arbolito en la lejanía: por lo pronto no, si acaso puro desierto clásico: con líneas reverberantes: unas tres apenas distinguibles, o sea que de pasada el mirujeo entre los intersticios de esa construcción a medias: grosera por estorbosa. Entonces correr, descender, hacia un fin que ni para cuándo se avistara. Luego el plano se estrechaba convirtiéndose en un pasadizo cilindrico: cañuto de embudo. Sin embargo, seguir. Y apareció una curva, como de tobogán: placer fugaz tal solaz, tanto que el Dagoberto de antaño decidió de pronto darse un sentón para deslizarse más a modo, pero en cuanto lo hizo como que hubo una suspensión soñarrera… Aprovechemos tal suspensión para decir que el ritmo delta es el resumen de varios y elaborados sueños (asunto descrito al detalle en el libro —¿novela?— *El sueño ayuda a la telepatía*, lo que más adelante Roberto debía indagar para también ir a la busca de qué fuentes); entonces: que el campo grande; que la loma; que el sendero; que las personas cacheteadoras; que la ostra en la roca; que el pozo onírico de color caqui. Todo aparecería a poco: fulgurante o en tinieblas, pero… veamos… Recuperada la nebulosa escena del desliz devino una irrupción de luz: por detrás, quizá, a modo de golpe tolondro, tanto que al voltear todo de revés con dificultad Dagoberto dejó de moverse. El fin de aquello estaba justo donde menos nadie podía imaginarlo. Freno en seco y brusca sorpresa. Y aprovechando el tal desconcierto tan vívido, metamos aquí un síntoma de ritmo de sueño, ya que el mero hecho de ir hacia atrás para descubrir ¿qué?, es propio del ritmo gamma. Un largo antecedente que aporta nuevas visiones, acaso lo que en su momento no fue percibido con cierta minuciosidad: como era la sensación de ver un campo grande a través de una rendija surgida por ahí: ancha raya mejorada sólo por contener desde arriba hasta abajo una increíble diversidad colora. Y venga el asomo precavido del que había dejado de resbalar sin derrotero, venga el engaño o la tergiversación ahora sí con —¿de veras?— los pies en la tierra.

Un lejano y medio flotador grupo humano lanzaba «vivas» y frases como que sin chiste o como que sin chispa fonética. La duración de aquello podía no tener consecuencia alguna para el mirón de marras. Historia de felicitaciones y ¡punto! Cierto que hasta mero atrás estaba la dichosa loma: un chipote bien formado

(esa redondez cimera), gris cual debe, pero el sendero (tal secuela dizque natural) no, no se veía. De seguir sin coloración lo visto pronto pudiese emborronarse todo y cobrar —¡ojalá!— una insólita intensidad, la cual sí, al cabo de una docena de segundos. Entonces, amarillo el sendero: distinguirlo algo ondulante, aunque no tenía sentido eso porque el grupo humano, flotador aún, continuaba con sus «vivas» sin para qué (aclárese el «sin para qué» nomás desde la perspectiva mirona de acá), o caso contrario: pongamos que el grupo tras saberse visto se abriera a fin de dejar ver el motivo de su algarabía ya tan prolongada; por ende, el deseo del mirón no tardó en cumplirse. Los doce hombres de traje que formaban el grupo se movieron volteando hacia la rendija, o sea, se movieron como si recibieran una orden horrenda. Falacia creíble sólo durante medio minuto.

Roberto fue el que estuvo en el centro, el tan felicitado y sonriente con razón; el único que gritó, sin que viniera a cuento —¿o sí?—: *Abuelo, ven rápido, ¡corre, apúrate!, para que me veas más de cerca*. Altibajos de voz. Sutil ondulación persuasiva. Pero la desobediencia de Dagoberto consistió en voltear hacia otra parte, esto es, hacia el laberinto reducido a mancha negruzca. Legendario escurrimiento en transformación y, en consecuencia, ¿ver la mejora? Lo que sí que hubo un suspenso. Tregua de revés. Se comprimía el horizonte tornándose furtivo: era brizna voladora, atrapable, casi. De nuevo el retroceso o de nuevo la procura de antecedentes. Nomás con mirar hacia arriba —a capricho— se podría percibir otro asomo de cabezas. De hacerlo (¡ojo!) Dagoberto tendría la sensación de que pudiesen descender por una equis pendiente dos personas cacheteadoras. Pero la tregua antedicha…

Borradura y tregua u oscuridad que en apariencia se espesa. No, ni para cuándo eso último. Grosor fugaz endurecido y ¡asco!, ¡fuera! Es que aconteció el tal despertar ciego ¡por fortuna! También despertar fugaz, con tinte bermejo, o algo así, y de nueva cuenta… mmm… Ahora el Dagoberto de antaño entraba a un limbo desesperadamente apacible, por ende, para alterar lo mínimo, entraba maldiciendo a ¿quiénes? Las personas de allí eran monigotes, y la verdad es que ni en el sueño más anómalo un monigote se deja intimidar. Así que mejor hay que hablar de lo real. Pero antes empalmemos lo postrero de los sucesivos sueños cortos

gozados a tuerto por el ciego. Fueron fugacidades simbólicas que en ráfaga daban la impresión de no ser más que pinturreos caprichosos. Despojo tras despojo a la barata y añadidura sólo en correntía, como un estirón. Quiérase un recuento sin tanta imagen y sí con un sinfín de personajes que deambulaban sin objeto, o lo que es más, nunca se acercaban, a nadie se le veía la cara bien a bien. Todo era distante y misterioso. Pero consideremos otro dato: el ritmo delta ofrece de entrada una larga historia que avanza con supina lentitud: la duración es de media hora, o un poco más. Abundan los desplazamientos y los cambios de escenario, sin que haya una explicación precisa al respecto. ¿La daría León Allacci en el libro? Él era el personaje principal, así que… O la darían los exégetas de las aportaciones del teólogo, ¿Bruno Luzzi o Franco Boldini? La cosa es que de tan insólita largueza se desprende la dichosa sucesión de sueños cortos; cada vez aumenta la velocidad, de tal manera que el último sueño es desesperante por vertiginoso… Y ahora sí lo real: Dagoberto despertó y de inmediato su grito aterido, de golpe, como las balas: *¿Dó-o-on-de-e-e a-a-an-da-a-as, Ro-o-o-be-e-er-to-o-o?* Roberto andaba en la oficina. Se fue sin avisar, ¿desde temprano?; téngase que así lo había hecho siempre y por lo tanto la respuesta vendría cuando la puerta se abriera casi a medianoche (ah), por lo cual, carajo, horas y horas de paciencia; otra vez la soledad manifestada en un abanico de ideas convertido a la postre en un atadijo acaso inservible. Lo nuevo fue que al ciego le urgía defecar: desenlace del atiborre de pizzas: ¡chin!: cosa grande. O sea que su aguante estaba en un craso aprieto. Entonces la localización de la letrina: a fuerzas, pero ¿llegaría campante…? Olvidemos este apremio tan feo. Ya en la noche se sabría lo que, en efecto, sucedió, aunque todo indicaba que… en la ropa… ¿sí…? la plasta… Horror… Ojalá que no, para bien de un soñador tan disciplinado.

En los tres últimos días Roberto estaba yendo a desayunar a un restaurante —cercano a su oficina— de esos muy coloridos donde, además de contar con un ambiente muy sano, el menú era tan diverso y sugestivo que hasta daba gusto tardarse en escoger qué platillo debía ser el más apetecible. También había variedad de jugos. Por ello, sabiéndose previsor, quería hacer rutinario ese zampe goloso, duradero para una jornada extenuante, como todas

las de él a diario. Pero olvidemos el atiborre mañanero de esa vez para dar paso a lo mal que le cayó en la panza una costilla de res acompañada de huevos en salsa de chile chipotle.

Mejor recuperemos el efecto de ese mal al cabo de tres horas: la debilidad y el retorcimiento, las muecas; lo distractor, o mejor: la desconcentración: Roberto vencido. Sin embargo, estando tan incómodo (su gestualidad adquiría cada diez segundos mayor desenvoltura), vino una secretaria, madura y anteojuda, a decirle que el director general de la empresa, Jonás Parada, lo llamaba a su privado. Obediencia fastidiosa. Ir, haciendo el papelazo en avance. Muecas y arqueo. Gachez.

Pero, asimismo, hay que olvidar esos dengues, como olvidar de paso que una vez que fue recibido por el director, Roberto dijo: *Perdón, pero necesito ir al baño, ¿puedo?* Permiso concedido y, por ende, olvidemos la tardanza en el tan útil trono donde los pujos cual alivio o cual gnosis: ¡bah!: ¿tendría sentido describirlos…? Trasunto inoportuno, eso sí, en el entendido de que el señor Parada se contagió de aquellas muecas quizá dolorosas. Las de él eran de contrariedad, y, bueno, ¡claro que hubo tardanza!

Retorno al cae que no cae… para olvidar. También, conforme el avance, iba creciendo una náusea como que tanteadora o algo parecido: ingrato preámbulo en tan importante situación. Último recurso: lo teatral, más forzado para el sufridor que tomó asiento como si se estuviese resquebrajando. Pudo fingir poco: una avidez: semblante atónito no auténtico; mala actuación, entonces, el dar a entender al viso que era todo oídos, traición en el acto, inconsciente la mueca (apenas) de sinsabor, sólo que el señor Parada no se apartó de lo suyo y:

—He decidido que tú seas el director de la escuela de escritores. En unos quince minutos iremos a la sala de juntas para ratificarte ante mis colaboradores más cercanos.

Notición en pos de una obvia alegría y… pues no, porque lo consecuente no fue así, no hubo reacción vivaz, sino mero visaje de un rostro preocupado que no expresó siquiera un leve agradecimiento. Y el desconcierto… Es que Roberto tenía ganas de vomitar, lo dijo, a lo que:

—¡Ve al baño otra vez…! Me parece increíble que en el momento de darte la noticia se te ocurra vomitar… ¿Viniste muy

enfermo, verdad?

Olvidemos la ida y la vomitada allá, por lo que no estará de más hacer un resumen a partir del recobro paulatino de Roberto (el jefe supremo era ¿comprensivo?; dizque tenía muy buen carácter). Quiérase a la postre un asentamiento cargado de optimismo. Alma, vida y corazón en lo alto: cimero el cometido inédito (atractivo, je) cuya derivación se tradujo en una gala de certezas de parte de uno y de otro: ¡a darle!, sólo que… a ver… una aclaración, una con regodeo zorruno:

—Daré mi vida por este proyecto. Responderé a su confianza, ya verá. Pero debo decirle que hace unos días mi jefe inmediato, el señor Septiembre Tamez, me informó que yo tenía un fuerte competidor, una persona que no trabaja en la empresa. Incluso se atrevió a decirme que me fuera olvidando de aspirar al puesto que ahora tengo… Perdón, pero yo quisiera saber si existe ese competidor.

¿Competidor?, ¿olvidar? Pura invención prepotente, tanta, como para que el señor Parada soltara un puñetazo contra su escritorio de caoba: aaay, ¡pues sí!, y añadiera en medio de un quejido un zote lugar común:

—No te preocupes. Ese contrincante nunca ha existido. Tomaré cartas en el asunto.

Desazón roñosa desvanecida una vez que el par jerárquico entró en la sala de juntas. Cuchicheo de jefecitos afilándose. Todos sabían la nueva, como nosotros, y lo venidero se centraba nada más en el trámite de las felicitaciones en desorden: catástrofe para algunos, abrazos hipócritas, los más. Antes el «he aquí al nuevo director…», tralalá, lo dicho con gozo por don Jonás sin sobrepasarse. Lociones en pugna, pues, o aromas peleones. Apretura. Y desde abajo y de frente una voz. ¿Voz? Sugestión. Tres palabras no entendibles: ¿Por qué? El abuelo presintiendo desde allá y el nieto: escucha de ocultis: ¿sí? Compromiso revolteado o simplemente friega: la nueva vida —agobiante—, visualizada desde el crucial ritmo delta de alguien cercano y casualmente ajeno en un dos por tres; alguien cagado, infeliz —¿se infiere?—. Lozanía de conexión al sesgo en tanto continuaban los abrazos.

Deseos postizos; otros sinceros por intuito y así hasta acabar: aunque: faltó la salutación de Septiembre Tamez: no estaba donde

debía; es que pretextó estar envuelto en un gordo problema familiar; según esto, desde temprano avisó que se presentaría a trabajar por la tarde, como a eso de las cinco. Creíble su ausencia… ni para cuándo… nadie nunca, y menos para el jefe supremo, que ya había estrellado un puñetazo contra su escritorio… y sus nudillos como centro… bueno, a poco pasaba el dolor, de modo que un segundo puñetazo: ¡no!, además ¿dónde?, más aún estando en medio de tantos testigos en la sala de juntas.

Pasemos, por lo mismo y con, digamos, inevitable aceleración (obviemos la furia contenida de quien no quería intrigas ni envidias) a las cinco de la tarde. Llegó Septiembre agachado, sigiloso, ni que fuera invisible para pasar inadvertido, por más que se quisiera delgadito y chiquito. Nada de nada, porque nomás lo cameló la secretaria madura y anteojuda le dijo que el director de la empresa lo esperaba en su privado, e ir: ¡ni modo!, a sabiendas del regaño ¿suave?, sabido, pues, el dizque buen carácter de don Jonás, pero también sabido que cuando se enojaba temblaba y hacía temblar; o sea que tembló cuando: ¡Siéntese, por favor!, le dijo; a continuación cabe percibir, al igual que el hombre citado, aquel gran respiro como preludio de una determinación algo charra; suficiencia, temple, y, bueno, para no ser cómplices de tal furia directora, nomás saquemos a flote la perífrasis de empiezo: *Quiero que hoy mismo me presente su renuncia*. Balde de agua fría definitivo… La causa fue ampulosa: tantos motivos dedeados con ambas manos tendientes a un enrevesamiento laboral, y en globo pura antiética pormenorizada de viva voz; grosera envidia tonta, esclarecida por Roberto Pastrana ¿eh?, y por ahí lo demás empeorándose, siendo que al defenderse el ya despedido como gato bocarriba: ¡mangos!, venía una interrupción gritona; y si aún había insistencia, pues aún, digamos, a prueba el volumen de voz del señorón, quien tardó para llegar a lo máximo: otro puñetazo contra el escritorio: dolor vespertino, ¡vaya subconciencia! Entonces Septiembre Tamez adujo que necesitaba el trabajo; que tenía cuatro hijos chiquitos y una esposa impreparada para la obtención de buenas chambas; que se apiadara de él y de los suyos porque en la época actual era dificilísimo conseguir trabajo; por lo que debía tener la seguridad de que de ahí en adelante él se portaría requetebién, trabajando con más ahínco, incluso triplemente,

etcétera. Sin embargo ¡mangos! No hubo forma. Y ya entre calma y dolor y respiros largos don Jonás le garantizó que le daría una liquidación superlativa, merecida por tantas miles de horas de trabajar sentado; empero eso fue acicate para el despedido: vino su teatral arrodillamiento, valía la pena verlo, porque lloró; lloró sin aflojarse la corbata.

¡Aflójesela!, le diría quién y desde dónde: su conciencia ¿distante? Pero… ¡Levántese!, le dijo un don Jonás incólume, y añadió cuatro frases de adiós:

—Usted es un grillo incorregible. Ya estoy harto. Ande, váyase a su privado. Le diré a mi secretaria que elabore el machote de la carta de renuncia para que usted la firme.

Último chorro de agua fría. Ni una palabra más. Retiro en agache de un Septiembre que se iba quitando las lágrimas con dos o tres nudillos. Mano derecha, temblorosa, en activo, mientras caminaba por algo así como un pasadizo en declive. No obstante, luego fue tomando fuerzas, acaso el empaque ulterior que necesita un superviviente: hondas recapitulaciones al azar, a causa de una entereza con raíces cual tentáculos que lo conducía al cubículo de Roberto Pastrana. Autómata bilioso que al fin se aflojaba la corbata. La informalidad dignificante como refuerzo de una queja y una amenaza en tono bajo (oigamos):

—Me echaron de esta chamba. Ahora me doy cuenta que anduviste de chismoso… Está bien, ganaste, pero te vas a atener a las consecuencias, desgraciado.

Pie para otra queja más de rato. El nuevo director debía estar alerta como una cobra, siendo que improperios como el escuchado, o más sutiles, pero más punzantes, oiría a pasto. De ahí que acumular cargas verbales provocadoras, o requiebros con veneno: ¡jamás!, y a cambio la delicadeza, lo acusadamente rompible, como para optar sólo por un recurso inequívoco: ir a decirle al todopoderoso: Oiga, hay mucha gente que me está agrediendo… ése, aquél, el de más allá y aquel otro, o aquélla; que de inmediato echaran a los señalados: caprichitos en sí, habida cuenta de que el vínculo entre Roberto y don Jonás era un sobrentendido al que había que darle mucha más solidez. Por esa razón el nuevo director no respondió. No miró al derrotado. No tenía caso.

Escurridero gris desde una altura apócrifa —¿se asocia?—.

Telepatía endilgada a quien de veras necesitaba un fortalecimiento adicional. De Dagoberto a Roberto: la premonición en vivo desdibujo; de donde se concluye que el recién nombrado director debía huir mentalmente (cero intimidación), al tiempo que Septiembre se retiraba zarandeando un poco sus hombros. Sí, cada cual apartándose, sólo que Roberto se amachó en ideas significantes: valioso ascenso laboral igual a coronación de sus desvelos; no ser proclive a los chismes igual a confianza de cabo a rabo; y también otras fórmulas proyectadas con buen cálculo hacia alturas más airosas, bueno, bueno, pero por lo pronto leer los manuales, encontrándolos maravillosos: cada línea un hallazgo y cada párrafo una embriaguez… Estudio altivo para embeberse hora tras hora…

Aún al nuevo director le dolían el estómago y las tripas. Conéctense entonces dos avances contrarios, de los cuales uno triunfó de calle: la lectura analítica, que hubo de contagiar al dolor: concebido por contera como análisis agudo, tan manejable como la manejada del carrito rumbo al apartamento a medianoche. Humus orondo y recargado para llegar y oler. *¡Ro-o-o-be-e-er-to-o-o!*, clamó el ciego. Desastre. Derroche apestoso. Embarre por detrás (ahora) sorpresivo, creíble, ¡vaya!, por las ineptitudes lógicas de alguien que sobrevive en la negrura. Ya se acostumbraría a hacer sus necesidades solo. Por lo pronto, Dagoberto se había hecho muchísimo en los calzones. Por ende, a limpiarlo y bañarlo. Desvelo excedente, a contracurso. Y el melodrama cual cierre.

—Creo que lo más conveniente es que me lleves al asilo. Allí tendré atención las veinticuatro horas. Alégrate de que ya no seré para ti un estorbo.

—Sí, pronto estarás allá.

Estorbo sería siempre para cuántos. Lo fue para Elías y Celia Damiana. Comprensión indulgente (convenenciera a fin de cuentas) de un Roberto que desde esa vez se había vuelto adrede insensible: dureza triunfal tan parecida a la de aquellos seres tan cultivados para el esfuerzo, a quienes ¿debía hablarles por teléfono? Chance y hasta lo ayudaran con el pago del asilo, ¿por qué dudarlo?

Ah, la intuición, la frialdad y el beneficio se estaban conjugando.

15

Tuvieron un viraje esas dos vidas. Llegado el sábado estaba a un tris la bifurcación. Preparar maletas con cierto pesimismo: eso al mediodía, ya que en la tarde sería cuando… Dos soledades contentas, quizá a medias en principio. Mejor hablemos de dos esperanzas mañaneras. A temprana hora el nieto debía arreglar lo de la contratación de la sirvienta (el ser que vendría coincidente con el ser que salía: cambalache en sazón o muy de molde), en tanto que el abuelo contaba los minutos: nueva mente aritmética colmada de ansiedad.

Y lo aritmético llegó a un exceso: los minutos mentales, a veces más largos y a veces acortados muy de vicio, se desvanecieron tras el arribo de Roberto al filo de las dos de la tarde. Antes: el proceso de acumulación ociosa tras sumas y sumas. Y después lo contable sin fruto, a menos que al ciego se le antojara hacer la enumeración del torrente de palabras emitidas por él mismo cuando… Bueno, esta última palabra «cuándo», pero con acento (¡ojo!), fue repetida por el ciego como unas cinco veces, el complemento en cada caso fue «nos vamos», pese a que el recién llegado sentenció con voz casi de ultratumba que nomás terminando de arreglar las maletas se irían, por decir, a todo correr. Sin embargo, la cita en el asilo era a las cinco pe eme, y eso lo dijo el nieto cual si tratara de adelantarse a la inminente presión del desesperado. *Nos sobra tiempo*, tal frase en lastre luego del barrunto dicho al pelo… Entonces ¿matar al tiempo?, ¿acribillarlo con devaneos?… Devaneos… Tentativas… Sin más, Dagoberto empezó a hablar sobre los sueños y su alcance telepático: ¡dale!, pero ¡momento…! Una vez que las maletas estuvieron listas (al

chas-chás

el acomodo en reborujo), téngase que entre que el nieto buscó algo

de comer en la alacena (no había ni una lata siquiera caduca, ni chiles serranos) y el hecho de manejar el hambre con acre solvencia, el abuelo siguió con su monólogo irrefrenable: un amago de largueza descoyuntada, lo que no, sino: más, más interesante se estaba poniendo, pero la necesidad interruptora entrando como cuña… Téngase, también, que a Roberto le entró el gusanito de ir a la tienda de abarrotes de allá abajo. Rapidez. Cálculo. ¿Minutos suputos? Y fue. A hurtadillas se dirigió a la puerta, la abrió con tiento. Astucia de mañoso sigiloso. Imaginémoslo. Dejó a Dagoberto hablando (je). La tardanza no hubo de abarcar siquiera diez minutos, por lo cual no fue tal, sólo que el ciego sí se dio cuenta del regreso. La brusca apertura evidenciada con el rechinido uniforme de la puerta, amén de un zapateo medio sonoro. El nieto trajo tortas frías y refrescos al tiempo, lo dijo, y añadió: *¿Quieres?* Dejémoslos comiendo, puesto que su silencio, reducido a elaborados masques, daría pie a una tristeza contagiosa que ni para qué; cada uno con su antojo de ideas cayendo en hilo: la vida entre ciegos, aún inadvertida, ¿y cuál compensación que fuese digna?; en tanto que la vida del que veía cabalmente era como un aumento inane, adornada de alfombras y escritorios y páginas y páginas y cátedras que aún no y encomios y salones aún desconocidos: aquello que vendría en avalancha; burdo enamoramiento inclinado al «porque sí», si encanto reductible para mal: reciclado a partir de una gran neta… Luego, con desfachatez, fue el abuelo el primero en soltar prenda.

—Presiento que desde que llegué a tu apartamento no me has puesto atención, no al menos la que merece un ciego. Ahora te fuiste a la rienda sin avisarme; antes, por las noches, te fuiste a dormir no sé a dónde mientras yo hablaba: Huyes tú, como huirán los del asilo cuando suelte mis ideas. Creo que estoy condenado a hablar a solas.

Ante tamaña queja ¿para qué buscar siquiera una compensación de cumplido? Mejor comer; mejor callar: Roberto: seco y en agache. Mejor luego retirarse a dormir una siesta de quince minutos, en piyamas: ¿profesionalmente? A la segura, con despertador.

Desaire. Entuerto. Lo temido por el ciego cuajó. Así fue y así sería hasta la llegada adonde tal vez le tuviesen mucha más paciencia: un limbo de por vida, un cuasidespertar —¡ojalá!— lejos

de los familiares, para quienes (maldita la cosa) él era un estorbo que se agigantaba en forma de malvavisco, claro que sí, y no quedándole más recurso consolador fue ordenando tristón lo apabullante de su jeremiada. Por ende, ¡chitón!, y a pensar… Lo concluyente descansado sería entrarle de nuevo al trasunto aritmético. Empuje de minutos: lo faltante en tinieblas. O también sentirse escucha, como Roberto: ¡sí!, quería ponerse su saco. Cierto que a él le debían disgustar los tonos lastimeros fuesen de quienes fueren; aunque, por recomposición, un hombre emprendedor desoye lo que le parece insoluble… o melodramático a las claras… Ahora bien, Dagoberto recordó que Roberto se acercaba a él sólo cuando tenía que soltarle alguna advertencia de orden práctico, o cuando le era necesario hacer preguntas puntuales sobre una equis cuestión medianamente teórica: ah, ya se desperfilaba el pensador ciego. Cuota de ajenidad para conseguir una ligera ventaja. De ahí que sea preferible ubicar a este par en el carrito yendo hacia el asilo. Pareciera que Roberto estaba encajonado, porque ni modo de que se bajara del coche cuando el ciego empezara a proferir un monólogo dizque revelador; y el aguante aprovechable, por lo mismo oigamos de repeso, como lo hizo el nieto, la siguiente soflama:

—Ahora que estaremos separados es necesario que sepas cómo manejo mis sueños. Todo empieza a partir del ritmo gamma, que es (recuérdalo) temporoccipital y por lo tanto es siempre sospechoso porque se acelera en demasía. Lo bueno es que en este tipo de ritmo por lo general se produce un sobresalto. Viene el despertar y de inmediato el olvido de todo ese vértigo tan desquiciante. Tras conciliar de nuevo el sueño, el móvil del sobresalto anterior queda en suspenso y aparece como una vaguedad sin viso de significación. Pero sí como premisa para que se dé, ahora sí, el ritmo delta: un segundo sueño retardado y lleno de símbolos donde el consciente tiene la oportunidad de actuar, aunque sea de modo sesgado. Ahí es donde yo puedo lanzar imágenes, ruidos, o incluso frases cortas o un poco más largas. Si tú en tus vigilias oyes un ruido extraño, trata de poner tu mente en blanco para que recibas el mensaje que te envío, pero si no estás dispuesto a hacer lo que te pido, de todas maneras un atisbo de mi lance telepático habrá de grabarse en tu cerebro, porque siendo cortical el ritmo delta es múltiple y…

—Mire, abuelo, ahora que soy director de la escuela de

escritores, de verdad que tengo demasiadas cosas en qué pensar y no quiero meterle a mi cerebro una complicación extra. Ya habrá tiempo para establecer telepatías. Además, le prometo que cada sábado iré a visitarlo. Me interesa que me hable de todo lo relativo a los sueños, de veras, pero por ahora discúlpeme, no estoy para escucharlo.

—Cada vez me escuchas menos, y ahora que nos vamos a separar, me callas… Creo que estás enajenado.

Enajenamiento en medio de un tráfico sin atasco, sería un acierto momentáneo, de modo que reafirmarlo con un «sí, en efecto, sí», sería como necear con prepotencia, y la mudez por consiguiente del agredido tan al vapor… Dicho sea además que ni para cuándo el ciego presintiera lo exterior circundante, por ello tuvo a bien no añadir una palabra; ruidos bucales sí: conciertito mendaz, o simplón más que nada, lo bueno fue que pronto se apagó.

Se encendió, en tanto, una maña subrepticia: la no definición conjugada con un «no ir más allá»: treta de Roberto. Es que en esos instantes él pensaba en el libro que habría de rescatar de aquel enorme montón embutido en su estudio. Mañana domingo haría la maniobra sudorosa y solitaria y: ¿hasta dónde hurgar? Si en un tris encontrara *El sueño ayuda a la telepatía* sin más empezaría a ensayar frases al azar: escritura sobre escritura, plagio, desde luego, o recomposición a partir de una prosa cuyos enredos sugerían un eje más o menos lógico. Trabajal, ¡pues sí! Tanteo de corrección en pos de un triunfo expeditivo. Pero mañana sería el comienzo de ¿esa habilidad?

Estaba por verse…

Roberto tenía que diseñar un estilo de vida para escribir a diario.

¿Una cuartilla?, ¿media?, ¿en la madrugada o en la noche?, ¿en la oficina?, ¿cuántas mañas harían falta para tal propósito?

Por lo pronto el secreto entendido como una trampa que iría complicándose.

Su primer libro debía ser un bestseller, eso que ni qué.

Y en cuanto al autor real… mmm… Roberto Pastrana o Dagoberto Pastrana. Al respecto tenía que revisar los estatutos, saber si era posible que un empleado pudiese publicar allí un libro de su autoría… ¡No!, de seguro, pero…

A poco su secreto se estaba haciendo cada vez más íntimo…

Buscar un seudónimo…

Inutilidad…

¿Quién iba a cobrar las cuantiosas regalías?

Pensar más… y bien.

Trampa que se entrampa. Todo un proceso.

Se estaba entrampando la llegada al asilo. Situémonos en una orilla urbana. Calles desconocidas. Roberto sin croquis puesto en un papel: pura idea gráfica en abstracto. La descripción dada por el teléfono ya era un desdibujo que al recordarlo se desvanecía aún más. La adivinación remordida, más porque el ciego arremetía con: *Déjame completar mi idea. Creo que te conviene oírla*. Y el freno harto grosero, por sistema. Tantas veces. Así que ante la osada insistencia, el «ya lo sabe, no estoy para escucharlo», vil estribillo cada vez más tronante; más en ascuas el conductor, máxime que el asilo contaba con un campanario sin techumbre, colocado en lo más alto de una torre blanca distinguible a distancia. Ver aquello, pero… ¿dónde?, ¿por dónde…? Se trataba de una finca orillera y… Dio al fin Roberto con… Ambos sudaban… Solazo aún… Pañueleo del nieto sobre su propia y abecerrada cara: repasos a fuerzas y enojo creciente; en cambio, el abuelo cocido: hilos por borrar con la manga de su camisa.

Sopor luego (entrando), al igual que antes. Sopor llevadero durante el encaminamiento por una senda de grava. Jardines raquíticos a los lados. Pobres rosales en abandono: lo visto al sesgo por quien veía de mala gana: ése que aún pensaba en las regalías: ¿ritmo alfa o beta?: cual deslinde intruso en plena vigilia. Secreto que se hunde, se hundía, se hundiría a medida que prosperara esa tan novedosa irritación en trayecto. Caluroso recibimiento en la puerta de entrada. Un señor calvo y regordete queriendo a toda costa abrazar al —se lo había informado por teléfono el solicitante— ex escritor casi anónimo. Roberto no lo permitió, ¿para qué? Además el empape del que se iba a quedar…

Lo de adentro: ¡qué diferencia! La elegancia del pinturreo y los olores gratos. *¡Síganme!*, dijo el pelón gordinflas. Mano invitadora a transitar por un corredor cuyo final era un espejote que contradecía aquello largo medio ensombrecido con la luz retachada, proveniente del jardín de atrás, a modo de encuadre pañoso. Y

seguir…

La pieza donde moraría Dagoberto estaba, ¡uy!, lejísimos. Más corredores y el caminar más lento de esos tres. Saludos al paso de enfermeros y enfermeras y demás gente que a saber…

Con denodada rapidez el pelón les explicaba chistosamente a los recién llegados las ventajas de haber escogido ese asilo (caro, demasiado caro, hay que advertirlo) sobre los otros dos, también orilleros, que había en la ciudad, pero Roberto estaba abstraído en lo de mañana. El desorden afanoso. Regadío de libros para dar con lo deseado, mmm, ¡ojalá no fuera tanto!, o en todo caso el sudor tendría recompensa. Ay, una distracción (dizque): un detalle: el nieto no había bajado las maletas, no quería cargar, así que a ver quién luego, ¡vaya!, tal flete no sería problema: y: por fin: espaciosa la pieza donde el ciego a sus anchas: aunque, pensándolo, qué tanto podría hacer en medio de aquel lujo sin par; bueno, ahora sí de reversa el cumplidor traedor. Adiós, adiós. *Vendré a verte los sábados, no lo olvides*: voz huyente. Ni abrazo postrer hubo. Claro que faltaba el engorro de los trámites finales. *¡Espérese!* El firmar papeles y el acarreo de las maletas (¿eh?) y el cheque dejado que cubría las tres primeras mensualidades. Dineral. Veinticuatro mil pesos a modo de desembolso ficticio. ¡Uf!, sudoración adicional. Ahorros reducidos a casi nada. En fin. Adiós. Atrás quedaba el casi dibujo animado: también: ostra en una roca. Deberá sobrentenderse el resto de los tiquismiquis hacederos —pese a pese—, en virtud de que conviene situarnos de golpe en el apartamento del nuevo director: ahora sí solitario.

Mirujeada al estudio tras abrir la puerta. De una vez la acometida. Querría quien en vías de incrustarse en la espiral del bestesellerismo ya imaginaba la frase de empiezo. Gancho ostensible cuyo efecto debía propagarse a través de páginas y páginas, sólo que, primero tomar aire. Eran las ocho de la noche.

Y repensar el nombre del autor… El apellido Pastrana: el obstáculo.

Sentarse a gusto en el único sillón individual de la sala para un ganoso recobro…

Más bien, recobro mirón dado a la modorra. Tardo afán para reconocer su espacio de soltería hecha y derecha o de media vida acaso medrosa.

Merecimiento, al fin, que le costaría ocho mil pesos mensuales, lastre obligatorio como pegote, pero qué tal si alguna vez se le ocurría no pagarlos nomás para saber hasta dónde llegaba el efecto de una dejadez… Todo adivinable por desgraciado. Así, que los del asilo le regresaran al ciego, y que Roberto, a sabiendas de esa acción macabra, les dijera que no podía recibirlo porque no había lugar para un ente de esas características: un problema gigante la desatención durante largo tiempo, de veras; por lo que el remedio parcial sería que lo llevaran al apartamento de un señor y una señora llamados así y asá, cuyo domicilio… mmm… todavía Roberto portaba el papelito en su cartera; aunque de momento, y en definitiva, tenía pereza de comprobar si sí…

El apunte en una agenda (pereza diminuta) todavía no… Sólo el número telefónico —recuérdese.

Ahora bien, si aquéllos tampoco recibieran al ciego —mejor, porque de hacerlo lo matarían poniéndole (digamos) veneno en la comida o algo parecido—, por lo tanto otra vez los del asilo habrían de enfilarse, cual debe, hacia el único origen al igual que único derrotero: éste (de dos recámaras) y en esta altura. Dejado en el quicio de la puerta el estorbo. Ellos furiosos y él, con similar talante, lanzando insultos contra todo, con absoluta razón. De modo que el desembolso ácido del soltero ya era dardo clavado, aunque tal símil ¿dardo clavado… infeliz?, equívoco sujeto a una corrección espiritual y, por supuesto, práctica: hablarle a sus padres por teléfono, de una vez, y… primero tomar aire para aprestarse con brío; empero, luego: timbrazos tras timbrazos, diez en total y nada: negligencia o ausencia…

La insistencia mañana…

Necia iteración…

Todos los días llamar hacia el anochecer, hasta que por hastío sobreviniera el «bueno» y el «hola» cual introitos para dar paso al tema del pago equitativo. Lucha medio ficticia; cableadas voces cucas que entre más peroraran se irían endureciendo: hoscas por despaciosas, toscas por insufladas…

Aunque el acuerdo ¿cómo?

Ya se vería si no…

Y…

En fin, a Roberto le interesó más ver el retaque de libros en su

estudio. Ladrillotes las cajas. Casi como pared: de cartón: sin embargo: obra de arte moderna: espectáculo íntimo, y tan circunstancial porque —¿se intuye?— al mirón se le antojaba extraer una caja para revisar su contenido. Arte en desequilibrio.

Aunque…

Una hazaña sería hallar de buenas a primeras lo pretendido: el libro de los sueños… ¡ojalá chispeara!, cosa de paciencia contempladora.

Pero como no ocurriría lo inesperado, con rubor Roberto se animó: fue tanteador hacia el ensombrecimiento sugestivo (entre color castaño y colorante benzol), porque así lo percibió desde su despatarre cansino en su sillón individual: efecto engañoso. Y llegando y tocando: quitar sombras (casi) tenidas por cajas de regular tamaño o, como se dijo, ladrillotes: quiérase un revolteo aprehensivo a conveniencia y, por ende, difícil —de empiezo— tal desacomodo: el saque de en medio a fuerzas con esas sus manos tan exquisitas; manos de hombre pensante: exquisitez que batalla con creces, hasta que, bueno, veámoslo de este modo: se trataba de un desarreglo ruidoso semejante a un desmorone de gruta. Sutileza que lo alarmó, debido a que hasta atrás del estudio hubo desacomodos —no vistos, sí oídos—. Todo instantáneo. Pero lo consecuente: acaso fuese un pequeño logro poner la caja sobre la mesa del comedor: una de tantas que pondría, aunque inaugural esa cargadísima; y la revisión hecha con avidez de indagador sacando primero el libro de hasta arriba que se llamaba *Libertad condicional*, mismo que tenía un subtítulo entrampado: «Ensayos sobre las limitaciones del espíritu», ¡¿de plano?!, ¿qué de veras el espíritu tenía limitaciones?, ¡qué rebusco! Fracaso en grande desde ya, nomás por la aclaración abajeña. El autor: Dagoberto Pastrana: y: ¿para qué el hojeo…? Limitaciones… Represión sobre represión: nadería. ¡Al diablo!

Falacia que debía Roberto azotar contra el suelo. Pobre suelo receptor de esa ociosidad dizque llamativa. Entonces no o entonces apoderarse de eso, en virtud de que bien podía tratarse de una subversión filosófica: valores de revés concebidos a partir de una logopea harto novedosa: quizá, y ¡claro!, después se obligaría a leer el mamotreto para, en fin, quién sabe si tuviese tiempo. Así que con sumo cuidado Roberto puso en una esquina de la mesa tal

esperpento dizque revelador. Y siguió con: *Lo que vale una sombra*, novela de aproximaciones y enmiendas: éste era el subtítulo: un gancho eficaz por subjetivo; misterio que invita: atinada aventura acaso para quien quisiera sumergirse en ¿dislocadas fantasías? Sí, porque más abajo decía que ésa era la primera novela verdaderamente fantástica que se escribía en un país como éste, tan dado a la literatura realista (y en última instancia represiva). Larga leyenda acusadora, desde luego inútil, en virtud de que no venía al caso atacar de oquis a nuestra gran tradición narrativa tan genuinamente hecha con los pies en la tierra. Esa que no acepta ningún «hubiera», siendo que el «hubiera» no existe ni existirá, y ¡punto! En fin, algún día no lejano Roberto le hincaría el diente a esa trama prohibida ¡POR IRREAL Y ATROZ! Bueno, perdón, falta decir algo: el autor era su abuelo, el que ya estaba a gusto gozando el lujo, a saber si al estira y afloja, o al contrario, también: que si llorón, que si gritón: *¡Ro-o-obe-e-erto-o-o, ve-e-en, po-o-or fa-a-avo-o-or!* Telepatía trasera por conectar en cabal ¿largueza? Hilo horizontal viajero: que sí: a poco: aproximación a galope siempre limitada, mientras Roberto continuaba obstinado con su revisión ya nocturna: que las *Disputas tusculanas* de Ovidio, libro tan polémico en su época, lleno de sofismas ampulosos y discernimientos al bies, tan débiles; que la novela *Estado civil* de Pierre Drieu La Rochelle, que versa sobre un niño de tres años al que le gusta subir y bajar escaleras tarde, noche y mañana, amén de que suele internarse en un bosquecillo cercano a su casita de campo: un travieso precoz que, tras alcanzar su pubertad, descubre que su vida es bastante dolorosa; tal libro Roberto lo leyó cuando estaba en tercero de secundaria; que *El expolio de Poynton*, novela de Henry James donde aparecen dos féminas memorables: Fleda y Mrs. Gereth, de suyo catarrosas y melancólicas que luchan, pese a pese, por la plenitud y la perfección. De esa novela Dagoberto le contó a Roberto algunos pasajes tiempo ha, destacando que el psicologismo jamesiano consigue a veces transformaciones tan insospechadas que inducen a los personajes a la locura o al delirio, en este caso la plenitud como enfermedad o como agobio de la psique; que *El diario del seductor* de Sören
A.
Kierkegaard, libro donde se afirma que el seductor por excelencia

es el Diablo, quien se reconoce como un eterno impotente y es, a su vez, un razonador mefistofélico que gusta de martirizar a las mujeres. Sirva lo citado para ejemplificar el recorrido, parte a parte, de esa revisión cada vez más lenta, esto es, Roberto dejándose distraer por tan obscena revoltura de épocas y temas. Se infiere que el freno vendría cuando encontrara *El sueño ayuda a la telepatía*. Pero… Imaginemos un caos resultante acorde con un desvelo ya de hecho sujeto a una curiosidad casi soñarrera: mar proceloso de libros más y más abundante en copeteos de agua, ¡vaya! Embate de olas tétricas, en sí sepultadoras, tanto que vencido el indagador —tenía que ser así— por un sueño repleto de extensos párrafos y frases expletivas ni intentó ir ahora sí a su cama: la única ¡ya! (por fortuna), sino que durmiendo encima de tal oleaje escuchó la voz inverosímil del abuelo remoto diciéndole: *¡piérdete!, ¡piérdete!, ¡vete lejos!* Gran entretenimiento resultante: oír y captar un panorama en repuje cada vez más luminoso: naciente floración orillera sin que ni para qué, sobre todo porque la voz del ciego refería un desierto muy grande sin lomerío (siquiera) a lo lejos. Mero empuje verbal, pues, desde atrás; o sea que el ciego estaba sentadísimo en una cama, en posición de flor de loto, tal como la de un gurú de esos muy sabios, quien repetidamente conminaba a Roberto a recorrer por entero dicha extensión, sin más motivo que el avance airoso. Se trataba de un recorrido que duraría siete días con sus noches. ¿Por qué siete? Empero, tras volver su cabeza hacia atrás, Roberto vio cómo un enfermero encorajinado le tapaba la boca al ciego. Lucha por el zafe y, ¡caray!, otra vez la voz: más fuerte, pero también más entrecortada: *Al fin y al cabo… Un recorrido… A través de una escritura… No hay fin… Nada se avista…* Dedúzcase el esfuerzo de las manos tapadoras: las del enfermero con sus medianos logros, y no obstante: migajas fonéticas, o escapes parciales como: *¡Sigue! ¡Enrédate en ideas ajenas…! Hazlas engañosamente propias… Un tesoro… Una tara… Una complejidad… Ayuda para vivir*. Y Roberto iba a tientas por un camino de frases, lector ávido, pero desordenado, e incluso de continuo sintiendo hastío por la letra impresa, pero no arrepentido, sino tenaz, ¡pues sí!, aun cuando de pronto trastabillara. Y el horizonte ¿qué?, y lo de atrás ¿cómo había quedado?: un punto sonoro podría ser. Luego ecos. Redor de

espejismos donde se insinuaba un regadío de cajas y libros. Quiérase que en cualquier momento llegaría un tropel de personajes (casi todos enanos): unos se llevarían pilas de libros, otros nada más las cajas vacías, mientras que el dormilón, ente aproximado, les gritaría: *¡Dejen todo eso, por favor! ¡váyanse!* De hecho aquello no tardó en ocurrir. Griterío sin rumbo. Aunque, al sesgo, ecos resolvedores, dada la estampida de cuántos con su carga incómoda. Luego nada. Desierto propicio para una larga y anchurosa invención…

¿A poco?

¿De veras?

¿Hasta dónde?

¿Cómo?

Huir por huir, no sin que de los libros se desprendieran hojas con ganas de volar.

¿Sí?

Y además muy alto ¿verdad?

Bueno, ya estuvo suave. A despertarse ¡órale! Medianoche aún. Desbarajuste. Roberto incrédulo. Lo bueno fue que no tardó en conciliar el sueño. Ahora los libros lo sepultaban.

Tumba escritural monstruosa.

Falso hundimiento, benévolo después.

Sueño en silencio, pese a tantas palabras en extravío.

Sueño largo, sin anécdota. Nada inquietante. De suyo, se insinuó un desfile de imágenes. Después habría una acción fugaz, mínima, inútil —tal vez— por escurridiza.

16

A Roberto le llevó ocho horas localizar *El sueño ayuda a la telepatía*. Domingo caluroso y clave para él, que con desasosiego se dispuso a continuar desde temprana hora con su tarea de indagación. ¡Bien hecho!, dado que, aún afectado por el resabio del sueño tan malsano como luminoso, sentía el empuje de la palabra «¡piérdete!», demasiado trasera, por supuesto, más, mucho más: palabra-gemido al cabo atrayente… mmm… y la verdad es que Roberto no debió voltear para ver al dueño de esa biblioteca, misma que ya esparcida en tal extensión indecible ni parecía lo que era. Desorden festivo, acaso. Todo dado para un hallazgo supremo. Pero lo hizo, volteó y… tacha atrás: sí: más que punto lejano; abuelo o símbolo ya no, su lenguaje ya no: sólo el del libro, ese que reviviría él mediante su lectura: aunque: acometida vespertina, aún jadeante… Aún la indecisión.

Primero ver lo esparcido (sin explicación): mar de nombres: Céline, Erasmo, Bunin, Fichte, Clarín, Azorín, Poe, Cooper, Burton y por ahí el escurridero de lo demás hasta llegar a Pastrana, lo tenido en sus manos exquisitas: el preciado ejemplar, que le produjo un temblor leve: que si taparse la boca con eso, que si abrir eso, y Roberto en impulso… Digamos que por la mitad abrió aquello y leyó un párrafo que decía: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse en cualquier momento*. Cierre automático, por el susto. ¡Qué idea tan más antibestseller!

Párrafo aislado, escalofriante. Mancha escritural en relieve, cual sello de vocablos flamígeros.

Sin embargo, quedó la tentación de volver a abrir el libro al azar. Cálculo de susto: también: ¿por qué? Venial presentimiento de hallar algo más egocéntrico, y de nuevo de par en par las páginas

—ahora la catorce y la quince— y así más grandes los ojos lectores, entonces ¡zas!, dado que: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse en cualquier momento*. ¡Uf!, lo mismo.

Párrafo aislado, escalofriante. Mancha escritural en relieve, cual sello de vocablos flamígeros.

A ver… Abrir en las últimas páginas para ver si de plano… Sí, imposición de párrafo: golpe, que si abarcador: mancha escritural en (grosero) relieve: de plano, porque ahora sí con toda la negrura posible: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse en cualquier momento*. Párrafo aislado, ¡ROMPIENTE!, que de por sí partía en dos el asombro de ese lector soltero. Azote contra el suelo, sin más, del preciado ejemplar. Bruto impulso subconsciente ante el amago de una monstruosidad con garras. Recule corajudo de pasos cortos hacia atrás, empero, con cierta duda: y —¿se intuye?—: el tropiezo seguido de la caída: se tropezó Roberto con una pilita de libros. Caída sobre el mar (diríamos). Paradoja. Desde el suelo el caído vio que al tan buscado ejemplar se le habían desprendido unas hojas: unas pocas que ¿volarían? La incorporación presurosa: que no se fuera lejos lo desprendido; que leer algo; que integrarlo mal que bien al conjunto: pero antes el antojo previsible… a ver, a ver… y para descanso de este atónito hallador de repeticiones ¡venga la lectura de más!: *el ritmo delta suele abarcar largos periodos de vigilia sin importar que la persona recuerde lo que soñó*. Menos mal.

Quería Roberto encontrar, a tiento de hojeo, el nombre de León Allacci. El recuerdo plomizo que tenía de ese erudito habliche se perdía entre el raudal de anécdotas breves que ejemplificaban cada uno de los casos donde se presenta el ritmo delta: la mayoría olvidados a estas alturas: rémora de años diluida a trechos en otras abundancias. Cierto es que el susodicho leyó la singular novela cuando cursaba el primer año de preparatoria: época de distracciones e inquietudes a pasto, entre las cuales figura el sobresaliente hecho de haberse estrenado como fornicador. Experiencia repetible con ahínco exagerado sólo durante diez veces más en el lapso de cinco años. Desmadres y ¿qué?: aunque: no hubo novias, sino encuentros casuales. Buena cosa, porque el estudio, sí, porque el estudio antes que nada, y la lectura alternativa para

alimentar el espíritu: ¡qué óptimo sendero en pos de lo máximo! Desde entonces a la fecha ninguna novia, ¡bravo!, pero la apetencia, carajo: gran distracción superior que… mmm… Ya habría tiempo. Lo rescatable de todo aquello sexual fue que no embarazó a ninguna de ésas… ¿eh?… ésas más o menos de su edad.

Y volviendo a lo de *El sueño ayuda a la telepatía* (la seriedad, por ende), valga decir que por desgracia el susodicho sólo había retenido retazos, nada siquiera redondo y mínimo, aunque sí una sensación descoyuntada y frenética, envoltura en arrugue, no obstante, estimable en sí: que va, que dura, que jala aún, porque eso de que el sueño sirva de auxilio para ejercer funciones telepáticas… Lectura no compartible. Secreto personal: mucho más: ideas perfilándose: desplazamiento hacia un centro: la psique, a poco reforzada. Sin embargo, Roberto tenía que reconocer ahora que no había leído bien la (¿formidable?) novela, la leyó sin disciplina, a trechos, sin contagiarse jamás del tema y menos del estilo. Pero hubo impacto tras concluirla luego de tres años, una sensación informe que unos tres meses después lo empujó a hacer una relectura, lo que ya no, por equis razón, por desidia, pongámosle, o por miedo, o bien porque durante esa época el abuelo estaba en plena acción, tan obsesivo, tan demencial, ¡horror!: escritura sobre escritura y demás empapes literarios, al fin y al cabo Elías y Celia Damiana lo mantenían con supuesto beneplácito, deseando que ojalá ese vicio vocacional pronto rindiera frutos económicos, convirtiéndose de súbito en alimento masivo, sólo que a la postre el «ojalá» quedó aislado; quedó flotador; quedó como vibra chispeante y nada más.

¿Novela para gente demasiado pensante?

Quizá ni por ahí…

Entonces el relevo, la reescritura, pues, en vías del anhelado ¿bestsellerismo?

¿Cuándo?

Que hacer la obra propia a capricho.

Tras integrar las páginas desprendidas a su sitio original, Roberto se dirigió a su recámara para poner el libro en la mesilla contigua a la cama, ya tan suya. Temía abrir aquello para evitar una nueva sorpresa, incluso pensó que debía esconder tal hallazgo bajo llave, quizá lo hiciera mañana a primera hora, y mientras tanto…

El impacto juvenil corrosivo, que si aún como que mordiente: suave sí, pero el hojeo… brujo ahora.

Con miedo abrir el comienzo de la novela. Comienzo corregible, tanto, de acuerdo a los lineamientos de Editorial Fronda. Recuerdo del manual D, donde se alude al gancho y al remate, haciendo a un lado el desarrollo, el cual más adelante: un largo capítulo al respecto en, ¡claro!, siendo domingo el licenciado en letras hispánicas no se acordaba dónde diablos… Y pues ¡ni modo!, ¿verdad?

Osado, y algo tembloroso, Roberto leyó el comienzo, así arrancaba: *«Si sueño no pierdo, sólo me desplazo sin querer», se dijo León Allacci un día que estaba harto pensativo mientras defecaba entre unos matorrales. Un decir para aprendérselo de memoria*. El arranque, la verdad, prometía. Tal vez había que eliminar lo de la defecación, debido a que de por sí el gancho se sustentaba en la frase pensada y no en la asquerosidad eventual: esa degradante, aunque ocurrente, cuya extrañeza era innecesaria para un lector común, habida cuenta de que el lector común es remilgoso, en virtud de que entra con una buena carga de prejuicios a un texto y ¡vaya que cuesta trabajo desembarazarlo de timideces! Entonces mejor pensar en un sillón, de ahí la idea íntima del sueño, sólo que la pasividad, de entrada… Mejor que la idea surgiera durante un viaje, viendo pasar los árboles y el campo: modo real de desplazamiento: ¡acierto!, a causa de la empatia entre lo soñado y lo vivido… Ahora bien, si a cada tres líneas Roberto iba a zambullirse en un sesudo análisis, la reescritura le llevaría años, y cuál estilo de vida necesitaba, y qué tantas horas de soledad para alcanzar una concentración sistemática que… ¡vamos!, su tiempo libre era escaso; además, y de acuerdo con los pruritos estilísticos exigidos, la prosa debía ser medio impersonal y medio afectiva, y para conseguir tal adecuación, mmm, nada que fuera tóxico ni que sonara a indiscreción autoral; nada de imponer a un narrador metiche; de modo que en tal caso el corregir reprimiéndose: ¡puf!, mema y sacrificada contención, pues. El gran reto. ¡Cuidado con el lirismo! Pura verticalidad sin mella. Entonces ¡cuidado con el abuso de conjeturas! Trasuntos al sesgo que empujan al lector común a perderse en un bosque de ideas sin para qué y, por ende, a abandonar la lectura…

En un momento dado, Roberto pensó que el libro podía reeditarse tal cual, ya que nunca se sabe si lo deficiente resulta ser todo un centro de luces coloridas, una revelación, una vanguardia, o lo que es más, algo sin precedentes, o a saber…

Por lo pronto, Roberto cayó en cuenta que no tenía computadora en su casa, ni siquiera máquina de escribir… Bueno, ya compraría la primera, porque en dado caso que decidiera no cambiarle a la novela ni un adjetivo ni una coma, tenía que transcribirla bien a bien, presentándola a la editorial como un inédito.

Ya vería qué.

Ya vería cómo.

17

Una loma de libros a la vista, no muy alta ni muy ancha, pero tétrica al igual que persuasiva. Loma (o impacto) para acobardarse de entrada por lo presentido tiempo ha, premonición de aquel que ahora estaba rodeado de lujos y cuidados. Sueños que construyeron un dibujo. Dibujo real, corpóreo: aunque: dentro de una bodega enorme, hecha (acaso) para el desconcierto del nuevo director, que fue llevado por primera vez a ver para entender a fuerzas; lo llevó Jonás Parada, mismo al que acompañaron seis hombres de confianza.

De pie Roberto haciéndola de mirón, junto con los otros; él fue el único que efectuó un recule cauteloso; la causa —dicha casi a coro y de buenas a primeras por tres señores—: la destrucción de tantos libros, teniendo él que calibrar tal desventura con tácita frialdad. Libros cuya venta no rebasó siquiera la mitad de la edición en un lapso de cuatro meses. Completo fracaso, esclarecedor por la reticencia tan terca de los libreros en cuanto a una segunda oportunidad… ¿para qué?

Loma de casi un metro y medio de altura. Un centro abultado donde figuraban libros «¿tibios?» de autoayuda y superación personal; ingratos recetarios de cocina; libros chicharros de horóscopos de toda clase; así como chafeces sugestivas de divulgación científica, amén de novelas «débiles» y demás chácharas insulsas. La labor de trituración se efectuaba anualmente, cada diciembre, mes flojo siempre, desde el ángulo que se quiera ver (puntual la aclaración durante el trayecto hasta llegar allí, tanto de lo dicho de entrada como de lo último), y ante lo feo visto, tan real, tan colorido pero informe, Roberto quiso hacer una pregunta asaz bruta: y casi ya, y no; es que por inferencia halló la respuesta. He aquí la consecución: el porqué hacer una loma en vez de ordenar lo inservible en columnas; dos deducciones compañeras refundidas

en una mesmedad: sería más fácil el acarreo: nada tumbado, sino, en todo caso, desmoronado, y lo segundo —trasunto de mero gusto—: era más estética una loma (menos agresiva) que un apilamicnto rectangular, ¿o no?

Agréguese que en otra época, según le contaron al susodicho, la caducidad era de dos años, incluso hasta de tres. Eso porque se trataba de una época romántica donde había esperanzas de lectura a mediano plazo: que la prueba del tiempo (asunto razonable) y demás hermosuras; que la crítica ponderosa avalando una joya de calidad extemporánea y blablablá, pero ahora: a reciclar el papel ¡pronto! Acto seguido: deshacer la loma: ¡ver aquel espectáculo con mente positiva! Propuesta a la que Roberto se rehusó con algo de encogimiento. Es que le entraría un reconcomio desgraciado que… mejor no… La destrucción en aras de la zopenca y desenfrenada mercadotecnia cual valor redentor de cuánto; ya redondo, ¡pues sí!, lo no vendible, aunque fuese excelso desde un punto de vista ¿estético?, o ¿cultural?, o… ¡al diablo esas historias adornadas de sensibilidad! Y en cuanto a Roberto… Mejor no confesar su estado de ánimo. Empero, se taparía los ojos si… —dejando visibles algunas de sus facciones: líneas retorcidas hacia abajo—. No condicional su esquive, ya que por inercia se llevó las manos adonde, durante unos segundos, se estaba sintiendo tan ciego como aquél, quiérase de suyo, una ilusión engañosa, dado que de inmediato sobrevino el destape subconsciente… Ver para saber… Poco a poco unos empleados maniobreros fueron deshaciendo la loma. Roberto aguantador: mirón sin parpadear, por propia convicción, o también (de paso) para no quedar mal con su jefe, en fin. Los otros: mirones incólumes, diríase que medio gozosos. Y mientras tanto los maniobreros, sabiéndose vistos, dizque gallardos acarreaban pilas de libros hacia un cuarto horrísono: oculto estaría porque los personajitos tardaban en regresar. La máquina trituradora, picadora, ¿para qué ir hasta donde quizá doliera más? Dilema de mirones. Bastaba oír los rugidos salidos de esa presunta cueva. Así (acá) el regadío a expensas de la aceleración, que bien Roberto podía asociar con el de allá: el de su tan cursilito apartamento: su desastre soltero, su libertad tenida por subjetiva y privada, regadío que dejó tal cual, por pereza. Pereza expuesta, en sentido indirecto, ante Aurora, la nueva sirvienta (en sí, quizá)

pudibunda que se presentó, según acuerdo entre arrendador y arrendatario, ese lunes a las siete de la mañana.

A Roberto le convenía hacer ese desvío mental para no deprimirse tan de a tiro. La primera orden dada consistió en que la nueva ayudanta no debía mover ningún libro. Tantos en el suelo: ¡oh!, pero intacto el desorden ¿entendido?, y, bueno, a saber por cuánto tiempo así. De modo que el barrer previo al trapear: cuidado diligente, celo y cominería. Todo, en definitiva, apartadizo. A sacarle la vuelta para bien. Que la extrañeza, en sí, requetefea: al respecto respeto, dado que no hubo réplica y ¡qué bueno!, ni una palabra lerda (innecesaria) ni un mohín ni un puchero. Discreta era esa Aurora jovencita, que recibió otras órdenes menores en completo silencio. Ella, todo un dizque primor juvenil (asu…), no obstante que miraba sin mirar detenido: arisca, de resultas.

Y volviendo adonde comenzó este capítulo, hay que decir que la bodega de la Editorial Fronda estaba bastante alejada de las oficinas centrales. Sólo los empleados de mucha confianza podían acudir a ese lugar tan clave, desde luego con autorización y por tiempo limitado, contando con un objetivo concreto: como ser un encargo que debía realizarse en un santiamén, o si no al menos como ocurrió esa vez: esos seis sujetos más uno acompañando al jefe supremo: pingüe el estar: entonces: todo lo largo que quisiera éste: por ende: política inexplicable, más aún porque la mayoría de los empleados oficinescos no tenía noticia de la existencia de la máquina trituradora. Cierto que suponían lo del montón fracasado de libros, lo mismo que el reciclaje, pero que la misma empresa tuviese su aparataje destructor, ni para cuándo; ¡claro!, el tema se prestaba a especulaciones, invenciones, chismes, meras fantasías cortas algo lógicas; secreto a voces sandio, casi siempre.

Ahora que yendo más en retroceso: en cuanto llegó Roberto a la oficina fue requerido por Jonás Parada. Hubo persuasión rollera delante de los otros seis de confianza, en privado. Imaginemos el cuchicheo sustancioso entre cuatro paredes bien encorchadas: ¿por qué así como en panal? Y la ida al tiento después, bajando por un elevador elegante y espacioso, desconocido por el nuevo director.

Camioneta custodiada por guardaespaldas en espera. Gasto idiota ¿sí o no? Ellos al cabo metidos en carritos: reparto de doce armados: ¡vaya temor! Ni que nadie se diera cuenta de tan

elemental misterio, máxime que durante el (digamos) enconchado trayecto el señor Parada sacó muy por lo bajo, entre otras cosas —como si le sacara la cuadratura a un círculo—, una noticia dizque riesgosa. Que la escuela de escritores estaría ubicada a tres cuadras de la bodega. De hecho, existía ya un apalabramiento algo formal con el dueño del edificio en renta: uno de dos pisos con todas las estancias en apriete, útiles para hacer las veces de aulas y oficinas. Incomodidad, de empiezo, siendo que el señor Parada tenía en la mira un edificio más espacioso, también en renta y cercano a la bodega. Pues mucho más idiotez, en virtud de que profesores y alumnos se enterarían del asunto de la máquina, incluso del proceso final de reciclaje, y de ahí el rumor previsible por doquier: tal venialidad rodada que no era —¿verdad?— tan grande, aun cuando los autores afectados llegaran a saber lo peor: sus libros hechos trizas, y por consiguiente su amargura crucial…

Pero todo esto hay que verlo desde el lado del engaño. A los autores les decían que su libro había sido devuelto por los libreros: absoluta verdad, en principio de editores mañosos por fantasiosos, porque más gana de invención cabía cuando a esos autores no vendedores se les tranquilizaba diciéndoles que su libro estaba embodegado —a conveniencia, por supuesto—; que el paso siguiente era la recolocación ahora si bastante estratégica, y los meses pasaban haciéndose años, y nada. La cosa es que ningún escritor tenía acceso a la bodega en mención. ¡Eso nunca!, por lo que adelantando consecuencias situémonos de regreso en el privado de Jonás Parada. Oigamos como oyó Roberto Pastrana toda la anterior argumentación baldía. No estaban los seis acompañantes: sino… supuesto informe de arriba hacia abajo: dos personas en encierro y en la mera cúpula: o sea harta confianza; entonces súplica oportuna del de arriba: que la discreción por delante; y hubo juramento del de abajo, pero: con timidez gaga el susodicho aventuró una propuesta: *¿y qué tal si a los auto-tores se les con la ver-verdad?*

ha-abla

Sorpresa. Dilema. Luego fascinación del todopoderoso. Fascinación que un minuto después tuvo un severo desinfle: Jonás Parada arguyo que si los autores se enteraran de que sus libros tendrían sólo cuatro meses de vida no firmarían contrato, se inhibirían,

optando por irse con la competencia; aunque ¿competencia en estos tiempos? Oigamos a Roberto, nomás a él:

—¿A dónde pueden ir los que no acepten nuestras condiciones? No creo que haya grandes contratos en ninguna editorial, no al menos en un país de tan pocos lectores como éste.

Un «pero» al respecto del director, y la contrarrespuesta óptima…

—Se puede añadir una cláusula en el contrato donde se advierta que si el libro no vende por lo menos la mitad de la edición en un lapso de tres meses será destruido…

Otro «pero» puntual del director, y ahora sí la gran argumentación rápida…

—Con la amenaza de destrucción los autores no tendrán más remedio que moverse como arañas. Ellos mismos nos ayudarán con la promoción y nosotros saldremos ganando porque nos ahorraremos publicidad.

Un nuevo «pero» del director, y el matiz que faltaba…

—Mire, por lo que sé, y usted mismo lo debe saber, actualmente la mayoría de las empresas editoriales están a punto de la quiebra, ¿o no?

—Sí, en efecto, y eso nos garantiza una supremacía editorial —ahora sí relució la peculiarísima ufanez del señor Parada.

—Entonces, hay que empujar a los autores a que se vuelvan vendedores. Hay que sacarlos —al menos durante unos meses— de su comodidad creadora. Que se fleten con todo lo que representa el engorro de la promoción y las ventas. Que de una vez se eduquen de esa manera.

Los «peros» débiles del jefe supremo pueden inferirse y hasta inventarse como sea, por tal razón ni para qué exponerlos. Lo que sí que mientras siguieron hablando el mandamás trató de redondear al sesgo una nueva posibilidad para Roberto Pastrana: elementazo, gran descubrimiento, esto es: más cargado de atributos que muchos de los jefes tenidos por insustituibles. Desde ese momento él podía ser, por ejemplo, subdirector de la empresa (atisbo trasero, luego delantero) en vez de director de la futura escuela.

Quepa aquí otra conjetura por despeje: ésta sería más indirecta porque hubo nacido en un ángulo no tan evidente, y hela pues: ¿de dónde sacó Roberto esta nueva habilidad negociadora si él ni era de

esos ejecutivos empresariales? Por deducción aproximada quepa decir que quizá algo había aprendido mediante el contacto diario con tantos empleados encorbatados cuyo amor por la empresa era indudable.

Sería ocurrencia, ¡claro!; precipitación, de juro, y por ende: preferible esperar: cuántos meses para el convencimiento tácito: ah, más despacioso debía ser el avance de esa idea de cambio radical. Antes la comprobación paso a paso; ningún desengaño, sino… Es que tampoco el jefe supremo podía desestructurar una organización que a la fecha funcionaba, sólo por mover una pieza para colocarla en un sitio tan distinguido y ¡solemne!, y, por ende, tan clave. Así la iniciativa exhibida: radiante de veras, que si aprovechable desde ya y:

—Tomaré en cuenta todas tus valiosas ideas —garantizó con aplomo Jonás Parada—. Nunca imaginé que tuvieras tantas dotes. Me serás muy útil y, bueno, ¡te felicito!

Corte, entonces, sólo que episodio concluido todavía no; todavía faltaba bastante rejuego, mismo que por lo pronto habría de empezar con la salida airosa de la oficina suprema: Roberto: otro, dado que ¿cómo?, ¿qué cara poner y cómo caminar? Dos horas metido en lo alto de la cúpula: ¡oh!: en acuerdo con; cuántas deducciones siendo de resultas vista su salida por unos que también eran importantes. Sonrisas de beneplácito (de paso —esos lados—: lo debido) a las que él con sus reojos vueltos guiños respondía: vivaz diplomacia que no pocos vieron complementada con muecas de gusto. Y descendió hasta su modesto cubículo. Descendió como si flotara. Flotación para verla —¡ojalá!— al detalle. Orondez —pues— envidiable. Obviedad que fue dejada atrás: en asombro; aunque: resaca grave ¿luego?

Lo que pasó luego a la salida del edificio, a medianoche, una vez que sacó su carrito del estacionamiento empresarial y que fue detenido por otros dos carritos en plena calle solitaria —¡vaya volteón y frenón!—, eso sí que fue un contrapunto inesperado.

Dos hombres al unísono le gritaron: *¡¡¡Báaajaaateee!!!*, y él, con un miedo de los mil judas, no obedeció. Entonces dos piedrones se estrellaron en su parabrisas. Por instinto de conservación metió la reversa: último viraje salvador: ver por el cristal trasero… mmm… sólo unos segundos, ya que más piedras se estrellaron en el cristal

en mención, dicho sea: no veía más que resquebrajamientos semejando telarañas ¿virtuales?, a lo que: seguían los cristales de las portezuelas: y: ¡ni modo!: prefirió bajarse. Cierto que unas cinco astillas de vidrio ya se le habían incrustado en la cara y en el cuerpo: tres y dos respectivamente, por lo que de no obedecer (¡caray!) el ataque sería más violento, más astillas fregadoras, y más sangre, eso sí. En tal situación cabe enfocar la calle: en ella ¡ni quién! —o sea que pedir auxilio ¡chin!—, menos la policía. Recuérdese que era medianoche, como a eso de las dos, o por ahí. Y ahora sí veamos lo peor:

La golpiza a la intemperie…

Imaginemos, mientras tanto, una música de fondo: jazz, puro jazz complejo discurriendo al compás de los golpes. Largueza de un solo de sax acompañado de platillazos histéricos.

Ritmo de puñetazos hasta que el cuerpo cayera totalmente fláccido: ¡oh muñeco de trapo!, a modo en el suelo para darle patadas ¿verdad? Lo último. Remates más, remates menos. Un pisotón en la cabeza. Culminación triunfal para irse en friega los que debían irse.

Aquí entre nos, el de la idea de la golpiza tal vez fuese Septiembre Tamez —¿se recuerda?—. Suposición que Roberto haría más adelante, dado que esa noche había quedado medio inconsciente. Pobre, pobrecito ensangrentado. De paso, téngase que el sax supuesto estaba interpretando, acaso en declive, la tan difícil desgracia incontenible.

Lo sutil y por demás tranquilizante sería imaginar que el ciego Dagoberto estuviese soñando con un hombre de pelo canoso y rizado que tocara el sax en un cuarto en penumbras. Dimensión musical. No identificable ese tono rauco de notas sin para qué. El hombre de pronto le daba la espalda al soñarrero mirón. Se iba a retirar. Se empequeñecería en cualquier momento tras huir por un corredor. Síntoma. Pero bastó con que el mirón volteara hacia un lado para que al mirujear de nuevo el encuadre penumbroso: no, ni música ni hombre. Ruidero al fondo —acaso en línea recta— como de metales: sí: un derrumbe a conteste con un despertar.

Costra de sueño —vibración aún: ¿pegajosa?— y grito estentóreo (dos de la mañana): *¡¡¡Roooooooo-beeeeeeer-tooooooo!!!* ¿por qué Roberto, si en el sueño semisonoro ni apareció? Ni asomo

siquiera de su cabeza: con pelo corto y copete filustre: al bies de una penumbra ¿tal vez? Nada que se notara conforme el desarrollo de la melodía tan discordante. Un susurro ¡tampoco! Turbación en retroceso: entonces: para comprender, acomodar… Lo que sí que dos enfermeras acudieron al llamado: ecos pobladores en un ámbito por demás sepulcral… A calmar al nuevo huésped que por primera vez gritaba de esa manera —como si lo estuviesen cociendo en aceite; un solo grito, pero despejado al cubo, por decir— y a esa hora. A veces otros ciegos gritaban a (quiérase) pecho abierto: problemón: lloro inconsolable: aunque: no era frecuente lo dicho. Sin embargo, Dagoberto no lloraba; temblaba (¿tendría frío?), pero hasta ahí.

Apapacho ondulante: de perlas: caricias en el pelo aderezadas con palabras de alivio. Delicadeza que agradeció Dagoberto que aún tembloroso confesó la parte final de su sueño: armonioso en largo, que si llevadero, que si no abrupto, y luego catastrófico. Ruido tremebundo, creciente, hasta volverse insoportable y, en consecuencia, el temblor, pero los tientos femeninos: inefables, cada vez más, como que perfilando una punta dulce ya —sensibilidad algo salaz— que al cabo se haría gancho: modo de invitación a dormir: lo que no, ni con palabras en tal sentido. Calma, al fin, logro parcial; lo caricioso casi esférico. Más al momento que el ciego quiso asir esas manos laboriosas. Cuatro eran… y con una que atrapara… Dejadez, suavidad: una enfermera así lo quiso.

Cachondeo sin morbo, sólo durante poco más de tres minutos. Bienestar mutuo, hasta el desconecte: grato por paulatino. Sensación que huye, por decir, mariposeando. Cumplido nocturno de las susodichas que a coro dijeron: *Duérmase, don Dagoberto*, y la recomendación no cuajó, no, debido a que el acariciado no pudo conciliar el sueño. Más bien se quedó pensando en los sabores añejos de la carne. Una suerte de levedad circular. Nada perturbador, sino: ¡pura ternura en despeje! Abrir percepciones. Recuento de trozos de vida. Agrado en desarrollo…

Dagoberto permaneció despierto hasta las cinco de la mañana. Luego soñó, como siempre, en un campo sin fin. A lo lejos había una loma. Ir, subir, aunque, de antemano supo que si intentara el ascenso, aquello se desmoronaría.

18

En plena relajación estaban Celia Damiana, Elías y los niños. Una cena de tantas donde el afán de travesura de estos últimos no sufrió variación alguna. Esos hijitos jugaban con la comida: su costumbre, y esa vez ¡qué asco!: frijoles refritos en los dedos: transportes de un lado a otro al puro dale y dale. Dizque embarres en pedazos de pan: vil tanteo, vil tino. Desatino cuando el escurridero exiguo caía sobre la mesa: por ende: el mantel manchado (artístico): lo inevitable. Era un martes por la noche. *¡Apláquense!, ¡compórtense!*, la reprimenda inoportuna de Celia Damiana, misma que en ladeo soltaba, digamos, esa grave sugerencia blandeada, así, en todo caso, porque estaba entretenida como siempre con la plática de Elías, por lo cual: zote distracción, es que le daba coraje el hacer incorrecto de quienes ni de chiste interrumpirían su chanza marrana. Empero, no estaba pasando a mayores, como no hubo pasado a lo largo de «ene» meses tal osadía niña, bueno, excepto una vez que Mauro e Higinio prendieron una cuantía de cerillos. Incendio de servilletas, por fortuna controlable; agua de vasos de plástico para la extinción rápida: suficiente cuatro, también dos vasos de leche, todo cuanto estaba al alcance y, ¡bendito sea Dios!: remedio inmediato contra el susto. Acto seguido: nalgadas y ¡punto!

Fuera de eso, lo normal podía darse por establecido en lo descrito grosso modo arriba: sentados a la mesa los hijos nunca dejarían de jugar como tampoco los esposos llegarían a una total mudez sólo por ponerle atención a esos vacuos divertimientos al sesgo. De hecho, así había sido durante por lo menos cuatro años: recreación tomando forma de adormecimiento. Cauce familiar para prevalecer (por las noches) incluso con cierto lustre, y no es exageración, sino aspecto vivaz repetitivo, bajo un foco (chipotudo) no muy brillante: sí: casi como tiempo recuperado; porque bien

podría decirse que aquello hacía las veces de un club íntimo, excluyente, puesto que nunca estuvieron incluidos ni Dagoberto ni Roberto. Ellos que comieran por su cuenta, como ocurría —amén de entre semana— sábados y domingos. Rareza. Atisbo de chantaje por la razón que fuera, por ejemplo esto: los intelectuales por un lado y los talacheros por otro: preconcepción sin lógica, porque sus quereres ¿cuándo?, su convivencia aún latente por incierta. En fin, desde que los intelectuales se fueron, la vida familiar de estos cuatro tuvo gran mejoría: mucho menos culpa; entonces solaz, aunque a medias, a causa de la preocupación por los idos, por su derrotero; entonces algo de culpa, como si se tratara de un piquete constante, sobre todo para Elías, por haber sido el hijo —y además el único— de las responsabilidades durante: pongámosle veinte años para redondear con terminación cero: cifra modesta, no exacta, por supuesto que la cifra era otra: un poco más alta, y, bueno, la cosa es que desde que se fueron aquéllos a Elías —nomás a él (debidamente)— el presunto piquete le estaba doliendo cada vez más y: veamos el volteón: esa noche hubo una llamada telefónica, a esa hora ¿quién?

Primera vez que…

Contestar o no…

Indecisión no tan…

Es que por la insistencia, Celia Damiana se dirigió entrecejada hasta…

Al descolgar el cuerno oyó lo siguiente:

—¿Es allí la casa de la familia Pastrana?

—Sí.

—Estoy llamando de la Cruz Roja. Soy paramédico. No sé si usted es pariente del señor Roberto Pastrana.

—Sí, soy su madre. ¿Qué pasa?

—Pues debo informarle que su hijo fue salvajemente golpeado. Ayer, a las cuatro de la mañana, lo encontramos tendido en el pavimento.

—Pero ¿cómo está?, ¡dígame!

—Tiene fuertes contusiones en la cabeza y en el cuerpo. La buena noticia es que está consciente, pero su recuperación va a ser lenta. Necesitamos que usted, o alguno de sus parientes, venga hoy mismo.

—¿Y por qué nos avisaron hasta ahora?

Diecisiete horas después, hay que echarle lápiz: eran las nueve pe eme, o sea… La explicación parecía subir por una rampa demasiado inclinada. Pesadez. Falta de aire casi, porque ¿por dónde empezar?… Por el número telefónico: el único encontrado, escrito en un papelito en arrugue; había un seis que no era seis, sino cinco, y un ocho que en realidad era dos, así como un siete que era uno, y otro siete que nomás no: ni uno ni dos ni tres, sino nueve. Se podía deducir a las claras que el señor Roberto Pastrana había escrito el número con desesperación, y el brete: ingrato tanteo y puros desatinos durante diecisiete horas. Lo malo también fue que los paramédicos sólo hallaron la licencia de manejo del golpeado, pero sin teléfono. Que otras tarjetas: nada. Que algún correo electrónico: menos.

—Creo que hubiera sido más fácil preguntarle el número telefónico de nuestra casa a él.

—Todo este tiempo su hijo ha estado dormido. La recomendación del doctor Nomar Olague, quien lo atiende, fue que no se le despertara ni que hiciera esfuerzos mentales. Pero no se espante, en cualquier momento puede despertar.

—Ahora dígame, ¿por qué es necesario que vaya un pariente hoy mismo?

—Mmm, es que mire, nosotros no podemos atender durante más de cuarenta y ocho horas a un paciente. Tendrán que llevárselo a un hospital.

—Pero nosotros no tenemos dinero para internarlo en un hospital privado.

—¿Qué no están afiliados a algún servicio de hospital público?

—No, señor.

—Pues por eso mismo debe venir ahora, a ver si pueden negociar…

—¿Con quién?

—Con las autoridades competentes.

—¿Y estarán?

—¡Claro!, siempre están.

—¿Y qué tal si no vamos?, o digo ¿qué tal si podemos ir, supongamos, hasta pasado mañana?

—Entonces es seguro que cumplido el plazo de cuarenta y ocho

horas nosotros mismos lo llevemos a un hospital.

—¿Público o privado?

—Eso no podría decírselo. Para eso están las autoridades competentes.

—¡Qué complicación, de veras!

—Más fácil sería que usted me diera el teléfono de la empresa donde trabaja el señor Pastrana, tal vez allí puedan cubrir los gastos del hospital, o ustedes deben saber si el paciente está afiliado a…

—¡No sabemos nada!, ni el teléfono de la empresa ni dónde está ubicada, ¡caray!

—Bueno, entonces no les queda de otra que venir hoy mismo.

—Está bien, iremos.

—Perfecto, aquí los esperamos. No olviden traer sus tarjetas oficiales de identificación. Mi nombre es Santiago Serrano, pregunten por mí cuando lleguen.

Dolor en la oreja y en el alma: Celia Damiana reordenando para armar una idea engrosada y con cuadrivio de secuelas por si hacía falta. Celeridad de aprendizaje quemante al tiempo que se dirigía hacia la mesa del comedor donde Elías, urgido, estaba profiriendo muchos «¿qué?», sin ton ni son, de tal modo que parecía estar lanzando eructos pilongos, impulsores del vaciamiento que en retahila sobrevino (téngase que los hijos ni en cuenta; ellos en su lío con sus pedazos de pan y sus frijoles). Tras la descarga informativa surgió la pregunta evidente: ¿vas o voy? Jaque: y procura: voy: Elías decidido: tanto, que hasta apretó los dientes. Los siguió apretando a toda velocidad: *ruuun*: arrancón y volanteo, tenía buen coche, se supone: aunque: se andaba pasando los altos con cautela. En sí, a toda velocidad su incertidumbre. A toda velocidad el ansia de negociación, de eso Elías estaba cuajado. Travesía bajo la llovizna. Indocilidad ya, ante lo que viniera. Congeniaría con los semiburócratas de la atención médica: ¡seguro!, y si no haría el esfuerzo.

Llegar bufando preguntando por: sólo se acordó del apellido Serrano y, bueno, conviene tratar todo este merequetengue con olor a cloroformo como si lo despacháramos por una pipeta: lerda localización del trabajador social antedicho en el centro, digamos, de un hormiguero cuya dinámica era tan febril como caótica. Lo esencial fue el hallazgo hecho tan apenas, pero desastroso: tantas

vendas cubriendo al pobre hijo. Otro aprendizaje inesperado: la desgracia que a poco ya no sería (dizque). La curación en marcha.

¡Vaya!: el susodicho se encontraba despierto. Tuerto: el ojo moviéndose, que si mirando mal: quiérase pañoso, pero algo: descoloridamente lo importante: el padre que llegaba: llegada a fuerzas vista por quien tendido esbozó una alegría dolorosa, mueca que ay, ¡chin!, reforzada con el brote de una lagrimita; se podría decir que ese brote debía tener una acre justificación, por tanta limitante, ¿o no?, siendo que el otro ojo tenía un vendaje llamativo: una loma monís… Feo el moretón quizá, por lo cual ni para qué verlo. Y Roberto sí hablaba, aunque entre dientes, o sea… Lenguaje estrujado que dejó escapar un «hola, papá» dificilísimo. El trabajador social Serrano dijo que los dejarían solos durante diez minutos no sin hacerle la advertencia a Elías de que no forzara a su hijo a hablar más de la cuenta. Aceptación del visitante con un palmario movimiento afirmativo de cabeza. Ruptura, salida y, por ende, regusto. Es que en dos palabras podía resumirse el estado de ánimo de Elías: «golpiza atendida». ¡Qué suerte!

Y decir en diez minutos ¿qué? Primero y por lógica el cariño palabrero: puntual una frase encajada con dulzura, la que fuera en tal sentido. Luego lo referente a la negociación por venir, útil, pues, la premisa —hecha a modo de pregunta medio vacilante— de si la empresa donde trabajaba Roberto le cubría los gastos médicos se tratara de la enfermedad que se tratara y de principio a fin, y bastó un «sí, papá», dicho a duras penas, para que Elías soltara un «¡viva!» subconsciente y retumbante. Lo demás consistía en que el hijo le dijera el número telefónico de allá…

Esfuerzo mental, pero necesario: Roberto deletreando los dígitos como si ascendiera por una loma escarpada: exactitud temeraria explicable en razón de que una falla —un seis en vez de un cinco, por ejemplo— se transformara en un gordo problema como: a ver: llenadas de tanque de gasolina; ires y venires enfadosos; zozobra en el trabajo: la ausencia sin aviso, tanto, que mejor ni pensar todo eso como un empuje infeliz, ¡ojalá no! De manera que ¡venga!: casi con los cinco sentidos el apunte memorioso del padre porque no traía pluma ni lápiz. Y éxito con despedida almibarada, antes de llegar a los diez minutos establecidos. Óptima la abertura de puerta, incluso insólita.

—Estaré al pendiente de tu rehabilitación. Te prometo que hoy mismo estará arreglado lo del hospital.

Y Elías se fue campante.

Idiota, en virtud de que se le olvidó preguntar por el paradero del ciego.

Ya lo sabría.

Salida fantástica, con una ufanez que no venía al caso, sobre todo si se piensa que en un ámbito como ese, donde el dolor general es como un centro gris y móvil, haciendo que médicos y paramédicos anden siempre en agache acelerado, un caminar airoso habría de llamar a extrañeza; y no era que estuviese prohibida la ufanez, pero… A eso debe agregarse que Elías nunca se detuvo, tenía urgencia de salir; siguió como si estuviese a un tris de remontar el vuelo apócrifo, pese al par de preguntas que le hubo formulado Santiago Serrano, quien como si fuese un reportero (¿mordaz?) de periódico (¿tabloide?) que persigue a como dé lugar declaraciones escuetas pero sustanciales, corría cual perrillo lulú en pos de un retazo de carne. Las preguntas fueron: ¿el señor Pastrana tiene seguro médico?, y ¿ya no tendremos que dirigirnos a usted?, y las respuestas displicentes fueron: sí, a él deben preguntarle el número telefónico de su empresa, y luego un no, conmigo ya no, o sea: salida fantástica, ahora sí de plano, como también cínica, irresponsable y demás calificativos por el estilo.

Dicho sea en redondo: La victoriosa insensibilidad… yéndose. Con decir que ese tal Serrano prefirió detenerse justo en la puerta principal de acceso a dicho hospital. Quiso contemplar absorto el correr a paso veloz del señor. ¡Un cabrón!, un robusto hijo de puta.

Salida en friega del estacionamiento. Casi con fanfarrias el arrancón de coche por el amplio bulevar, la noche estaba medio estrellada. Arrancón de ese presumido para irse a dormir ¿cuanto antes? En fin. Lo siguiente se puede inferir: la obtención del número telefónico: ¡pronto!: cometido capital de ese, digamos, negociador médico (por obvia asignación sobrentendida); así el dictado dificultoso de Roberto, como si cada dígito fuese extraído con sacacorchos, más lo procedente: el habla con quien contestara de la empresa, mañana, hasta dar con… ya se vería… mientras la quejumbre del paciente seguía su curso al igual que sus reflexiones trastocadas, una de ellas, acaso la más fácil de concebir en tan

pungente yacimiento, fue el golpear y ser golpeado: crasa norma de vida o categoría impuesta desde el más allá para ir sobrellevando todo lo de acá. Y fue entonces cuando en la mente averiada de Roberto apareció el nombre de Septiembre Tamez: él fue, sin duda, el golpeador intelectual.

Téngase que una semana antes el nuevo director le había propinado al ya vengador otra suerte de tunda: el despido, habida cuenta que el artífice fue Roberto, por chismoso, porque se le había pasado la mano, de ahí el arrastre lambiscón, rogativo —¿se recuerda?— del afectado, con todas sus insolentes repercusiones —lo no sabido por Roberto, pero por nosotros sí—: que sus cuatro hijitos; que su esposa impreparada para ganarse la vida: triste ama de casa sufridora, y sin embargo ¡palo!: el jefe supremo en lo suyo: su determinación inflexible. Por consiguiente la sed de venganza, gloriosa para Septiembre cuando cada golpe hiciera las veces (valga) de una ciruela que se degusta muy lenguosa y mordedoramente: mayúsculo el regocijo del despedido. Sólo que ¿vengarse? Roberto pensaba en el «cómo» y en el «cuándo». Golpiza pendiente. Revanchismo, redondo como un deseo, como si con eso se ascendiera a un saber incomparable, a sabiendas de que el otro, mientras estuviese vivo, tendría la oportunidad de volver a vengarse, y así hasta el hastío, al cabo tan de bajada, porque alguno de los dos diría que no más. La madurez como sinónimo de cansancio o de fosilización. El sabio hartazgo ¡angelical!, acaso estigmatizado cuando ya estuviese cercana la muerte.

Y mientras tanto la vida en correntía como síntoma diabólico. Vida llena de venganzas satisfactorias. Golpear y ser golpeado. La vida era… a ver… ¿un cuadrilátero? Sí, porque si no… Concepción de director enrollado con la idea (¿sana o malsana?) de progreso tras progreso costara lo que costara… Ya vendrían mejores días… Es que Roberto no murió, fue lo bueno, y siendo así ¡órale, a joder! Pobre Septiembre Tamez, lo que le esperaba: una venganza sin olor a muerte: eso, un juego perverso entre directores de esto y de aquello: el que hubo sido y el que era: aunque: quién sabe si Roberto ya no, debido a que tras enterarse de la golpiza a saber qué dispusiera Jonás Parada: quizá lo nombrara asesor, rebaja jerárquica, menos sueldo, o incluso era posible que lo echaran para eludir el cuantioso gasto de hospitalización, en efecto, ya que,

haciendo cálculos al vuelo, cuánto tiempo se llevaría el restablecimiento del golpeado, y lo más importante: ¿quedaría bien? Cuándo la verificación de su sistema motriz recuperando al cien por ciento, eso sí, la agilidad de antes. Imaginemos también (aunque muy aparte) sus dedos para teclear: su misión valedera de reescribir *El sueño ayuda a la telepatía*, y por lo demás: menos lentitud de movimientos, cada vez, ¡ojalá!; días como que empujadores hacia una normalidad batallosa. De veras que la venganza de Septiembre fue eficaz, tanta que por la golpiza Roberto corría el peligro de que lo echaran, como a aquél. Un límite en los gastos médicos: podría ser, no sin descartar que Jonás Parada le dijera lo peor: *En las condiciones en que te encuentras no podemos seguir empleándote. Te pagaremos sólo dos días de hospital, pero si en ese periodo no te recuperas, me tendrás que firmar tu carta de renuncia. Entiende que nuestra empresa no dispone de recursos suficientes para*… Menudo discurso amargo, podría ser: cosa judía casi, o árabe, en virtud de que por mucho menos habían echado a gente de la empresa. Y con esa escala de pavores Roberto volvió a dormirse largamente. Soñó con trajines cuyo punto neurálgico era un teléfono inservible. Jamás se estableció la comunicación con… Tara de soñador convaleciente… Entonces los de la Cruz Roja dejaban al golpeado en el fondo de un lote baldío, ¡tan así! (ritmo gamma, es decir, acelerado), y el despertar momentáneo, vacuo o sin objeto, tanto que en la continuación de su sueño (ritmo alfa, es decir, lento) los sinvergüenzas de la Cruz Roja lo dejaban en medio de un basurero gigantesco, ¡ah!, pingüe coronación grosera. O sea que estando en la cúspide de una loma Roberto se incorporaba con extrema dificultad. Vistoso por despacioso su éxodo, pero ¿a dónde? Su apartamento estaba lejísimos, lo mismo que el asilo de invidentes y más aún la casa de sus padres. A su favor contaba con su cartera intacta, billetosa, lo que de refilón hacía más explicable la maniobra vengativa de Septiembre: no hubo robo ¡ea!, sólo friega física; el despedido no era un ratero, ¿eh?, sino un ente candoroso, pero encolerizado: lo que sería Roberto más adelante (medio psicológicamente hablando)… Empate, ¡al pelo!, nivelación de sangre y contusiones (suputación irreal), un dando y dando hasta que la horrenda muerte de uno de ellos pusiera en orden tal desate imparable. Por ende, de una vez sacar ventaja. Podría el ahora

golpeado pensar en conseguir una pistola: por supuesto que a la mayor brevedad, sí. Fácil sería la localización del domicilio de Septiembre. Estaría en algún archivo… ¿Y…? Por lo pronto hacerle la parada a un taxi, y no, no había, daba la casualidad que por ese rumbo todos iban ocupados, amén de que muy pocos circulaban esa vez: ¿por qué?, de modo que a caminar: con la carga de sus veinte dolencias, también mirando en redor al tiempo que la palabra «taxi» adquiría las formas de un monstruo titánico, uno flojeroso, hasta eso…

Más y más hacia adentro el sueño abultado, lleno de rechinos e imposibilidades, del que no vale decir el final… Es que, mmm, pura angustia retorcida; es que ni siquiera hubo un momento agradable. Sólo se informa que cuando despertó Roberto rompió en llanto: muchísimo. Así tuvo que ser: poco ímpetu contra sobrado vencimiento. A fin de cuentas triste regodeo, sin más.

19

—Hasta donde tengo noticia, entre los filósofos contemporáneos que han abordado con detenimiento el tema de los sueños figura Henri Bergson. Como para él los sentimientos más directos son materia filosófica, éstos no estarían acabalados sin el ingrediente onírico. Para él los sueños son una ramificación de la memoria, entendiendo que ella se nutre en gran medida de las emociones que el consciente no termina de aquilatar. Para Bergson las imágenes que aparecen en el sueño son activadas por un impulso sentimental. Soñamos lo que amamos o lo que tememos, pero jamás lo que dista de nuestros afectos. Por eso en el sueño podemos presentir una catástrofe, aunque ésta sea apenas en la vigilia un mínimo desajuste, llamémosle «fenomenológico» que puede o no suscitarse, sobre todo si es reconocido por la razón. De ahí que el elemento «sospecha», que es de índole dramática, siempre esté presente en los sueños, y se establezca como una intuición adicional, insólita para nosotros mismos. Si todos pudiésemos recordar en términos generales nuestros sueños conoceríamos más a fondo nuestras emociones y, por consiguiente, nuestra sensibilidad, que a su vez debe alimentar de manera permanente nuestra razón. Debe, entonces, quedar claro que para Bergson no hay monismo conceptual. Todo es complementario, tanto como que todo es causal. En la vida humana no hay nada autónomo… —a partir de haber traído a colación el término «autónomo», Dagoberto discurrió hacia lo derivativo: por comodidad, desde luego, o también para no incurrir en abstracciones demasiado desperfiladas. Preferible el desvío: suerte de plácido acoplamiento a una cuantía de ciegos que lo escuchaba, esto es: no lo soportarían más allá de veinte minutos.

¿Conferencia al estilo de León Allacci…? En cuanto a método derivativo sí: un ir reduciendo un cosmos de ideas a un sustrato casi alusivo y dizque sustancioso, para con maña desembocar deslinde

tras deslinde en alguna noción parecida a la anterior, pero más dada a la conjetura (al vuelo) que a una esencialidad temática. Burla burlando aquello tan ostentoso: rollo, pues, de resultas, para ponerle crema al ¿ocio?, ¿sí?: ¿colectivo?, ¿personal? Ventaja de habla que enfadaría a cuántos, como se dijo, al cabo de veinte minutos. Sí, ya estuvo suave, ya párele. Mañana otra conferencia sobre los sueños, también con escabulle, por supuesto. En la charla de esa vez había ido de Bergson a Georges Bataille, otro filósofo francés rarefacto que asociaba el agua con las expectativas oníricas. El agua se extiende y se estrecha, dependiendo de nuestra percepción, misma que nace en la vigilia y que cobra amplitud cuando da la casualidad que soñamos largamente. Largueza que ¿gotea? —¿será?— y contraviene «¿las aristas?» de la sensualidad. Somos «agua sensual», pero también somos algo así como «rudeza pétrea». Luego esquivar: ¡vengan las conjeturas al respecto!, porque el límite, ¿entendido?, los mentados veinte minutos. Mañana Dagoberto hablaría de Giordano Bruno —promesa abstrusa, suscitativa— que en el año 1600 fue quemado vivo por la inquisición católica. Pero eso hasta mañana. Anuncio final. De hecho, el ex escritor adelantó algo. Bruno se atrevió a decir que los monjes católicos no podían obligar a los fieles a que confesaran sus eyaculaciones nocturnas, no, si eran fruto del subconsciente, esto es, si eso ocurría mientras se soñaba con, digamos, Eros actuante. ¡Nunca!; sería pecado mortal, etcétera; pero mañana lo subsecuente… Gancho, entre tanto, picazón; treta de habliche candongo…

¿Fue ésa la primera conferencia?… No, hubo otra ayer que versó acerca de los elementos poéticos que inciden en el sueño: lenguaje, imágenes, síntomas metafóricos y demás sugestiones. El autor: Gaston Bachelard; su cometido: la poesía onírica como estrategia de disolución sintáctica; poesía que no está supeditada al lenguaje; poesía que va más allá de los símbolos, habida cuenta de que el lenguaje siempre es impreciso: a lo que: es mera aproximación. ¡Téngase! Pero hay que ir más atrás. Desde la primera noche Dagoberto le pidió a quién sabe quién —¿enfermera o enfermero o doctor o alguno de los de allí?— que lo llevara a platicar con otro ciego, porque nunca lo había hecho. Estuvo bien ese antojo. Imaginemos su silla de ruedas puesta en circulación —eso por

comodidad, no por parálisis—, entonces paseo, pues, de quien iba en pos de un interlocutor ideal, lo que tanto le hacía falta. Farra incierta —su sentarse en activo— acorde al recorrido de pasillos… y el tope, cual colmo, grato: un olor que aventuró palabras: dicción en rebaja, de suyo audible… y gracias. Otro igual a él: un cegato deseoso: todo oídos, en principio. Ergo: un interlocutor senil, de veras muy achacoso; uno al que su familia casi no visitaba. Lo habían depositado en el asilo como depositar a un bulto posmo —tosco de por sí—, inservible. Y la cosa es que la familia cubría las elevadas mensualidades mediante depósitos en el banco. Se podía. Gran ventaja tan dichosa frialdad. Entonces: cuánta necesidad de afecto y de plática. Ese anciano se llamaba Pablo Javier, pero ¿importa el nombre? Total que con él Dagoberto se explayó. El tema —obvio, por cuanto jalador—: los sueños. Cierto que a los ciegos les gusta darle vueltas a ese asunto, porque si no su vida tiende a la tristeza. Vida ¿irreal?: tan afectiva, envuelta en un manto henchido de acertijos inanes. Oscuridad que se abre, que se puede abrir más, sin que haya hondura a un tris, nada que permita ser tocado o ser olido. O sea que con platicar se va orillando lo mero bueno. Quizá la luz venga al bies ¿desde arriba? Lerda interpretación sutil, pero… Así empezó Dagoberto. Fue abridor su trasunto, aunque procuró no meterse, por ahora, con los ritmos del sueño, no, debido a que tenía que mencionar a León Allacci y… sin más lo obligado: la desembocadura en su libro vital: la cima nebulosa: *El sueño ayuda a la telepatía*. Adagio narrativo haciendo las veces de propincuidad filosófica. Pero eso no. En contraste sí los desplazamientos metafóricos, ya conexiones con una realidad proverbial, tanto que luego de quince minutos de discurso desaforado, Pablo Javier le sugirió a Dagoberto que debería dar conferencias diarias a los ciegos del asilo, sí, para matar de algún modo la aburrida melancolía general. Sólo que conferencias diarias, ni que fuera qué… Cada dos días sí… a ver… Cuestión de probar…

Y tuvo efecto la prueba. Erudición poblando mentes oscuras. Acto acaso festivo en la sala anchurosa del asilo. Antes imaginemos el movimiento frenético de sillas de ruedas. Comodidades burguesas mal encaminadas, porque a los ciegos se les debe obligar a caminar. En fin. Tráfico vespertino bajo techo. Se aclara que no había tantos enfermeros para tantos empujes a la vez. En etapas aquello y,

¡claro!, solaz para todos. Lo triste, empero, cada dos días… Tal vez en un futuro próximo otros ciegos se aventaran a emular a ese extraordinario recién llegado. Se haría costumbre lo de las conferencias a las cinco de la tarde, mejor que a las seis, en fin…

Revolución adonde no.

Revolución, pero, digamos, harto trasera, en virtud de que con el ritmo de las conferencias Dagoberto se estaba sintiendo un pavorreal, no había quién le refutara una fecha, un nombre, una idea. Ciegos cuacos, aprendices, modorros, cernícalos, que ni siquiera hacían preguntas acerbas o zoilas. Falta de confianza, por tiento estudioso, deductivo, en principio: y a contracorriente, de pronto, recia fue la interrupción de alguien que enojado aclaró que Freud y Lacan no eran filósofos. Esto vino a suscitarse hacia el final de la tercera conferencia (un sábado). Primer trancazo inesperado, que no pasó a mayores, porque Dagoberto, sin dejar de sentirse lo máximo, advirtió que, en efecto, Freud y Lacan no eran filósofos, pero que en Francia, ¡sólo en Francia!, se les tenía como tales. Ah, desvanecimiento derivado en inhibición, de resultas. Ningún otro increpador cócora —ya— esa vez. Sólo un rumoreo apaisado, casi insonoro, circuló aprisa y se apagó.

Pero volviendo a lo de la revolución «trasera», hagamos un salto de espaldas por mor de una conexión precisa, a bien de situarnos en los huesos de León Allacci, puntualmente en los años que van de 1654 a 1662, periodo durante el cual el director de la Biblioteca Vaticana pronunció «magníficas y sorprendentes» conferencias en algunos liceos de Italia; de esos años dan constancia Bruno Luzzi y Franco Boldini y, a Dios gracias, no disienten en las fechas, sólo que —y he aquí lo mal pesado— ninguno aclara si Allacci fue rebatido por sus escuchas. De que hubo preguntas: sí, es de suponerse, por razón de que el erudito estaba dando a conocer los ritmos del sueño. Entonces, otra vez un salto hasta acá, nada más para atisbar en una paradoja: hubo un momento en que Dagoberto se preguntó cuántas conferencias habría de pronunciar y por cuánto tiempo: ¿durante ocho años como aquél? Bueno, Allacci, según Boldini, pronunciaba una cada bimestre, aunque tampoco, claro, con tan suputa regularidad.

Lo mejor de todo este mecateo residía en las coincidencias. Un transporte (casual) de tiempo de más de cuatrocientos años. Lo

mismo: una navegación por la mar del conocimiento (valga), sin saber a ciencia cierta hasta cuándo llegaría el fin.

Así los parangones: aquel personaje legendario jamás escribió un libro, mientras que Dagoberto, animador de aquél, dedicó los años más valiosos de su vida a escribir libros chiquirringos —muchos nomás por ejercer un monomaniaco atletismo verbal, muy chiquilicuatro—, siendo que a esta altura de su vejez ciega estaba por descubrir por fin su estigma vital: o sea: hablar como loco ante… en vez de escribir como loco para unos cuantos ¿despistados? Paradoja mayúscula: ergo: revolución trasera (¡y secreta!): Dagoberto Pastrana ya en vías de convertirse en un León Allacci, quiérase posmoderno, o por ahí, al encarnar a su personaje, sin querer ¿verdad?, como si aquél desde ultratumba le lanzara un dicterio señero: *Haz lo que yo y verás*, frase en llamas, para oírla en los sueños. Soñar también la cara del inigualable y estructurado parlanchín, etcétera… Cara recia, ultradefinida, etcétera… Voz armónica e impetuosa, e imparable también ¿o no?, ¿o cómo sería aquel director? Dibujo modificable a capricho. Un señor con cabello rizado, canoso desde luego, o totalmente calvo, pero apuesto; modulación para un «después» algo falso, aunque no tan a destiempo… Depósito mental carente de un nexo reconocible. Invento a tientas, y ahora sí la pertinencia tras el osado vaciamiento semipúblico: en la noche, poco antes de rendirse en la cama, el ex escritor cayó en cuenta de que no debía introducir a sus escuchas en los ritmos del sueño. El ingreso a las tongas técnicas ¿para qué, pues? Sería aburrir y sería estar expuesto a que lo callaran para siempre: ya estuvo suave, mi buen; e incluso: de plano ya no tiene caso que siga con sus conferencias porque con tanto lío cognoscitivo nadie está entendiendo ni jota, de modo que el jueguito ha llegado a su fin. Habría de llegar la próxima semana. Temor del nuevo León Allacci, y ¿cómo evitarlo?, ¿qué decirle a ese tropel de modorros?… Pensar en un lenguaje emotivo, sin fechas ni nombres…

También, ese mismo sábado Dagoberto añoró la presencia de su nieto. Promesa incumplida de aquél que podría degenerar en un engaño burlón plagado de pretextos todos insulsos y ¿qué hacer? No sabía el número telefónico del apartamento. Pero…

La oficina, el lunes. Indagar. No tanto, porque —¿se intuye?—: en el asilo debían de tener los datos del que vino exasperado a

dejarlo, dictó bagatelas, firmó y se fue. La contratación: la clave. Por lo cual mañana domingo podía Dagoberto comunicarse; no había necesidad de esperar a que llegaran las horas de oficina del lunes… Sí, enterar a su nieto de la novedad: otro era ahora: un conferencista: empujado, sin querer: ¡albricias! Que lo supiera al detalle aquél mediante larga plática de cuerno a cuerno. Informarle que cada dos días extraería (valga) de sus sesos lo que se le antojara. De viva voz durante veinte minutos, o sea lo que fue su deseo legendario. Deseo de contar con interlocutores. Lo óptimo en tal caso era que estaba parloteando ante un público de ciegos, unos seis enfermeros, a veces dos o tres doctores, cada cual entusiasta, circunstancia indicadora de que ahora sí había dejado de ser un estorbo… Y ufanez, orondez, y regusto: en consecuencia: nueva vida final: la

mera-mera

sin declive avistado; un ámbito melancólico que iba —¿verdad?— al alza, y pues gracias, gracias por haberlo traído a este pequeño paraíso, el que merecía y necesitaba desde hacía muchos años. Total que vino el domingo. Llamada temprana (estratégica) para no fallar, justo en las horas de modorra: cálculo tanteado entre las nueve y las once, zote embate erróneo: los timbrazos potentes: doce, trece y ¡niguas! El que efectuó la intentona de comunicación fue un enfermero que acabó por rendirse: *No contestan*. Raro, ¿cómo? Tal vez más tarde, o si no por la noche: lo que ocurrió sin éxito. Domingo de titubeos algo cejijuntos: Dagoberto sin entender en punto o por filo a dónde se había ido a vagar un muchacho emprendedor como su nieto que jamás vagaba y, por ende, las alucinaciones dables —obvio— hacia la medianoche: salaces todas, al grado de inferir que Roberto, al sentirse tan solo en su apartamento, había metido a su cama a un par de pirujas; tenía derecho, lógico. De modo que no iba a levantar el cuerno: no; la escoria íntima, entonces (cuidarla), sería la cuantía de esperma (impensada): manantial no, pero: así embarres insólitos por doquier; besos, mucho besar. Gran escenificación como gran peladez en movimiento. Pero —la verdad— qué lejos estaba el ciego de lo real. Él, de a tiro destanteado, con esa idea perversa se durmió y al siguiente día (san lunes) se hubo de suscitar el regleteo clarificador. Otra vez el mismo enfermero hizo el contacto

telefónico. Ahora los timbrazos en la oficina y, sin más, la cascada furiosa se dejó venir, tan banderiza como súbita, cuyo empiezo tuvo que ser la hospitalización de Roberto Pastrana. Los antecedentes cual pormenores de golpes y traslado y lo demás dieron para que el enfermero optara por pasarle el cuerno al conferencista, quien —imaginémoslo— espetó muchos «¡¿qué?!», para irse al cabo engarruñando en su silla de ruedas. Empero, la noticia final fue medianamente levantadora: el golpeado dizque sin piedad se estaba recuperando a poco: su cerebro funcionaba bien, puesto que aún tenía retención y discernimiento. Aliento fugaz para un inconforme siempre incorregible: sí, porque de inmediato exigió hablar con: ¡claro!: ésa fue su condición de convencimiento y, por ende, pidió el número telefónico del hospital en cuestión, uno llamado Palomas, de lujo, digamos, pasable, gastos solventados por la empresa ¡ojo!, y hecho el apunte por el enfermero: el dictado consistió en un desfile de números en arrastre y lindazo: ¡y ya! Todo listo para el fortuito episodio sentimental. Nieto y abuelo al habla. Hubo lágrimas. Costaron más las de allá, debido a que dos de los hilos en resbale cruzaron por dos heridas (grandotas) amoratadas que ornaban los pómulos de Roberto. Es que luego del relato (cual feo recuento) hecho a duras penas, aquél soltó una frase esperanzadora, una espesa y también ventolera, una relativa a «salir» ¿con la frente en alto? En efecto. Y la promesa de visita un sábado no lejano. Ida dolorosa, pero fehaciente. Que ya lo vería, que no se mortificara… Sensación de oquedad tras el cuelgue de acá. Dagoberto querría endulzar para sí mismo todo lo oído. Golpiza incumbente, vista, de suyo, como un cuadro abstracto. Heridas que cierran y proponen un bonísimo hacer color de rosa: vía en despeje anchurando las ganas, eso que ni qué… En tanto, dejado atrás tal cuadro colmado de embarres y líneas rectas en repuje: lienzo que vuela zureando y a saber dónde se incruste. Que pase lo deseado… Y ahora: lunes de conferencia: inminente vaciamiento sensitivo como si se tratara de una treta a todo tren; así sería, desde luego, por la carga habida desde temprana hora oficinesca. Por ende: a prepararse con ahínco, con sabor de revancha y grandísimo contento, como si cada herida de aquél significara un impulso de energía cognoscitiva para éste de acá: exageración sí, pero, veamos: en agradecimiento a la ayuda dada por el nieto al traerlo a este paraíso, él debía afanarse en hacer

bien sus cosas. Modo menor, si se quiere, de recompensa. Gratitud —¡pues sí!— intelectualísima, pero qué más podía hacer, a lo que, siendo lo que estaba siendo, pongamos por delante el bisbiseo del ciego, hecho ahora sí en su habitación y en plácido acueste. Repaso de datos que extraía a fuerzas de su memoria acaso enmarañada: exactitudes e inexactitudes, sometidas a una consideración que más bien no, o sí, pero no del todo. De paso adelantemos que no comió. Ésa fue la forma de ordenar mejor lo que soltaría con empaque a partir de las cinco de la tarde. De hecho, de una vez, hagámonos de cuenta que somos uno de los ciegos que está presto a escucharlo. Reconcomio acorde con unas orejas atentas, como de zorro o de liebre. Y que venga el empiezo: lo primero que trajo a cuento Dagoberto fue una sesgada cavilación de Descartes a propósito del sueño. Del libro *Meditaciones* del filósofo en mención refirió —no lo citó literalmente— esto: «la filosofía se ha detenido en los sueños para demostrar la incertidumbre de la discriminación entre el sueño y la vigilia», de ahí el discernimiento del conferencista en el sentido de que Descartes identifica los sueños como deseos simbólicos, al igual que Freud más tarde lo hiciera, advirtiendo que esos deseos son prohibidos. Si se parte de esta premisa es posible hallar una conexión más puntual: Leibnitz aduce algo como lo siguiente: «Si yo razono sobre el sueño no puedo ser engañado», luego añade: «La vida de una mónada está compuesta por acciones y reflexiones y no importa que a todo esto se le llame sueño»; o sea que el ingreso a un ámbito imaginario habrá de debilitar la noción de sueño, puesto que la imaginación (o como le llama Fichte «suspensión del juicio») siempre es superior a la realidad, habida cuenta de que esta realidad nuestra es parcial. La única realidad completa y absolutamente posible es la de Dios, sólo que de ella jamás se podrá tener idea. Ahora imaginemos al ciego a punto de enredo —la causa: la poca atención que los filósofos dispensan a los sueños, e incluso a la imaginación; son ideas tenues al respecto: rozones reflexivos, por lo que Dagoberto tenía que conjeturar dos o más posibilidades de esos escarceos más o menos teóricos, y eso le costaba trabajo—; lo que no ocurrió porque hizo un aterrizaje forzado, quiéranse ladeos y planeos verbales cual requiebros sugestivos. Es que ascender más: hacia los «hubiera», sería arriesgado, sobre todo para penetrar en aquellos que no pueden más

que pensar en bloques: mentes dizque estructuradas como que en fárfara o como que en escalones o como que a la diabla. Entonces ¡venga Shakespeare!, ¡ah!, por tuerce habilidoso, quien dijo algo parecido a esto: «Somos de la misma sustancia de la que están hechos los sueños y nuestra breve vida está encerrada en los sueños», idea recogida tiempo ha de *La tempestad*, acto IV; aunque, tras regalar esta cita sucedió algo inesperado: Dagoberto empezó a sudar: de veras: mucho: ¡claro!: sentía que se estaba haciendo bolas, porque a partir del Gran Bardo ¿hacia dónde debía irse?, ¿hacia atrás o hacia delante? Optó por un rastreo trasero, al igual que lo hiciera León Allacci en su época, por lo cual ¡venga Platón y enseguida Aristóteles! Del primero sacó a flote el *Timeo*, uno de sus Diálogos, donde el idealista por excelencia dice que soñar es estar en contacto permanente con la «maravilla», o algo así, mientras que el segundo, en su obra *De somniis*, refiere que los sueños son una alegoría sucinta supeditada a las acciones propias de la imaginación, por ahí, pero ¿qué más? —¡oh repaso!—. El nerviosismo de Dagoberto ya empezaba a ser detectado por el auditorio. Voz temblorosa a efectos de tantas dudas teóricas: ergo: seguía sudando y, bueno, para no sentirse mal hizo un salto hasta caer en una idea de Voltaire relativa al sueño. Más que aseveración el célebre polemista francés se hace una pregunta: ¿por qué las ideas irregulares, incoherentes e irracionales que producen los sueños suelen a veces determinar nuestra percepción y nuestra razón?, pregunta lanzada como una moneda al aire. ¿Será tardía e incluso imposible la respuesta? Que quede o quedase en suspenso cualquier certeza; aunque, a bien de acoplar tanta tonga de quimeras a lo que estaba ocurriendo entre toda esa gente sentada en sillas de ruedas, amén de sus cuidadores, digamos que más que conferencia resultó arrullo aquello. Por eso fue que la mayoría de los ciegos pidió que se le llevase a su habitación. Fastidio por caos, maraña o greña para rasquidos, ¡cuánta cita, carajo! Preferible olvidar que tratar de retener todo ese embrollo de datos al vuelo. Empero, hubo unos que no, que se quedaron, entre ellos Pablo Javier; fueron cuatro soportadores, quienes al final le dieron las gracias a Dagoberto, habían subsistido a tal friega absortos, azorados, ilustrados, lívidos, esto último más.

20

En la mesilla contigua a la cama se encontraba el preciado libro tantas veces visto por Aurora; hojeado: sólo una vez. Lo hizo como si quisiera entrar de lleno en un, digamos, oráculo: alguna verdad debía haber en tan singulares páginas, y no larga, cual debe. Hojeo al azar y: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse en cualquier momento*. Certeza o falacia. Azoro. Cierre. Confusión. Párrafo aislado, escalofriante. Mancha escritural en relieve, cual sello de vocablos flamígeros. Y la sensación tentadora, de nuevo. Hacia el final Aurora abrió por necedad de par en par otras páginas; sus ojos fueron atraídos por: Soy *el que está allá. El intangible. El empujado a ser…* Ojos empujados los de ella, lectores. Lo mismo, con desplazamiento brujo ahora. Párrafo cuyos pálpitos… Mancha… en relieve… Horror… Cierre e interrogaciones. También curiosidad para abrir por tercera vez, a ver si… Ojos en preparación acorde con una temblorina imparable, porque sus dedos se fueron casi hasta el principio del libro; así: donde cayera su vista y ¿para qué repetirlo?: idéntico párrafo, en relieve, como que a punto de salir de la página. Cierre tétrico. No más intentos. Es que quizá esas letras podrían derivar en un embarre agresivo…

En su cara la consigna antedicha: mancha imborrable, quizá. Postergación del pavor, a sabiendas de que no era un encargo de nadie andar haciéndola de echadiza, dado que si insistiera, podría contagiarse de algo peor, supuso. A continuación lo referencial: basta decir que fue a diario a cumplir con sus obligaciones y que por ética laboral fue respetuosa de lo dispuesto por Roberto: no mover ningún libro. Tiradero sensual (gratamente intacto) durante una semana. Sólo barrer lo aledaño, lo que significó un repaso inútil, limpieza sobre limpieza, ya que ni polvo se acumulaba de un

día para otro. Tampoco había nuevos mensajes sobre la mesa del comedor ni dinero puesto allí para comprar menudencias. No la cama revuelta: secuela del dormir, y menos algún trasto sucio; ya ni mencionar cualquier broza de basura depositada en los cuatro cestos habidos: baño-cocina-sala-recámara, bueno, se mencionó, pero infiérase, como lo hizo Aurora: el arrendatario había estado ausente… Fácil saberlo, pero preocupante… Más preocupante sería lo por venir…

Mejor la paciencia…

De todos modos ella cobraba cada quincena, si no al arrendatario sí a su patrón de origen, más tarde vendría el arreglo entre ellos. En sí: gracias a la ausencia de aquél el poco trabajo de ella: ida vacua de autómata: dos horas de casi no hacer, hasta que transcurridos cuatro días abrió el mentado libro (un sábado, a media mañana). Téngase el párrafo en relieve, tres veces leído en diferentes páginas. Espanto postren cierre, y la conjetura definitiva: todo un embrujo redundante en: apartamento embrujado, libros embrujados, ¿y qué diantres más? Ese día Aurora salió despavorida con ganas de no regresar el siguiente lunes. Pero regresó entre que vencida y valentona. De resultas, ganó la valentía por comodidad: ergo: el cumplir a secas: cada día menos tiempo de estancia: de dos horas a una hora y media, y luego a una hora, y luego a cuarenta y cinco minutos, siendo el tope los treinta… bueno, quiso el azar que pasados cinco días el arrendatario abriera con dificultad la puerta del apartamento justo cuando ella estaba… bueno, primero hay que decir que a él lo acompañaba un hombre perfectamente trajeado: un fortachón cuyo brazo derecho servía de asidero para… bueno, mal caminante Roberto que aún soltaba ayes largos, cansinos ayes oídos en distorsión por Aurora desde el baño: donde (sentadísima) entre pujidos se dijo: *Ya está de regreso el señor. Tengo que apurarme*. Se apuró, no se limpió bien: pero: lo favorable: presencia ante presencias: la escena sugestiva. Como si se abriera a poco un telón… Fijo y boquiabierto fue el azoro de Aurora durante varios segundos, más por la figura impresionante del trajeado que por el encorvamiento y los gimoteos de su amo. Acto seguido: el grandulón alzó casi hasta el techo un pequeño maletín gris (su brazo izquierdo parecía un asta bandera… movíase la grisura suavemente), lo importante era el contenido de eso: ¿vendajes?,

¿pomadas?, ¿medicinas? El susodicho se despidió diciendo: *Si algo se ofrece, llámenos*, y tras entregarle el maletín a Aurora hizo una tonta caravana y se fue.

Sería faramalla o coba decir que aquel encuentro fue frío. De pie señor y sirvienta, hubo muecas, intentos de sonrisa coincidentes, sin que en ellos se diera una apenas apertura de boca; en paz, pues, lo que seguiría; distancia, por lo pronto, entre ambos, con deseo de acercamiento y: la invitación estuvo a cargo de él, sólo que ¿su queja invitaba?

—Me golpearon sin piedad cuatro cobardes. Me dejaron tirado en la calle, ¡pinches cabrones! En fin, vengo del hospital.

—Ah, con razón… y… este… Ay, pobrecito, ¿quiere que lo cure?… No sé qué contenga el maletín, pero…

—¡No!, mejor ayúdeme a acostarme en la cama —la petición incluía más de un sobrentendido: cambio de ropa; cuéntese que la camisa y el pantalón puestos exhibían unos feos y malolientes salpiques de sangre. Acto seguido sería la desnudez y de inmediato el empiyamamiento. Baño no, hasta mañana. Aurora tenía antenas (figuración servicial) y, en tanto, tierna ayuda a punto y pasos cortos presuntamente crujidores a raíz de los ayes en rosario de un «¿brujo?» que también hacía muecas de satisfacción al ver el desorden libresco tal y como lo hubo dejado la última vez. Así el acueste (luego de) cual suerte de lentitud dolorosa… Mal que bien regocijo íntimo con algo de meneo sabroso al sentirse Roberto mucho más blando en esa cama ahora sí tan suya: de hecho: como que se amasaba coloreándose en su acomodo, ay, que si hundido, ojalá, poco a poco: que así fuese. Acto seguido: Aurora empezó a palabrear con gran confianza sacando por delante la advertencia de que no se iría sino hasta que oscureciera por completo; quiérase prestación de servicios en largo (las curaciones y las untadas que hicieran falta) como retribución a los días de ausencia del señor, cuando ella nomás vino de entrada por salida, tan a gusto. Destaquemos, pues, su sinceridad en razón de un genuino sentimiento de culpa o de un cariño entreverado, tal vez; que no por miedo a una reprimenda, que por evitarla ¿eh?, ¿entonces?: silogismo venturoso de criada que aún estaba por desbocarse, pero:

—No se preocupe. Lo que deseo es estar solo.

—¿Y no quiere que lo cure siquiera hoy?

—Bueno, está bien, cúreme y váyase hasta la noche. Además, quiero aprovechar su estancia para que me haga un buen caldo, nada más.

Dignidad de enfermo, que ni de chiste alcanzaba a inferir un atisbo de complacencia pichona. Intachable papel de convaleciente en vías de trabajar ya con ganas en su casa durante cuatro o cinco días. Trabajo de escritura a pura pluma y cuaderno, puesto que no contaba con el rudimento actual de una eficiente computadora: gran paso por darse luego, sería el episodio anhelado, sofaldado, de suyo, por este nuevo Roberto que movía sus dedos a bien de comprobar cuanta agilidad tuviese, y sí, por fortuna; por ende, dicho de viva voz lo que iba a hacer, se ladeó para echarse un sueño. Quería entrar en fantasías, las que no había tenido, lo cual se explica en un dos por tres: cuando el dolor de cabeza es incesante (y no intenso, desde luego) nadie sueña ni leves historias. Hay unas cuantas imágenes aparecidas apenas, sólo que pareciera que no, por ser demasiado anómalas, en fin; que mientras él durmiera como un lirón la otra cocinara rico.

Y fue lo que fue: día de esmeros risueños: cocinar lo pedido y curar donde sí: untadas de pomada en la desnudez maloliente —¡ni modo!— de Roberto. Plausible delicadeza generatriz de un (uy) manoseo sorprendente que podría derivar en sexualidad desvergonzada. ¡No!, no entenderlo tan de plano, sino como un plus de servilismo —quizá— reconvidado.

La decencia por encima del placer, tanto así que, para no levantar sospechas, el ex golpeado sentenció:

—Mañana a primera hora me ayudará a recoger los libros. Yo le diré dónde los ponga. Luego me hace de comer lo que se me antoje y enseguida se va. También debo decirle que a partir de mañana yo puedo curarme solo.

¡Qué estricto!, ¡qué frío! Con una mueca infeliz, la joven agraciada siguió sacudiendo el dizque polvo habido en los muebles, convencida ya de que aquel apartamento no estaba embrujado ni que el señor era un ente brujildo (mugres figuraciones obstinadas), no, pero en cuanto el susodicho cogió el preciado libro: ah, de revés el cambiazo: misterio entre, digamos, presuntas telarañas: embrujo con paradero, esto es: el párrafo abstruso, repetido, en relieve… Roberto abrió el libro desde la primera página de texto. Al tiempo

de leer las primeras líneas prosísticas iba haciendo mohines sonrisudos: fueron diversos y raros, sólo que al pasar a la siguiente página soltó una estruendosa carcajada semejante a la de un demonio envuelto en llamas: y ¡vaya!: no hubo quejumbre de resultas, sino vivacidad redentora, saludable, duradera, harto locuaz para Aurora que muda —¿para qué sincerarse con una pregunta indiscreta?— se dio la media vuelta diciendo con agrio énfasis que ya se iba a retirar.

El risión lector entre jonjas medio atoradas de nuevo sentenció:

—¡Andele!, retírese… este… ¡córrale!, pero mañana la espero a primera hora.

21

Pensando, recomponiendo a base de dibujos, Jonás Parada no acertaba en dar con la solución idónea respecto al asunto de Roberto Pastrana. A cuanta ocurrencia apareciera en su cabeza agregaba un «pero» cortante, y en tal sentido para qué enunciar cada cual, sería como injertarle a un tronco delgado absurdas ramas gruesas que al cabo pandearan al presunto árbol, haciéndolo ver bastante grotesco. De modo que transcurrió una buena cantidad de minutos y tras mucho hacer garabatos al «ahí se va» en varios papeles amarillos, de pronto vio un calendario lustroso en cuelgue (valórese la imagen de un santo implorante) y optó por apoyar de principio a fin al golpeado, no reparando en sumas y restas de dinero. Lo óptimo: hasta en los detalles, y a partir de lo básico: el mejor hospital: Santa Sofía, ese; el médico más eminente de la ciudad, y por ahí el hilo. Sobrada erogación, nomás ¡por sus pistolas!, y lo que pudiese suponerse en cuanto a la hartura de atenciones.

Así, a expensas de una creencia desbordada, el jefe supremo llegó a la determinación de que Roberto Pastrana seguiría siendo —pese a pese— un elementazo inencontrable: raro por expansivo, con claro horizonte y con una entrega de veras real y total a sus asuntos y, bueno, echando las ideas hacia atrás, la duda naciente de Jonás estribaba en si con los dos o tres fregadazos asestados en ese incomparable cráneo, aquel director en cierne sería el mismo de antes: sí o no, dependiendo, aunque… acaso, mmm, en efecto, en definitiva, debía ser, porque una neta maravilla encefálica como aquella estaba ciertamente mucho más allá de cualquier fregadazo, mientras no fuese letal. Ahora bien, pongamos por delante la rehabilitación; pensar en dos semanas cuando menos. El cálculo, en estima casi precisa, del médico anteojudo (y eminente) fueron… mmm… de una vez cuatro semanas, por aquello de obtener (ejem,

acá a la sorda) mayor ganancia billetosa: mañosa; también recomendable, aprovechable. Al respecto esto: el médico hablaba con voz suavísima, como si acariciara con su dicción a cualesquiera escuchas. Ergo: más eficaz el desembolso. Tierno desembolso en grande. O sea que diez días —ni más ni menos— fue el cálculo concluyente.

¡Vaya expectativa! ¿Cuatro semanas?: mucho tiempo. Largueza que… de inanidad no. No de cruzar brazos hasta que ya, sino… Pero ¿por qué creer que sí, que ese periodo era el adecuado, para ir a la segura? Y hubo algo de quebranto en la cúpula empresarial; algo, debido a que había que echar a andar cuanto antes el proyecto de la escuela; los días estaban contados y un retraso… pues… Casual sospecha —ahora sí—: emanada de una junta habida un martes, en la que el jefe supremo puso a consideración entre sus colaboradores lo del periodo estipulado por el médico (puramente en acueste aquél), ¿eh…? Y todos concluyeron que era demasiado, que con diez días bastaba, que en cuanto a erogación era un asalto casi. Entonces punto y aparte. Cierre, de plano, aun cuando quedara pendiente la comprobación bien a bien: la ida al hospital por parte del mismísimo Jonás Parada, quien fue cierta vez por la tarde, en el horario inflexible de visitas, de cinco a siete pe eme; en consecuencia lo dicho sin equívoco, siendo que cumplidas las obvias amabilidades de «cómo te sientes» o el mero «cómo sigues», Roberto respondió que ojalá saliera en un par de días. Correcto, de acuerdo, en un par de días a su apartamento, aunque no lo dieran de alta, lo que degeneró en un verdadero lío a la hora de la hora: discusión, gritos, pago rabioso y sudor a chorros del jefe supremo, que se salió con la suya, como siempre se salía. Esa vez iba acompañado del jefe de Relaciones Públicas de Editorial Fronda: José Miguel Ocaña, un hombre fornido y garrochón, de esos de dar pánico; pero no lo dio del todo; entiéndase que el chaparro doctor eminente (de nombre Baudelio Santos Garlang) no se dejó apantallar por la prieta monstruosidad trajeada; luego sí, un poco, y a cruz y raya o por contera: ándenle, váyanse. Triunfo económico empresarial, de vencida. Llevada del doliente —algo suspirosa— en coche lanchón, a gusto. Ese monstruo fue el que ayudó a subir a Roberto hasta su añorado nido. Ése fue el que llevó el maletín gris cargado de ungüentos y demás. Ése fue el que Aurora vio atónita. El jefe

supremo se quedó esperando abajo, embutido en el coche, como antes, cuando, durante el trayecto, le preguntó al todavía doliente que de quién sospechaba, cosa de concordancia o cotejo con lo discurrido por el monstruo conductor y él y los trajeados colaboradores…

¡Sí!, no podía ser otro que Septiembre Tamez.

Relucía la impotencia vengativa —sólo de pensar en ella— en los cristales de los edificios en torno: vislumbre acre o figuración efímera de un Jonás mudo y escrutador de alturas.

Con eso visto medio de perfil parecía abrirse una zanja entre pasado y presente: paciencia contra aceleración, debiéndose imponer de lleno lo último y hasta con levedad, futuro cierto, pues, en razón de que esperarían una semana a que el ex golpeado se recuperara, y si no, de todos modos sí (¡lástima!), y aún con lastre. O sea que si persistían las molestias de Roberto, uy, más le valía que se hiciera a la idea de que tenía que entrar con renovados arrestos a la ordinaria dinámica laboral, al parejo de los demás directores, pero él al doble, por su cargo de empiezo. La advertencia fue lerda, al ritmo del paseo en el coche lanchón. Jonás persuasivo. Su voz —¿por qué?— acariciadora. Lo último era la escuela, lo nuevo. Locura sin desgaste. Pasos con aplomo. Progreso cual voluta o (valga) cual enroscamiento en turbina.

Otra cosa, a modo de segunda advertencia Jonás le adelantó a Roberto que recibiría mañana, tarde y noche llamadas telefónicas por parte de los integrantes de la cúpula. Amabilidad a expensas de un tuteo desagradable: lo venidero desconcentrador: un «¿cómo estás?» o «¿cómo sigues?»: serían las frases de cajón. Vil joda.

De suyo, sin más preámbulo que lo visual imaginemos la convalecencia casera. El ex golpeado tratando de adentrarse en *El sueño ayuda a la telepatía* y la interrupción a causa de los timbrazos. No debía levantar el cuerno la sirvienta, sino… Tercera advertencia antedicha, la final ya, la más enfadosa.

No se sentían bien los de la cúpula por el hecho de hablarle una vez al día al convaleciente. Seis directores deslucidos en su habla obligándose al —fue la opción resultante— «¿cómo sigues?» en lugar de al «¿cómo estás?», nomás porque nada en este mundo podía detenerse, aun con fundamento; en este caso seguir y seguir, pese a la paliza. La coincidencia de ellos (cuchicheada): la falta de

respecto ¿verdad?: ese hablar fregador, habida cuenta de que la respuesta de allá sería «ahí la llevo», «voy de gane», o con ñengo aliento «seguro nos vemos el lunes». Claridad, por ende, para los seis, sin excepción, siendo justo lo que no pensaba el jefe supremo, por lo que al sesgo se dilucida su sentir: con tantas llamadas el paciente no tendría oportunidad de pestañeos dormilones; tendría incluso que permanecer sentado, alerta, mejor, entonces (y a chaleco) estar de pie: lo más probable; sería presión, preocupación, compromiso, no obstante su soledad: cada vez menos enferma; treta indirecta: en consecuencia: que no agarrara confianza nomás por la dolencia, misma esta última que ya debería ir de plano en rebaja.

¡Y cuidado con no alzar el cuerno! Lo que no ocurrió: aunque: se puede intuir que hubo un ofrecimiento de Aurora: *Yo contesto*, es que viendo que el señor no se tendía a sus anchas… pero no, ni de chiste. Tampoco el baño al segundo día de su llegada, eso sería a medianoche: la vez en mención —él solo y sus dificultades de enjabonamiento y remojo—: cuando a cubierto no sobreviniera ningún timbrazo, como fue; y la escoria vívida: una queja harto caladora: ¿por qué a su debido tiempo Roberto no consiguió un cable largo para llevarse el teléfono a la mesilla contigua a su cama?, ¿o un inalámbrico? Mmm, este último sería lo primero que compraría en cuanto estuviese sano. También lo de la compra de la computadora: ¡oh pendejada!, como para darse duros cates en la frente él mismo; compra a crédito: porque: otro gordo desembolso… La imposibilidad… En aluvión otros gastos: medicinas, pomadas, vendas. No le pediría a Jonás Parada limosnas tan furris —¿falta de respeto?, ¡claro!—; pedirle como le pedía a Celia Damiana tiempo ha, no, nunca, ¡ojalá!

Podemos imaginar un reciclaje de hábitos caseros a partir de la afluencia de llamadas cuya rastra (dizque amable) no daba para más. Digamos que entre semana Roberto no pudo concentrarse en la lectura del preciado libro. Es que —¿ya se prevé?— avanzaba dos páginas y *riiing*. Nulo análisis. Vacuidad a tuertas que, empero, hacía posible un segundo intento. Pues bien: apenas iba entrando en materia y otra vez *riing*, y ¿qué hacer? Cierto que le dolían cada vez menos las heridas y fue hasta el tercer día cuando le ordenó a Aurora el reacomodo en pilas del regadío de libros. Acción en la sala-comedor. Ningún ejemplar metido en el estudio, esa tarea le

correspondía a él, pero más adelante. Entonces hacía de cuenta que estaba construyendo un edificio de juguete. Con el auxilio de Aurora el edificio tendría cumbre en apriete: *Ándele, hágalo como le digo*. Los libros delgados encima. Las pilas casi juntas. Ocio. Antojo. Cómodo juegueteo de patrón doméstico que —ya se sabe— estaba expuesto a interrupciones, asimismo, con el ingrediente de una palabra clave: «sigues», oída con apatía; seguir el cometido, amén de que la sirvienta estaba interesadísima en jugar todo el tiempo que fuera. Variación de acomodos: de resultas: extrañas construcciones a la postre, torcimientos porque sí, hasta que al quinto día vino la llamada más esperada, la del jefe supremo.

—Hola, cómo sigues. ¿Adivina quién soy?

—Sí, es usted el Director General de Editorial Fronda.

—Mira, qué pronto me reconociste… Bueno, dime cómo sigues.

Y de inmediato lo ñengo:

—Seguro nos vemos el lunes.

—Eso espero, porque debo informarte que ya hay en la empresa tres personas que se saben de memoria los manuales de cabo a rabo. Yo mismo les hice varias pruebas y quedé impresionado… Luego te doy los nombres… Bueno, a lo que voy es que si no te alivias…

—¡¿Pierdo el puesto?!

—Casi le das al clavo.

—Pero…

—No, no te alarmes… todavía creo que eres mi mejor hombre, pero alivíate…

—¡Sí, en eso estoy!

—No puedes decir que me he portado mal contigo. Te pagué un hospital de lujo. Exigí que te atendiera…

—¡Sí!, estoy consciente, se lo agradezco.

—Calma, por favor… mmm… El lunes nos vemos estés como estés, ¿de acuerdo?

—¡Sí!… este… De acuerdo.

—Apunta en tu agenda que el lunes tienes cita conmigo en mi oficina a las nueve de la mañana… Adiós.

Cuelgue. Abatimiento. Ya mostrada y demostrada la veleidad del jefe supremo, Roberto tuvo que privarse de soltar ciertas frases suplicantes. Ardores y arrestos quedaron en atoro para dar paso a un menoscabo complejo: el ir a fuerzas, el presentarse con mediano

brío, a ver si no pasaba lo peor. Allá en la oficina la señal, ¡chin!, adonde espiando el ánimo de aquél, estaría dispuesto el dizque recuperado a tocar sin ambages el tema de su coche: triste carrito con sus resquebrajamientos vidriosos, el cual quedando abandonado desde la noche de la golpiza, a saber si ya se lo había llevado una grúa. Sí, descartado el robo, porque conducir aquello… No, no era fácil, no, ni para un loco de remate, o si no, dependiendo de la terquedad de alguien, pues sí, entonces, hacia dónde mirar si todos los vidrios estaban incapaces.

Carrito indefenso, a la buena de policías y cacos, sólo que pensando debidamente, Roberto podía ir desde ese mismo día al lugar de los hechos, cosa de llamar a un taxi seguro, de sitio y: localizado su carrito, por supuesto sin llantas en una orilla de la calle, él sonreiría y hasta le haría un cariño en el cofre. Salvación de otro gordo desembolso. Ah, nada más la compra de vidrios nuevos y cuatro llantas. Cierto que sería también doloroso el pago, pero no tan perturbador como si se diere el caso de que el carrito ya no existiera. Imaginemos —como lo imaginó Roberto— el desmantelamiento en un lugar secreto. Nada reconocible al cabo en sepa Dios qué lugar sórdido. Y he aquí lo más grave: tener que pedirle a Jonás Parada una buena cantidad de dinero, por favor, para adquirir uno, desde luego, un poco mejor, de medio uso, pues, y a crédito, con cargo sustancioso a su salario, quincena tras quincena… Y dándole vueltas a tan fértil incertidumbre Roberto se fue; vistiéndose mal, sin el mínimo acicalamiento de rigor, sin peinarse algo y sin abrocharse la camisa de modo correcto: se fue ante el azoro de Aurora. *Vuelvo pronto*, le dijo. La verdad es que aún no estaba para trotes ni angustias. Le dolían las piernas, la espalda, bueno, le dolerían también el lunes en la junta, eso sí. Pésimo caminante, en tanto. Un desastre en cualquier sutil bajada o fastidiosa subida de, por ejemplo, un metro. Se detenía a cada cinco pasos. Arreciaban sus dolencias, pero su empuje emprendedor, a contracurso. Lucha para cimentar un propósito acaso tan neto como su encomio: a ultranza su fe, porque habría logro doble o ¡triple! Total que abordó un taxi, de esos ultracallejeros. No, no hubo problema. *Ruuuun*: metimientos insólitos o cerrones salvajes como si nada: alardes de taxista zorro. Triunfal arribo cuanto antes, con frenazo de pilón, adonde, en efecto, el carrito estaba con sus cuatro

llantas, en una orilla, divamente. Cuéntese al bies la indiferencia cabal de los peatones: ni reojos ¿ni uno? Estropicio cual adorno urbano tan común, a lo que: el suspiro en grande del aún fregado dueño: sus tantas ideas (surgiendo) de felicidad medianera; felicidad supeditada tan sólo a no dar molestias. Luego: lo que se prometió lo cumplió. Imaginemos la caricia sobre el acero. Caricia solitaria de por sí.

22

Negra esfera que irrumpe: volará hacia un limbo enigmático, se convertirá en mónada: allá donde nadie nunca antes hubo estado… ¡Mírenla!, ya se nota el ascenso, diría el soñador. Hay una cauda en tela con hartos pliegues (así se facilita el arribo: el cual será…). Mónada repleta de frases, ubicada por fin en lo más alto de un vacío que no parece ser: sino: quizá una casilla invisible; sabrá Dios qué, o sea que, hasta no ver a las claras, lo que sí se percibe es un súbito desplazamiento hacia esa altura equis, porque desde acá abajo ya se está viendo una pequeñez brillante, incluso un agujero debajo de la esfera. Por lo cual negra ya no es, sino gualda: ¡qué irreal conversión! Y la cosa es que a lo mejor algo saldrá por allí: ¿sonidos?, ¿frases?, ¿algún grito estentóreo, abarcador de cuánto? Habría que mirar aquella alta bola durante un buen rato. Lo hizo el soñador, adrede. En torno a él se hallaba un nutrido grupo de personas también mironas. El ambiente abajeño era destemplado, a media luz. Quietud: mientras tanto: insólita, como también quietud por detrás: rara… Téngase que valió la pena la espera porque todos vieron, sobre todo el soñador, que un cuerpo humano caía; no quedó flotando en el vacío, como era de esperarse, sino… Salió por el agujero en mención, daba vueltas completas: muchas, y ahí venía como quedó dicho. Lo que todos deseaban era que el costalazo se diera muy cerca de todos, por comodidad de comprobación, siendo que lo más probable sería que se tratara de una persona conocida por todos ¡desde luego! El problema era que no acababa de caer aquél y ya sabemos que ninguna tardanza suele ser bien vista. Lo bueno fue que cayó, pero sin que se oyera ningún «¡plum!» resonante en verdad y, por ende, llamativo. Suave aterrizaje, más o menos como de halcón maduro (la figura podría no ser exacta, pero la suposición sí)… Algo lejos cayó: una línea de luz en reducción… Fue la señal para que se suscitara el corredero de gente que

—¡vaya!— cojeaba, pero seguía en su afán. El único que no cojeaba era el soñador de marras. Por eso fue que él llegó adonde el cuerpo humano mucho antes que el resto de curiosos. Cuerpo bocabajeado, así que a voltearlo; con dificultad lo hizo el soñador, sólo que, ¡uf!, no estaba pudiendo. Cierto que doblegó su esfuerzo, pero no. Tampoco deseaba la ayuda del nutrido grupo de cojos. ¡Ojalá que no llegara nunca! En consecuencia: más pujos para… y de plano, por más que hacía, no, pues no. Así continuó con su marrida labor hasta que, para tomar bastante aire, se frenó y ¡qué fortuna!, porque al instante tuvo una ocurrencia de veras ventajosa: nomás voltearle la cabeza al caído: así reconocer ¿quién?, e irse: y: dicho y hecho: y: la sorpresa fue ¿virtual?, ¿incierta?, cuando vio la cara.

¡Sí!, no podía ser otro que Roberto Pastrana.

Entonces: puntual despertar de Dagoberto.

Tal vez el nieto había hablado de más allá arriba.

Tal vez no debió decir una sola palabra.

No obstante, lo primero le ganó a lo segundo.

Conjetura: la expulsión.

Y…

No se acordaba del todo Dagoberto acerca de los procesos propios del ritmo delta, pero haciendo un esfuerzo memorioso adujo que el siempre indeterminado ritmo se produce en la fase más profunda del sueño (se da hacia el amanecer) y es un estado alterado de la conciencia… ¿y qué más…? Sí… El ritmo delta está estrechamente relacionado con los procesos hipnóticos, de ahí la posibilidad de premonición: craso anticipo patológico, o bien lo que los antiguos griegos llamaban la Gran Imaginación ha de conectarse (lo que también reiteró siglos después León Allacci) con ondas de mayor amplitud, pero con frecuencia menor, justo lo que es el ritmo delta… ¿y qué más?… Recordar acaso con agresividad… a ver… Traídos a cuento los griegos y el viejo conferencista el ciego habría de desembocar en una irregular derivación: la trama de aquel recuerdo teórico más bien parecía un despropósito… Por lo tanto ¿qué más?… Lo premonitorio accediendo a una vivencia demasiado casual, pero inevitable. Sería probable, al parecer, que Roberto estuviese en un ámbito similar a una ¿esfera negra?, ¿y eso —hacia adentro— evidenciaba discusiones, frases punzantes, gritos intempestivos, despidos a capricho? Habría que darlo por cierto.

Una cruenta aproximación, siendo que… otra vez… Dagoberto atribuyó, por deslinde, como lo hicieron los antiguos griegos, y como lo hizo León Allacci, la necesidad de dormir al dios Hypnos, hijo de la Oscuridad y hermano de la Muerte. De por sí ese dios decía que el sueño era un estado de anticipación, que uno podía, incluso, soñar a otra persona y saber lo que le ocurriría para bien o para mal; que aun en el mismo sueño el durmiente podía hablarle, prevenirla y, bueno, ¿cómo hacerle? El ciego no se acordó del procedimiento, máxime que durante el sueño siempre campea la subconciencia. Empero, estando despierto y retenido el impacto de lo soñado, Dagoberto se propuso hablarle por teléfono a su nieto.

Domingo por la noche. Una de las enfermeras, llamada Gina, fue la que hizo la marcación telefónica; la otra, llamada Olivia, también como la anterior responsable nocturna de Dagoberto, tenía puestas sus manos sobre los hombros de quien, por así decirlo, parecía estar supeditado a su sistema nervioso: deplorable —pues— temblorina, sí, por lo que iba a decir con aparente inseguridad. Hacer la referencia, en aína, de lo que significaba una premonición a expensas del ritmo delta. Mejor hablar que telepatear el indicio cual soplo, o viceversa, sin caer en abstracciones. Si el nieto no levantaba el cuerno, lo venidero a primera hora del lunes sería catastrófico. Pero es preferible situamos del otro lado: allá lejos: tal como si padeciéramos los incesantes timbrazos y el acueste blando y casi desesperanzado del aún adolorido nieto. A incorporarse —dócil, como un robot— porque podía estar llamando el jefe supremo. Lo hizo con dificultad como si huyera de su propia sombra. Ir, entre dolores, hacia, por lo visto y sentido, una cima; logro llegador que lo hizo ponerse al fin todo oídos para… He aquí el desengaño:

—¿Cómo estás?, ¿cómo sigues?… Te habla tu abuelo Dagoberto.

—Ah, eres tú… Estoy bien. Ya mañana voy a trabajar.

—Tienes una junta, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Lo soñé anoche.

—¿Cómo?

—Soñé que estabas dentro de una esfera negra, alta, y que adentro sucedían cosas horrendas. Yo interpreté que era una junta de alto nivel, por eso te hablo ahora.

—¿Y para qué?

—Es que corres peligro.

—¿Corro peligro?

—Lo que te recomiendo es que en la junta de mañana no pronuncies ni una sola palabra. Si lo haces perderás tu empleo.

—¿Todo eso soñaste?

—Sí, y por eso te prevengo. Ya algún día, cuando vengas a visitarme, te explicaré por qué estoy haciendo lo que hago y por qué debes hacerme caso. Ahora vete a descansar, ¿eh?, tranquilo, y no olvides mi recomendación.

Cuelgue. Intriga. Luego abatimiento. Precaria noción al bies concerniente a *El sueño ayuda a la telepatía*. Rumia estrecha o ampulosa de aquél para aceptarla a poco: quiérase cautela en pos de más cautela: no hablar mañana, obedecer ¡ojo! El silencio como estado tieso o lo misterioso alcanzando su más alto grado de ficción… mmm…

Sólo por el hecho de que el abuelo se hubiese tomado la molestia de hablarle a las ¡diez de la noche!, Roberto debía acatar la encomienda, no fuera ser que… ¡vaya superstición!, antes que duda lógica… Duda desvaneciéndose de modo ¡juvenil!, ¡claro!, de revés, a causa del ímpetu reforzado que el aún adolorido necesitaba para, pasara lo que pasara, NOOO HAAABLAAAR, incluso no lanzar un *ay* de dolor durante… De una vez la junta: en pleno, situémonos muy de juro como el susodicho oyente, pues sí, y ahora vengan los nombres de los presuntos contrincantes: dos hombres encorbatados y una mujer chaparra luciendo un atavío todo caqui y muy de botones adentro: conjunto sastre a la usanza policial de dizque circunspecto rango; ella delanteramente presentada por el jefe supremo: su nombre Rolanda Muñoz, mientras que los otros: los traseros presentados: Felipe Buentello e Íñigo Naranjo, no dieron ninguna muestra de agache o quiebro. Cierto que era un par de espigamientos que imponían.

De entrada y por gustosa convicción a los tres tenerlos como fu-tu-ros pro-fe-so-res: consigna para sí de Roberto… Que ahora estar alerta de los alardes por venir, en efecto, había que escrutar lo prometido con alharaca minutos antes. No tardó Jonás Parada en abrir un manual al azar: fue el D (contigua y mirona también la comprobación del aún adolorido), el que versaba sobre *Resumen y*

desarrollo. Enseguida la invitación acuciante para ver quién se aprestaba a localizar la página catorce del manual D. Fue la pomposa Rolanda, y ¿lista?, ¿ya? Muy bien, cierre el manual y repita de memoria la página catorce… Así que ¡venga el extrapolado asombro! Aquélla como perico, con un blablablá exacto, e incluso algo gangoso. Comprobación dual (directora) siguiendo la lectura tras oír parte a parte cada vocablo, dicho casi, de veras, sílaba por sílaba: neta oralidad alarmante. Entonces ¿qué tal?, ¿cómo la viste?, preguntó en directo el jefe supremo al ex golpeado, quien ¡ojo!: NOOO HAAABLAAAR, y por rejuego cortés, como respuesta hizo Roberto con los dedos de su mano derecha una figura de cabeza de conejo. Imaginemos lo ad hoc simbolizado, quiérase como excelsa aprobación (sobrentendida).

De cualesquiera manuales y de cualesquiera páginas de estos el trío de (convengámoslo) futuros profesores siempre daba pie con bola. Memorización casi extraterrestre: gente venida desde dónde diablos. Cada uno: óptimo reciclaje, como para que los escuchas se echaran de espaldas, sin poder enderezarse luego… Inverosimilitud que a cada frase se engrosaba…

¿Cómo?, ¿cuál método para tanta exactitud? Lejos estaba Roberto Pastrana de llegar a ese nivel todopoderoso. Alardes cuantimás florecientes planteando una imposibilidad para quien quisiera entrarle al quite, aunque por ello plantearse ya ¿una derrota? Bueno, como humilde opción estaba el silencio mental, tras obviar el aún adolorido algo tan cuico, pero también tan válido, como que no podía haber tres directores de escuela, o cuatro con él, o que él fuese subdirector, o que ni eso. Y a continuación lo peor: el dichoso trío trabajaba en la empresa (secreto de boca a oreja emitido por Jonás Parada a su hombre de marras poco antes de dar empiezo a la junta: ¡sí!: lo dicho por teléfono días antes, ahora reiterado) en el Departamento de Archivo. Crecimiento oculto durante meses: suerte de catacumba empresarial. Casi nadie conocía a esos casi extraterrestres ¿fascinantes?, esos de pronto sacados a la luz. Estrategia a hurto: ¿por qué? Pero, veamos: la junta circunscrita a cinco personajes terminó con un tronido de dedos en lo alto, ah qué señor Parada tan lucidor, más aún porque el trío increíble salió raudo de la elegantísima oficina: títeres que se esfuman, y a solas, ahora sí: ¿qué te parecieron?, ¿verdad que son casi irreales?,

¿verdad que un trío de profesores como éste no podremos conseguir? ¡Atención!, he aquí el viraje esperado por Roberto, que batallaba por mantenerse en pie; sus dolores por doquier le exigían una sentada, y se sentó, ¡cuás!, sin permiso. También ¿eh? NOOO HAAABLAAAR —téngase el encargo, la confianza— ni aunque (¿por veleidad enojosa?) lo sacudiera su jefe. Así que a cada pregunta formulada por aquél, Roberto iba abriendo sus ojos lo más que podía, pareciendo de resultas sañuda su indirecta obediencia al abuelo. Sin embargo, pensándolo… chanza de devaneos… ¡tenga!, puesto que ya acabada la junta qué autoridad era la más cimera: la más próxima, lógico (¿y entonces?), amén de que a ese trío el señor Parada tuvo a bien relativizar; es que no vulneró la jerarquía ya impuesta; no dijo «trío de directores», sino «trío de profesores»: ¡nótese!, y por lo mismo ¡qué gran descanso psicológico!: para el sentado. Descanso grosero, pues, pese al reclamo: la razón de la mudez, a lo que de inmediato, como si sintiera un puyazo en lo más débil o deshuesado de sus carnes, Roberto respondió (jugándosela): *Estoy estupefacto… Quisiera no creer lo que he visto y oído*. Por lo demás: con una leve palmada en el hombro (casi caricia de monstruo) el jefe supremo le dijo al todavía director de escuela que regresara a su casa; que la llamada a la tan rarefacta junta era nomás para corroborar su grado de servilismo y merced; que se recuperara cual debe para que al cabo de una semana más entrara de lleno en la dinámica laboral; que seguía siendo director y que no se atiborrara la cabeza de ideas feas; que le llamaría en caso de ser necesario, etcétera…

Y Roberto fue visto como si caminara por una pasarela: acaso entre tinieblas lo inolvidable: muchos ojos ávidos, brillosos, como que bailadores. Pésimo caminante algo encorvado él que a fin de cuentas no reprimió sus ganas para lanzar con frenesí una docena de ayes… Que si hubo uno largo después, casi a pecho abierto, pues sí que lo hubo y bien locuaz y callejero de a tiro, aunque de mediano triunfo o mediano dolor: lo que se prefiera… Que si caería antes de abordar un taxi… al respecto, hubo un momento en que medio que perdió el equilibrio, pero no pasó a mayores, además, eso podría pasarle a cualquiera, ¿o no?

23

Si quieres ser un auténtico bestseller jamás trates de ser original. La originalidad envilece y luego empobrece. A cambio procura modelos ya probados hasta la saciedad; imita lo más que puedas o adáptate a las convenciones con absoluta humildad, verás que nadie se dará cuenta, y si alguien lo llegara a notar lo habrá de considerar como un yerro menor. Recuerda, pues, que a mayores intentos de originalidad, por mínimos que sean, mayores serán las posibilidades de fracasar (Prudencio Gordoa Herrera).

Recuerda que eres un narrador, esto significa que no eres filósofo, ni poeta, ni dramaturgo, ni historiador, ni psicólogo, ni ensayista, pero sí un poco de todo, lo cual evidencia que debes estar siempre expuesto a contagios y contactos. La narración es un oficio especializado y, sobre todo, un artificio modesto, nunca —entiéndelo— excepcional, como es el caso de la poesía. Narrar los asuntos de la vida es un trabajo de obrero, y nada más (Justino Macedo).

Nada justifica la adjetivación, entonces témele, aun cuando consideres que valdría la pena resaltar cualquier estado de seres o de cosas. Las palabras en sí mismas significan cabalmente lo que expresan. Si sólo adjetivas por lucimiento o por pretender ser original a toda costa, huirán de ti los lectores y tú serás pobre. Muy pocos leerán tus libros. Ten claro, pues, que el adjetivo (¡POR SUPUESTO!) *mata* (José Omar Hernández).

Un narrador debe tener un amplio sentido común (¿eh?, contradicción, en esta neta el autor usó el adjetivo «amplio» ¿eh?), *esto significa que debes ser sensible a las ideas y preocupaciones del prójimo. Por ello trata de pensar como el grueso de la gente,*

incluso trata de intuir sus reacciones, las más manidas, y sus demostraciones de júbilo. Si quieres hacer dinero con la literatura sé convencional, no uses palabras que la gente no usa en la vida diaria (¿eh?, «diaria»), *y en cuanto a la adjetivación debes usar la menos sorprendente, la más reciclada por la sociedad; detectarla es a veces difícil, pero ésa es tu labor. Parte, además, de la idea de que no todo el prójimo es florido en su expresión, y que por lo general todo aquel que lo es da la impresión de ser inseguro, de ahí su prepotente pedantería* (¿sí, de veras?, téngase, aparte, que el autor escribió el adjetivo «prepotente», ¿fue por descuido?, ¿eh…? Ya son tres adjetivos) (Prudencio Gordoa Herrera).

Debes ser ameno, y tú preguntas en qué consiste la amenidad y yo respondo de inmediato: en escribir sobre asuntos que la gente ordinaria pueda identificar con facilidad. O sea que la mayoría de los lectores quiere leer únicamente lo que vive. Muy pocos optan por asumir retos de lectura. La postulación de retos es válida si eliges la vía del prestigio, pero como tú quieres agotar ediciones debes presentarte como un ente ameno y amigable que se tutea con sus lectores porque los considera sus pares; un ente cuya simpatía radica en saber explorar en las emociones de sus personajes de ficción, en vez de explorar en sus incertidumbres, quiéranse de todo tipo (Justino Macedo).

Al escribir no te entretengas demasiado en una escena o no le des demasiadas vueltas a un problema. El mercado editorial apuesta por el entretenimiento, mismo que debe ser tu vocablo predilecto. También la consigna «no aburrir». Huye de toda clase de devaneos reflexivos y de todo lenguaje aproximativo. El lector no debe tener ninguna duda de lo que estás hablando. No le otorgues al lector la tarea de intérprete. En la vida actual no hay tanto tiempo para la reflexión ni para la interpretación. Si todo el mundo vive a las carreras, la lectura debe ser acelerada y, sobre todo, excitante (José Omar Hernández).

La consigna suprema sería entonces «ganar dinero», agregándole el «¿y qué?». Cinismo siempre en flor y siempre benigno y desde luego resolvedor. Filosofía transparente, ésta, del nuevo siglo: todo en su lugar, o bien en su exacto horror. No mentir ya jamás. No

encubrir. No simular. Tener al descaro por norma diáfana… Otra neta sería que la novela (o los cuentos pingües o breves) debían armar polémica a rajatabla: ser ¿desquiciantes?, ¿desconcertantes?, cual recrudecimiento ¿estético?, ¡pues sí!, entonces ¡venta!, ¡venta!, felicidad, sonrisas, avalancha papelera sólo con la mira de alcanzar la cumbre del escándalo, porque si no ¿cómo?, ¿con romanticismo o con gala de moralismo? En la actualidad todo lo que queda en encomiables y sinceras (también honestas, también visionarias) buenas intenciones merece una sonora trompetilla.

Levantaría revuelo el nuevo manual dado a conocer por Editorial Fronda para uso exclusivo de sus empleados, así como de los futuros maestros de la escuela de escritores. En una junta matutina donde, además del señor Parada y el trío memorioso y los seis directores adjuntos de la empresa, estaban los autores Prudencio Gordoa Herrera, Justino Macedo y José Omar Hernández, autores (cuasisecretos) del conjunto de manuales, incluido el ahora —tan a la baqueta— netoso H, lo que más causó controversia fue el hecho de que este nuevo aporte seudoteórico echaba por la borda la preceptiva —tan analítica— del material precedente. Dicho sea que de nada valía el estudio de tantas reglas para la creación de novelas si a final de cuentas todo estaba resumido en… ¿verdad…? Claro que el manual H tenía casi el doble de páginas que cada uno de los otros (téngase también que los ejemplos citados arriba eran las muestras más relucientes de la abultada gama de netas). Entonces lo anterior era, por inferencia, ¿prescindible? ¡No, qué va!, al contrario, la valerosa contrarrespuesta de estos cuadrados discernidores estribaba en que había que absorberlo todo para luego tener más claros los tajamientos conceptuales; además, se justificaba la hechura del manual H porque de la producción del último semestre de Editorial Fronda sólo, había arrojado diez bestsellers, ¡diez de cincuenta novelas!, ¿eh?, asunto preocupante ¡pues!, siendo que esos diez (¡ojo!) sí eran temas escandalosos, cual debe, mismos que llevaban a un tope descamado el tremendismo y el miserabilismo donde se abordaba el incesto (con craso placer y océanos de esperma), las violaciones y el asesinato, la maravillosa ocurrencia (en una de las novelas) de que un personaje se hubiese dedicado a matar gente fea y gorda simplemente porque le repugnaba (cosa de gusto estético

tan, digamos, posmoderno) ver tan deformes panzas femeninas. Citando otro de los bestsellers, se cuenta de un hombre que tenía visiones horrendas y que, para colmo, confundía un tanque de gas con su madre y lo abrazaba en los momentos más críticos; un día el tanque explotó e hizo volar al sujeto, lo demás ni para qué contarlo, ésa era (sería y es) la parte esencial de la intriga: el gancho jalador, no completar ¡vaya trampa! Otra historia exitosa era la de un hombre paranoico que se obstina en proclamar que la vida era una mierda, la gente era una mierda y él era una mierda. Esas cosas. Caso contrario fue otro de los bestsellers en el que se exhibe un mundo idílico donde los obstáculos más intrincados son fáciles de librar, porque basta el ahínco y la confianza en nosotros mismos y ¡en los demás!, ¡vaya tan delicado entrampe!, máxime si se soslaya que estas novelas fueron escritas bajo una percepción sin matices: maniquea, mentirosa. He aquí la clave del éxito (sobresaltar, trastornar, o si no edulcorar en demasía), y no esas historias cargadas de un psicologismo ya decadente o muy trasminado, como también reflexivas, ay sí, a la buena, o también experimentales, siendo así el síntoma exacto para aburrir, eso sí, a las primeras de cambio. Entonces la literatura actual exigía tremendismo a toda costa, o el otro polo: el almibarado; exigía, por lo tanto, que hubiese autores egocéntricos e historias egocéntricas llenas de maldad o dulcedumbre ¿artificiales?, mmm, como fuera, pero… Habida cuenta de que la posmodemidad se sustentaba en la desesperación y la desesperanza o, en todo caso, la contraparte sería la literatura de autoayuda y superación personal; hartas recetas para vivir. Lo malo es que muy pocos autores actuales tenían los tanates suficientes como para hacer novelas de autoayuda genuinamente felices, quiérase a pica seca, ¿falsas de todo a todo?, no, debido a que escribir sobre la felicidad significaba sentirse imbéciles, en cambio el tremendismo era cosa hecha, realismo sobre realismo; descaro, aturdimiento, arte de la sobrevivencia, y por ahí el gran escurridero de la vida…

Vivimos la vanguardia del cinismo, clamó José Omar Hernández en un momento dado, así que —¿quizá?— tenía razón, más aún al agregar que la gente desesperada busca historias que confirmen y justifiquen a todo tren su desesperación y su hastío, o bien… este… ¿pero hasta qué punto la autoayuda y la superación

personal podrían ser noveladas? No, eso no, mejor lo cruento como fórmula del éxito cínico; cínico y rentable, pero sincero, o dizque… Eso, el dineral cínico, ¿y qué? Por lo cual ya estaba dicho que si un autor presentaba una novela no tremendista, sería rechazada de inmediato, ¿de acuerdo?, no sin hacer a un lado que la escritura tendría que ser ultraconvencional, ¿de acuerdo?, dado que de lo contrario Editorial Fronda estaría destinada a la ruina.

Y, para pronto, más darle vueltas a la rueda del molino. En la junta la palabra «tremendismo» se repitió poco más de treinta veces, al igual que las palabras «miserabilismo» y «éxito». De suyo (ejem), cualquier amago de réplica se desvanecía con la intervención alharaquienta de Gordoa Herrera, Macedo o Hernández, y la duración de cinco horas de alegato (en alargue de monólogos, a veces sin objeto) devino en cabeceos y respingos incidentales y en algunos casos casi instantáneos de los directores adjuntos, incluidos el señor Parada y el trío memorioso. Los tres apóstoles del éxito eran tres fieros polemistas: ácidos, con sus argumentos «tapón»; amargos, con sus argumentos «riña». Encarrilados, pues, nosotros en este mecateo valga añadir que el jefe supremo apenas si hizo las veces de acotador a lo largo de la junta. Para él los autores de los manuales eran los dioses de la empresa, su palabra era crisol, no obstante que ellos estaban contratados para la creación y la ajustanza de cánones al por mayor. ¿Gente lejana a la empresa? Sí y no. ¿Gente secreta, rumiadora? Más bien eso. Nótese que en ese manual H debajo de cada neta aparecía el nombre del autor: por primera vez; o sea que también era la primera vez que los seis directores adjuntos, amén del trío memorioso, los conocían. Faltaba aún enterar al director de la escuela: aquél no había podido venir porque se estaba recuperando de una golpiza callejera, así, pelonamente, lo manifestó el señor Parada, en consecuencia, tal vez el próximo lunes se daría la ocasión para que aquél y ésos se vieran las caras en una reunión mucho más exclusiva: aunque: si el jefe supremo —recuérdese su veleidad— decidía que se realizara antes… el viernes por la mañana, por ejemplo, pues, ¡órale!

Bosquejado (con algo de menoscabo) lo anterior, desplacémonos al apartamento de marras: donde: aquél con sus ayes, o en medio de su trasiego dizque entendedor, leía: a ratos: en acueste camero: ¿se adivina qué?: y recorría las páginas con una pesadez tan extrema

que terminaba por cerrar los párpados, transcurridos apenas unos veinte minutos. Lapsos en tono gris, seguramente, como grises dichos sueños truncos y a la husma.

Descanso merecido, si bien se considera, redundando en una recompensa —no buscada— con gran desproporción por tantos desvelos sostenidos a partir de tantas mordeduras de chiles serranos. En sí dos efectos: el letargo y la solvencia espirituales muy a modo: horas de lectura analítica a fin de detectar correcciones, no se diga supresiones: párrafos en largo para ser remarcados con pluma. Potaje de recuadros (valga), hasta la página treinta, lo leído, atisbando en el merodeo ¿estilístico?, ¿conceptual?: lo por salir, lo por modificarse, visto casi en cada página. Un agobio la grave relectura.

Dónde, por qué: las justificaciones para sí (del escritor y del lector), las igualdades en cuanto al peso de cada pasaje. De conformidad con la apretura dramática: el equilibrio entre teoría, reflexión y acción, no sin hacer a un lado el refuerzo —más o menos sistemático— del personaje protagónico: León Allacci: sus vicios compensados con sus certidumbres; sus devaneos luego de los hechos: ¿cómo arreglar, depurando hasta dónde? Dolor contra dolor. Y la sorpresa de por sí anunciada: el estribillo punzante no avenido en aquella remota primera lectura juvenil: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse en cualquier momento*. Inútil tal reflexión reiterada a contrapelo, metida como cuña sin para qué: letanía que no, dado que —veamos—: hasta la página treinta había seis metimientos de eso, más los que faltaban, y la ¿supresión radical? Tache por venir, y duda…

Con que el estribillo apareciera una sola vez en las cinco primeras páginas y sirviera como remate increpante al final de la novela-ensayo: tal vez, e incluso el exterminio: de resultas: ganador sería el resto: ¿sí? Duda entre dudas: por ilación ¿desventajosa? Ahí valdría el poder del conocimiento literario de Roberto: con apego a los manuales, ¿o no?: sacar qué, cuánto, cuándo. Yes que en realidad no tenía la fórmula idónea para confeccionar un bestseller, por lo que ¿con quién tendría que asesorarse? Cierto que esas sospechas eran las que le hacían cerrar los párpados.

Sueños previsibles, por fortuna no tan anecdóticos. De unos doce

habidos en tres días hubo cinco en los que el cuerpo alto y gordo de Jonás Parada aparecía en recorte esquinero: cabeza sin boca y sin nariz (extraña tapadera), un ojo nada más, en compañía de su ceja más trágica, la más arqueada, sin embargo su voz era como un rayo en franco desbalague: trazos bajo un cielo en declive; centellas rojas y azules en culebrina: a cada sueño más en realce coloro, mismo que iba endureciendo a poco las dimensiones en rezago. La destacable era la voz invitadora del señorón: *Ven, ven… Tienes que venir*. Premonición haciéndose y, paso a paso, por supuesto, llegó el viernes: mañanera llamada telefónica; cita en la oficina; lo esperado en sueños: muy a medias, porque hete aquí la formalidad evidenciada con saco y corbata indispensables: lo nunca antes exigido con severo énfasis: *Trae a lucir tu mejor traje*, lo no soñado: y: ¿cómo sería la ida?, ¿al vapor? Fue, como se dijo; tenía que ser puntual, porque si no… Y la sirvienta Aurora viendo aquel acelere, digamos, rabioso, debido a que significaba una interrupción lectora y luego soñarrera. Desconcentración a destiempo, sin más. Roberto estaba por terminar de leer *El sueño ayuda a la telepatía*. Le faltaban diez páginas. Del resto rebasado cejijuntamente ya tenía un horror de trazos, algunos en repuje señalados —resabio de corajes— párrafos enteros por corregir. Leyó a fondo, carajo, releyó, pues, pero… Difícil salir de un embebido «intro» o un «endo», y: *Nos vemos mañana*, le dijo a la sirvienta nomás por zalema cumplidora. Ella, que en los dos últimos días se había dedicado más a cocinar que a lavar ropa en la azotea, puso cara de angustia cuando ocurrió tal fuga. Primero habremos de referirnos al acicalamiento en friega (visto de reojo por la embrollada hembra) del cada vez menos adolorido, quien no hubo demandado lerdas curaciones como al mero principio, ¡vamos!, ni él mismo se las estaba haciendo días después; y segundo: que el apurado no fuera a darse un tropezón por ahí, en fin: *¡Cuuuiiídeeeseee!*; que si afilándose el vocablo tan a expensas de un rudo cierre de puerta, chirrido que continuó cual punteo recorredor en línea hacia abajo hasta que de milagro, cosa de tres minutos, Roberto hizo que un taxi se detuviera, lo abordó y *ruuun*. Del resumen de este descontrol sólo se destaca el aplane de ciertos arrugues bajos del pantalón: Roberto caminando mal —ya en los pasillos de Editorial Fronda—: agaches en correntía: feos pero pocos. También, y como de sobra,

algunas composturas menores de ropa estando a unos pasos de la oficina suprema.

Por delante las presentaciones (adentro y entre lámparas de luz indirecta). Notable gallardía del quinteto de personajes encumbrados. Credulidad de entrada. Por delante eso y lo otro, mucho más que la sorpresa que el señor Parada se llevó a causa de la rapidez de Roberto Pastrana: su salida y su llegada, como un petardo, y su impecable vestir, ¿cómo le hizo?, ¿pues no que estaba tan adolorido?

Sospecha de engaño. Un sano que desde la junta anterior se había hecho pato y ahora no. Prudencia, Jonás Parada, prudencia. Las marcas de la golpiza aún estaban presentes, nomás de ver las costras en el rostro de ése: rasgos distintivos de una nueva personalidad, así que…

Los episodios desgraciados tocaron fondo y dieron (valga) un brinco intempestivo. La recuperación de Roberto alcanzó en un dos por tres una altura, incluso, placentera, sin nubes ni turbiones ni desequilibrio, libre, pues, respecto al discurrir bien, e incluso hasta se podría exagerar diciendo que su salud era como agua limpia en un cántaro, pero al ver las costras todavía corrugadas… mejor no. Lo que sí que desde ahora vendrían los desvelos, bueno, por sistema (y de asiento) desde el lunes. La explotación cual debe. Ideas de travieso que al jefe supremo le andaban rayando su negro cerebro: figuras —¡claro!— algo disparatadas, pero es que desde cuándo aquella salud se había redondeado como para botar y rebotar ¡vaya tropos tan de a tiro! Entonces ¡alto! Paso a lo objetivo: oír preámbulos por lo pronto; entonces paciencia, Jonás Parada, y también paciencia, Roberto Pastrana, para apreciar tamaños: luego: tres puntos de vista contra uno (lo adivinable) y ese uno hasta dónde. *Tomen sus lugares, por favor. Empecemos*, dijo el jefe supremo. Presentación visual del manual H. Ténganse los ojos críticos del ex golpeado. Edición, mmm, rudimentaria, doméstica…

Se empieza con el alborozo de los tres autores merolicos, consistente en arrebatarse unos a otros la palabra. El acopio de netas, algunas de éstas soltadas al azar, con la mira de incidir en las tantas maneras requeridas para hacer una novela bestseller bajo estricta y presunta justeza. Roberto escuchó no sin dejar de hacer gestos de contrariedad. Menudas razones queriendo ser

determinantes. Sin embargo, el nuevo escucha detuvo la triple alharaca con una frase tan simple como ésta: *Tengo que leer el manual*. Flagrante declaración. Silencio en tomo como de lago congelado ¿sirve el tropo? Sirvió porque nadie dijo ni pío, ni al parecer tenía intenciones. Sirvió al cabo la mudez para añadir un refuerzo como el que sigue: *Sugiero que el lunes nos volvamos a reunir en esta oficina para discutir con conocimiento de causa lo bueno, lo extraño y lo malo de esta encomiable aportación*. Y otro refuerzo adicional, debido a que la mudez seguía tal cual. *Para mí es verdaderamente importante conocerlos, ya que tendré oportunidad de cambiar impresiones y puntos de vista con ustedes, no sólo en relación con este manual sino con los otros que, a mi juicio, muestran algunas ideas que se prestan a confusión, así que no sé si haya más que agregar…* No, nada, para qué cualquier réplica en tal circunstancia incompleta, ahora que ¡épale!, ¡qué atrevida suplantación de director!,
mira-mira,
¿cómo?, casi dar por concluida la junta…

Pero Roberto tenía razón; además, cabe advertir que los seis adjuntos y el trío memorioso habían llegado a la junta anterior con el manual leído. Consideración que de viva voz esbozó el jefe supremo en apoyo a quien debía dar con todas las de la ley su visto bueno, por lo que sí: punto final a la reunión, ¡ni modo!, y, de paso, en tácito sentido ¡qué perdedera de tiempo! Lo siguiente fue la salida en fila india (encorvada y por ende silenciosa) de los tres autores merolicos, en tanto que el jefe supremo y el director de la escuela, frente a frente, como que medio sonrieron y luego, uy, sobrevino la adustez de ambos que no duró, que terminó en sonrisas francas exhibidoras de dientes y un poco de lengua.

La suplantación directora debió inquietar a los idos: ¿quién era el real mandamás?

Cierto que el hombre alto y gordo era un neófito en literatura, pero su contratación desde hacía cinco años radicaba en su enorme capacidad de comerciante, así como su habilidad para administrar y detectar talentos para esto o aquello. Era un atinado colocador en, digamos, casilleros que él mismo podía inventar y, ¡ojo!, por deducción: no era el dueño de la empresa, sólo que actuaba como

tal, ¡claro!, disponiendo a su libre albedrío de los recursos financieros. O sea que entregaba resultados, no siempre positivos, a sus patrones, quienes más adelante harán su aparición: una incidental y señera, bueno, señera por explosiva, pero luego…

Quede, entonces, ensalzada por nosotros la intervención de Roberto Pastrana, a raíz de que el jefe supremo la ensalzó de más: *Ya decía que eres mi mejor hombre. Siempre me sorprendes. En ti puedo fiarme más que en nadie. Posees una iniciativa fuera de serie*. Cosas como ésas. Cuéntese el citar a aquéllos el próximo lunes en la mera cúpula y sin pedir permiso. Proba osadía perfecta, ¿verdad?

Ahora que: Roberto ensalzado miró con arrogancia el entorno de lámparas: luz indirecta y abridora de abajo hacia arriba, efecto comparable a su espíritu emprendedor: un sutil ir en pos. Esa sala de juntas semejaba un paraíso, tal vez allí sería su más alta escala, porque un más allá ¿cómo?: quitarle el puesto a su protector ¿para qué?, si siendo el segundo en la jerarquía tenía la ventaja de encapricharse con algo y equivocarse y volver a las andadas del encaprichamiento propositivo, máxime que el jefe supremo no tardó en decirle: *Me parece que tú eres el que más sabe de literatura en esta empresa*. Crasa aseveración, como fruto de un intuir ¿sin ninguna base? Aplomo ¿sin entrevero? Vislumbre de vidente ¿casi? Por ahí…

Rápido el rato: sujeto a percepciones muy de subida: donde: como si se tratara de un toma y daca telepático —y en corto— Roberto, saboreando a modo su ensalzamiento, adujo que podía pedirle al señor Parada cuanto quisiera, a sabiendas de que le serían cumplidos tales o cuales caprichos: necesidades a fin de cuentas demasiado concretas y no tan difíciles de solucionar: una —la más urgente—: su desquite, por lo cual en desboque la espetó: *Quiero desquitarme de Septiembre Tamez*. Desde luego. Sí. Estaba en su derecho. ¡Claro! Aceptado. Nomás era cuestión de contratar a un grupo de golpeadores para que se trasladara al domicilio de ese hijo de puta resentido, y allí cazarlo, mmm, que fuera en la noche, a su llegada a… ojalá que no hubiera cambiado de coche ni de casa, mmm, entonces ya la próxima semana, de eso no había problema; promesa por cumplir. ¿Caprichito brutal? Ciertamente. ¿Y qué más? Jonás Parada: pródigo.

El coche. El resquebrajamiento grosero de vidrios. Pobredumbre orillada (por supuesto circunstancial —dependiendo—) en donde ocurrió la golpiza…

Esto es: no tenía caso comprar un auto nuevo, sino… También, ay, de acuerdo. Téngase que Jonás Parada nunca dejó de sonreír, era —por ende— que deseoso escuchaba; incluso sugirió que unos empleados de bajo perfil fuesen los encargados de conseguir una grúa para el traslado del coche hasta un taller mecánico donde se llevara a efecto la colocación de los vidrios nuevos y eso podía ser a la de ya, debido a que un director de envergadura debía contar con vehículo siempre (trasuntos de jerarquía y personalidad); sólo que ahora lo operativo: es que Roberto debía informarle a los empleados de qué modelo y de qué color era su auto, así como entregar a uno de ellos las llaves y orientarlos respecto a la ubicación, bueno, distinguibles los vidrios rotos. Eso sería más tarde. Hoy, pues, la orden, ¿y qué más?…

Referente a su puesto (en vías), lógico era que, además de un grupo competente de profesores, Roberto requiriera de secretarias, asistentes, personal de intendencia y demás, para echar a andar con regusto la escuela…

Uh, desde cuándo estaba contemplado toda esa batanga. Sobrante petición, caray, que mucho más adelante sería atendida. Primero consolidar los planes de estudio. Asunto supeditado a sesudas discusiones. Acto seguido: la contratación de profesores con buena labia: antes el diseño de pruebas para su cabal aplicación posterior —imaginemos el cansino y endurecido lenguaje pasitamente burocrático—, amén de toda suerte (¡y tonga!, a modo de deslinde léxico) de imprevistos y menesteres por hallar. ¿Y qué más? Por el momento nada, salvo ocurrencias chiringas que para qué traer a colación. Una nueva oficina —por ejemplo—: ojalá elegante: con muebles de caoba o de ébano. Una nueva computadora, ¿eh?, y cuántas minucias que por el momento ¡vaya!: mejor digamos que por el momento nada que sonara tan de plano antojadizo y, yendo más lejos, medio burgués afeminado. Entonces ¡corte! Adiós. ¡A trabajar!: de vencida: en el cubículo de siempre.

24

La adjetivación: primer embate furibundo contra José Omar Hernández, y luego el lenguaje convencional: segundo embate, aunque más tenue, contra Prudencio Gordoa Herrera; de ahí el ensanche de trasuntos extraliterarios (o literarios al bies) como era el hecho de que no estaría de más que los novelistas fuesen inquietantes personajes públicos: tener una columna en un periódico de amplia circulación, o bien un programa de televisión o de radio (pero más bien el primero), o salir incluso modelando prendas de moda (lucimiento perenne de cuerpo y rostro, ¿cómo ser más y más fotogénico?, ¿cuántos ensayos al respecto?) o todo cuanto estuviese encaminado a crear una imagen mediática para las masas; no estaría de más nada de eso porque tendría incidencia en las ventas de sus libros. ¿Obligación?: casi, o más bien sí, debido a que la gente quiere ver para al cabo leer; tal consigna correspondía también a José Omar Hernández. De él era, asimismo, la aseveración de que en cualquier entrevista, o exposición ante un —¡ojalá!— poblado auditorio, los autores debían armar polémica a como diera lugar, por ejemplo decir que las obras de William Shakespeare, Miguel de Cervantes Saavedra, Homero, James Joyce o Marcel Proust debían tirarse a la basura o ser quemadas para bien de las letras presentes y futuras; desde luego, ante una catapulta de tal magnitud sobrarían increpadores, pero de eso se trataba, de armarla en grande a bien de garantizar ventas, ¡ventas!, no olvidando que la polémica enloquecida era, ni más ni menos, el supremo método mercadotécnico. O sea: contra el romanticismo literario todo; contra la rentabilidad autoral nada.

Y ante tan magnificente embate descarado ¿qué? Los ahora ocho manuales se irían al carajo, ya que ¿cuál era la frontera entre lo —¿ingenuamente?— literario (antiguo, despreciable) y lo demás? Pobre licenciado en letras tratando de luchar contra una jauría de

mercachifes, en fin. Argumentos insulsos en desborde, perfilados luego hacia un desfiladero ¡estético!, ¡macabro!, o ¡qué diantres! Imaginemos el repertorio iracundo de Roberto Pastrana ante la traílla de directores adjuntos, el trío memorioso, Jonás Parada y los autores merolicos. Junta cumbre para el explayamiento de quien debería dar el definitivo visto bueno: refutar con gran aire, e incluso echando el bofe, punto por punto algunas de las dislocadas netas esgrimidas en el manual H, seguir refutando en rebaja y aun con alarde, habida cuenta de la desproporción de insultos y acusaciones: menuda solidez sin forma, ya escurridero membranoso: parecía hablar su inconsciente: locura sobre hartazgo y hartazgo sobre ahogo, dijérase, hasta vencerse sumiéndose en su sillón, tras una hora de perorar… Téngase que nadie lo interrumpió, salvo cuando casi al final de su ancheta dijo:

—¿Para eso se creará una escuela? Más que clases de creación literaria lo que ustedes proponen son clases de cinismo.

Y la réplica instantánea (imaginemos el acomodo de cuello cuando José Omar Hernández espetó):

—Más vale el cinismo que la hipocresía o la pusilanimidad.

Esto último redundó en una aprobación general. La trailla de gente práctica (o con los pies bien puestos en la tierra) se le vino encima con sus sí, sí, sí, aderezados de sorites y considerandos de envergadura: vocerío haciéndose nube, aplastante y miserable nube contra la que terminó sumido. En contraste: los prácticos de pie —como si hubiese concluido la junta—: ergo: parlanchines aún, excepto Justino Macedo, quien no profirió palabra alguna; él, sumido al igual que el licenciado en letras, puso todo el tiempo cara de compasión: ojos (perdonavidas) clavados en, mmm, parecía estar de acuerdo con, pero se mantuvo en su hermetismo, y aprovechando el caos se incorporó de su asiento para dirigirse adonde Roberto; dizque muy a la sorda (algo cándido o algo descarado) le extendió una tarjeta de presentación con teléfonos y todo, y una vez que acercó su boca a la oreja derecha del derrengado le susurró en friega tres frases como las que vienen: *Le entrego mi tarjeta. Me gustaría reunirme con usted. Hábleme mañana para ponernos de acuerdo*. Desconcierto del sumido, pero… Tal acercamiento escamón fue visto por el jefe supremo con ojos cual proyectiles a punto, entonces dijo: *¡Basta!, hemos*

terminado… Ni una palabra más… Ya váyanse… Se quedarán en la sala el señor Pastrana y el señor Macedo… Los demás, por favor, salgan. En fila india (encorvada y silenciosa) la salida de la traílla de ésos. Luego: puerta cerrada y cuchicheo afuera: maquinal. Enredo por desenredarse: apagándose, siendo lo importante lo que quedó acá entre los tres a fuerzas metidos. Regaño de regañón: en largo: lo esperado: por lo de la tarjeta: ¿por qué?, y por la perorata de quien —¡vaya!— permanecía sumido, colorado de rabia, aunque menos furioso, ¿él era todavía el mejor hombre de la empresa? Estaba por verse…

Lo subconsciente a modo de descarga, como para aflojar tensiones —¿se intuye?—: un puñetazo contra la mesa de ébano, ay, otra vez: ahora sí doliente Jonás Parada, aunque aguantador al triple, pareciera que su alma había ido a parar en la madera, pero ese efecto de quejumbres le sirvió para lanzarse, en primer lugar, contra Roberto, a quien le hizo ver su papelote: soflama sin cotos: ergo: demencial, y contraria a todo lo capitoso de la empresa: la altiva mercadotecnia más lo que la impulsara hacia un pináculo acaso imposible de percibir por los mediocres románticos, esto es: los artistillas crédulos o isidros, y lo peor: atreverse a descalificar a ¡LOS AUTORES GIGANTESCOS DE LOS MANUALES! Podía Roberto haber señalado aspectos vagos a bien de incidir en precisiones que tal vez, pero lo que hizo IRRESPETUOSAMENTE, ¡uf!, a causa de qué se había ido de la lengua. Así que ¡fuera!, con ademán grosero lo antedicho: dedo índice apuntando hacia un confín equis. En concreto (y a pica seca: luego) le pidió que renunciara (¿vale decir austral veleidad orate…? quizá), pero le aclaró que le daría una liquidación superlativa, merecida por tantos cientos de horas de trabajar sentado. Atónito, Roberto no supo qué hacer, si pedir perdón o suplicarle que no tomara una determinación tan extrema o argumentarle que se había desbocado por sentirse de cabo a rabo «el mejor hombre»: y: engaño-desengaño, o quién engañó a quién; luego simulacro, montaje, ¡bah!, y lo que hizo fue bajar la cabeza; bajada que le permitió recorrer en un santiamén la película de sus deberes: la dureza pendiente en avalancha (y sin solución): el abuelo embutido en el asilo oneroso: qué contento estaba allá; el apartamento oneroso: sin par: dónde encontrar otro con esos acabados y esa vigilancia permanente y esa zona tan (casi)

exclusiva; la sirvienta onerosa, misma que estaba dispuesta a efectuar curaciones y tal vez a: lo sexual —bueno, puro presentimiento— en cierne: un después que ya nunca, porque tendría que despedirla, darle, asimismo, una liquidación superlativa, merecida… ¡lástima! Por fortuna su coche ya contaba con vidrios nuevos, el sábado se lo habían llevado reluciente hasta su domicilio un par de empleados de bajo perfil; y respecto a su salud (ejem): digamos que iba de gane: todavía algunas dolencias por doquier: pequeñeces guinantes, pero… Más bajada entrecerrando ojos, más abatimiento.

Por deducción el vómito verbal al taz a taz, en tanto, del hombre alto y gordo cuyo remate fue: *Pensaba que valías la pena, pero eres un mediocre polemista. No sé por qué perdiste la cabeza; lo que sí sé es que la seguirás perdiendo, y lo siento, no me sirves. Ahora estoy claro de que serías un pésimo director de escuela y un absurdo asesor… ¡Vaya!, ponerse a discutir con ¡MIS MEJORES HOMBRES!, y de paso insultarlos…* Los dos mejores, ya que el otro, Justino Macedo también cabizbajo, quien no abrió la boca durante la junta, era un hipócrita; otro vómito para él, igual de ácido, referente a la monada de darle dizque de ocultis al de por sí mediocre polemista su tarjeta de presentación ¿a cuenta de qué? Paranoia. Barrunto. Olfato. A él no había que darle una cuantiosa liquidación, sino un simple «gracias, cabrón», insulto cantado a contracurso, cual resaca letal. Trabajo por honorarios, por ende: ¡al diablo! Un traidor que, redondeándolo bien, para qué tenerlo cerca.

—¡Váyanse! ¡Adiós…! Ah, y tú, Roberto, recoge tus cosas del cubículo. Estate allí un rato. En unos minutos mi secretaria te llevará la carta de renuncia para que la firmes.

Salida hombro con hombro de esos ¿villanos?: villanos derrotados (¿jajajá…? ¿o qué?): uno más que el otro: en consecuencia el menos no se aguantó las ganas de pasarle un brazo por la espalda al más, porque acaso ambos estaban viendo ¿estrellas?, ¿chispas?, ¿líneas rotas?, ¿tachas?: en el suelo alfombrado: ánimo de subida desde lo gris complejo: puntos con gancho: a la deriva: apareciendo y desapareciendo. También arbitrio de pasos, como que mal dados; mal dados, desde luego, los pasos de Jonás Parada en la sala de juntas: un león quejoso que por el momento no estaba dispuesto a que lo curaran aun cuando

tuviese sangre en los nudillos de la mano izquierda: la siempre habituada a golpear maderas. Así gotas de sangre en el suelo, en la mesa. Huellas de una tácita veleidad. Quizá convenga ver al jefe supremo como a un soberbio león pensante, preferible dolorosamente: vueltas a una idea de anexión remota: ¿quién de la empresa tendría el perfil ideal para ser director de la escuela de escritores? Estrellas-chis-pas-líneas rotas-tachas: en redor; en el techo —lo último— estaría la respuesta… ¡No, nunca! Y fue que el jefe supremo cayó derrengado en un sillón cualquiera. ¡Oh soledad encumbrada! Soledad indecisa, tanta, como para meter dedos sangrientos entre rizos canosos y no saber qué.

Pinturreo en lo alto: a la postre: melena llamativa: lo visto por dos secretarias preocupadas.

25

Una loma reverdecida alejándose a cada paso dado por Roberto, efecto inverso en proporción al deseo de adivinar lo que el atardecer esconde; efecto de avance tardío —subiendo—: deseo de pésimo caminante que no sabe si va o viene. La loma de allá ha cambiado, se empequeñece porque hay vergel de por medio, y hay que abrirse paso separando ramas tras ramas. Roberto prefiere esperar. Su espera contradice lo que sus pensamientos anticipan. Detrás de aquel follaje deberá cruzar un tren a toda velocidad, o si no un auto conducido por un hombre al que se le han pasado las copas y lucha por mantener sus ojos bien abiertos, y sigue no obstante, pero no necesariamente a toda velocidad, no, porque la carretera serpentea en demasía y… También podría haber gente caminando mal que bien sin saber si viene o va. En esos momentos asoma la punta de la loma antedicha, asoma siempre, desde donde se vea. Roberto podría hacer lo mismo que la loma: asomarse, pero: mejor que se contenga, que no sepa lo que hay ni lo imagine… De seguro ha de crecer la indignación en abstracto, habrá que percibirla, pero nada más la indignación. La naturaleza es ilusoria ¿verdad? Lo que se demuestra minutos después cuando una voz entre el follaje llama al alelado de Roberto, le dice *Ven*, el tono es caricioso. La naturaleza a veces habla, lanza vocablos, por lo cual Roberto debe ir, ¡qué importa! ¡Claro!, tendrá que luchar, como se dijo, para abrirse paso, ¡qué lata lo espinoso que surge a veces!; así que va, aún soltando aires de negador, va indignado y, en efecto ¿inverso?, logra ver, no tan paralelos, los rieles ferroviarios, el tren cruzará por ahí quizá a medianoche; asimismo, alcanza a ver más allá la carretera serpenteante; no hay un auto que se atreva, ésa es la suposición, tal vez mañana cruce uno —aunque— ¿tendrá caso?; uno conducido por… Lo antedicho desmerece. Ninguna comprobación es tan exacta, y si lo fuese, el pésimo caminante

debería regresar adonde estaba, a ese lugar rodeado de rocas, para pensar de otra manera; para no ver el horizonte, no, porque desde luego verá doblemente macabra la punta de la loma que asoma por decisión propia, algo indiscreta. Empero, lo obvio es que Roberto está viendo la soledad casual de los rieles ferroviarios y la carretera tan anómala. Y a fuerza de ver distingue a tres hombres más distantes que deberán mirarlo con insistencia. Uno de ellos le dice *Ven*, con gran suavidad. Ah, entonces no era la naturaleza la que hablaba. Desengaño anticipado. De hecho, valga aclarar que cuando Roberto estaba atrás (en las rocas) estuvo entretenido con ciertos pensamientos en contradicción; choques y perspectivas. Nada quedó demasiado claro, pero sí muy fijo. De modo que ya rebasado el follaje Roberto es obediente, cruza las vías ferroviarias con cautela, y la carretera esa, para arribar, por fin, adonde el trío; uno de los hombres le pide que hable sin parar; el tema… sería… ¡pues sí…! lo que se le ocurriera. Dicho sea que la ansiedad del recién llegado es tanta que ¿por dónde empezar? A sabiendas de que se la está jugando Roberto empieza a hablar sobre… mmm… Su indignación por encima, y mientras le da rienda suelta a su lenguaje soez atrás el tren cruza a toda velocidad, lo mismo que el auto conducido por quién sabe quién: cruce despacioso. Fuga. Treta. Trama por aquilatarse. Es de suponer que en tanto Roberto dice y dice los tres hombres están pensando en la felicidad de los tontos, nada más. Ideas concebidas en un argot demasiado humilde. Limitaciones en pos de una cuadratura con remarque, quizá, demasiado obscena. Total que Roberto se vacía, siendo entonces que dos de aquéllos se le van encima para golpearlo, quieren mandarlo a un hospital; no es Septiembre Tamez uno de ellos, sino —al fin los reconoce— Prudencio Gordoa Herrera y José Omar Hernández, los autores de los manuales; el que se queda atrás, fumando, es Justino Macedo, él es un hombre desmirriado. Bueno, apenas Roberto los acaba de conocer y ya están instalados en su subconciencia… Lo sorprendente es que la punta de la loma ya no asoma. Cierto es que ese par de hombres le asesta una buena cantidad de puñetazos, cantidad que a Roberto ni le duele, antes bien parece una buena dosis de palmadas amigables, lo que tampoco, por qué, a causa de qué, por qué la confianza: y: amable despertar, sintiendo aún aquella cantidad que más tarde, eso sí, podría dolerle. Acto seguido:

a rascarse, por si las dudas.

También, por si las dudas, fue a la cocina. Se le antojó un jugo de naranja.

Mojoneros aquéllos. Impacto limitado a cuatro puños que dizque golpeaban. Tan lejano el hospital de la Cruz Roja. Lerdos linchadores Prudencio y José Omar, mientras que el otro, en rezago… Un misterio… Mero ente fumador… Ahora bien, quedaba pendiente (acaso adrede) la pregunta crucial, ahora formulada en la vigilia ¿por qué si apenas los había conocido hicieron acto de presencia en su sueño sabatino? Habría que preguntarle a Dagoberto: y: hablarle por teléfono en domingo ¿a las siete de la mañana? El amodorrado se calmó; en la cocina se calmó; bebiendo el jugo supo que hallaría despierto a su abuelo al filo del mediodía.

Recapitulando, hemos de situarnos a temprana hora de ese sábado pasado en el apartamento de Roberto, justo cuando se dispuso a leer de principio a fin —en compañía de un café con leche sin azúcar— el manual H.

Sorbos y agobio. Lentitud comprensible, a causa de que hizo tres relecturas con insólita devoción. Cinco horas en total para el caso, asfixiante a la postre. Luego una pausa lo suficientemente estirada como para hacerse dos tortas de jamón con aguacate y quesillo y zampárselas con absoluta premiosidad. La cuarta relectura fue vespertina, cuando horneaba el clima. En ella se dedicó a hacer apuntes en los márgenes del texto y al pie de página: que sobre la adjetivación; el lenguaje convencional: hasta dónde sí; la imagen pública indispensable; el buen vestir; la no originalidad, bueno, se especifica que la no originalidad en la escritura, pero sí en el vestir; la rapidez y sus modalidades, etcétera; lindezas: que sí y que no y, en consecuencia, pura inexactitud, puesto que no se tomaba en cuenta el temperamento de los autores; en fin: recetas baldías. Sábado infinito, siendo que además el lector de marras revisó de manera diagonal el resto de los manuales. Y apuntes y cansancio. Apuntes como armas punzantes: para herir mañana lunes con saña. De veras que debió terminar hastiado cerca de la medianoche. Téngase que Roberto durmió en el único sillón individual de la sala. No tuvo fuerzas ni gana para levantarse e ir a su cama. Merecido acurruque pichón ¡NO! Es que se le cerraron los ojos y por efecto o defecto se le cayó el manual H, el cual no llegó hasta el tapete,

quedó cimero sobre los otros manuales: montañita o loma: decepción. Desorden trasfigurado lo último percibido apenas, más bien relieve inmóvil, asomo pues, para llevárselo al sueño.

Hubo otro plan el domingo: terminar de leer las páginas que le faltaban de *El sueño ayuda a la telepatía*, sólo que el impacto onírico de la golpiza —hasta eso— caricosa… Como que se atornillaba lo esencial (valga): ser golpeado tantas veces como tantas soñara de ahí en adelante. Acaso la disolución de aquella cruel escena llegaría a su fin cuando él golpeara… Por lo pronto golpearía a los autores de los manuales, pero sin usar las manos, o sea: nomás con argumentos contundentes.

Y golpeó lo más que pudo a la hora de la hora…

Y ninguno de los tres opuso resistencia…

Y todo resultó inútil, ni gracioso fue…

Y lo peor fue que se quedó sin chamba…

Ahora bien, respecto a la lectura total de *El sueño ayuda a la telepatía* se hablará más adelante. Sólo se anticipa que encontró múltiples lagunas. La trama se deshalagaba, pero tenía la virtud de sembrar incógnitas haciendo prevalecer al sueño como un hondo misterio y ¡ya! Luego: en principio esto: ¿existió o no existió León Allacci? El autor daba fechas, incluso exceso de fechas, pero hasta ahí; por lo demás, la mayor deficiencia radicaba en que el narrador-ensayista se demoraba en explicar los fundamentos de uno de los llamados «ritmos», sin llegar a determinaciones cabales. Y en cuanto al desarrollo, había una suerte de montaje donde lo anecdótico se planteaba como una premisa engrosada, haciendo evidente que Dagoberto Pastrana jamás pretendió escribir una novela de tesis, aun cuando abundaran pasajes cargados de conjeturas, en fin…

Dicho lo anterior, conviene dar el salto hacia el cubículo póstumo. Lunes negro: en conclusión: apretándose: porque: ocurrido el despido (aún difícil de calibrar) los hechos se resumen así: Justino Macedo y Roberto Pastrana en espera: sentadísimos y acongojados (no con los pies sobre el escritorio, puesto que no sería venganza ni descaro). Quiérase, entonces, la pazguatez de ambos, rota al cabo por el ya ex director al ponerse a sacar libros y papeles de qué tantos cajones. Por fortuna, en un cajón halló una bolsa gigante de plástico, ah, útil, sí, para el metimiento de cuánto; él nunca la hubo guardado en el cajón, pero ¡milagro!, ayuda

suplementaria, si se ve, en virtud de que el susodicho no tendría que hacerla de pidientero, lo que redundó en darse tiempo (mientras metía lo dicho) para acordarse de una reunión clave que había tenido con Jonás Parada. Fue aquella donde soltó una recomendación, digamos, toral, o valiosa, o, bueno ¿se recuerda cuando dijo que los autores debían ser también promotores de sí mismos?, ¿sí?, para que la empresa se ahorrara publicidad. Fue cuando sostuvo —recuérdese— que debería haber una cláusula en el contrato donde se advirtiera que si un libro no vendía por lo menos la mitad de la edición en un lapso de tres meses sería destruido. O sea que sus ideas no eran tan contrarias a lo expuesto en el manual H, pero…

Mudez ¿nociva por prudente, o prudente como señal de derrota?: allí: en el triste cubículo donde poco antes Justino Macedo le dijo con voz tanteadora: *Espero que al salir de aquí acepte ir a tomar un café conmigo… Yo pago… Además, me gustaría aclararle algunas cosas respecto a su despido y al mío*. Roberto accedió haciendo una mueca harto desazonada y dos movimientos bruscos de cabeza. Sin embargo, la espera. No se podía ir sin firmar la carta de renuncia. Más de veinte minutos de tardanza luego de los cuales la secretaria suprema (bastante anteojuda) llegó taconeando, y de inmediato el garigol rabioso: ¡listo!, ¡vámonos!, pero la advertencia: *Mañana a primera hora puede venir por su liquidación. Yo misma le daré el cheque*. Ahora sí ¡fuímonos!: a tomar café. Había un lugarcito simpático a una cuadra de Editorial Fronda donde servían café cortado, capuchino, irlandés, vienés, etcétera, y una repostería deliciosa. Recompensa simbólica de dos que al abordar el elevador estaban palabreando sin cesar: un dizque arcángel con un satanás: cuates… aunque… momentáneos: ojalá duraderos… aunque… Al menos a Roberto —que hacía las veces de pepenador bien vestido, luciendo la carga a una sola mano de su pesada bolsota en la espalda— le parecía que Justino Macedo era un satanás con piocha, un mañero al que debía escuchar. Era una prueba de valentía no temerle. Total que si de pronto él le asestaba un puñetazo, Roberto le descargaría un zurriagazo mayúsculo con todo el peso de la bolsota, así que: medirse intuyéndose: respeto, porque si no… Veámoslos, por ende, agarrar calle: dos tranquilos señores jóvenes. Entiéndase que avanzaban sin grima… Estaban

siendo amigos (valga).

Ahorrémonos las peticiones de café con galletas, las que fueran fueron y ahora sí lo esencial:

—Debo decirte que estoy de acuerdo con casi todo lo que argumentaste en la junta. Lo malo fue que sacaste demasiados sapos y culebras, ¿qué te pasó?

Buen número de carraspeos para llegar a una confesión de por sí esquiva: la pesadilla de los golpes a campo abierto; el ex director temblaba al decirlo: aunque justo en plena soltura se puso atrito, no quiso decir los nombres de los largos de manos porque su objetivo era la no comprensión del despido. Resaca de aturdimiento, corta excusa cuyo último filón fue:

—Lo que no entiendo es por qué elaboraron un manual que contradice a todos los precedentes. No me pareció nada serio lo que hicieron y eso me irritó. Ahora los dos estamos fuera de la empresa: yo por despotricar y tú por haberme dado tu tarjeta. ¡Uf!, me cuesta trabajo entenderlo.

—Estamos fuera a medias, o mejor dicho, temporalmente…

—¿Qué estás diciendo?

—Mira, el principal accionista de la empresa, Juan Bruno Farías, es mi amigo de toda la vida. Esto no lo sabe Jonás Parada… Si me tienes paciencia te quiero contar cómo andan las cosas y por qué te di mi tarjeta y la razón por lo que me interesa establecer un contacto permanente contigo —ya el presunto satanás empezaba a enseñar el cobre.

—Adelante, por favor.

—Desde hace más de un año Editorial Fronda atraviesa por graves, y yo diría casi insolubles, problemas financieros. La venta de los libros se ha reducido en un setenta por ciento, de tal modo que las pocas ganancias no subsanan, siquiera en una cuarta parte, las enormes pérdidas que mes tras mes viene sufriendo la empresa. La gente cada vez lee menos, y aun cuando se lancen campañas agresivas de promoción de la lectura, poco se logra.

—Pero eso qué tiene que ver conmigo, que fui promovido para dirigir una escuela de escritores acorde a las expectativas comerciales de Editorial Fronda. Y luego porque no comparto del todo la visión mercadotécnica y literaria de ustedes, o porque me pasé un poco de la lengua, el director decide echarme a la calle…

De nuevo Justino Macedo le pidió paciencia al dolido y arrebatado Roberto, metido éste en un circunloquio tan a la llana. Vendrían los detalles: paso a paso: la ilustración total. Entonces:

—Es seguro que para finales de este año Editorial Fronda sea declarada en quiebra y es muy probable que se cree otra empresa editora mucho más modesta y con el mínimo de personal. De esta resolución está enterado Jonás Parada, pero él no se da por vencido, prueba de ello fue la idea de la escuela, como un intento de enderezar el negocio, o si prefieres, como un afán de hallar un remedio a largo plazo para evitarse el estar contratando a autores probadamente rentables, pero que exigen un mundo de dinero para estampar su firma. La idea de Jonás Parada era generar autores en vez de comprarlos. Sin embargo, como lo de la escuela será, sin duda, un proceso demasiado lento y, desde luego, bastante incierto, aún no ha recibido el apoyo del señor Farías, ni de los otros dos accionistas; incluso te puedo asegurar que lo de la escuela no se realizará, mmm, es más, lo doy por un hecho… Tal vez esto ya lo sepa Jonás Parada.

—¡Vaya!, no alcanzo a comprender, y perdón que te interrumpa, el hecho de que la empresa esté en quiebra. Hace pocos días estuve en el hospital durante una semana y los gastos médicos fueron cubiertos en su totalidad por Editorial Fronda. Mañana recibiré mi liquidación, que será cuantiosa, aunque espero que no haya sorpresas. También debo informarte que en los últimos meses han despedido a un montón de empleados y a todos les han dado su liquidación de ley; o sea que si la empresa está baja de presupuesto, no sé de dónde sale tanto dinero.

—Tampoco yo lo sé, pero me huele a fraude. Tampoco creo que salga de la chequera de Jonás Parada. Él está desesperado por corregir el rumbo. El señor Farías le dijo que hiciera recortes parciales de personal, con liquidación incluida. Tendría que despedir a los empleados más apáticos, pero por los informes que tengo ha despedido a los mejores y de una manera brusca, por no decir demencial. Hay que entender también que él es el que está más amenazado.

—De todos modos yo ya estoy fuera de la empresa.

—Ya te dije que estarás fuera temporalmente.

—A ver, explícame lo de temporalmente.

—Cuando se forme la nueva compañía se recontratará a muchos de los despedidos. De todo el personal actual tenemos información: lo que hacen y lo que no hacen, y hasta dónde llega su iniciativa. No olvides que Editorial Fronda cuenta con un buen número de espías. Gente que ni te imaginas. Tal vez ya lo sepas, pero no está de más traerlo a colación…

—No, no lo sabía…

—Pues entérate que de cada uno de los empleados tenemos hecho un perfil y tú, sobre otros muchos, eres de los que más nos interesan. De algún modo fue bueno que ocurriera lo que ocurrió.

—¿Entonces seré recontratado?

—Aguarda sólo un mes, quizá dos, no pasará de ese lapso cuando recibas una llamada telefónica del propio Juan Bruno Farías, él te invitará a formar parte de la nueva compañía, esto te lo puedo asegurar. Con lo que recibirás de liquidación podrás vivir tranquilamente durante un semestre. Sólo te pediría que no te cambies de domicilio y menos se te ocurra cambiar de teléfono. Pero si es así, házmelo saber; para eso te di mi tarjeta.

—Todavía no tengo clara esta propuesta. ¿Cómo puedo estar seguro de que me van a recontratar?

—Si quieres firmar contrato mañana mismo lo podemos hacer. Es cosa de acudir a la oficina del señor Farías; sirve que lo conoces y platicas largo y tendido con él. No descartes, incluso, que de una buena vez te asigne el puesto que tendrás.

Satanás en carne y hueso: desconcierto: con desvío hacia la amabilidad; o sea que a lo mejor Justino Macedo era un arcángel que a poco se iba despojando de su disfraz colorado (valga). ¡Sí!: la desnudez amistosa desembarazadora de perjuicios, a lo que…

—Pues estoy anonadado de tanta maravilla.

—Ya ves…

—¿Y contratarán a todos los despedidos?

—Ésa es la intención.

—¿También a Septiembre Tamez? —dardo o garlito con chisporroteo trasero.

—¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada —control a tiempo—. Es que él fue despedido de una manera muy violenta, incluso denigrante, porque toda la empresa se enteró.

—Él es de los empleados que más nos interesan. Sabemos que era tu jefe inmediato.

—Sí, así es.

—¿Y tuviste problemas con él?

—La verdad sí —venganza sutil, como que tanteadora.

—Mira, sabemos lo que pasó entre tú y él.

—¿Sí?, ¿qué es lo que saben?

—Que te quería oponer un contrincante para el puesto de director de la escuela, sin darle aviso a Jonás Parada.

—¿Eso nada más?

—Sí, ¿o hay algo que no sepamos?

—Cuando lo despidieron, él fue a mi cubículo a decirme que era por mi culpa y que por andar de chismoso me atuviera a las consecuencias. Fue una y fue horrible la consecuencia. Contrató a un grupo de golpeadores que me interceptó a un par de cuadras del edificio de Editorial Fronda… Esa vez no tuve la cautela de meter mi auto en el estacionamiento sotanero del edificio.

Etcétera…

Un cuento macabro con final feliz: detalladísimo el desarrollo sacado a flote entre sorbos de café vienés y agobio ante el tremendismo descrito, orientando la trama siempre a favor: esto y lo otro y sus repercusiones que si tranquilizadoras o que si convulsas: ¡oh curso de dolores… ¿y amores… o qué?!, cuyo remate consolidó una vasta glosa de agradecimiento como para llegar a inferir que siendo director de la escuela él estaba arropado en la cima empresarial y, por ende, la sorpresa del despido: la veleidad negativa —¿por qué tan radical?— del jefe supremo, ¿por los sapos y las culebras justificables?, ¿qué tanto era eso? Bueno, era demasiado: cuña cual contrarrespuesta del escucha: su añadidura —consejera a fuerzas— estribó en que ningún enfado debía extrapolarse y por ahí lo padrazo perdonavidas y como que a tuertas. Por ende el reconcomio, acaso la presión para espetar la manida promesa de «no volverá a suceder»: Roberto jurando tres veces, aunque sin hacer la señal de la cruz, dizque sus dedos le dolían a causa de la golpiza. Exageración, pero…

—Por lo que deduzco me estás sugiriendo que no recontratemos a Septiembre Tamez.

—Sí, así es… No me gustaría tenerlo cerca.

—No te preocupes. Nos interesas tú más que él.

—Gracias.

—Ahora bien, ¿cómo puedes garantizarme que fue él quien mandó golpearte?

—¿Quién más pudo haber sido? Soy una persona entregada al trabajo. No soy rico como para ser sujeto de secuestro. ¡Ni siquiera esos hombres me robaron la cartera! Solamente fue la tunda y los cristales rotos de mi auto. El mismo Jonás Parada aceptó mi conjetura, al igual que sus directores adjuntos.

—Entiendo… mmm… Para qué meternos en problemas… Está bien, no lo recontrataremos… Sólo que nos vamos a perder de un experto en distribución y promoción de libros… mmm… Ya encontraremos a otro que posea idénticas capacidades, chance y hasta superiores.

Alivio para Roberto. Otro café, pero ahora un americano, luego —¿por qué no?— un expreso, a modo de amargura celebratoria.

26

Cuatro horas de cafeteo. Empeñosos platicadores los de referencia apenas antes. Prolongación derivada hasta recaer en amenidades bufas, que no han de mencionarse para no incurrir en agrados bobos, tan superficiales como pasajeros (risillas infelices hubo). En cambio se destaca la sagacidad de Roberto para hacer preguntas comprometedoras a las que Justino respondió ¡con salseo donoso!, si así puede decirse.

Plática sobre el pasado, el presente y el futuro de un hombre común y corriente que a veces parecía malicioso y otras un crédulo fantoche. Del pasado lo señero: ¿cómo fue que siendo quien era se hubiese prestado para la elaboración de manuales? Tuvo que ser a rajatabla la aclaración: que sólo había contribuido con vislumbres y conceptos, algo así como meter la cuchara en donde el jalón fuese justo por colmado, pero sin escribir una sola línea, excepto en el manual H, donde sí, y con notorio compromiso, habida cuenta de que tras una revisión del citado manual, esto es: de hacerse, se comprobaría que sólo tuvo unas diez aportaciones medio preclaras: todas breves. No obstante, Justino era el más conocedor de esos tres aportadores en lo relativo a los tejemanejes de cómo hacer un libro exitoso: por su experiencia en estas lides: sea por los descalabros sufridos tiempo ha, que le harían detectar con prontitud el caudal de omisiones, más que de añadiduras, que un libro de ficción requiere para satisfacer a multitudes tras más multitudes. Sensibilidad para lo ¿¡acaso impropio!?: el expansivo y siempre trivial, de suyo llenero, sentido común: no fácil o no tan de todos.

Del presente los estratagemas para declarar con entera dignidad la quiebra de Editorial Fronda. Al respecto, no descartaba este Macedo que Jonás Parada se hubiese valido de los exabruptos de Roberto para echarlo; liquidarlo significaba el estilo más elegante de recompensar al que durante largo rato fue «su mejor hombre»:

¡en plata el agradecimiento!, que ya se vería pasado mañana, así que aún en «veremos»: lo cual… Y en tal sentido el despido fue oportuno, ergo: no cuando llegada la ocasión el señor Parada se viera obligado a darle cualquier mendrugo. ¡Ojalá que no ocurriera con nadie!, aunque ¿sería? ¡Claro! No polvorear el prestigio, pese a pese; lo digno, como se dijo, por delante, que sería fundamento para otros cometidos; bueno, pero con remisión estricta al presente vino una pregunta muy encajadora, muy molesta: ¿a poco Jonás Parada no sabe que eres amigo de Juan Bruno Farías?… ¡Uf!, ¡pues no!, porque la amistad era oculta: a conveniencia de ambos para bien de cuanto negocio se estuviese gestando o demás artes o truculencias; y de una vez otra aclaración, de paso, de esa amistad tampoco tenían conocimiento Prudencio Gordoa Herrera ni José Omar Hernández, esos entes cuadriculados, obreros de las suposiciones más paradójicas, pero también más evidentes, quiérase el sentido común visto como un ramaje descolorido y a la postre atractivo; en fin —siguiendo la idea referente a la amistad— nadie, ni las secretarias más encumbradas se daban color: sólo ellos dos sabían que su escondida asociación les era benéfica: amistad entre puras cuatro paredes, por decir. Tretas corregibles como si se tratara de un laboratorio donde dos ejecutivos (sin bata… risillas infelices a causa del tan ineficaz y desgraciado sentido del humor) estuviesen manipulando en mezclas a capricho antimonios, calcios, arsénicos, oxálicos, sodas y carbonatos sin llegar todavía a una idea clara de su hacer. O sea: grandes ocurrencias fortalecidas tiento a tiento en pos de un éxito seguro, innegable.

Impulsado por otra afluencia de preguntas acerca de un porvenir ya avistado Justino habló; habló pero cada vez con más desgano. De una posible nueva escuela a partir de la creación de una nueva compañía dijo que era un sinsentido: fallo mutuo del ricachón y él, quienes dándole hartas vueltas al asunto: ni de chiste, de veras que resultaba inútil, desde cualquier ángulo que se le viese. Mejor contratar a pocos autores rentables, en principio, y así la escalada, si es que se daba, esto es: ir publicando a plumas jóvenes, aventurarse, sólo que pasaría largo tiempo para que eso cuajara de pe a pa. Primero la modestia y luego… A otra pregunta relativa al contrato actual de arrendamiento del edificio donde se instalaría la escuela de escritores de Editorial Fronda… a ver… ¿qué pasaría al

respecto, siendo que se trataba de una erogación superlativa?… Fácil, se cancelaría el contrato: ¡tengan su edificio!: lo que sobrevendría a lo máximo en un par de semanas; fácil, porque —he aquí que Justino reviró el argumento mediante una larga interpelación a modo de pega— ¿acaso ya tienes noticia de que la empresa ha adquirido pupitres, escritorios, pizarrones, papeleo, tizas, borradores, archiveros y demás?, ¿eh?, ¿cuál sería el día de la descarga…? En efecto: ¡no! Ni por haber sido el director de la escuela, uno hipotético, hasta eso, ¿verdad?, tenía información de ese detalle de empiezo. De ahí que quedara claro el recule, dictado desde un más allá cimero: fue en las tres últimas semanas cuando… ¿entendido? Y justo por tal razón Jonás Parada andaba que no lo calentaba ni el sol (a ver, a ver): lugar común en descuajeringamiento, en estranguadera: por decir: tantos pormenores para llegar a una completa frustración, incluyendo, desde luego, su inminente despido; sería en estos días cuando entraría un relevo (de bajo perfil, pero efectivo) sólo para consolidar la quiebra de Editorial Fronda; el plazo sería diciembre de este año (equis), siendo muy probable que fuese antes… En unos días más se le avisaría al personal que sería liquidado paulatinamente: la condición sería que cada cual siguiera yendo al trabajo, como si nada, hasta que por fin recibiera su cheque gordo, etcétera… A los buenos elementos se les iba a recontratar, serían pocos, considerando la modestia estructural con que empezaría la nueva empresa: pero: tras el arribo a esta descarada confesión tanto Justino como Roberto prefiguraron un desfiladero en cuanto a temas por traer a cuento: pero: parecía haberse agotado la sustancia parlanchina, por lo que hubo silencios minuteros provocados por preguntas fuera de tono; también respuestas cortas, de vencida, carajo: sí, pero con desvío de mirada por parte de ese señor ¿salvador?… No tenía caso, entonces, seguir consumiendo cafés de todo tipo. Las idas al baño a orinar (con emoción): ya no. Por ende, la advertencia como falso final: *Llámame* (o sea), *no vayas a perder la tarjeta que te di*. Y Justino agregó —poniéndose de pie, cual si fuese un títere con resorte salido de una caja—: *Yo pago la cuenta*. Luego se sentó en desplome correcto: dureza como que tronadora. Alarde de potentado, queriendo ser enigmático Casi intimidación (dizque), pero Roberto no se dejó impresionar; el

tamaño de este señor imponía si se le veía desde muy abajo: gran delgadez de ejecutivo vanguardista (o posmoderno), pero, antes bien el sentado proclamó: *Quiero que me des la dirección de la oftcina de Juan Bruno Farías. Mañana mismo iré a firmar mi nuevo contrato. Lo haré por la tarde, ya que por la mañana tengo que cobrar mi liquidación*. Justino extrajo de su cartera la tarjeta capitosa —frialdad sin igual: como sinónimo obvio de seriedad— poniéndola al cabo en la mano pidientera de Roberto. ¡Limosnota!, ¿eh?, y vía libre para llegar a otra LOMA, por supuesto, más cercana. Lo demás fue (digamos): no lo de menos, sino una suerte de subida por las faldas amables de esa acaso bella loma chaparra. Cosa de hacerse a la idea.

Acto seguido: póstuma sacada de coche de aquel estacionamiento empresarial: pimpante Roberto por efectuar tal acción, y ¡vámonos!: con brío. Antes hubo un abrazo de cumplido, en pleno trajín callejero, entre quienes disfrutaron las delicias de tan variados cafés. Sin palabras el casi apechugue —adustez en los gestos, nada más, como para marcar una distancia conveniente por parte de Justino—, y no así el bisbiseo de las tantas palabras de Roberto cuando conducía su coche con delicia triunfal. De regreso a su loma: apartamento en una altura que él ya estaba considerando no tan, porque se le atravesaron símbolos oníricos que él pronunció con raro automatismo:

lo-ma,
ci-ma,
po-zo,
de-sier-to,
ro-ca,
os-tra:

¿de dónde provenía ese lenguaje cifrado?

Del abuelo teórico quien tras telepatear sus rarezas se iba haciendo chiquito ¿sí?, a lo mejor en ese momento estaba llame y llame al trabajo, al apartamento, cierto que si tuviera el número del celular del, mientras tanto, chofer que iba directo al asilo, atraído por las súplicas de aquél, y ¡no, qué va!: no lo tenía, en tanto que Roberto iba a relajarse adonde podía hacer su fiesta íntima, saltar largo rato a bien de acabalar su logro y luego echarse empiyamado a su cama para un acurruque de horas, quiérase una inconexión

merecida. Que Aurora no observara con morbo todo aquello por hacer, que se fuera, no sin que antes le preparara un platón de arroz con chícharos, por ejemplo, si es que en la alacena había esas reservas comestibles… y… de eso no, según comprobación de la joven sirvienta. La alternativa podía ser una torta con mortadela y aguacate, amén de un par de chiles serranos. Perfecto. A darle, y adiós y hasta mañana. Bueno, así fue cuando enllegando: despedido y bisbiseador: con su plan casero: Roberto, también alegre por el viraje que la vida le vino a deparar, estaba a punto de, quería, le hacía falta festejar, en fin. Paso a paso lo dicho, pero más en orden. De modo que situémonos de una vez en los mordimientos de la torta, cuando ya ida Aurora… Antes ella salió dubitativa, con agrio entrecejo mantenido durante la bajada por el elevador, porque su patrón apareció a una hora que nunca, porque fue cortante y su voz se oyó chillona. A saber… Lo que sí que mañana sería distinto para ambos. Y él, por consiguiente, ¿qué diablos? Pasitamente el olvido, el desdén, el abandono, la pachorrez, las cero responsabilidades, su victoria, acaso, de espaldas… De espaldas no quiso acostarse, sino bocabajo y en engarruñe, luego de haber brincado niñamente a lo largo de un cuarto de hora: mucho: no en la cama sino sobre la alfombra afelpada de su sala. Ésa era la felicidad, o una aproximación: la candidez que no duró tanto, debido a que empezó a sonar el teléfono. Quizá fuera su abuelo, por aquello de las palabras telepateadas que todavía… dizque… No sería Jonás Parada. Ni modo que se hubiese arrepentido por haber tomado la decisión de despedirlo (como al otro: el señorón conceptual) tan de juro: la cosa podría ser que siempre no, que volviera, que incluso brindarían por su reincorporación: jajajá: ¡pues cómo!, porque debía estar por encima la dignidad, una al tope (e inmodificable) que atisbaba, además, en la inminente quiebra de esa empresa que alguna vez fue pujante… y pues… ¡éjele…! Menos sería Justino Macedo y ni por error Juan Bruno Farías… ¿Quién más? Nadie… Téngase que la cuantía de brincos le dio a Roberto un indicio de descuido: una sutileza que para su desgracia estaba creciendo; por ilación de revés esto: no le había dejado su tarjeta a quien hacía las veces de su salvador y por lo mismo interrumpió su potrosidad… esa… tan de a tiro. De resultas: inconexión —¿tendiente a ser estropicio?— la de aquél, que estaba obligado a mantenerse para

siempre en ascuas; el azar lo supeditaba, de entrada, a tomar la iniciativa: sólo que: ¿cuándo ocurriría? Por tal barrunto (valga) Roberto se dirigió en friega a levantar la bocina; había sonado ocho veces y a la novena: *Bueno*. La voz proveniente del otro lado se identificó de golpe: *Soy la enfermera que cuida a su abuelo; él desea hablar con usted*. Tardó la respuesta de Roberto. La indiferencia cruzó como una racha repentina de dudas: grumos que en conjunto (casi desapareciendo) hicieron valer dos frases ingratas: *En estos momentos no puedo atender la llamada; dígale a mi abuelo que me hable el próximo jueves por la noche*. El cuelgue fue gacho, inesperado, dando paso ahora sí al olvido, al desdén, al abandono, a la pachorrez… Bueno, de espaldas no quiso acostarse (se reitera). Ya empiyamado con gran rapidez prefirió el bocabajeo en engarruñe para pensar en desorden y muy a sus anchas, en rebaja, digamos, a bien de ir entrando en el ámbito del sueño y así recuperar las últimas ideas claroscuras de la vigilia. Y ocurrió. La mente podía aguardar una revelación mientras la calma iba tejiendo su madeja. No hubo en el sueño imágenes ni situaciones desconcertantes. Roberto durmió lo que nunca: horas de inanidad resumidas en una blancura cada vez más expansiva y apetecible. ¿Así sería el sueño eterno? Una espiritualidad que se desplaza sin hallar nada atractivo. Mejor ¿verdad? La nada circulando: cero interrupciones. ¡Qué gran privilegio soñar así!: como si la muerte llegara cada noche para dar paz y sugerir un renuevo distante: no turbio, no maravilloso: el cual ¡pronto!, ¡caray!: absurdo despabile incitador de ¡¿qué?!: colorido en ensanche que habría de imponer, como quiera que sea, una realidad parcial, sujeta a la crudeza de una razón que limita, haciendo saber que esto es esto y aquello es aquello, mutilando potencias… De revés la concreción ¡odiosa!: Roberto tenía que vestirse para ir en friega por su liquidación. ¡Órale! Según el cálculo que hizo en aína le tenían que dar un cheque por la cantidad de doscientos mil pesos, buenísimos para dedicarse a… Piénsele usted.

27

Ninguno de los dos entendía de humorismo. Discípulo uno y maestro el otro, ambos entes sui géneris tampoco eran propensos a la especulación sobre equis o zeta personas. Todo, en cambio, lo concebían en bloques, y esos bloques eran helados y también podían derretirse. Por eso fue que Justino Macedo no se tomó a risa la angustia más o menos explicable de Roberto Pastrana, y cuantimenos lo tomaría así Juan Bruno Farías (el maestro).

Tremenda seriedad: en acercamiento: a poco platicada. Bienvenido sería el reporte final dicho de viva voz por Justino Macedo sobre el perfil de Roberto Pastrana. El antecedente más destacable del susodicho no era otro que el de un trabajador matado, dispuesto a quedarse a dormir en la oficina, si fuese necesario, y eso estaba muy bien: una presencia de hombre sorbido por sus deberes: tal premisa, siendo que lo demás era rebose. La cosa es que Pastrana exigía contratarse mañana mismo: por la tarde hablaría, queriendo dejarse venir casi con pluma fuente en mano para ejercitar su firma con orondez; entendible su prontitud: cuestión de seguridad laboral, y satisfacción de una vez: abridora. Entonces, qué podía decidir Juan Bruno Farías al respecto… Asunto al que había que darle por lo menos dos vueltas completas y rápidas, eso sí… Pero antes de resolver «¿qué?» en tal sentido, Justino entremetió lo correspondiente a él mismo: su desligue, de por sí incomprensible, de Editorial Fronda, redondeándose al cabo en una frase espichada como esta: *No quiero volver a saber de ti*. Despido, pues, que no le dolió.

Berrinche de aquel veleidoso, que iba de la omnipotencia a la prepotencia. Además, su desconocimiento (mejor, a fin de cuentas) de la amistad de éstos…

Ni qué decir que Jonás Parada estaba cavando su fosa. Cada vez le quedaban menos días de reinado. Tanto corredero sin objeto,

eludiendo haceres a partir de una ceguera ¡t-a-n s-u-y-a!, y tan absurda. Cierto que por órdenes superiores debía recortar personal, pero personal apático, irresponsable, detectado mediante un análisis muy previo de perfiles y haceres que de plano ¡ni un minuto más! En fin, en tal momento no valía la pena regodearse en las tonterías de ese personaje alto y gordo. Preferible la inmediatez positiva: la contratación de Roberto Pastrana: ¡elementazo!, de todas-todas, considerando que del tema debían hablar con precisión para resolverlo en cinco minutos. Y hablaron con pragmatismo, a punto y cruz, por decir; la resolución, cual debe, la dio el, digamos, maestro, quien lucía una barba finamente recortada, muy como de nieve cayendo; él era dueño infeliz de una estatura casi de enano. ¡Pobrecito! Pero como era riquísimo y muy inteligente y de veras serio: ergo: sin pizca de humor ah, ¿qué tal? Mejor temerle; o sea tú allá y yo acá, ¿o no?, por lo que, cuando sentenció: *Lo contrataré dentro de una semana*, ¿qué reprocharle? Sí, tenía que ser lo más conveniente; sólo que la llamada telefónica… como anuncio tal matiz (lo que interpuso el discípulo)… Para eso esto: *Le diré a mi secretaria que le diga que estoy de viaje; que me hable el próximo lunes*. Nomás. Tampoco Justino Macedo debía ponerse a ningún teléfono —recomendación de refilón: oportuna, pues—: ni al de su casa ni a los de la oficina ni al celular. Aguante estratégico, así como forma para hacerla de emoción y darse importancia. Sacrificio abarcador de otras llamadas de qué posibles sujetos en busca tanto del —ya lo hemos establecido— discípulo como del maestro. Nada importante —¡ojalá!— debía suceder de ese día hasta el lunes, y de suceder, que hubiese un mensaje horripilante en los tantos buzones telefónicos, como ser un incendio de llamas mortales en uno de los innumerables negocios de Juan Bruno Farías, pues ya estaría de Dios, y a ver qué determinación al vapor, pero no, el maestro daba por seguro que no: nada grave casual: a ultranza, Dios mediante: aunque: algo grave debió ser el hecho de que Roberto hablara para concertar una cita con el maestro y recibiera la respuesta femenina antedicha y peor aún cuando trató de localizar al discípulo y nada más no. Mensajes por doquier (je) dichos con voz remordida en siete teléfonos —¿correctos?— extraídos de las dos tarjetas dadas por el ejecutivo de marras. Pero he aquí que quien anduvo marcando dígitos ya había cobrado su liquidación, por fortuna (un

cheque de doscientos cincuenta mil pesos… más de lo previsto: ¡qué felicidad!), y depositado en el banco con una sonrisa casi de oreja a oreja: rara pero entendible (en despachaderas) por los empleados del banco. Riqueza temporal, a la que le faltaría un cuaje como… el contrato hasta el lunes: ¿seguro? Roberto, después de andar al busca y busca, se hundió en el sillón individual de su sala. La incertidumbre lo puso allí, como si lo atornillara. Rico y absorto, viendo un punto fijo en medio de la ventana iluminada como nunca antes: remota la punta de un edificio… su-ges-ti-va: creciente centelleo como amago de un desprendimiento, aviso al sesgo, o si no empatia acuciante, como que saturando una perplejidad, por ahí: aunque tampoco Roberto estaba dispuesto a concentrarse en demasía en tan llamativo viso. No, porque una y otra vez sonaba su teléfono: locura en lapsos. Silencios de quince minutos, más o menos, y de nuevo ring, ring, ring; era el abuelo —¿se infiere?—, debía ser grosera y larga su desesperación, sólo que ¿oírla? Téngase que sería como embetunarse (valga) de entresijos vagos, mismos que aunados a su vacilación mental realmente lo pondrían de cabeza: bocabajeo absoluto y (de una vez) desmotivado. Por ende, Roberto decidió bajarle hasta el tope el sonido a su teléfono: ¡viva la paz! Ahora bien, no es nada agradable referir la angustia de un ente hundido en un sillón, a sabiendas de que permanecería tal cual durante largo rato. Preferible es dejarlo angustiado (sería, será). Entonces dejémoslo. Tal vez se lo mereciera por haber dicho tantas peladeces en aquella junta capital. De todos modos su angustia sería a medias, dado que teniendo su también merecido dineral en el banco, ya qué…

Es justo, en consecuencia, ocuparnos de la riqueza de Juan Bruno Farías. Es delicioso, por obsceno, decir que era dueño de quince empresas: disímiles entre sí y prósperas solamente nueve; seis, por deducción, a punto de quiebra, la principal: Editorial Fronda: negocio que tuvo su auge cuando la gente leía un poco más literatura —quizá— que actualmente: aquella época en que no había internet ni tantos canales de televisión. También cuando este país era otro: no con tantas y variadas manadas de imbéciles ni tan repleto de gente pobrecita: empujada al agobio de la supervivencia. Gente sin recreo: ¡nunca!, como fue antes, cuando sí, cuando la sociedad tuvo más opción de ocios emocionantes y expansivos, y

algo más dinerosos, por lo tanto. Más tiempo para la reflexión, por supuesto. Pero ¡ojo!, no se entienda que antes (pongámosle hace quince años) la gente compraba más libros, eso es falaz —o acláreme—, pero sí tenía más posibilidades de hacerlo, lo que en despeje de porcentaje: ¡súmele!, ¿eh?… Que el poder adquisitivo; que la holganza aprovechable; que las amabilidades sociales… Pues bien, Editorial Fronda había nacido hacía diez años, cuando ya empezaba la debacle lectora; justo cuando surgió la cuantía de libros escandalosos, o los de autoayuda, o los angelicales al cien por ciento, o los convencionales de cabo a rabo: sí, ¡claro!, se vendían, pero eran despreciables, incluso hasta por la misma gente huera; no como en la actualidad que son la crema de la crema del buen saber y del buen gusto, haciendo que lo que bien vale la pena sea, con todo merecimiento, despreciable, inservible, casi medieval por oscuro, o por no rentable, o porque implica un reto que de plano como que no, porque no llena con facilidad, o porque es un empacho que ¿para qué?, o porque hace sufrir en vez de dar placer, en fin, pero, volviendo a aquellos años de empiezo, huelga decir que Editorial Fronda caminó viento en popa. Un balanceo riesgoso en aguas inclementes: algo así como un buque conducido por Jonás Parada: gran infraestructura en avance, como quiera que fuese. Éxitos, los suficientes para seguir con tino e instinto detectando bestsellers. Crecimiento: más personal contratado, otro echado; y luego la compra del edificio de cuatro pisos. Inversión algo ciega: mobiliario, computadoras, más escritorios y archiveros, más gala. Pero como a lo que venimos te traigo, preferible es hablar de la debacle paulatina ya avizorada: menos éxitos, no porque el olfato fallara en cuanto a la publicación de bestsellers, sino porque en general la gente —como se dijo— leía cada vez menos. Hasta los libros de recetas de cocina y horóscopos, así como los de autoayuda, no se vendían como pan caliente, como fue antes. El descenso lector se hacía más visible. Cuéntese, además, que los autores de mercado exigían contratos más jugosos, y de ahí la idea de la escuela como asidero inevitable: formar una cantera de autores que… a saber. A la par, entonces, la desesperación: ¿qué tanto se hacía necesario más personal o qué tanto echar-contratar? Más bien echar-depurar: con audacia pícara, eso sí, y con una fuerza prepotente cada vez más afinada por parte de la cúpula empresarial: labor de resistencia:

porque quien fuera contratado debía saber que entraba a las nueve (no tan mañanero el chequeo de tarjeta, si se ve), desconociendo la hora de salida. En teoría, a las siete pe eme, aunque…

Bueno, explotación sin recompensa, al menos no inmediata y no dinerosa. Aspirar a mejores puestos, lo único, con algo más de salario: tal tentativa: lo experimentado por Roberto Pastrana ¿para qué, si…? Olvidar, desprenderse de ese realce vacuo a la postre, dado que…

La espera y el disfrute: en sentada placidez: otro día orondo, pero también inane para Roberto: en su nido, así hasta el lunes; o sea que faltaban seis días: ¿en ascuas?: la intriga: nutriéndose fétidamente… Pero, como contrapunto liberador la liquidación: por encima, por detrás, por delante, por lo bajo: una salvaguarda a modo de colchón apócrifo (mientras tanto), útil para no estar preocupado. Encierro, pues, con la no muy amena —¿o estorbosa?— compañía de Aurora, quien, dado su durable regocijo, exhibido en diversas muecas de regusto coqueto, estaba dispuesta a brindarle al ex golpeado atenciones sin cuenta, incluso quedándose a dormir allí —¡ojo!—, porque él se lo pidió nomás por tanteo, quiérase con voz vacilante, y sí, ¡claro que sí!: ella encantada. Cocinera mañana, tarde y noche: lo dicho como empiezo. También masajes, ciertas curaciones: todo. Hasta lo más atrevido carne con carne: lo dilucidable suputo, la posibilidad desgraciada, deprimente, en virtud de que Aurora, aun siendo joven y de buen cuerpo, estaba bien fea, y él, todo un licenciado en letras hispánicas, ¡¿qué merecía?! Lo que sí que esa vez hubo plática: algo ufana en principio. Ella esgrimió que prefería quedarse a dormir allí que en su casa, misma que era un cuartucho con paredes de tabiques mal alineados y techo de lámina a punto de derrumbe. Vivía sola, o, bueno, un perro corrientísimo le hacía compañía de cuando en cuando. Visitante nocturno interesado: en pos de la comidita, cualquier pedazo y ya: la conveniencia —¿eh?— instintiva. Dos fregados protegiéndose: zotes maneras; habida cuenta que ella de su familia distante, ranchera, casi no tenía noticias, más bien no, y por ende: el ofrecimiento de aquel ente potenciador le resultaba maravilloso… Recule mental de él. Pronto ladeo de cara como esquivando para no deprimirse a las claras. Novedad de ideas, mejor entonces, a bien de no adquirir ningún compromiso idiota. Es

que a él le dio horror ese perfil de vida (de refilón agréguese, enfatizando, la fealdad física de ella: tenía los ojos saltones como los de una rana de pantano) y fue por eso que refirió lo de su despido de la ahora sí ya horrible empresa. Buen argumento para afirmar (con pesadumbre) que era inminente su cambio de domicilio (mentira), cosa de unos dos o tres meses, y que no iba a tener dinero para recontratarla, a menos que el próximo lunes… ¡Cuidado!, ¿para qué esperanzarla?… Se contuvo a tiempo Roberto… Sin embargo, el próximo lunes ¡¿qué?!, ella arremetió, pero… Invención antojadiza al vuelo: burdo acomodo (¿cuál mentira creíble?); sépase esto forzado: *El próximo lunes tendré una idea más clara de lo que va a pasar conmigo…* ¿Un nuevo trabajo…? A ver… ¿Algún dinero inesperado? Estas preguntas de ella enfadaron a Roberto. Fin grosero de plática, o fin zorro. Fin, porque el interpelado miró al techo como si una extraña fuerza le jalara el copete y: brillos, formas, lo inexplicable, en principio, como que escurriendo para convertirse al cabo en polvillo amarillento: ah: imagen ya vista: fugaz: un anuncio: un peligro: telepatía tenida como ilusión óptica, tan casual, proveniente de… Cierto que el abuelo le estaba enviando aquello que pronto desapareció; por ende la interpretación: ¿sería contenerse…? (ningún compromiso, eso era). Ya lo había hecho: Roberto: estando por sugerir… mmm… Tan suave la orden: *Me gustaría que se pusiera a cocinar de una vez un buen guisado con carne de puerco. También una ensalada. Haga todo con esmero y con su mejor sazón, si quiere complacerme*. Obediencia de ella: y de él —¿se infiere?—, o si no valórese el efecto de los brillos en lo alto, colores, al fin, dados en un parpadeo. Y a sus labores cada quien: lo de él releer los pasajes nebulosos de *El sueño ayuda a la telepatía*. Empero, antes quiso contar las veces que aparecía en el texto la frase enigmática. En la última lectura Roberto contó dieciséis veces tal aparición inconexa. Parecía un plaste metido como cuña, casi injerto inservible porque no había un enganche siquiera indirecto con los párrafos antecedentes y consecuentes. De hecho, los subrayó con lápiz redondeando asimismo la frase puesta en letras cursivas, pero… la sorpresa… la revisión se tornó tétrica debido a que en la nueva lectura sólo encontró quince apariciones…

A ver, a ver… ¿cómo que quince? Rectificación más detenida de

subrayados y redondeces: y pasmo: diecisiete veces aquello. Entonces recorrió el libro de atrás hacia delante leyendo nada más lo lapiceado, como se dijo, y uy, fueron dieciocho… Paciencia mezclada con estupor: la de Roberto, así como la procura, pese a pese, de la no desesperación y desde luego ningún grito en falso, ningún sobresalto, dicho sea: de parar las cejas y abrir la boca. Incluso tuvo a bien dividir el libro justo a la mitad: páginas 135 y 136. Dos copetes cual cartapacios para ir aun con mayor lentitud: primero la primera mitad: hacia atrás —diez veces a fin de cuentas—, y enseguida la segunda: hacia delante, con mucho cuidado… En efecto: seis apariciones. Total, dieciséis, como en la lectura de hacía varios días.

Descanso, por tanto, y recapitulación necesaria para hacer un esfuerzo memorioso a fin de acordarse cuando leyó la novela durante aquel su primer año de preparatoria ¿fue ése, o fue durante el segundo? En fin, la cosa es que no se acordaba que hubiese leído la mentada frase, cuantimenos las repeticiones, tan alarmantes al cabo por sombrías. Del significado alguna rastra aún le estaría recalando, tanto que en su momento le habría preguntado a su abuelo qué de qué, por qué el exceso de énfasis y, sobre todo, qué era aquello de «el intangible», o el del «signo que ha de extinguirse», o el de «el empujado». Lo indiscernible baldío, en asperges, que en su remota lectura nomás no, ni siquiera como pizca extravagante, o acaso a modo de impla.

Si no lo hizo cuando debió, ahora podía hacerlo sólo con que se le ocurriera hablarle por teléfono al autor. Y ni tardo ni perezoso se dirigió con ansia temblona adonde el aparato de marras parecía palpitar adrede, casi por orden de… ¿o no? Tal vez la orden fuese otra: la interrupción de Aurora saliendo al paso, justo cuando el deseoso estaba a unos centímetros de alzar el cuerno.

—Ya le preparé el guisado de puerco y la ensalada, pero no sé qué quiera beber.

—Mmm, vaya a comprarme dos cocacolas de lata. En mi pantalón encontrará morralla. Tómela y vaya a la tienda… No se tarde.

Acató la sirvienta la orden no sin mirar de reojo el libro abierto puesto bocabajo en una orilla de la mesa de centro de la sala. *El sueño ayuda a la telepatía*. Título cuyas letras se agrandaban —¿a

poco?— y fosforecían cual engaño, mismo que quizá no fuese mucho. Efecto exclusivo para su chasco, tanto que ella sintió que sus ojos, de por sí saltones, más saltones se hicieron —por incauta—, salidos y hundidos pasajeramente.

¡Ah!

Olvidar aquello, irse pronto, aunque… tanteando… infirió que su patrón estuvo contando las repeticiones una y otra vez mientras ella se afanaba en el sazón culinario. Leer para comprobar y ya: ociosidad deslumbrada traducida en un enloquecimiento ¿postrer? Mejor ir por las cocacolas a sabiendas de que a su regreso quizá su patrón estaría saltando y gritando empiyamado. Cosa de ver con curiosidad y alarma. Y salió. El apriete de monedas algo tenía que revelarle, entonces más, más: dureza que ya, lo restante era la duración… Símil de duración la de Roberto que marcó y marcó: estaba ocupado el teléfono del asilo. La insistencia alcanzó quince veces hasta que a la dieciseisava alguien dijo: *Bueno*. Por ser tan especulativo lo subsiguiente cabe resumir la información de allá: el que contestó le dijo que el señor Dagoberto Pastrana estaba dormido y no se le podía despertar tan sólo para traerlo hasta el sitio del teléfono (no había extensiones a los cuartos: rareza ¿estratégica?), así que por más que el pariente sostuvo que en verdad le urgía hablar con aquél, no, nomás no, y punto; que hablara más tarde a ver si…

28

No quiso Roberto comunicarse con su abuelo: más tarde, según la sugerencia, ¿para qué?: acaso pasado mañana, o luego… La razón fue que Justino Macedo le habló al oscurecer para decirle que se presentara mañana a las doce en punto en la oficina de Juan Bruno Farías. Se trataba del asunto de la contratación. Retruco, porque anteriormente el susodicho le dijo que el mismísimo director se pondría en contracto con él. Enseguida el cuelgue allá, dejando a Roberto sin oportunidad de un comentario llano de despedida. Y albricias, desde luego, hubo: controladas. O sea que antes (a ver), yendo en orden, tampoco hubo enloquecimiento empiyamado: lo presentido por Aurora a su regreso: los presuntos saltos y gritos: muchísimos no, ni pocos, ninguno siquiera como amago. Pero… hete aquí una sorpresa desagradable que hizo palidecer a la sirvienta obligándola a sacar un puchero estentóreo y también un brote de lágrima que fue limpiado con una de sus mangas: la fea oyó patitiesa que no dormiría en ese apartamento ni esa vez ni nunca. El porqué después —¡bah!—. Sería una largueza tan justificable como inverosímil que bien podía parecer un cuento chino, aleccionador, a expensas de una interpretación asaz aproximativa. El no compromiso (¿por telepatía?): la sustancia dilucidable, quedando como oleaje infeliz: cubridor a poco, hasta que ella se hundiera y atisbara el «qué» y el «cómo» de ese viraje repentino de quien le ofreció el dormerío nocturno sin más ni más. Empero, no conforme, Aurora no se aguantó; dijo que si se quedaba noche tras noche estaba dispuesta incluso hasta la complacencia cariciosa, cachonda (de plano) por derivación. Imaginemos el nivel de perversiones que osó esgrimir al vapor con un tono tan dulce como salaz: nunca descarado: aunque: se ponía en evidencia el estar hablando con saque de lengua lamedor de labios: los de ella, ¡claro!, que no eran un antojo para ese Roberto tajante. La fealdad en juego

y la resulta ¡asco! Entonces lo cabizbajo resignado de la pobre ante la negación con voz y cabeza de él: un veleidoso al fin, que ya estaba pensando en contratar a una sirvienta de buen ver, lo que no sería tan fácil porque este tipo de mujeres por lo general son feas. Sin embargo… buscándole por ahí sin desesperarse… El placer y el servicio acordes con una soltería cómoda, excitante, ay, y las suavidades como escurrimiento… Aclarado, pues, lo del no dormir, Aurora dio una digna media vuelta que a Roberto sorprendió. Rápido, militar, el volteón: rumbo a la cocina ahora —quepa decir— entristecida, siendo que lo que más quería Aurora era traer a la mesa del comedor el plato humeante y la ensalada coscoja, así como las cocacolas de lata.

Imperioso —¿y fino?— el recalentar. Un minuto para eso y —adivínese— la traída gallarda frenada. Aún más radicalidad: *Resulta que ya se me pasó el hambre*. Por tan ingrata confesión ex profeso Aurora dejó caer el plato del guisado. Añicos en el suelo y carne despedidora de humos, además lo caldoso tomando rumbos, también humeantes. Aquello no era estético, aunque pareciera. Así la inmediata disculpa de ella deseando atenuar el coraje de ése ahora veleidoso que subconscientemente exclamó: *¡Recójalo, cabrona!* Insulto al tope, ¿cómo que cabrona? Jamás, hasta eso tan bajo o tan resonantemente alto: nomás no. Esa palabra era una puñalada y de plano ella cerró con algo como esto: *Sabe qué, a mí nadie me insulta y ahora mismo me voy a ir. No voy a recoger nada. Pero antes de decirle adiós págueme, porque si no le digo a mi patrón y hasta puede que se la arme engrande*. Grande ¿cómo?: que lo mandara golpear: ese alcance siniestro tan temido; o que lo demandara, valiéndose de una barra de abogados crueles y que el desenlace fuese que él se hallara tras las rejas durante largo tiempo: todo subidor pensado al vuelo tanto que Roberto fue presto en busca de su cartera. Regresó para darle con pavor una cuantía de billetes de alta denominación: *Tenga y ahora sí puede irse*. Ella ni sonrió, ni de lado siquiera, quiérase a causa de su hazaña absurda, por momentánea y ufana: dignidad y fealdad trincándose, y antes de irse sentenció: *Usted está loco, y con tanto libro se va a volver más… Adiós*. Pudo Aurora referir lo leído en *El sueño ayuda a la telepatía*. Tal dizque fosforescencia trasminada en la maldita frase

repetida, al grado de espantar, ¡sí!, aunque ya para qué traer lo abstruso a colación. Él, en tanto, qué ganas de decirle que parecía rana de pantano sólo por tener los ojos saltones, pero el vislumbre de los golpes, los abogados, las rejas: ¡oh temor y temblor!… ¡Nunca!… Y con razón se abstuvo de abrir el pico, digamos que por diplomacia, para que su silencio tuviese la categoría de un buen y justo comportamiento. De ella, por gachez resentida, el azotón de puerta: conclusión de juro seguida quizá en su andar por dos pensamientos fáticos: *Podré ser puta, pero jamás dejada*. Y luego: *Podré ser muy pobre, pero jamás imbécil…* En fin, que siguiera fiel y siempre en pos de su estrellita. Adiós.

Otro episodio que no del todo espichado ha de sepultarse: ¡para qué diablos tener en casa a ese tipo de sirvientas tan delicadas y tan feas!, o sea de agencia colocadora. De modo que estando en ese afanar acongojado —mientras veía los trozos de carne (ya no tan humeantes) esparcidos en el suelo, al igual que los añicos y el caldo ya cual mapa—, Roberto supo que la próxima vez que contratara a una sirvienta, ah, ni pensarlo: ésta debería ser bonita, servicial y buena, no de agencia: porque… De hecho tomar la iniciativa más habitual: colocaría un anuncio en las rejas exteriores del edificio donde se advirtiera con letras rojas lo de la belleza, en primer lugar, y el ánimo de servicio en segundo y al calce lo de la buena paga; tamañas letras verdes sobre un fondo blanco reluciente. Grafía gótica (un supuesto), de imprenta. Gasto inevitable, amén del agobio por la pérdida de tiempo (toda una mañana de sábado ¿eh?) en el ir y venir: que siendo a un tris venidero redundaría en un luengo agrado doméstico, sobre todo ahora que se iba a dedicar a la corrección minuciosa de *El sueño ayuda a la telepatía*. Afán: en zigzagueo holgado: cada vez más tenue; no loma al final, sino planicie amanecida siempre, sin adornos lejanos, sólo que en tal momento de desgaire mental téngase el empuje de ideas redondas que apenas con un poco… ¡ya!, y ese poco sería, ¡claro!, la carga del anuncio estilizado —después—: llevada a lo más abajo: ¡vámonos!: hasta que: a fuerza de perfeccionismo iluso: ¡en sí!: la colocación visible, alta: dos clavos para el cuelgue del alambre con… este… que ni el viento más dislocado moviera el rótulo; también de paso la plática con el portero, a quien le pediría que si viniese tal o cual interesada le dejara sus datos y le trajera una

copia de su identificación con foto, de preferencia una oficial, la foto ¡importantísima! Acuerdo sin problemas ¡ojalá! De hecho, pensando en el sofisticado requisito Roberto se puso a recoger con mediano contento lo asqueroso esparcido en el suelo, las lomas-pedazos en medio del mapa líquido: con servilletas, para no mancharse cobrizamente tanto; una tras otra: diez de esas llevadas al cesto de basura, junto con añicos filudos: fueron tres viajes: también pensativos, como pensativa al cabo, pero al doble, fue la trapeada mediante hartos repasos con goteos casi pupos de *pinol* limpiador. Mejora de aroma para entrarle ahora sí a lo que había. Sobre la mesa puesta la ensalada coscoja, en plato hondo, pero ¿la cocacola?

Pensar entonces en el «cómo» escritural del rótulo (mientras comía y sorbía al cabo): la jerarquización de ideas: rastra, atoro, empacho: atisbos que habrían de presentarse. Todo eso mínimo complicado para un ente que no tenía oficio palabrero ni para las precisiones más elementales. Al garete, pues, lo de la licenciatura en letras hispánicas. Una puerilidad a cuestas porque, caray, la hoja en blanco: lucha trepidante… mmm… Si habría de batallar con tan pocas palabras corrientes qué sería cuando entrara de lleno en la corrección del libro tal: a la vista: en la mesilla: metros de alcance como si aquello fuese algo semejante a percibir una cumbre, misma que entre más era observada más se alejaba: un rebusco latente, un tormento que a lo mejor podía eludir con sólo llevarle el volumen (más o menos magro) a Justino Macedo: ocurrencia: la pretensión casual de recibir una opinión experta, la de un tiranetas garantizado: ¿cómo hacer bestseller una obra reflexiva?, escrita con frases cual machetazos, o bien ¿cómo hacer una baratura excitante de algo que no era una aclaración, sino que estaba destinado a preservar un enigma? Se trae a cuento lo de la aclaración, como lo trajo Roberto, siendo que por un enlace fortuito, recordó que el siniestro manual H la palabreja aparecía poco más de treinta veces, amén de sus derivados: aclarar, aclararse, aclarando, cuantía de por sí machacona; hasta aupar un colmo… Si el arte era (y es) enigma, ah, para qué consumirlo. Treta: la comodidad, el no reto. Antes bien: puras aclaraciones… Ése era el mañana de la lectura… Y aún cuando Roberto terminó de ingerir su ensalada y su cocacola, siguió pensando durante más de

dos horas en tan abrumadoras subjetividades, incluido lo del anuncio: fruslería, pero… Volviendo a lo de *El sueño*… al entregarlo al venerable juez, no hacer el más mínimo ni sugestivo comentario, total que si el libro tuviese como derrotero la basura, ¡ni modo!… Lo malo es que ese ejemplar estaba ya requeterrayado y ¿otro?: debía haber otro —¡ojalá!— en aquel retaque que de no serlo sería una loma: ¡loma!, lo soñado: crasa asociación: (por deslinde) sólo que para adquirir esa curvatura —ilusoria, estética, soñarrera— el librerío debía estar ubicado en una planicie, o sea: a la buena de los vientos: agitación perpetua: en ondas amorfas… En eso estaba cuando sonó el teléfono —¿se recuerda?—. El que llamaba era justo el experto. Vislumbre jalando ¿telepatía? Lo de la contratación. ¡Por fin! Mañana a las doce. Volteo para bien, aun cuando no tuvo oportunidad de decirle… Fue cuelgue ¿a propósito?, colgajo y campaneo de una sospecha (valga)… Bueno, no era pertinente hablar sin ver los gestos de aquél, además el asunto de la lectura (como trabajoso favor…) requería de una largueza que ameritaba de menos dos horas de cafeteo.

Y seguir pensando en eso, aquello y esto, como si ya presintiera que a su soledad debía adjudicarle más ángulos… entretenimientos contra teorizaciones: hasta vencerse mirando con fijación un centelleo por la ventana: transformaciones del atardecer: lo crepuscular: ¡al diablo…! Por ventura pronto encontró una disyuntiva muy a la mano: abrir de nuevo el libro enigmático y con enfermizo denuedo contar las veces (¡dale!) que aparecía la frase cuyo empiezo era: *Soy el que está allá…* y… La base era el número dieciseis… ¿de acuerdo?… Pero: quince, diecisiete, dieciocho, catorce, nunca trece, nunca diecinueve, nunca dos veces seguidas el mismo número, por más que leyera, En realidad leyó hasta hartarse, esto es: en su regazo quedó el volumen abierto casi a la mitad. Dejadez por cabeceo. Dormir móvil no envidiable: para allá y para acá la cara semimuerta… Semimuerte entre números: fluctuación que iba del catorce al dieciocho, nada más: guarismos saltarines en un escenario amarillento tirando a rucio: donde —¡sí que venía al caso!— irrumpió el señor Dagoberto Pastrana, no ciego, sino mirón, con unos ojos nuevos doblemente grandes: monstruo sabio y corrupto saliendo de un pozo. Estaba allí para que Roberto le formulara sólo una pregunta, y sin más: *¿Cuántas veces escribiste*

en tu libro la frase que empieza con «Soy el que está allá…»? A lo que: en vez de responder el autor descendía para perderse entre las filas de butacas de un teatro en ruinas repleto de gente, de gente sentada y agonizante, o muerta, más bien; o sin palabras, lo peor. *¡Te estoy preguntando!, ¡contéstame*! Y desde el techo se dejó oír una voz aflautada, que no era, por supuesto, la del autor de marras: *La escribí dieciocho veces, pero da la casualidad que tú no sabes contar*. Entonces dieciséis veces ¡nunca!, ni catorce, ni quince, ni diecisiete… ¿Y el número diecinueve?, ¿eh? *¡Chin!, no sé contar… La aritmética no es mi fuerte*. Menuda disculpa. Y el público presente cobró vida, pero sólo lo hizo para reírse de buena gana. ¡Qué diantres!

29

Será contrato temporal. Un trimestre a prueba. Cómodo el horario: la salida a las cinco pe eme (obvio), con lo cual poco importa la especificación de la hora de entrada: sin chequeo de tarjeta: singular diferencia respecto a la chamba aquella tontísima. Flexibilidad. Podía ser entre las nueve o a las diez a eme.

La holgura laboral, sin embargo, debía encubrir una trampa tan secreta como evidente. Recuérdese la advertencia «a prueba»: parda sutileza para un Roberto colmilludo que, por principio de cuentas, exigió que le dijeran con precisión cuáles eran sus obligaciones: no muchas, no había manuales. ¿Escaso aprendizaje?, aunque…

A las órdenes. Es que la Editorial se estaba formando. Ni tenía aún razón social ni había manuscritos por leer para un pronto o moroso dictamen. Por el momento el personal no llegaba a los cinco dedos de una mano. Cuatro sujetos, a ver: el director-dueño: Juan Bruno Farías; dos secretarias: Emma y Zulma, quienes, de veras, chicleaban mucho; un mensajero: Víctor, bien flaco y sonriente.

El asesor editorial número uno, Justino Macedo, en un confín. Sería el dedo meñique todavía inoperante (valga). Su oficina estaba en otro sitio ¿inexistente?, ¿remoto?; no allí, cual debiera, en ese piso en apriete. Así la adivinanza: no venía a diario, no había necesidad; tal vez luego… Asesoría telefónica, por ende.

Y pasando a lo del sueldo de Roberto, huelga decir que era el de un privilegiado, esto es: de los pocos emolumentos pingües que se dan en un país como este casi a punto de quiebra; extraordinaria paga por tan ralo quehacer: ¿cómo suenan cinco mil dólares mensuales o cincuenta mil pesos y fracción?, máxime que en los dos primeros días el recién contratado no hizo nada útil más que aprender a tomar buen café. Litros saboreados mañana y tarde. Nueva costumbre.

Allí, medio escondida, había una maquinita que hacía dos

delicias más: capuchinos y mokacchinos, ¡ea! Pasatiempo sorbedor. Cotorreo con las secres: ¡pues sí! Otro hábito para empollo, debido —y esto se ha de inferir fácil— a que el director-dueño se iba a la una de la tarde y ya no regresaba.

No órdenes, pero sí dizque cumplimiento del horario, el cual no estricto, o sea…

Pereza pazguata al pian-pianito: de subida —considérese—, en virtud de que en unos diez días más a todos ellos se les dejaría venir una muy molesta avalancha de trabajo, según les repetía con gran suavidad el que se iba al mediodía… Serían casi esclavos. ¡Prometido!

—Zulma y yo ya tenemos aquí dos meses y ese trabajal anunciado más de veinte veces nomás no llega —la que dijo lo anterior fue la que chicleaba sin parar: Emma, quien tenía un rostro bello y vulgar, quiérase su paladeo dulce de boca sin abrir como besando sin lengua. Antojable toda ella, cosita, tanto que a Roberto no le faltaron ganas de ofrecerle trabajo de sirvienta para que no se aburriera. Pero no, ¡qué imprudencia! Ni de chiste sugerirle, aunque… atreverse después. Es que Emma tenía un cuerpo irresistible…

El mensajero Víctor se la pasaba metido en un cuartito sin ventana ni tragaluz. Cuartito con un foco a modo de arambel, de iluminación tétrica y como que afilada nada más para leer revistas de comics. Buena suerte: lectura amontonada: cada vez más colora: casi disfrute al tope (allá él): dibujadoramente más, más… Él, días mediante, sería el más esclavo de todos, por lo de moverse por la ciudad como andarín sudoroso a rabiar, bajo un sol hosco cayendo vacilante sobre un mar de cemento, y bajo un esmog nada sensual. Así, mientras tanto, la animación a diestra y siniestra. Enclavado blindaje espiritual: no compartido. Había paisajes en perspectiva: cerros, árboles y césped: trasfondo de humor: de revés (acaso) teniendo en primer plano a cuanto mono anómalo. Ilusión por desvanecerse…

En efecto…

Porque lo que venía era… triste cansancio diario… cuánto ir y venir y tan sólo haciendo alto para beberse botellas de refresco en tres largos tragos… ¿Sería?

Ahora bien, el enfoque móvil es para Roberto, móvil porque no

tenía escritorio, tampoco cubículo, menos puesto ¿ejecutivo cuándo?, y un sueldo supremo inexplicable por andar moviéndose a lo largo y a lo ancho de la empresa en cierne cual si hiciera calistenia a fuerzas pisando (o medio taconeando) en tantos o pocos metros alfombrados; conocimiento (también) de un territorio con sillas y sillones: sentones comprensibles para evitar hablar, sí oír hasta el delirio la ignorancia desenfadada de ellas, ya que si no… De literatura no sabían ni jota, así que aguantarse…

Y pasaron unos días, o sea una mezcla de intranquilidad y contento y mundo y sibaritismo para un ente emprendedor sin asiento propio aún; deduzcamos, pues, que su concentración estaba orientada hacia un desengaño que ofrecía al parecer dos o tres rutas: eran exageraciones de holgazán que tampoco estaba viendo tan cierto lo de una pereza sin fin (y con horario no estricto). Bueno, en eso se andaba solazando cuando el director-dueño lo llamó a su oficina. Al igual que la vez de la contratación el atestiguamiento ahora era de Justino Macedo: dizque utilidad, dizque presencia circunspecta, más aún porque el

mero-mero

le lanzó a Roberto una retahila verbal a modo de disparos:

—Le llamé para decirle que respetaré su alto salario, sólo que como usted recibió una muy considerable liquidación de Editorial Fronda, me permito plantearle dos alternativas: o nos regresa íntegro el dinero recibido, o se lo iremos descontando quincena tras quincena hasta cubrir la cantidad, ¿qué me dice?

—Bueno, así en primera instancia, que me lo descuenten… Pero, cuánto me van a descontar.

—Lo correspondiente a cada quincena. Todo… y creo que es mejor, para saldar, lo más pronto posible, su liquidación.

—Está bien, así lo prefiero.

—Buena decisión. Eso es todo. En unos días más lo llamaré para elaborar los estatutos de nuestra editorial. Así que hasta luego, puede retirarse.

¿Retirarse? Entrampe, siendo que a dónde: no tenía cubículo, menos sillón y escritorio, y lo dijo: con quejumbre algo chillona, y la respuesta fue tronante pero ubicadora, en el sentido de que la nueva empresa estaba por mudarse a un edificio grandioso, mucho más elegante y funcional que el de Editorial Fronda, entiéndase,

entonces, por lo bajo, un regusto que después, ¿eh?; que no comiera ansias; que vendría un trabajal: lo sabido, como también sabido al cabo de transcurrir un par de días que casi la cuarta parte del personal de la alicaída editorial aquella sería recontratada. No habría liquidaciones. Fue una impertinencia pagarlas cuando se tenía contemplado… Como fue este caso y habrían de ser los venideros… Punto.

En cambio a los echados sí. Gastazo. Lo ineludible: cumplir con la ley, para no toparse con güirigüiris a porrillo. Estructuración pese a pese (quiérase). Paciencia: parte por parte, empezando ahora sí con lo particular: lo parado y lo sentado durante… Cómo partirse en dos para esto y aquello; cuál equilibrio de posturas o adonde jalarse una silla para una sentada solitaria… mmm… Lo solitario enfadoso, inane ¡claro que no! Por ende: lo cachondo al sesgo; el disfrute de pasársela platicando con las secres acerca de las banalidades y glorias chatas de la vida que debían ser harto importantes y hasta cierto punto tan deliciosas como la lectura de una novela cargada de amenidad, como cargadas de amenidad debían ser las revistas de comics; la superficialidad indispensable desplazándose en un plano siempre uniforme en cuanto a divertimiento: *Préstame una*, le insinuó cierta vez Roberto a Víctor, y éste, sintiéndose un poderoso dador, le prestó un montón. Gran entusiasmo de ambos. Osadía, de resultas, sobre todo porque el singular lector arguyó algo tan presuntuoso como esto:

—Te vas a divertir horrores. Lee todo lo que puedas, a ver qué historia te gusta más… Luego la comentamos.

A leer ¿parado?, ¿sentado?, ¿en qué lugar? Muy cerca de las secres ¡ni modo! Todo un licenciado en letras hispánicas metido en esos recovecos fantasiosos: en distorsión colora y sensual, uh: grados de curioseo. Es que el ingrediente cachondo, téngase su astucia para mirarle de vez en cuando las piernas a Ema. Reojos segunderos. Sabrosura visual contaminada de monitos cuyo candor no estaba llegando tan lejos, a un exceso ardiente ni para cuándo, y ¿qué hacer?, ¿no ver nunca esas piernas color miel… y tamalonas? No podía llevarse las revistas a su apartamento. Sensata prohibición, aclarada por el futuro mensajero, debido a que tampoco él podía hacerlo, aunque quisiera… En fin.

30

Un pastel gigantesco: un número 18 embetunado. Sobre una base hecha de pasta flora y
plum-cake,
puesto en relieve el guarismo amarillo, lo cual, todo, relucía en una mesa cualquiera, sin mantel. Y a jalar jalisco para entrarle mediante un dedazo dado al azar: probada de betún como empiezo. Atrevimiento payo, pero rico. Sabor inacabable: para bien: Roberto lamedor y mirón, enfebrecido y omnipresente en un espacio cerrado en el que no había sillas ni sillones, mismo que para colmo parecía reducirse con una lentitud tan sutil, tan casi no, que reconfortaba. Pronto harían acto de presencia los monitos salidos de las revistas. Fueron invitados por Roberto para celebrar la lectura de *El sueño ayuda a la telepatía*. Todos, sin excepción, habían contado dieciocho veces la frase que empieza con: *Soy el que está allá…* A causa de esa lúcida coincidencia fue que Roberto le ordenó a una sirvienta equis (cosita, con piernas color miel, pero sin rostro definido) que hiciera el pastel gigantesco. No hacía falta ponerle velas a eso amarillo, no, y a la postre, cuando llegó el montón de monitos, del fondo del pan surgieron dieciocho velas tan minúsculas que semejaban puntos de fuego, botones gualdos que nomás con soplar ya no, sólo que nadie lo hizo. Así que todos con sus manos (¿deformes?) empezaron a coger pedazos de pastel a la brava: ricura madura incendiándose. Los monitos comían betún, pan y fuego y clamaban no se sabe si a causa del ardor o del mero paladeo. Roberto no se quemó, eso fue lo más anormal de aquella situación. Lo de más: óiganse quejidos por doquier: coro, al fin, entonado en *la*, y luego en *si*. Roberto, pues, estando tan mirón, decidió taparse los oídos. También cerró los ojos. Cuando lo hizo llegó Víctor soplando por todas partes. A medida que *hacía fuuu-*

fuuu-fuuu aquel montaje iba desapareciendo. Fue lo mejor que pudo haber sucedido.

31

No se acordaba. Pese al torrente de preguntas relativas a la frase enigmática, no, de veras, para qué mentir. ¿Sería un pretexto? Como que algo esencial empezó a desbaratarse. Ceguera y vejez marchitándose, ¿o qué? Y el ex escritor disperso, melancólico, esquivo, de pronto sonriente (risa amarga), de pronto teórico (a lo bestia), luego iracundo, gritón, ¡vaya!, y es que habría que traer a cuento los tantos reproches proferidos con muecas y palabras ácidas, sólo que las frases eran tan prepotentes que ni para qué transcribir aquí siquiera una; en resumen el rejuego vívido de ahora partía y concluía con la ausencia del nieto durante tres semanas, ¡diantres!, eso tenía malcontento al ex escritor, y este vocablo medio que abarcaba su estado de ambigüedad: no querer soltar prenda y después como que sí, y al cabo el recule, el desvío: delirio con hallazgos o ingenio con deficiencias: Nada cabal en el decir: evasivas a pasto, ¿y entonces? Por el momento hay que ir un poco hacia atrás para arribar a esta vespertina visita dominguera. Serían nada más unas tres horas de plática durante las cuales Roberto aprovecharía para efectuar el pago de la mensualidad correspondiente. Y yendo todavía más atrás pongamos delanteramente el rótulo hecho en imprenta, mismo que quedó listo el sábado: ah, la rapidez deseada: hubo una variante de última hora: en un cartón entre encolado y apresto (resistente a toda suerte de empapes) se vaciaron las frases sucintas, no en una lámina de fleje: lo cual sería una tardanza de mínimo dos días de elaboración. En fin: acuerdo con el portero sin mayor problema, y de este señor surgió la idea de clavar dos armellas cabezonas para el cuelgue final del alambre con el cuadro: no tan pesado… sin campaneos —¡ojalá!—. Perforación en las rejas exteriores: dos hoyos altos, en un nivel definitivamente un poco chueco; no cuatro: que sería el número idóneo (cuéntense dos bajos, amén de los altos) para una

fijación no problemática, sólo que no fue así y a saber por qué…

El mismo sábado por la tarde Roberto efectuó la lectura completa y definitiva de *El sueño ayuda a la telepatía*. Lagunas. Dudas. Preguntas de él escritas en un cuaderno y de paso la comprobación tan de juro: las dieciocho apariciones de la frase enigmática. ¡Pues sí!: lo soñado: el pastel, la extravagancia de los monitos celebratorios. Sin embargo, otra vez, quince, catorce, dieciséis, nunca el número pastelero, y el hastío consecuente: la magia ahora sí entendida como redundancia, por entrampada, por equívoca. Todavía el domingo por la mañana el último repaso: diecisiete y ¡basta! Espera. Ordenamiento. Ponerle, de resultas, todo el énfasis a las dudas: unas veinte…

Y con ese cuaderno en la mano Roberto se fue al asilo. Ya ni qué decir que andaba embrollado y también tamañito, sudando incluso, a sabiendas de que ese mismo día tendría en claro cuánto (según él) para abocarse a la corrección del libro.

Trabajo nocturno diario. El vislumbre de una disciplina casi punitiva, pensando, además, que no debía alterar ni la esencia ni la estructura de la trama, menos aún el punto de vista, sí el estilo: cosa de supresiones, cual debe, siendo los añadidos —por discretos y cabales— su mayor quebradero de cabeza: engorro por comprobar, eso sí. Nada más que estando frente al abuelo: ¡uf!: el cambiazo a cercén: la soflama de él: que si por rubor o ¡sepa! Un entrecruzamiento de apremios ¿sería? Por un lado estaba la claridad de ideas y por el otro el abordaje escritural, de modo que no es posible imaginar todo lo que en aína hubo de cruzarle a Roberto por su cabeza antes de lanzarle a su abuelo la pregunta que más le urgía, la consabida, la de las veces, ¿eh?, e-s-a, y la respuesta:

—Ya no me acuerdo, y por favor no me presiones.

Empero la insistencia (con fuerza y lío de resaca): tantas preguntas cuyas respuestas fueron magras evasivas, que ni para qué apuntar… aunque… nomás el descargo final, dado que significó un cierre más o menos abatido:

—Date cuenta que no puedo leer.

—Pero es que en una lectura la frase aparece catorce veces; en una segunda dieciocho; en otra diecisiete, y así… ¿Por qué pasa eso?

—Si pudiera decirte el número correcto ¿qué problema tendría

después?… Pero no lo sé. Ésa es la verdad… Además, no serás tan ingenuo al pensar que un libro dice algo y luego ya no… Lo que pasa es que a la mejor no sabes contar o no has leído con atención.

Agresividad. Eso, de plano, el no saber c-o-n-t-a-r, o el no saber 1-e-e-r con los ojos bien abiertos o con lupa (asu) frase tras frase e idea tras idea. Luego otra pregunta de pilón para no sentirse tan apachurrado: que cuándo llega el momento en que un soñador se percata de que está desarrollando una fuerza telepática, lo que no estaba especificado en el libro, y la respuesta a medias: que era cosa de tomar conciencia de las constantes de un sueño, porque las hay de sobra y repetidas: lugares cerrados, lugares abiertos; espacios enormes o pequeños; viajes: ¿qué tanto desplazamiento?: personas: nunca hay demasiadas protagónicas, por lo general tres, cuatro, dos, y en tal sentido el soñador debe recordar a qué le dan más importancia o, mejor aún, de qué hablan los que se atreven a hablar y con eso, ya no más enfado ni vuelco. Lo que más le disgustaba a Dagoberto era que el nieto no le preguntara sobre cómo se sentía en el asilo.

¡Vaya forcejeo! Minucias entrometidas de uno y de otro sin que alguno pudiese entreabrir nada: penumbras todavía alargándose durante el tiempo de palabreo: prefiguración de un espacio ¿cerrado y enorme? Ambos estaban en la habitación anchurosa de Dagoberto. Ni un abrazo de bienvenida se habían dado…

La frialdad correspondió al nieto: largueza, hasta que tajante el abuelo confesó que ese asilo se hubo convertido desde su arribo en una suerte de reino personal, de suyo, claroscuro: calificativo extravagante pero justo porque allí todo era vida muelle, buena comida, maravilloso trato, y así y asá los detalles descritos con posma parsimonia. Escucha forzado, incluso aplacado Roberto: con sus preguntas incompletas, desvanecidas, diríase que se rindió para enterarse, entre otras cosas, de que en el asilo prevalecía un silencio angelical tan sugestivo como para hacerse conjeturas a toda hora, mismas que impulsaban al ciego a solazarse en descripciones irreales como decir que aquello era paradisiaco para quien no ve sino ensoñaciones tendientes (por sentidas) a la cursilería más neta: colores tenues imaginarios —por ejemplo—, percibidos con un candor siempre nuevo y siempre tónico.

Todavía, respecto a las conferencias sobre los sueños abundó

Dagoberto. Al principio casi todos los ciegos del asilo se interesaron. Noticia sorprendente en desmenuce. Sin embargo, el tema, por ser cíclico, cansó a la mayoría (palurda), siendo que quedaron unos cuantos interesados: exigentes; preguntones, por ende; así la insensatez como ahondamiento: sí: los pocos queriendo escarbar a lo bruto. Entonces: muchas de las preguntas no tuvieron respuesta, no una clara o fácil, y eso acabó por desilusionar a todos. No más sobre sueños, sino…

Cierto que hablar sobre otros temas implicaba hacer ejercicios mentales demasiado, digamos, caóticos. Puro recuento informe: ningún rigor que a su vez ofreciera expansión. Sí imaginería, pero también esfuerzo palabrero y conceptual: muchísimas imprecisiones, como fue, asimismo, cuando se refirió a los ritmos del sueño. Poco a poco Dagoberto iba perdiendo empaque (confesión), sólo por saber que las últimas veces tuvo escaso auditorio. De hecho, llegó a confundir el ritmo alfa con el ritmo gamma, y así los demás en trastrueque, al grado de hacer harta ensalada de tecnicismos con percepciones cada vez más en desperfil. Desestructuración, caos, ambigüedad que de veras por dónde. Y es que a medida que hablaba incurría en contradicciones. Preferible pensar buenamente para ir hilvanando en largo. Pues bien, todo esto como que vino a arrufarse a favor de Roberto, que le propuso lo siguiente:

—Mira, te voy a dejar una pregunta sobre los sueños; memorízala y piensa bien la respuesta. Mañana, o si quieres pasado mañana me la respondes. Te hablaré por teléfono… Yo creo que te estoy dando el tiempo suficiente para que me contestes con precisión. A lo que voy es que te haré veinte preguntas, si quieres de una en una, o como prefieras… Será una manera de estar en contacto casi a diario.

Tras la anuencia del ciego, Roberto amagaba con retirarse: *Tengo que irme. Además ya me aburrí… este… Veo que cuando te hago preguntas te sientes acosado*. Fue entonces cuando Dagoberto se puso melodramático. Muy lastimeras se oían sus disculpas: que no estaba de humor o que también batallaba para ordenar la información revuelta; dizque por ejercitar su memoria más se hacía bolas, siendo cada pregunta una puya. En cambio al dictar conferencias había opción de anchurar el tema sólo por decidir de

antemano que las preguntas debían hacerse hasta el final. Incluso invitó al nieto a presenciar una de sus charlas y: ¡puf!: pretextos vacuos, insuficientes para el que se despidió con frialdad diciendo: *Te hablaré pronto. Espero que tengas la respuesta a mi pregunta*. Y se fue sin más trámite. Es que de quedarse podía soltar la sopa: confesarle que pensaba corregir el libro para luego reeditarlo: su plan secreto ¿amoroso?

Fogosidad ¿timorata?

Precaución ¿estremecedora?

Si en ésas estamos, de hecho al ciego le correspondía formular la gran pregunta: ¿por qué tanto interés del nieto en el tema de los sueños?

Mmm…

Hete aquí que lo ambiguo no cuenta con una definición cabal.

Entonces ha de quedar la referencia de lo anterior como un extravío sutil al que sólo habría que añadir el trayecto de regreso bajo una lluvia menuda. Quiéranse ledos los volanteos en la toma de avenidas semidesiertas. Triunfo sería la llegada tras notar Roberto la presencia impertérrita del portero del edificio. Es que por fin se daría la deseada plática después de estacionar el coche en su cajón correspondiente. A ver… De seguro ya habían venido en un tris algunas muchachas.

Sí, lo dicho: lo de las copias de la credencial oficial de identificación: eran tres (la entrega, sin más). El favor. Entiéndase lo de la propina para el refresco. La mano pidientera iluminada por una luz parpadeante.

Poca plática: eso sí: la suficiente.

Trío de caras en blanco y negro para mirarlas rasgo tras rasgo. Malas fotos. Apenas apreciable la belleza y la fealdad. Una de las tres tenía labios de salchicha coctelera; otra poseía una nariz boluda y plagada de granos, grandísima en serio y, pues, ¡pobrecita!, ni para qué viniera a solicitar chamba. En cambio la restante: un encanto ¿sería?, oh, sí, por amor de Dios, ¡ojalá! Encanto adivinable a partir de un aprecio entrevisto. El impedimento: el blanco y el negro —debe intuirse— de por sí borroso, la copia, caray, y en consecuencia la pregunta al portero con señal pertinente de dedo índice sobre el papel:

—Y esta mujer ¿está tan guapa como se ve?

—Si quiere mi opinión, le diré que está guapísima.

—¿Tiene buen cuerpo?

—Muy buenas piernas; muy buen busto, y una cintura de avispa que dan ganas de agarrarla para bailar durante horas, o lo que salga.

Perfecto. Esa. Las tres vendrían mañana a primera hora. A la luz del alba, a las seis. Como fue acordado a su debido tiempo. Sin pierde para el encuentro con Roberto: en piyamas ¿sí o no?: arriba. Regusto por mandar al diablo a las feas y meter de una vez a la agraciada a su paraíso: ergo: también acá lo plausible: engalanándose. Espera. Nervios. Excitación para repensarla… Ah… tanto y tanto a bien de crear una incógnita gigantesca…

La belleza en camino, ignorante… mmm… ¿qué más podía importar?

Belleza en pleno vuelo: que si planeando su arribo. Círculos tardos de ilusión: mientras tanto: resabor: y: con decir que Roberto ya no intentó la búsqueda del otro ejemplar de *El sueño ayuda a la telepatía*. Caos en puerta… Más adelante… Desparramadero con frenesí y con la incerteza del no hallazgo infeliz. Lo por hacer: trunco, tal cual una ensoñación que huye y se desperfila nomás con cerrar los ojos. Seguimiento vacuo, sin figuras moldeadas por un antojo que tampoco zigzaguea…

Quiere, querría, pero otra vez la pesadez delirante en el sillón. Acabóse en aplaste. La paz y el ardor como estiramientos hacia el primer matiz mañanero: mismo que sería un largo timbrazo. Y venga el despertar de Roberto (quien no soñó ni jota… de veras ocurrió) y su aúpo vehemente. Solícito fue a abrir la puerta, y nada. Error… El sonido era del interfón, o sea que todavía faltaba la subida. El trío anhelante al igual que el mirujeo de éste, quien tembloroso y con la puerta abierta; ¡uf!, imaginemos, de paso, sus cabeceos: que aquí, que allá: segundos cual palpitaciones: ¿cuál ritmo en la vigilia?, y por fin…

Frente a frente…

¡Claro! Entrada al paraíso de acá de… una nomás. Cotejo en un dos por tres y, en efecto, una venus con escoltas horrendas. Entonces la expulsión grosera de las fregadas: *¡Ustedes no! ¡Largo*! Cierre, pues, violento de puerta y ahora sí el milagroso paso siguiente: la revisión de pies a cabeza con extrema premiosidad. Lo

increíble allí: la gracia intocable por el momento. Belleza menesterosa, porque nomás de ver la minifaldita deslavada… Bueno, se dijeron sus nombres (Patricia ¿cuadrando con Roberto?, o viceversa, o como se entienda un futuro enlace, así nada más: aún continente) y hablaron de los menesteres domésticos. El trasunto de la paga al parejo con las horas de labor: lo razonable… Ha de obviarse que no hubo por parte del nuevo patrón ningún manoseo accidental, ni de chiste. Para qué regarla tan de a tiro. Sí la delicadeza donjuanesca: piropos gagos o premisas adecuadas tiento a tiento con muy escaso verbo. Gran sorpresa de todos modos: de juro: la escogida obediente, ¡qué bueno!, dado que no hablaba, no de sobra nada, y sí oía ¿cuánto?, y sí miraba bonito, y sí hacía muchos leves movimientos de cabeza que hasta daban la impresión de ser salerosos, mismos que eran —vistos con desapego— aceptaciones ultra humildes; ¡vaya, pues! Entonces el arrojo bruto: *¿Qué no vas a hablar?*, y la respuesta de contado: *Sí señor, lo que usted mande*. ¡Felicidad!

Ahora sí la creación de este paraíso situado en un nivel ideal porque al viso aparecía un paisaje urbano. Impostura a la vista: *Ve lo que hay*, y ella vio y trató de acercarse a la ventana: dos pasos ¿con donaire?, y freno emotivo. Con eso ya podía sentirse en el centro de un revoltijo sugestivo. Ah, sus miradas soberbias por dominadoras de tanta pequeñez aglutinada: grandeza abajo, para verla, ahora sí, amanecidamente colorida…

No hartarse de aquello, sino… Desde luego tuvo que sobrevenir el recorrido por el apartamento. Chula visita guiada con explicaciones pimentosas. Chula por la osadía de un dedo travieso: en la espalda de ella la delicia apenas. Piel lozana, ay, de jovencita bien necesitada de dinero. Cachondería «en veremos», tanta por ahora de revés dado que sólo hubo dos roces más en donde mismo, nada lúbricos como para que ella interpretara que su nuevo patrón de plano era un pelado. Ni para cuándo. Menos por el palabrerío proferido como aderezo lógico referente al barrer y al trapear a diario, por favor; que el piso reluciente porque sí, más lo intocable —¡ojo!— del estudio: los libros apilados a capricho: otro paisaje: éste íntimo por estar embutido, aunque modificable, porque la simple extracción de un ejemplar significaba un desarreglo que costaría un extenuante trabajo reacomodar. Por lo demás: la cocina,

el baño: arbitrario listado de encargos y recomendaciones como que de refilón dicho parte a parte en virtud de que Roberto ya debía vestirse para irse a la oficina. ¡Ni modo! Su desaparición indeseada. Es que el cruce de sus reojos estaba poniéndose bueno…

Cruces y hechizos…

Máxime que Roberto comprobó que Patricia se parecía a Emma, la secretaria chicleante. Réplica allá y acá: incidencia para el regusto y… mmm… como se prefiera el cambalacheo. Las muchas horas de estarle mirando las piernas tamalonas —con medias color miel: siempre— a la más intocable: la personaja de la nómina, quizá más vulgarzota, sólo que mejor ataviada… En cambio lo de aquí: beldad en su intimidad, o sea a sus anchas… También teniendo como base la primera respuesta dada: *Sí señor, lo que usted mande*, pues mandaría, debía hacerlo…

En fin…

Paso al apuro, mismo que se puede inferir… De modo que cuando ya estuvo vestido impecable Roberto (hay que imaginar su informalidad harto llamativa) le dijo a la que ya estaba convirtiéndose en su consentida:

—Después te mostraré el lavadero y la jaula para tender la ropa. Te va a gustar porque el paisaje urbano se ve impresionante. Por ahora haz lo que te dije.

—¿Y ya sabe usted a qué hora puedo irme? —atrevimiento pragmático que Roberto malentendió como una incitación, digamos, algo sensual.

—Si quieres puedes quedarte a dormir. Por ahora cuento con el sillón de la sala, pero más adelante puedo comprarte una cama… De eso hablaremos a mi regreso. Estaré aquí como a las siete y media de la noche.

—No, mis padres no me dejarían quedarme a dormir aquí, son muy estrictos conmigo.

¡Dale, carajo! Desilusión. Costalazo emocional (valga) del que estaba a punto de desaparecer —con un pie en el pasillo, ¡imaginémoslo!— y con el entrecruzamiento importuno de la idea de telefonearle cuanto antes a Justino Macedo, para lo del libro: la propuesta ¡¿histórica?! Pero irse con la catapulta de tal aclaración t-a-n d-e-c-e-n-t-e, tan restrictiva: ¡híjole!, aquello lo obligó a inferir que Patricia tenía una familia cuantiosa. Un escuadrón de hermanos

todos membrudos e insolentes que algún día de estos vendrían a golpearlo sin piedad nomás por faltarle al respeto a su preciosa hermana: maravillosa agarrada sexual e inolvidable paliza. Paso siguiente el hospital y acaso la cárcel, y qué horror, por lo cual:

—Está bien, no te duermas aquí, pero espérame a que regrese. Eso será, te lo repito, como a las siete y media… Ya hablaremos.

Bueno… este… nada más una cosa… Faltó decir que cuando Roberto se estaba vistiendo dejó adrede abierta la puerta de su recámara. Quería que Patricia lo viera en calzoncillos: cuerpo antojable al sesgo… Sí, sí lo vio. Fue un reojo fugaz al tiempo que un despropósito calador…

Quiérase calador, porque de hecho se empezó a sentir insegura: y: debió su decencia tomar delantera, aunque: aquel antojo —llamémosle— ¿vanguardista?, o algo así. Es que lo corpóreo, lo jalador de pronto, o bien la culpa como entrevero, haciéndole ver en qué laberinto se había metido…

La verdad es ella no debía tomárselo tan a pecho.

O qué es la decencia y hasta dónde debe llegar.

O qué si no, o sí, o depende…

Porque si dejara de ser sirvienta, ¿eh?, a ver…

Tal posibilidad estaba a la vista…

También hablaron del sueldo de la bonita: fue superlativo a fin de cuentas… Y de una vez hubo un simbólico porcentaje de adelanto.

Debido compromiso.

32

Como Roberto no tenía la certeza de que el libro de su abuelo fuese aceptado por los jerarcas de Ediciones El Faro, le entró el gusano de la escritura. El límite: las correcciones. Los tantos escrúpulos orientados hacia la limpia de fárragos. Tensa nivelación en aras de no intentar ni el más sutil experimento, tratárase del mero fraseo hasta las concepciones estructurales que dislocaran el tiempo narrativo con toda su gama de resúmenes y ensanches. Miedos, pues, porque si no ¿cuál bestsellerismo?

Fue durante una tarde cuando se suscitó la titubeante primera intentona. El regreso al apartamento a mitad del día: Roberto con la idea de ver a Patricia entallada en su minifalda, esa que apreció al irse a temprana hora: ¡lástima!, pero es que su compromiso laboral, el mero hecho de hacer acto de presencia en la oficina, así como el ardor del zafe cuanto antes. Sin embargo, estando allá vio un cuaderno de pastas duras, reluciente pero en abandono, entre un montón arrinconado de papeles sueltos. Lo abrió: tenía que comprobar su virginidad, la cual sí. Entonces ¡venga! Robo venial y de inmediato el desate imaginativo: frases al garete repensadas, ajenas a las que debía procurar cuando atacara el párrafo abridor de la novela de marras, lo que se acordaba al viso —poco, casi no—, y el libro allá: conexión, y el apuro de irse para trabajar más a gusto. Lo malo sería que Patricia anduviera hacendosa dizque barredora mientras él trataba de… Distracción, desvío, excitación, dado lo cual él por fin situado a la mesa del comedor y presto le ordenó a la sirvienta algo tan impensado como esto: *Por favor, mientras escribo no pases por enfrente de mí*. Ella arqueando las cejas acató esbozando un «sí» largo y… ¡¿a esconderse?!, ¡vaya!

Libro y cuaderno abiertos, pluma en mano, y nervios. ¿Qué tanto cambiar? Garrapateos de prueba, como para andarse por una

superficie harto difícil que él no podía compeler a satisfacción de buenas a primeras. De hecho, en un momento dado, leyó el párrafo de inicio: *«Si sueño no pierdo, sólo me desplazo sin querer», se dijo León Allacci un día que estaba harto pensativo mientras defecaba entre unos matorrales*. Si antes Roberto adujo que el arranque prometía, ahora dudó. Es que la imposición del hacer su servicio en pleno campo le parecía tan efectista como eso de «si sueño no pierdo…». Empero ¿qué idear? No era tan ducho en las artes del birlibirloque literario, y menos en las de la imaginación, como para siquiera entrever un apunte estilístico no tan estridente. Entonces la corrección ¿desde dónde? Acaso desde un supuesto respeto ¿pero por qué? Y continuó su lectura: *Un decir para aprendérselo de memoria*. He aquí una frase capitosa pero vaga. Podía suprimirla, aunque… analizando… ¿Qué sustitución acorde con lo que seguía?… Algo relativo al aprendizaje, mismo del que a lo largo de tres páginas: ¡ya, pues sí!: ningún esbozo suplementario que conectara —mediante prolepsis— un viso indirecto justificatorio de la memorización, de modo que tampoco la premisa de «si sueño no pierdo» hallaba un engarce significante. De hecho, la vaguedad de las frases le parecía definir el tono ambiguo de la novela. Prosa especulativa, cargada de imprecisiones… en fin.

Y Roberto queriendo meter frases entre el vergel palabrero: cualquiera como refuerzo o como detrimento de acuerdo al espíritu de la trama y a su casi inapreciable lógica, por lo cual las catas, los afanes: escritura en el cuaderno: tanteos, ocurrencias, útiles cual cuñas (supuestamente… pero no). En eso salió salerosa Patricia. Había estado en el baño haciéndose guaje y su desesperación por no saber qué tanto tiempo más: por ende: su pregunta se hizo necesaria, a lo que Roberto sentenció: *Mejor vete a tu casa. Requiero de mucha concentración. Estoy escribiendo algo muy importante. ¡Vete…! y discúlpame*. La obediencia no se dio de inmediato porque deseaba tener en claro si así iba a ser todos los días y el «no sé», dicho al vuelo, como réplica, la acabó de confundir. Segundos de vacilación manifiestos en dos o tres pasos de salida y otros semejantes de recule. Inmovilidad: al cabo: adrede: estorbo mudo, a bien de obligar al dizque concentrado a una —ahora sí— neta definición, la cual: *No sé si en los próximos días*

esto deba hacerlo en mi oficina, lo que sí que en este momento trabajo aquí y tú me distraes. Te amo, pero vete. Mañana te espero a la hora de siempre. Patricia se fue, a saber si entre que triste y comprensiva o poco menos confusa o medio trinando o igual de enamorada y conforme. Lo que sí que al quedarse muy solo con sus frases —humildes, de por sí— a Roberto le vino una angustia tan incontrolable como fue el hecho de escribir a tontas y a locas. Empeño insano durante una hora y fracción: más alarde (aunque), más, más abismal, al grado de tachar enrabiado lo tanto escrito sin rasgo, seguido del arranque y el arrugue de hojas. Tuvo, en suma, que reconocer su amojonamiento creativo: él no era el indicado para corregir el libro.

Entonces ¿quién?

Imaginemos las veces que le dio por rascarse la cabeza.

33

No es posible que en un cuarto de estrechas dimensiones veinte hombres de saco y corbata estén sentados en sillas plegables esperando una orden que tarda en llegar. Transcurrirán horas de cafeteo inane: excesivo porque no ha pasado gran cosa. Toda una mañana en la inopia. Tampoco pueden hablar entre ellos, ni fumar. Maniquíes, pues, a la baqueta, custodiados por cuatro entes dizque expertos en logística, mismos que visten de modo bastante informal, con decir que incluso uno de ellos ha tenido el descaro de lucir unos pantalones de mezclilla y una camiseta anaranjada de mangas cortas… Ahora, pasando al quid de esto y viéndolo en perspectiva, en esa primera ocasión (fue un miércoles) algunos de los trajeados a la hora de la comida quisieron ir por ahí cerca; que un tentempié en un dos por tres, pero ni eso. Había cajas de galletas, tal era el reemplazo edulcorado o la mediana maldad o la compensación malentendida como «mejor galletas que nada». Lo que sí que visto desde el más lato sentido común: ¡qué absurda rigidez de inicio!; rigidez, empero, explicable bajo la socapa de que la orden de Juan Bruno Farías podía venir en cualquier momento; sin embargo, al día siguiente hubo algo de alivio debido a que poco antes de las dos pe eme un grupo de cinco sujetos fue jalado a lo que sería su primera y real friega: la supervisión de la descarga en pleno del mobiliario en el edificio donde estaría la nueva editorial aún sin nombre. Y en cuanto al quinteto —¡claro!— sin idea de acomodo, sino puro vaciamiento, trama de inexactitudes, vacilaciones, muchas tuvieron que ocurrir porque aún no había nombramientos ni jerarquización de puestos. De ahí que dónde tales y cuales escritorios y archiveros. Por intuición, los de caoba y los de ébano hasta arriba, en el tercer piso, en la cumbre supuestamente directora, y la lógica a poco dándose: que los membrudos cargadores sudaran la gota gorda a expensas de su afán rudo: por las escaleras las finas moles de

subida: imaginemos, por ende, la dificultad para dar las torsiones de esquive apenas, los tremebundos pujos… De refilón cabe decir que el edificio contaba con dos elevadores, tan estrechos —como para cuatro personas delgadas— que más bien parecían ataúdes iluminados. A Dios gracias los archiveros cabían en ellos y ya no se diga las computadoras. Lo que sí que con las prisas cómo distinguir las de mejor calidad de las otras. Todas (según) eran de la misma marca, pero los modelos, las diferencias, que tres o cuatro minucias… Ni modo de andar desempacando sólo para… Y en cuanto a los escritorios: fácil, los metálicos tenían como destino el primer piso, en cambio cuáles en el segundo: la errónea intuición en —si lo calculamos— un setenta por ciento, aunque: un relajo, una anarquía, pero por algo se tenía que empezar.

La labor de descarga y acomodo al «ahí se va» terminó en la madrugada del viernes, muy pasadas las cuatro de la mañana. A bien de acelerar el trabajal los cinco hombres seleccionados se vieron en la necesidad de quitarse saco y corbata para ayudarles a los cargadores. De uno de ellos fue la idea, en la inteligencia de hacer méritos y, de resultas, sale sobrando la referencia del logro pequeño pero valioso. Es que de no haber sido así habrían terminado cuatro horas después: a la luz del alba hechos trizas. Cierto que hechos trizas llegaron al cuarto de estrechas dimensiones esos pobres zombis. Se aclara de una vez que no pudieron hablar: ¡ssssht!: era dizque regla: ni siquiera bisbíseos. Los informales logísticos lo enfatizaron. Mudez, aun cuando el quinteto ardía en ganas de narrar con pelos y señales la soba y el desvelo. Semimudez a la postre, porque los cinco en mención comieron galletas a puños. A lo largo de veinticuatro horas no habían ingerido siquiera un jugo y unos chicharrones de harina. Ergo: los ruidos bucales casi animales, una revancha: la semimudez. Mal dormidos también, y de por sí lo incómodo: excelentemente trajeados pero con el fardo de la jodidencia. ¡Ah!, de la que se salvaron los quince restantes. En efecto, aunque sobrevino la aburrición debido a que durante ese viernes ya no hubo órdenes. Salida a las seis pe eme. Pero antes el hombre de mezclilla y ahora con una sudadera verdosa les dijo:

—El lunes se presentarán en el nuevo edificio de nuestra editorial a las nueve de la mañana —el inmueble estaba ubicado a tres cuadras de allí; los (tan a gusto) restantes tenían la dirección, o

sea—. Ya lo saben, tienen que ir a allá de saco y corbata.

Veamos: no es posible que habiendo veinte hombres desocupados los cuatro informales logísticos sólo hayan escogido a cinco. Entiéndase que el trabajo de acomodo hubiese sido mucho más rápido. Al respecto, tampoco es posible dilucidar el porqué hay gente que desempeña labores de alta responsabilidad teniendo cerebro de cochinilla; será que la naturaleza humana por lo general piensa en bloques o se guía por cuadraturas, sin tomar en cuenta la más zote obviedad. Por otro lado (ejem), o viendo esta deficiencia desde otro ángulo, acaso deba considerarse que esos restantes ejercerían funciones de jefatura departamental y por lo tanto no debían tener injerencia en labores tan impropias o de mero desarreglo físico o cosas por el estilo; si ese es el trasfondo tampoco alcanza, en virtud de que si se trata de hacer méritos, cualquiera, nomás por el hecho de consolidar una chamba, puede entregarse a eso y más con entera devoción, ¿o no?

Puntos de vista habrá sin olfato ni rumbo. Además lo de las galletas: un flagrante despropósito, ya que ¿se entiende que nadie contara siquiera con media hora para ir a zamparse una torta y un refresco? Los que sí contaban con media hora para lo del piscolabis eran Roberto, Emma, Zulma y Víctor, el mensajero; lista exigua a la que hay que añadir a los informales logísticos. ¿Se entiende el distingo? Quizá cuando esos veinte tuviesen definido su cargo podrían contar con su gustosa media hora. Cuestión de a ver cuándo… Bueno, adelantándonos, lo deseado en tal sentido fue para el licenciado en letras hispánicas. Vacío el cuarto de marras —se aclara que era de renta y estaba en una esquina, justo a una cuadra de la oficina de Juan Bruno Farías—, sería ése el flamante cubículo provisorio (¿o qué?) de quien recibió el nombramiento dizque encumbrado de asesor editorial número dos. ¡Ojo! A partir del lunes: a darle. Tal vez luego se integrara al edificio de cuatro pisos recién adquirido por el ricacho, o tal vez nunca. Una chulada arquitectónica de último grito: con clima ambiental y unos acabados que… mmm… En cambio este espacio: viejo, con goteras y triste piso de mosaico del año de la canica. Cuéntese que en un dos por tres le trajeron un feo escritorio de metal. Su silla: cualquiera de las plegables que allí había dispuestas en columna, y no más elementales enseres por el momento. Eso sí: la gran cafetera

y una buena cantidad de tazas, cuéntense también dos cajas de galletas: las únicas sobrantes. Así: su soledad gobernable: pretensión, pues, dependiendo… Después tendría secretaria; que para la próxima semana. Ojalá fuese Emma, o una más guapa con piernas color miel, en fin. Asesor editorial: rareza, siendo que el nuevo jefe supremo no le explicó bien a bien en qué consistía su cargo porque todo se estaba efectuando con una rapidez tan confusa como el hecho de que no fuese integrado al grupo de los veinte, a lo que debe añadirse otra razón: tampoco se le exigió presentarse a diario de saco y corbata: lo cual: desde el principio: entonces más rareza. Más porque no estaba checando tarjeta. Tal vez después, pero mientras tanto a gozar del raro privilegio… Y, ¡vaya!, asesor editorial ¡¿número dos?!; abstracción en pugna con ¿qué?: un reino estrecho sin vigilancia: ¡nótese! Durante una semana estuvo yendo al cuarto sólo tres horas diarias: de nueve a doce. Un informal logístico le dio la llave. Acto mecánico. Ninguna orden; sí por mohína marimandona una mueca de desagrado de ese fulano cuya interpretación bien podía restringirse al singular hecho de que Roberto no le iba a dar cuentas a nadie. Cierto que por antojo el suertudo pasaba a saludar a Emma (y muy sin ganas a Zulma): un «buenos días» salaz, seguido de un vistazo a las piernas tamalonas de la chicleadora —se sabe—; vistazo no con escamado disimulo, y adiós: con delicia que tuerce, una vitamina de empiezo: poquedad útil hacia un ¿amor imposible? Dejémoslo en ansia; de suyo en astucia: despedida diaria mañanera. Es que nadie debía saber cuándo Roberto regresaba, medio a hurtadillas, a su casa. Su salida: un misterio: en expansión, o sospecha que aflora: cual ingrediente dramático, digamos, con táctica, o emoción naciente para la ya creída una reina dadora de miles de placeres. Gran potencial que no, no, no: ¡nunca!, o casi no. Sólo pingüe avidez: lo mínimo tentador y punto. Pero regresando a las responsabilidades de Roberto: ¿qué hacer?, ¿qué inventar?, ¿qué preguntar?, ¿cuándo?

Digamos que para los veinte trajeados, aquélla fue una semana intensa allá en la chulada de edificio; lo mismo para los informales logísticos y también para Emma, Zulma y Víctor: nombres a los que hay que añadir otros dos: Justino y Juan Bruno, estos últimos, no obstante ser los meros-meros, fueron los más matados porque casi no durmieron, no, a causa de su arduo trabajo cerebral: desvelos

con ramificaciones impensadas: lo significativo en bivio y trivio: para largo: ¡oh!… La excepción fue Roberto Pastrana: en su triste cuarto: en ascuas: viviendo —¿sí?— la cuadratura de un sueño ¿con los ojos abiertos?, o ¿qué inventar para no sentirse tan echadizo?

34

Cisma. Hubo apresuramiento en lo de las recontrataciones. Veinte sujetos próximos a firmar hacían fila en la apretada oficina: los últimos estaban sentados en los peldaños de la escalera de evacuación: lo típico que tiene cualquier edificio. Así la demora. Trasuntos de papeleo. Una mañana entera. Una de total ocio para Roberto que medio se arrellanaba en una silla acerada, observando con prudencia y algunas risitas a los conocidos provenientes de Editorial Fronda. Más adelante se hablará de la quiebra formal de aquella empresa dirigida, digámoslo, por un gordinflas que se volvió inepto. Por ahora los comics: cínica lectura insípida, matadora de tiempo, si así puede decirse: Roberto, pues, desconcentrándose a ratos, para soltar sus «holas» o sus «¿qué tal?» algo hipócritas o diplomáticos. Fue Justino Macedo quien se encargó de llamarles por teléfono a esos veinte…

No liquidaron a ninguno, sino que por adelantado Justino le dijo a cada uno: «¡vente a firmar!» (¡habría contrato!), advirtiéndole acerca de la inminente quiebra de… Y la obediencia: porque a cada cual se le respetaría el sueldo, y ¡ojo!, tendrían nuevas y atractivas prestaciones, y ¡contrato, ahora sí! En fin: méritos: en escalada: o sea: entre más méritos más sueldo, aunque de empiezo los máximos honores le correspondían al único graduado en literatura de la empresa en rastra; sabida, e incluso calibrada, por aquéllos era su entrega sin horario, así como su iniciativa para hacer de aquel negocio su celo y su codicia: Roberto Pastrana: tres veces palomeado. ¿Se sabía, se supo… cuándo? Ése fue el reporte que a su debido tiempo Jonás Parada dio a Juan Bruno y a Justino. Nadie comparable. ¡De acuerdo! ¿Por ende su descanso en la más lerda superficialidad, visto por los de la fila enconadamente? Por eso, como para sentirse envidiable, ¿el hojeo de cómics? Sí, tal desafío descarado, pero no por leer lo que dizque estaba leyendo, sino

porque en la otra chamba Roberto andaba impecable, de saco y corbata siempre, con ropa de marca, y ese día el contraste era su lucimiento ordinario. De hecho, tuvo el desatino de comentar —en un nivel de tono como para que lo oyeran cinco de ellos— que él había sido el primero en firmar contrato. Ventaja, ah, o niñería chic: aunada a la libertad de vestir como le diera la gana. ¡Logro!, pero… bueno… De seguro habría igualdad de tales modos cuando cada uno de ésos tuviese puesto.

¡Ojalá!

Sobre la elegancia pueden decirse verdades turbias o mentiras sobrias. Si todo el chiste consiste en ajustar la desmesura ¿hasta dónde se puede exagerar o empobrecer el gusto? Veamos: ningún trajeado de ésos traía flor en la solapa y tampoco Roberto se pavoneaba nomás por andar fresco: camisa y pantalones curros, lo cual jamás derivaría en andar al estilo californiano: con tenis y bermudas y gorra de beisbol.

Pero desprendámonos de esos conceptos hueros para seguir a Roberto como si lo espiáramos de espaldas. Tanteo mediante varios acercamientos, a ver qué sale de todas estas tretas. Entonces la llegada a su apartamento al mediodía. Su deseo de ver a Patricia hacendosa: primor con minifalda: inalterable, por fortuna. No segundos ni terceros intentos de escritura correctiva, sino perversión: a poco: táctica, dado que la joven decente cada vez se presentaba con aquello cada vez más corto y más coloro. Lustre que con la entrada de una centella de sol por la lumbrera de la cocina: ay: deslumbre y sufrimiento y pasmo absolutos, ya que con sólo ver llegar a Roberto la tal belleza cobriza decía que si ya podía irse: y: dilema para un hombre que estaba habitando una irrealidad tan de antojo. Pedirle que se quedara un rato, con temblor de voz, sería impertinente, como fue desde aquel primer lunes. Ella aceptó, pero le hizo una pregunta desmerecedora: *¿Quiere que le haga de comer?* No, eso no, bruta, sino la plática para llegar a las caricias, lo no dicho con tibias ni zonzas palabras, aunque sí insinuado en la mirada lujuriosa del señor informal; hagamos alusión también a que por causa de lo informal fue fácil la acción desvergonzada de Roberto que se suscitó como vaciar agua en un vaso: el desabotonamiento de la camisa a cuadros delante de la morenita clara. Dizque el impúdico se iba a poner una camisola holgada: su

comodidad: burdo pretexto, mismo que hizo olérselas a ella para que proclamara con voz rauca al instante que debía irse; y, en efecto, se fue como si huyera de una monstruosidad que a saber; se fue asustada y suspirosa, dejando su bolsa de mano sobre la mesa del comedor. Ascua radical para el impúdico: al cabo desvaneciéndose; de hecho, no tanto, por lo de la bolsa y por lógica el regreso a fuerzas. Así que al día siguiente a primera hora la presencia, el acertijo: respectivamente ella y él: sus nuevas miradas: el amor por ahí: para creérselo: y puntearon las disculpas de ambos en desorden… Nada grave debía pasar… Y amén… A lo que, por ende, conviene aquí dar trancos parabólicos porque hubo reciclaje de acciones en ese apartamento dizque paradisiaco: la llegada de él y la huida casi correlona de ella. La camisa desabrochada ex profeso: error, pues sí, durante tres días, lo que era de doler para una muchacha tan miedosa… aunque ¿miedosa?, ¿y lo de las minifaldas cada vez más cortas? A poco el modo bellaco de Roberto podía ser lo erróneo: la semidesnudez de la cintura hacia arriba: grosería, de plano. Entonces el jueves la delicadeza: una transformación: fino hablar sensual donde se repitió tres veces el «quédese, quédese, la necesito, no le voy a hacer nada, soy decente», repetición cual achaque, a lo que Patricia hasta sintió lástima. Se quedó, platicaron, nació el entusiasmo ¿de quién más que quién?: dos temeridades por lo pronto grises, ¿y los temas… vacuos? Los que fueran fueron, pero eso sí: ninguno tuvo relación con un mezquino o mañoso trasunto sexual. Incluso a Roberto se le ocurrió invitarla a una cena íntima en un restaurante de nombre… equis… padrísimo, ¿eh?: que si mañana, que si el sábado, cuando ella quisiera. Claro que la pobre diabla tenía que lucir otra ropa: advertencia a conteste (casi) de ambos, pero ya en correntía Roberto dijo estar dispuesto a comprarle un vestido caro y de ir a dejarla a su casa caballerosamente en su coche: lo último: ¡qué vergüenza!, no lo aceptaría Patricia, no así lo primero: tan nuevo y esperanzador. Noviazgo en puerta para ella, ¡ay!, nomás para ella (prefiguración), dado que para él…

El escarceo seductor sería desesperante a la larga. Tanto afanar para ganarse el premio del primer beso chirris en la boca y los abrazos bonitos: NOMÁS; o sea que lo pelado amoroso: ¡quieto!; noviazgo prudente: hacia el altar: ¡chin! De hecho, lo bueno de todo

esto fue que ese jueves Patricia aceptó lo de la invitación a cenar con un brillo de ojos medio bailones, casi hechos miel, mucho: ¿qué más podrían decir? Agréguese lo del vestido: otro «sí» que ¿cuándo la compra? La próxima semana eso y lo otro. ¡Prometido!

Júbilo, pero… Al paso de los días la idea romántica se desvaneció. A Roberto dejó de entusiasmarle el complicado boato de convertir en princesa a una (digamos) chancluda sin futuro, más aún cuando la sexualidad estaba tan a la mano, bastaría un jalón de macho salaz para que se diera el puro besar: malos resbales de labios entre labios y acelerado tentaleo de piernas: ninguna lenta suavidad calculadora; por ende, imaginemos el resto más y más difícil hasta llegar a la violación triunfal, sólo que: albricias expansivas: ¡nunca!, sino instantáneas y no tan gozosas. Todo imaginario, pura teoría salaz, en declive porque, cierta vez, Roberto tuvo una ingrata premonición; una, pero señera, de violador aún no iniciado; esto es: de ocurrir la acerba penetración los hermanos de esa minifaldera se dejarían venir con toda su fiereza en el momento más inimaginable: ilustre golpiza: que si mortal, o por ahí. Otra la recurrencia ¿verdad que sí? Lo contrario: lo decente… mmm… la flojera de piafar en una tarda seducción… Tal vez luego. Pero también con alguien que valiera más la pena.

Así que lo del restaurante y lo de la compra del vestido se estaban yendo en picada. Mal que bien se fueron, de suyo, adrede como un traqueteante carro de fuego rumbo a un precipicio. Olvido —¿humeante?— o recordación que emergiese en ondas hasta rozar al mirón que había quedado arriba y estaba a punto de caer; o sea que chiquita acá Patricia dispuesta a contraatacar, sólo por sentirse una novia en cierne que no debía darse por derrotada:

—¿Y cuándo me va a llevar a cenar? —confiancita a sabiendas, ¡vaya!

—Por el momento no. Estoy muy presionado en mi nuevo trabajo. Además, como estoy a prueba tengo que hacer méritos.

Respuesta a medias o pretexto incomprensible. Aprovechemos esto para de paso decir que desde el momento que Roberto fue nombrado asesor editorial número dos se percató de que ya no estaba a prueba, y menos con contrato: ¡qué bueno!, pero al respecto haremos el enganche unas líneas más abajo, porque en tal ocasión hubo de imponerse la suave arremetida de la deseosa:

—Puede usted llevarme a cenar a un restaurante más modesto… No soy tan fijada —más confianzuda, más cínica, pero también más boba.

—Te repito que no. Cada día que pasa crecen mis problemas. Pero ten por seguro que más adelante te voy a proponer algo muy bueno… Oye, por cierto desde hace días te he querido hacer una pregunta.

—Sí, dígame.

—Me imagino que tu familia es muy numerosa… Sí lo es ¿verdad?

—Tengo siete hermanos. Yo soy la única mujer.

—¿Y todos viven en esta ciudad?

—Todos… ¿Por qué?

—No, nada más quería saber que no estás tan desamparada.

No más diálogo, y sí oportunidad para enfatizar la presunta rareza (ya evidente): todavía ella le hablaba de usted… Distancia, por ende… Empero, si fuese lo contrario… bueno, a saber… Lo que sí que esa vez Roberto estaba a punto de irse a la oficina; cierto: ya no iba a llegar a las nueve, sino… La demora sirvió para comprobar lo presentido e incluso catapultado como desventaja, los hermanos ¿fieros?, faltó preguntarle a ella eso, pero optó por dejar las cosas como estaban, quizá sería una manera de echar a olvido lo del vestido y lo de la cena… O a menos que ella insistiera, entonces habría que celebrar su empecinamiento, siempre y cuando se comportara mucho más coqueta… a ver… Tal conjetura sobrevino cuando Roberto conducía su coche con desespero. Antes se despidió de Patricia plantándole un beso en la mano.

Autómata atrevimiento algo emocionante para ella y absurdo para él (un cumplido hipócrita), porque no debía interesarse tan a locas por una mujer tan pobre, o no tan dama; entonces: mejor que fuese al revés: de allá para acá, en todo caso, y aún así dudar. Sin embargo, la premonición de la jauría de hermanos: Roberto encogiéndose mientras manejaba nervioso: indicio: no sueño macabro; o sea: lo no obvio como deslinde: sobre ese respecto tenía que preguntarle al abuelo, e incidiendo, mmm, tenía una semana de no hablarle. ¡Qué mal había quedado! Aunque tampoco al abuelo se le había ocurrido comunicarse, acaso porque no contaba con la respuesta, la otra —¿se recuerda?—, ¿o por qué?

En fin, desde la oficina un largo telefonema al asilo: Roberto iba pensando en un elaborado argumento relativo al amor, siempre que tuviese que ver con las premoniciones oníricas. Plan a buen punto, o a buen pulso, aprovechando que todavía no se le dejaba venir la suprema carga de trabajo. Apenas ayer le habían asignado una secretaria, según, harto competente: una señora adusta bastante cachetona y regordeta y con unas faldas que de tan largas besaban el suelo. Una fuera de moda. También infecta a causa de echarse en exceso perfume floroso. Ni para cuándo excitara a quién. Quede rancio, pues, lo no deseado, para pasar a otra asignación mucho más necesaria, aunque en otro sentido: un mensajero (e intendente) flaco y como que en la luna. Con ellos el menor trato, en el sentido de ¿para qué abrirse de capa con gente como esa?: de horario fijo: de nueve a seis; aunque: todavía no la antedicha rigidez porque Roberto los despachaba al mediodía, y esa vez con mayor razón: despacho estratégico para leer oficinescamente su casi biblia: *El sueño ayuda a la telepatía*, único ejemplar reterrayado a lápiz (se sabe), sólo que, fijándose más, en esa ocasión fue descubriendo otras novedades, como ser una tras otra lagunas anecdóticas y conceptuales y una tras otra transiciones mal hechas; algunos desarreglos léxicos y demás yerros. Para colmo, a medida que leía caía en cuenta que el libro era arduo, fastidioso, confuso, de plano insulso, siendo el mayor defecto la variedad anárquica de puntos de vista. Todo en gavilla, e indirecto, sin virulencias ni sutilezas fonéticas y sin eje preciso ni artesanía elaborada de abajo hacia arriba. Entonces: lenguaje inexpresivo, endurecido, por lo que su sitio perfecto debía ser el cesto de basura, mismo que Roberto miraba en un «ahí» de penumbras. PERO: lo oficinesco también ofrecía revelaciones, algo así como una gama de desquites donde se perfilaba un atisbo de bestsellerismo y publicidad a ultranza, o sea: no clausurar nada, por lo que surgió la chispa: Roberto debía darle a leer a Justino Macedo el libro tal como estaba. Por fortuna aún podía borrar todas las anotaciones al margen de cada página, se reitera que estaban escritas a lápiz (je) y…

Tarea machacona y sopladora, la cual después, porque antes: la localización de la goma de borrar tardó algo: andar abriendo sin éxito las gavetas de dos escritorios. Empero, más allá había dos cajas de cartón arrinconadas: dos abandonos… ¿cómo era que

estaban allí?, ni cabía la pregunta, en virtud de la prisa de hurgar aquello y lo otro con angustia hasta dar con un fondo papeloso donde: a ver: por ahí en movimiento un pedazo de lápiz con goma de borrar comida: despunte inservible para el monto de trabajo futuro: Roberto alzó las cejas como si tratara de expresar un «¡ni modo!» cuyo efecto devino en apuro: debía ir cuanto antes a una papelería. Fue con rabia; halló una a tres cuadras, sólo que antes caminó nueve: que hacia el este, que hacia el norte… El regreso fue gacho: esto es: de a tiro cabizbajo: con sudores en cuello y cara, lo que hizo que su pañueleo fuese insuficiente. Empapes y oliscos y actividad borradora hasta acabar, ya con la noche encima. Es que la limpieza cuidadosa… Modo de trapeada —de otro modo— en serio (valga)… Había comprado cinco gomas rectangulares, usándolas, por diversión, alternadamente, e ¿iguales desgastes? —juego—, redondeos que si apenas, tamaños, comparaciones, en fin, porque lo siguiente sería concertar una cita con Justino para darle el libro ¡ya!: que él sugiriera correcciones: propuesta brusca, de tal suerte que en un dos por tres el susodicho se convirtiera en un castigador o un salvador…

Vengo cansado, perdón. Esta frase instintiva que Roberto soltó a su regreso al apartamento abarcó todo el pormenor de indiferencia respecto a la que desde una hora antes había estado zapateando con enojo. Ella se fue rauda mascullando ¡qué pitos! Y ni hubo beso siquiera cortés, sino relevo y punto. *Adiós, hasta mañana*. Luego, al día siguiente, la salida fría de él, otro relevo, otro entrar y salir al minuto. *Adiós. No sé a qué hora venga, pero te aguantas, tienes que esperarme. De ahora en adelante llegaré tarde. Quizá alguna vez regrese temprano, pero será muy ocasional*. Con lo dicho se abría la posibilidad de que Patricia se quedara a dormir allí. Sería retruécano al sesgo por parte del patrón, así lo intuyó ella. Aunque, en principio, la palabra «desamor» era mucho más abarcadora; desamor, mientras tanto, o bien, mientras se completaba para Roberto lo importante, que no era otra cosa que la conexión telefónica con el asesor número uno: hasta encontrarlo. Y tardó: ¡qué angustia!: tres horas de búsqueda. Que de celular a celular, y…

La cita sería al día siguiente, a las seis de la tarde, en un café de nombre La Revancha, ubicado a dos cuadras de la oficina de Juan Bruno Farías, calle tal y número exterior tal. Supuestamente el

asunto residía en «meros problemas laborales» relativos a lo del asesoramiento aún en abstracto… Premisa mentirosa.

Tiempo de ocio, por tanto, apto para enmendar el plan del día: así: llamadas telefónicas: dos; primero a Patricia para decirle que siempre sí iba a regresar como a eso de las tres de la tarde —torpe contradicción de hombre inseguro— y que deseaba comer unas enchiladas; amor chirringo, pues, antojo enredador; y ahora sí lo segundo: con gran tranquilidad la llamada al abuelo ¿desde acá o desde allá?

Fue a la hora de la comida cuando…

Comiendo lo chiloso la mente de Roberto se acrisoló. Que podía irse Patricia, se lo dijo: *Vete, descansa*. Tras lo cual ella se aprestó, bolsa en mano y cara compungida. Se iría… ¡sin beso en la mano! La leve cortesía fugaz, siquiera. Es que por el montón de problemas de él: uno era que no deseaba hablarle a Dagoberto estando presente la minifaldera. Cosa secreta, pero desamor… cuestabajo… Antes de marcharse Patricia soltó esto: que el señor Dagoberto Pastrana le había telefoneado poco antes de las doce —ah, telepatía de allá hacia acá—, «que ya tenía la respuesta». Entonces gracias, y ahora sí hasta mañana… Cierto el desamor por el no beso, o en todo caso, el amor no debía ser decente, ¡lástima! O que fuese lo que el azar dictara… Y dictó una mejora, en virtud de que ida ella sobrevino lo milagroso, a partir de un ocio que empezaba a fijar una forma como que retorcida. El empiezo fue la marcación telefónica aunada a dos respiros cortos. Así la consecuencia: la voz del abuelo, sin intermediario habliche: ¡púmbale!: un acertijo: puesto que, como si estuviese esperando durante buen rato la llamada de su nieto, aquél dijo: *¡Hola!* Lo milagroso puede concebirse como aquello que se piensa a manera de chispazo y casi de inmediato ocurre. Causa y efecto en permuta: forma inverosímil por rauda y lineal. Vislumbre premonitorio derivado de ¿el ritmo delta en plena vigilia? Por ahí el ensanche y el conecte a tiempo: porque:

—Ya sé lo que me vas a preguntar, de modo que te daré la respuesta que me pediste.

Roberto con su formulación apenas en la punta de la lengua. Antes la entrada de cumplido: el «hola, abuelo, ¿cómo estás?», algo tieso o medio titubeante, siendo que aquél se desbordó al decir que

el delta era el único ritmo del sueño que podía presentarse en la vigilia debido a que en el lapso soñarrero duraba casi media hora, e incluso algo más, y la presencia de uno o dos personajes era, de suyo, asaz imponente, tanto que de ese sueño subsistía una suerte de resaca o de estela significante… La arenga de Dagoberto iba para más, así que démosle voz para luego cortarla con la intervención del nieto, quien le aclaró que tales argumentos no aparecían en el libro:

—Es tan poderoso el ritmo delta que los momentos más relevantes del sueño no se olvidan. Siguen, se modifican, vuelven a soñarse hasta que se desvanecen. Una de las constantes de este ritmo es que alguien muere; alguien lejano en el que quizá no había pensado el soñador. Puede ocurrir que en la vigilia (realidad real o tan parcial como la del sueño) ese sujeto, en efecto, haya muerto, o bien que se haya recuperado de una enfermedad penosa o de un accidente grave, pero sea lo que fuere el soñador se enterará tiempo después, o a destiempo, mejor dicho… Bueno, a lo que voy es que el ritmo delta es contundente; no se olvida lo soñado como ocurre con los otros tres ritmos, por lo común olvidables por baldíos. Pero en cuanto a nuestro tema, es posible elaborar ensoñaciones, de hecho, premonitorias, siempre y cuando se tome conciencia de cómo están constituidos los sueños, y sobre todo sus ritmos: su aceleración, su lentitud, su multiplicidad de desvíos o su lógica plausible. Se puede saber algo del futuro si el pasado nos avasalla, y cierto es que te puse un ejemplo relacionado con la muerte, pero también hay otros que se supeditan a algo que ha conmovido o impresionado al soñador. Uno puede manejar conscientemente las derivaciones de un pasmo, sean soñadas o no, y sean cual sean…

En tal sentido hay que decir que en el libro se citan cuatro accidentes de los cuales los protagonistas salen con vida: O sea que no hay registro de muerte alguna. Pero vino el vado o la tregua antedichas: Roberto aterrizando: que si por romper las cabriolas de un hilo discursivo que por su desborde dislocaría lo esencial, y en lo esencial cabía la orla de una excusa (añadida) como la siguiente:

—Debes saber también que yo conozco de este asunto mucho más de lo que escribí y que es imposible que en un libro quepa todo sobre un tema. Además, nunca me propuse hacer una novela de tesis.

Discurso telefónico semejante a las conferencias que Dagoberto dictaba en el asilo al dizque estilo León Allacci. Sólo que ahora la disculpa forjada al «ahí se va» tenía cuerda enredosa o hartura de digresiones sin para qué, de tal suerte que Roberto volvió a interrumpirlo con un «basta, basta, no te estoy pidiendo que te lamentes», a bien de frenar tal jeremiada, misma que ya parecía rezo virtual. Regaños, en consecuencia, proferidos como si fuesen trenos muy de sobra. Sin embargo, fue el nieto el entremetedor de incitación para contravenir en lo que había quedado pendiente: aquellas preguntas en aquella ocasión…

Dos de veinte (recuérdese): una más pesada que la otra, porque la referente a las dieciocho veces de la aparición de la frase enigmática, débil por inducia (¿eh?, ¿se recuerda?), ni para qué insistir, empero la otra, tan capciosa y comprometedora, la contestada al desgaire: aquella de que cuándo un soñador se percata de que está desarrollando una fuerza telepática: a ver; y venga la descarga insólita: la enunciación de lugares cerrados, lugares abiertos, espacios enormes o pequeños (indicios de recurrencia), en los cuales aparece un buen número de personas: nunca hay demasiadas protagónicas, por lo general tres, cuatro, dos, y en tal sentido el soñador debe recordar a qué le da más importancia o mejor aún de qué hablan los que se atreven a hablar y con eso… Casi idéntica la respuesta de esa vez a la de la otra dada en directo en el asilo. Palabras iteradas reconfirmando una cantaleta aprendida durante… mmm… no era posible tal retención así nomás. Entonces ¿ritmo delta en la vigilia? Téngase lo demostrable: Roberto que se acordaba —a saber por qué— palabra por palabra de la tentativa de respuesta (aquella lejana), y aquél que la repetía tal cual sin añadir siquiera… Podría el abuelo sacar más ideas, pero…

El nieto dijo que ya con eso. Es que estaba girando su desconcierto. Es que la oreja pegada al cuerno le estaba doliendo. También lo sui géneris pertinente: Roberto alcanzó a oír otra voz: ¿la del servidor social?, la cual:

Perdón, pero ya se pasó de tiempo. Debe colgar.

Y Dagoberto colgó sin despedirse. Grosería, sin querer. Refuerzo adicional al desconcierto de quien no pudo formular otra pregunta clave, misma que era: «¿cómo fue que tuviese acceso a los libros

que versan sobre las conferencias de León Allacci?», y el sedimento decisivo: «¿a poco viajaste hasta la Biblioteca Vaticana para consultarlos?», y el último devaneo: resultón por inferencia: «¿a poco sabes italiano?». Para después lo comprometedor: Ah, mañana esos toritos en caliente. Resaca mientras tanto cuyo desenlace cogitativo fue el acicalarse muy de pasada para regresar a su oficina. Cierto: se complicaba la corrección de *El sueño ayuda a la telepatía*: qué añadir y qué suprimir para una metamorfosis bestselleriana. Lo bueno era que sus dudas serían aclaradas por Justino Macedo, más tarde, en el café, o bueno, mucho después.

En tal momento los amagos de incompletez: ¿cómo destrabar la estructura insufrible del libro? No era cosa de introducir rellenos magros o engrosados, que si anecdóticos o reflexivos, a una trama plagada de intertextualidad: esto es: con retazos de ensayo, de cuento, de farsa dramática, de moralejas al viso, de parlamentos al garete, si por ahí un intento de monólogo y demás lindezas que su conjunto establecían un caos repleto de prerrogativas sin desenlace, en fin: reescritura, aunque ¿dónde empezaba esa historia? Roberto recordó a Azorín, quien, inspirado por Chéjov, decía que lo importante de una trama era acceder cuanto antes al magma del conflicto y supeditarse nada más a sus efectos inmediatos, en el entendido de que a los lectores no les interesa lo que pasó, sino lo que está pasando. Tampoco importa cómo concluya una historia, incluso se puede plantear un síntoma de inconclusión, pero lo que sí es capital es que los efectos justifiquen plenamente las causas, o que éstas sean tan robustas que permitan vislumbrar efectos no suscitados a capricho, o bien consecuciones más o menos probables, por cuanto digresivas, siguiendo un medro, si no lógico, sí coherente. Pues sí, en teoría sí, bajo los cánones sí, pero en *El sueño* no, ni para cuándo. La verdad era que la inextricable novela tendía más a ser un galimatías sugestivo, un trasunto adivinatorio que ni el más pintado… Y de ahí el traslado al éxito de ventas… ¡A rascarse la cabeza!: Roberto: rásquese y rásquese, por ende. Empero: la opinión experta a las seis de la tarde, o al menos la calada o el introito, perdón.

La claridad entreabriéndose, el ansia de saber algo desde ya… Vayamos al resumen para destacar que Roberto como que quiso sepultarse en su privado. Gran cuadrángulo semipringoso. Espacio

para deambular cabizbajo, sin más motivo que la espera de la hora de la hora. Por lo tanto no atender los recios toquidos de la secretaria fea o del mensajero-intendente. Pobre puerta golpeada de más. Que le hablaba un señor equis, y luego otro desconocido, y otro y otro…

Desate de nombres: ringlera insulsa: lo dicho con voz rauca, en etapas, por la fuera de moda. De acá no contestar más que con un «está bien, está bien, gracias», sólo si escuchara «es el señor Justino Macedo»: cancelación de cita (lo peor ¡no!), o «es don Juan Bruno Farías»: junta urgente; bomberazo; pero no, por ventura, y, bueno, el caminante nervioso no se aguantó; como siempre excusándose salió dos horas antes. Comería un montón de bocados en La Revancha. Lector mientras tanto. Es que antes de llegar adonde debía hizo un gastazo superfluo: revistas, periódicos: vida muelle (gansa, de por sí) inclinada de relance a atiborrarse de tonterías mundanas: para matar el tiempo ¡con un gusto!: hasta… Se presentó a las seis con doce minutos el asesor editorial número uno. ¿Sonrisas?, más bien restire de labios por puro deber… y estamos.

En la mesa relucía la novela de marras. Charra edición con tinturas verdosas y azulosas. Nada que ver con el tema onírico, ¿o sí? Pareciera que Justino no hubiese visto ni siquiera de reojo aquello tan de plano virote. Su acción, durísima: de hombre de negocios, fue sentarse sin saludar. Frialdad y adelanto, ningún otro preámbulo cortés: ¿por qué?, y…

—Ayer colocamos un anuncio pagado en los periódicos (lo que no vio Roberto pese a leer mundanerías a pasto) relativo a la entrega de manuscritos novelísticos inéditos. Espero que ya hoy te hayan llegado algunos, o que los autores te hayan telefoneado. En fin. Todo cuanto te llegue deberás leerlo, así sean pilas altas o bajas. Ahora sí empezará tu verdadero trabajo. Serás el dictaminador más importante de la empresa después de mí…

La empresa ya tenía nombre: Ediciones El Faro, casi apócope del apellido Farías, ¿eh? De suyo, Justino se prodigó. Antes tuvo que aclararle al interpelado que estuvo a un tris de llamarle para concertar una cita, pero el adelanto oportuno: ¿quién buscaba a quién? Buscados, de resultas, hallados: ya platicando. Entonces la fecha y la hora tenían que ser ésas: por supuesto, y lo inverosímil, pero lógico, del —ahora sí— cafeteo trascendente.

De entre todo lo que soltó de entrada el soberbio señor se destaca lo de la preselección de obras. De diez escoger una, por ejemplo, con la aplicación de los criterios restrictivos de los manuales usados en Editorial Fronda, que si no los tenía a la mano, él se los proporcionaría de inmediato. Así Justino recordó de refilón ciertos códigos y no pocas fórmulas de composición dramática, pero también dejó abierta la posibilidad de que si Roberto encontraba una obra con propuesta novedosa, y desde luego atractiva, no dudara en proponerla.

«Novedosa», «atractiva», ligera, con cierta carga abstrusa, pero no llena de claves tendientes a interpretaciones metafilosóficas o metalingüísticas; sugestiva ¿cuánto?; expletiva, enfática ¿cómo?; con retorcimientos que a la postre se enderezaran; con estricta unidad dramática y a su vez abierta a insospechadas percepciones. Todo orientado al visto bueno supremo de quien dándole un sorbo pilongo al café agregó:

—En Ediciones El Faro deseamos armar una revolución mercadotécnica y literaria sin precedentes; más lo primero que lo segundo, porque nuestra intención es enseñar a leer a la gente de otra manera, y también entrarle más por el subconsciente que por el consciente… —blablablá.

Imparable el rollo diarreico tan befo como lábil y desarticulado en cuanto a fundamentos literarios (téngase que ningún editor, por más ducho que sea, tiene la fórmula idónea para crear un bestseller). De ahí que Roberto con una sola mano empezara a darle giros a *El sueño*. Lo verdoso y lo azuloso en revoltura fugaz daban un tono marrón algo coralino. Hipnosis al sesgo, útil para sofrenar a poco la perorata, hasta que sí, de plano, y cuando hubo un lapso mínimo de silencio, el asesor editorial número dos hizo este apunte pertinente:

—Este libro es el que le quiero proponer.

—Mmm, déjeme verlo.

Justino leyó y vio, tocando con quisquilla el volumen.

—El título es bien sugerente… Me imagino que el autor es pariente suyo.

—Sí, es mi abuelo.

—Se ve que la edición es bastante marginal.

—Así es, pero el libro es formidable. Me atrevería a decir que es

justo lo que Ediciones El Faro busca.

—Lo que usted propone es una reedición.

—Creo que sería una primera edición, dado que en su momento el libro pasó inadvertido… Me gustaría que lo leyera.

—¿Y su abuelo todavía vive?

—Sí, está viejo y está ciego.

35

Se llevó *El sueño* bajo el brazo aquel transportador hacia un derrotero medio previsible. Promesa de que el libro sería leído en una semana. Doscientas setenta páginas de apretada prosa. Nervios, acá, de quien se quedó todavía haciéndose pato con un café bebido a la mitad a puros sorbitos… El quedado pagaría. Pequeña inversión por el favor. Sin embargo, todo apuntaba hacia un viso negativo.

La mejor noticia sería que *El sueño* fuese objeto de una ardua corrección, sólo que ¿quién la haría? Cierto que hubo muchos escarceos. Justino leyó al azar dos o tres fragmentos mientras cafeteaba y no aventuró ningún comentario comprometedor, salvo cuando dijo: *Parece que el libro es rico en ideas*. Lo que no era un halago, tampoco una deficiencia. Sí una impresión vaga que en una semana haría tierra. Ideas —aunque— ¿conexas? Roberto cafeteó mucho más: de ahí hasta la medianoche; podía haberse seguido hasta el amanecer, pero poco antes de las doce un mesero le dijo que ya estaban por cerrar. Dibujos a la barata en un mantel desechable (mientras tanto): dislocados garigoles sin objeto, o por saturación tantas rayas encontradas traducían… ¿algún ritmo?, ¿bajo aquellos focos… otra percepción? Cuando Roberto abandonó La Revancha estaba chispeando en la calle. Llegó, eso sí, sabrosamente mojado a su coche. Agua providente o agua macabra —¿sería?— apelmazando, útil para percibir un augurio tácito: *No le gustará, no le gustará, lo creo difícil, pero qué tal si le resulta maravilloso*. Goteaban ya afuera (por decir) dudas y certezas, en concreto resbalaban sobre el parabrisas unas y otras como para intensificar más y más ambigüedades. Roberto conducía despacio, guiado por una sospecha que conforme el avance se ensanchaba, luego se apretaba. Lo que sí que no pudo dormir aquella vez… Tanto cafe ¿verdad?… Obnubilado, al amanecer, no esperó la

llegada de Patricia, sino que salió de nuevo rumbo a La Revancha, como si allí quisiera completar un periplo de ideas descocadas… más cafes de todo tipo, hasta una vainilla francesa ingirió, y bocados: sólo galletitas curras, de esas polvorientitas, las más con pupa de mermelada: cosa halagüeña, risueña, a bien de aminorar las atrocidades de su alma. Afuera seguía lloviznando, así pasó durante toda esa noche, y seguía tal terquedad: clima mañanero algo novedoso, invitador al recogimiento ¿casi? En tal estado de mediana duermevela Roberto no sabía si lo que hacía le estaba favoreciendo… más o menos, pero… Lo presentido… La pila de manuscritos sobre su escritorio; el abordaje ¿hoy?, ¿mañana?, ¿la próxima semana? Dilatación. Abulia. Téngase que la gente del café, sobre todo el cajero, lo miraba con (digamos) espina y escama, máxime que seguía dibujando garigoles en —¡claro!— otro nuevo mantel desechable. A diferencia de ayer ahora dibujaba mapas apócrifos: islas y continentes, algún país y algún punto (tierra adentro) como capital. Eso lo vio el mesero, el mismo de anoche: ¡trabajador de dos turnos!, por ende. Raro personaje inofensivo el cliente enchamarrado, que acaso de ahí en adelante vendría a diario… Bueno, como a eso de las once, enchamarrado (¿y qué?) llegó a su oficina. La crasa informalidad no decidora siquiera de un «buenos días» (o como dicen correctamente los burócratas, o gente parecida, «buen día») se topó con la pila de manuscritos anunciada, ¿imaginada?, sobredicha por intuición… Todo eso arribó ayer por la tarde, según decir de la secretaria cachetona, cuyo nombre no importa; y más de lo mismo seguiría llegando, era lo más probable. Tal presentimiento fue de aquélla. Y en cuanto al jefe: a leer, pero encerrado. Ordenó que no se le distrajera. La verdad es que ahora sí estaba lleno de sueño. Pues se durmió en la silla: una plegable, una cualquiera: ¡uf!: incomodidad para su trasero, no así para sus pies puestos sobre su escritorio: en calcetines, lo mejor. Sin embargo, tras la puerta del privado el advenimiento cual goteo imparable: los manuscritos (¡pas!, ¡pas!, ¡pas!: subidora la pila) flacos: la mayoría: poco menos de ciento treinta páginas; uno que otro gordo: rarezas de más de… ¡póngale usted! Es verdad que los autores deseaban intercambiar algunas palabras con el que suponían el supremo dictaminador: presentarse nomás porque sí, decir «hola, aquí está…» etcétera, pero la secretaria, atajadora, y fea como era, se

imponía; le bastaban dos frases: «Deje aquí su engargolado» y «por el momento el señor Pastrana no puede atenderlo». Formalidad consabida, reciclada cantaleta cortante, asaz efectiva. A lo que: si esos autores primerizos buscaban a Roberto se debía a que en el anuncio difundido en los periódicos se especificó que los trabajos habrían de entregarse en la oficina tal, con dirección tal, al señor tal, lo cual el susodicho no vio cuando estuvo en pleno hojeo: ayer, ¿se recuerda? Pero lo de hoy (ejem): en un momento posterior de la mañana Roberto se desperezó sólo para ir a recoger la pila recién llegada. Acarreo pujador y cierre. Adentro, contados uno por uno tales legajos, el futuro lector sintió bastante repelo. La suma era de veinticinco, más los que se agregaran… Carga. Ojos búhos. Malevolencia crítica para hacer deslindes en la pura superficie ¿escritural?, ¿conceptual? Bah, deshacerse de cuánto en un santiamén, y con roña, o acorde a su estado de ánimo soñarrero. Nada de esas dos pilas tenía mérito, por la razón que se antojara. Así que a volar toda esa cagazón literaria… Ya dormir con delicia… Empero se acordó de lo dicho en el café por Justino. Semana con semana éste iría a recoger por lo menos quince dictámenes: cada cual debía constar de dos cuartillas bien tupidas de justificaciones. El porqué se le rechazaba o aceptaba debía incluir las fallas o los aciertos esenciales en cada caso. El número quince cuesta arriba. Esto es: lectura de tres libros diarios, incluidos sus sesudos dictámenes, o… no tanto, porque serían dictados a la secretaria para ¿ahorrar tiempo? De todos modos, en teoría, ella y él debían permanecer en la oficina hasta altas horas de la noche, no el mensajero ¿para qué?, éste podía irse a las seis pe eme: ¡ganón!, pero también qué sueldo tan bajo el de él. En fin: el agobio de letras sobre letras haciendo —¡ojalá!— una inmensa ensalada de ideas o de situaciones fascinantes: lo óptimo deseado ¡nunca!, ya que Roberto preveía que se iba a meter en un marasmo de debilidades: cuantía de historias flojas, estomagantes, de seguro, porque de emplear su más inflexible rigor, de cien obras tal vez una se salvara, y lo peor, en consecuencia, sería que de tanto leer se quedara ciego, como su abuelo. A partir de ese vislumbre Roberto quiso comunicarse con Justino para decirle que considerara lo de los quince libros semanales con sus quince dictámenes. Era demasiado: una locura que amenazaba con retorcerse hora tras hora como para

aullar con rabia sólo por estar haciéndose pelotas seguidamente y al cabo de una semana no saber cuál historia correspondía a cuál libro y entre más manuscritos entregados menor precisión en el fallo. Un freno de entregas, un tope semanal: la crasa sugerencia que quizá pegara: esta (a ver): cinco libros con sus dictámenes bien hechos, en la inteligencia de que el monto engrosado de rechazos sería al diez por uno; para qué leer tanto si… También en el inminente telefonema Roberto pediría auxilio, con sutileza ¡claro!, arguyendo que para darse abasto necesitaba más dictaminadores, o asesores editoriales, como se decía en la nueva empresa con dizque corrección y minucia. Entonces de paso preguntarle por Prudencio Gordoa Herrera y José Omar Hernández, ¿qué había sido de ellos?, que si serían recontratados, ojalá no porque eran obtusos, que si retobados, que si con cerebro de cochinilla ¡de plano!; más bien preguntarle si tenían claro el perfil de un asesor editorial, un licenciado en letras ¿o qué?, para el trasiego venidero; también hacían falta más secretarias… Quiérase la enjundiosa elaboración mental que ya estaba durando pongámosle una hora, una de no lectura. Así pues: cuando Roberto levantó el cuerno para arremeter le surgieron unas tres dudas; la más importante fue que tales exigencias no iban a proceder por el momento. Cosa directora… que sí… que no… o cuándo ya… Cierto que asesores editoriales… tres, cuatro… o bien, otra propuesta quesque de a tiro conveniente: no hacer dictámenes más que de los manuscritos que fuesen aceptados: ahorro de energías para no hacerla de vampiro cotidiano, lo que habría de redundar en un envilecimiento que… ni por asomo, ¿eh?, una quiebra espiritual de por vida sería eso de argumentar acerca de lo que no gusta; que para qué pasársela libando sangre ajena. Sin embargo ¡nada! Recule de súbito, y aguante. Es que primero Justino tenía que redondear su opinión de viva voz sobre *El sueño ayuda a la telepatía*. Si el libro era aceptado, Roberto, entonces, podría volcar toda su sobrecarga petitoria; de lo contrario ¿qué?, ¿la mudez del esclavo?, la prolongación sufridora de quien —había que asegurarlo para mal— se quedaría ciego al cabo de un año de abrumarse de letras. Tampoco eso —pensándolo con detenimiento—, siendo que un asesor, como él, tenía la obligación de proponer pertinencias y ajustanzas acordes con la buena marcha empresarial (color de rosa).

Y ¡al ataque!, sin más, se puso a leer, ¡ni modo! Cogió uno de los manuscritos de hasta arriba (había dos pilas, se sabe) y ahora sí la dificultad de empiezo para internarse en una supuesta selva de palabras: avance para sécula: y escrúpulo a tientas, regodeos en párrafos sin carga fática ni expletiva, sin embargo ¿corrección?, ¿algún señalamiento con lápiz?… Eso nunca, porque: cierto: en vez de interesarse por los aconteceres de la equis trama henchida de estrapalucios, ya estaba formulando estratagemas (válidos o no) para subsanar el rechazo: de una vez, o sea: ni una hora de lectura. Preferible el despacho cínico, por sus pistolas, o porque no estaba de humor, ¡¿qué tal?! La importancia de su juicio residía en lo sustancioso de su malsana catadura intelectual. Pues sí: lectura superficial revestida de argumentos sólidos ya avenidos, agenciándose también ideas válidas para que su intuición detectara chispas (¡y caudas!) en contra, por supuesto. Por ende: si en tal manuscrito merodeaba algo notable de principio a fin, bien podía descalificarlo nomás por pereza. Este no y aquél menos y: paso siguiente: el dictado. La secretaria: lista y ¡vámonos!… De cumplido los tres fallos de rigor. Mañana debería ser igual, y la treta se resume así: antes de la hora del almuerzo: calcúlese por ahí entre las dos y media y tres la tarea estaba concluida. La vuelta por la tarde: un rato nada más: redomada eficiencia. En conclusión: mensajero, secretaria y asesor editorial se iban a las seis pe eme, cual debe. Una semana así y, pues bien, tras jalar más desvergüenza a sus empeños, Roberto, la verdad, sí que a diario estaba ansioso —ahora sí— por ver a su adorable sirvienta, quien no pudiéndose ir hasta que él llegara, debía estar tronándose los dedos: no limpieza extra; no iniciativa como ser la preparación de un platillo exquisito por mor de una sorpresa que derivara en sonrisa de agradecimiento por parte del que venía medio turulato o medio ensimismado. Valga este ejemplo como otros al viso: más ropa seca lavada con fe, o más brillo en paredes y piso y de más; lo que no: sino: desamor, indiferencia, ganas de huir; en tal sentido Roberto llegó a una determinación que (usted juzgue)…: mientras Patricia viniese de lunes a sábado él tendría oportunidades de acercamiento salaz; lentitud de noviazgo sui géneris, que de no darse, aun de modo correcto, como estaba ocurriendo, sería pura y lozana ilusión, pingüe entretenimiento que, de suyo, le daba vitaminas para

reforzar un, quizá, agrio deseo, el cual: que ella lo tentara adrede: cualquier roce acompañado de una sonrisa ¿lasciva?, ¿cándida?, entonces ahora sí besos, largos besos, tantos o pocos, ¡claro que también algunas caricias!, pero hasta ahí, porque nada todavía de ¡fuera ropa!, y mucho menos nada de cena en un restaurante de lujo, ya no, o mejor luego… Por lo pronto la huida tras la llegada. Sin problemas, sin pretensión. Parodia, no obstante, el beso en la mano, eso dos veces. Rapidez de acomodo: plante superfluo. Beso dado a una casi muñeca de carne, que a lo mejor… Beso-emblema, saliva-recuerdo, y ella con la ilusión a poco, y él sin más ansia que el dejo complaciente. Tan fría mecánica, porque, como se dijo, tenía que ser Patricia la de las propuestas tiernas, cachondas, o ¿qué más?; fueran como fueren: roces de piel, palabras, y ahora sí: cierre de un episodio a cercén, para dar paso a otro, invitador de un vuelco hacia atrás. A lo que (veamos): en su época de estudiante universitario Roberto leía dos libros diarios: ergo: españolerías a pasto: que Pérez Galdós; que Clarín; que Azorín; que Pío Baroja; que Juan Valera; que más hacia atrás: el atáxico Fernández de Moratín, con su chuloso *El sí de las niñas*, hasta llegar a lo cimero: *El Quijote, El Mío Cid; La Celestina, El lazarillo de Tormes, Cárcel de amor, Hora de todos* y por ahí iba en zarcillo la retahíla bizarra, cuyo aterrizaje (postrer) en la «mucha poesía», cual foco hecho de trun o arto, o de catalufo chispeante, lo embebían tardes completas, mañanas completas, y también durante noches de potroso desvelo. El asunto que aquí se destaca estriba en que Roberto compraba con frenesí sus tantos libros para que una vez leídos: ¡ni modo!: a venderlos a mitad de precio; nunca una biblioteca personal: riqueza de polvo y polilla: ¿para qué un torrencial embutido papelero si sus padres a cada rato se cambiaban de casa? Maltrato a la masa de letras, inevitable. Mejor vender para comprar novedades hispánicas nomás, pensado que todo libro podía ser sustituido por otro siempre y cuando se leyera a fondo, si no no. Ninguna casa pobre tenía posibilidades de servir de almacén. Los libros —estorbo sublime— debían circular como moneda corriente. Se reitera que de casa en casa las lecturas atentas, de ser posible línea tras línea, tratando de memorizar cuánto (con aplicación de relecturas: lo gustable y degustable: mayor temporalidad para consigo, por supuesto), si no no, y luego que se fuera a volar lo inservible porque otros vuelos

arribarían adonde con atención había que entrarle al arte de veras fehaciente, efectivo. Además, vender recomendando con conocimiento de causa equis maravilla, lo mismo que comprar prodigios… Cuál tino, cuántos desatinos… Todo en vuelo, pues… Porque, bueno, el dinero también sirve para otros… prrr… Dejemos trunca la perogrullada para pasar de inmediato a lo que compete a un lector de verdad. Cierto es que a Roberto le costó trabajo deshacerse de algunas obras maestras (no bestellers, ¡ojo!). Pensar en —¿por qué no?— la posesión: burguesamente próvida siempre: lo mío, mío, mío, que si ya lo fue, por lo cual: hacia el mundo los primores ¡fuera!, por ende, y lo hizo, sin desprecio; que por amor al prójimo (¡qué bárbaro!), lo hizo bien, por una buena raja (si no no); o mejor dicho, para bien de la cultura; a ver quién leía aquello tan merecedor de degustación. Azar de azares. ¡Claro!, le dolió, pero… En cambio su abuelo sí era acumulador de libros, incluidos los de su autoría; lo malo y lo bueno en retaque, a sabiendas que el mierderío literario colma casas y bibliotecas mientras que lo de veras relevante ¿qué tanto abarca? De todos modos en cada cambio de casa a Dagoberto se le extraviaba algún volumen querido, o si no se dañaba, piénsese en páginas desprendidas o lomos maltratados que ya para qué. A esto se agrega la peor frustración reciente: la ceguera: ¿que por tanto leer? Toda aquella biblioteca personal derrengada representaba un real estorbo para sécula. Inania que… Situémonos, tras estar dictaminando aquellos flacos manuscritos (tanto material desechable de facto y a la postre) de soslayo Roberto diseñó una estrategia harto mañera: si Justino Macedo le daba el visto bueno para su publicación a *El sueño ayuda a la telepatía*, estaba en posibilidades de vender la estorbosa biblioteca de su abuelo, no sin descartar que todos esos libros podían ir en directo a la basura. Sucumbir a la tentación: ¡fantástico!: dando y quitando, o viceversa, pero después de… La gloria eventual contra la inania de por vida. Lo vendible por lo vendible. El libro publicado como embudo que absorbe un caudal de lecturas que ya no. ¿Que si biblioteca reciclable?, ¿al respecto usted qué piensa, querido lector?, ¿querrá usted apuntar sus comentarios en los bordes de esta página?

Lo que viene a continuación es la entrega de los quince dictámenes: los primeros en la semana de empiezo: lo acordado. En

las manos de Justino la estranguadera argumental que habría de traslucir (sin grandes fundamentos) las categóricas causas del rechazo. Ninguna novela fue aceptada (pero tampoco ninguna fue leída, con interés, con mínimo miramiento receloso, respetuoso). Las mañas críticas empezaban. El juicio lapidario, o cuando menos abstrusamente golpeador.

En definitiva lo redicho: Roberto endureció su plan: si no era aceptado ni susceptible de corrección el libro capital de su abuelo, de modo sistemático él rechazaría todas las pilas de manuscritos que llegaran a su escritorio. Acaso de cincuenta nada más uno sería publicable, no sin dejar en claro ciertos asegunes en contra: ¡sí!, todo el rigor prepotente, quiérase maduro por peteneras, traducido en revancha sin fin. De suyo, eran, a la sazón, elucubraciones defensivas que empezaron a torcerse cuando Justino, como si le hubiese adivinado el pensamiento, le propuso ir a La Revancha: La mediana sonrisa que exhibió traslucía una ¿mediana buena nueva? *Necesito platicar contigo*. Sobre *El sueño* —se infiere— ¡albricias! Tal entrevero de acertijo. Y se fueron en sus coches. Puede también inferirse lo del sometimiento al café —que en esa oficina no había— para palabrear largo y tendido. Plática parteaguas, como plomo derretido: ardor rumbo al frescor. Pero antes el aviso a secretaria y mensajero, quienes hombro con hombro cual títeres de teatrino y mostrando delanteramente sus caras deseosas (cuatro cejas delgadas, bien paradas) escucharon esto: *Ya pueden irse a sus casas*. Luego la sabrosura allá: sentarse y pedir dos capuchinos con harta canela: que hasta que vinieran sobrevendría el empiezo; ni para qué soltar prenda antes del primer embate chirris de espuma dulce: Justino haciéndola de emoción y Roberto con su cabeza móvil viendo por doquier: más vistas al mesero a ver si pronto y —¡uf!—: pequeña tardanza que pareció asaz minutera, como estire de revés, pero hubo límite: bebida de ambos por fin, tras lo que —¡vaya regodeo!, ¡oigamos!—: *El libro de tu abuelo es una maravilla. Será un exitazo. Lo leí dos veces. Estoy fascinado*; De ahí devino el escurrimiento gozoso que señalaba como punto de partida un lanzamiento editorial fuera de serie, con publicidad en prensa, televisión y radio, amén de espectaculares anuncios publicitarios en la vía pública no sólo en esa ciudad sino en las principales del país. También vía internet una campaña agresiva,

enllegando a una cuantía de correos electrónicos cuya lista aumentaría día con día. Que según esto sería una explosión sin igual. Que al respecto ya había hablado Justino con Juan Bruno Farías y que éste estuvo de acuerdo en invertir dinerales para el logro mercadotécnico: *Ya lo verás, ya lo verás. Será una verdadera revolución cultural en la que tú intervendrás de manera decisiva. Tendrás, eso sí, el respaldo de gente experta en estas lides que en los próximos días contrataremos…* Y blablablá. PERO… Las preguntas en goteo: que dónde estaba el autor; que deseaba conocerlo el

mero-mero

y él, por supuesto; que si era verdad que estaba ciego, mmm, eso significaba un detonante publicitario para establecer que se trataba de un rescate literario sin precedentes. Cierto: aquello era una injusticia del tamaño de la magnificencia del arte, pero como ahora entraba en juego el revuelo delirante de la mercadotecnia, todo iría de subida con tan soberbio aparataje… Más capuchinos, otros dos, y galletitas con copeteo amermelado. A celebrar dulcemente. Luego habría una celebración con alcohol: zumba inolvidable. Empero, mientras tanto, el monólogo continuaba: aunque, ¡claro!, hubo cuñas entremetidas: las respuestas sucintas de Roberto: que su abuelo estaba en un asilo: ¡de lujo!, ¿eh?; que primero tenía que darle la noticia y luego lo demás. También le dijo que su abuelo daba conferencias sobre los ritmos del sueño en ese paraíso. Modo de ejercicio para su vasta memoria. En fin, el esplendor por venir; que no estaba en las últimas (puntual aclaración), sino bien sano, con sobrada energía y tralalá; y así, hasta que vino —era necesario— la pregunta osada —se intuye— del nieto: *¿Y no se le va a hacer al libro ninguna corrección?* A lo que (caray): ninguna, ¿eh?, NINGUNA. Incredulidad. Milagro (asu) artístico y comercial, ¿qué tal?, o sea…

—No hay novela perfecta —soslayó Justino—. Además actualmente, con los renovados y agresivos métodos de publicidad habidos, cualquier novela endeble, pero sugestiva o excitante, puede convertirse de la noche a la mañana en una obra maestra; la de tu pariente lo será porque habla de las funciones de los sueños, que en materia de ficción resulta un atractivo harto aprovechable también en materia de publicidad, misma que irá en aumento a

partir de la aparición del libro.

Más adelante, Justino sentenció que la gente se guía *por lo que ve*: ergo: *por el relumbrón*: ergo: *por el espectáculo de la cultura*. Y en un escurridero informativo ya final dijo que, en efecto, el libro tenía una notable carga de deficiencias: lagunas, cabos sueltos y transiciones mal hechas, amén de una muy floja unidad dramática, pero que el personaje de León Allacci lo llenaba todo, tanto que incluso no podía descartarse la posibilidad de que Dagoberto Pastrana hiciera las veces de conferencista, como en el asilo, al igual que aquél, para acabalar lo faltante; que apareciera, asimismo, en la tele para recibir preguntas del público (un programa semanal, por ejemplo), o que realizara varios chats por internet y mediante publicación vistosa en la prensa para abundar lo más posible sobre el tema del libro. Incluso, aprovechando el revuelo, podía publicarse una serie de cuadernillos que se titulara *Aclaraciones sobre las dudas esenciales que despierta «El sueño ayuda a la telepatía»*, o algo parecido, cambiando de título a cada entrega y, bueno, primero el número uno, y casi de inmediato los números dos y tres, y así hasta completar unos diez. ¡Claro!, también el autor debía dictar conferencias dos veces por semana en espacios muy identificables y de gran afluencia y, ¡uf!, todo con gran despliegue publicitario y…

¡Alto! Más delirio no. Es que Roberto alzando la voz sólo dijo: ¿Y LA FRASE?; ¿cuál?; esa que se repite dieciocho veces; ah, sí, pero eran menos veces, ¿o no? Entonces: revisión tras sospecha. Ahí estaba a la mano la maltrecha edición marginal (a ver): inducia detectadora, minuciosa, porque hojeando: ¡UY!, eran quince completas. Téngase buenamente: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo que ha de extinguirse*. La cabalidad palabra por palabra. Pero he aquí la extrañeza gravitante: en tres ocasiones a Dagoberto Pastrana se le olvidó poner la subordinación final: léase: *Soy el que está allá. El intangible. El empujado a ser un signo*. Nada más. De modo que valiéndose de eso acrecentar el magma del misterio ¡para mayores ventas! Garlito (o sea): quién lee bien y quien lee mal (Justino leía filosamente), o quien lee por encima deseando al sesgo una escritura ¡por encima! Otra excelente razón promocional, por supuesto asaz explotable. En fin: hartazgo de capuchinos que derivaron en tres idas al baño de cada quien, no

una cuarta porque luego de tanto escurrir (dicho en el sentido que se quiera) sobrevino la despedida bajo la advertencia de Justino de que seguirían viéndose para matizar aspectos (también con Juan Bruno Farías) aún no previstos. Así que ¡venga el risueño adiós! Abrazo algo exprimido y, otrosí, lo importante fue que Justino pagó la cuenta: por celebración de empiezo, de una buena vez.

Luego ¿qué decir del traslado al apartamento?: Roberto llegó canturreando; que si con ganas de inventar más y más escalas musicales, lo que hizo poco antes en medio del tráfico: recreo feliz de ritmos: en la vigilia: el delta: un refilón: impacto por etapas. La cosa fue que Patricia lo oyó tararear como nunca antes: ¿qué le estaba pasando?, también lo extraño fue que en vez de saltar como antes, el susodicho cogió de la cintura a la acinturada ¡y a bailar!: mal, ¡que sí!, porque cómo debía seguir ella tales pasos; de suyo: ¿qué hacer?; pues —¡ni modo!— dejarse: canturreo y baile tan faltos. Y de pronto el besote en el cachete; beso peloto el de él: con saliva frenética: ¡oh sorpresa! Luego tal boca buscando la boca anhelada, ay, al alcance: exigua duda apenas, a lo que Roberto, precavido, preguntó:

—¿Me aseguras que si te beso en la boca no vendrán tus hermanos a golpearme?

—No… este… No había pensado en eso… Este… mmm… No le diré nada a nadie.

Entonces ¡órale, qué bueno!

Y fue así como sirvienta y patrón se besaron muy largo en la boca, satisfactoriamente.

Pero nomás eso. Otro día las caricias salaces: con arte, con lentitud quizá.

Indicios de sabor. Nacimiento que ya, que si luminoso. Y, bueno, aquello debió ser —¿sí o no?— una despedida emocionante.

36

Figurita: tontería: coloración: lo probable ya a punto; y mientras tanto lo visto: mero aprecio: un viento cruza la cima de una loma cual rugido insaciable y, además, como que adivinador de peripecias, tras lo cual lo sugerido vendrá, tendrá que aparecer pronto, pero… la espera (acá el divisadero): y al cabo de tres minutos: por fin: de las entrañas de la loma emerge con los brazos en alto ¿el ciego?: aunque, de suyo, se distingue como una coloración azul que el viento no derriba. Figurita que recio está gritando ¿frases inentendibles?… La espera acá, entonces, hasta que, con todo el pecho, clama algo concreto: *¡Vengan!, ¡suban!* Y tomándose fuerte de la mano Patricia y Roberto (muy novios) obedecen, van. Será dificultosa la escalada, sobre todo si continúan con su agarre: dedos entrelazados, truenes incluso, estires, pero firmeza… Lo dicho: no se sueltan, por ende: batallan, pero pronto descubren un hacer que les beneficia: en primer lugar el trepe de él: sus pasos por lo escarpado de la pendiente y así el jalón hacia arriba será más fácil para ella.

Sin embargo la tardanza, el sudor de los novios… también en sus manos: amagos de resbale, nada más… y nada menos, lo que sí que llegan a la cima exhaustos, palpitantes: aunque no encuentran a Dagoberto. Ni figurita ni tontería colora…

Se les antoja, por sentirse y saberse airosos, divisar hacia abajo y, en efecto, a punto está el ciego de pisar la planicie. Si hizo lo que hizo entonces sí está viendo con ojos de venado (por decir) o de algún animal casi igual. Lo importante es que desde abajo grita: *¡Vengan!, ¡síganme!* Y los novios obedecen, descienden con verdadera dificultad. Por delante Roberto: su cálculo: sus pasos; su miedo (de por sí) contra el de la muchacha, quien, luciendo una de sus tantas minifaldas, de seguro debe preguntarse: ¿por qué estamos

haciendo esto? Cosa de órdago la tardanza mayúscula: lo táctico de ir bajando… Con sumiso horror visto y revisto cada detalle al paso, para no despeñarse junto con tierra y piedras.

Por fin están abajo. Sólo que al contemplar el panorama no distinguen el ir de Dagoberto. Figuritas hay muchas, pero cuál es la buena. Briznas de un espejismo que aún no se establece al antojo de ellos. Lo perdedizo flota… falsedad pinturera… Y, lo peor para colmo, deja de oírse la voz incitadora. Tendrán que caminar tomados de la mano por cualquier rumbo: ¡oh tino!, y… pues… Optan por regresarse, ah, pero rodearán, aunque caminen harto, la tal loma clivosa… Sí, ya van, ya se regresan, pero ¿a dónde? Fracaso cabizbajo: momentáneo, eso sí, porque, como si fuese un ánima estantigua aparecida, les sale al paso Dagoberto: *¿A dónde van?*, pregunta. ¿Para qué responderle? Más bien ponerlo en jaque con esto: *¿A poco recobraste la vista?* Y él, titubeante, sale con que no, con que sigue estando ciego y así seguirá hasta que muera. *¿Y entonces cómo es que pudiste bajar de la loma?* A lo que: he aquí el desparpajo: *Pues ya ves*… O sea…

La magnitud se desplaza. Hay una invasión de resonancias que a poco se estrecha para perfilar entre penumbras una senda. De entre tanta enormidad sólo ha quedado un reducto: cual digresión (viento: adivinador de peripecias… por detrás) empujando, y sí: los tres avanzan mudos entre un redor selvático: opresivo, confuso, pero ante todo bello; belleza que acaricia con hojas y ¡con luz!; exuberancia en vilo que, empero, traza un rumbo: hilo casi en torsión, de tal suerte que los tres deberán avanzar en fila porque si no más adelante en vez de las caricias de hojas sobrevendrá el rasguño de espinas y, yendo, como se dijo, serán mucho más fáciles los esquives forzados, de ahí que sin ponerse de acuerdo Roberto lidera la fila. Hasta atrás va Patricia. Basta con ese dato.

De pronto a Roberto se le ocurre voltear hacia atrás y no ve a su abuelo ni a su novia. Temblor. Ascua. Parálisis. Luego lamento. Con decir que se le está saliendo una lágrima al susodicho caminante delantero. De hecho ¿qué hacer?, ¿buscarlos? Mejor la espera (viento: adivinador de peripecias… ondulante rugido); viento que hojeando trae una voz reconocible: *Se-rá un e-xi-ta-zo*. Ah, sí… Entre la espesura se abre paso Justino Macedo, mismo que dice: *Ya llegué*. Los dos asesores se abrazan, están felices de verse en esa

coyuntura, rodeados de vegetación. Pese a no ser la persona indicada, Roberto le pregunta a Justino si acaso ha visto por ahí a su abuelo y a su novia, a lo que: calíbrese la respuesta: *A ninguno de los dos los conozco, pero si quieres los buscamos*. Buena propuesta, aunque agotadora: seguir, regresar… Mucho antes los gritos que los pasos sin rumbo: contrapropuesta de Roberto, y ¡juega!

Artilugio de invocación el sostener en largo la voz: *¡Da-aa-gooo-beeer-tooo!, ¡Paaa-triii-ciiiaaa!* Con redoblado ímpetu la siguiente vez donde las vocales se alargarían como medio aflautándose. Cuestión de imaginar el destemple cruzando la espesura. Téngase también al que secunda harto gargantón. Más potencia, pero ninguna respuesta gritona ni del abuelo ni de la novia. De hito en hito más y más a todo pulmón: como rociamiento. Y pues no. Entonces descanso y pesadumbre, de esto último algo más: que no podrá crecer tanto debido a que Justino declara enfático: *¡Me voy!, ¿quieres seguirme?*, y Roberto contesta: *¡Sí, te sigo!* Así el avance es rápido, delicia inexplicable entre tanto verdor que, en efecto, rasguña y acaricia y excita.

Van los que van, dizque asesores editoriales, con el afán de salir de aquel enredo que parece estar encarnando una monstruosidad agresiva y, a Dios gracias, de nuevo la planicie, donde, plateada por la luna la lejanía deja escuchar tronidos y risas, y, sin dar crédito, Roberto ve que vienen nada menos que su abuelo y su novia tomados de la mano: figuritas ¡ya casi!, o bien coloraciones, o tonterías apenas azuladas que el viento no derriba. Deberán de crecer los celos de Roberto… ¡desde luego que sí!… En fin, medio kilómetro de acercamiento: comprobación: de paso, y enseguida breves presentaciones. A Justino le da un enorme gusto conocer al autor de *El sueño ayuda a la telepatía*, por lo que de sopetón espeta: *Su libro será un exitazo*. Sin embargo añade: *De verdad lamento tener que irme, pero ojalá mañana tenga oportunidad de conversar con usted en el café La Revancha. Si acepta mi invitación allí lo espero a las cinco de la tarde*. Pues qué poco enterado está este señor. Desde luego que Dagoberto no irá, por la sencilla razón de que está ciego ¿eh?, y por lo tanto he aquí la respuesta alrevesada: *Creo que es usted el que debe ir al asilo. Allí*

estoy para lo que guste. ¡Achis!, sí, de veras: por deslinde eso… Es que a Justino le cae el veinte de la ceguera de aquél: *Sí, perdón, iré al asilo mañana mismo*, siendo así que el asesor editorial número uno se va, se hace chiquito: ¿azul?

Rapto por transición (viento adivinador que empuja): quiérase transición como defecto porque el subconsciente no ha tomado en cuenta algo de antes, y después sí, y es esto: a Justino no le había gustado la presencia de Patricia. Cuando los cuatro se saludaron él hizo una mueca de disgusto al tiempo de mirarla; es que supuso que ella no era culta, a saber por qué, ¿por la facha? Puntual aclaración: la gente culta no necesariamente anda bien vestida; ¿por el tono de voz? Tampoco la gente culta tiene un diamantino o armónico timbre de voz; ¿entonces? Quizá fue una misteriosa percepción, un indicio oscuro, hijo, al cabo, de una evidencia: signo-lucero: final, terrible, tanto, que acaso por eso Justino se fue. Y ahora sí la voltereta… penumbras, encierro, silencio que turba.

Ahora están Patricia, Dagoberto y Roberto sentados a una mesa desvencijada, en sillas endebles, algo crujientes. Veámoslos como tres mudos peleles cuyos hilos provienen de un techo con roturas donde cuántas manos y crucetas hay, habrá: a contar, ¿o no? podrán ser seis y tres, respectivamente, o más de aquellas y las otras (imaginarias), o de plano ¡nada!, o una rara pega de hilos en los carrizos: ¡ándale!: porque los entes de abajo permanecen inmóviles. Enhiestos, de veras, inexpresivos…

No tanto, dado que (como si pasáramos a la siguiente página) Patricia sonríe, la sigue Dagoberto. Hay una extraña empatia entre ellos; se puede inferir que están a un tris de confesarse un secreto gracioso —que si cosas de amor discrecional—, y desde luego alarmante para Roberto, que los mira con ira. Se evidencia, pues, lo que está siendo entre que abstruso y emotivo. Patricia es la que toma delantera: dedos entrelazados luego-luego. Dagoberto se deja, le hará bien, y allá él, porque: pronto vendrá el abrazo: o sea que ¡¿ya son novios de verdad?!, pareciera que sí, porque ha quedado claro que ella optó por el ciego en virtud de su fama inigualable; de que su libro raro penetró en las conciencias de miles de lectores, y a saber los que faltan. Por tal razón Patricia se dirige a su ex novio para escupirle esto: *¡Largo!, ¡vete de aquí!, a él es al que prefiero*. Lo prefiere (ejem) aunque esté ciego, bueno, así es la vida, o así es

la gente que no tiene la menor idea de lo que gana y de lo que pierde. Lo saludable del caso es que Roberto se retira sonriente. Se encerrará en un cuarto opresivo, pero con excelentes acabados. ¡Vaya!, lo que parecía una casucha rústica, al cabo de andárselas metro a metro, se convierte en una casona con infinidad de estancias y pasillos y escaleras largas y cortas y jardines triangulares (¿tres o cuatro?) enormes y dos piscinas cual círculos mágicos y si Roberto en vez de encerrarse opta por vagar por aquella magnitud, tal vez en los innumerables cuartos o entre el follaje encuentre a mujeres mucho mejores: cosa de tantear, pero se encierra entre las antedichas cuatro paredes opresivas, es que allí hay muchísimos libros: pilas y pilas; es que en tales circunstancias ponerse a leer le resulta harto placentero. Sólo que antes, tras hurgar abriendo páginas al garete, comprueba que no hay allí ningún bestseller, sino: puro asunto trabajoso: filosofía cual entrevero de más filosofía. Rigores y adustez. Ni libros de historia ni poemarios. Nomás filosofía. De paso debe aclararse al respecto que no hay libros de ningún pensador latinoamericano ni español. En cambio, a granel, figura gente sajona, teutona, eslava. Ni un francés siquiera, ni un africano, ni un solo chino, o cuando menos un árabe: ¡no!; en sí: frialdades con rumbo, etapa por etapa la progresión mental adivinable ¡DE FACTO!, por lo que Roberto se impulsa para perderse entre la selva de ideas. ¿Cuánto avanzará? Sin embargo no, dado que conforme va entrando se incrustan en su cerebro ciertas frases que Justino soltó durante la última conversación en el café La Revancha: *En el libro no es explícito el asunto de la telepatía, pero para eso organizaremos las conferencias que dictará tu abuelo*. Gran laguna con agua turbia: en efecto. Otrosí: el remedio: el parloteo monomaniaco en un lugar público: a contracurso: sutilezas por aclarar, y el reto: qué engrosar y qué no. *En mi opinión el personaje de León Allacci es bastante nebuloso. Aun siendo atractivo en términos dramáticos, de él falta muchísima información… Pero para eso serán las conferencias*. Revisando libros y hojeándolos Roberto se topó con la *Crítica de la razón práctica*: tal garlito —asaz derivativo— de Emmanuel Kant: entrarle con temblor. Y a las veinte otra cuña: *Nunca queda claro cuáles son los límites reales de cada ritmo del sueño*. Mucho pedir.

De ahí que Roberto especulara sobre la cuantía de conferencias que su abuelo dictaría: ¿cien?, ¿doscientas?, ¿sobradamente más de las que pronunció León Allacci? Téngase, por deslinde, si el estado de salud del abuelo daría para tanto. *Tampoco queda claro qué diferencia hay entre telepatía y premonición. Pareciera que son lo mismo*. Con esos asaltos tan incisivos e inquisidores qué esperanzas que Roberto pudiese concentrarse en esa tan rigurosa lectura o en cualquiera. Lo que devino fue que ya no hubo frases ni empeño leedor, sino desvío…

Prisma difuso, de salida, como ilusión óptica: móvil: interposiciones amarillentas que atraen a Roberto, quien se decide a vagar. Abandona el cuarto con la sensación de que habrá de descubrir lo mejor de lo mejor tras dar unos veinte pasos por una vereda que se ensancha y como que no se alarga, una recién aparecida que más allá se anda oscureciendo; y el avance inseguro de éste: su terquedad, no obstante… Es que el descubrimiento presentido… Por fin halla en repuje un círculo, si no amarillento sí más o menos caqui, en el que Patricia y el ex escritor están mirándose: ella totalmente desvestida; él todavía no, sí el síntoma: ya pronto se desabotonará la camisa y enseguida —habrá que verlo— se bajará los pantalones. Lo que sí es que no hace ningún intento de nada. Allá él. Es que en esos momentos de pasividad ella le dice: *Siente mi desnudez*. ¿Pero cómo va a sentirla si él no se atreve a tocarla? Roberto querría detener con su pensamiento las manos de su abuelo. Manos (quizá) desvestidoras de sí, antes que tocadoras de aquello suave color café. Y pasan dos, tres minutos y la sacrosanta fijeza, sólo miramientos cautelosos, a poco figuras ensombrecidas: más, más, acrecentadas en un rectángulo; estatuas… ¿con ganas? Pero no hay pegue de cuerpos ni manos que busquen. Lo más seguro es que así se queden o incluso más tarde Dagoberto podrá recular, a sabiendas de que su miedo fue superior a su deseo o que en verdad no hubo esto último, además de que ese rectángulo era apócrifo para Roberto, debido a que tras avanzar cinco pasos ya nada, ya borrazón, pura sospecha: consecuente; y empuje, de todos modos: pasos y más pasos aquí en lo oscuro hasta percibir cierto ronroneo del viento. De oídas, también, el chupeteo besador de Patricia —paseo de lengua en la otra lengua: ¡oh suavidades salivosas!—, ¡uy!, se están besando ella y su abuelo. ¡Qué gacho!

Tal deducción… para olvidar; es que lo que no se ve no se juzga, vil enredo TAN LATERAL. Así el viraje de Roberto, que sigue —querrá correr—, avanza derrotado tras sentir que la tristeza es un largo corredor cuyo final es rojo carmesí, misma que nadie conoce de todo a todo, pero Roberto quiere, va, sospecha que ha de encontrar un color no terrenal, justo cuando ya no pueda dar un paso más. La apatía, por contera, deberá ser la vencedora… Languidez cuesta abajo… lo que sea que propicie un despertar siquiera a medias: lentitud presentida, hacia un alivio. Un colorido increíble (como que batido) hay en el apartamento. Patricia está barriendo: lejana, indiferente. Cuerpo con minifalda: no delicioso, no indecente, no irresistible… mmm… Es tarde, o por lo menos no muy temprano. Hay que ir a la oficina, es la cansina primera frase pensada por Roberto, esa propiciadora de otra al viso: vestirse en friega. Antes el reclamo (empiyamado).

—¿Por qué no me despertaste? Ya es tardísimo.

—Usted nunca me ha dicho que lo despierte… y yo respeto.

—Pues ahora te digo que lo hagas cuando llegues y me veas dormido.

Sorpresiva contraorden, sin amor, ácida. De ahí que Roberto (la vigilia hay que apreciarla en subjuntivo y luego en pretérito) se haya despojado de su piyama y de una vez, adrede, de su calzoncillo y sus calcetines. Brusca desnudez. A la vista de ella —no, de hecho, tan lejana— tal claroscuro no agradable. Incomodidad, indecencia, ambas pasajeras, porque Roberto se vistió con una rapidez inusual.

Desilusión.

Cierto que Patricia no hubo desviado su mirada ni parpadeado en ningún instante, por ende, atenta y morbosa se comportó: sólo que: debió acercarse más cuando… ¡Uf!, se evidenciaría… Ahora bien, dejemos de lado este espectáculo mínimo —ya que no pasó a mayores— para entrar de lleno en lo fortuito. Sobrevino el *riiing* del teléfono cuando Roberto se encontraba a medio vestir. Podemos recurrir a la adivinación, predicha en las imágenes circunstanciales del más reciente sueño y de esta (apenas) vigilia: verbigracia: la desnudez intocable, sugerida mediante un color casi indefinido. En fin: la acción como vuelco de revés: ir a contestar…

Como resultado de los dimes y diretes telefónicos ahora sí

Roberto maniobró más despacio. Tenía que acicalarse con acierto, mediante un hacer tardo, a causa de una elegancia de la cual sólo él sabía: imaginemos una buena camisa con una corbata más adecuada que luciente en combinación con un traje color beige: el mejor. Segundo episodio: peinarse con gel: fijeza; perfumarse ¿cuánto? No iría a su oficina, sino: vislúmbrese a modo el rumbo hacia la cúpula, adonde Juan Bruno Farías lo esperaba ansioso. El que le llamó fue Justino. Si aquí ya está dada la revelación ahora podemos adivinar un tercer episodio, habiendo todavía un buen margen de error: tres que irían lo antes posible al asilo. Acuerdos previos sobre lo que esgrimirían ante el potencial superescritor. Se podría inferir que Juan Bruno Farías no había leído la abstrusa novela pero como confiaba al cien por ciento en el gusto y la visión de Justino… ¡dedúzcase!

Lo demás se resume en la ida y la llegada de Roberto: tráfico incapaz; algo de exasperación y algo de hastío para quien deseaba estar ya donde debía: con aquellos dos gángsteres editores afinando minucias. De hecho, se sentía obligado a declarar que primero él debía ir al asilo para los trasuntos de preparación, persuasión, maneras cual magreo, las más sutiles, para convencer al abuelo de la maravillosa propuesta; de lo contrario sería violentado aquél que siempre le tuvo miedo al éxito, o mejor dicho, a los efectos ambiguos del éxito… ¡Pinche acomplejado!

Bajeza o altura o vértigo que implicaba salir de casa, despersonalizarse, transigir, tantos movimientos, socialización (a la llana): darse, venderse. Alguna vez Dagoberto le confesó a su nieto que siempre optó por las editoriales marginales para no tener que molestarse en salir a dar la cara ante cientos. La frivolidad informe y la nulificación paulatina, la impureza, el cándido espectáculo… Nunca le gustó que su fotografía apareciera en sus libros.

Traición al *yo*, en conclusión. O miedo en redondo a la crítica. Así el no intento por pretender al sesgo más y más lectores mediante sólo la ida con manuscrito en mano a una editorial comercial. Ese poner a consideración su más señera espiritualidad, su henchido aporte literario… Que un posible rechazo, que un juicio duro: ¡jamás!… ¡sandia delicadeza!… Sospecha de derrumbe el ser atacado, incluso mínimamente, por los vampiros —¡¿supremos?!— del gusto, con base en un grandioso «deber ser»

estético ¡y comercial!, y luego de vencida envidioso. Pero ahora el vuelco hacia la fama como desproporción: la inmoralidad impositiva, porque como dice el legendario refrán americano «no hay más éxito que el éxito mismo»: Por consiguiente: ¡órale!: el lanzamiento a la vista… Mientras Roberto conducía entre tantos meollos de tráfico pensaba que un argumento de peso para persuadir a su abuelo sería que a causa de su ceguera y de su senilidad se estaba presentando la ocasión, por coyuntura, de dar a conocer debidamente la más esencial de sus creaciones: un bestseller de facto, antes inadvertido… ¿EH?… Quizá de súbito la salvación de toda su obra. Gran simpatía por cuanto resuelto desapego, transferido a un beneplácito póstumo, y también, en correntía, a una arrogancia dinerosa y desde luego intelectual… *¡Ándale!, ¡anímate!… ¡Basta ya de ser tibio!* Sublevación artística.

Ya de una vez la quiebra de un inútil sistema de valores, justo en el otoño de una vida en la cual no hubo exuberantes consecuencias… *¡Ándale!*… Que a fin de cuentas la palabra «suciedad» lo definiera, aunada a la palabra «exhibición» y a otras más en ringlera o algo así… No hay más éxito que el éxito mismo (recalco)… *¡Anímate!*… Violencia con rumbo: irrupción, impureza, cima nebulosa, pero conquista a la fuerza. Y… ¿convencería Roberto a ese monomaniaco?, ¿le revolvería las ideas? Quede dicho que sólo él —y aun a medias—, sin la ayuda del par de gángsteres.

Plan por aventar, vaciado a la hora de la hora —por decir— sobre el supremo escritorio. Pero Justino y Juan Bruno le arruinaron a Roberto lo que pareció proyectarse como una enorme treta desafortunada. Mayor contundencia sería la presencia de tres, por más que la explicación previa del nieto siguiera engrosándose. De más está decir que éntre los tres atacarían aquello de la marginalidad o la gloria insulsa —o cándida— de contar con pocos lectores, misma que derivaba en un recóndito miedo a la crítica. ¡Pues sí! Fácil disuasión —*espérate, que ya se verá*—: dotando a aquel autor inseguro de una piel muy gruesa y de un cinismo (con raigambre) a prueba de todo. La recompensa: el soberbio éxito, y contra esta última palabra no había argumento sólido —*espérate, tú nomás aguanta; la labor de persuasión correrá a cargo de nosotros*, ¿importa quién dijo eso?—, ni siquiera algún argumento

relativo a la dignidad, de suyo con vínculo en un principio ético, y… ¡Al diablo lo entrampado! De modo que los tres salieron rumbo al asilo en un coche de lujo, el de Juan Bruno, con chofer, un chaparro narizón sin uniforme ad hoc. Desde luego que en la reunión se dirimieron varias pequeñeces que no viene al caso traer a cuento. No hubo tanta duración. Fue lo bueno.

De la serie de pormenores que se suscitaron durante ese viaje urbano cabe destacar el piterío automovilístico, a fuer de atoros, tráfico otra vez, de punta a punta, bajo el cual también, de por sí, se suscitaron las perturbadas reflexiones del trío, ahora sí de gángsteres. Filarmonía de ideas incompletas. Ruidos influyentes para que no hubiese cualesquiera honduras.

Lo palabrero, como premisa de un largo desembuche, era eventual. El silencio (al triple, o al cuádruple, contando al chofer) amagaba con algo más: una indiscreción, que si plausible. La primera fue dicha por Justino: *No sé qué reacción tendrá Dagoberto Pastrana cuando le diga que en su libro no es explícito el asunto de la telepatía*. Frase proferida como veta incidental, misma que Roberto —ahora la traía a colación— había escuchado en el sueño de anoche. Premonición, ¡eso!, ajustándose a una neta coincidencia. De ahí que el azar trajera algo mucho más iluminador como para ratificar que sí, que en efecto: *Sostengo que el personaje de León Allacci es bastante nebuloso… Pero para eso servirán las conferencias…* ¿Por qué casi las mismas palabras? ¿Qué se deshacía y qué, por tanto, se hacía? El sueño de anticipación ¿qué presagiaba? Roberto empezó a temblar. Debió permanecer tieso, era lo pertinente… Sea que en ese momento se acordó de la desnudez de Patricia, tan intocable para él, como para su abuelo, que estaba más cerca. Apetencia emborronada, por ensalmo. Recuerdo por deslinde, a causa también de que el piterío automovilístico había alcanzado su máximo registro: a cuan más ensordecedor. Treta: ¿del azar?: para que Justino se callara, pero no, sino que: ¡diantres!: oigámoslo: *Tampoco me queda claro qué diferencia hay entre telepatía y premonición. Pareciera que son lo mismo*. Cierto: lo que Roberto estaba viviendo lo había soñado en etapas y, para colmo, al estira y afloja. Más temblor ante el trallazo de esas frases, en proporción con los decibeles del piterío, que por tal motivo pareciera que empezaban a disminuir: mayor desafine, tanto como

el sofreno que empezó a redondear Juan Bruno Farías:

—Mira, en principio, no vamos a perder el tiempo en preguntarle al autor tales y cuales dudas. Lo esencial es persuadirlo de que acepte nuestra propuesta editorial ¿verdad?; y es que me imagino que tú tendrás una larga lista de preguntas porque ya leíste el libro… mmm… Yo, como no lo he leído, pues no sé aún qué… Pero en estos días lo leeré… Bueno, este… Me daré tiempo para elaborar mi propia lista… Pero por ahora lo importante…

Siguió la perorata de ese decidor en tono cada vez más bajo, como si se avergonzara de soltar naderías: unas con cierto sentido, que si picando, pero la mayoría no. Y el silencio interno se hizo áspero en concordancia con los ruidos exteriores, tan de plano casuales. Entonces los dos gánsteres, y Roberto (en vías), hasta el chofer, cada cual perdido en sus ideas. Del licenciado quedaba todavía un ajuste: Patricia, la amada, que habría de permanecer lela en el apartamento ante la frialdad huyente del novio en cierne. Ni un beso de despedida (otra vez eso), ni en la mejilla o en la mano siquiera. Castigo. Prisa. Desasosiego: contra una sensibilidad asaz melindrosa: la de la bisoña, esperanzada: esa, que como cualquier otra diría: *¿Por qué no me besó cuando se fue?* Habría corrección: otros abrazos y otros besos luego, acaso en la noche, cuando por fin sucediera el regreso; la heroica y deseada apertura de la puerta, o antes, al atardecer, ¡ojalá!; suspiros y, mientras tanto, ella iba dejando aquel espacio como espejo. Limpieza amorosa concebida como un ascenso digno de mimos. Pareciera que la imaginación de Roberto se entrecruzara con la de Patricia para alcanzar un mismo desenlace: esto es: amor de dos cuerpos desnudos, tal sondeo de formas, hasta llegar a (ejem): habrá que suponer la más gozosa y locuaz pornografía…

Con esa idea lasciva Roberto le daba hilo a tantas y groseras ilusiones, al igual que Patricia —allá— que con gayo fervor barría y trapeaba. Simbiosis telepática, sin freno. La perversión que urde su espiral. De allá hacia acá lo ideado, y también de ahí (durante el viaje) hacia la cama aquella conocida, otra debiera ser, con sábanas y fundas supuestamente limpias: lo deseable cual molde: la cama triunfal con el edredón… a ver, a ver… el verde, el amarillo, ¡el rojo!, ¿de esos tres cuál escogería Patricia? Ya Roberto se saboreaba de principio a fin el frenesí por venir, así el insólito escenario donde

¡qué más!, ¡qué olores!, ¡qué colores!, ¡qué ornatos!, ¡qué sorpresas! Imaginar acaso hechicerías repentinas, tan dislocadas eran que, cuando el chofer preguntó si ya andaban cerca del asilo, el caviloso dio una respuesta esquiva.

Pasado un rato vinieron más preguntas. De los gángsteres tres: muy concretas (ambiguas y parcas respuestas recibieron ellos); y del chofer una pregunta relativa a la calle y al número exterior del asilo; desconexión momentánea del embebido, quien pretendía completar lo que con tanto afán, se supone… Y, ¡puf!, nomás dijo Roberto, señalando: *¡Allí es!*, y continuó con su delirante especulación, cuantimás (ahora sí) de venida a las mientes.

Tanto que, asumiendo la responsabilidad de las minucias logísticas, Roberto tardó en aterrizar. Por allí; por allá; con aquél hay que entenderse; antes: el registro de entrada. Indicaciones en apriete, dichas con molestia. Además la espera de pie. Por lo anterior y por el estado de inanidad subsiguiente (no tan duradero) el real aterrizaje del susodicho ocurrió cuando Dagoberto Pastrana estaba ante quienes por sí mismos se presentaron; primero Juan Bruno Farías: *Soy el dueño y director general de Ediciones El Faro*; y enseguida Justino Macedo: *Yo soy el secretario general de esa empresa* (mentira descarada).

Al grano el ofrecimiento, aunque a un tris, porque con oportuna interrupción el nieto debió esclarecer lo de por sí obvio: *Ellos son mis jefes*. Nomás, y adelante. Sea que la bienvenida formal fue en una salita privada, no acogedora, bien fría en cambio, con sillones durísimos. A espaldas del ciego dos vigías paramédicos hacían las veces de monigotes: sin habla (o apenas lo básico) y con pocos gestos. Consumadas las presentaciones bien a bien el director-dueño soltó lo que debía:

—Es un placer conocerlo y por tal razón no queremos entretenerlo. A lo que hemos venido es a proponerle la reedición de su maravillosa novela *El sueño ayuda a la telepatía*. Nuestra idea es convertirla en un bestseller.

Como si fuese un panel de tiro al blanco Dagoberto presintió que una gavilla de flores verbales le caería mientras él no soltara un «no» rotundo. Era halagador dejarse engatusar durante un buen rato, así: oír y sonreír, a sabiendas de que aquella pequeña tribu incitadora estaba dispuesta a consentirle caprichos, ¿o al cabo sería

al revés… a la postre?, máxime que se trataba de una obra suya que él desde siempre no tuvo en gran aprecio. El tema sí, como obsesión regocijante y sin tope, pero la escritura *aquella*, tan informulada… Lo más extraño era que su nieto terciara para reforzar la validez del propósito con opiniones brevísimas, casi en bisbiseo o como muy desde atrás; ¡ah!, él había sido el artífice de toda esa bullanga y faltaba saber cómo le hizo; ya se lo jalaría a un aparte para que le aclarara por qué osó proponer la reedición de su libro sin su consentimiento. Pero mientras tanto oír: pintiparado, a medias gustoso. Que la tribu se cansara de hablar de éxito…

Ventas.

Publicidad.

Dinerales.

Tanto sin cuadratura. O con una desproporción de la que sólo la tribu entendía hasta (digamos) el nivel del hastío. Persuasión: espejismo: ensueño: ¿engaño?, y la pregunta clave, por fin: *¿Acepta… sí o sí?* El ciego y sus muecas, como también las de sus vigías paramédicos. Ninguna podía ser desaprobatoria… pero… la «indefinición» y su «molde»; «déjenme pensarlo», sería lo ideal, un desdén arrogante con ladeo, y no, ni eso, ni una palabra aún, sólo muecas que exhibían un asco tremebundo. Su miedo al éxito. Crasa deducción de quien por relevo tomó la voz cantante: *¿Aceptas, abuelo… sí o sí?* Y el ciego, a la llana, tuvo una reacción insólita; entonces, con un muy relativo llanto brotando de sus ojos cerrados dijo:

—¡Sí!, ¡claro que sí!, cómo no me va a gustar, ¡adelante!, ¡reediten *El sueño*!… Yo que creía que toda mi obra ya estaba olvidada, y ¡vaya!, ahora sé que sólo uno de mis libros se salvará… mmm… Lo que no sé es cómo harán para que una novela tan compleja sea leída por miles de gentes… ¿Qué trampa publicitaria van a fabricar? Díganmelo.

Alegría niña o afectación madura, se supondría, sólo que en realidad Dagoberto se echó sal a sí mismo, adrede, provocando también que se precipitara sobre sí un aluvión de argumentos sucintos. Se enumeran los principales: 1) Que en estos tiempos, donde el gusto era cada vez más indeterminado, las campañas agresivas de publicidad resolvían todo. 2) Que si el grueso del público no entendía debidamente la novela, entonces Ediciones El

Faro le agendaría al autor una serie innumerable de entrevistas por televisión, prensa y radio (¡ojo!, primero la televisión que el resto); también chats por internet y conferencias públicas en sitios estratégicos, esto es: de fácil acceso para la gente. 3) Que por la firma del contrato el ciego recibiría una buenísima cantidad de pesos por adelantado, una cercana al millón, por ahí. 4) Que habría anuncios espectaculares del libro en la vía pública, quiéranse las avenidas principales no sólo de esa ciudad sino de unas quince más de este país; que ya se vería cómo hacerle. 5) Que la condición primordial consistía en que él estuviese dispuesto a enfrentarse a su público lector cuantas veces fuese necesario, para potenciar las ventas. Asimismo, que por tratarse de un autor que había perdido la vista el tema de los sueños se disparaba hacia un ámbito enigmático, que era justo el terreno más propicio del arte… Y Dagoberto oía sin chistar. Querría de pronto introducir un freno oportuno, pero seguían las sutilezas persuasivas, como a la par siguió la emoción melodramática del ya de todas-todas autor sin igual. Invención comercial y ¡gloria! Felicidad. Gran cuota de misterio literario. Flor para deshojarse: flor mediática. Confianza en el más allá ¡de acá! ¡A darle con ganas! Y más seducción en torrente, ilimitada, agotadora de resultas, donde Roberto (ejercitándose como tercera voz), sin querer queriendo, metía su cuchara; cuchara dejada caer con tintineo dísono: exclamaciones concretas: cadentes, canoras, hasta que:

—¡Está bien! —cortó Dagoberto haciendo con dos dedos un muy vistoso tijereteo en lo alto—. ¡Cuándo y en qué papel debo poner mi huella digital!

Se valía tal rúbrica, tan apropiada en virtud de las características de tan singular creador; pero la fecha: pensándola… debía ser a la brevedad, porque si no… Mañana por la tarde, lo espetado al tanteo por Juan Bruno Farías; o veinticuatro horas después, no más. Cabal compromiso. No fuera ser que la tardanza indujera, como siempre ocurre, al arrepentimiento. Inmediato a ese lapso propuesto, abarcador de unas cuarenta y ocho horas en total, como límite, vino rodada la promesa radiante: ¡LA ENTREGA DEL DINERO!: ah, el adelanto (mañana, sin falta), y en sazón, entonces, Dagoberto sugirió que no le dieran la cantidad en cheque. Sería complicado el endosamiento: ¿verdad?… Quedaba entendido, aunque… también

el manejo de efectivo sería una gran bronca para los editores. Imaginemos la cuantía de billetes metida en cuántas pequeñas cajas, además del sudor, el riesgo, el viaje peliagudo. Sin embargo, de acuerdo. Trato hecho: de palabra, por lo que: *adiós, adiós*, con el lastre a satisfacción de «ciertas» sonrisas finales, pero al tiempo que se estaba yendo la pequeña tribu, Dagoberto alzó la voz para decirle a su nieto que por favor regresara, que quería hablar con él sólo dos minutos. ¡No!, ¿cuál era el caso?, sus jefes se lo impidieron, porque los tres tenían harto trabajo respecto al superlibro. Salvación momentánea para el propulsor de todo esto. La inoportunidad buena o mala: el pláceme o el regaño… Lo que fuera no tenía remedio, ¿o sí aún?… De suyo, el ciego se sintió más recluta que nunca, mucho más supeditado a su retentiva de lo hecho y de lo por hacer. Su compromiso en ramificación, siendo todo a trote impetuoso ¿hasta qué puntas?: ir, venir, y de quedarse, por ejemplo, soñando pasitamente en un momento dado, así, incluso ¿continuaría la espiral del éxito? Cierto que estaba entrando a un ámbito amplificado, tan desconocido para él, cuya oscuridad se tornaba rediviva, a tuertas, con pulcritud de espíritu, no obstante… Y… El verdadero drama sería tener absoluta seguridad respecto a tantas previsiones; qué tal si de nuevo fracasaba, que tuviese que devolver el adelanto dineroso a las primeras de cambio; entonces: resignación, suspenso, pues, a partir de la espera.

Suspenso, también, en otro sentido. Sea que durante el trayecto rumbo a la eventual cúpula empresarial aquellos gángsteres supremos especulaban sobre qué y cuáles procedimientos de promoción serían los más adecuados para una novela tan anómala como la del autor ciego, mientras que, un poco al margen, Roberto se hundía silencioso en un desasosiego baladí: lo soñado por recordación y recuento: la desnudez de Patricia (bajo sospecha) ante su abuelo que, mirón de más, estaba lelo dentro de aquel círculo; ¿vacuo noviazgo… futuro?, ¿o por qué tal sueño? La trama de un temor que luego se apagó. Eso le hubiese preguntado a aquél si… Pero no tuvo chance, como tampoco tuvo chance el abuelo de preguntarle la razón por la que propuso su novela a una empresa afanada en la correntía del bestsellerismo; cómo fue que convenció a tan monstruosos jerarcas. Hete aquí la suerte, en conclusion, como designio de otro mundo superior; suerte a estas alturas de una vida

sin para qué, y aún con la carga de la ceguera y la vejez…

De por sí Dagoberto había soñado dos días antes con una planicie cuyo excesivo blancor daba miedo. Lo peor fue la aparición de una escritura gigantesca sobre la tierra. Y muy mirón Dagoberto escribía y de inmediato las letras se agrandaban. Desproporción, angustia. Magnitud de página horrenda e inacabable. Letras agresivas, como que tratando de ensombrecer la ínclita blancura. Luego: ya: su lengua lamedora: morosa y fatal como para ahitarse. Pesadilla, caray, y despertar terrible: o sea: despertar para contarle a grandes rasgos a quien pasara por ahí a distancia, invitación: *Venga, por favor, me urge*. Lo improbable… de veras… Y pese a pese el antojo. Que fuese un paramédico ¿sensible?, a tino, ¿manso? Lo más conveniente era hablarle por teléfono al nieto: tanteadora ocurrencia, pero no se atrevió; no quiso darle molestias con la especiota de ese sueño absurdo. Su alivio, en cambio, fue hablar a gritos. Cuentero de un cuento simbólico: en reducción, ¡victoria!, parquedad de palabras. Cuento que escuchó una enfermera cacariza a prudente distancia, prudente para sonreír en ladeo a bien de sorprenderse con dos o tres detalles, válidos, asimismo, para endurecerle de repente la cara. Crisis, en consecuencia, a expensas de una adustez con lastre de sorna. Ninguna complicidad, por ende, o puro sinsentido, o, lo que sí, suspenso repugnante.

Suspenso y conjetura en pleno desplazamiento —no había atascos de tráfico—: porque durante el trayecto en el coche de lujo Roberto hizo a capricho un embrollo favorable para sí. La premisa ideada consistía en no hacerla de emoción en el amor. Tenía a su alcance a Patricia, por tanto la quería ver desnuda. ¡Sí!, ella misma se desvestiría mediante la calentura, con las agarradas novedosas por lo bajo y los besos largos, ¡lógico! Así que en la noche a su regreso ¡cuerda!, siendo la fornicación la manera idónea de exorcizar aquel sueño engañoso; ningún noviazgo de ella —como jueguito ocasional—, ni con el abuelo ni con nadie, ni siquiera en sueños; sólo con él, pero con amor responsable, él, tan benigno patrón, o dueño de aquella alma pura que, ¡claro!, andaba en celo. De modo que sin decir agua va se abalanzaría sobre la minifaldera. Violación casi, ¿y qué?, si su voluntad tenía largueza. El problema era el tiempo que faltaba para hacer de las suyas con lúbrica iniciativa. Sin embargo, lo estricto antepuesto: el compromiso

laboral por entero acorde a las horas de continencia y seriedad. La sugestión de relance a partir de las prerrogativas en desborde de *El sueño ayuda a la telepatía*: los síntomas promocionales demasiado en germen. Por fortuna, a la llegada a la oficina de Juan Bruno Farías, vino una orden sensacional de Justino Macedo:

—Puedes irte a tu casa, si quieres. El trabajo duro comenzará mañana. Yo mismo me pondré en contacto contigo quizá hoy por la noche, es lo más seguro… Ah, y otra cosa, gracias por presentarnos a tu abuelo.

Media vuelta en el acto seguida de un feliz regreso a su apartamento a través de esa ciudad sin chiste. Morosidad, empero, en el manejo, no porque Roberto no deseara llegar cuanto antes, sino porque se le atravesó por la cabeza una teoría añeja, atribuida a san Gregorio Niceno
(347-420
d. C.
), referente a las compensaciones. La liga era sencilla: siendo un nieto bastante peculiar, por haber proyectado sus más genuinos propósitos respecto a la salvación de la novela más enigmática de su abuelo, amén de instalarlo a él —tras convertirse en ciego a perpetuidad— en el asilo más sofisticado de cuantos había en ese entorno, el Espíritu Santo lo compensaba con ese amor camal (en bandeja) ¡ojalá con futuro! Y es que según la teoría niceniana no era el Padre ni el Hijo los que decidían a quién compensar por sus buenas acciones y a quién no, sino la palomita sagrada, cual jueza certera, que por igual determinaba quién debía irse al Cielo y quién al Infierno; no así al Purgatorio, asunto a cargo del Padre. Pues fuese como fuere, Roberto escogió un infierno glorioso, uno ¿muy alto o muy bajo?, y autónomo a conveniencia. El dichoso enganche acaso fuese más espiritual que otra cosa, pero…

La carne con la carne…

No correr ansias…

La parsimonia, ante todo, impuesta a sí mismo (a la trágala) cuando abrió la puerta adorable: la principal de allá —por fin— y sin rechinos. Todo el movimiento para descubrir reluciente como nunca su intimidad cotidiana, de la que por supuesto formaba parte Patricia. Ella: ¡bañada… en el apartamento!, ¡pues sí!, ¡aprovechada, intuitiva!: con la mejor cara bonita que podía poner,

y salerosa, por cuanto paseadora de caderas. Visto así, aquello prometía placeres sin cuenta, pero la parsimonia…

Lo conceptual de los tientos: sin morbo, o un poco apenas…

No hubo saludos de viva voz, en cambio miradas lascivas: muchas en largo, tantas como esquives por soflama; que si por medir ansias cada cual… Arte que llegaría…

Residía, mientras tanto, el amor en la aproximación: lo que con sutil lentitud debió diluirse a cuajo y flema. Imaginemos dos acercamientos… Casi a un tris los relieves de dos trompas queriendo: y: labios arrepentidos luego-luego. Normalidad, pues, tenida por impostura, porque, caray, antes debió venir la desvergüenza: el despojo de prendas a lo bruto sin que uno ni otro dejaran de mirarse. Y ya en camino el gozo: las formas encueradas…

Y llegó el beso largo y el abrazo grosero, tan experimentales. Resbales a la buena, dicho sea: ávidos recomienzos…

No tardó la pareja en llegar a la cama y, cuando lo hizo, hubo indefinición: quién arriba y quién abajo. Torpes acomodos fastidiosos. Finalmente ella jineteando muy bien. Duración acompasada, progresiva, dado que nomás de verles las caras… Rictus de placer penetrante, sobre todo el de ella, cuyo cuerpo más y más parecía batidora. Al respecto cabe aclarar que no era la primera vez que ella hacía aquel meneo. Su destreza en los movimientos la evidenciaba, empero él ya había hecho el amor, pero no así: con la mujer locuaz arriba: gran diferencia, ergo: la eyaculación de subida, mientras que Patricia de bajada; ambos a la vez: chorreros… y, bueno, ya se sabe…

Luego, al acabar, se impuso la plática y la distensión corpórea; relajamiento culminante el decirse con cariño frases relativas a lo bien que la estaban pasando: esto, aquello, el alegrón de modos, tanta baza cachonda como para seguirle un poco más de rato: que otras posiciones…

Sus intentos descritos entre besos muy leves, lo que redundó en —¡claro!—: ¡ya, la acción!

Y fue así como se pasaron toda la tarde experimentando nuevas y cómodas posiciones, hasta que oscureció, mas no se dieron cuenta y, entonces, poco a poco se hizo bastante noche, porque —precisemos— el reloj de Roberto —el cual siempre trajo puesto en

su muñeca izquierda— marcaba las once con veinte minutos. Nomás de ver la hora el licenciado clamó: *Son las…* (etcétera) *¡híjole!*, a lo que ella repuso con excitado enlabio:

—Debo irme ahora mismo.

—N-ombre, espérate, quédate conmigo.

—No, ni de chiste.

Por lo que de inmediato ella se fue vistiendo y huyó como bala, algo dijo al final respecto al día siguiente: que muy temprano… ¡sepa!; que había estado muy… ¡sepa! Cortón, eso sí, gacho, pero rebosamiento para el que se quedó bocarriba encamado pensando en liviandades, una tras otra aleves las siluetas haciéndose en despeje. Ilusión que no acaba, o que ha de endurecerse. De hecho se endureció la última noción: lo cruento de ese goce, tan de plano en rebaja, porque, ¡chin!, no se le había ocurrido usar condón en ni una de las veces, faltando aún saber si Patricia había usado un condón femenino, o espuma espermicida, o un óvulo grasoso… ¡Un hijo!: por venir: la posibilidad…

Todavía vibrante, a causa de los muchos y disfrutables meneos experimentados con toda la putería de la que era capaz, la sirvienta abordó el metro concentrándose en el asunto ese de no haberse protegido cual debe; así el probable embarazo: ¡ojalá!, con sustento en un vislumbre de conveniencia: salir de la pobreza un día no tan lejano… Esperanza procaz… Plan, que de resultar: ayayay, y, como el trayecto era largo, Patricia se medio acurrucó en su asiento para medio dormir. Cierto que el aún candente rejuego del placer vivido la empujó al punto hacia una duermevela donde ella vagaba desnuda por un campo florido. A la distancia estaba Roberto ¿encerrado en un círculo? Pareciera, pero… Lo importante es que pronto estuvieron cerca, ambos sin ropa: mirándose y queriendo. Dígase, también, que empezaban a preverse. Mugres sus cuerpos tiesos, instalados en un ámbito amarillento tan inane o ambiguo como para que ella le dijera a Roberto: *Siente mi desnudez*, y —baldía conexión, acaso inservible— así llegó el beso largo y el abrazo grosero, una secuela obscena que a poco debió desdibujarse en siluetas ¿sudorosas?

Más bien, por una pared bajaban hilos de lágrimas.

Lágrimas, transformadas en gotas de esperma, hacia un charco de agua turbia…

Imagen de una llosa, o algo así, en redondel…

Y el despertar vibrátil ¡PASU MECHA! Es que Patricia se dio cuenta de que la estación donde debió bajarse había quedado muy atrás. El vagón en el que viajaba iba vacío. Lo peor era no saber si en cuanto bajara podía hacer el viaje de regreso; en combi, tal vez ya no, ni en camión; en metro, mmm, lo más seguro era que no: sólo en taxi, aunque… la regañiza.

37

Se aceleraron los trabajos de promoción del libro de marras. Factor capital de encariñamiento fue el tecleo a toda velocidad de un hombre de cabeza zopilotona que en un lapso de tres días trascribió aquello. Ninguna errata. Tres comprobaciones vistas y revistas, también algo veloces, e ¡increíble! Incluso ese hombre recién contratado retó a toda la tribu de correctores de estilo de la empresa a detectar un yerro, siquiera el más superfluo, y no, la verdad. Así que hacer copias de *El sueño*. En primera instancia fueron treinta.

La conformación de grupos correspondió a Justino Macedo. Un verdadero e intrincado tejido de misiones, según cargo, diseñó mal que bien el ahora autonombrado estratega publicitario que, sin prenotar tantos imprevistos y motivos sueltos, obtuvo a modo contentos de arranque: de cuántos subordinados sí y cuántos no, bah, la buena cantidad no importa: porque: más tarde habría de acrisolar dos o tres redondeces, para ir sin contratiempos, sobre pista segura. El deber primordial era que quienes estuviesen involucrados en tal promoción no tenían más que leer el libro (copia, mientras tanto) a la brevedad. De modo que casi el setenta por ciento del personal se entregó a *El sueño*… Lectura en bloques sólo para darse una idea.

Ideas contrastantes producía el libro muy a río revuelto; he aquí unos ejemplos: la trama encogida a expensas de una anarquía de puntos de vista; nula unidad dramática o excesivo zarandeo anecdótico, sin textura ni gracia, y más y más faltas, tantas que en ciertos apartes se cuchicheaba acerca del fracaso venidero; más aún porque Justino ordenó que todo el peso laboral estaría orientado hacia ese lanzamiento sui géneris. Una apuesta de empiezo como (quiérase) «llevar leña al monte», lo más útil, o sea… Ya se vería…

Sin embargo, hubo algunos empleados ¿visionarios?, no pasaban de cinco, que le auguraban al libro un éxito envidiable, de veras, ¡uf!, colosal o algo así, aunque: cosa de ver, viendo de paso muchos la inversión desmedida de Juan Bruno Farías: derroche billetoso: locura a todo tren, dado que estaba convencido de que era preferible apostar por un libro ¡¿sobresaliente?!, que por una veintena de proyectitos guangos, y…

Los milagros de la publicidad (ejem). El primero sería colgar del nuevo edificio un anuncio del largo y del ancho exactos del mismo. Valórese el lado elegido, ése tendría que ser el que daba a la avenida de mayor circulación vehicular. Que se vieran de arribabajo los ganchos de atracción lectora para derivar en la irresistible compra —blablablá— en los principales establecimientos… por ahí y por allá…

Cuatro eslóganes en tamañonas letras coloradas que refirieran las incertidumbres que ofrecen los sueños. Buenamente los trasuntos más enigmáticos encontraban despeje en el libro, alimentando a su vez otras incógnitas todavía más oscuras. Aclaraciones tras planteos ¡y a comprar! PERO… Antes lo pertinente: distribuir el libro por doquier, tantal aún «en veremos» y más antes lo que usted sospecha: lo tenido por «avance»: ergo: como fue el contrato firmado con huella digital por Dagoberto Pastrana, así como la trascripción en friega y la tonga de copias que crecía jornada a jornada; cierto es que esto último se mencionó muy de refilón en la página anterior, pero no lo de la tonga creciente, que sí fue exagerada.

Para no entrar tan de lleno en los avatares promocionales, vale la pena hacer un desvío, nomás por recreo, a fin de enfocar el merequetengue que se suscitó a raíz de la firma del contrato. De nueva cuenta, como si volviese a las andadas, el personaje clave fue Roberto Pastrana, a quien Justino Macedo decidió no asignarle ningún cargo ni encargo; eso después, quizá en unas dos semanas más, cuando las conferencias, ¿eh?, hasta entonces, ¿de acuerdo?; él sería el moderador, lo cual contemplaba una entrega absoluta: sin horario, uy, pues tendría que abarcar sábados y domingos con sus veinticuatro horas, sumadas a las que comprenden de lunes a viernes. Totalidad que no debía incluir siquiera una hora de sueño. Chanflona paradoja —¿se aprecia?—: promover *El sueño* sin poder

dormir. Pero a lo que hay que ir de una buena vez es al momento de la firma del contrato y a la entrega del adelanto dineroso: cuatro medianas cajas con embutido de fajos: muchos, dobles ligas al por mayor: bien sujetadoras (lo no visto aún, pero referido por Justino); así, pues, la derivación: una suerte de fiesta papelera llevada con feje de nervios hasta el mero asilo. Sirvió el coche de lujo de Juan Bruno Farías. No, no pasó nada, más que el hecho postrer (a más preocupante) de transportar de nueva cuenta el dinero: en otras condiciones, por supuesto. Y ahora en lo que estábamos. A riesgo de cometer una pifia gigantesca, tras recibir las cajas en mención Dagoberto exclamó: *¡¿Y qué hago con esto?!* El desentendimiento del par de gángsteres supremos se limitó a dar a conteste una media vuelta displicente. El «adiós» y el «seguimos en contacto» fueron cumplidos en retirada. No era problema de ellos, pero sí de Roberto, que no fue requerido por los susodichos para hacerles compañía en su escabulle. Comprensión, por deslinde, siendo en realidad el nieto quien debía encargarse de las cajas… esconderlas: no ahí, sino… Y se quedó. Lo supo el abuelo, que sin más le dijo: *Tú te encargas del dinero, porque yo… aunque quisiera*. Debe inferirse que había testigos en corto: el par de paramédicos. Asunto no tan grave, y si grave ¡qué diantres!, de todos modos ellos habían atestiguado el victorioso arribo. Sólo faltaba la revisión, a ver si acaso el pormenor del lerdo conteo; tal sugerencia la hizo uno de ésos, un bigotoncito de ojos verdosos. Y denegación. A tiempo el freno de Roberto y a vueltas el cómo hacerle para llevarse las cajas a su apartamento; en su carrito ¿cómo?, ¿cuándo?, también… ¿Más noche? Antes debía comunicarse con Patricia para decirle que podía irse, que no lo esperara: argumentos por elaborar en cualquier rato, fuese que en ráfagas pensaba quien de veras se sentía intranquilo: con razón. Despejemos todo esto con el telefonema referido. Patricia accedió. ¡Ni modo! Escabulle rumbo al metro. Y acá, a contracurso: el abuelo no tardó en lanzar una frase algo venenosa, la de por sí esperada:

—¿Y por qué diablos propusiste la reedición de uno de mis libros?

—Uh, abuelo, serás famoso. Tendrás lectores: muchísimos, un mundo, date cuenta. Obtendrás lo que siempre has anhelado.

—¿Pero quién te dijo que yo he querido ser famoso?

Recuérdese el supino miedo al éxito.

—Te gusta dar conferencias al estilo León Allacci.

—Bueno, una cosa es una cosa, y otra…

—Tranquilo, por favor… Date cuenta del adelanto que te dieron. Es un dineral, y todo el que vendrá…

—¿Y de qué me sirve si estoy ciego?

—Tal vez el dinero pueda servirte para someterte a una operación y recobrar la vista.

—Eres un ingenuo. Bien sabes que no habrá ningún recobro.

—Eso supones, pero…

—Bah, no hay médico que haga un milagro de esa magnitud.

—Pues como quiera que me la pongas el dinero siempre es útil.

Necedad de uno y abulia del otro: reciclándose. Todavía palabrearon algo, como si trataran de ver lo mismo desde otros ángulos.

Había una trampa: cualquier libro mediocre podía tener éxito si se le montaba un exuberante aparato publicitario, por lo que: ¿dónde estaba el mérito? He aquí la relatividad hallando molde en el dinero: tal contrarrespuesta, ergo: ante la impostura del signo de pesos costaba poco inferir con acierto.

Y no llegaron a discusión declarada los aferramientos de uno y de otro; no hubo desniveles de tono: destemples, apitos, arrastres de sílabas: nada; sí algunas rebajas escamonas, por reposo o incluso por manía, siendo en conclusión el ciego el que cedió: su silencio dijo… ¿se estaba avispando?, más bien se reservaba complacencias para sí: como saberse, en efecto, un gran autor, un incomprendido excepcional; convencerse a poco, se estaba inflando, pese a que la fama le parecía, sin más, un asalto, y: flojera contra grandeza: ramificándose. Cierto es que nunca quiso ser persona pública, pero la escritura ¿debía ser pública? Insano empiezo ahora que sentía cercanas a sus pies las cajas de dinero; él sentado: insípidamente, sin palabras defensoras ni de empuje; sí se armaba, sí porque al cabo de un buen rato soltó esto:

—Oye Roberto, creo que es conveniente que te lleves a tu apartamento estas cajas.

Azoro del interpelado. Riqueza en el suelo: para tocarla mucho: locas tentaciones, pero, por lo pronto, alguien del asilo debía ayudarle para el acarreo hasta allá. Irse en su carrito: trayecto sosiego porque a qué o a quién temer mientras tanto. Lo

embarazoso era la carga de antelación seguida de la descarga posterior. Cuatro medianas cajas más incómodas que pesadas. Bastantes metros de meneo y tambaleo. Entonces ¿quién?: la petición. Fue el bigotoncito de ojos verdosos el que tomó cartas en el asunto toda vez que se apartó durante unos minutos y regresó con un sujeto tilico dizque mandadero, gato, pues. Un perenganito, Cutberto se llamaba, joven de todas las confianzas, sólo que había que pagarle un taxi: el retache nocturno tenido por simplificación ¿verdad?, y darle, además, una generosa propina, o sea… De acuerdo, ¡vámonos!, ¡a cargar! Así, como una escena irrelevante, imaginemos la retirada. Dificultades con las cuadradeces bajo cuatro brazos. Dos burros humanos medio que pujando, y el más importante que a distancia dijo: *Te felicito, abuelo. Ya eres rico… y serás retefamoso*. Recomposición: rico Roberto, mientras que el abuelo: su postura sentada, trono apenas, y sus pensamientos en vuelo. En avance el carrito, de una vez, o ubicación en correntía de calles, semáforos e ideas raudas concernientes a la urdimbre del dinero que, entre otras cosas, calmaba los nervios mucho más que un fármaco; luego el elevador, la puerta adorable (hay que aclarar que durante el viaje Roberto no le dirigió la palabra a Cutberto: ¿para qué?), el vistazo de entrada y el no saber dónde: complejo acomodo que… Por lo pronto: *¡Vete!* Grosería ¿medrosa?, válida de golpe para una estima ¡al bies!, dado que: *¡Ah!, espera, deja darte tu lana*, y

tan-tan

y… a la busca… No, no estaba Patricia escondida debajo de la cama, ¡qué bueno! Busca en el baño, en la alacena, en el ropero… Ella fue obediente… Descanso parcial para él… Por ende, riqueza en ese suelo más merecedor —¿o no?— mientras Roberto caía tumbado en el único sillón individual y el reojo inevitable hacia el estudio donde las cajas de libros hacían las veces de ladrillos en perfecta simetría, fuese que por ahí el sacar-meter. Trabajo a fuerzas: nocturno, aprovechando la ausencia de la amada… Se supone que antes debía haber unos largos y quizá anchos respiros: Roberto indeciso…

Todo zarandeo agobiante desencadena acciones que pudieran ser toscas, tardas o zopencas. Por lo general la demasiada urgencia o la demasiada pasividad son efecto inequívoco de un

entrecruzamiento de ideas del que muy pocos tienen conciencia. Hay jaloneos mentales que prometen amplias y absurdas digresiones y que, de no poner freno, o por lo menos cierto orden, terminan por empujar, incluso hasta al más pintado, a incurrir en una serie de yerros durante un periodo de tiempo que puede abarcar un día entero, y a veces hasta dos. Teniendo como premisa el caso de Roberto: rico, aprovechado, dudoso, vale conectar su inquietud resultante. Si la deducción de arriba da en el blanco, estamos hablando entonces de un estado de gracia, un equilibrio de fuerzas que, por desventura, no es duradero; no lo fue, ni después, sólo durante un lapso casi irreal: ¿quiérase la cordura en pleno?, debidamente… este… yendo un poco hacia atrás, huelga decir que Roberto como que enloqueció. Sentado, absorto, con ilusiones a pasto, por mor de todo lo que pudiese comprar, sea que dándose vuelo, revuelo, sobrevuelo: tanto hilo, ¡hilo!, ¡¡hilo suelto y solvente!!, pero alto oportuno. Tenía que contar el dinero: billete tras billete —¡oh enfado!— haciendo apuntes divisos, sin importarle el desvelo: forzoso, que ni qué, con auxilio de ¡los chiles!, se acordó, ¿tenía?; fue a ver al refrigerador, y no. Pero otra ayuda, acaso más efectiva, serían los cafés: lo que sí; estado de gracia a punto, que si de subida ardua, porque tras el conteo quedaba aún el metimiento reparón de fajos, amén del esmero en cuanto al cierre de aquellas cuadradeces. La chula simetría. Pero antes: desacomodos en el estudio. La cuantía de extracción suputa… Lo conveniente era embutir lo más al fondo la riqueza… ETCÉTERA… y Roberto se dispuso a abrir y abrir. De resultas contó quinientos mil pesos. Desilusión, creía que era más. Descenso a su realidad, misma que ya contaba con una meseta, una loma, ¡la loma entrevista, la onírica! (conexión fugaz), algo que ¡chin!: un logro —¡pues sí!— no despreciable. Ahora bien, en esa labor de tanto celo y ojo Roberto invirtió cuatro horas, debido también a las correcciones, fuesen recomienzos por mera duda. Otro capítulo sería el banco: mañana el depósito: por supuesto que en su cuenta… Sí, sólo que ¿otra ayuda? Hablarle al tilico del asilo, si no es que al tilico de su oficina… ese último, pues, pensándolo, sería el más adecuado… uh… a ver… por diez razones, siendo la principal el suponer que durante esos días se encontraba de brazos cruzados, en despatarre sobre una silla, o en acueste desvergonzado sobre dos o tres (y frente a la horrible

secretaria), aburrido, sibilino, eso, y demás. Sin embargo, dándole al asunto otra vuelta de tuerca, quedaba pendiente el saque de las cajas, lo que debía ser a temprana hora, de hecho, de madrugada, porque con Patricia como testigo… Y así fue que el dizque nuevo rico decidió no depositar en el banco talmente su riqueza. Más adelante el acarreo… Sólo que pensándolo en etapas cual episodios: preferible dejar tal cual el embutido. Una conjetura en lastre para dormir a gusto en el —como ocurrió— confortable sillón, brazos cruzados entonces, lo que por cierto: ¡vaya!: se fue: Roberto caminó raudo rumbo a un castillo no lejano ¿sueño… algo convencional?; en fin, entró sin problemas a ese ámbito sorprendente: ¡cuántos excesos tan sobrepuestos! Lujos a modo de mierda cayendo, y la empingorotada Patricia, saliendo de quién sabe dónde, con una escoba en una mano y un trapeador en la otra: objetos de oro de veras relucientes, que ella arrojó a los lados para abrazar con delicia al nuevo rico, viniendo así el beso chingón: y: cuando la terminación del pegue, él dijo, como si matizara una pequeñez bucal: *¿Sabes?, creo que en este lugar seremos muy felices*. Entonces se empezaron a despojar de sus ropas, pero en ese momento entró por la puerta principal un hombre imponente, que con voz bien ronca sentenció: *¡Sálganse!, ¡larguense! Ustedes todavía no tienen tanto dinero como para aspirar a vivir en un lugar como este. ¡Váyanse a la fregada!* Feo determinismo, tanto, que lo demás del sueño no importa. Fue un desenlace reductivo, y amén.

Resaca dolorosa debió ser: aunque: cada vez más en pedazos, en virtud de que durante cuatro noches Roberto tuvo sueños muy parecidos: castillos, palacios, mansiones, donde, sin variación alguna, le salía al paso la sirvienta vista como una reina ultraenjoyada. La consecuencia: el despido, aparecía el señor grandote y: acto seguido: el regreso cabizbajo de los amantes —¿a dónde?—; regreso casi inenarrable, por lo que en vez de cuatro noches refiramos los cuatro días correspondientes. La llegada habitual de Patricia y —¿se intuye?— las desnudeces y los entrampes.

Roberto no estaba yendo a la oficina. Regio cinismo. No tenía presión de nadie. Por eso se estaban dando a rehilo las fornicaciones mañaneras, a bien de afanarse ambos en la repetición

de las posiciones obvias que siempre aportan algo novedoso. ¡Ojo!, de tanto hacer lo que hacían la diferencia estribaba en el meneo. Las intensidades de la calistenia, más, menos, llegando a lo óptimo, y todavía desprotegidos, la irresponsabilidad, el feto —¡ea!— tan mirrungo haciéndose.

Por ahí durante los descansos a veces a Roberto se le ocurría hablar a la oficina. Puntada, más que obligación: y lo oído: soledad de dos (parecida a esta de acá): secretaria y mensajero: cumplidores de un feo horario durante el cual lo único nuevo era la llegada alarmante de manuscritos que ya sumaban cuatro pilas medianas; medianas significaba una altura de casi un metro, mucho menos que la edificación de pilas por entre las que tuvo que aventurarse a lo zaino Dagoberto Pastrana, ¿se recuerda? En fin, tanto por desechar (allá) y ¡alto!: *No reciban más… Les paso al costo mi orden*. Pie útil de ese jefe para explayarse en elucidaciones memas; ¡ah!, todo vacuo y algo largo, quiérase como justificación de su no ir al tan murrio ámbito, cual debiera ¿verdad? También hubo dos mañanas más que habló en dos ocasiones, dos cotorreos, si bien: tonterías redichas: matutino modo estratégico, y luego como a eso de las cinco… para mantener en jaque a aquellos que, ¡claro!, con harto morbo Roberto pensó cochinadas: que por consumir tantas horas de vacuidad secretaria y mensajero hicieran el amor con olímpica rapidez sobre su escritorio, o en el suelo o dificultosamente de pie. Tenían derecho esos segundones a inventarse una historia ardiente, perra de por sí; cosa entendible, como entendible de principio a fin estaba siendo lo del amorío entre Patricia y él, sólo que encamados, más a gusto. Mugrosa remuda aquí y allá: ¿lógica?

Pero cuando el hastío empezaba a perfilarse, a expensas de una reseca de excesivos pálpitos por todo cuanto se ha dicho, el azar dictó que hubiese un telefonazo de Justino Macedo:

—¡Ya se publicó *El sueño ayuda a la telepatía*! —lo primero oído por Roberto, quien puso cara de niño fifí asombrado—. Te tengo un trabajo muy especial, algo agobiante, pero divertido. Debes venir ahora mismo al nuevo edificio. Mi oficina está en el tercer piso.

De golpe se acabaron las fornicaciones, ¡lástima!, y de una vez adelantemos que no hubo ni una durante largo tiempo. Rémora de meneos formidables, acaso emplaste inmemorial, dibujador de

formas encueradas: lastre (valga) gota a gota… ¿cómo?… Recuerdo reductivo como para hacerse un vil charquillo, y punto.

—Debo irme —rompimiento: grave el tono, corto. Roberto mirando el suelo luego de soltar esas dos palabras, y sin más empezó a vestirse. Ella no, ella estatua medio atónita, que por el momento quiso permanecer desnuda, reina a sus anchas (etcétera), pese al frío.

38

El trabajo asignado a Roberto consistía en comprar por doquier ejemplares del libro que él mismo hubo propuesto. Estrategia comercial extenuante. Continuos viajes urbanos. Recorridos por librerías y establecimientos comerciales hasta, digamos, echarse un poco a perder.

39

Contratos a grand, machotes, mejor dicho, hechos para ser firmados en friega por el en turno en fila, porque el chiste era ir haciendo la pirámide abstracta empresarial o el dizque organigrama cuya estructura básica en los puestos claves provenía de la extinta Editorial Fronda, sea pues decenas de gente a la que se le llamó por teléfono, excepto a Jonás Parada, liquidado bien y bonito en su momento, y excepto —asimismo— la gentuza intendente o de grados similares, a la que se le dio un buen puntapié, si así se le puede llamar al despachamiento de cada cual con una suma razonablemente cumplidora, como fue, y gracias y ¡váyase! Quiebra —entonces— hecha y derecha: aquello de antes tan ampuloso, mala idea, porque era un gasto zote el cambio de razón social, por todo cuanto estaba representando para efectos de complicación en vez de simplificación: nombremos los desvelos diarios de los jerarcas, al igual que sus ansiedades a toda prisa, como las luces repentinas de un cuchillo. Es que visto en perspectiva, el gran viraje empresarial consistía en quitar a Jonás Parada y ya, negocio sin cabeza temporalmente, mal menor, sea que no había por qué remover lo demás: comprar otro edificio, otra bodega, otra máquina trituradora (más moderna, más rápida) y una plétora de menaje sin cuenta. En fin, veleidades de rico: como las que experimentaba hasta las cachas Juan Bruno Farías, con su derroche de millones nomás porque sí.

Juego de equívocos, por no decir suposiciones, que tan caro le costaron al magnate: una buena cantidad de negocios echados a perder: a sabiendas: por diversión. Es que la sal y la pimienta de una vida muelle radica, para quien la goza, en no soportar por largo tiempo suavidades uniformes, siendo que la vida valedera es aquella que necesita flagrantes zarandeos, ciertos desajustes sólo para percibirse —si uno es rico de raíz— inserto en un color enturbiado que pronto será diáfano. O bien para saberse un luchador perpetuo

y tragicómico. Así era Juan Bruno y así sería. De modo que en cualquier momento —ojalá no— podía declarar en quiebra a Ediciones El Faro, mera puntada, tal como si su (tan) obsceno dineral fuese una mentira del tamaño del mundo y una opción de entretenimiento. Así destruyó muchos de sus negocios que incluso eran prósperos, dándose el lujo de comenzar otros: inciertos: tantos demenciales, o —por decir— a contracurso de la inercia mercadotécnica más obvia que ¿correrían la misma suerte?, no todos, o, bueno, no tan pronto la bancarrota, y este: EDICIONES EL FARO: ¿cuál devenir? Téngase que Juan Bruno Farías era uno de esos ricos monstruosos que produce el tercer mundo, esos que hagan lo que hagan siguen siendo reyes.

También el susodicho cambiaba de peinado a cada rato, a lo que debe agregarse el cambio de coche y de esposa, por lo que deben suponerse muchos más desperfiles. Sea que su espíritu de renovación disuadía todo aferramiento sentimental. Su mente era lábil y sus anhelos macarrónicos. Sus «peros» no estaban basados en grandes argumentos porque su filosofía no era más que una especie de tejido de antojos tan inmediata como desechable. No tuvo hijos. ¡Al diablo las responsabilidades y el vislumbre, siempre problemático por comprometedor, de un reparto hereditario! Además, la ausencia de retoños significó el obligar a tres de sus efímeras esposas a practicarse el aborto… etcétera (allá él y allá ellas)… Y, bueno, en cuanto su capital se engrandeció exageradamente sus caprichos tuvieron mucho mayor desnivel: negocios y más negocios cual juguetes desamables. Así que la vida de Ediciones El Faro ¿sería breve? Sólo Dios lo sabría. Pero, veamos: Justino Macedo desde muchos años antes le hizo segunda; cómplice de confusiones y devaneos, su apego al ideoso era tan leal como enfermizo. Él también se hizo lábil y macarrónico. Por ejemplo —concretando— la decisión que tomó con respecto al nuevo hacer de Roberto Pastrana, el artífice del singular empeño bcstselleriano, ¡pues vaya!, de ser un importantísimo dictaminador de libros de pronto el gato supremo lo redujo a comprador de los mismos, perdón, de comprador de *El sueño ayuda a la telepatía*, descenso en el escalafón, protesta razonable de éste por eso, y he aquí el toma y daca desgraciado:

—Te guste o no te guste ésta será tu nueva tarea.

—Pero yo soy un licenciado en letras hispánicas y tengo un salario de funcionario ejecutivo, además de que yo propuse el libro…

—¡Pues te aguantas! Esta labor será temporal, tal vez en un par de meses regreses a tu puesto de origen.

—Está bien, de qué se trata.

Justino le explicó que se estaban contratando a diario a decenas de personas por honorarios. Trabajo eventual: serían compradores peregrinos como él: andar y andar sobre todo en las librerías donde las novedades las ponen en pilas cuya medida es de un metro o poco más, también en los supermercados y en esas muy conocidas cadenas de tiendas que cuentan con departamento de libros. Se entiende que *El sueño ayuda a la telepatía* ya estaba distribuido por doquier y a tutiplén. De provincia luego hablamos, le dijo. Primero esta urbe, concluyó. Entonces: más y más en reducción los detalles acerca de la cuantía de efectivo que portaría en un maletín. La cosa era rebajar las pilas, escogiendo el momento que hubiese mayor acopio de fisgones de libros; que por contagio consumidor ésos lo imitaran. Sin embargo, para que fuese triplemente eficaz el remedo tenían que llegar más compradores: de los nuestros, le aclaró, y a distintas horas. Que la pila desapareciera en menos de dos días. Y otra remesa casi instantánea y así: rebaja tras rebaja tras propagación (a surcos) tras interés subconsciente del público y, para facilitar el atractivo, debía haber anuncios lucidores puestos en lindones o cembos que refirieran (casi en un credo) lo fenomenal de saber en qué consistían los ritmos del sueño y sus nexos con el onirismo telepático: que sí existe, ¿eh?, pero que para ello había que comprar un ejemplar, mismo que tenía la ventaja de estar escrito en forma novelada. Entretenimiento al por mayor, o sea… Bueno, a todo esto habría que adicionar la ayuda, tenida cual despachaderas, para los encargados de la venta. Y he aquí que Justino inventó un diálogo apócrifo: POSIBLE COMPRADOR: *Oiga, parece que este libro está muy interesante*, VENDEDOR: *Sí, se está vendiendo como pan caliente*, POSIBLE COMPRADOR: *¿Y de qué trata exactamente?* VENDEDOR: *De los ritmos del sueño y de cómo usted puede telepatearse con alguien cuando usted duerme, e incluso cuando esté despierto, siempre y cuando usted tenga conciencia de los ritmos del sueño. Yo creo que vale la pena.*

¡Anímese!, compre un ejemplar. No se decepcionará. COMPRADOR: *Sí, deme uno*. Posibilidad verbal por el estilo ¿o no? Más goteo de sutilezas al respecto, hasta llegar a un trasunto de veras concreto:

—¿Y yo cómo voy a poder organizar a tantos compradores?

—No, no lo harás, porque ya tienes un jefe… Espérame un momento. Ahora vengo con él para presentártelo.

Como si devorara espacio Justino se fue bastante acelerado por entre una ringlera de escritorios. No tardó en regresar. Vino con un sujeto escuálido de peinado carmelete o firulete que por sí mismo, con arrogancia… este… bueno, veamos:

—Me llamo Isaac Anzures. Desde ahora seré tu jefe y tú serás mi subordinado más importante… De una vez debes saber que soy una persona organizational.

¡Asu!

40

Un mapa urbano. Los puntos rojos pintados con plumín de tinta tipo antracena correspondían a los tiendones de esos de muchos pisos donde se encuentra de todo. En cambio los puntos verdes correspondían a las más famosas cadenas de tiendas, mientras que los puntos amarillos no podían ser otra cosa que las simples librerías. Y, sí, por lo demás, arterias, entrecruzamientos, en abstracto: mapa extendido sobre una mesa de trabajo. Inmensidad, pero, tras la atisbadura de diez sujetos atentos, incluido Roberto Pastrana, y el tú por esa zona y tú por aquella, donde que en las orillas quiénes: lo peor (según), el señor Anzures redondeó cuánto con tinta negra tipo benzol para enseguida escribir con letra harto legible el nombre de los compradores-simuladores, casi justo en el centro de cada círculo, por ende, en un santiamén fueron asignadas las susodichas, cual si fuese bruto afán, o seca figuración, si se quiere, como ser —mal que bien— gajos para degustarlos muy, desde luego, a distintas horas. Quede establecido, en consecuencia, que al licenciado de marras le tocó la zona más *nice*, más *to you*, habida cuenta de su distinción superior sobre el resto. Aunque tal exclusividad tenía el inconveniente de contar con más tiendones, establecimientos de cadenas famosas y librerías, por lo cual, más friega, más mareo.

Pero vamos por partes. Antes de dar un tranco largo, valga decir que al señor Anzures no le gustaba malgastar palabras, pero las que soltaba parecían tener filo: voz cortante y objetivo cortante, para darle relieve a las acciones lo antes posible. Sin embargo, estando a punto de suscitarse la desbandada de sujetos, hubo un alto pertinente: retache para explicar lo último: *Por favor regresen. Faltan unos cuantos detalles*: lo tendiente a una afectación de relance, o bien algo acerca de la actitud de cada cual sin

menoscabo: hacerla de actor: maña natural sistemática, ¡ni modo!, porque era parte del empeño; para ello, el señor Anzures se las gastó: cosa más rara: actorcete con demasiado requiebro alargándose en su idea: ay. El caso es que luego de adquirir unos cuatro o cinco ejemplares retractilados del libro promovido, era menester que el comprador-simulador rompiera el forro de uno y lo hojeara con avidez: muecas gustosas conforme avanzaba en la lectura superflua; cejas de intriga, sobre todo eso, siempre que de pronto hubiese un levantamiento de las mismas: ¡asombro absoluto: pose con empaque!: procura de amigues leves en la frente en pareo con una abertura de boca, digamos en forma de «o» o de «cero», momentáneamente férrea. Sería el jalón hacia lo inductivo y por supuesto un plan piloto o prueba de oquis durante las primeras doce horas (tal horario ingrato de empiezo, menos tiempo después: ¡ojalá!; pero, regresando…); sería mera comprobación para ver si la gente caía en el garlito: que hiciera lo mismo que ese lector incidental, de modo que si, en efecto, funcionaba, pues que se repitiera la actuación día tras día: ¿estamos?… ¡Claro!, ¡entendido!, a coro —casi— lo antedicho, por lo que, sin más, ¡a volar!: y volaron los sujetos (casi), pero a quien debemos seguir medio por detrás es a Roberto, que iba molesto rumbo a su carrito diciéndose, como para recuperarse: *Me voy a echar a perder un poco… No sé si me hará bien*. Lo siguiente, su labor de compra, puede inferirse. Horas de obediencia estricta. Hay que imaginarla acorde con la referencia de arriba. Lo destacable eran las pilas vistas, en algunos lugares con enfoque especial señalador. Al respecto Justino Macedo e Isaac Anzures (y otros gatos dizque de gran confianza) se habían puesto de acuerdo con los encargados de la venta de libros en lo concerniente a la insólita exhibición novedosa, estrategia que se pagaría con un porcentaje extra, además de otro por la venta de cada ejemplar. Considerable cantidad de telefonemas: antes: de juro; como ahora, de vicio, podemos imaginar los alargues de plática. Gastazo, en consecuencia, la porfía, el convencimiento, los grados de verbosidad. Tres días, de resultas, durante los cuales, circunscrito a dos horas de inicio, para ponerse de ejemplo, Justino le dedicó —y que lo oyeran y vieran los gatos— a tal gracia surgida de su invención, en fin.

Él tenía tantos quehaceres que —obvio— deben entenderse sus

urgencias y su exasperación…

Lo que sí que el libro se estaba vendiendo a carretadas. Continuos pedidos de remesas. Locura: ¿eficacia?, todo en batanga buenamente. Cuéntense también los anuncios del largo y del ancho del edificio editorial modelo, no cabales para otros edificios, más cortos o más sobrados sobre todo en lo ancho, porque resolvedores de largueza, ah, en tal sentido no había tanto problema. Quiérase que el real problema fuese la opacidad hacia los interiores. Seis edificios de cuatro pisos: los seleccionados, algo similares en cuanto a tamaño y grosor al que servía de horma. Seleccionados, previo acuerdo con tanta gente involucrada, afectada por lo sombrío oficinesco en pleno día: el tener que usar la luz eléctrica. Tuvo que haber porcentaje al respecto por adelantado, pero, a cambio, el «sí»: de conformidad, laberintoso…

Y en crecimiento la promoción demente. Imaginería diaria para desbordarla y a veces comprimirla… un mundo, pues, del que Roberto Pastrana ya no tenía idea, porque circunscrito a su hacer sólo debía pensar en su tortuoso rodeo de propósitos compradores, el engorro de perfeccionarse, sopesando intenciones: ¿hasta dónde su actuación era neta y hasta dónde neto su comportamiento? Fingir de veras y sentir no tanto, o viceversa, o qué diablura debería ocurrírsele… quiérase que… ¡ninguna!, sino puro regosto, puro vicio de modos: dizque interesarse en la lectura de *El sueño* para que los compradores potenciales ¿lo emularan?… luego ¿por sistema? Al principio esa postura lectora, siempre de pie, surtió efecto a las mil maravillas, esto es: hubo consumo por influencia, pero después ya no tanto, máxime que la empresa seguía contratando personajitos que hacían las veces de lectores-compradores, acaso mejor calificativo sería el de actorcetes que llegaban a los establecimientos a toda hora, siendo la secuela al punto un presentimiento de trampa muy por lo bajo de algunos curiosos. Dudas e impulsos, tentativas ¡que sí…! La novedad estaba en que a toda esa gente contratada se le confirió más personalidad al dotarla de esos teléfonos llamados «celulares», o «móviles» como les llaman en otros lados. Entonces, volviendo, cada cual debía hacer reportes continuos en un espacio al aire libre para no evidenciarse, y al no haber a quién llamarle en directo, aquello se convertía en teatro íntimo, colmo de colmos, porque los más

dejaban recados telefónicos en los buzones de qué jefes, habla nula, o sea no atendida, muy pocas veces sí, lo que era peor… También Roberto lo hacía: qué enfado. Otra actuación más a contrapelo. Pero para dar cima al engorro ha de añadirse el despropósito de traer en tantos maletines demasiado dinero en efectivo, en vez de vales ¿verdad? Simplicidad de procedimiento: ésa fue la propuesta de alguien cierta mañana: lo que no, sino lo mismo: el dinero lucidor a como diera lugar, ya que con los vales se notaría el truco. En su oportunidad la aclaración fue hecha por el sujeto escuálido de peinado carmelete. Un leve altibajo tal sugerencia en el decurso de las desbandadas diarias. Monotonía, de resultas, que fue rota por Roberto cuando un mediodía cualquiera les propuso a cuatro de sus colegas irse a tomar un café por ahí. ¡Juega!, resolvió uno sintiéndose intrépido y se fueron los cinco: chula grey de borregos. Irresponsabilidad momentánea, solaz necesario donde no faltó el preguntón que se volcara contra Roberto para tener en claro si él era pariente directo del autor de *El Sueño*, nomás eso cual pique, dando pie a mucho más. Suerte que la primera respuesta fue: *Es mi abuelo*. Y a partir de tan sucinto axioma se desbocó el nieto tratando de engrosar un discurso explicativo mientras que embigotados con la espuma furris de los cafés capuchinos los oyentes fueron a poco reprimiendo sus preguntas, como ser: *¿Y tú por qué la haces de comprador-simulador?; ¿no te parece denigrante?; ¿no crees que todo esto es una forma de burla para ti?; ¿tú propusiste el libro?; ¿cuánto le pagaron a tu abuelo?; ¿fue un dineral, verdad?* La ventaja de mentir es que propicia una revolvencia fantástica. No hay prisa por llegar a lo puntual, tampoco exigencia, porque todo nace y muere en un desconocimiento absoluto de lo real. Lo que quedó fue baldío, cierto que algo incitador, pero… Digamos que Roberto le dio vida a una entelequia tan arbitraria como inútil. Divertimiento que no tuvo más tamaño que el de una brizna: de pe a pa, pobreza: y: en un momento equis se vio obligado a sentenciar que su abuelo era un genio (asilado; feliz, ¡claro!, por tanto) mientras que él sólo un servidor, un ente malcontento, casi maleable nomás por dedicarse a servir y seguir sirviendo mansamente. Sin embargo, les aclaró que muy pronto tendría un puesto de envergadura. O sea que sería más verga ¿eh?, dicho lo cual se rió para sí con dunda e intencional

idiotez: ¡vaya!, nadie lo acompañó en su risa de motoneta caduca. ¡Nadie!, uf, y conclusión: pagar la cuenta —cooperacha—: por deslinde, y…

Discurso oblongo, maniaco, sin matiz, de resultas; inútil prodigarse ante gente idiota, tan limitada por cuadrada, o por ser de ideas fijas. Cierto que aquel cafeteo fue una prórroga a modo de distensión: que ¿para qué? Supo Roberto que no debía mantener contactos tan así con esa clase de sujetos, ésos que ignoraban el significado y los efectos inmediatos de un gozo entero, descarado, siendo el de ésos (tal vez) fruto de un sentido del humor muy desde abajo, muy burdo, muy sin desarrollo; y prefirió la soledad caminante; sus actuaciones cuando… Lo que ya estaba por acabar. Así, entre lapsos, el cafeteo: soledad sentada y embebida: la de Roberto que, jugando a la elaboración de una imaginería siempre sonrisuda, diera con un detalle tan fútil como mirar con atención su mano derecha, misma que de pronto no le perteneciera porque se le desprendía del brazo a las vivas para extraer, por ejemplo, un libro de una columna que llegara hasta un techo cuya altura fuese de cuatro metros, y el derrumbe libresco, por consiguiente, percatarse de eso sin el menor susto, sino (jajajá) deleite a solas. Regadío de ejemplares (jajajá): libros sin éxito, sin lectores, sin la recepción de espantapájaros críticos (uh), pero el libro extraído (oh salvación… a ver…) llevarlo a la editorial más prestigiosa y más comercial del país. Y el milagro: la publicación reforzada con un exorbitante aparato publicitario y ¡zas!: ¡nació un bestseller sin parangón histórico! Ocurrencia ¿amorosa? Deber. Altruismo, y luego riqueza en abstracto. Billetes voladores bajo un cielo embellecido por un azul turquí (o garzo); en este caso *El sueño*… Pasco aéreo triunfal: de dinero en efectivo (jajajá). Que fueran también monedas de diez pesos: muchísimas: golpeadoras ¡vaya amenaza!, pero no; el legendario ritmo delta imponía un embudo, entonces menor velocidad a partir del supuesto resbale acerado. Todo cayendo en esa mesa de café (también hartos billetes de quinientos… divagación cada vez más solitaria) de la cual Roberto retiraba su taza espumosa para que ni monedas ni billetes se mojaran algo siquiera. Loma: ahí: instantánea. Escurridero por las faldas de ella. Brillo de pingajos rumbo al suelo. Que nadie se diera cuenta más que… De establecimiento en establecimiento Roberto imaginaba

algo así o algo asá, a veces cuando conducía su carrito, y justo cuando se echaba sus cafés en esos ambientes de colorido muelle: de tintes cerúleos, malvas, canos, foscos… Pero hubo una ocasión en que la realidad lo envolvió sin desdoro, una realidad acuciante, que si ubicadora. Ergo: de seguro ya estaba por agotarse la segunda edición de *El sueño* y él aún no se había puesto en contacto con Justino Macedo para la revisión del contrato del mismo. No se le ocurrió en su momento: ¡qué guaje! Y ahora ¿de qué manera podía exigir que…? Mmm… ¿se imaginan todo?

Justino distante, difuso, un punto blanco cual planeta inhóspito…

No había mañana que Roberto no le preguntara al señor Anzures por el subdirector, antes asesor editorial número uno, y el interpelado, siempre con ademán asaz figurero, le respondía algo como esto, entiéndase de refilón las sutiles variantes del pequeño asunto: *Fíjate que hasta para mí es cada vez más difícil localizarlo*. A lo que: ni por el celular. Consecuentemente… punto. Desilusión: en alargue, a raíz de que por tornas propició cierta vez un recuento alivianador como el siguiente:

Roberto contaba con un sueldazo sabrosón, no en rebaja, eso sí, hiciera lo que hiciera. Agréguese el monto de liquidación cuando fue echado de Editorial Fronda: tal depósito bancario aflorando a su manera, y la otra suma en cajas: el anticipo tan viviente… A esto hay que agregar que ninguna vez le habían descontado porcentajes de sus quincenas, todavía no: aquello de ir compensando lo de la liquidación tan engrosadamente obscena, por alta. ¿Es que los jerarcas echaron a olvido hacer tales rebajas?

En cualquier rato alcanzaría el millón de pesos tras sumas en goteo día a día. Potencial aún ex. Trama, digamos, precisándose: cada vez más terrenal, con más ceros a la derecha, como para, si se le antojara, mandar todo al carajo. Sólo que su desesperación sería un sobrentendido. Eso era lo que deseaban los jerarcas: que sintiéndose una cucaracha dentro de la empresa, un talachero sin rumbo, sin lucimiento ¡nunca!, llegara a la brevedad con la nueva de que renunciaba, sin más.

Roberto, de por sí, tocó fondo cuando le pidió al señor Anzures que le diera el número del celular (o móvil) de Justino Macedo. ¿Se infiere la respuesta? Un retruécano elegante: suerte de despacho

suave medio discursivo: palabras como orlas enllegando a un remate como este. *Me tiene prohibido dárselo a los subalternos. Sólo yo lo sé y unos cuantos más*. Faltó añadir un
«lero-lero»
afeminado. ¡Diantres! Más tarde Roberto se acordó que lo tenía en su cartera. ¡La tarjeta refulgente! Así que en medio de sudores pilongos marcó, en tanto: alegría dibujadora de una mueca agridulce, y de vencida: frustración. Había cambiado el número. Estrategia.

Movilización irresponsable, por ende, del otrora asesor editorial número dos. Se informa que Justino Macedo ya no tenía su oficina en el tercer piso del nuevo edificio. Con arte, o quiérase en un dos por tres casi imperceptible, se hubo escabullido, quedando la duda para tantos de hasta dónde estaba su guarida, lo mismo sucedió con Juan Bruno Farías. Dos desapariciones. Ahora bien, ¿quién diablos tenía acceso a ellos? Saberlo aliviana, empero el decurso ominoso hasta: ¡¿quién, o quiénes, por Dios, que supieran?! La movilización antedicha de Roberto no tue otra que la ida tristísima hacia su oficina sombría donde, tras abrir la puerta, estaba, en efecto —tal como lo hubo imaginado mediante una telepatía alrevesada (ritmo delta en acto)—, el mensajero-intendente encima de la secretaria: en el suelo, sobre un tapete pachón, nuevo, por supuesto; (ejem) bueno, él con los pantalones a media asta, y ella con la faldota subida hasta los muslos.

Fornicación en vías, a causa de tanta ociosidad, que es, como se sabe, mala consejera. La cosa es que nomás vieron a Roberto se incorporaron avergonzados; él tardó en subirse sus pantalones: asunto lógico, y ella como que trató de plancharse su faldota con sus dedos temblones. *Mañana vendrá a primera hora el nuevo jefe de aquí. Ya nos comunicaron que usted está en otra oficina*, dijo la secretaria despeinada, tan fea y jamona. Al oír aquello Roberto dio media vuelta y se fue sin decir adiós. La cruda verdad era que él no tenía oficina; la calle ¿sería?; los cafés: en etapas. Desconsideración, ninguneo táctico punto a punto. Letargo fósil: lo por venir, que de hecho… Entonces, portarse irresponsable con soltura, no actuar tras comprar: porque no, lo cual redundaba en no presentarse por las mañanas ante Isaac Anzures, uh, nadie lo buscó por el celular para exigirle…

Bah, el celular. Aquella vez que dio la media vuelta en la puerta de su ex oficina se dirigió al café La Revancha —¿se recuerda?— y allí consumió horas y capuchinos de sobra mientras dibujaba mapas inmensos en manteletas verdosas: seis continentes con un sinfín de países en seis papelotes de esos. Dibujó ríos y cordilleras: minuciosidad llamativa. Ritmo de trazos acorde a los sorbos calientes tan duraderos. Estaba acabalando su venganza laboral. ¡Bien hecho!

De pronto, casi al filo del mediodía, se le antojó hablarle por el nuevo celular a su abuelo, tenía registrado en el aparato el número telefónico del asilo. No tardó en localizarlo; júbilo acá, tan suyo, nomás por preguntarle cómo se sentía, siendo la entonación devuelta una frase muy seca: *Aún no salgo de mi desconcierto*. Fin: cual balazo: sequedad a pospelo, debido también a que más se le antojó hablarle a Patricia, quien le hizo un reclamo cariñoso, lo concluyente fue esto: *Necesito verte. Quiero que hagamos el amor. Me urge*. En puerta la dicha abandonada, que acá al sesgo consistiría en pensar a base de círculos, caída plácida en negruras sacrosantas: de lo cual: seguirle con aquélla en diferentes formas, ¡pues sí!, hasta que lo buscara algún jefe por teléfono.

Éxito, mientras tanto…

41

—Me permito darles a ustedes un consejo pertinente: si desean retener un sueño no lo hagan mediante un recorrido anecdótico. Lo recomendable es retener imágenes aisladas. Si es así escríbanlas como puedan. Más tarde se darán cuenta de que esas imágenes aparecerán en otros sueños. De modo que entre más imágenes recuerden, más posibilidades tendrán de enviar mentalmente una, dos, o más, a la psique de un ser querido. Es seguro que habrá telepatía, porque aquél les devolverá la imagen añadiendo algo, y así se establecerá una comunicación a distancia. Pero para que esto suceda es necesario que ambas personas estén dispuestas a tener conciencia de los sueños. Incluso es posible que aunque una de las partes se resista a introducirse en este juego telepático, se concrete un contacto pasajero, traducido en que la persona esquiva a todo esto de pronto se vea en la necesidad de buscar a quien le envió y depositó en su psique tal o cual imagen, o intrigarse por no saber ni qué ni cuándo ni cómo. Ahí empezará la magia. Yeste hechizo también ocurre en la vigilia. Comprueben que cuando uno mira con insistencia a una persona que no nos presta atención, ésta no tardará en mirarlo a uno. O incluso cuando uno invoca a una persona repetidas veces, pronto tendremos noticias de ella acaso por referencia de terceros o de manera directa. Ahora bien, de todos los ritmos del sueño, el que arroja mayor cantidad de imágenes es el ritmo delta, porque es el más largo y porque su tejido anecdótico es mucho más lógico, pese a ser el más digresivo y derivativo, pero también el que más se ajusta a un desarrollo temático muy de rigor…

La revolución editorial estalló con esta conferencia llevada al cabo en un salón de hotel con capacidad para quinientas personas. Lujo nominal de cinco estrellas. Aire acondicionado óptimo. Publicidad a pasto en los medios: agresiva, sistemática durante

días…

Lleno a reventar, y lo deseado: Dagoberto Pastrana haciéndola de cicerón sin ningún tropiezo, en virtud de que su labia en retahila tenía asombroso medro, además de que sus desbordes no eran incoherentes; muchos hubo excitantes a partir de las preguntas que le formulaba el público lector. Fuese que titubeara… estar al pendiente… pero no. Base de todo lo anterior fueron dos preguntas venenosas: *¿Por qué todo lo que usted explica no está en el libro?*, y *¿Por qué escribió una novela en vez de un ensayo? A mi parecer eso debilita la sustancia de la obra*. Del primer cuestionamiento se desprendió un pretexto que devino en un buen desparramo de justificaciones certeras, como ser: *No quise escribir una novela de tesis*… lo redicho, y de ahí el fogonazo lúcido: que no se trataba de una aclaración de principio a fin, sino de un aumento de interrogantes, a bien de acrecentar, por cuanto preservar, un asunto eminentemente enigmático, al grado de concluir que los sueños siguen y seguirán siendo un misterio como lo es y seguiría siendo el universo, porque nadie tiene la última palabra sobre… etcétera, por ahí; aunque: ciertas luces a cabalidad: trasuntos sujetos a demostración y comprobación; ése fue el propósito esencial: *su, mi*: interprétese: *casi un designio*, o yendo más lejos: *casi como obedecer un dicterio*. Alguna vez Dagoberto atendió el llamado proveniente de quién sabe dónde. Una voz —¿cavernosa?— que le dijo: *Tú, nadie más*. O para extrapolar una —otrora— gris idea de ficción: *Tú tienes que escribir lo que yo te diga*. Voz divina abarcadora, tanta, de suyo, que al decir esto el ciego dio un puñetazo contra la mesa entarimada. Dolor sin sangre, que de inmediato produjo una mediana simpatía. Ganancia. El personaje escritor haciendo un poco de teatro, cual debe; acción malsana, sin querer (algunos aplaudieron; otros rieron; y los más quedaron atónitos), pues dado el festín publicitario tal desplante ayudaría, sin duda, a la venta. La excentricidad delantera ¡hela! Fascinación. Espectáculo adicional. Conquista con gracia. ¡Bravo!, bravo por el despojo de acartonamiento, fuera reconcomios de erudito, cuantimás cuando el ciego se refirió de nuevo a las luces precisas que ya había sobre los ritmos del sueño. ¡Sí!, las primeras aportaciones las hizo León Allacci ¿cuántos siglos atrás? Pero la

corroboración tácita de todo eso, hasta convertirla en ley, correspondió a investigadores como: Hans Berger, en 1930, al comprobar que la actividad bio-eléctrica de las neuronas se altera durante el sueño, y más aún cuando se suscitan los ritmos gamma y delta. A otra certidumbre llegó Peter Thager, en 1967, cuando adujo que «la arquitectura del sueño», como él la denominaba, se conforma a partir de una evaluación matemática de los trastornos que producen los cuatro ritmos, en particular, el ritmo delta. A Dan Engel se le debe la aportación de los efectos biosicosociales de los ritmos, tras investigar durante casi siete años en este terreno neurológico tan indeterminado; su indagatoria culminó en 1977, y es uno de los más sorprendentes tributos de la ciencia en materia de sueños. Dos años después Burt Miles hace importantes aportes acerca de la somnolencia diurna y las posibilidades telepáticas del ritmo delta. Con eso ya el sabor y el resabor fueron puestos de relieve y, lo admirable, talmente lo dicho citado —créanlo— de memoria: ¡oh!, derivando Dagoberto a otra gradación de minucias (como para hacer sentir su poder retentivo), quiéranse contribuciones al sesgo con cierta carga, pero no tan contundentes como para dedicarles siquiera cuatro horas de estudio. Es que tampoco venía al caso citar nombres de investigadores de segunda fila, aunque sí era menester decirle al público que sobre los ritmos del sueño continuaban y continuarían innumerables buscas, ensayos y criticismos. Cierto: era evidente que en el libro hubiese lagunas a raudales, por lo que la premisa: «no quise escribir una novela de tesis» cobraba gran peso. De suyo, ante lo expuesto, ya podía hacerse la conexión con la segunda pregunta: a lo que: *¿imagínense un ensayo? Sería insuficiente, e incluso falsario en más de un sentido*. Así fue como el ciego enumeró, nomás de entrada, lo relativo a la evaluación de los trastornos, sólo en lo básico: ténganse el potencial evocado auditivo, el potencial evocado somatosensorial y el potencial evocado visual, a lo que debía añadirse un análisis sesudo acerca de la actividad hipersincrónica de las regiones encefálicas, tema que daba para unas ciento cincuenta páginas, por lo menos, de apretada prosa explicativa y, bueno, ¿qué sentido tenía que un escritor de ficción se hundiera en esa mezcla de sustancias membranosas, no tan reconocibles? Acaso lo relevante de *El sueño ayuda a la telepatía* era la gama de tips: lo teórico sucinto

calibrado por lo práctico gozoso, en una palabra lo experimental, siempre tiento a tiento y CON MARGEN DE ERROR, lo enfatizó de juro Dagoberto dando otro puñetazo (no tan fuerte) contra la mesa de marras: desplante: uh: acobardado, movedor de muecas abajo, las que usted suponga.

¿Más preguntas? Fue Roberto Pastrana quien salió de un escondrijo, uno detrás de un cortinaje: en apriete lóbrego; salió retador como de rayo, calculando el momento en que se generó un silencio global medio sospechoso, sólo para decir eso de antes. Aunque: ¿por qué él y por qué así?, sería el cuestionamiento de unos cuantos muy por lo bajo: entre carraspeos y cuchicheos.

Luego tres dedos índices punteando en lo alto: por ahí y más allá. A ver, usted, Roberto eligió con índice, cordial y anular: modo de hincharse para bien. No dijo que era nieto de… pero con tal señal casi; sesgo subrepticio. Total que fueron preguntas hueras, nunca comprometedoras: aspectitos de refilón como ser si el autor era ciego de nacimiento o no, y si así era a quién le dictó y lindezas tan de revés sensibleras, mismas que merecieron regates al dejo: medianas respuestas con cierto sinsabor. Valga vaciar de una vez las otras dos quisicosas más urgentes: que desde cuándo escribía; que en qué se inspiraba. Como se podrá suponer la mejor de las tres era la concerniente a la ceguera, siendo la remisión una frase como esta: *Hasta hace poco tiempo yo veía como todos ustedes*. Bastó con eso, lo demás (de pergeño melodramático) se infiere.

Sí, desde niño: escritura infantil dislocada, imprudente, libre, mal que bien, interpretándolo, con suave retintín y angostamente Dagoberto despachó la primera duda, mientras que la segunda: *Me inspiro en el sol y en la luna, y también en algunas personas ya muertas*, y *en un perro que tuve hace veinte años*. De sobra la chanza tan dicaz, como para inhibir (dizque). Sin embargo, pronto hubo más índices punteando: cuéntense otros tres, a lo que Roberto dijo que había límite de tiempo, porque el autor tenía otros compromisos. Agenda repleta… (ejem). Menos de una hora de charla, como estaba siendo y sería, habida cuenta de que la artimaña de la empresa estribaba en la venta de *El sueño* bajo el supuesto que no todos los asistentes habían adquirido un ejemplar de la segunda edición de lujo, de pastas duras, cuya portada azul exhibía una humareda en telas haciendo las veces de gasas

subidoras en redondel: sugestiva chulada: el mundo de los sueños tal cual, aunque medio remoto: ¡compren!, ¡compren!, compraron muchos. Es que tres fingidos merolicos trajeados, que estaban a las órdenes de Roberto, arengaron al unísono al respetable con sumo descaro toda vez que el nieto dio por concluida la conferencia.

Tal vehemencia cuajó. Éxito otra vez allí: enjambre en pos de una suerte de vendimia: ¡sí!: por su vocerío uniforme, imparable: hasta no agotar lo exhibido. Así fue. Primera experiencia de Roberto como jefe de eventos. Demostración de eficacia a las claras como para seguir haciendo lo mismo sin problemas, en el entendido de que cuando se le nombró hubo reservas. Demasiada apuesta nomás por instinto; o sea: se aventó Justino Macedo: llamarle por su celular, sólo que —¡ojo!— al establecer la conexión le pasó el aparato a su asistente actual, un tal Ugrildo Llamas, quien lo citó en el café ¡La Revancha! (¡vaya!): para describirle punto por punto en qué consistía su nueva responsabilidad; triunfo por recuperación: ¡ea! Empero, lo triste: el amor salaz interrumpido hasta nuevo aviso. ¡Ni modo! Patricia desnuda, abandonada. Que ella también se entregara a la limpieza del apartamento: lo suyo: una renovación de ahínco servicial, en aserto pío, esto es: con ganas, y vestida ¿eh?, no como la otra vez que temblando de frío hizo el quehacer: ¿de plano en cueros? Duda aún, aunque casi certeza. Pero —pongámosle severidad a lo que sigue— en estas circunstancias lo más conveniente es desplazamos al café La Revancha e imaginar que acechamos a hurtadillas a cada uno de estos personajes. Fue aprehensivo el encuentro de ellos, en sí puro esbozo de asuntos logísticos que ni para qué enterarse de lleno. De refilón, más bien, detectar los pormenores que Ugrildo soltaba con una lentitud casi de desahucio: que la adquisición y utilización del aparataje correspondiente a los eventos en serie: micrófonos, bocinas, cables; que la transportación y los tiempos acotados, tantas etapas… También los dispositivos laborales que Roberto debía asignarles a sus subordinados, que no eran más que cuatro talacheros chaparritos. Así lo evidente: la afanosa tromba verbal —entre sorbos de café americano— con plétora de detalles vacuos, ya se imaginarán… De una parte, pues, la fiesta de gestos del habliche, y de la otra la cara de palo del oidor… A fin de cuentas a Roberto le quedó claro que habría dos, si no es que a veces tres o hasta cuatro,

conferencias por día: el límite dos horas, más la sesión de preguntas: una hora adicional: tres justas, y corte estricto, cual debe, porque lo restante consistía en un ir del tingo al tango de veras extenuante: nómbrense lugares públicos cerrados o al aire libre, como escuelas, estudios de radio (de televisión todavía no), salones de hoteles o de institutos culturales. Labor sin tregua, y punto.

Todo ya contratado, así que… Pero todavía faltaba la provincia: gira artística sin precedentes: dieciocho ciudades por confirmar, y luego la otra hilazón que ya se estaba creando: pasear por Sudamérica objetivamente, esto es, tres días en cada país: el encomio exacto: seis países nomás: lo que era un delirio aún, para después. También Centroamérica, que debían saltarse en primera instancia, junto con el Caribe (tan beisbolero). Freno oportuno a un desborde bestselleriano tan así. Antes: lo nacional. *El sueño*: nacional: limitado, cierto que arduo, por no decir dificilísimo, ya se vería… o mejor dicho, se estaba viendo. La compleja provincia atenida a sus cánones. Romper cuánto, y cómo…

El sueño como falacia llegadora en alud. De entrada ese «no» previsible. Oronda, cuando no ceñuda, resistencia contra lo nuevo literario; por ende, y sobre todo en las ciudades medias, la publicidad del libro tenía que efectuarse de una manera bien distinta, más cariñosa, digamos, atacando los sentimientos de las escasas gavillas de lectores, y si se podía penetrar un poco más allá, que el libro pudiese despertar el interés de quienes ven en la lectura una pérdida de tiempo, ah, logro inusitado sería; lo mismo en esa ciudad monstruosa, donde la mayoría de la gente está demasiado entretenida en la sobrevivencia (¡ojo!, no «con la supervivencia», porque no se trata de una diversión), en fin, e insistiendo en lo de la provincia, sobre todo en lo que concierne a las ciudades medias, no era efectiva la puntada de contratar a compradores-simuladores, puesto que en esos lugares la gente se conoce aunque sea de vista y ¡al traste el teatro! Mejor sería valerse en esos entornos de leyendas sugestivas, escritas en grande: negramente puestas en lindones o cembos sobre fondo blanco… Por ejemplo algo como esto: *¿Conoce usted la fuerza de sus sueños?* Luego la invitación abajeña: *No pierda la oportunidad. Adquiera ahora mismo…* Etcétera. También: verbigracia: *¿Le gustaría ejercer la telepatía? Conozca*

sus poderes mentales… Y quién no ¿verdad?

Sin embargo, en las cuatro o cinco macrópolis que existen en el país lo de los lectores-simuladores, ¿compradores?, sí surtiría efecto. Tampoco debía ser una cuantía exagerada, a sabiendas que dichas actuaciones ni de chiste debían rebasar una semana. Con cinco días, no sábado ni domingo. Lo importante: los ganchos escritos, visibles, como estaba ocurriendo: poco a poco —obvio—: constancia diaria. No en las ciudades de provincia los anuncios espectaculares del tamaño de un edificio de cuatro pisos, ni en las macrópolis: gasto inútil, aunque: Juan Bruno Farías era capaz de… Idea posterior: al aire o de vicio y, en efecto, eso estaba por verse. ¡Pues sí!: la provincia: dilema inenarrable para la promoción, como también el extranjero.

En tanto, aún «en veremos» la conferencia en televisión: resuello ansioso de los jerarcas, incluido Roberto que, ¡vaya!, no contaba con oficina; no venía al caso. Es que su actividad, por lo descrito… Tal vez después, cuando todo volviera a la normalidad: ¿cuándo? Que si este afán a tan río revuelto derivaría en un insólito descontrol: más conferencias, más reciclaje al vuelo, y los amagos de contradicción… porque Dagoberto Pastrana nomás por agotamiento ya incurría en lo que no: sus incoherencias, carajo, en aumento; valga citar algo elemental: cuando alguien le preguntó sobre la existencia tiempo ha —¿sí o no?— de León Allacci, él dijo que su nombre aparecía en el Diccionario Jackson y en la Enciclopedia Italiana (la más vasta), no así en la Británica. Luego aseguró que también aparecía en el Diccionario de Oxford, en el Webster, en el Littré y en cl Hachette; y para acabarla, porque de plano se hizo bolas, afirmó que en todos los casos donde la ficha es parca: León Allacci
(1586-1667),
director de la Biblioteca Vaticana durante cuarenta años. Justeza y frialdad y nada —por consiguiente— de que el susodicho fue el descubridor de los ritmos del sueño, por lo tanto: mitad personaje ficticio y mitad real.

¿Real?, ¿cuánto? En esa correntía de presuntas falacias, al calor de tantas aclaraciones en tantas conferencias, la gente insistió en el personaje de León Allacci, y haciendo alardes de su capacidad memoriosa Dagoberto citó, cierta vez, dos libros capitales en los

que se basó para escribir su novela-ensayo: *Perfil de León Allacci*, de Franco Boldini
(1616-1682),
y *Los sueños de un erudito* de Bruno Luzzi
(1603-1655).
Ambos autores, que aparecen muy al sesgo en el libro, tuvieron la oportunidad envidiable de conocer y charlar de sobra con aquel León remoto, exuberante por estar tan equipado de cultura inútil (la que más vale la pena), amén de cierta cultura necesaria, que eso pues qué diantres.

Y el meollo es este: alguien le preguntó si esos libros viejos los tenía a la mano. Acto seguido: la rotunda negativa de Dagoberto devino en un clamor tan impropio de él, imagínense un rugido rauco algo prolongado, para argüir de relance que esos dos libros sólo podían consultarse en la Biblioteca Vaticana; por desgracia, ir hasta… Viaje caro. Y el ribete comprometedor (entrevisto): que no había traducciones a otras lenguas.

Vaya afirmación tan a dos velas, porque como un haz fuliginoso llegó la pregunta letal, formulada por un ente ubicado hasta el fondo de esa salita de esa casita cultural:

—¿Y usted sabe italiano?

—Hace veinte años sabía cinco lenguas europeas, además del español. Pero por falta de práctica se me han ido olvidando, (no el español, como ya pueden apreciar) y, bueno, como me quedé ciego hace apenas unos meses, es obvio que estoy al margen de cualquier lectura en cualquier lengua.

El encono al respecto —aprovechando— vino de otro lector mordaz:

—¿Y en su momento usted viajó a Roma?

—Sí, fue un viaje inolvidable. Mi mayor deseo, que a Dios gracias se cumplió, fue visitar la Biblioteca Vaticana.

Mentira al rojo vivo: sospecha naciente, pues —acá entre nos— con qué lana. Muchos del público se empezaron a mirar entre sí, porque viajar hasta allá nada más para explorar en un par de libros, n-ombre, nadie es tan excéntrico. Por consiguiente alguien enfatizó que sostuviera ante el auditorio que si había ido a Roma con el único objeto… blablablá… ¡Por supuesto!, interrumpió Dagoberto: su «sí» tenebroso tenía que confundir a los más. Delirio. Locura.

Fiasco. Ir lejísimos por… ¡asu!, ¡ya ni…!

La verdad es que el autor se acomodó en el cuello una soga (valga) que con una pregunta más devendría en apriete y: uf: figúrense el cuelgue grotesco de un muerto vejete para fotografiarlo y difundirlo. Suposición, en efecto, imagen plausible a un tris. Pero no hubo más preguntas, sino retiros refunfuñantes de una minoría; gachez enconchada: en principio silenciosa, aunque ya por contera no faltó el mentecato que soltara su guarrada: *A mí se me hace que usted es puro jarabe de pico*. Descuerno o lindeza que… ¡uta!, sí dolió.

A Roberto fue a quien más le tuvo que doler dado que irrumpió mostrando sus puños a media altura, y muy caliente y hacedor de ademanes exclamó: *Lo más valioso de una obra literaria es su creatividad, no su objetividad*. Tuvo que explayarse para menudear al cabo en la conexión puntual del insulto. Y: *En todo caso, toda la literatura es puro jarabe de pico*. ¡Oh verdad al vapor!

La mayoría defensora, de resultas, que ex profeso se dejaba adormecer por tal engaño artístico: sueño exquisito, pues, no sujeto a neuróticas comprobaciones, empezó con sus ¡fuera!, ¡fuera ésos! Apoyo de algunos enajenados que ponían por encima el placer de la escritura misma, la idea estrambótica y engrosada como para hacer temblar todo un edificio conceptual, mientras que el edificio estético, justo al lado, se mantenía incólume. Los rigores y las objeciones después, mucho después, porque antes estaba la aciaga largueza: que ahí la génesis ¿disfrutable? Empero, aún lo recio, esto es: en el fondo: en la puerta de salida de la salita, un ente objetivo de esos salidores, dirigiéndose al moderador tras señalarlo con uno de sus dedos índices, espetó:

—¡¿Y usted quién es, qué pitos toca en este fraude?!

—¡Yo soy Roberto Pastrana, nieto del autor, y le puedo asegurar, bajo la prueba que usted proponga, que mi abuelo es una persona honesta, en la vida y en la literatura!

—¡¿Honestidad?!, habla usted de eso… Soy periodista y mañana mismo voy a denunciar en un artículo extenso todas las artimañas de que se valen los editores y los escritores para engañar a la gente, con tal de vender sus pinches libros. Ya verán.

—Perdón, ¿de qué periódico es usted? —repuso titubeante Roberto.

—De *El Objetivo*, el periódico de mayor circulación y de mayor influencia en este país. Adiós.

Por fortuna andaba por ahí Ugrildo Llamas, que desesperado (algo corredor) logró atajar al periodista para decirle al canto:

—Por favor, no vaya a publicar nada.

—¡¿Cómo que no?!

—Venga conmigo, ¿podemos hablar en aquel cuarto? Ande, se lo suplico.

—¡¿Qué quiere?!

—No lo voy a entretener. ¡Venga!

Accedió el refunfuñante: la ida a lo vacío de allá, más en confianza, y…

—Si quiere nos arreglamos.

—¡¿Qué me está usted diciendo?!

—Le doy un buen cheque por su silencio.

—Ah, me quiere usted comprar.

—Mira, por principio, vamos a hablarnos de tú, ¿qué te parece?

—Ya me lo temía, pinches lombrices de agua puerca; debes saber que me caga toda su asquerosa mercadotecnia. Me caga que hagan de un escritor mediocre un superman de la literatura, sólo porque le montan un aparato publicitario enloquecido. No es justo que confundan a la gente con sus mierderas trampas armadas. ¡No me voy a callar!

—¿Y si te ofreciera treinta mil pesos!

—¡¿Qué?!

—Sí, treinta mil pesos, o si quieres lo cerramos en cuarenta, ¿qué dices?

—Este… No sé… Es un chingadazo de lana… este… ¿no te da vergüenza ofrecerme tanto?

—A mí no, pero tú dirás.

—¿Y a poco los traes a la mano?

—Te doy un cheque.

—Ah sí, un cheque… sin fondos, ¿verdad?, ¡qué fácil!

—No te hagas el imposible. A todos nos gusta el dinero. Te entrego un cheque por cuarenta mil pesos, vas al banco y allí compruebas si tiene fondos o no.

—No quiero dudar, pero ¿suponiendo que no tenga fondos…?

—Pues publicas tu artículo agresivo y sanseacabó.

—¡Híjole, mano!, hasta en esto son cabrones.

—Todos lo somos de alguna u otra manera.

—Bueno, eso sí.

—¿Quihubo, pues?, ¿aceptas?

—Pues, venga el cheque, como va.

—Recuerda que te pago por tu silencio. No te estoy pidiendo que escribas elogios.

—No, ¿cómo crees? No llego a tanto.

Se escondieron mucho más: por ahí: sabiéndose traviesos: para la siniestra elaboración, teniendo como punto de apoyo una pared rugosa (raro enjarre ¿moderno?): así la cifra, la firma de Ugrildo: con dos bolas y tres ganchos, cheque al portador (¡sale!): tal preferencia; luego: sonrisas y nervios en permuta. Por ende: dos victorias cochinas.

42

Chequera en el portafolios para gastos menudos. Paseo por doquier: no diario, y cuando sí, Ugrildo Llamas se arriesgaba —quién lo supiera— a un asalto: lo común en esa urbe.

Se puede afirmar que Dios es grande mientras no suceda algo horrendo, como es el caso de este señor tan quitado de la pena, que hasta silbaba de felicidad al caminar muy acá dándoselas de capitalista: aire y traje y loción en demasía talmente, triplemente: con el dinero guardado: no el suyo, sino… Justino le abrió una cuenta de cheques en la que sólo era válida la firma de Ugrildo; zote privilegio, debido a que el depósito fue de cincuenta mil pesos: suma para chiquitearla a partir de lo que se viniera ofreciendo…

Total que hasta antes del dispendio referido en el capítulo anterior, el firmante sólo elaboraba chequecitos de mil pesos cuando mucho, pero cuarenta mil de un solo trancazo, ¡por sus pistolas!, o por mera inseguridad, o también —y quizá aquí atinemos a lo zaino— por tener una idea asaz disipada de la economía empresarial, en fin, por lo que fuere: ¡zas!: la consecuencia: ganó un periodista corrupto, y ¡vámonos a la escena fiera!: al enterarse Justino del disparate arrojó papeles al suelo y lanzó otros al aire: faltosa pantomima chiquilicuatra empujadora de una sentencia a rajatabla:

—¡A los periodistas no hay que darles ni un quinto! ¡Que digan misa, si quieren! ¡Además, al gran público le tienen sin cuidado las opiniones ácidas de esos dizque dueños de la verdad! ¡Un bestseller es un bestseller y si les duele que se soben!

Paso siguiente. Ugrildo al diablo. Que le firmara la carta de renuncia; en unos minutos pondría a una secretaria a… Entiéndase que la enorme suma era del dinero de Justino, que no del de Juan Bruno Farías. Por eso la rabieta.

43

¿Un escritor ciego?, ¿cómo?, ¿de cuándo acá tal gracia? Los titulares de la prensa resaltaban el fenómeno como algo de verdad nunca visto, sólo que entrando en las notas cualquiera podía darse cuenta del retruco: ese tan conocido recurso noticioso de sembrar un interrogante para enseguida mañosear con el desembrollo en secuela.

Sí, casi de inmediato se especificaba que cuando el susodicho había escrito el libro sí tenía sus ojos debidamente sanos, o sea que no usó gafas, o sea que, viendo la noticia como resultancia, ¡vaya artimaña!, manido gancho sensacionalista útil para obligar (según) al lector a leer de cabo a rabo aquello, y lo insólito de aquello era el palabrerío final semejante a un globo que estalla nomás rozar un techo corrugado: que la retentiva del autor; que la velocidad de su labia y las montañas de erudición que conformaba (valga) al pronunciar sus conferencias: esas de dos horas de largueza, que no de aguante, porque la gente quería por lo menos una hora más, añadiendo la denominada «sesión de preguntas», entonces tres horas de rigor, ni un minuto más, ¿entendido? Empero: qué aprendizaje tan vasto y zarandeado. Y quienes leyeran los periódicos a diario, dado que casi a diario aparecían notas —¡pagadas!, ¡asu!— sobre *El sueño ayuda a la telepatía* y sobre el increíble autor fuera de serie, eran jalados por el imán de las redichas conferencias. Para ello, quienes se interesaran debían comprar el libro, leerlo a la brevedad, pero subrayando dudas (sugerencia publicitaria expuesta por ahí), para no ir tan en ascuas. Ahora que ¿ir?: rumbo a las revelaciones definitivas, a bien de aprovechar la buena disposición del escritor para hacerle frente a sus lectores, máxime que la novela-ensayo ya había agotado en un mes cuatro ediciones de gran tiraje y a saber si el escritor decidiera de pronto no dar la cara, no hablar, no nada. A lo que: ir: ¿sí o no?

Elías y Celia Damiana querían, es que por ahí en sus trajines alguien les habló del fenómeno de moda: de refilón el brote de coincidencia: el apellido Pastrana (conexión para el impulso); que si era su pariente en línea directa. Ni Elías ni Celia Damiana lo asentaron con un «sí» categórico, lo que hicieron a cambio fue un gesto de desazón: fruncimiento de bocas y zoila —pero esperanzadora— alzada de cejas, pero… Quien les dio la nueva también, intuitivo, les regaló un recorte de periódico: ¡léanlo!, y: ¿cuándo ir? Cierto que no tenían por qué leer el libro, no iban a hacer preguntas, su intención era diferente: ¿se infiere? Fue Elías el que se puso sentimental: tantos años de manutención de un bueno para nada que de la noche a la mañana se había convertido en un bueno para algo y de qué manera: la riqueza airosa como síntoma, billetes en vuelo (por imaginar un suave vaivén —tupido— de rato en rato); o que si con mayor precisión esto: hojas de una arboleda abstracta cayendo a raudales, y él y su esposa: ¿qué hacer? Otra figuración más exacta: el dineral puesto sobre una carreta huyente. Carga, entonces, colmada de frutos dulces y ellos que se aprestaban a recoger los racimos o las bolas que iban cayendo. Ir. Se decidieron. Estaba anunciada una conferencia vespertina en un instituto cultural céntrico.

El fastidio: los niños: no tenían con quien dejarlos, de ahí que arrear con sus diabluras perentorias. Sí, a ver cómo le hacían para ejercer un pleno control allá. Duchos ¿cómo? En fin: fueron Elías y Celia Damiana. Llegaron tarde. La sala estaba repleta. En la entrada había seis altas columnas de libros en equilibrio (apenas): Nueva York: ¿por qué no?, o Chicago, o algo así: mugre figuración (en pequeño) al bies, y deslinde al instante de ellos dos, pero no de los niños.

Estos diablos con su amago de tientos a causa de su impresión. Luego-luego el experimento de, digamos, medir los dizque rascacielos. *¡Apártense!*, gritó Celia Damiana.

Si se pudiera hallar senderos entre las columnas tan endebles: quizá sí, en virtud de que se agrietaba algo en las delgadas oscuridades, algo llamativo como para antes olfatearlo y por contagio tocarlo brusco. En tanto, los esposos, sin entrar del todo a la sala, erguían sus cabezas para avistar a su pariente habliche. Querrían ser jirafas, o portar zancos: ¡no!, pero oyeron una

explicación fragmentaria, hela:… *La telepatía es una facultad que no todos pueden ejercer. Se necesita la disposición —sin titubeos— de dos personas, y aun así no hay nada seguro. Eso nos lleva a suponer*… ¡Zas!, se oyó el derrumbe afuera. Interrupción. Silencio general.

Tres columnas deshechas: en el suelo el regadío sugestivo: en principio, y gachez, consecuente. Los niños —¡claro!— corretones, a esconderse. En contraposición salió de su lóbrego escondrijo Roberto Pastrana exclamando: *¿Qué pasa?* Virajes hacia atrás del grueso de los concurrentes. Un accidente. Una infracción. Y Roberto a resolver. Fue. Debió toparse antes con su padre y su madre: ¡CARAY! los presuntos remotos, no, ya no. ¿Qué hacían allí?, mmm, explicable: estaban donde estaban por convenencieros; es que la riqueza bestselleriana por deducción: ¡asco! Lo que sí que Roberto ni les sonrió. En tránsito su freno leve: cara ante dos caras: reconocimientos, aunque la inexpresión, la lividez: crasa durante tres segundos, siendo que no eran para menos tales presencias, y siguió Roberto rumbo al regadío: aquello por corroborar…

¡¿Qué pasa, ya debo terminar la conferencia?!, preguntó el ciego a nadie. Roberto ordenó que no se formaran columnas tan altas, por lo endeble del punto de estabilidad. Pilas chaparras a cambio. Acá entre nos: valorando: otra ciudad para impresionar ahora por su expansión y por la cuantía de edificios-columnas de casi igual tamaño (Washington, Aguascalientes, Los Mochis): un disloque, una hipálage por mera añadidura visual y ¡corte! Ya Roberto iba de regreso cuando uno de los encargados de la venta de libros le dijo: *Las columnas fueron derribadas por unos niños*, cuáles niños, dónde. Roberto se volvió a topar con las caras, ahora avergonzadas, de sus padres. Ah, en un santiamén la caída en cuenta: sus hermanitos, los diablos enanos conocidos; de ellos era de esperarse una idiotez por el estilo y: ¿por qué no los nalguearon en su momento?, ¿dónde andaban? No hubo palabras: todo hipotético… si por dilucidar la treta como evidencia culposa, hasta que Elías, algo pávido, declaró: *Roberto, hijo, hemos venido para…* Pero ese hijo huyó; su correr fue como hecho un tigre, sí, porque de un salto trepó la tarima y, muy respirón, dijo: *Continuamos…*

La continuación fue brillante, al igual que las respuestas cuando las preguntas y como remache hubo aplausos a rabiar. Éxito

presenciado por, bueno, Celia Damiana lloró de alegría, y Elías casi estuvo a punto, es que su flema de hombrecito tieso que al cabo observó, junto con su esposa, la compra afanosa de ejemplares de… a ver… el libro se llamaba *El sueño ayuda a la telepatía*; autor: Dagoberto Pastrana; letras blancas sobre fondo rojo. ¡Albricias! Trascendencia. Posteridad: en correntía, a partir de un panal y un enjambre que devino en la desaparición —acá entre nos— de la ciudad chaparra. Nada, sino suelo expurgado y, por lo tanto, gloria comercial. Espera de los esposos: ergo: aparecidos los niños (los únicos en ese entorno): ya andaban brincando: no muy lejos. Espera, como aferramiento perenne: adrede. Es que venía el abuelo del brazo de su nieto. Algunos concurrentes hacían valla y todavía algunos se atrevían a palmotear; por influjo también Elías, seguido de Celia Damiana, que agregaron de viva voz dos «¡bravo!», tímidos. Los repitieron cuando justo abuelo y nieto cruzaron despacio por donde, sin más, oigamos: *¡Papá!, soy tu hijo Elías*. Pero Roberto cortó con donaire: *No tenemos tiempo. Vamos a otra conferencia. Después platicamos con calma*. Pretexto ¿creíble? Aguante, por pingües razones, que la historia antedicha en tantas páginas debió elucidar. «Venganza», pues, quepa esa palabra en todo lo largo… con sus derivados mañeros.

Hubo una ida más a otra conferencia efectuada en una Casa de Cultura de una colonia distante: semipobre, donde habría un descuento sustancial por la compra del libro. Ganga: una barata insólita aprovechable. Aquello fue al aire libre, quiérase con viento despeinador: espectáculo aparte medio chusco ¿o no? Viene a colación decir que ocurrió algo similar respecto al desdén (en redondo) de Roberto para con sus padres: un *después*, ¿eh?

Las novedades estribaron en que no aconteció el derrumbe de libros por parte de los diablos enanos conocidos (acá por nosotros también), debido a que hubo un mediano raudal de columnas, que si no pilas, chaparras. La estabilidad, porque también el viento podría… Otro asunto novedoso fue que Dagoberto, al ser nombrado por su hijo: un *¡¡¡Papá!!!*, más enfático, se destanteó de veras, diciendo: *¡¿Qué?!, ¡¿mi hijo Elías está aquí?!* A lo que el nieto, jalando con brusquedad a su abuelo hacia otro rumbo, uno de hilera estrecha de sillas, difícil (en serio) de transitar, pretextó con algo tan a burla burlando como esto: *No es cierto. No te dejes engañar*

por la voz de tus sueños. Tu hijo no está aquí. Empero la insistencia: *¡¡¡Papaaá!!!, ¡¡¡papaaaaá!!!* Con un dedo apuntando hartas veces por sobre su espalda, Roberto le ordenó a dos vigilantes altos y fornidos que contuvieran a su padre, y de paso a su madre, que también luchaba por… pero no pudo. Desprecio en firme. Castigo cuestarriba, por decir. De suyo, no más idas a conferencias: a riesgo de experimentar lo mismo, o más feo: como (acaso): *¡Vete a la chingada, pinche padre insensible!* ¡No!, ni de chiste.

Por dignidad, o por estrategia, la solución a todo esto debía ser indirecta.

Elías pensó.

Otro plan de acercamiento más ejecutable y más salvo. Acciones cual certezas… pasitamente. Al grado de asentar, por cuanto desechar en gavilla, procedimientos: ¡venga! Elías comprará el libro de su padre sólo para transcribir en una libreta el número telefónico de Ediciones El Faro. Hablará de inmediato con quien conteste y de ahí el desfile de números que no, que ya mero. Más de un día se tardará en dar con el que importa: el privado, el del apartamento donde responderá una mujer:

—Sí, bueno…

—¿Está Roberto Pastrana?

—No, él llega casi hasta medianoche. ¿Quién lo busca?

—Su padre, Elías Pastrana…

—¿Su padre…? Mucho gusto.

—Perdón, ¿quién es usted?

—Su novia, Patricia Barba.

—Ah, ¡vaya!, no sabía que mi hijo tuviera novia… Bueno, también el gusto es mío.

—Por ahora somos novios, pero pronto seremos esposos.

—¿Cómo?

—Estoy embarazada de Roberto. En unos meses más usted será abuelo.

—Uh, pues buena y sorprendente noticia… ¿Y por ahora viven en unión libre?

—Casi.

—Mmm, lo mejor es que se casen… De una vez los felicito… y… este… ¿a qué hora puedo localizar a Roberto?

—Anda muy ocupado… Tal vez el domingo a mediodía.

—Está bien, le hablaré el domingo… De cualquier manera le dejo mi teléfono, si gusta apuntarlo.

—Espéreme, voy por una pluma.

Nueva luz acaso afilada conforme Patricia escribía la cifra por mor de una manganilla postrer: la complicidad: elíptica y baldada tan sólo por tener tal asidero aún no de agarre cercano; aunque: el azar así lo quiso: tregua y dificultad: curvas u obstáculos por venir, no tan sinuoso el derrotero, poco a poco habría despeje y enseguida planicie invitadora para efectuar todo tipo de aceleres. El punto de partida fue ese adiós; sería, viéndolo hacia atrás, el indicio circunstancial de un largo y frenético episodio.

Empezaría cuando: «le hablaré el domingo», esa clave por comprobar…

Lo que no, no acontecieron los timbrazos esperados. Durante el mediodía referido sí hubo, en cambio, amor en cueros: enganche movedor y besos en la boca: zotes aceleres sin compás (¡imagínense!), y cuando ya laxos los amantes, al cabo de terminar exhaustos y plácidos, sobrevinieron sus quejas: de ella más: que por la ausencia diaria de él; que ya casi estaba hecha una rosca a causa de tan prolongada soledad: ese reclamo, y otros desabridos por igual, sendas pequeñeces, pero… Su único alivio fue una frase que Roberto emitió con desconsuelo: *No sé cuándo pueda frenarse todo este tren*. Y aturdimiento de ambos, por lastre.

Patricia no le informó a Roberto acerca de la llamada de su padre. Tampoco le informó de su embarazo. Ardid efectivo su cautela: consistente en (bastaba intuirlo): cuando se le notara la panza… entonces… mientras tanto de ocultis lo del feto, como arma extravagante, hasta que sí, ¡ni modo!, nacerá, será precioso. Enorme deducción a cosa hecha o apenas formándose para encumbrarse. Y retrasando todo esto para ir a la semilla del ardid: que su amado semental le preguntara; *¿y esa panza?*; también, en su momento, sus padres y sus hermanos. Quizá cuando ya fuera demasiado riesgoso abortar. Antes: ingeniárselas, usando blusas holgadas para el disimulo de una esbeltez tan a punto de no ser. Ahora sí que a su favor Patricia tenía la ventaja de mirarse entre sí con Roberto muy de chiripa. A últimas fechas el trato amoroso era nomás telefónico. O sea que cuando él llegaba ella debía: o estar dormida en el metro

o en una combi o en su casa orillera. Se infiere que aún no se le había ocurrido quedarse a dormir de un día para otro en la cama del amor; alguna vez lo intentó, se desnudó: acueste bocarriba: descaro en despatarre, y el arrepentimiento hizo mella: porque ¡vaya modo de hacer semblante a lo zaino!: por encima la apariencia pudibunda para hacer evidente un escrúpulo que de todos modos tendría que estarle doliendo a la que ya no se sentía ni tan novia ni tan sirvienta…

Como se lo dijo ella al padre de Roberto: … *pronto seremos esposos*. Seguridad de raíz, por ende: ninguna rebeldía, y la extrañeza estirándose cuando quedaron laxos y a pelo: *¿Por qué no ha llamado el padre?*, pensó Patricia, y todavía se hizo otras preguntas: *¿Por qué Roberto nunca me ha hablado de su familia?, ¿qué tan cercana o qué tan distante será esa relación?, ¿vivirán sus padres en esta ciudad?* El señor Elías le dejó su teléfono, o sea… ¿por qué?

Al sesgo o por deslinde lo hipotético: por todos los medios el padre indagará el domicilio de su hijo. No será fácil conseguirlo: qué tanto deberá hacer. Es posible que se demore una semana y eso si no flaquea en su empeño, en fin, porque tras tener escritos la calle, los números exterior e interior, la colonia y el código postal en una tarjeta, Elías vendrá envalentonado, ¡ándele!, ¡aténgase! Su valentía torciéndose: en consecuencia, sí, en rebaja, ante tan neta veras, siendo que tocará la puerta sin cesar: que ¿no está?; que ¿no responde?; entonces Elías será capaz de permanecer a lo largo de veinticuatro horas afuera del apartamento; padre ahora sí querendón obstinado, aburrido, aguantándose el hambre, hasta ver, ay, a Roberto llegando cansadísimo; que si a punto de arrastre —casi—, pero no tanto como para que se haya de desentender de esa presencia incómoda, vomitiva, no, dado que la insultará con la intención de rebajarla hasta convertirla en un pedazo de pellejo —querría, querrá—, o peor aún, en un pedazo de malvavisco rosa, sucio, ¡asco! Empero, no ocurriría tan así. Antes Patricia (a ver… más hipótesis) le abrirá la puerta invitándolo a pasar: *Es seguro que llegue hasta cerca de la medianoche. Tal vez me hable por la tarde, o al mediodía, no sé, pero a diario me habla, eso sí… nimm… cuando lo haga le diré que está usted aquí esperándolo,*

no sé si se enoje conmigo por el hecho de haberlo recibido sin su autorización, lo que sí es que yo me iré un poco antes del anochecer (decencia todavía… sugestión en ritmo ¿gamma?, ¿delta?, ¿in situ?). *Usted tendrá que salir al momento que yo lo haga… Si quiere seguir esperándolo tendrá que ser afuera*. Elías pensará. No se atreverá a comentarle nada al respecto a Celia Damiana… Patricia pensará: ¿de más…? Cambiemos de tiempo, a conveniencia: desnuda, pues, acurrucada en el hombro izquierdo de Roberto quiso desactivar todo ese embrollado episodio, mismo que ¿sucedería tal cual?

Roberto dijo: *Tengo que irme*. ¿Otra conferencia? Una dominguera. Mentira. Un pretexto. La verdad es que ansiaba ir al asilo a platicar con su abuelo. No más verbos condicionales, sino acción, determinación: frialdad. De modo que le recalcó a Patricia su frase especulativa dicha apenas dos minutos antes: *No sé cuándo pueda frenarse todo este tren*. Y ahora aturdimiento sólo de él, por lastre. El recalco sirvió como perífrasis para dar pie a: *Tienes que irte a tu casa… Mañana, después del mediodía, te hablo*. Se antojaba propicio el momento para sorrajarle al recién desdeñoso lo del embarazo. Al estar poniéndose su minifalda amarilla Patricia soltó dos monosílabos inentendibles: ventura, desveno puntual; todavía la ida al tocador cual metida en una cápsula vibradora: sus ideas, quiérase, chocando y temblando. También Roberto se vestía: ensimismado. Total que salieron juntos en el carrito: *Deberías comprarte uno más grande, ¿o a poco no tienes con qué?* Aventón al metro más cercano. Adiós y un muá peloto y poco salivoso. Luego: sonrisas que se alejan. Se acercarán las de Roberto y su abuelo: en el asilo. Trayectoria del primero: aparte, tanto como aparte la tardanza por desperezarse del segundo. Se vieron en la recámara de éste. Era harto notorio el cansancio del escritor tan público, que en lo bajo, y como escogido, estaba pidiendo esquina. No deseaba salir a la calle, pero la fama: empujadora…

—Abuelo, sé que todo este irigote de promoción ha sido muy pesado para ti. Todavía faltan varias conferencias ya concertadas y, lo más importante, la entrevista en la televisión, que será difundida a nivel nacional… Uy, si todo va como va, quedan pendientes los viajes por Sudamérica y Centroamérica.

—No creo que pueda hacer esos viajes… Les pediré a los médicos del asilo que me declaren incapacitado.

—Pero nos dieron un adelanto significativo…

—¿Cuánto fue?

—Medio millón de pesos.

—No es suficiente. Mi deterioro físico no se paga con esa cantidad… Deberías pedirles más.

—¿Más?

En desproporción el dineral de las ediciones agotadas, considerando incluso la hartura invertida: toda una apuesta demencial. Sólo que a Roberto no le pasó por la cabeza revisar el contrato, estudiarlo, refutarlo, en virtud de haberse dejado seducir por la publicación y la inercia aparatosa, sobre todo eso, de la agresividad mercadotécnica: desborde de entusiasmo ciego que, de paso, ponía a prueba cualquier síntoma de escepticismo; entonces ¡adelante!, tontamente.

—Sí, más… Se van a enriquecer a costa de nosotros.

—Voy a ver eso mañana mismo… Ahora bien, dime, ¿no te sientes feliz…? ¡Ya eres famoso!

—La fama es equívoca. A estas alturas me da igual andar en boca de una muchedumbre que andar en boca de nadie. Ser desconocido ofrece la posibilidad de no vivir angustiado por el qué dirán; en cambio la fama jala tras de sí a un ejército de enemigos monstruosos cuya mira es destruirte.

—¿Y eso te importa?

—Estoy convencido de que la mayor felicidad consiste en tener una vida tranquila.

—La felicidad del mediocre.

—Una convulsión espiritual permanente será siempre dolorosa; en todo caso, otra idea de felicidad sería que a uno le consintieran todos sus caprichos, y, como ves, mi capricho inmediato es que me dejen en paz, quiero una larga relajación… Otro capricho sería que mi fama fuera tanta que no me obligara a salir de aquí.

—Pides mucho.

—Pido lo que deseo, si se me concede he dado un paso en firme.

—Creo que debes entender que además de famoso eres rico. ¿No te parece poca cosa? Gran parte de tu vida fuiste un mantenido, y ahora…

—¿Ahora qué?, ahora estoy viejo y ciego. Ni siquiera puedo contar mis ganancias. Tú me dices que tengo medio millón. Podría ser mucho menos o mucho más, y de qué me sirve, qué tanto resuelvo.

—Hace un momento me dijiste que debía pedirles más dinero a los editores. Te estás contradiciendo.

—El dinero es para ti, bien lo sabes. Tú fuiste el de la idea de proponer la redición de este libro que, en particular, a ti te gustó. Yo jamás te exigí que lo hicieras. Entonces a ti te corresponde sacarle todo el jugo posible.

Descanso, pero aguijoneado con sutileza para bien. De fondo, y a fuerza de sinceridad, ésa fue la prerrogativa de Roberto. La gran opción se hacía cuadrivio. Lo venidero —¡¿benévolo?!— aprovecharlo con creces. Quiérase un respiro nacido desde muchos años ha, aunque, por sentido común…

—Pero yo te debo dar la mayor parte de cuanto genere la venta del libro.

—¿Para qué? No, de verdad, quédate con todo. Nomás no olvides que estoy feliz en el asilo. Aquí tendría la mejor de las muertes.

A placer la extracción de las cajas: tentativa brutal, y avance hacia —¡chin!— lo insuficiente. Roberto pensaba que con su gran sueldo y el medio millón de anticipo, más lo que le dieron de liquidación, no le alcanzaría para comprar una casa de dos o tres plantas y con jardín inmenso, menos con piscina y esos boatos tranquilizadores que tanto aparecían en sus sueños: que un gimnasio, que un estudio espacioso plagado de cuadros de pintores conspicuos… ¡Ni para cuándo!… Entonces ¡a la carga! Nacencia de ambición material (sin menoscabo): ergo: a la busca de Justino Macedo y de Juan Bruno Farías, con todo el derecho de quien tuvo el tino de enjaretarles una audacia sin par: literatura chispeante, o la fascinación soñarrera rumbo a una ¡¿loma de libros o loma de billetes?! Abarque en andas, a condición de apurarse porque si no los billetes volarían, los libros no: algunos habrían de precipitarse (con resabor): fenómeno exquisito que ¿importaba?… Importó la interrupción de ese recreo mental adivinable por el que también estaba prefigurando un largo sendero cada vez más estrecho y al final una loma de color gris plomizo… Velamen; pues, sobre un

devenir figurativo, por ende, aposta el volteón ¿abstracto: culposo: corrosivo?

—Oye, por cierto, ¿por qué no me dejaste platicar con mi hijo Elías cuando se me acercó?

—No, permíteme, creo que te confundiste. Mi padre nunca estuvo presente en ninguna de las conferencias.

—No te hagas. Estoy ciego, pero tengo intuición y mucho olfato.

—Es que…

—Fuiste desconsiderado.

Tiento a tiento, guiándose por un zaherimiento ulterior e inevitable, Roberto debió recapitular: énfasis hacia el desprecio, pese a la manutención obligada durante años: carga: enfado, ¿o no?, y al presentarse la ceguera en pleno, devino el deseo de entrampe mortal: las columnas de cajas: rascacielos endebles: la propia sabiduría puesta en papel: tan a punto aplastante, horrenda. Dos entes obnubilados tramando un accidente (acá entre nos, un Nueva York en miniatura desplomándose sobre un sabio dizque indeseable), y qué mano milagrosa actuó; acaso el humo invisible de un sueño hizo ¿la extracción del cuerpo? Avance candoroso en apriete (sin apeo). La inmensidad (¡doméstica!) esperaba, y sí: recibidora de pasos bien dados, se inclinaba después hacia un zote desplome (mero antojo); después la ostra en una roca: ¡EN LA COCINA! Habría que recordar el hecho, sin ambages… Sí, entre tinieblas lo recordó Dagoberto. Trasunto místico revolteado. De modo que cada paso significaba un tranco enorme ascendente. Huida imantada por un ángel: ¡sepa!: o un demonio hastiado, cuando no un endriago perdonavidas al que de pronto se le ocurre bajar la guardia: alguien que no permitió siquiera un roce, un susto. Nómbrese una casualidad, vivaz de por sí, de alguien que se recrea en un artificio crucial, sólo para matar el tiempo…

—Deberías perdonarlos, no vale la pena nadar de por vida en aguas puercas —sentenció Dagoberto dando un puñetazo contra su cama de rodapié.

—¡Entiende!, mis padres querían que tus mismos libros te aplastaran, que murieras con tus propias jodidencias intelectuales.

—Perdónalos, porque no hubo sangre ni lastimaduras, y de haberlas todavía estaba distante la muerte, según yo.

—¿Qué estás diciendo?

—Sólo muerto, sólo desde ese ámbito intemporal les endilgaría una maldición, pero aun así no creo que las cosas cambiaran… ¡Anda!, deberías hacer las paces con tus padres… De mi parte, bueno, ¿qué puedo decir?, me gustaría que vinieran a verme…

Contrapunto a la vista: una decisión a pelo. Es que olfateada por Dagoberto la procura de despedida: Roberto: como que deseoso de traques, trepes: ¿qué?: ¡freno!: *Todavía no te vayas*. Sinfín de tenebras en lo oscuro hosco: percepción de empiezo postulando un color: Ah, perrengue, penoso chapuz: *¡Detente!, por favor*. Y el nieto, sorprendido por esa orden, se acercó al adivinador para oír que una vez concluida la entrevista en la televisión, el ciego no pronunciaría más conferencias: capricho de inmovilidad: ninguna salida: hastío; respeto, si es que era real la admiración de muchos, incluidos los editores, hacia una persona, a la cual los médicos del asilo le habían recomendado abstenerse de cualquier clase de agotamiento. La réplica de Roberto estribó en el compromiso, el adelanto billetoso dizque mayúsculo: o sea que de lo contrario se la estarían jugando: que el regreso del dinero (aún en cajas, téngase): tal presión lógica: una de tantas no tan peores. Sí, sí, de acuerdo, pero como que absorbido por su obstinación, el ciego se mostró inflexible, semi, digamos, porque su concesión estaría condicionada a que los editores le soltaran a Roberto un buen tajo: un millón de… ¡asu!, ni más ni menos. Argumento para plantearlo toda vez que los reflectores televisivos se apagaran: así (luego) cero jaloneos: ¡basta! La ubicación del autor exitoso, ahora sí, en un polo rígido, por lo que el nieto debía sacarles lo más posible en cuanto a lana antes de… Bueno, Roberto contaba con tiempo de sobra para convencer a Dagoberto de que tal parecer sería un error catastrófico: faltaba una semana de conferencias en auditorios dizque multitudinarios: a diario dos y… el plazo… antes del domingo… la negativa el lunes: el retaque en la cama, de plano, con el apoyo resuelto de médicos, paramédicos, servidores sociales y enfermeras…

Cosa de asesoría, a ver, que preguntara Roberto cuál era la opción óptima…

Una consulta ¡órale!…

En fin, la respuesta estaba dada: NO SALIR.

La fama es, y será, un argüende que atenta, y a la larga atentará,

contra la salud mental y física.

Además, y de manera paulatina, se le confundían las ideas acerca de los ritmos del sueño. En una conferencia decía algo que contrastaba con lo dicho en la siguiente. Galimatías que nadie querría destejer; enojos, de resultas, del respetable, a causa de que las explicaciones, por más minuciosas que fueran, se estaban convirtiendo en justificaciones idiotas. Otrosí: lo por venir: enredos en desvarío a ruche, y la corona y el cetro de eso: ¡en la tele!, ¡vaya reto! Lo siguiente: una avalancha de equívocos: lo a deshora irremediable, quedando desde esa vez como vía segura el que el libro corriera sobre su propia pista, sin el autor haciendo las veces de pandorga, o más bien, que el autor estuviese ya bajo tierra. Y Roberto: ¿qué hacer? Para no llegar al meollo del rejuego se fue. Frío adiós, sin palmadita hipócrita ni abracito contentadizo: un prorrumpir cortés mediante un «¡achis!» de entrada algo alargado, amén de la palabrilla complaciente que sonó agria: agur, o algo así, y… La mira ya puesta en el día siguiente: ¿pues cómo encontrar a los meros-meros? Por el momento, y a lo largo de esa semana, el flamante moderador estaba sujeto a su ronchilla de compromisos sobre compromisos: tal ajustanza profesional, sin mácula (dizque); entonces no había modo de indagar con calma el teléfono celular de Justino Macedo (se advierte que éste cambiaba de número —y de aparato— nomás de entrarle la más leve paranoia). Así que ¿quién tendría la información más fidedigna y, aún más en concreto, quién sería su nuevo asistente?, en virtud de que a ésos también los cambiaba, como cambiar de prendas, según su estado de ánimo. Ni siquiera un desahogo para este señor hastiado, al que en el curso de la semana le dio por comprar periódicos: intuición al bies, acaso por un comentario que oyó sin querer al término de una de las conferencias; hablilla negativa, antes bien ácida y superflua, sobre *El sueño*. Chispa que empujó a la compra temprana de unos seis o siete diarios, sólo aquellos que tenían sección de cultura en un específico apartado. Primero los más chismorrientos, y en orden de importancia los demás. El encargo era para uno de sus asistentes logísticos, el más insignificante, el más tilico (quepa el desprecio a modo de valoración), quien venía (medio payaseando) con el tambache, cae que no cae, como diciéndole a cuántos: «bienvenidos al mundo de la verdad». Total que Roberto se fue enterando parte a

parte de la plétora de reseñas mala leche que de manera sistemática un montón de biliosos publicaban contra la dizque novela falsaria y tan ajena a una básica estructura dramática. En fin, que no llegaba a ser historia, porque no tenía ni desarrollo ni desenlace, y mucho menos tesis, o sea que ni siquiera se hacían visibles los trazos de una elemental elaboración ensayística. Y todos los días eso: con saña, y luego de plano el insulto en directo contra el autor: un ciego alucinado, al que obligaban los editores a plantarse frente a un público, de por sí consumidor a la barata, que, por no saber más que muy poca cosa acerca del tema de los sueños, formulaba preguntas insustanciales que el vejete respondía hasta con sorna. Nada que lo hiciera titubear, que le indicara una contradicción señera (había hartas en el libro), o el desarrollo trunco de un pasaje mitad onírico (subjetivo) y mitad real. En su mayoría los lectores eran de esos que leen por encima y juzgan el valor de una obra por el colosal aparato publicitario que a son de chirimía empuja sin cesar a una sociedad aletargada, pero con poder adquisitivo: gente que se deja comer por entero: será engaño ¿grácil a fin de cuentas?; entonces ¡al diablo!: conclusión: en el entendido de que si *El sueño* seguía siendo tan publicitado por algo sería, será: ¡y estamos y venga el milagro mercadotécnico! Así la autómata compra: tantos desfiles de subnormales por doquier; por ende: el despacho —¡oh sueños dorados!— de ingenuos lectores ¡ingénitos!: tantos que iban cayendo en… conviene imaginar un canasto gigantesco: receptor de brutos consumidores que, convertidos en peleles muñequetes, hacían tonga o muelo execrables. Ellos, siempre dóciles, consumirían lo que la publicidad les dictara: eran ADAPTADOS, ¡ojo!, y eso: ¡puf!, o contra eso: ¿a ver…? En tal sentido Justino Macedo tendría que argumentar cosas como esta: *Ninguna de esas patrañas críticas podrá vulnerar la eficiencia del mercado. Quien se obstine en obstruir el éxito de un libro no pasará de ser un pobre envidioso*. La envidia en aras del ¿gusto?, ¿sí?, entonces la contrarrespuesta en el aire: ¿cuál?, ¿cómo?, ¿desde qué escrúpulo, ay sí?, ¿o por qué tanto disgusto y tanto enlodamiento? Sin embargo, Justino Macedo empezó a preocuparse. Era urgente invertir una vez más en el pago de reseñas favorables, como lo hizo aquel Ugrildo, que de plano exageró —¿se recuerda?—; pero ante la exigua paga que reciben los críticos por vaciar sus engarbulladas

subjetividades, casi siempre arteras, no había más que conchabárselos. Ahora bien, ¿quiénes eran los más influyentes, pero no de los puros intelectuales, sino del gran público: ergo: críticos mediáticos? Sondeo…

Sondeo ¡a la de ya!… Y pronto Justino fue informado de ésos: con tres que fueran (téngase que corría el año 2015, época de abiertos y declarados descaros y tretas corrosivas: je); ¿qué tal unos treinta mil pesos para cada cual? Casi un sueldo ¿a su nivel… casi limosnero?

Logro trapisondo, pues. Logro ulterior leído por Roberto. Es que lo sabroso al fin llegaba: quiérase que contra la cruzada de estulticias críticas aparecía el equilibrio polémico (alivio, por tanto, de tapadillo): porque el mentís del espectáculo estribaba en que hubo tres reseñas laudatorias ¡del tamaño de una página de periódico!, las tres con la foto del autor y la portada del libro. Alegría por mor de una categórica corrupción conceptual. Ardid a ojos vistas que muy de lado influiría (acaso) en los circuitos, siempre cerrados, de esos lectores tenidos como supraexigentes o ultraquisquillosos, mismos que ya también se dejaban marear por el encandilamiento publicitario, siendo que los que no (muy pocos), uh, de veras que estaban fuera de órbita. Y ante este panorama de escándalo el quid del libro, así como su destino real, se remitía a la tan difundida entrevista televisiva: allí era donde… esa: la conferencia a nivel nacional (pronto llegaría), siendo también un regalo, sin precedentes, para los —¿muchísimos?— lectores de provincia. Lo que sí que para Dagoberto la entrevista significaba una forma expansiva de desahogo —además de un rosario de enmiendas, ojalá— durante una hora, ¡una hora al aire!, ¿cómo que una hora? Un arreglo por lo bajo, aunque: al respecto quepa decir que el entrevistador era un tipejo que manejaba, según fuera el caso, un doble discurso, y como Justino, por andar tan ocupado, no vislumbró ese detalle, sin duda el susodicho se volcaría contra el ciego haciéndole preguntas punzantes. Fue una lástima no darle una buena lana a ése: oh complicación, debido a que se trataba de un definitivo escritor frustrado: ¡chin!; y llegó el día: domingo nublado, feo, con vientos rugientes, como para no salir a la calle ni por error, por lo cual, a la sazón, imaginemos los millones de gente sentada ante qué tantos televisores: la expectativa sin igual de ver LA

CULTURA como farándula. Y Dagoberto con sus confusiones ya, de tanto sacar y sacar: revisto su paisaje interior, tan expuesto, como desnudarse a la intemperie, y no ser más que —así lo presintió—: un dibujo sangrante, o peor, una horripilancia descolorida. ¿Por qué esas imágenes espurias invadían su mente? Escorias de un sueño, o ¡¿qué?! Tal vez, desde que hubo despertado, debió hacer repasos y resúmenes sobre el consabido tema del libro, pero… Una vez sujeto su brazo derecho por una mano de su nieto, tuvo la sensación de que sería guiado hacia un lejano matadero; antes harían un alto: allí, cual trámite de rutina, lo sentarían en una suerte de banquillo de los acusados donde aceptaría todos los cargos con resignación. Luego a la horca, o a la guillotina, cualquiera de las dos era preferible a un fusilamiento… en fin… Y se dejó conducir. No habló, no pensó bien a bien, pese a que su nieto le hacía una buena cantidad de preguntas. Por ende: listo para ¿el derrumbe? Empero, en cuanto sintió que ya estaba pisando el escenario televisivo, nomás por saberse medianamente absorbido por equis número de reflectores, su ánimo a poco tuvo un ensanche: su escaso orgullo allí transformándose, así, pronto, su empaque al tope, todavía más cuando le colocaron el micrófono a la altura del pecho. Prendidez. ¡Listo! ¡Venga!

¡No!, faltaban cinco minutos, le dijeron. En ese lapso el entrevistador se presentó haciéndole de refilón una recomendación: *No se ponga nervioso*. Vil comentario seco. Bah, ¿matadero o trono? Lo último, apenas. Una nube envolvente. Blancura filtrada —¿cómo?— en una sombra que pudiera ser cúbica: ¿cúbica?, ¿eso?, ¿estrías candes entre líneas pardas? Figureo subidor deshaciendo conceptos ¡y nervios! Oh LA LOMA dibujándose, también el sendero por acá, como por acá —¿por qué?— la ostra en una roca… Sin renuevo tales imágenes: horror: perturbación, intento de llegar telepáticamente ¿a quién? Y lo real distractor: *Prepárese, don Dagoberto, estamos a punto de empezar*. Segundos deambulando como grumos. Circularidad. Una órbita de puntos blancos (ni alta ni baja) no premeditada, y…

—Amable auditorio, éste es un programa especial, un acontecimiento significativo en la historia de la televisión nacional… Tenemos ante nosotros a un personaje que en unas cuantas semanas ya está en boca de miles de gente, y que gracias a

la televisión será conocido por millones. Él es Dagoberto Pastrana, autor de la extraordinaria, pero también polémica, novela *El sueño ayuda a la telepatía*, libro que ha sido toda una revolución literaria en nuestro país… Debo decir que el señor Pastrana es invidente, pero no de nacimiento, y por eso le pediremos que nos explique cómo fue el proceso de escritura de este libro fuera de serie… A ver, señor Pastrana… Bueno, antes que nada, le agradezco su presencia en este programa.

—Gracias a ustedes.

—A ver, platíquenos cómo escribió el libro… Fue dictado de principio a fin, o nada más una parte, a ver…

—Este libro lo escribí hace más o menos veinticinco años. En su momento se publicó en una edición marginal, pero recientemente mi nieto, Roberto Pastrana, lo propuso para su reedición a Ediciones El Faro, esta nueva casa que ha hecho un trabajo formidable.

—Sí, impresionante… Según tengo entendido la novela ha agotado cinco ediciones de gran tiraje en un mes.

—Creo que sí… Tal vez un poco más o un poco menos, y debo decirle que yo soy el primer sorprendido.

—¿Y a qué lo atribuye?… ¿el tema?, ¿el estilo?, ¿los personajes…? Bueno, primero aclárenos si cuando usted escribió el libro tenía su vista…

—Yo me quedé ciego hace apenas unos meses.

—Créame que lo siento, porque usted, a pesar de ser una persona mayor, está en plenas facultades… Tengo informes concretos de que en las treinta y tantas conferencias que ha pronunciado, ha hecho gala de su memoria, muchos dicen que es usted todo un experto en el tema de los sueños, pero también otros aseguran que a veces se contradice… ¿qué me puede decir al respecto?

—En realidad, hay muchos aspectos que desgraciadamente no tengo frescos. Aclaro que mi libro tiene como fundamento los ritmos del sueño, que es una vertiente muy aleatoria a lo que sería todo lo referente a los sueños. Con esto quiero decir que, por la abundancia de investigaciones que se han hecho desde varios siglos atrás, el tema onírico es un verdadero universo, algo, en efecto, inabarcable.

—Muy interesante… Bueno, por ahora haremos un corte comercial y volvemos… No se vayan.

44

Sudores. Dagoberto se estaba encogiendo. Se vio a las claras su encogimiento. Intimidatorios los reflectores parecían cuchillos ardientes que penetraban la psique del ciego como para pincharla ex profeso, y removerla y… Estrías candes en alargue, de bajada, convertidas al cabo en grumos blancos. ¿Órbita?, ya no. Fijación monstruosa: un poco: se acrecentaba un desdibujo: ergo: la loma derritiéndose; el sendero, en cambio, se hacía raya apenas: línea recta horrible: corta, hasta eso, y luego, carajo, en las puntas vivas dos brotes de ¿sangre? Sangrante la voz apaciguadora: ¿casi?

—Le recomiendo que se relaje —sugirió el entrevistador, aprovechando la pausa fuera del aire—. No olvide que en este momento usted está en la cumbre del éxito, ¿eh? Todo el éxito es suyo. Hay millones de televidentes que lo están viendo. Este programa será de gran rating, porque usted ha despertado una enorme curiosidad… Le vuelvo a repetir que no se ponga nervioso.

—Sí, sí, pero…

—Tranquilo, tranquilo…

45

En vivo, o sea fregadez, o sea artificio, sin más… Si en un momento dado Dagoberto se hubo sentido en un pedestal, de regreso de la pausa, y con un enfoque frontal mucho más intenso, se asumía como un vestigio viviente al que terminarían por derribar a base de preguntas.

—Y a propósito, don Dagoberto, ¿nos podría explicar en qué consisten los ritmos del sueño? Le insisto con esta pregunta porque al parecer no están lo suficientemente explícitos en el libro.

Malvezado el autor con ese caballo de fuerza preguntón sobre lo mismo, tantas veces expuesto, ¡ni modo!, a reciclar lo redicho armándose de paciencia. Que el ritmo alfa es parietoccipital y se caracteriza por su falta de estímulos visuales. Es lento y triste, por no decir grisáceo, y su carga anecdótica es mínima, siendo los bebés quienes más experimentan esta somatización, al igual que las personas que han tenido en, digamos, cuatro días pocas horas de sueño. Sin entrar en tecnicismos médicos ni en lucubraciones psicológicas, Dagoberto pasó a describir el ritmo beta extendiéndose un poco más (lenguaje cifrado, hartas claves, que para qué), y aprovechando, bien a bien, se fue muy a galope con el ritmo gamma: ergo: más largueza y más retruécanos (¡ojo!, las descripciones de los ritmos, expuestas tan al azar o muy someramente, el lector puede localizarlas en el capítulo 6 de este volumen). Lo que aquí vale traer a colación es que el entrevistador no fue inoportuno; esto es: no quiso meter su cuchara nomás por lucirse, o algo así, como siempre pasa, por lo que Dagoberto se explayó (dos minutos ¡increíble!) hasta desembocar en el ritmo delta, el más relevante de los cuatro, que bien merecía un programa de dos horas, cuando menos. Antes valga asentar las premisas carrascas y supositivas de los ritmos beta y gamma. El primero es paracentral (medio alucinado; casi grotesco por ilógico) y el

segundo temporoccipital (medio acelerado y a expensas de dos o tres sobresaltos acerbos, como para que el despertar sea un verdadero alivio; hablemos de la típica pesadilla, y ya con eso) en tanto, el ritmo delta… blablablá… e interrupción.

—Sí, el ritmo delta es el que domina la novela ¿verdad?, pero ahora díganos por qué.

—Porque el ritmo delta es la conjunción de todos los ritmos. Es cortical y por ende múltiple. Abarca todas las zonas, incluso las más insospechadas, del cerebro. Puede ser lentísimo en su acumulación de imágenes, o rapidísimo, o una combinatoria que potencia otros decursos a los que en mayor o menor medida se incorporan toda suerte de lentitudes o rapideces, y es que el ritmo delta es el de más larga duración, tanta, que sus efectos secundarios perviven en la vigilia.

—Bueno, creo que estamos entrando en un terreno resbaladizo. Me gustaría que nos hablara en concreto de las funciones del ritmo delta en la vigilia.

A poco Dagoberto sumaba confianza y aplomo. Sus sudores ya nada perlados, o sea pintas monís, chirris, no evidentes, y semblante más fresco, pese a la intensidad coruscante de los reflectores; en consecuencia ningún comentario en directo del entrevistador ante el silencio momentáneo, e inexplicable, del entrevistado. Sin embargo…

—A veces, sin que lo apreciemos del todo, aparecen en la vigilia algunas imágenes impensadas. Puede que sea un paisaje, o parte de él: una casa, un árbol, o una minucia: un lápiz y una mano cualquiera sosteniéndolo; o unas tijeras cortando por sí solas, por ejemplo, un pedazo de salchicha; o el rostro de una persona desconocida que abre o cierra la boca o los ojos, y así… Y a lo que voy es que son imágenes repentinas.

—Cierto, a mí me ha pasado; a veces veo algo inexplicable o jamás visto conscientemente, y por eso lo suprimo… Lo que no me ocurre es que lo asocie con un sueño.

—Pues ahí está el chiste. Esas imágenes provienen del subconsciente y por lo tanto de los sueños. Créame que se están manifestando los remanentes del ritmo delta.

—¿Y es eso?, ¿no será otra fuerza cerebral? Digo, me gustaría tenerlo claro, porque usted correría el riesgo de caer en

charlatanería.

Agresión, ¿o no? En ese momento Dagoberto empezó a sudar de nuevo. Exhibición ante millones. La respuesta demoraba. Antes un titubeo, de suyo, carraspeo y:

—Nunca quise incurrir en charlatanerías. Me llevé muchos años investigando acerca de los ritmos del sueño, y en particular el ritmo delta. Además, nunca fui un autor comercial. Tengo una buena pila de libros inéditos, y otros publicados en editoriales marginales, de modo que si ahora este libro ha sido leído por miles, se debe a que los responsables de Ediciones El Faro lo consideraron atractivo para las masas. Así que charlatán ¿yo?, perdóneme, pero no.

—Pertinente aclaración. Se ve que es usted un hombre de fuertes convicciones y esa razón es más que suficiente para tenerlo en este programa en vivo… Me imagino que los televidentes, ahora más que nunca, no querrán apartarse de sus televisores… Vamos a un corte y volvemos.

Mala política quejosa: la del autorazo: de bajada. Jaque contra sí: que ¿cómo esquivarlo? Si el programa ya había suscitado una grosera polémica en abstracto (los teléfonos del estudio estaban abiertos al público y aparecían en la parte inferior de la pantalla), dado que en lo que iba de tiempo se estaban recibiendo cientos de llamadas, el entrevistador —ah— podía sentirse de gane. Propósito venenoso en aras del rating. Y mientras tanto Dagoberto como que deseando pararse e irse. Es que sus sudores, su incomodidad…

Venga el regreso crucial.

—Quisiera matizar lo de la charlatanería. No dudo que usted haya realizado una sesuda investigación, pero hay muchos aspectos sobre el tema, que por ser tan subjetivos, se prestan a confusión… En lo que va del programa hemos recibido más de mil llamadas del público que, por problemas de tiempo, no podremos darles salida. Sin embargo, está latente la posibilidad de que realicemos varios programas que aborden, desde diferentes ángulos, este tema por demás fascinante… ¿Aceptaría usted venir de nuevo con nosotros?

—Sí, pero le suplico que no caiga sobre mí la luz de tantos reflectores… Es que me angustio, de verdad, y no es exageración si le digo que me siento como en una especie de duermevela.

—No se preocupe. Ahora mismo nuestros técnicos reducirán la intensidad de la luz. Sí, no es la primera vez que nos pasa. Además,

le agradezco su confianza. Recuerde que somos sus amigos y seguros servidores… Ahora bien, ¿qué le parece si regresamos al asunto de las imágenes en plena vigilia?

—Sí, como le decía…

—Perdón, me dicen que tenemos que hacer otra pausa… Bueno, pero cuando regresemos, me gustaría que nos externara su opinión acerca de las críticas en contra que ha recibido el libro, algunas, al parecer, tienen fundamento; otras, en cambio, se ve que fueron hechas nada más con ganas de atacar, no sólo a usted, sino a los editores, ¿o no?, porque se nota que fueron escritas con argumentos totalmente infundados… En fin, ya regresamos…

Salvación fugaz.

46

Sería peor política el prodigarse sobre un aspecto que a ojos vistas tenía inmediato arreglo: las luces. Lo convulso había llegado a su máximo punto de tensión. Muy molesto el entrevistador se acercó al oído izquierdo del ciego para decirle que no se quejara en plena entrevista, que el programa estaba por terminar, cosa de unos diez minutos. El corte obligado vino para que los técnicos efectuaran lo de las gradaciones: a ver: menos, no tanto, un poco más, ¿está bien don Dagoberto?, no, menos, ¿le gusta así?, no, todavía no; lo ideal o lo justo sería «un casi», «un apenas». ¡Tampoco! Capricho en arrastre. Aunque: había que entrar al aire como fuese, más o menos con esas palabras el entrevistador quiso cerrar. Orden al vuelo —expansiva— para que los técnicos ya no movieran ninguna peonza de control. De ahí que… lo imprevisible: en suspenso: un desplante por venir, de veras llamativo, habida cuenta de que el autorazo era un ente excéntrico que podía desembuchar una estupidez o una genialidad; por ende: el entrevistador pensaba, y todo era furtivo, y…

—Bueno, don Dagoberto, ahora sí puede decirnos cuál es su opinión acerca de la cantidad de críticas ácidas que ha recibido su novela.

—Como usted podrá inferir, no puedo leer lo que dice la prensa. Tampoco nadie me ha informado de la cruzada periodística que hay en mi contra… Apenas me entero —por el momento el ciego no se quejó sobre la mucha luz.

—Cierto, entiendo… Pero le informo que una de las constantes negativas estriba en que su novela no llega a ser novela ni llega a ser ensayo; que su investigación, si es que la hay, es anómala y deficiente y…

—¿Y esos críticos qué tanto saben de los ritmos del sueño?, ¿a qué fuentes recurrieron?

—Tal vez sólo se refieran a la eficiencia literaria…

—¿Y cuál es la eficiencia literaria, según ellos?

El que empezaba a sudar era el entrevistador. Es que la confrontación en aras del rating… Entonces devino el prudente reculamiento visto como una sutil modificación relativa a que cuando un libro tiene un éxito irrefrenable —el ahora medio sudoroso lo precisó—, de inmediato aparece un tropel de espantapájaros críticos que ponen el grito en el cielo, como tratando de decirle al autor: *¡Espérate, a dónde vas!, ¡regresa a tu lugar!*, y más de fondo podría interpretarse: tu lugar es el mismo que el nuestro, o más abajo: el del estercolero, así de plano… etcétera… Luego abundaron ambos en que si los lectores son más importantes que el sacrosanto gusto de tal lombriz de agua puerca… pues más etcétera… Y otro corte: ya de los últimos; agréguese la reprimenda tan de refilón, ¡claro!, fuera del aire: *Oiga, no llame así a los críticos. Ellos hacen su labor y tienen el derecho de emitir su desaprobación*… El último lapso del programa fue insustancial: arreglos tenidos por desarreglos: un quedar bien, que no. Y bagatelas al bies, hasta que a modo de despedida Dagoberto declaró:

—¡Cómo me gustaría que esos críticos vinieran aquí al programa para confrontarlos! Quiero saber qué tanto saben de mi tema y qué tanto de lenguaje y qué tanto de composición dramática y también de literatura…

—Don Dagoberto, perdón, el gusto no se discute…

—Pues, de todos modos, que vengan, que den la cara.

—Es que los críticos no dan la cara. Tiran la piedra y esconden la mano, siempre la esconderán. No creo que se atrevan a una abierta confrontación cara a cara. Además, usted va de gane, porque es creador y ellos no; ellos sólo podrán exhibir sus migajas de lucidez ¿verdad…? Yo creo que usted lo sabe.

—Sí, por desgracia.

—Ahora que si un crítico se atreve, pues eso será admirable. Debe quedar claro para todo nuestro engrosado auditorio que éste es un foro abierto, de tal suerte que si un crítico, o varios, desea venir, pues haremos un programa de debate a la brevedad. Yo creo que el público estará feliz. ¿Cómo lo ve?, don Dagoberto.

—Estoy puesto.

—Pues bien, a reserva de lo que decidan los impugnadores de la novela *El sueño ayuda a la telepatía*, lo quiero comprometer a usted ante nuestras cámaras para que realicemos un segundo programa, y le advierto que no pasará siquiera un par de semanas, ¿qué le parece?

—De acuerdo.

—Pues no hay más qué hablar. Nos despedimos de ustedes, queridos amigos, y los invitamos a que estén pendientes de un futuro programa con la presencia de don Dagoberto Pastrana, y la de, ojalá, algún crítico, o más. De no ser así, valdrá la pena seguir adentrarnos en el fascinante universo de este libro que a tantos ha gustado… ¡Hasta la vista!

¡Insólito! La literatura haciendo milagros masivos. Un precedente. Justino Macedo y Juan Bruno Farías estaban azorados ante un televisor oficinesco de magna pantalla de dos por un metros. Ambos respingaron al concluir el programa medio anómalo: vistosidad, vítores, manos bailadoras arriba: pronto puños dando golpes al vacío encerrado de allí; cierto: por la polémica al tope en expansión indefinida. Otra oportunidad en menos de dos semanas, faltando saber si había que mocharse… gran tajada sería, más que la anterior, ¿o no? Cosa de mundo de billetes por soltar… Hete aquí el garlito del entrevistador por haber conminado a los críticos a ponerse donde querrían ¿ah? Lo malo: la contundencia de vencida. Es que por haber espetado el susodicho la palabra «migajas»: ¡asco!, los críticos irían en desventaja. Frente a un creador ellos ¿qué?: viles enanos para el público, el de verdad consumidor, el atraído por un espejismo destellante. Cosas, por suponer, más graves: las que los jerarcas debieron proferir a la sazón allí en su enigmática privacidad. Intento de ordenar, a partir de lo visto y oído, tales y cuales procedimientos; lo hacían con vacilación, pero también con regocijo, hasta…

Antes que otra cosa, ambos debían ir mañana al asilo. Incluso, por adelantado coincidieron en: no más conferencias del ciego en esa urbe enloquecida. Sería un desgaste. De ahí que los compromisos, aún diez o más en escuelas e institutos culturales: suprimirlos, costara lo que costara. Eso harían, pero antes habrían de asegurarse que el programa prometido se llevara a efecto. No fuera a ser que ni lo uno ni lo demás. Entonces ir de inmediato a las

oficinas del consorcio televisivo por mor de la anhelada concreción: un contrato: firmas: listo. Movilidad conjunta el lunes, empero lo debido antes: la felicitación calurosa de viva voz al ciego por su excentricidad eficaz, que ¿fue sin querer? Bah, un hombre que dice lo que piensa es un personaje trágico, por ende aplausos, y, bueno, resolviendo, no estaría mal que de una vez Justino hiciera una llamada telefónica al asilo para enterarse de cómo estaba la agenda del autorazo, sus lapsos libres ¿cuándo?; acaso allí encontrarían a su nieto —el dizque moderador sui géneris—, o si no en su apartamento, ya por la noche. Asegurarse, pues. Otra llamada pertinente —¿se intuye?—: contactar al entrevistador ¡ya!, felicitarlo con efusión, en fin, mañana el abrazo y el acuerdo, aunque el contrato debía formalizarse con un tal Severo Dávila, Jefe de Eventos Especiales, sólo que: ausente en domingo, supuestamente… Ahora que: tal vez uno de sus asistentes estaría… Certeza a medias, que si suficiente como para que Justino no tardara, con la venia de su jefe, en picar números en guarda en su celular, ¡claro!, primero la televisora, porque era obvio que ni autor ni nieto estarían (ni llegando apenas) ni al asilo ni al apartamento del segundo. La posibilidad de que gente del asilo estuviese enterada al dedillo de la agenda de Dagoberto: ¡no!, seguro, y descarte y, como se dijo, primero la televisora. A lo que: ¡caray!: casi lógica la frustración. Es que sí hubo contacto, más no con las personas deseadas: voces, en cambio, de secretarias, nada más, y se explica: lo que sucedió fue que cuando una de esas fulanas le quiso pasar la llamada al entrevistador, éste ex profeso se negó, moviendo su cabeza como columpio: *No estoy para nadie*. Arrogancia entendible, a causa de la presión exterior, cuando no tensión superlativa en abstracto, que debió haber generado la entrevista anómala recién concluida. Así, pues, por inercia emuladora la negativa de dos asistentes del señor Severo Dávila, uno que dijo: *Ahora no recibo llamadas*, y el otro: *Dígale que hable mañana al mediodía*. Puerta entreabierta «al mediodía», ¿eh?

Deslinde palomeado, faltando saber qué diablos con Dagoberto. Espera. Desgaste. Ida a comer de ambos, con nervios. Fueron. Su selección (ni tan pensada): un restaurante de extrema elegancia para que el trasunto de matar el tiempo no les resultara una carga. La tría fue de Juan Bruno Farías: un sitio con violines y piano y un

par de maracas: un letargo sublime bien buscado, porque también allí había una cascada artificial de agua espumosa que daba recreo espiritual a cualquier empresario lleno de tormentos y de paso a cualquier comensal que la necesitara. Luego el brindis: choque de copas nidio, con vino italiano de Viterbo: carísimo, por el éxito, ay febril y tan redondo, ya a la vista.

Era tan placentera la estancia en ese limbo que daban ganas de que explotara una bomba. Lo dable, en todo caso, tendría que ser una especie de escurrimiento a fuerza de una tragazón de veras desmedida que deviniera en soltura de estómago: como fue más tarde: cítense caldos, pastas, carnes, hartura de pan acompañante y postres bien pupos; cafecitos luego y licores digestivos. Sí, así ocurrió, y como si llevaran una procesión por dentro decidieron irse rumbo a su elegante sotabanco, si así puede decirse, encorvados y sacando pocas palabras porque se sentían muy mal, más Juan Bruno Farías que el otro señor. Luego: allá en encierro los malestares. De nada servía que la oficina casi incógnita y de por sí solitaria ofreciera un panorama esplendoroso de la ciudad, con cerros guardianes al fondo y a poco más para acá en redor sumándose la mezcolanza cementera y cristalera, una amplitud con sus reflejos en lid perpetua, ¡asu!, si ellos en su altura dominadora estaban tumbados gachamente: dos bultos en dos sillones: hastío; dos a punto de desplome en una alfombra roja retearomática. Sus ayes de glotonería ¿cuándo ya no? Sería previsible el zurrar problemático de cada cual, si no es que el vómito de la procesión de menudencias: lo que no, por fortuna; sólo lo otro asqueroso, y por etapas: ergo: relevos: ¿el baño privado era un marasmo? Casi, porque, eso sí, justo en su sitio quedaron sus solturas. Que hubo recuperación… casi, porque cuando uno de ellos se sintió más o menos bien, trató de comunicarse con Roberto Pastrana. De tinmarín: fue el

mero-mero

el que lo consiguió. Sorpresa para el flojeroso de allá, que por supuesto no estaba haciendo el amor a lo penco, en cambio sí estaba en el quinto sueño: arrastrándose como una serpiente sobre una planicie donde una loma remota y plateada —apenas chipote gracioso en un confín acre— aparecía y desaparecía. Desapareció, tenía que ser, debido a que ¡zas!: los largos timbrazos telefónicos

abarcaban el inmenso escenario: el cual se levantó como un pañuelo jalado por dos dedos: carpa fláccida y blancura que ha de extraviarse: ¡oh vaguerío en la vigilia! Medio despertar e ir en pos del ruido para apaciguarlo con un *buuueeenooo* dicho con traca de bostezo. En fin, desperfilemos lo siguiente: acuerdos al bies, o sea: que no, que sí: y: bruta mesmedad, hasta quedar en una cita a una hora exacta. Eso. A las nueve de la mañana en el asilo. Juntos Justino Macedo, Juan Bruno Farías, de nuevo cual gángsteres, más Roberto Pastrana, de nuevo cual gato o aprendiz de gángster, frente al autorazo, que en esos momentos no padecía el síndrome del catedrático. Otras intenciones, pero antes de entrar en materia surgieron los «bravo» y los «¡qué bien!» tantos, de plano, que fue exageración, por conveniencia. Un felicitar superhipócrita, que ni las dos enfermeras mironas lo creyeron. Bueno, quepa decir que aquello se estaba efectuando en la habitación de Dagoberto. Loas y cotilleo al cabo desvanecidos con un poco de gracia. Luego circunspección y tanteo. De ahí devino lo impositivo. Al grano (ejem). Que la siguiente conferencia en la televisión, que dijera que sí el ciego, a lo que él respondió con una tosecita vivaz: lo abstruso desmerecedor, pues, por lo pronto, nada de nada. Como refuerzo tentativo —a ver— el capricho de cancelar las conferencias faltantes que el susodicho debía pronunciar en lugares insulsos y orilleros: escuelitas secundarias de escasa paga: unas patito, y prepas —este— públicas —este— bien pobladas y bien olorosas a circo —este—: ya nada de eso ¿eh?, ¿qué tal? ¡Qué pinchurrientez lo por venir!, ¿verdad? Cierto, se darían excusas cuanto antes. Tarea a cargo de Roberto. No se puede, por equis o por zeta. O sea que los gángsteres estaban confiando en la invención de éste al vuelo; como fuera, ¡híjole!, éste debería redondear cuentos chinos ya desde ese lunes: agotar, agotar pronto… Cancelaciones duchas, y… Todo, entonces, centrado en la televisión, buscando, incluso, nuevos patrocinios poderosos. Más, mucha más alharaca. ¡Ánimo!, ¡¿sí?! Pero el ciego dijo que no, fácilmente nooo. No quiso poner de pretexto su cansancio, de suyo real, ni las recomendaciones dizque atinadas de los doctores; no, no, porque era abrirse de capa, en cambio (oigamos): *No sé cuánto me dieron de adelanto por la firma del contrato, pero necesito tener muy en claro cuáles son mis derechos y mis obligaciones*. Premisa venenosa, provocadora de mirujeos y

titubeos entre… Debía ser el
mero-mero
quien sacara a flote un argumento convincente, pero la hablilla entre los gángsteres: de oreja a oreja: ¡ándenle!…

Con permiso pedido, director y subdirector tuvieron que arrinconarse caminando de lado con pasos cortos. El sitio: el baño: de a tiro compacto: allí los bisbíseos pícaros. La tendencia muy de ocultis fue no tocar el tema del contrato, sí irrumpir con lo concerniente a la telepatía, asunto que el autor no afrontó del todo en el libro y que, por restricciones de tiempo, más el coto de los comerciales y los devaneos habidos, quedó trunco en esa primera entrevista televisiva. Así que derivando…

Más sutilezas durante el semiencierro, que esto y aquello y qué esquivas minucias útiles para luego salir ambos desenfrenados con su palabreo inentendible por presuroso, mismo que fue cortado medio chillonamente: *Yo quiero una copia del contrato* —exclamó Roberto—. *Puedo y debo fungir como albacea de mi abuelo*. La respuesta: un requiebro de ¿quién?: un «después vemos eso» y de nuevo la avalancha verbal: lo que pica que rabia, por decir, pero sin cauce, porque el ciego cortó con una exigencia espantosa, o júzguese si no: *Quiero que me den un millón de pesos. Y no lo quiero en cheque, sino en efectivo, en cajas, como la otra vez*. Se puso sus moños con brusquedad, cuantimás porque los gángsteres sacaron casi a conteste un «¿por qué?» indispensable en tal trance, retrucado como invitación para el despotrique: *Ustedes han vendido tío sé cuántos miles de libros, pero me imagino que ya debería tener en mi haber un millón de pesos limpio y redondo*. Miradas gangsteriles hacia Roberto, como si lo indujeran a revelar lo del adelanto.

Medio millón contado: ¿sí, o todavía no? Cejas inquisidoras: cuatro, hasta que el ente, sintiendo el aprieto, dijo: *En efecto, el adelanto fue de medio millón, entonces falta otro tanto*. ¡Pendejo!, ¿por qué tal descaro? Lo que debió decir es que todavía no había contado el dinero, ni nadie. O sea: acto de telepatía fallido: ni con las cejas tan evidentes incitando al interpelado a mentir; de hecho, éste, dizque estaba obligado ante su abuelo a decir siempre la verdad, ¿sí?, ¡sí!: nomás cuando se tratara de dinero. El despeje

instantáneo sobrevino cuando Dagoberto puso un «hasta aquí»: *Si no me dan un millón de pesos no concederé una segunda entrevista en televisión. ¡Lo merezco!* ¡Vaya!, pingüe divo en meneo, y semidivo el nieto asintiendo con la cabeza. Quizá el autor tuviese razón, pero el otro, siendo ya empleadillo, ¡pobre idiota! Y ¿qué hacer? Desde luego (ejem) quedaba un gran hueco por rellenar: adonde, en efecto, director y subdirector metieron retazos de excusas: que debían hacer cuentas muy pronto; que no se preocupara; que a lo mejor las regalías no alcanzaban el millón, pero casi; que se debía valorar lo del adelanto: un torrente, ¿o no?, con lo cual, a contracurso, hizo su aparición una mentira extravagante: sépase que la segunda entrevista televisiva ya estaba contratada, desde ayer, por ende: no había vuelta de hoja. Así la promesa, en consecuencia, el medio millón de pesos restante: ¿cuándo?, ¿en un par de días mínimo? Que, ¡claro!, se suspenderían las conferencias pactadas, (según) en escuelas y blablablá… Más efectiva, por cuanto más prodigiosa, sería la entrevista y ¡uf!, LA TREMENDA PROMESA: el dinero —¡ande!— ahora mismo. Ampulosa sinrazón postulada por Juan Bruno Farías, por sus pistolas. En la tarde. En cajas traída a satisfacción la supercifra, misma que debía ser contada billete a billete por el nieto y quien quisiera ayudarle. Allí en el asilo ¿eh?, de plano. Asfixia de certidumbres a expensas de añadiduras sin mengua: trasquilimolocho nada, ¿de acuerdo? ¡Ojo!, hoy en la tarde a cualquier hora, esto es, antes del anochecer, lo que significaba que Roberto no podía moverse de esc engañoso paraíso. Entonces ¿recreo?, ¿quietud en ascuas? De seguro una plática triunfal entre parientes. O entrarle a la retahíla de disculpas, las cancelaciones: hablar, hablar: ¿cuántas llamadas telefónicas?

Circunstancia equívoca: en apretura, siendo que al estarse despidiendo los gángsteres, cual si jadeantes salieran por fin de un pozo bien hondo, resbalaran de retache nomás por oír esto: *¿Y qué tal si la segunda entrevista televisiva se realiza aquí en mi habitación? Debo recordarles que a mis médicos no les gusta que salga. Primero es mi salud ¿verdad? Además, yo ya estoy harto de andar en la calle*. Encimar todavía más excentricidad de divo abusivo, a quien se le debe responder con «sí, sí, lo que usted quiera», a bien de un zafe caballeroso y muy deprisa: helo: así

ocurrió: tal frase fue deletreada por quien usted escoja. Complacencia en aras de una velocidad de pasos que dejó un aire con olor a casimir, además de otra frase ¿del mismo aroma?: *Hoy mismo regresamos con el dinero. Estén pendientes*. Escoja usted quién fue el decidor, dado que en avance acelerado los muy nerviosos jerarcas se iban diciendo mucho. Sus ademanes revelaban enfado y acaso una salpimentada ansiedad que más tarde se hizo torva, por no decir gritona: sí: porque en la enigmática oficina orillera cada cual con calculadoras portátiles en mano empezaron a discutir de números: serían sucios y elaborados porcentajes que a la postre no eran más que malsana especulación, trasuntos sin matiz. El tope de cifras, de por sí momentáneo y entendido como concreción, vendría a ser la cita con el jefe de Eventos Especiales. Hablarle. ¡Milagro! La voz deseada diciendo *Hola*, así nomás. Y enseguida acuerdos a voleo. Justino y Juan Bruno se verían con el señor Severo Dávila mañana a la una de la tarde, en una oficina… este… otra enigmática, porque otra dirección —rumbo desconocido—, es que el nombre de la colonia ni uno ni otro lo habían oído. Alejamiento a modo de velamen. Grisura para atisbar en una transa que conviniera a las partes. Sí habría un segundo programa y de mayor duración, pero… Sí habría patrocinadores entrones, pero… Inferencias acá, y vítores, aunque no alharaquientos porque del plato a la boca… —el refrán— se sabe. Eso: la prevención… Ya si el programa se debía realizar en el recinto del ciego o en el estudio de la vez anterior… Toca ahora aquí hablar de la amistad concebida como una circunferencia. Hegemonía. Los jerarcas-gángsteres amacizándose para refundirse en un contubernio truculento. Ensanche amistoso para meter a su ruedo a más amigos que se les parecieran en cuanto al fervor por hacer tretas sub, o enredos sub, muy a cobijo. El próximo ¿Severo Dávila?, uno más: para invitarlo a comer a un restaurantazo: costumbre infalible: y ahí: etcétera: esto es: la amistad, según ellos, consistía en saber confrontar ideas y luego intentar conciliarias. Contras aparentes, a bien de una tolerancia postrer, o cuando no una indulgencia sin altibajos, siempre y cuando se transparentara lo más sucio: eso: con un amigo había que mostrar las vísceras sin que pasara a mayores: ergo: no exhibir lo mejor a toda costa. Por ahí…

Entonces: tantos años de discusión, incluso airada y sin reservas

zotes. Transparencia, quiérase venial, como lo era la liga entre Justino y Juan Bruno. En todo caso, lo mejor siempre vendría después: el nudo férreo: nunca la traición: lo más impensado y tan de ocultis, jamás la duda cual escoria. Amor, pues, con rudeza tendiendo a una tenuidad perenne a fin de cuentas. Una nacencia perpetua, por decir, tan compleja como la construcción de un edificio al que siempre le faltará un detalle, sea que la amistad es algo inacabado porque si no ¿qué sigue?… Toca ahora aquí hablar de lo peleonero, muy en concreto, entre dos amigos; peleonero, pero sin transgredir puntos finos. Insultos acompañados de lisonjas, por ejemplo: *Ay, por favor, no te apendejes; tú eres demasiado chingón como para que en tu cabeza haya mierda*. Estilito afrentoso inconsecuente. Y, bueno, imaginemos una revolvedora gigantesca donde están dando vueltas de continuo estos gángsteres con todos sus líos de logística rayana en lo imprevisto. Van por aquí y van por allá, deciden, ejecutan, resuelven, siguen yendo, y los improperios en incesante vaivén, lo mismo que el piropeo al bies, más los acicates porque sí…

Por derivación, entonces, toca ahora aquí hablar de los avatares. Lo haremos en forma simbólica: ergo: la ida al banco. La cuantía de efectivo: ¡en cajas!: llevarlas desarmadas. Para ello los gángsteres se valdrían de tres gatos. La entrega del dineral —ahora sí— se hizo en un recinto secreto y medio estrecho. Téngase el conteo sudoroso efectuado por tres cajeros rapidísimos, bajo la supervisión de… La salida con las cajas… eso traseramente… A la intemperie la vigilancia de dos policías bancarios bien armados. Así el metimiento, con temblor, en una camioneta Voyager, de la Chrysler, lucidora de vidrios polarizados, y listo, a Dios gracias: por ende: al asilo.

Discusiones aún, cual debe…

Pero ya se sabe en qué acabarían…

La amistad resolvedora, pese a pese…

Un problema: el tráfico, ¿qué estaba pasando?

Atasco. Retraso. La importancia de los semáforos, útiles como entes artificiales y superiores. Lo que significaba el color verde y el color rojo, porque el amarillo: bah. El verde: alivio apenas; el rojo: ira ¿descompuesta? Total: pura vuelta de rueda como para apreciarla con calma. Ojos constantes sobre el reloj: muchas

muñecas levantadas. Cada quien con su exasperación. Tal vez hubo un accidente monstruoso. Hubo memez en el manejo. ¿O es que había más allá una manifestación? Tal circunstancia se prestaba para que proliferaran quejas por doquier, ¡ea!

Contra el gobierno todo ¿verdad? Incluso hasta las pesadillas.

Rumbo a la liberación de qué estorbos que ya empezaban a angustiar de más y mientras tanto hubo hartura de bisbiseos al respecto, porque estaban decidiendo todo un futuro enmarañado. En ello ¿algo influyó el atasco desesperante?… Podría ser… Pero cuando se escabulleron de eso, Justino y Juan Bruno, junto con los gatos, supieron a las claras las etapas que debían cumplir (paciencia y…). La primera sería la entrega del dineral obsceno: sacar fajos de billetes de variada denominación para con tiento meterlos de nuevo a su caja correspondiente, no, perdón, no ellos: el encargado: Roberto Pastrana, nada más él, es que sería la mejor manera de evitarse problemas. Se obviaría la tardanza. Entonces, situando todo allá, justo en la habitación del ciego, no queda más que decir que a los jerarcas les trajeron unas sillas, no así a los gatos testigos: ¡pobres!: de pie, buscando un mal recargo: uno eventual que no: una pared: ¡qué lata!, y… Alguna enfermera mirona ESTABA (morbosa), luego se iba, luego venía. Otras hubo que hacían lo mismo. Es que el espectáculo no era de esplendores, ¡qué iba a ser!, ni para un médico o paramédico o trabajador social: pocos de esos tales que pasaban de largo pensando en otras cosas: nómbrese siquiera a uno… bueno, hubo uno que hizo un alto para curiosear. La cosa interior: ¡asu!: de hinojos sobre el mosaico de mayólica Roberto contaba de viva voz, a veces repetía la suputación —empinándose cual contorsionista— a bien de rectificar: o sea: paciencia redoblada para los mirones: que si se estaban aburriendo como centinelas tiesos, viéndose entre ellos con dura expresión de labios fruncidos como para bajamente darse ánimos: *treinta mil, treinta mil quinientos, treinta y un mil, treinta y un mil cien…* y en correntía lo que faltaba para llegar al millón. Además las metidas, el lento acomodo en cada dichosa caja: lo cuidadoso aún a causa de los flejes encintados. Trabajo solitario, se recalca, siendo la suma final un entrampe: medio millón de pesos: ¡órale!: sin más, o sea que el espectáculo, por fin, tuvo su ingrediente dramático: un muy perfilado alegato que resultó inútil. Es que con la entrega de la

otra vez y esta, ¿eh?, se redondeaba la cifra exigida. Y ¡zas!, a otro asunto. No el relativo a la revisión del contrato que Roberto demandó, delante de su abuelo, con un tono de voz bastante subido, lo que tuvo una respuesta suave, pero tácita, por parte de Juan Bruno: *Por el momento no hay más dinero*. Y el abuelo, inflándose: *Entonces no daré la segunda entrevista*. Y Justino, *cínico: Ah, caray, pues entonces represénos el medio millón y cerramos todo tipo de trato*. Gacha amenaza, en sí potenciadora, ante la que ¡no!, ¡no!, ¡nooo!: el miedo delantero del abuelo, aunque acobardado, armándose de agrios sollozos, seguido con zozobra por el nieto con sus «no» en rebaja, hasta caer en un torpor balbuciente. Resignación, más aceptación de —¿se infiere?—: ¡uf!: nada rebatible, y ¡vámonos! La segunda entrevista: ¡sí!, aunque en el alma del autorazo se estuviese formando apenas un magma de venganza, desde luego no confesable… Fin de etapa engorrosa… Quiéranse más ademanes y bisbiseos huyentes de los jerarcas medio custodiados por sus tres gatos mudos. Cinco, al cabo, que salieron casi sudando de un pozo color caqui, ese, el de un equis sueño añejo. A lo que: más allá el correr: en el jardín radiante; correr con relumbre oscilante: cinco destellos. Triunfo de un espejismo que daría pie a un resto de etapas retrucadas, como retrucado quedó acá un alegato entre abuelo y nieto: pegas tanteadores relativas a la revisión del contrato antes del estampe de la huella digital: lo que no aconteció, ni para cuándo, dado que Roberto se dejó ir con la inercia del adelanto mayúsculo (la vez señera): la inconciencia: el error: lo llamativo de unas cajas repletas de lo que nunca hubo ocurrido tan de sopetón. Total que ahora el aguardo porque el nieto tenía que engarrotarse con desgano allí en el asilo hasta que su reloj marcara las nueve pe eme, sea que muy entrada la noche Patricia ya no estaría en el apartamento y el procedimiento idéntico al de la otra vez: ¿se recuerda al tilico ayudante?, ¿a aquel Cutberto discreto?, ése, pues, que viniera luego pare el acarreo. Téngase que el abuelo desde la tarde durmió como lirón… por fastidio acumulado. Y llegada la hora… las nueve… No había despertado Dagoberto, por ende, no hubo despedida… Lo otro: aledaño y necesario: el favor: el permiso: *¡ándele, adelante!*, entiéndase que estaba disponible el tilico, así que el desplazamiento con las cajas, tres cada quien: malabarismo pujador, pero solvente; ninguna caída

ni tropiezo brutos: las cajas bajo los brazos ¡imagínense cómo! Para ahorrarnos pormenores lo destacable de este corretaje nocturno radicó en que una vez solo Roberto en su domicilio veía el retaque —¡perfecto!, ¡armónico!— de cajas de libros en su estudio: ni una más —¡carajo!— que cupiera, ningún, al parecer, centímetro libre, y las seis cajas dinerosas en el suelo: ¿dónde esconderlas? Pensar… enredándose… redondeando a poco, hasta que: ¡claro!, Roberto tuvo que extraer seis de las de mero abajo (dificultad… descomposición), las más grandes: vistas, no por su volumen, sino por el desorden de líneas. Ah, tarea de metimiento tardo tras los saques. Desvelo consecuente, agobiante, ¡ni modo!

En efecto, las otras cajas: seis, también, capitosas, ¡entiéndase!, habían quedado en medio de la estrechez: ¡ojo!, acordarse, no una lela revisión a destiempo; sí eso cuando se completara penosamente el sacar y el meter: labor batallosa para casi todo lo que restaba de la noche: como fue. Cuéntense seis cajas de libros que no tendrían más lugar que los tambos de basura localizados en la planta baja del edificio.

Al amanecer aquello último: cargando caja por caja: seis subidas y seis bajadas por el elevador. Depósito insensible tras la comprobación con muy detallado mirujeo: se fueron a la basura tres obras de Balzac: la parte medular de La Comedia Humana: *Ilusiones perdidas, Esplendores y miserias de las cortesanas* y *Papá Goriot*; por ahí *América* de Kafka; *Bajo la rueda*, de Hesse; *El poema del mío Cid*, ejemplos al azar, y de buscarle más en el fondo de las cajas, quizá Roberto hallara algunas muy cimeras obras de la literatura universal, así como uno que otro libro de los publicados marginalmente por Dagoberto Pastrana. ¡Al diablo las dichosas relevancias!, ya habría tiempo de ver cuáles. Ojalá no *Las memorias de ultratumba* de Chateaubriand ni *El diario* de Gide, ni el de Renard.

Veamos: se trataba de un paranoico despropósito de Roberto: con tal de que Patricia no tuviese la más mínima sospecha… Por lo pronto el dineral en resguardo: metido en el centro del retaque, hasta eso ya no tan armónico el acomodo resultante (por hastío): líneas rotas, pero banco íntimo, o acaso sedimento vibrante, o lo que fuese en tal sentido: que si error, que si acierto…

47

Un recuento. El techo corrugado de la recámara de Roberto ofrecía mapas cuyas diminutas regiones semejaban corpúsculos en crónica mutación. Una fijeza la mirada de él que, no obstante, anchuraba cambios como si absorbiera líneas. Quiéranse jalones sin parpadeos: acción irresistible, por cuanto se hacía cada vez más lógica en tanto más extraña su atonitez en acueste; acueste —quepa decir— dominguero, tempranero, solitario. De esa posición bocarriba se ha de hilar de revés lo que Roberto hubo decidido desde ayer, cuando luego de acomodarle un beso largo y salivoso en el cuello a Patricia le dijo: *Mañana quiero estar solo, ¡entiéndeme!, lo necesito*. Más de revés quedó el entristecimiento de ella, que sin soltar reproches dio una temblona media vuelta y se fue espichada, pudo llorar (treta), quejarse en el sentido de que a ambos se les estaba haciendo costumbre verse ciertos domingos para… bueno… hubo unos donde su desempeño sexual abarcó desde poco antes del mediodía hasta poco después del anochecer. Servicio mutuo y colmos: casi un rebose temblón compartido, pero no esa vez: sí el cansancio —como retruco— de él, y sí su buscada blandura de músculos e ideas tras la pretensión errónea de querer alcanzar un verdadero estado ideal: la mente en blanco: ¡hazaña!, mediante disciplina, lo que no, en virtud de clavar su vista en ese techo blanco: estilizado, ¡vaya!, corrugado, y los mapas: su reducción a expensas de un antojo que acabó por complicarse. Así: leves descubrimientos de una vida medianera: la suya, sin recargos de nada: más que los del amor filial por un abuelo que él mismo logró encumbrar y que estaba a punto de un derrumbe, tal vez suave. Téngase el dinero (tal millón) como soporte bienhechor, pero también como recrudescencia: tal triunfo indirecto: el de él: que miraba lo blanco como si en un momento dado se le fuese a venir encima. Otro recargo perverso era el amor sexual, sólo sexual —debía reconocerlo—, por Patricia. Todo un

licenciado en letras hispánicas falseándose, acaso asustándose de sí mismo nada más por relacionarse con una tipa sin pizca de complejidad; una con ideas cortas y cuadradas. ¿Por qué había elegido a una sirvienta hecha y derecha?

Los «por qué» eran las regiones amorfas de los mapas: en escurrimiento (casi) para un replanteo más de revés: uno para embotarse con bosquejos de trazos: tanto precipitándose; o sea —acaso— encarar lo abstruso como si se arremolinara más y más: regiones contrayéndose: cada una —quizá— a cabalidad como conformación de etapas, pasajes, cuadros vivos a los que el recuerdo les arrojó niebla. Cierto: su vida ascendente hubo de comenzar cuando fue contratado por Editorial Fronda. Dinero: por fin: trepidación. Lo demás anterior: escollos: presencia y luego fuga a partir de simples curioseos; acucias temporales; lo que pasaba como un lineazo refulgente para dejar de ser ¿tibia inquietud?, ¿intento? Fue chofer de un magnate corrupto (tiempo corto e inane). Fue corrector de estilo de burócratas: fácil, por la atorrante jerga manida: el puro respeto melindroso. También les corrigió el estilo a señorones comunicadores cuya escritura tan neta tuvo que resultarle bien difícil por la manera encolada de ligar ideas a lo bestia: lo peor, pues, fueron dos años de empolvamiento tras un escritorio de madera corriente. Asimismo, fue vendedor de accesorios para automóviles (un año y medio… en la luna). Y para qué citar otros oficios que nada tenían que ver con su carrera humanística; de suyo: suelditos y gracia a fuerzas y empuje vacilante: nada cabal, todo rancio o en pena: ergo: agridulce; aunque agridulce debía ser, de hecho, la vida ascendente, aquellos desvelos de inicio (las mordidas y masques infelices de chiles serranos) y aquellos vislumbres —¿se recuerda?—. Luego los zarándeos imprevistos: el ser despedido para ser contratado casi de inmediato por los meros-meros de la nueva empresa Ediciones El Faro, que eran también los de la anterior. Suerte: progreso; más agencia: más relajación, y el remate: todavía más suerte, porque todo se perfiló hacia un milagro supremo: el colocar *El sueño ayuda a la telepatía* en una cima y sin necesidad de echar rollo y…

Círculos de recuento, de nuevo, tratando de localizar su real punto de partida, mismo que debió empezar ¿en su niñez o en su adolescencia? ¡Vaya!, las regiones de los mapas en descenso, una

sensación de agrandamiento que enseguida se deshacía, y algo no se deshizo: la literatura. ¿Por qué decidió estudiar letras hispánicas?, ¿por qué no inglesas o francesas u otras?, y todavía más a fondo ¿por qué no estudió una carrera práctica?, una de portentoso conocimiento funcional; una de adaptación sobre adaptación: lo conveniente: oh: región deshecha, y así otra y otra: caídas, desapariciones, hasta dar con una que parecía endurecerse (ritmo beta): su dizque humanismo germinó por influjo de su abuelo…

Y en cuanto al caminito profesional: cierto que alguna vez se presentó a un concurso de oposición para conseguir una plaza en una venerable universidad nacional. Perdió: y: ¿para qué intentarlo de nuevo? Su destino habría sido un cubículo: soledad harto estructurada de por vida, quiérase un sarcófago para morir con suputo honor, siendo que la vida académica, siempre a contracurso y por lo bajo, era digna de sátira, por ser proclive al entristecimiento. Entonces descarte, de hecho ya legendario por adjudicarle un «nunca», y a volar tal región deshecha. Otras se impusieron, cayendo o andando, más amorfas: regiones limitadas por el recuerdo: ciertas frases dichas a través del tiempo por el abuelo: *Nos gusta la literatura porque no soportamos la realidad, o porque nos resulta insuficiente*. Otra (no literal, eso sí) debió caerle como cataplasma: *Nos juzgan inadaptados, lo somos, y ahí estriba nuestro triunfo o nuestra derrota*. Justificaciones tenidas por mellas: tanto escozor fortalecido que debía convertirse en escudo, si es que el humanismo pervivía como un método de defensa, que no de ataque porque fallaba: *Nos sostiene el delirio*. Por ahí más cosas: otra (¿aproximación?) cayó: *Si nos mantenemos a la sombra de la realidad, cuando salimos a la luz somos espectáculo*. Y otra más: *Tal vez seamos poseedores de revelaciones vitales, pero también somos esclavos de esas potencialidades, por lo tanto el arte es la manera más sofisticada de esclavitud*. ¡Dale! Y así más netas acaso cuestionables…

A fin de cuentas la vía literaria, tanto en el abuelo como en el nieto, había tenido un desenlace de comedia, y todo por la suerte, o bien por el ímpetu de solventar el triunfo estético con pesos y centavos: un millón de pesos en su haber, algo era algo: Roberto sonrió: ¿por influjo telepático del abuelo que también sonreía? La

literatura estaba dando seguridad económica: eso avante, mientras que la fama… tan trasera y tan equívoca. Tanto, que Roberto supuso que si tiraba a la basura o quemaba sin ambages el resto de la obra de Dagoberto Pastrana nada relevante iba a ocurrir, ¡nada!, porque estaba seguro de que el tema unívoco de su abuelo eran los sueños: ascenso y caída y luego redención inane, prescindible. Aunque: plantear reediciones…

Ya se vería…

Otras conferencias ¿futuras?

Otras entrevistas ¿televisivas?

¿Para qué?

Ya las vidas de uno y de otro literatos se estaban perfilando hacia una supuesta paz y en consecuencia hacia un malsano tedio: conquista a la altura del anhelo más social: la despreocupación (dizque): con el apoyo de un ¿dinero apenas salvador?: deseo clasemediero en vías de sabrosura: poca: pero ¿larga?: sin bruscos movimientos: ¿hasta dónde?

Pareció detenerse la caída paulatina de regiones, caída cariciosa de todos modos: ergo: techo-mapa en su sitio. Aún la fijeza de mirujeo absorto. Amago de enseñanza: arriba: sombras de líneas: ciertas anchuras, sí, más sutiles que un vago capricho tendiente a sentenciar que de ahí en adelante NADA SERÍA RECORDABLE: mente en blanco: casi borrazón, y, sin embargo, minutos después, un garabato sexual, quiéranse nalgas y senos y demás en goteo caía sobre la cara de Roberto: trozos aquiescentes, suavísimos: así leves embarres ¡oníricos!: para enjaretarle una preocupación: Patricia embarazada: ¡asco!: telepatía ¿desde dónde? Luego: el niñito escondido haciéndole señas groseras: en mientes su brincoteo: fiesta entre tiras de carne. La sirvienta panzona, entusiasmada, y no se diga su regalo vivaz envuelto (valga) en celofán… Roberto por fin se incorporó como si tuviese en brazos, espalda y piernas una comezón insoportable. Fue a la cocina a calentar en una vasija de metal agua para café. Lo supuesto cosquíllente lo estaba poniendo de mal humor. Claro que se rascaba, pero… Ni dándole sorbos —luego— al café cargado hallaba cualquier solución: aborto, no aborto, indiferencia, vida-enraizamiento, nooo, síii, y decidió salir de su, digamos, cubil para callejear en corto. Le daría la vuelta a unas dos manzanas: las más próximas. Enseguida entraría a un café

furris. Llegó. Había uno… amable novedad… Ambito útil para dejar florecer ideas (sorbo tras sorbo) bajo diez focos tipo lantía…

La imagen del niñito haciéndole señas groseras no lo dejó en paz. De regreso a su apartamento le pareció ver al retoño, ya crecido, brincando en su cama: ¡horror!, es decir que le estaba vedado dormir en ella, desde luego, pues el riesgo de que aquella cosa masculinita lo estuviese pisoteando durante toda la noche: ah; por lo cual se durmió en la alfombra de la sala, con almohada, eso sí, no en el sillón de dos plazas, pues temía que allí también sufriera pisoteos: distintos, quizá más severos, quizá más leves, pero… (ritmo delta sería)… Fue una hilazón medio enredosa proveniente de su atisbo tenebroso en la vigilia: en una planicie con remate de loma azul a Roberto le llegaba una pelota de hule, tenía que devolverla con un puntapié, pero a saber dónde estaba el retoño, uh, ni sus luces; de modo que caminó hacia la loma con la pelota (más grande de lo normal) bajo sus brazos. Halló un pasadizo que lo condujo en directo a su apartamento. Al abrir dificultosamente la puerta de entrada vio que su retoño, aún más estirado, casi adolescente, había extraído del estudio las cajas de dinero, sólo esas, y el vástago, cínico cual era, contaba con singular paciencia billete tras billete: claro que se metía algunos fajos delgados bajo el pantalón: ¡qué corrupto retoño!

Roberto no quiso distraerlo con un «¿qué haces?, cabrón», más bien prefirió observarlo para saber hasta dónde habría de llegar. Suerte que el vástago ¡ni en cuenta! Tardanza de conteo, por lógica, y concentración en demasía como para que el padre se preparara a fuerzas una taza de café y se sentara en una silla del comedor sin que el ladrón en cierne advirtiera su presencia. De hecho, una vez concluida su labor, el vástago se elevó con lentitud hasta desaparecer a poco en la dureza del techo. Roberto vio los pies con zapatos: yéndose: lo último negro: cabiendo. O sea que el vástago se llevó nomás lo metido en su pantalón.

Abajo el regadío de fajos cual pinturreo vanguardista. Pinturreo cambiante. Cajas destrozadas y lágrimas de observador. Luego revolteo de felicidad tras oír el llanto de un recién nacido que salía de la panza de la sirvienta ejemplar. Confusión de emociones: duradera: hijo grande, hijo chico: ¿cuál a cuál se imponía? Y con ese rejuego, más otras bagatelas aprehensivas, el licenciado

consumió muchas horas; horas aparte dos: las empleadas para ir a un restaurante; una fonda, más bien, una avistada desde su cochecito muy deprisa tiempo ha; hacia ella fue a pie, quedaba cerca de su apartamento.

Lo mejor vino al día siguiente cuando Patricia airosa se presentó a primera hora y sin titubear le lanzó a su patrón y amante (o novio, o futuro esposo, o sepa Dios) algo como esto: *Pronto usted será papá. Por su culpa estoy embarazada*. ¿Culpa?, y luego el hablar de usted en vez de un tuteo armonioso. Culpa de dos ¿verdad?, pero… Es que ya lo había adivinado Roberto desde ayer (hijo grande, hijo chico… hijo apenas haciéndose). No, no pudo responder de inmediato. Antes hizo varias muecas de desconcierto: muecas lógicas tendiendo más al desagrado que a la dicha: por ende: ¿qué decir primero? Pensar debidamente: a ver: «pero, es mío, ¿me lo aseguras?»; luego: «¿y lo piensas tener?», o más corregido: «¿no piensas abortarlo?»; luego, con resignación medio entusiasta: «me haces feliz, ¡qué buena noticia!». ¿Cuál escoger?

Eso último dicho hipócrita o subconscientemente fue lo escogido y lo que hizo que ella se abalanzara sobre su enteco patrón para colmarlo de besos tras un buen apechugue: encomio que él inmóvil soportó: asimismo: dejándose también llenar de loas, hasta que:

—¿Y cuánto falta para que des a luz?

—Un poco más de siete meses.

—¿Y de veras lo piensas tener?

—¡Claro!

—¿Y estás segura que es mío? —nomás por tanteo en rebaja lo pensado apenas un minuto antes.

—Yo no he hecho el amor con nadie que no sea usted.

«Usted», maldita la cosa: formalidad, distancia, aunque, eso sí, el tuteo sería más grave: confianza, mucho más apechugue; y no, claro que no era el momento de pedirle que lo tuteara porque propiciaría que se suscitaran a bulto valimientos de caricias constantes, o casi, o qué, si no es que exigencias en cuanto a que el proceso de embarazo debía ser vigilado por un ginecólogo de renombre, o por lo menos caro, y a saber qué más caprichitos sobrevendrían de ahí en adelante por parte de esa futura madre. O sea que lo que fue reteperverso ahora sería retebatalloso, o bien, lo que fue encueradez de silueta óptima ahora sería amenaza gordinflona: panza en

desparramo, ¿cintura ecuatoriana… para gozarla?

Fuese lo que viniere, Roberto reforzó su insincero entusiasmo al reiterar: *Me haces feliz con lo del bebé. ¡Qué buena noticia!* Pero también, de inmediato, dijo «con permiso»: que iba al baño; que ya le andaba: mentira: iba a sentarse —sin bajarse ni calzones ni pantalones— sobre la tapa de la taza, nomás para ordenar sus ideas. Atrofia, que a poco dibujaba sendas: todas con horizonte tiñoso: la felicidad familiar: con luz cobriza: ¿tantos crepúsculos así? Vislumbre de tres que avanzan por ruta segura. La mamá, el retoño, el papá, tomados de las manos: trío ¿ejemplar?

Y de seguir neciamente haciendo el amor una grey de hijos, en fila y por orden de estatura (de mayor a menor) secundaría a…

Durante un buen rato se instaló en la cabeza de Roberto la idea de huir: sí, pues sí: renunciando a todo de una vez: al trabajo, al abuelo, a Patricia, al hijo, a su apartamento delicioso, también a su coche porque con el millón de pesos en efectivo y en su haber podía comprarse otro más elegante —¡y del año!— para irse lejos, tanto como pudiera y por supuesto sin salir del país, dado que en el extranjero ¡qué diablos!… Bueno, seguro que la policía lo hallaría en un dos por tres, siendo que Patricia no se iba a quedar con los brazos cruzados, y la coronación sería la golpiza de los hermanos de ella, que si no la cárcel o el manicomio…

¡¡¡Nooooo!!!

Mejor ser papá, ¡chin!, a sabiendas que la calentura (¿indispensable?, ¿obvia?, ¿desgraciada?) triunfó sobre la razón. Vivir el resto de sus días con una ignorante. Casarse para un poco más tarde divorciarse, uf, se valía. Así que por lo pronto obligar a Patricia a leer —éntrele, jodida—: oh plan naciente. Eso, medio estructurándose, mientras que aquélla, con harto empaque de mujer soberbia, le gritoneaba que ya se saliera, que ya era mucho tiempo —¡sí!— y que como abriera la puerta le tenía una sorpresa: ¿sí?, ¿qué tanta para un acongojado que a fuerzas debía hacerse ilusiones? A ver: fácil el abrir y… Patricia estaba totalmente en cueros agarrándose los senos por debajo y con delicia…

—Ven —nótese el tuteo (ya) salaz—, hagamos el amor para celebrar mi embarazo.

—No, vístete, no tengo ganas. Eso será después, cuando yo quiera.

—¿Pero por qué el desgano?… Ándale, si quieres te excito.

—Te he dicho que no. ¡Entiende!

—Bueno, al menos déjame permanecer desnuda un rato. No seas malo.

—No, ponte una bata.

—¿Cuál?

—La mía, no te hagas, la que está en el baño.

—Pero, mi amor, ¿qué te pasa?

—¡No me tutees!

—Perdón, aunque…

—Ponte la bata. ¡Obedéceme!

48

Nomás una cosa debe quedar clara, antes de que pasemos a otra: Patricia y Roberto hicieron el amor de muchas y buenas maneras. Ambos lloraron de felicidad.

Lo siguiente se hizo severo, aun cuando incidental, por el decurso de un parloteo en desate cuando laxos en la cama, y aún desvestidos, como que procuraban hundirse en naderías de ideas; naderías que, no obstante, cimentaron distorsiones veniales como esta: *Tu padre ya sabe que estoy embarazada*. Lerda explicación…

Lerda: a causa del entrecejo más y más entredoble de Roberto. Es que a medida que ella esbozaba su cuento más adustez exhibía el escucha, quien, por su parte, iba en silencio sacando conjeturas: lo peor empeorando, y aquélla, como si le tomara el pulso, adrede arrastraba las frases, ideosa pues, sabedora de su confidencia casi tenebrosa. De ahí que ambos, todavía desvestidos, se vieran de reojo: muchos hubo de continuo. Duros temores. Total que hubo freno, tuvo que haberlo porque Roberto levantó su mano derecha en señal de… Patricia calló, entendió, supuso el dolor del otro que no profería más que leves gruñidos: casi no: acaso una vocal muy en disminución. Lapso en ascuas, por tanto, que al cabo dio pie a un monólogo resentido de él, de viva voz, sí, asaz merodeante; la cosa es que no vale la pena transcribirlo aquí: sólo extractos quejumbrosos como: *Y pensar que mis padres acudieron a dos conferencias del abuelo y yo malamente los desairé*. Luego esto: *El abuelo quería saludarlos. No lo permití*. Entonces, ahora, de resultas, ¿el perdón? Como último recurso lo derivativo para Elías: la búsqueda del teléfono de la empresa, hasta dar con alguien que le soltara… *¿quién pudo ser el soplón? No son muchos los que conocen mi telefono privado*. Y Patricia la contestadora, la platicona casual…

Plática ingenua… mmm… de soltar sin querer la sopa: hirviente de por sí, o sería, más bien, malicia de ella tras tener a la mano un asidero tan cierto. En efecto, así fue: Patricia la vivaracha, ignorante pero intuitiva. Y la aclaración ahora del resentido: *Desde hace buen rato no tengo contacto con mis padres. Ellos quisieron matar a mi abuelo. Algún día te contaré cómo fue el intento. Los odio, de veras, los odio con baba verde*. En consecuencia la prohibición a Patricia: bruta, enfática: que si hablaba ese tipejo, de nombre Elías y diciéndose «padre», le colgara sin más; lo mismo si lo hacía una tipeja de nombre Celia Damiana, que también se habría de presentar como «madre», o sea madre de, pues no, sino cuelgue grosero, cual debe, ni una palabra, ¿eh? Claro: aunque: téngase el azoro de la embarazada: su hartura de preguntas temblándole en los labios. Sin embargo, el aguante gestual femenino. La mudez cual gobierno femenino (en tornas). ¡Ni modo! La obediencia condigna por lo pronto, siendo que ya habría tiempo de… Y aquí se cierra un círculo que a su vez propicia otro más pequeño. Resumen de tiempo. PASARON LOS DÍAS. El tope tendría que ser cuando ocurriera la segunda entrevista televisiva, pero antes: lo más insólito —se sabe— residía en que Roberto no fuese requerido, ni de chiste, por sus jefes; nadie importante le llamó, excepto un compañero de esos compradores-simuladores —¿se recuerda?— que dizque le tenía una noticia fea, pero que por aquello de que los teléfonos estuviesen intervenidos —cosas (mieditis, recelo)— era menester que ambos se vieran en un café. ¿Qué tan grande sería el chasco? Ni un adelanto de algo sugestivo: sino: la condición: verse, ¡verse!, talmente. Sí, de acuerdo, pero algún día de estos. Acaso en dos semanas, por ahí. Y ese compañero (o ex), de nombre Tomás Zúñiga, que también había trabajado en Editorial Fronda, le proporcionó el número de su teléfono celular, y ya; luego vendría la ocasión para saber qué diantres; el tal era un chismoso incorregible, así que… Lo había sido cuando aquellos cafeteos —¿se conecta?—. Lo que sabía el tal y con qué morbo argumentaba: ¡vaya capacidad de fabulación a partir de un hecho veraz y mínimo!, pero eso después, porque Roberto, al no recibir órdenes, se iba como autómata al asilo: sí: diariamente: horas y horas allá para sacarle todo el jugo posible a su abuelo sabio, mismo que estaba hastiado de casi todo: caprichos o rabietas, verborrea en declive desprendida

del retrucado asunto de la promoción de su libro (¡uf!) exitoso. Es que deseaba ya ponerse en paz; incluso, durante esos días de letargo (quiérase por no tener acción y en larga espera de la segunda entrevista televisiva que nomás no se realizaba… tardanza inexplicable) le dijo a Roberto dos cosas inquietantes: *¿Y tú por qué vienes todos los días conmigo?, ¿qué ya no trabajas en la empresa?*, y la segunda: *¿Sabes?, cuando me hagan la segunda entrevista por televisión soltaré puras evasivas. Ya estoy cansado de este circo mercadotécnico. Me importa un bledo que el libro se venda o no se venda. Lo rescatable de todo esto es que tú ya tienes un millón de pesos*: además, Dagoberto andaba padeciendo algunas dolencias: en sí insulseces, desde luego, que él podía agrandar a capricho. A fin de cuentas se había convertido en un divo sui géneris.

Bueno, de la primera pregunta lanzada al grano a Roberto, quepa tan sólo aludir a un desdoble axiomático: el susodicho aún estaba en nómina: cobró su última quincena sin problemas: mismo sueldote por no hacer nada ¿mientras tanto? O sea que su respuesta ni siquiera podía ser cínica, sí oronda: algo, o más bien medio reprimida, con el ingrediente compensador de: *No sé qué esté pasando, pero…* Otro modo de compensación ¿por tanta venta?, dedujo el ciego. Y en lo referente a las evasivas, ¡por Dios!, tal vez fuera el último empujón: un esfuerzo extra no estaba mal, etcétera: Roberto empeñoso en persuadir con suavidad a un señor que a cada frase movía negativamente la cabeza. Entendible el berrinche chocho tan en marcha y, ahora sí, apartémonos de esto porque del resto de lo acontecido en el asilo día tras día sólo falta agregar que el ciego dormía por dormir, un dormir muy buscado como para no obligarse a darle cátedra a su nieto sobre los sueños y la telepatía: los sutiles y acaso inciertos contagios entre lo uno y lo otro que, de hecho, estaban aminorando los argumentos, ¡claro!, por mor de una pereza progresiva. ¡Bah! De lo demás cuelga la matada de tiempo, esto es: Roberto prefería asolearse en el jardín del asilo durante horas que regresar a su apartamento donde…

Los entresijos de Patricia, que no eran más que ruegos a todo tren, usted puede adivinarlos: que Roberto la llevara a consulta con un ginecólogo caro, dizque para revisión dos veces por semana, ¿por qué tanto?; que le comprara ropa de maternidad: fina, eso sí, y

de ahí una serie de exigencias zotes: idas constantes a restaurantes: lo prometido hacía mucho, que aún no, ni siquiera a fondas o a *snacks*, idas también a parques, ¡asu!; también al cine o al teatro, y ¡mangos!, pues, nada hasta ahora le había sido complacido a la burda embarazada que —lógico— empezaba a hacer dramas por cualquier cosa.

Tormento.

Vida cuesta arriba: más, más pujadora.

Pero como al paso de los días el futuro padre se aburría cada vez más en el asilo, optó finalmente por las compras: ay, los *malls*: paseos fríos en compañía de aquélla, que para colmo le exigió a su novio patrón ser llevada a diario a su casa orillera: oh nochecitas: no más combis ni metro; y el otro cediendo, cediendo, ¡ándele!, ergo: socorros tras socorros en aras de un equívoco afloje que redundaría —dizque— en un socorrerse a sí mismo. Sea que de otro modo él estaba, en efecto, supraembarazado.

Para eludir reproches sin ton ni son, Roberto fue dejándose jalar: apego fastidioso: cumpliéndole a aquélla cuánto, y con ternura mema; esos ires y venires debieron repercutir en algo bien concreto: una pregunta como:

—¿Y ya le dijiste a tus padres que estás embarazada?

La respuesta afirmativa de Patricia incluyó una información asaz tenebrosa porque sus hermanos fueron enterados en friega de que pronto tendrían un sobrino o una sobrina y ellos en vez de enojarse, no, al contrario, se alegraron de más, casi saltarines como perritos que al cabo consiguen pescar un hueso de una mano juguetona en lo alto; téngase algo parecido, siendo que hasta propusieron que hubiese una cena familiar para conocer al papá afortunado; afortunado en virtud de que su hermana, de cuerpo curvilíneo, les había dicho tiempo ha que andaba de novia con un señor muy prominente; merecedora ella, por sus dotes, ¿verdad?: ergo: de un señor con mañana, y tralalá y, bueno, Patricia no les aclaró que se trataba de su patrón, pero ya lo haría… Por ejemplo: en la cena: ahí la ovación ¡ojalá! Aunque: primero la propuesta… Tenía que aceptar Roberto, porque si no… Menudo estratagema inconfesable, dicho sea en tal sentido: por qué confesar tanto hasta que vino la pregunta, por qué no antes: otra interpelación de ese papá en vías; a lo que ella adujo tener dudas. ¡Bah!: pretextos; ¡bah!: artificios de

una mente oscura sin un aparente para qué.

Entonces ¿la aceptación?, no sin antes expresar ella una fuerte disculpa. Y el sí de él: prematuro, tímido, que profirió dos veces más: ¡sí!, ¡pues sí!, tras lo cual Patricia precisó que la cena no se efectuaría en casa de sus padres sino en la de un hermano que andaba ganando buen dinero en sepa qué negocios. Total: casa nueva algo amplia, empero pobretona, pero no tan rascuache como la de sus padres: una apretura de dar pena; una que exigía delgadeces inverosímiles (valga), tanto incluso de pedir permiso para hacer cualquier tipo de movimiento más o menos imprevisto. Exageración al tope, por vergüenza confesa: lo dicho por ella con sorna penosa… Empero el sí, dadas las circunstancias…

Roberto complaciente: o sea… *Vamos cuando quieras*… ¡Qué voluntad! Quepa entonces destacar el valor que a veces tiene la actitud más espontánea de quien pese a pese jamás debe sentirse comprometido. Un «sí» puede ser un requiebro, una argucia, un abrir para olfatear, o incluso el anticipo de un recule; o incluso aún puede que sirva simplemente para inventarle algún insólito atributo a la hipocresía, o que en verdad se desprenda de una neta convicción. La cosa es que Roberto ya estaba encarrerado: Su «sí» ingresaba a una mengambrea de hartos «sí» por venir: punteo vuelto blancura: lo positivo ampliándose ¿hasta dónde? Que si un intruso «no» echará a perder todo… mucho después quizá: porque: la cosa es que su «sí» tuvo efecto inmediato: cierto: aquella misma noche cuando concilio el sueño: ah, se encontraba dentro de un rectángulo: ahí oyó voces que surgían del suelo:

—Si no te casas con mi hermana te vamos a hacer trizas.

—Ya sabes que si huyes daremos contigo estés donde estés.

—Tú eres culpable de esto, ¿te das cuenta?

Otras voces vinieron, pero ahora de arriba:

—Te aseguro que mi hija será una buena esposa.

—Te pido que la cuides. Trátala como reina.

El rectángulo luego se convirtió en la mesa de la celebración. Oh cena apasionante dentro de un cuchitril apestoso a chorizo, más aún, si se quiere, con mezcla de ajo y cebolla: ergo: lo rancio agarroso; y cómo irse en aína si aquello no contaba con puertas ni ventanas: por ende: el asco crecía, ni para dónde hacerse… Oliscos mareadores como regajos luidos…

Bueno… este… Nótese que se trató de una pesadilla de por sí inolvidable. Lo saludable: el despertar: la soledad-quimera; la soledad-solución. Roberto: con ganas de huir: aunque: a la estratosfera, o ¿a dónde?

Pensar, ordenar, atisbando en los colores del nuevo día. Y la treta del desafane aún. Lo malo es que sería encontrado por los hermanos golpeadores. No obstante, lo dudó.

Con el millón de pesos en su haber podría irse, por ejemplo, a Asia: barajeo íntimo alusivo a La India, a Nepal, a China, a Laos, a hacer su vida entre los chales, o si no entre la gente cobriza que había por allá. No, en efecto, hasta allá no llegarían los hermanos de Patricia; no, porque costaba un dineral el traslado, eso suponiendo que supieran su dirección en tal o cual ciudades de aquellas latitudes… En fin…

Además, cierto que a las primeras de cambio a Roberto se le acabaría el millón, por lo cual: a trabajar: ¿cómo?, si no sabía chino ni…

Y en ese tenor ¿de qué le valía ser licenciado en letras hispánicas? Ni modo de que lo contrataran así porque sí en una empresa editorial. No, no era tan guaje la gente profesional chale o cobriza, desde luego que no.

De seguirle él mismo estaría propiciando la resaca de la pesadilla: ¿ritmo delta? La subconciencia en activo a causa de la impresión sufrida en tan cortísimo sueño: ¿entonces ritmo alfa?… Casi… Siendo que de pronto sobrevino el freno ante el amago de más disparates… Pensar, ordenar, atisbando en los colores de… No, mejor solo uno, el del techo: la blancura ¿imantada…? Sus ojos viendo los mapas altos: lo corrugado tan propincuo, que debiera a poco descender…

Algo descendió; algo pupo como una aclaración: una forma anómala de valentía. El arma de la inmovilidad, nomás. El modo de afrontar lo venidero: el hijo, el casamiento, la manutención de… Su vida en línea recta siempre sobre la tierra. Sus pasos hacia el rumbo del horizonte acre que a nadie desagrada porque es plausible opción.

De hecho, evitaría los golpes del azar y los de aquéllos: en apercibimiento; los golpes que reciben los cobardes, los que él pues no, ya no.

49

Llegó el día de la entrevista televisiva. Dagoberto consiguió que el programa se realizara en su habitación.

Capricho en abanico, o bien cada varilla un tuerce de entredós por parte de ese autor inflado a suma y sigue y, bueno, cámaras y micrófonos hasta, dicho sea: todo un agobio la ida de autocares, y luego el tiradero —cual colmo abarcador— de cables y demás estrapalucios… atravesadamente.

Cuéntense todavía los tantos acomodos —ruidosos de por sí— en medio de protestas estentóreas; diez razones tenían los ciegos para aullar y he aquí dos de ellas, acaso las más dundas: ¿por qué ese metimiento repentino, sin un aviso previo?, y ¿cuándo llegaría la calma de costumbre?

Explicaciones hubo muy al sesgo (al respecto), como por no dejar, pero esas mismas hubo que repetirlas harto por ahí y por allá: oigámoslas a rehilo: que todo fue resuelto en cosa de una hora, ayer a medianoche (mentirota hiperbólica), y que el acto en cuestión no duraría siquiera una mañana (mentira con más molde, pero aún patrañosa, porque duró bastante más que eso).

Y la excusa postrer como requiebro: *Se trata de una ocasión especial para un personaje especial, como lo es el señor Dagoberto Pastrana*. Tal razón repetida, no mucho, pero… Lo que hicieron los ciegos fue meterse a sus cuartos, a fuerzas, ¡qué remedio!

Ahora que, antes del día problemático, tuvo que haber engorros y bretes para que las autoridades del asilo dieran su venia: por fin ya la realización del programa, lo que no ocurrió —se obvia— a las primeras de cambio. Considérense varias llamadas telefónicas y dos reuniones entre dos cúpulas: un lío: acuerdos, desacuerdos, correcciones.

De refilón algún ciego se enteró del asunto y rauda circuló la

noticia: lo venidero inquietante, pero fue escéptica la reacción general: creer, dudar; era difícil que aquella paz tan a pelo fuese perturbada así como así; de hecho serían avatares ínfimos; alguna alteración inconsecuente; ruidos, pues, tenidos por chasquidos. Empero el mero día…

No se vaya a creer que las protestas degeneraron en por lo menos un estropicio de plano calamitoso. Ganas no faltaron. Pero es raro que el comportamiento de los ciegos se deforme tanto como para dar pie a una rabieta tan acerba que obligue a quienes lo rodean a taparle la boca con varias vueltas de venda y atarle las manos por la espalda, o ponerle esposas, como a un delincuente común, no, en efecto, sólo el gritadero sí tuvo una frecuencia de sonido algo invariable cuya duración fue de diez minutos, bastante, pero hasta ahí, lo que derivó en los sendos metimientos a los cuartos, como se dijo, pareciendo todos muñecos a los que a un tiempo se les ha acabado la cuerda, de ahí que ¡a sus cajas! (valga) quedando atrás en flote una razón de peso: el asilo era bastante caro. Los familiares de cada cual pagaban, amén de los cuidados médicos tan reparones, por la paz reinante, así que un programa de televisión ¡allí!…

Júzguese lo sustancial de la protesta colectiva: un enfado con redondez como para que rodara hacia una suerte de panal y se bifurcara y…

Acideces metidas en casillas… para bien.

Por ende, demos paso al programa. Los reflectores en su punto y ¡momento!, antes de proseguir valga aclarar que el entrevistador, el mismo de la otra vez, de nombre Orlando Sierra, había leído, ahora sí a conciencia, la novela de marras, de modo que venía como hacha. Entonces…

—Estimados televidentes, sean ustedes bienvenidos a este programa especial con Dagoberto Pastrana, autor de la novela de moda *El sueño ayuda a la telepatía*: obra polémica que sigue dando de qué hablar y es por ello que hemos decidido realizar una segunda entrevista con el autor, que como todos ustedes saben es invidente y…

Se alargó en demasía el preámbulo del señorete que al parecer estaba decidido a poner en jaque al entrevistado suscitando así el morbo de los ¿millones de mirones apócrifos, virtuales?, a quienes

se les dio un par de números telefónicos, puestos al calce de la pantalla, para que se comunicaran cuanto antes a: téngase el asilo (la novedad destacable) donde una secretaria recibiría ¿una lluvia de preguntas o comentarios?; ella: una ducha empleada de la televisora… mmm… qué tal si se bloqueaban las líneas… Era lo más seguro… En fin…

—A ver, señor Pastrana, díganos ¿qué es la telepatía?

—La telepatía se establece cuando dos personas piensan a la vez en una misma cosa. Si esas personas se conocen, puede que una esté pensando en la otra o quiera comunicarle algo, pero este efecto rara vez se consigue con cabal precisión. Al respecto, me gustaría partir de otra premisa. Si bien es cierto que muchos de nosotros, en algún momento de nuestras vidas, hemos sentido que alguien nos habla o nos hace sentir sensaciones extrañas sin estar presente, y luego cuando hablamos con esa persona dice que estaba pensando en nosotros, ¿podemos atribuirlo a una simple coincidencia o a la telepatía? Ésa es la gran pregunta que muchos han tratado de responder. Y la respuesta nunca ha sido del todo asertiva. Tomemos como ejemplo las raíces de la palabra «telepatía», que viene del griego «tele»: distancia, y «pathos»: enfermedad, o sea «enfermedad a distancia». Esto es porque los griegos ya habían notado que ciertas personas, especialmente los gemelos, a veces sentían los síntomas de las enfermedades que contraía ya fuese el hermano gemelo u otro ente identificable. Sin embargo, en la ciencia moderna, en particular la que estudia los fenómenos paranormales, telepatía se define como «el intercambio de información entre dos personas sin ninguna interacción energética o sensorial conocida». Pero trátese de la connotación moderna o de la antigua, siempre ha existido la polémica sobre si la telepatía existe o no. Para dilucidar ese enigma se han creado diversos experimentos, siendo que ninguno ha dado muestras suficientes como para confirmar o desmentir la existencia de la telepatía. Uno de ellos es el experimento Ganzfeld, donde se establece a un «enviador» y a un «receptor», que son puestos en cámaras separadas y muy a distancia entre sí. Los ojos del receptor se cubren completamente y sus oídos son bloqueados con audífonos que transmiten un sonido constante, y al enviador se le muestran imágenes y sonidos que debe intentar enviar al receptor; al cabo de un cuarto de hora el receptor comienza a reconocer imágenes

brillantes, como en un sueño. Luego uno y otro se juntan para identificar las imágenes. Es probable que de cinco figuras el receptor sólo identifique una, lo cual ya evidencia el contacto a distancia, con lo que se determina que la telepatía es plausible. Ahora bien,
C.
Honorton, ya fallecido, creador del experimento Ganzfeld, creía que la telepatía humana, un fenómeno muy débil en el mejor de los casos, sería detectada de manera óptima mediante la total privación de los sentidos. Y sea cual fuere la conclusión de Honorton, los resultados de su experimento son un aporte válido que los investigadores sobre la materia no deben ignorar. Incluso algunos críticos de la parapsicología, como
S.
Blackmore y
G.
Tucker, han reconocido que Honorton llegó a los resultados más convincentes en cuanto a retrocognición o psicoscopia, pero aún así, no hay pruebas tajantes de que la telepatía sea un fenómeno real. Otros investigadores de los que yo tomé información para mi novela han insistido en que la telepatía sólo puede actuar durante los periodos de sueño, y se han empeñado en darle nombres científicos para agenciarse mayor solvencia teórica, a bien de profundizar en sus criticismos. De hecho, la telepatía ya cuenta con varios nombres, cito solamente los más utilizados: psicodiagnosis o paradiagnosis; telerradiediagnosis; pantomnesia o hipermnesia; bilocación; telebulia; clarividencia o autoscopia o heloscopia; regresión o radiestesia o xenoglosia y un largo etcétera de seudociencias que apenas postulan tímidas aproximaciones. Y bueno, para no irnos más lejos, debo decir que en cuanto a mí, sí he experimentado a cabalidad la telepatía…

—Perdone que lo interrumpa, pero es que hay varios puntos que es preciso aclarar para que…

—Perdone que no me permita ser interrumpido. Entienda que si no termino mi exposición no llegaremos a ninguna parte.

—Lo entiendo, señor Pastrana. Debo decirle que todo lo que ha dicho es muy interesante, pero…

—Déjeme terminar, porque ahora viene lo más importante.

—Bueno, un minuto más y…

—Gracias.

—Recuerde que pronto iremos a comerciales.

—Sí, sí, le decía que yo he experimentado la telepatía con mi nieto, él se llama Roberto Pastrana y trabaja en la editorial que publicó mi novela…

Bastó oír su nombre y su apellido para que el nieto se escabullera como ratón asustado en los jardines del asilo. Corrió sudoroso Había estado tras las cámaras atestiguando. Cada idea expuesta por el entrevistado merecía un apriete de dedos —changos, pues, a media altura— por parte de ese que estaba a la espera de una evasiva chanflona o un disparate o un denuesto: lo que no hasta el momento, pero el desbarre: su nombre oído por millones, tanto como la posibilidad de ser llamado para salir a cuadro… Mejor imaginar el lastre verbal en santa paz y al aire libre mirando flores, nubes, pasto, redor, equis ángulos acordes con la efusión de allá adentro: donde: ¡uf!: debió salir a flote el recuerdo de la vez que hubo pacto entre el abuelo y el nieto a propósito de establecer una telepatía a base de imágenes: enviador-receptor: esos «cómo» no difíciles: los intentos, la disposición, la glosa o la exégesis al cabo: tales propincuidades: a ver si… Modo anecdótico de esquivar lo mero teórico para también salirse supitañamente del tema (allá lo ocurrido tal cual), siendo que la telepatía era una hipótesis tan brujeril como efectista y chicharra. Y sobrevino lo presentido. En un momento dado Dagoberto llamó a Roberto: que viniera adonde los reflectores recalaban malamente (de veras), o sea en la cama; que allí se sentara para ser entrevistado, lo que por ende representaría un refuerzo para ampliar su exposición; y lo llamó varias veces valiéndole sorbete que el programa fuese en vivo. Tuvo que haber un corte: comerciales a fuerzas: ¡chantres! Téngase el enojo de Orlando Sierra, con razón, porque se estaba yendo todo a pique. Arreglo rápido durante el lapso fuera del aire. Roberto no, entonces ¿dónde?, ¿por qué se había ido? *Pues que lo busquen*, clamó el abuelo. Alguien lo vio salir rumbo a los jardines y sopló eso —¡qué mal!— revolviendo cuantimás el caldo ya hirviente. Por experiencia, llamémosle «promocional», Orlando Sierra sabía que a las divas siempre hay que complacerlas, jamás decirles no, de ahí el fluir: *¡Vayan!, ¡búsquenlo!*: así lo

inconsecuente: la tardanza previsible a causa de ¿un largo convencimiento? ¡Ah!, por algo aquél hizo la graciosa huida. Sea que si acaso venía el programa estaría a un tris de concluir: ¿sí? Bueno, alguien se aprestó para la localización, a lo que ¿la intuición es un trasunto telepático? Podría ser, pudiera, fue, de suyo, porque Roberto se las olió. A esconderse con destreza de quintero; uno (el buscador ganso) avistando por doquier y el otro cual concha tras un breñal retaco: apenas lo uno y lo otro. Tirante circunstancia. Metros por recorrer ¿en cuántos sentidos?: mientras el aguante, mismo que consistía en hacer despejes: los sutiles lamentos del enconchado: quiéranse sus pálpitos torvos: sea porque ni Juan Bruno Farías ni Justino Macedo habían hecho acto de presencia en el asilo, habida cuenta que se esfumaba la oportunidad de Roberto para arreglar su situación laboral: ¡¿qué diantres con su cargo?!, ¡¿por qué el ninguneo?!, ¡¿qué seguía?!… Y también el chance de concertar una cita…

Todo escurría… entristecidamente… Más cuando el buscador lo halló y sonrió: *¿Usted es Roberto, el nieto del escritor?* ¡Ni modo! ¡Oh jueguito burro!, porque el «sí», aún en engarruñe, sonó triste: mucho: o digamos murrio, lo cual…

Para eludir el regodeo de las tantas propuestas y las tantas negativas que a fin de cuentas redundó en una dilatación que para qué seguir, mejor vayamos un poco hacia atrás para situarnos en lo que hubo de ser lo más crucial de la entrevista con el desesperado autor, quien no veía venir a su nieto para que lo salvara de ese brete dizque teórico-práctico de la telepatía: lo concerniente y consecuente al pacto de… tiempo ha… La prueba eficaz, a bien de estirarla hasta que se acabara el programa: modo ingenioso de salir del trance ¡con donaire!, ergo: sin evasivas, pero… no llegando el ausente ¡¿qué?!… Pareciera que el entrevistado le cediera toda la fuerza al entrevistador. Así que al volver al aire Orlando Sierra arremetió dizque muy fiero con lo siguiente:

—No hay duda de que sus ideas sobre la telepatía revelan un conocimiento profundo que rebasa la duración de este programa. Sin embargo, señor Pastrana, me he tomado el tiempo suficiente para leer y releer su libro y encuentro que todo lo que ha dicho usted aquí no aparece en ninguna página de…

—Ya sé, me reclama la ausencia de tesis… mmm… Mi libro es

una novela, no un tratado sobre telepatía… Le confieso que a propósito le rehuí al tema. No quise demostrar si la telepatía existe o no. Hace un momento dije que nadie cuenta con argumentos sólidos como para asentar algo tan nebuloso como son los fenómenos paranormales. En esencia, si se lee bien, mi libro trata sobre el personaje de León Allacci, creador de los ritmos del sueño.

—Pero ese personaje se queda a medias, y me atrevo a decir que tampoco hay el suficiente bagaje teórico como para que los lectores entendamos debidamente en qué consisten los ritmos del sueño. Su novela no gana ninguna orilla. Es un oleaje confuso de ideas que derivan en pura charlatanería. Disculpe que se lo diga, pero me parece que su libro es más un artilugio de la mercadotecnia que de la eficacia y la calidad literarias.

—Me duele que así lo piense… ¿Qué puedo decir?… La suya es una opinión entre miles. Creo que habrá muchos lectores que piensan justamente todo lo contrario que usted.

Los teléfonos del asilo repiqueteaban sin cesar. La secretaria de marras levantaba los cuernos, tomaba notas deprisa y a través de un fulano que iba y venía de la recepción a la habitación-escenario fue despachando papelitos. Luego —lo previsto— se bloquearon las líneas telefónicas: aunque: lo habido escrito: un legajo oprobioso: que si contundente en contra, sin excepción, para ser leído por el airoso ganador ya. Treta endenantes de… La evidencia malsana: demoledora… ¿El artífice de todo esto fue Severo Dávila, el mero-mero, o sea el Jefe de Eventos Especiales, o de quién de más arriba?

Juan Bruno Farías y Justino Macedo no cabían en sí de furia cuando absortos ante la magna pantalla televisiva de dos por un metros veían que su tan estructurado aparato mercadotécnico se derrumbaba como una torre de cajas de cartón vacías o algo parecido ¿verdad?… La visión panorámica de la ciudad (cementera y cristalera) desde aquella oficina encumbrada podía ser el desvío plácido para atenuar el amasijo de estulticias que el par de gángsteres seguiría oyendo con resignación; téngase con resignación en principio, porque después… Situémonos, por lo pronto y como ellos, en lo cargante de la lectura de los papelitos. Retahila de insultos, en resumen. Cierto es que Orlando Sierra seleccionaba los más afrentosos: ojos captores al vuelo: mirujeo diagonal y ¡zas!: el

lance enfático, para que estremecido Dagoberto Pastrana dijera —lo que se convirtió en cantaleta— que había escrito la novela hacía más de veinticinco años, por lo que ni para cuándo se acordara de tantas sutilezas. Peor eso, porque en los entresijos publicitarios no se aclaraba la edad de aquello: literatura caduca (¡vaya!) presentada como vanguardia. Y las repeticiones cual disculpas pomposas, o a veces medio tiernas…

Tal cuarto de siglo… indicio denigrante.

Descaro y encono de resultas: más, más candentes, hasta que Juan Bruno Farías apagó el televisor con enfado, siendo que a continuación vendría por necesidad un palabreo ultranervioso de dos que no hallaban por dónde empezar. Justino mencionó al tiento que sin duda (ejem) el ciclo de *El sueño ayuda a la telepatía* había concluido. Baja de ventas flagrante, aunque el viso polémico: última coyuntura… ¿aún podría servir? También, y de una buena vez, reconoció su error al aducir que el libro era desarticulado, que el tema de los sueños no era tan atractivo como sí lo eran los relativos a la violencia o a la perversión: verdaderos espectáculos para una sociedad cada vez más escéptica y más sobreviviente, o más con ganas de descerebrarse adrede y bien y bonito; esa misma que no amaba ni amaría el conocimiento ni mucho menos la espiritualidad sino el escándalo: crasa tara masiva: aprovechable ¿sí o no?, en aras de una encomiable vía bestselleriana. Sirvió tal referencia para que Juan Bruno Farías citara de memoria los temas de cinco manuscritos que habían llegado al Departamento de Recepción Editorial, nuevo nombre de aquel que estuvo a cargo de Roberto Pastrana y que ahora regenteaba Septiembre Tamez —¿se recuerda?—, el prepotente, el corrompido moral a ultranza, el visionario de literatura desechable que fue echado a la brava por Jonás Parada y que apenas a un mes de su recontratación hubo recomendado, otorgando cuatro palomas, máxima calificación dictaminadora (nueva, por ende), cinco novelas que en definitiva serían un campanazo: una que versaba contra la Iglesia Católica y contra el Papa; otra relativa a un grupo de violadores y asesinos de mujeres pobres; otra que abordaba el siempre llamativo tema de la corrupción política en nuestro país (historia viejísima que, ¡claro!, debía ofrecer insólitas novedades); otra referente a las memorias de una colegiala (personaja real calenturienta) que tuvo la gracia de

acostarse con cuarenta hombres y veinte mujeres en un periodo de dos meses (las descripciones pornográficas en cada caso eran —¡híjole!— muy al detalle y muy extravagantes); otro que arremetía contra los homosexuales arguyendo que todos deberían estar muertos, o sea que se trataba de un asesino impune (¡ea!), inteligente. Libros polémicos al tope; resonantes en medio de la abulia y la nadería sociales. Pero ¿cuál de cuál lanzar primero y cuál después y así? No repetir la estrategia promocional de *El sueño ayuda a la telepatía*. No conferencias en televisión, cuantimenos en escuelas e institutos culturales. Entonces hondura —debida, ¿verdad?— en el planeo por discutir, no durante horas: sino: la rapidez más que nunca, y para ello era menester reunirse a la brevedad con el recontratado Septiembre Tamez. Hoy, aunque… reordenando… La figura enteca de Roberto Pastrana cobró altura. Fija en el aire tal mesmedad pañosa: vista encima (ciertamente) como ilusión óptica descolorida.

Ah.

La urgencia.

Figura a punto de habla: casi: demandando emborronamiento o ganas de desplome contra lo cementero y cristalero expandido abajo en pináculos informes. El susodicho, sin embargo, estaba en un jardín que en su imaginación parecía elevarse a poco y mal: alfombra grandiosa transportadora. Que si él viajaba sentado ¡por supuesto!, más aún cuando el que vino a buscarlo insistía en: *¡Andele!, ¡vaya!, su abuelo quiere verlo*. Protagonismo adivinablc: allá en ascuas él, dizque salvador del otro: ¡nunca! Y el ¡ándele!, como sobre natas; pero ese «¡ándele!», seis veces machacón, se quedaba más y más empequeñecido: pespunte al cabo, que se esfumó. Punto de regreso con estela parda… sobre el césped. A saber si la entrevista fatídica ya había concluido.

Vuelo cínico, o semi, si se busca equivalencia con la velocidad del cochecito de éste. Trama dobladora de esquinas en un entorno inverosímil: ergo: semidesierto en pleno día. Maniobra de un cachano omnipotente (fuera estrés, fuera tráfico), o de un Dios vacilador, para que todo ocurriera en un feliz santiamén. Así: irse sin despedirse; las disculpas luego y, por tanto, la supuesta verticalidad… que no: en sentido real, sí la mira de Roberto, de suyo inalterable: el reencuentro con su querida embarazada, quien

tras verlo llegar sonriente le dijo que la cena familiar sería el próximo domingo.

Lentos días —quiérase— de minutos épicos, a causa del avance cuesta arriba: lo sin quehacer pujante amplificando un comienzo que pareciera recomenzar, pero de revés. Ocio proclive a… Es que era martes… Y… Empero Patricia le informó que le había estado llamando un tal Justino Macedo para que se comunicara con él en cuanto llegara al apartamento: fuera a la hora qué fuere. ¡Por fin lo consideraban!, ¡viva! Si pudiésemos ver la levantada de cejas en señal de hoto o confianza, y por ende de alivio, junto con sus dedos en lo alto haciendo changos, mmm, si eso ocurriera tal vez se nos antojaría que Roberto diese un brinquito, muy suyo, ¿eh?, de juro, y enseguida abrazara a su sirvienta sin par, o sea: aún curvilínea, e ignorante: ¡aaaaaggggrmr!, esto último sería modificable al paso del tiempo: ella con embarradas de cultura furris pero con cuerpo algo jamón, algo en fárfara, pues. ¡Impensable! Lucha por peteneras… Una mujer culta debía ser también todo un mango, si no qué chiste; y otro arranque: una mujer casada y con retoño debía ser también todo un mango, sobre todo la suya, si no qué malogro… Lucha, entonces, entre alarmas…

Pero la lucha —¡propincua!— era la otra: la inmediatez liberadora, ¿dónde el número de celular apuntado? Patricia anotó tres teléfonos en un papel que extrajo de su corpiño: su sudor sensual haciendo las veces de un síntoma de buena suerte, lo dijo a contento, dicaz, resalada, como si le abriera a su hombre la puerta rechinona de un reino claroscuro, uno con colorido azul garzo nomás en repuje: muy hasta allá: círculo crespo. ¡Puf! Vislumbre sápido consistente en marcar con ansia y, en efecto, la hallada en un dos por tres: Justino lo citó para mañana a las diez a eme en… Dificultosa descripción del lugar de la oficina cimera: mapa diablo punto por punto: apuntar, apuntar febrilmente haciéndose una idea que a ver si… Angustia en bruto… Así ¿buena o mala noticia? Un adelanto. Pues no. Mañana todo. Y al colgar el cuerno a Roberto le chispeó un embuste: que lo habían citado sus jefes hoy mismo. Reunión nocturna. Se trataba de un plan que requería de una larga conversación, eso ex profeso para no obligarse a llevar a Patricia a su casucha orillera: modo de esquivar de una vez charcos y baches cual pozos. Su gran tentación: el cine, relax merecido, en vez de…

Su mira a conveniencia estribaba en dejarse hipnotizar por una película de acción casi ininterrumpida: una gringada con hartos efectos especiales traducidos en pútrida inanidad, de resultas, para matar el tiempo dizque entretenidamente. Ver sángrenos tras choques de autos y balaceras sin cuenta. Eso: lo secreto gozoso… en ensanche. Y la otra razón fuerte la espetó sin desdoro. Sea que la frase póstuma —¡hela!— tuvo que ser: *No podré llevarte a tu casa. Perdóname*. Torpe escapatoria porque: *Pero puedes llevarme antes de ir a la junta, ¿o qué tienes que hacer?* Roberto suspiroso: por revolteo: ¿qué debía pretextar? Seso eclipsado, bien a bien materia gris inútil durante veinte segundos. Silencio. Quiéranse palabras en la punta de la lengua y nada de nada; chanza en rastra apenas, tanta que nada menos devino la solución rendida: *Si te llevo será en este momento, ¡ándale!, ¡apúrate!, ¡vámonos!* La infelicidad tiene algo que ver con el hastío. Pasa por lo común que justo aquello que no deseamos hacer hay que hacerlo. El azar quiere conducirnos por vericuetos absurdos. Vida tenida por circunstancia en continuo desvío. Y pocos frutos y poco gozo y: cierto que no fue lo mismo ver en una pantalla los sangreríos deseados. Había carga procaz, suerte de imposición que ni las palomitas ni el refresco ni la golosina postrer atenuaron. Ni Roberto soñó esa noche con siquiera la resaca de imágenes chocadoras ni balazos efectivos metidos en los rellenos de tantos cuerpos de gente fortachona, ni en el escurridero de hemoglobina triunfal o desastrosa, pero sí en algo más hondo: la posibilidad de despido de Ediciones El Faro por culpa de Dagoberto. Luego lo soñado pazguatamente: en una planicie sin cerros distantes en redor tres hombres muy curros en cuanto a porte y vestimenta venían en dirección a Roberto, que estaba sentado en una roca de pegmatita, al igual que su abuelo. Ocurrido el encuentro, uno de esos llegadores, de rostro indefinido, sentenció: *Ninguno de los dos puede quejarse. Su ciclo terminó, pero se van con mucho dinero. A* sus espaldas, sobre la roca, se hallaba el dineral milagroso: no en cajas: sino: choncha pirámide de fajos a punto de desarreglo: tantas orillas papeleras vibrátiles. Un colmo engrosado que si no metían deprisa en un saco… Pero el saco ¿dónde?

A ver…

¡Allí! Nomás con mover la mano al lado derecho cada quien. Dos sacos y ¡albricias! Y la secuela a troche y moche: su andar, ¡bah!,

qué denigrante acción podría ser el hecho de que nieto y abuelo la hicieran de cargadores sólo durante un día y una noche. Pasa por lo común que aquello que no deseamos hacer hay que hacerlo. Pero he aquí que el azar se desdibujó. Nada más se insinuaba una directriz en sucesivos recortes: capciosa, como adelgazamiento difuso, sin costados de paisaje yermo. Una falacia de trocatinte que acaso en la lejanía acabara por definirse en un solo color…

Visión que a cada paso se habría de fracturar, y ellos, azuzados por una voz conminadora, seguían un rumbo anómalo: tan pacientes cargadores, y no encontraban casas cual puntos al garete —menos ranchos, menos pueblos— y sí una apretura de planicie algo luminosa. De encontrar siquiera unos cuantos inmuebles y equis número de personas podrían gastar algo de su haber mayúsculo, pero el exponerse al robo violento… Mejor como iban: compañera la soledad gigante y sólo rumorosa, sólo el hilo de senda luego temblequeante, de tal suerte que, en un momento dado, el abuelo preguntó al nieto: *¿Y hasta cuándo haremos un alto?* ¡Nunca!, si seguían por ahí; tal vez si regresaran ciertamente arrepentidos o torcieran hacia el este o el oeste: la sugerencia de la voz conminadora fue por detrás: susurrante, aunque rauca, como para que ambos hicieran el viraje a conteste: lo que con timidez, pero… El despertar inquieto de Roberto reteniendo las imágenes finales, declinantes, a bien de irse con ellas rumbo adonde debía: imágenes nutridas de suavidad: enormidades: antojo de reducirlas: que si para volverlas portátiles atribuyéndoles —si se pudiera— signos de pesos: muchos: sí: juguetitos: restos por guardar en un maletín: querría, sobre todo al estar frente a sus jefes. Dineral estrujado. Partículas que nadie debía ver, pero que emitían ruidos con voz cuca, tampoco eso nadie debía oír. Una fuerza adyacente, quizá, jalando, ¡asu!, confines coloridos. ¡Pues sí!, el onirismo de subida hasta llegar al centro de lo mero gangsteril, porque ya Roberto estaba viendo las caras de palo de Juan Bruno Farías y Justino Macedo, y de uno más: lo irreal o real: ¡maldición!: ¿por qué?: Septiembre Tamez, el que lo mandó golpear hasta dejarlo casi inconsciente:

mira-mira:

allí en la altura aquella de la cúpula empresarial: ¿qué hacía?, ¿lo recontrataron? En fin, Roberto hizo gala de resistencia psicológica:

no verlo, pues, no sentir su mala vibra; nomás el mirujeo a los otros: dos extremos, así su elipsis cabeceadora: oscilación difícil: eludiendo —también al entrecerrar sus ojos durante el movimiento medio acompasado— la cuña ficticia metida adrede en medio: ese personaje indeseable ¿acaso inexistente o cómo?: y: las muecas de los jefes reales, válidas como intentonas de sonrisa ¿pitusa?, habida cuenta que ninguno hallaba cómo soltarle lo que el empleado ya presentía. El despido, y ¡pum!: al cabo de dos minutos Justino se aventó: ergo: así nomás: ¡venga!: no le darían indemnización (con lo cual el aventado le tuvo que enjaretar secos motivos, leves pero contundentes). Quesque el sueldazo que había percibido sin hacer gran cosa era una dádiva empresarial, ¿eh?, muy de buena fe, amén del millón de pesos entregado en cajas: las ganancias porcentuales (tramposas de por sí y de pe a pa) por las ventas del libro de su abuelo, más el cuantioso finiquito aquel de Editorial Fronda: ¡qué más compensación! Ahora que ¿meterles abogados a unos soberanos rufianes, no obstante…? Derrota, de antemano, contra riqueza agradecible y… ¿portátil?: el ladeo de ojos de Roberto que vio su maletín sobre la mesa de caoba, mismo que no sería abierto, como él lo esperaba: unos cuantos fajos últimos de billetes —es que por eso había traído tal utensilio—: ¡no!, y la cosa era que los gángsteres no querían darle largas explicaciones, sólo un parecer despachador, corto, como el que dijo medio silabeado Juan Bruno Farías: *Tu ciclo ha concluido. Gra-cias y*
A-diós
. Sin embargo, un empeño más, total ¿qué?, incluso sabiéndose grotesco Roberto soslayó que su abuelo tenía veinticinco novelas como para considerar siquiera dos o tres rescates… Tanteo, tentativa, antojo, duda, chispa, recule, ¡vaya!: las miradas entre sí de los gángsteres (Septiembre no hablaba, por ende se hacía más irreal) trataban de atrapar una palabra, una, al azar, que fuese el móvil errático de una idea… Al parecer la atisbaron en el balanceo de hebra flotadora… La que fuese tenía un puntillo retinto: y: cierto: tan afanoso arrojo mereció un dicterio casi mordiente por parte de Justino Macedo al poner por delante su pifia consistente en publicar una novela que no valía un cacahuate; pifia por haberla convertido en oro molido. Milagro de la mercadotecnia no duradero, y para qué añadir más chufla. Además su pariente, ciego

como estaba, no podía corregir nada, no estaba en activo, y para cerrar hete aquí la consigna cínica, por cuanto fulminante: que un verdadero escritor bestseller lo sería toda la vida, que no por obra de la casualidad ni de la mercadotecnia; o sea: nada de golpes de suerte, mismos que de ocurrir debían transformarse en long seller, por decir, pero ya en ruta solos, sin aparato publicitario apoyador… Y el despotrique dizque razonable siguió como si se tratara de una basca emergente sacada a pujos asquerosos, a lo que…

Espichado Roberto cogió su maletín. Su media vuelta debía significar el godeo de un largo capítulo que pronto habrá de perfilar tres falsos finales: ambigüedad por deducir, y uno ya, de plano: la mano de adiós como que alzándose a la altura del cuello: Roberto displicente, mmm, él querría que aquello sucediera en la planicie soñada; no el irse con el maletín vacío, sino con el saco repleto sobre su espalda: hacia un mañana lerdo y por una senda estrecha. Se fue, dejando con la palabra en la boca a Justino Macedo: ¿grosería?, o ¡¿viva su fría actitud?!

Sus pasos ¿lo perderían?

No se dirigió a su apartamento. Inútil le resultaba guarecerse mientras estuviese turbado, máxime que Patricia lo recibiría toda resbalosa como queriendo… este… porque siempre quería… Preferible, entonces, vagar manejando su coche, eso sí, por calles desiertas, a sabiendas que de pronto se estacionaría en sepa qué colonia de ricos: para sentirse ¿ponderoso?, amén de estar sumido en reflexiones a voleo pero sin quitar las manos del volante. Después, muy después ¿verdad? Antes andar, andar, ¡claro!, ponerle gasolina al coche, porque si no… La desilusión cierra puertas al tiempo que abre ventanas: hoyos, diríase, aunque no para que entren cursis rayos de luz… mmm… Más bien colorido, el que sea… Espiritualidad vagabunda… ¿O qué?… La desidia hace crecer la psique hacia todo cuanto parezca mediato… Los destellos de una sabiduría sólo previsora… ergo… que no permita ver hacia atrás; sin embargo, Roberto se estaba obligando a hacer un recuento: cierto: mientras no doblara esquinas, no lo hizo y, desde luego, lo cruento: el hijo esperándolo allá bien lejos, a él le entregaría el saco de dinero, mal hecho, porque la madre zorra vendría con pasos taconeadores a arrebatárselo…

El saco pasaría a manos de los padres pobretones de Patricia.

Ayuda urgente porque estaban en las últimas, caray, muchos tenían que estar en las últimas: Dagoberto; Elías y Celia Damiana; y tantos desconocidos menesterosos, o quién más. No habría mucho desfile de gente pidientera, a Dios gracias. Más bien, pronto aparecería la horrenda figura de Septiembre Tamez, el que lo quiso matar, el usurpador ahora en lo más alto, la jugarreta del destino… para mal. A pedir de boca la opción para Roberto: vengarse —no había de otra— debidamente. Era más complicado conseguir a hombres golpeadores que comprar una pistola. Con que alguien le diera el tip, pero ¿quién?

50

Matar por honra. Las aristas de la venganza adocenándose. Luego la casualidad tan procaz como bienhechora relativa al salto a la fama DE REVÉS, pero fama a fin de cuentas: grisura en vías de rojura, ¡chale!: el nieto del vejete escritor polémico haciendo el doble de polémica: la argumentación periodística: lo sustancial: que fue un asesinato por despecho: lo que apuntaba a ser —¿sería?— para que el libro del ciego se vendiera más… casi guasona hipérbole… también los periodistas se las gastan, dado que el libro no hacía referencia a un crimen siquiera accidental, entendido como un disparo que salió así nomás, sin querer y, ¡vaya!, directo al corazón (por ejemplo) o a la frente. Un disparo retequemante y velocísimo. A saber si la osadía de Roberto Pastrana incidiera en la espiral todavía en desarrollo de la mercadotecnia (en toda su pureza); lo que sí que —viéndolo bien— el asesino de marras debió limitarse a sus más genuinos motivos personales, o si no valore usted…

Pero como nada de esto ha sucedido, quedémonos en que Roberto Pastrana era un hombre lleno de bondad, un ente reteamoroso… lastimado, sí, de acuerdo, pero…

51

La negligencia.

Roberto no le dijo a Patricia que lo habían echado del trabajo. Su aguante pudoroso debió abarcar, asimismo, las negruras que subyacían en su alma, cual propagación más o menos involuntaria: lo de la pistola: tenido por naciente idea redentora, y lo que iba a seguir: su elevado afán de matar, en el sentido de ajustar un saldo para que luego quedara como costra mental (valga), susceptible de una fácil eliminación: con el paso del tiempo, ¡claro!, si es que no terminaba para el resto de sus días refundido en la cárcel, o despachado al otro mundo con balazos bien metidos en sus rellenos corpóreos: haciendo las veces de adornos por doquier en su piel medio morena para irse con harto enojo de este mundo, o quién sabe. No, nada eso confesable y sí en cambio la negligencia, como se dijo arriba…

La rareza, pues, obrando, ya que durante los días previos a la cena familiar Roberto permanecía muchísimas horas en la calle. Desde temprano el desafane: una vez que le daba un beso peloto a su querida sirvienta: ¡vámonos!, y el regreso a tiempo —aunque bastante raro el hombre— por ahí de las seis, a bien de llevar a Patricia a su casa: ergo: cumplidor amoroso, ¿o no? Empero, centrémonos en su silencio: su paisaje interior andaba revuelto, no hablaba, no sonreía, y lo peor: como que se las ingenió para no ver a Patricia de frente; o sea que los besos, por el momento… Ella tuvo que notarlo de a tiro y cierta vez yendo en el coche le hizo la pregunta caladora: *Andas muy raro ¿qué te pasa?* Y la tardanza en contestar…

Pocas veces las evasivas son creíbles, pocas cuajan. Él soltó tres que casi, porque tenían ilación: trazo anecdótico relativo al exceso de trabajo de continuo: cabalidad, dizque, pero sobre todo asunto sombrío, siendo que ella, sin arremeter, nomás arqueaba sus cejas y

a otra cosa: hacia las nimiedades medianamente gratas que son materia prima de las pláticas entre novios. Lo de fondo de Roberto tenía un peso tremendo, en verdad su conciencia se estaba apretando…

La pistola: lo central.

De ahí, yendo un poco hacia atrás, téngase la chispa que debió surgirle a Roberto una noche cuando al sentir que los nervios le punteaban le habló por teléfono a Tomás Zúñiga, el ex compañero chismoso —¿se recuerda?—, quien le había hablado para que pronto —¡ojalá!— se echaran un café. Lo que ocurrió. ¿Dónde? En. Está bien. Tal lugar estratégico. Y larga y tendida la plática. Siempre vibrante, siempre a cobijo, porque para empezar el susodicho le confesó a Roberto que también lo habían despedido. La causa: es que le asestó un puñetazo en plena cara a Septiembre Tamez. ¿Septiembre Tamez?, el mismo; es que el chismoso de marras no soportó que el otro ente de marras le mentara la madre y ¡bolas!, aunque fuera su jefe, ¿jefe?; sí, apenas hacía dos semanas que alguien de arriba tuvo la ocurrencia de asignarle a éste un puesto menor en el Departamento de Recepción Editorial. Y las regañizas inexplicables: lo desaforado nomás por nomás contra… Acaso porque ambos se conocían desde Editorial Fronda… Conocidas las mañas feas de uno y de otro y ¿soportarse? El prepotente era Septiembre, bien se sabe, más aún cuando los de arriba le habían conferido poder de decisión: empaque, a sabiendas de que ese señor era muy suelto de lengua; ¡uf!, sería muy destacado en eso del bestsellerismo, pero sus maneras, su mala educación… Luego Tomás Zúñiga le preguntó a Roberto Pastrana acerca de su vida: las rastras del desempleo: y: quiérase el volteón del interpelado que prefirió hablar de un asunto indirecto: su boda en vías; que con el dinero de la liquidación haría la fiesta mayúscula y todavía le quedaría dinero de sobra para la luna de miel en una playa nacional; que su novia estaba embarazada y que vivían más o menos juntos en el apartamento que él alquilaba. Quiérase esta referencia como un afanoso disloque subconsciente. Adelanto por impulso de lo que no venía cabalmente a cuento, pero que sí tenía la importancia de un mero cabo suelto ulterior: las ganas de matar a aquél, pese a pese: ergo: boda-felicidad aunándose, por lo bajo, con crimen-venganza: dos tentativas

plácidas… De hecho, aquella confesión al sesgo hacía pensar que Roberto estaba viviendo una suerte de duermevela en la vigila. Excitación indirecta. Grados de credulidad pujante. Sin embargo: lo otro: imponiéndose… En resumen, para no irnos de largo y nomás dando vueltas, los dos querían despacharse al prepotente. Honrosa concordancia. La cosa: ¿dónde poder encontrar una pistola? Tomás tenía un amigo que le podía prestar una, y de calidad, pero a ver si aquél querría hacerles el favor. Que si llamarle ya. Zote nerviosismo de. Otro café después para poner en claro lo que harían tras conseguir la pistola. Disparador ¿quién? Sorteo ¡no!

La prioridad: Roberto pidió mano, de una vez. Su rencor era más viejo y más corrosivo. Él había ido a parar a un hospital, o sea: por poco y lo mataban los golpeadores. De la que se salvó. Así que… Además la fama de revés, el salir en los periódicos: idea negra que de por sí ensuciaba la otra intención amarga: darle un nuevo empuje a las ventas del libro de su abuelo: digresión candorosa pero plausible. ¡Qué gente!

Quedaron de hablarse. Y mientras no hubo comunicación Roberto sentía el amago de un hundimiento. Viaje a un fondo de agua puerca que aún tenía profundidades impensadas. Ahogo ecuánime, cual debe, sugiriendo un camino: hacia el origen: la sensación de que la muerte le daría un regalo: lo perenne de un instante eterno, dependiente de un parco motivo: matar y matarse (trasunto apetitoso), por ejemplo, y ahora sí acceder al verdadero principio, a un ámbito donde sí existen los «hubiera» y los «habría», donde la realidad es una brizna prescindible (ésta, la que fue, la que nunca más), y qué rescatar ¿si acaso? Por ahí los juegos infantiles no jugados por niños sino por ánimas estantiguas (lo que nunca más). Retrucos traseros, siempre a la buena de algo muy evidente: Roberto nunca tuvo en sus manos siquiera una pistola de juguete: ni siendo niño ni siendo adolescente, y eso bastaba para saber que ahora regresando del hundimiento su ex compañero le entregaría una pistola de a de veras como para ya imaginar a la víctima de hinojos pidiéndole perdón: argumentos de sobra y a la barata: *Tengo hijos, tengo esposa, ten en cuenta que tengo grandes responsabilidades*, ¿Creerle?, mmm, siempre hay que creer la mitad, así que ni para qué poner aquí lo más profuso del melodrama subsecuente: el tono lastimero debía aportar idioteces

sin cuenta, porque pues no era para menos; sin embargo, la respuesta dada por Roberto sí tendría visos de alivio: *Tranquilízate. Quiero que sepas que luego de matarte a ti me mataré yo. Debo informarte que mi novia dará a luz dentro de poco un hijo mío. Pero como yo sí pretendo eludir mi responsabilidad, por eso quiero matarme… Matarme aunque esté casado*. Locura a todo trapo y sin freno. Esa y otras escenas disparatadas deberían quedar en el fondo de aquella agua puerca, por ser tan propias de un hundimiento corrosivo que, poco a poco, ya no. O sea: matar, pero no matarse. Eso —luego— como idea fija.

Por lo demás: la rareza, concebida como ensimismamiento. Poca habla y harta imaginación. Lo visto, aunque no escarbado, por Patricia de continuo, por ende: *¿Qué te pasa, mi amor? Debes confiar en mí porque yo soy tu futura esposa*. ¡Lo predicho! Aún no habían hablado de casamiento y ésta ya tan segura, al igual que él, por ensalmo, o bien por efecto natural. Futura madre la ignorante, ¡ni hablar!, aunque… la posibilidad de un aborto… El hijo hundiéndose muerto, pero tranquilo, incluso diáfano, por no haber nacido siquiera un poco. Diáfano, por merecedor para siempre del gran instante eterno.

Que sí, que no, que ni plantear ni una cosa ni otra. A lo que: dejar ser como fuera: hijo problemático o hijo maravilloso. Y punto y seguido. Olvido: a poco: perfilándose como fantasía y autoengaño: gloriosa irresponsabilidad… o justo lo contrario… glorioso don creciente en camino. Bueno, etcétera. Situémonos en el cafe donde se vieron por segunda vez Tomás Zúñiga y Roberto Pastrana. Un sitio donde dominaba el color violeta: curro al máximo: presunta exquisitez: sólo cuatro mesas redondas con mantel y florero: del color nomás hay que decir que era deslavado, empero bonito: ESTABA. Luego otra lindeza: prohibido fumar ¿eh? Y, ¡claro!, como había apretura, ellos se obligaron al bisbiseo soltando frases palabra por palabra:

—Oye, mi amigo me dijo que sí podemos contar con su pistola, pero que tenemos que pagarle un buen billete… Es alquiler.

—Está bien, ¿cuánto pide?

—Diez mil pesos.

—Los pago, ¿te puedo dar un cheque?

—Sí.

Acuerdo rápido para verse allí mismo al día siguiente: lo que pasó debidamente y a la misma hora. Se añade que Tomás trajo la pistola en una bolsa de plástico. Estaba cargada: por ésta: beso a la cruz hecha —como se sabe— con los dedos índice y pulgar: muy tímida la mímica: y: tras la elaboración y entrega del cheque estos asesinos en potencia salieron muy quitados de la pena. En la calle hubo una frase sugestiva que ojalá ni por error ningún transeúnte la hubiese oído: *Cuando vayas a matar a Septiembre Tamez por favor háblame. Quiero acompañarte*. El lastre malsano concluyó con un leve movimiento afirmativo de cabeza por parte de Roberto, quien luego en el coche pensó: y qué tal si no regreso la pistola; hundimiento, agua puerca manando.

La cajuelita delantera del vehículo sería el lugar apropiado para esconder el arma.

Tanteo.

¡No!, ¡error!

Es que como llevaba todos los días a Patricia a su casa, qué tal que ella abriera nomás por nomás la cajuelita y…

O qué tal que el arma se disparara por accidente, estando metida en… y qué tal que en presencia de Patricia…

Entonces ¿dónde?

52

Para una eficaz aproximación telepática nada más útil que el experimento Taylor. Así lo consideró el ciego toda vez que no pudo establecer conexión con su nieto mediante el experimento Ganzfeld. Las imágenes no sirvieron: intentos sucesivos, incluso con retoque de color mental, azules y amarillos de preferencia, y nada. Bloqueo de aquél: un Roberto insensible o agobiado que de ningún modo estaba receptivo. Cierto es que desde que se realizó la segunda entrevista televisiva el susodicho había desaparecido como un ángel enviado por el Dios que usted suponga tan sólo para efectuar una labor específica y luego como que dejó de existir, yéndose, pues, porque tampoco hizo ninguna llamada telefónica para decir «pronto iré a verte» y cuando el ciego le estuvo hablando a su apartamento no hubo quién levantara el cuerno, por ende el ascua de la primera vez sin respuesta… ya especular… el ciego buscando en su memoria procedimientos que luego razonablemente hizo que administrara ideas contrarias; que si desechando supuestos vacuos, y así hasta dar con el experimento Taylor (no expuesto de viva voz en la entrevista, pues no hubo ocasión), mismo que consistía en postular palabras a partir de una conjetura más o menos precisa, la cual… Bueno, era seguro que a Roberto lo habían despedido del trabajo por culpa del autorazo… mmm… no dejaba el ciego de tocarse su pecho con un dedo índice al acordarse del fracaso del toma y daca televisivo. Pareciera que hubo entrampe subrepticio contra la casa editora: vuelco sañudo a través de la figura del chivo expiatorio encarnado en Dagoberto, sólo porque a fin de cuentas era la cabeza visible de ese mundillo lioso de la mercadotecnia imparable. En fin, él liquidado ¿acaso?, y su nieto ¿cuantimás? Conclusión de una farsa que ya había dado de sí, o que seguía como rastra nociva también del lado de acá: ergo: los desbarajustes personales: la huida de aquél —¿a dónde?— con su millón de pesos en efectivo: ¿sería

tan despiadado Roberto como para dejarlo a él a la buena del azar? Por eso el experimento Taylor: las palabras clave hasta conformar una idea señera: aventurar estas: «venganza» y «risa» y luego «desánimo» y al cabo «desidia», por ahí…

Palabras recurrentes, dada la nueva y fastidiosa situación de Roberto; quiéranse simples palabras de empate, asimismo abarcadoras de lo que, de hecho, estaba experimentado el ciego al cabo de una semana de sentirse otra vez un estorbo: lo sería en el asilo a causa de su fama mundana: nadie quería hablar con él: eso, y otrosí: «venganza» contra él y la editorial; «risa» contra él y… etcétera… pero «desánimo», pero «desidia»: ¡fuera!, durante un lapso breve. Entonces «venganza» —enviada—, porque es un concepto que intenta cerrar un círculo, siendo el complemento ulterior de una plausible autoafirmación, pero eso luego: porque ¿acaso hay que saber que por lo general detrás de cada risa hay un discurso severo?: envío también, pero con la añadidura de una idea candente: *Si logras vengarte bien a bien tendrás la oportunidad de reírte todo el tiempo que quieras*. Tal condición, pero ¿cómo vengarse?, ¿qué hacer bien con saña?, dado que lo bueno hace bien y mal, y lo mal puro mal, por lo que: ¡vaya eso en dirección de Roberto, esté donde esté! Estaba en la cena familiar, cuchareando y viendo la sopa de cebolla con horror, sólo por olisco: influyente en el resabor capitoso al probar apenas: ¡venga y guácala! Concentración, sin embargo: miedo de mirar a quienes lo miraban: ¡qué dudas merodeantes! Y en la sopa la idea llegando de lejos, del asilo o de dónde, de la casa de Tomás Zúñiga, tal vez. ¡Carajo!: en lo aguado las rodajas de cebolla cual bocas gritando: como que moviéndose por su cuenta la ambigua autonomía de los malos pensamientos en plena desfiguración ¿telepática? En germen el embone casual. Con decir que en aquel ámbito deprimente se hizo un silencio que apenas postulaba una vibra diabólica. Y espera y temor mientras tanto; otrosí: la repercusión: lo captado por el ciego fue un árbol cuyas ramas eran estrías de nervios temblorosos: de veras: tenía que haber palabras que deformaran la hosca imagen: tronco (¿vengativo?) y nervios (¿sonrientes?): estropicio sin viento: seguir y seguir con más y más imprecisión hasta llegar a la palabra «desánimo» (por fin), pero no a la palabra «desidia», sino a otra con más largueza de significado: «incertidumbre». Pensaba el ciego que

aquél se hallaba en un verdadero aprieto. ¿Quiénes lo rodeaban?, ¿podía hablar? Si supiera el ciego que no faltaba gran cosa para que Dios le regalara un biznieto… Pero ni para cuándo tal noticia graciosa… Por aplicación mental, como si piafara en ámbitos con mucho fondo supuso que el enlace con Roberto no podría darse mientras aquél estuviese entretenido con ideas que lo atormentaran y, en efecto, el señor Aníbal Raña, padre de Patricia, que hablaba reteverboso, por ser su oficio de vendedor merolico, de pronto, y ya metido en confianzas, soltó una frase ácida: *¿Y ustedes cuándo se van a casar?* El novio, a fuerzas y presa del asco, le entró a la sopa de cebolla con genuina devoción: de revés la ricura —hay que aclararlo— para darle grosor a su lentitud, tratando de no hacer gestos, eso sí, y al ritmo del cuchareo desesperado circularon en ráfaga por su cerebro la escena futura del disparo contra Septiembre Tamez seguida de la prisión fosca en la que viviría por lo menos durante unos diez años. Allí iría a visitarlo Patricia con el bebé en brazos; luego, andando el tiempo, ella más jamona y el niño más crecido y platicador y preguntón; y por remate un etcétera brumoso: de bajada para: *No, no hemos acordado todavía la fecha*. Entonces Aníbal Raña: inquisidor: *Pues deberá ser pronto porque no quiero que a mi hija se le note la panza el día de la boda*. Todas las miradas contra Roberto: fuliginosas, en especial las de los siete hermanos barbajanes: rostros sin rasurar, o sea… En cambio la mirada de la madre: luido chispeo sensato: amable casi, mientras que la del padre debió sentirla el novio como la más ponzoñosa: en agraz lo castaño pupiloso, que si saliente: vaga ensoñación al bies. Tal era el miedo de Roberto: cada vez más suyo, por ensanche, dado que lo estuvieron presionando para que definiera sitio, hora y fecha: lo tentativo marrado por poco: de preferencia un fin de semana. Que por el civil y por la iglesia. Boda sencilla, desde luego, puesto que no se trataba de tirar la casa por la ventana: lo cual: pocas invitaciones: las de a chaleco. También la familia debía conocer cuanto antes la casa donde su hija habría de empezar su nueva vida, acá entre nos: adonde putearía cómodamente. Plétora de detalles cual moldeo de exigencias por cuanto se estaba anchurando una tempestad de hartos «sí» y «por supuesto» en salterio y azote de ese que aún entreveraba el disparo certero contra… se sabe… y la triunfal enmienda consecuente: el huir en su coche a toda

velocidad: querría: sin hacer altos y sin rumbo; que lo aprehendieran muy a la postre para retacarlo en la cárcel, y si no la salvación en largo.

Como durante ese convivio ninguno de aquéllos estaba concretando punto a punto nada, el novio prometió dedicar parte de su tiempo libre a diligencias tales como la contratación de la iglesia para equis sábado, el lugar de la fiesta acorde con el número de invitados: ¿cuántos serían?, de tal suerte que la siempre engorrosa tarea de conseguir padrinos correría por cuenta de Patricia y los suyos. Movilidad de ambos a cruz y raya —justeza equitativa—, no sin prever que a última hora podía presentarse un montón de imprevistos, pero ya con los adelantos básicos habría placidez: más despreocupaciones que ocupaciones a lo tonto, sobre todo, cuando ya no hubiese de otra. De suyo, siguieron cerrando pormenores: que si una ringlera de nimiedades por agotar con sólo ir mencionando qué no y qué sí… Todo bajante… Etcétera.

Siempre lo amistoso llega —aunque sea fugaz— con el entre dulzón de la sobremesa; en este caso hubo natillas de chico-zapote (con acompañamiento de café de olla). Imaginemos el cuchareo general bajo un clima de relajación. La paz: así y asá: plenitud sería: sin palabras, o más bien cual silencio interpretado. Cada ente dentro de un cuadrángulo: por decir: autonomía en trance. Después la grosería rompedora del padre: *Ha llegado la hora en que los novios deben darse su buen abrazo y su largo y lenguoso beso y nosotros aplaudamos eso*. Compromiso. ¡Ni hablar!

Después del tan movido resbale de labios entre labios y lengua con lengua y en redor la arritmia de palmas, volvió el silencio… a sentarse, incluso a engarrotarse, siendo que parecía haber concluido aquel ágape, pero no, dada la tiesura y la mudez de los anfitriones. Fue entonces cuando Roberto pensó que debía consultarle al abuelo sobre la conveniencia de casarse o no: lo trascendente en juego, o si no era de plano de tanta envergadura eso de que el par de calenturientos se subiera al altar y se parara ante Dios así como así. La incertidumbre de Roberto estribaba en que Patricia no sabía ni pizca de literatura. Gran problema, por ende, el apostolado amoroso, lo que se asemejaría a escalar un cantil retescarpado sin más equipo que las propias manos.

Mañana la ida al asilo a primera hora.

El experimento Taylor había funcionado al sesgo. Nexo por liga fortuita: le ganaron las imágenes a las palabras. Obvio. De lo que podía aducirse que el experimento Ganzfeld era doblemente eficaz. En cuanto el ciego ejerció la permuta hacia lo figurero, puntual por las formas de contornos definidos, sintió que el nieto le daba una respuesta.

Iré a verte mañana. La levedad del presentimiento formulándose; y para ello el abuelo se despojó de las palabras «venganza» y «risa», esas dos premisas generadoras de muchas más que para qué. Abstracciones cuyo significado rompía límites y, por lo mismo, para qué. En cambio las imágenes en derivación perceptiva: lo concreto que atrae símbolos e ideas crasas, pero que sólo alude, de inicio, a lo más elemental…

Acá Roberto aún enfrascado en lo enfadoso de la despedida, lo que implicaba un tuteo muy de a tiro y un soltar datos al por mayor a partir de lo más urgente. Téngase la petición de aquellos monstruos confianzudos: los números telefónicos, debía incluir el celular; santo y seña del domicilio (nomás con que nombrara la colonia a la familia le caerían dos veintes; por ende el «ah» medio discreto de todos ellos, excepto de Patricia, tras el aporte: la colonia no era fufurufa pero tampoco rascuache); también dirección y teléfonos de la empresa… Respecto a esto último el novio efectuó (valga) una especie de revolera: dijo que acababan de cambiarlo de departamento, por lo que juró que para la próxima semana les daría el dato. Luego la espontaneidad de Roberto, sin que viniera al caso, quiérase prontamente: esto es: cual presentimiento traía la chequera por ahí metida: presunción «en veremos»: que él se tentara qué, y el efecto como impacto: «cuás»: se sacó el prodigio para ponerlo sobre la mesa medio astillada en la que habían comido: y a escribir y firmar: de una vez: un cheque al portador para los gastos del fandango nupcial, y otro más, de cifra majestuosa, para el vestido de novia. Ojos pelones de todos ante lo visto y dado al padre a bien de ganarse una confianza ya de molde. Hubo exclamaciones en salterio de «gracias», muy a secas: aunque: cual cotorreo aflorado que se aplacó a la postre… Por lo demás: los pasos de salida. Acompañaría al comprometido el conjunto anfitrión hasta donde estaba estacionado su coche; treta para ver de qué modelo era: si viejo: mal; si nuevo: correcto, como para adjudicarle un tilde.

Hay que agregar que durante el despacioso recorrido el agobio del que, por lo visto, no tenía escapatoria, se fue haciendo estomagante. Más porque para todo la sirvienta le decía «mi amor», o cuando no un empeorado «mi cielo». La rematadora carga cariñosa sonaba ¿falsa?, o ¿neta? Ni opción había para un reproche tajante. Es que se debe tomar en cuenta que durante la cena ni de chiste a Patricia se le ocurrió mencionar que su prometido era ni más ni menos su patrón.

Él no iba a revelar lo que a las claras parecía un desatino. Reserva, entonces, en vías: dicho sea: hacia un horizonte diáfano. Pero lo real es que era muy noche y los charcos de aquella barriada sin pavimento hacían relucir partijas de luz lunar. Espesas, pues, las pestilencias por doquier. Variedad de ondas haciendo un tejido informe…

En el aire (también) el amor zarrapastrón que está por despedirse. Así el padre orondo dijo: *Bésense otra vez, demuéstrenos que se quieren*. Beso obligado entre oliscos rancios: largo, caray, y bien decente, porque no era adecuado un agarre salaz en lo bajo, como lo habían hecho hacía apenas veinte minutos allá adentro. Sépase que esa vez Patricia lucía la minifalda más corta que el novio le había visto, lo que significaba que los chones se le notaran al más leve movimiento. El color rojo bermejo debía excitar al hombre más frío ¿verdad?

—De ahora en adelante debes usar tus minifaldas más atrevidas y de igual modo tus calzones rojos o rosas, esto es para que a tu novio siempre te le antojes —le había aconsejado la madre poco antes de la cena: en sí oyente la hija (jija), con sus incógnitas momentáneas (cual debe, por recato): con empaque a cercén, pronto a descomponerse, desde luego accedió, sintiéndose sabrosa: a conveniencia: para siempre ¡ojalá!

Y sucedió el despegue y no hubo aplauso; sí torpor de amenazas como: *Estamos en contacto*: el padre y su dedo índice apuntando: puntita coruscante: un lance que jaló siete advertencias más: los hermanos diciendo una frase canija, corta, pero sin uso del dedo en mención. Acto seguido: cierre de puerta de coche: desafane parcial con el arranque lerdo. Los esquives de charcos parecíanle a Roberto un sorteo venturoso.

53

Una mujer inculta: emblema poroso de raíz: opacándose hasta convertirse en maldad: «… y es moneda corriente la maldad»: Roberto recordó a humo de pajas la tal frase subordinada de Gracián que por antojo asoció con la trama central de *El libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita y luego con las especulaciones de Juan de Mena acerca del infierno que viven los enamorados cuando la maldad se injerta, como síntoma ventajoso, en cualquiera de ellos.

De algo tenían que servirle a este medio enamorado las lecturas, disminuidas por el recuerdo, de novelería española que hubo realizado en su época de estudiante. Las tenues y diversas asociaciones entre maldad y amor, o el amor como maldad, o la maldad como sal necesaria para darle sazón al juego amoroso. ¿Qué tanto podía Roberto recapitular de todo aquello que no era fruto de alguna vaga teoría, sino de la pura, aunque supuesta, experiencia de escritores colmilludos? Algo: una estrategia, un método cínico, un arrojo, siquiera un entremés harto hipotético que él pudiese inventar mientras manejaba.

Adjudicarle a Patricia ideas pesadas sobre el verdadero amor, muy por encima del mero interés: ¿cuáles?: si ella, pues no… Sí vil sirvienta, cuerito, y ya. Sí conveniencia de ella, a cabalidad, cual curva urgente, nomás por mejora: la subida de nivel: en un santiamén, fregona posición, y el amor ¿qué?, ¿trasero? Téngase lo del hijo, a la fuerza tal treta, lo tan ex profeso buscado…

Qué lejos estaba Roberto de otra suerte de vida. Si hubiese ganado aquel concurso de oposición, a la fecha estaría sentando sus reales en un cubículo académico, sepulcro ideal para entregarse a la investigación de tantas y dispares subjetividades, luego rozándose de ordinario con personas selectas metidas en esa hondura de letras

(enigmáticas) que daba para mucho.

Allí pudo haberse enamorado de una investigadora sesuda, anteojuda, bonita; belleza profunda: otro amor, otra maldad, pero todo con más disipación y criterio. Mayor análisis sobre el distingo entre las emociones y los sentimientos, ¡pues sí! La cosa es que pudo haber intentado participar en otros concursos de oposición, seguro que habría conquistado algún espacio óptimo, pero la desidia, y peor: el vencimiento… el no querer perder otra vez… Entonces pago por el error, el cual (ahora) ¡vaya!, el cuerito suculento ya embarazado, amén del vislumbre, aún apócrifo, de un feto lanzando patadas en el fondo de un abismo.

Cierto que Roberto debía ir mañana mismo al asilo a… El abuelo sabio le daría el mejor consejo, para lo cual ¡contarlo todo!, sin tapujos, y para ello la demanda de paciencia, o sea: no interrupciones; o sea: el escucha en espera de oír una larga culpa: tanta sinceridad, tanto desarme, lo que redundaría en una solución ¿simple?

Así que poco antes que se descargara el trafical mañanero el nieto salió. Los primeros destellos del día no hicieron más que esperanzarlo. Ahorrémonos el trámite apurón de ir-llegar a bien de exigir el despabile imperioso de Dagoberto, mismo que ocurrió sin más: y frente a frente, y el desembuche pausado, en encierro. En una tumbona cómoda por pachona Roberto se arrellanó.

La habitación del ciego olía feo. Parecía que no la habían limpiado desde la vez de la entrevista, pero, bueno… De entrada sobrevino el reproche del abuelo: que por la desaparición de Roberto desde… mmm, cualquier pretexto mínimo fue útil: lo importante era el apuro por… Cosa de conexiones y ya: frases truncas tenidas por quites.

De hecho, con apaisada lentitud el relator fue tejiendo su historia. Las transformaciones en el rostro del ciego revelaban fugaces grados de asombro, casi mudos: de pronto una risilla, así como un «¡oh!», o así como un «¡vaya!». Total que la exposición duró cerca de una hora.

Muestra de pormenores con sus «por qué» y sus «cómo». Trama de frustraciones. Velocidad de argumentación circunscrita de resultas a una idea algo endeble: el no tener tiempo para andar buscando el amor más conveniente. Por lo tanto: la sirvienta a la

mano: cachonda, bella. Antojo doméstico. Y el embarazo cual trampa y el casamiento a la brevedad. Es que el hijo pateador —supuestamente cada vez más— como si se abriera camino entre las carnes de aquella chulosa irresponsable, y el «¿qué hacer?» (reiterado) ante tamaño brete; qué cumbre alcanzar o qué llano recorrer. Vida torcida, vida ¿perdida? Que si el amor sexual tenía por fuerza que ser un asunto riesgoso; que si hasta dónde la entrega espiritual de por vida, e incluso la incumbencia, no habiendo real empatia entre…

Que si no había por ahí algún filósofo que tuviera la respuesta más adecuada al respecto.

Que dónde diablos pescar lo de verdad procedente. Qué mezquina o benigna prerrogativa podía ser la atinada.

Tardó Dagoberto en dar una respuesta cabal. El peso sobre él que, de suyo, lo que más deseaba era dormir: modo de confiar que algún ritmo del sueño le revelara mediante una imagen el vislumbre justo para traducirlo en palabras: cumbre, llano, camino, trepidación, descenso: forzada pirueta mental en la vigilia, y, ensalivándose harto sus propios labios, al fin soltó esto:

—Tú debes vivir la vida que quieras vivir.

A tientas elucidar: Roberto dándole vueltas a la frase quería ampliación, la demandó, pero el ciego lo detuvo tras aclararle que no tenía ánimo de desmembrar significados: *Interpreta mi respuesta y haz lo que te convenga*. También añadió lo de su cansancio. A últimas fechas dormía en demasía, lo confesó con descaro, que porque se sentía débil y melancólico y sólo el desfile de sucesos que acontecía en los sueños lo reconfortaba. Abandono, pero no despojo. Hallazgos sin pretensiones. Así que ¡adiós! Ruptura ¿entendible? Otra respuesta fue lo puro físico. Estando sentado el ciego se tendió a poco sobre la cama y dijo *¡Ya vete…! Luego me buscas*. No había más que obedecer: el nieto con la frase aquella, suya para siempre, ¿sí?, tan batallosa y tan llana… ¿entonces?… retirarse hasta dónde; por lo pronto ir cabizbajo, aunque algo, casi apenas ufano, hasta su carrito. Distancia para pensar: mal o bien: tanteador: rumbo instintivo que ofrecía kilómetros de paisaje triste, ampliándose a capricho: lo por venir libremente…

Alejamiento sin fin. Frenesí por encono. Desazón y recomienzo. Lo primero: extraer el millón de pesos cuanto antes. Maniobra

nocturna, en ausencia de Patricia. Un desvelo en serio. Cajas a la cajuela del carrito, a ver si cabía todo. Cargas de bajada, bueno, este… descansos momentáneos en el elevador. Sin embargo, sudores y, desde luego, baño a la postre, y a saber si tenía en la alacena siquiera un par de chiles serranos para morder con presura y así ahuyentar el sueño. Ergo: vigilia enchilada y ¡altiva! (asu). Acto seguido: cambiar la chapa de la puerta de entrada: tarea para la siguiente noche, siendo el problema el persuadir a un cerrajero de que viniera después de las once pe eme: lo que tenía que ser, y para el caso el licenciado estaba dispuesto a pagar cuádruple, o más. Ahora bien, si esto se realizaba a pedir de boca entonces ya huir. Adiós apartamento, adiós cuerito, adiós hijo, adiós libros y muebles. Viraje: la ida a un hotel (que fuera de cuatro o cinco estrellas, para sentirse como un dios). Contingencia: dos noches allí —gozando el lujo— máximo cuatro, por tanteo. De todos modos lapso en apriete (el suficiente), para darse valor e ir entorilado a matar a Septiembre Tamez.

No le avisaría a Tomás Zúñiga. Mejor no tener cómplice. Es que si Roberto fuera a dar a la cárcel, no deseaba compartir su celda con un ente tan sin embargo: ¿sería la secuela tal cual?… Chance… Y si huyera, librándose de lo peor, mejor solo desplazarse adonde se le antojara. Plan formidable, anchuroso por contar con un millón de pesos en efectivo. Pero situémonos, Roberto llegó a su morada con los nervios punteándole. Allí estaba la cachonda, ahora retehacendosa, casi tarareando una melodía.

—Hola, mi cielo, ¿no fuiste a trabajar?

—Regresé porque se me olvidó un documento.

—Pues estoy feliz de verte. Te aviso que mis padres vendrán por mí esta noche. Quieren conocer donde voy a vivir cuando nos casemos.

—¡¿Qué?!, ¿ya les dijiste que también soy tu patrón?

—Sí.

—¿Y qué te dijeron?

—Están felices por haberme ligado con un hombre como tú.

—Pues habrá que atenderlos. Espero que sea una visita rápida.

—Lo será, no te preocupes… Cuento con que nos llevarás de regreso a casa. Recuerda que mis padres no tienen coche.

—Sí, los llevaré… faltaba más.

Más desvelo y más refuerzo para redondear la razón de huir, desaparecer como un ángel, casi volando. De suyo, presión. Dureza. Amasijo de inquietudes. Todo por precipitarse, como si el azar diese un doblez rotundo a bien de buscar otro orden: quizá engañoso, o quizá… digamos… posiblemente… En ese momento Patricia puso sus brazos en los omóplatos de Roberto, intentaba un buen agarre, uno todavía mañanero. Esa boca pelotona buscadora de un beso, pero… el documento, la mentira ya circular: qué papel, qué carpeta… no había, qué iba a haber: y: ¿cómo salir así nomás, quitado de la pena? Zafe y búsqueda (por lo pronto): *Perdón, no tengo tiempo… Luego nos besamos, tenemos toda la vida…* Júzguese el atareo como pantomima. Atrabancadamente los mirujeos de él acordes con el falso accionar. En algún estante, en algún cajón: ir, venir: buscando; ningún archivero, eso no; debajo de un conjunto de cobijas dobladas puesto en un anaquel del clóset; acaso donde estaba el grupo de playeras o el grupo de sábanas… Ni modo que en la cocina o en el baño.

Se estaba cansando Roberto de su teatro intencional, sin embargo, no le llegaba a su mente ninguna ocurrencia suplantadora y por lo tanto ¡a seguirle!: la malicia en sus gestos cambiantes: contra sí, nomás, porque no le decía a Patricia que le ayudara. De hecho, estuvo bien porque más de rato chispeó (subidor) un pretexto conveniente *Ah… Ya me acordé… Creo que el documento lo tiene Mario Rodríguez Dávila* (nombre inventado). *¡Qué guaje soy!* Tal solución.

Quizá quedara sembrada la sospecha en Patricia debido a que la teatralidad de aquél no había sido tan fina, siendo además que la prisa del antes buscador no fue tanta, no salió raudo; más bien se sentó en el sillón de la sala para con sus dos manos removerse sus cabellos en señal de desesperación: despeine grosero, y a poco su lenta levantada consonante con la timidez de sus pasos rumbo a la puerta principal: *Volveré como a las cinco de la tarde para atender a tus padres*. Teatro creíble o no, tras la despedida sin beso. Frialdad dando de sí… Es que el despeine… la subconciencia… ¿tramposa retirada?… Bueno, quede claro que no es fácil perder el tiempo. No debe importarnos adonde iría Roberto ni tampoco su regreso a la hora prometida. Se destaca el fastidio de la llevada automotora a la horrible orilla aquella, luego de suscitarse el

entremés que hubo durante la visita indeseable. Demasiadas preguntas. Algunas evasivas por parte de quien pensaba acelerar su plan, esto es: regreso a gran velocidad. Téngase el afanar, lo dicho, el millón encajuelado… EN FIN… Cumplida la primera meta. ¡Albricias! ¡Logro! Sudores hubo y baño triunfal. Aunque: el desorden resultante. No acomodo: o sea: se dio un empate entre la desidia y el sueño; de lo contrario ¿más chiles? Roberto había mordido con remuele dos de cuatro, los únicos que había encontrado en la alacena. Tuvo al cabo que escupirlos en el cesto de la basura (el de la cocina); no era el caso tragárselos; con tal de que se le fuera el sueño… Conquista a medias: durmió tres horas y pico: ¡lástima! Es que el sacudimiento… El cinismo de Patricia: agarroso. Es que cuando ella llegó de inmediato hizo una exclamación retumbante: *¡¡¡¿¿¿Y este desmadre???!!!, ¡¡¡explícame, MI CIELO!!!*, pero aquél súpito, de modo que debió costarle trabajo desperezarse, pese a los jalonazos de piyama.

Salir de un pozo de agua puerca. Por una cavidad la subida difícil porque arriba había una negrura, una tan retinta como la habida abajo, donde Roberto pateó con rencor el cuerpo balaceado de Septiembre Tamez. No obstante, el muerto todavía hablaba: ¿por qué?, sólo que sus palabras eran inentendibles, al igual que las de Patricia, en lo alto: vivacidad opuesta: ¿sí?: siendo que el despabile: ay: exigencia de respuesta, hasta que ¡ya!, nomás por la reiteración asaz abridora: *¡¡¡A ver, explícame por qué hiciste este desmadre de cajas!!!* ¿Qué decir?, ¿qué chispa convincente? Y al canto esto:

—Es que tuve que sacar un libro que me pidieron en la empresa.

—¿Y por qué no volviste a acomodar? Debes saber que odio el desorden.

—Es que ya era muy noche. Estaba cansado… Aaauuuggg… Si quieres hacemos el acomodo entre los dos.

—Está bien, pero que no se vuelva a repetir. Yo, como tu futura esposa, tengo derecho a…

—¡Tienes muchos derechos! Ya los iré conociendo.

Silencio y ¿beso?: una aproximación que no: tibio amago asqueroso; que sí sonrisas de ambos, por inercia, como tratando de hacer sucumbir —¿hacia el pozo onírico?— un posible conflicto ¿conyugal?; a lo que: la pesadilla en duermevela ¡nunca!

El dizque libro en el carrito. Patricia no iría a comprobar si en

efecto aquello estaba puesto sobre uno de los asientos. Y revolteando, de ir —por sospecha su exigencia— no lo vería, ¡claro!, por lo que su paranoia habría de extremarse como para conminar a Roberto a abrir la cajuela trasera, no así la cajuelita: conque él le abriera la puerta del vehículo, ella… entonces…

Desde ya, por ende, él en pos de un pretexto bastante elaborado: ciertamente estaba componiendo una patraña con un desenlace que… de plano ¿cómo?… pero ante la presión de la rapidez se forzó a ser más tajante: inducía mental apuntalada por un «no bajar hasta el cajón del estacionamiento… por ningún motivo», y si hubiese un «¿por qué?» de ella, pues a ver qué raudo invento. Fugacidad, a fin de cuentas, siendo que todo quedó en sucia conjetura. Lo real fue que Patricia, silenciosa e inmóvil, lo vio salir. De nuevo no hubo beso de despedida; sí la consabida promesa de regresar al anochecer para llevarla a su casa (última vez, je… ¿¡ojalá!?). Tras el cierre de puerta devinieron las sospechas acá dentro, barruntos de todo tipo, ninguno preocupante, hasta eso. Lo siguiente: el acomodo de cajas: labor enojosa. Lo triste del amor ya empezaba.

Adaptación al machismo, habida cuenta del forjamiento de pequeñas venganzas por parte de ella. El empate, pues, algún día, en un nivel amable: cosa de hablar y hablar para eludir futuros males, pero ¿cuándo… y con largueza?

Roberto salió deprisa en busca de un cerrajero: la meta decisiva. De inicio, sin embargo, su batallar fue engorroso, más que nada por la hora propuesta, casi a medianoche. Asimismo, obraban en su contra su desespero y su impotencia, apoyados por un tono de voz de veras chillón. Como si perdiera el tiempo el susodicho anduvo de la ceca a la meca sin conseguir a nadie de esa gente, ni ofreciéndole buena paga. Tampoco era un mundo de lana y tampoco eran tan cortantes las excusas, pero…

«Tan noche no puedo», «mejor a cualquier hora del día», «¿por qué no más temprano?», éstos son ejemplos de lo dicho al pelo y reiterado (habrá que suponer otras variantes). Por inferencia júzguense los riesgos: una trampa tal vez, un asalto en colaboración o ¿qué más?, dada la inflexibilidad del postulante. Fue hasta como a las siete pe eme (hora ideal para llevar a Patricia a su casa) cuando un cerrajero viejito aceptó.

Desde luego que sí, máxime por la exorbitante paga con un

adelanto que, bueno, ni viene al caso mencionar. Debió ser una locura, en virtud del apremio: ergo: la llevada póstuma ¡entiéndase! No estaba lejos del tal negocio la dirección apuntada por el que al parecer no tenía demasiada clientela. Se va por allí y luego por allá, es un decir… Entonces ¿de acuerdo? Trato: y: suerte de encontrar la suprasolución en pleno aprieto. *¡Allá lo espero!* Y fue el ruco, ¡vaya!, todo un profesional: acudiendo humildemente. Empero antes, cuando la llevada, hubo tensión entre quienes (acá entre nos) ya nunca se verían. Todavía Roberto tuvo la puntada de contratar un taxi de sitio, que porque a su carrito le andaba fallando la marcha. Disculpa razonable porque (acá entre nos) temía que Patricia abriera la cajuelita y… ¡la pistola!, uy. ¿Por qué…? Paranoia antepuesta, por si las dudas.

Lo que pasó durante el lapso de espera del taxi fue un toma y daca que pudo extrapolarse, seguir en pleno viaje, pero… mejor veamos:

—Oye Roberto, no quisiera molestarte, pero siento que me estás diciendo muchas mentiras.

—¿Mentiras yo?, ¿por qué piensas eso?

Patricia le citó lo del libro extraído a de donde diere, antes lo del documento, y ahora lo de la marcha del coche, agregando el par de no despedidas de beso, para concluir con:

—Hace unos días te dije que te notaba muy raro, ahora lo confirmo. Dime de veras si me quieres, o es puro cuento.

El interpelado no respondió. En cambio, empezó a silbar: muy mal, por cierto.

—¡Ándale, dime que me quieres!, y si no, no hay bronca.

Siguió Roberto con su silbo.

—No sabes, mi amor, todo lo que me das, nomás con decirme que me quieres, ¡ándale!

Roberto miraba al techo y a otras partes quizá indefinidas.

—¡Dímelo, mi amor! ¡Lo necesito!

Y…

—Está bien ¡te quiero!

—¡No es cierto, tú no me quieres! Lo sé, no me quieres. Esa es la verdad.

En eso sonó el interfón. El taxi abajo. La interrupción: la salvadora bajada ¡a Dios gracias!

El viaje trasero, tenso, dos bultos eran, ¡uf!; hacía frío. Patricia, a poco, cual si deseara ablandar una dureza, se recargó vacilante en el no bañado ¿futuro esposo? Acción sin habla, aunque con pensamientos (cada quien) en espiral, atornillándose. Llegó el momento de la dejada, ínclita acaso por ser de a tiro rompedora. Solicitante, pues, la embarazada (siquiera) de un beso chirris. Sí: beso de lado, pronto, chula saliva —sin mucho transporte—, y ya fuera del taxi ella proclamó:

—Mañana te portarás muy diferente conmigo. ¿Me lo prometes?

El seco «sí» del de adentro (el de atrás, ¡claro!), que apenas la miró. El arranque automotor debió tener el significado de un trueno verdaderamente estruendoso: bomba supradestructora. ¡Adiós cuerito sentimental… ya hecho pedazos! Más pedazos se haría, mediante un sinfín de truenos lejanos (¿audibles… de medio a medio?), cuando el cerrajero viejito concluyera su labor nocturna: la cual: ¡listo!, ¡oh salto!, y recibiendo el ruco, casi con lágrimas —¡que sí!— la fantástica ganancia, Roberto se dispuso a cerrar para siempre su apartamento. Bueno, ahora se aclara su opción por el taxi: a última hora no quiso exponer su millón en efectivo, lo trasero vibrátil —¡¿telepatía al instante?!—, sobre todo eso, ¡carajo! También de una vez se aclara que no llevó consigo ninguna maleta, tampoco la más mínima pertenencia. Huyó tal cual, algo campante; le urgía esfumarse.

54

«Tú debes vivir la vida que quieras vivir», la frase aquella, ¿burda o fina? —haciendo las veces de señuelo postrer—, recordada en el hotelito de paso, de nombre Loma Escarlata. Lustroso el nuevo horizonte visto desde una ventana. Privado ver CARO: campos con matiz lunar.

El amaño para escoger un hotel de esa envergadura estribó en que Roberto podía estacionar su coche con celo. Cuéntese la cortina de acero tapadora, segura: cochera junto a su habitación para el resguardo del dineral y el arma cargada: lo propincuo de esas latencias.

Otros hoteles contaban con valet parking y demás ajaspajas: peligros, pues, que para qué. Ahora el escorzo sugestivo, desde una loma el dominio: la ciudad distante como un nacimiento que no terminara, o bien que fuese un acullá de punteo esparcido. Lo inmenso imantado por una negrura que a poco (y sin logro) pareciera estamparse entre las luces del cuarto: lámparas dejando caer su manto blanco: tres acá, humanas casi: letargo incitador…

Todo para darse un ánimo asesino: Roberto y su deseo: la figura enteca de Septiembre Tamez perdida en la vastedad pero flotando como brizna, sin ir muy lejos. La localización mañana: fácil. Ahora dormirse: Roberto sin culpa de nada y ¡zas!: el recueste y el sueño; un aspecto: no hubo piyama, ¡pues no!, y lo raro: no hubo encobije; ritmo alfa: lo tan corto, difuso, algo vivaz. Así el salto hasta: en el hotel había un restaurante bastante agradable donde se podía apreciar a parejas desayunando después de una noche ¿pasional?, aunque ¿tan temprano el hambre? Ningún niño por ahí, ¡pues no!, y sí mujeres frondosas, melenudas, casi todas con blusas escotadas y senos —¡claro!— turgentes. Por lo que toca a los hombres: casi todos con bigote: gran perversión. Luego, pensando aquel mirón mientras le entraba a unos huevos: a saber cuántos hijos nacerían

de esa molienda hotelera: Roberto y su desvío: aparecidamente Patricia, con su adorno fetal. Rémora encajada, siempre en perspectiva, hecha pedazos y ¡ni modo!

Desayunar sin culpa; para ello no acordarse de… sino del balazo que iba a meterle a ese idiota que tanto daño le había hecho. Entonces el encuadre seguido del encaminamiento automotor. Después del empacho el rumbo matón.

Mente objetiva: liquidar cuánto. O sea: el no regreso adonde estuvo, en este caso, a esa loma henchida de sexualidad terca y de dizque paz aislada. La palabra «venganza» tenía que llenar todo lo que siguiera, ya vendrían otras palabras más reconfortantes, alimentadas por la primera, eso que ni qué. Así que haciendo lo debido Roberto se trepó en su carrito y se dirigió al Departamento de Recepción Editorial de Ediciones El Faro. Prontitud, la más posible, dado que por supuesto habría atoros en algunos puntos urbanos. Imaginemos la desesperación por endurar la escena crucial. Antes: tantas sumidas de zapato en el acelerador; tantos frenones. Empero la llegada, por fin… A una cuadra del punto deseado Roberto encontró un lugar para estacionarse.

A un tris el tino. Pero faltaba ver si la víctima estaba a modo; ¿qué tal si aún no?: que estuviese en otro sitio, en una junta, por decir, o por otra causa: la simple demora (propia de un jefe). Ni pensar en eso. Y Roberto: más aire por respirar. Es que el nerviosismo empezaba a corroerlo; quiérase también esa intensificación por no hallar manera de esconder la pistola. La chamarra que portaba no tenía bolsas hondas como para que la cacha quedase cubierta del todo. El escondrijo importante: la oquedad cercana al corazón, la única que debía contar —porque en las bolsas del pantalón ¡nunca!, y menos en las chamarreras exteriores, situadas a la altura de la panza—, aunque ciertamente el problema era que en cualquier momento podía caérsele. Una opción: la punta hacia arriba, pero tras el intento advirtió que la cacha no tenía holgado cupo; que si rompiendo tela cabría: cálculo de rotura, nada roborante, y el albur por no saber si la pistola se hundiría, luego su inestabilidad bailadora abajo nomás con dar pasos largos o pequeños, ni con los movimientos más sutiles el aplaque. Uh, qué engorro.

Engorro por gastar posibilidades que por nulas orillaron al

susodicho a pensar en lo primero. Por allí no circulaba tanta gente: fue lo bueno. De modo que las pruebas con lentitud de sobra. Lo bailador (o mejor: no fijo) descartado a medias. La cacha sin protección de tela: adentro, pues; además así la rapidez del saque y al cabo el disparo certero. De hecho, aventurado el trayecto, roído por la finura de cualquier suerte de meneo. Por tanto el caminar ya apretadísimo, casi como si no pudiese dejar de rozarse los lados algo sudorosos de sus piernas. Pantaloneo incómodo. Y erguido involuntario avanzando con dizque atrevimiento: Roberto: metido en un túnel (casi): vibras por doquier. Adelante estaba el descanso a efectos de la fogosidad de la violencia y su macabro torbellino: ¿sería así? Y se enfatiza: no había gente mirona, mientras tanto. Fortuna de principio a fin: por lo que: vil payasismo autónomo. La que (estupefacta) lo vio entrar a la oficina fue la secretaria cuyas faldas besaban el suelo, ¿se recuerda? El mensajero: ausente, ¿sí?; de lo contrario vería ese andar señorito, o peor. *¡Qué milagro, señor Pastrana!*, y él exigiendo con un «¡sssshhhttt!» la bajada de tono: imaginemos su dedo índice llevado pronto a su boca… tan sintomática y mecánica acción: un tic subconsciente.

Situemos el diálogo antedicho, más lo que viene, en algo así como una secuencia de cuadros de cómic.

De empiezo, fuera del edificio, los globos con delta o bocadillos: aquello que continuó presuntamente más discreto, por ende la pregunta clave: *¿Está el señor Tamez?*; cuantimás susurrante el «sí está» y a continuación lo pertinente: el no ser anunciado; es que ese ex jefe deseaba darle una buena sorpresa al actual (más susurrado todo esto). Tal formulación tuvo redondez a raíz de que la secretaria (tan fea la pobre, ¿se recuerda?) soltó un dato maravilloso: que aquél estaba embutido en su privado: lee y lee (según): ergo: cierre de puerta, sin llave, en el entendido de que éste podía abrir, sin problema. Valdría la confidencia como venia y Roberto erguido avanzó (sonrisas finales). Cierto que la secretaria era un ente candoroso en virtud de su fealdad inmodificable; su estrategia: el caer bien: ¡oh melosa… asaz risueña, por carencia! Modo de defender su puesto ¡desde luego! La ventaja es que era la única allí… es que de haber otra, una joven y bonita… Total que ella oyó el portazo de apertura: choque de madera contra la pared… Otra fue la sorpresa: lo oído a distancia…

Olvidemos lo de los bocadillos para situarnos en algo tan real como esto:

—¡Vengo a matarte Septiembre Tamez!

—¡Espera!, ¡¿por qué estás aquí?!, este, ¿cómo fue que entraste?

Con gran facilidad Roberto se sacó la pistola y le apuntó al corazón; no, mejor, a ver… ligero desvío: ¡a la frente!, sólo que la opción de movilidad del aquél: sus pandeos, sus fintas instintivas…

—No dispares, Roberto. Tengo esposa e hijos… Muchos compromisos.

La palabra «venganza» se abría, abarcaba techo y paredes. Sin embargo, Roberto aún no colocaba su dedo índice derecho en el gatillo. Sobrevendría el jalón toda vez que soltara su mierderío rencoroso.

Y empezó: *¡Tú me mandaste golpear. Estuve a punto de morir…!* Por ahí el hilo enfático no oído por la secretaria porque antes el pistolero tuvo la precaución de cerrar la puerta. ¡Y dale!: ácida verborrea en desborde, hasta que de plano el hablador puso el dedo en… hacia el corazón ¡no!; hacia la frente ¡no!, lo que le dio tiempo a Septiembre de agacharse (magno escritorio protector), sin gritar, ¡qué listo! Entonces ¡puuummm!: el disparo loco —cual fantasía— contra la alfombra… YA NO… Fracaso, ¡puf!, ¿qué hacer? Una querencia —¿cómo?—, la huida nerviosa, sin más, como lance. Pudo Roberto soltar más disparos atisbando buscón el cuerpo de Septiembre en arrastre: PERO: el arrepentimiento incidental a causa del ruido tremebundo del arma: demasía, en sí, y duda, de juro. Una sola detonación y ¡alarma!: suma gachez. De modo que el muy torpe aprendiz de gángster se metió la pistola adentro de su chamarra como pudo y salió asaz correlón rumbo a su coche. Querría una inverosimilitud harto eficaz: una maniobra que de allí hasta allá no durara ni tres segundos, pero la anchura de la realidad siempre es lo que es: tiempo y espacio lerdos: ¡caray!: y, mientras tanto, por mucho que bailó, en efecto, la pistola fuera de la bolsa interior de su chamarra —baile a la altura de la panza—, no, no cayó hasta… lo que habría sido desastroso… no, no hubo ni amago de asomo de cañón ni de cacha; baile limitado y, ¡claro!, alto grado de riesgo.

De acuerdo con las prisas, ahora a Roberto debía resultarle un brete abrir el coche, encenderlo, volantear a contracurso para

desencajonarse del aparcamiento: para atrás, para adelante, ¡órale!, cuantía sudorosa, amén de una sordez apta para no oír los posibles gritos zagueros: lo que no: ¡¿QUIZÁ?!: y: ¿vibra de persecución?: ¡ojalá no, por Dios! Así que, al cabo del batalloso desatoro, imaginemos el arranque propulsor: fue inaudito. Velocidad irracional, mas no tan evidente a la postre, ninguna locura por el estilo, no, aunque no hubiese tráfico…

Había semáforos: la mayoría en rojo: ¡chin!: y ¿tráfico?: sí, algo, nunca desquiciante, a lo que: chanza para los taches y el orden, los grados de calma; en lo que cabe: cierta serenidad, útil para decir algo concreto pero que abarcaba lo más: *Lo dejé ir vivo…* La no venganza como empeoramiento, porque de todos modos el tonto disparador tendría como destino la cárcel, días menos, días menos. Empero, mientras se alejaba de aquello fallido —tenía que salir de la ciudad— iba experimentando, digamos, porciones de alivio. Cualquier carretera lo llevaría lejos. Mema suposición, pero…

Depende hasta dónde quisiera ir. Acto seguido: hasta dónde tendría que pararse para llenar el tanque de gasolina. Más a las claras, esa deducción debía corresponderle a Septiembre Tamez, quien aturdido por el hecho siniestro, toda vez que escuchó la detonación, supo que Roberto hubo salido en friega a la calle: ¡qué lástima no contar con un policía de guardia para…! De hecho, fue tan lodoso el incidente que en vez de que Septiembre saliera despavorido tras aquel hijo de puta, optó por regañar a la secretaria: *¡¿Por qué lo dejó pasar?!, ¡¿es usted una pinche pendeja?!* Ese fue el empiezo de una retahíla horrenda. Entre tanto, retrocediendo, quiérase la fealdad de ella como justificación de peso: lo inconfesable y nocivo, e indiscernible para el otro; sea lo meloso por carencia: ¿se deduce? No obstante, tras soltar toda su carga prepotente, Septiembre le dijo a la jamona que elaborara su propia carta de renuncia y la firmara: *¡Ándele, cabrona, hágala, y luego se me larga!… ¡No quisiera verla ni un minuto más y tampoco creo que merezca siquiera dos pesos de liquidación!… ¡Por su culpa estuve a punto de morir!, ¡¿se da cuenta?!* Entonces hijo de puta él, por despedidor.

La oportunidad de avistar llegó justo en la estación de gasolina. En pleno campo ahora sí con toda parsimonia Roberto vio hacia atrás, por fin, lo deseado: antes la carretera por el espejo: ¿engaño,

a cercén?, pero ya frontalmente y con amplitud al poner sobre sus ojos su mano derecha a modo de visera… ¡ándale!, ¡apúrate…! No obstante, sólo pudo advertir un fragmento de hilo donde ningún coche circulaba: ¿qué rumbo había tomado, a fin de cuentas? El mejor —quizá— como para detenerse después, sabiéndose muy dueño de sí, y dejar la pistola al pie de un nopal, por ejemplo. Lo que hizo calmoso kilómetros más adelante, antojándosele por último otro disparo (mero juego): contra el paisaje el zumbo infeliz. Redor despoblado, muerto, o con vida propia: ¡puuummm!, y la resonancia du-ra-de-ra: alargue que abarcó el abandono de la pistola donde se dijo (¡qué atisbo!) y la subida al coche: rumor de arranque a la par con aquello, como si se tratara de un punto final. Ah, la vida pasada se deshacía, aunque la cárcel: un símbolo futuro venido desde el privado que poco antes fuera, por bien ganado, suyo: ámbito para leer historias mal concebidas, digamos, hasta gramaticalmente; en fin, menosprecio eventual por el hecho de sentirse mal que bien tras las rejas. Tenía que hacerse a la idea, de una vez. Tal retroceso como disparate, siendo la carretera el preludio de eso mismo. Así, pues, manejar escamado rumbo a una orilla: la más tranquila ¿dónde?: una playa. Roberto sabía que así huyera hasta el confín más impensado, hasta allí llegaría la autoridad mostrando sus credenciales nomás con el objeto de arrestarlo. ¿Y qué tal si saliera del país?, éste era inacabable, pero mmm… de todos modos tarde o temprano… Pero la playa: ¿cuál? No un lugar turístico; ninguno que le recordara de dónde venía: edificios modernos: ergo: cristalerío, bulevares, semáforos ¡asco!, sino un sitio rústico, uno colmado de paz, lo que necesitaba en tanto no lo aprehendieran. Para ello el avance incesante: la posición sentada durante horas: tantas: un día entero: así fue, y para no dormirse estando en rumbo, por ahí, en un villorrio situado a la orilla de la carretera, compró chiles serranos; también una torta y un refresco, ¡y a seguir, no con tonto apuro! No le debía importar que se hiciera noche: seguir —¡oh!, se acordó— con su millón de pesos atrás. Bueno, ya tendría tiempo de comprar un coche último modelo, uno equipado con aparato de sonido y demás menesteres confortables; otra compra: buena cantidad de discos compactos. Es que tan sólo pensar en un huir musical…

He aquí un dato: Roberto nunca había conocido una playa. Pura

vida tierra adentro, constreñida peor aún al hacinamiento urbano. ¿Viajes?: pocos: insustanciales; poco recreo, y el que hubo fue sedimento: una sobra de sobras en los parques estrechos que los gobiernos disponen para que los bichos urbanos se hagan una falsa ilusión de plenitud. Menester siempre indirecto. Pero el mar. Lo óptimo habría sido nacer en una ciudad que tuviese ese adorno, y contiguo un bosque, y contigua una selva, y contiguo un desierto: suerte de colocación de cada cual en los cuatro puntos cardinales (todo al alcance de unos tres mil pasos) para no verse forzado a andar vagando por distantes latitudes nomás por descubrir lo que no se tiene…

Otrosí: que la ciudad lo tuviese todo: bibliotecas, librerías, museos, editoriales, hospitales, escuelas, etcétera: LO MEJOR DE LO MEJOR, para nunca tener que decir que la vida está en otra parte.

Ninguna distribución satisface bien a bien…

Ojalá alguna vez…

En fin, tantos menesteres para ¿reputar cuánto? La soltura mental dentro de unos límites acaso imprevistos… Ahora en lo que estábamos: el viaje imparable. Cierto que a medida que avanzaba Roberto se iba sintiendo muy salsa: tan circunstancial candidez dado que pernoctó a gusto en un motel de medio pelo, pero con tele; modo de adueñarse de sí, con fe, apreciando el gozo de esa nueva vida exigua, cuyo límite —se sabe— debía ser la cárcel —¿o no?—, con sus pestilencias, digamos, enlatadas; mientras tanto el tal desplazamiento disipador, ir tanteando hasta encontrar el lugar rústico deseado, junto a un mar cantor: ¡delicia!: lo encontró (téngase su hastío anochecido): un pueblito: uno donde había —le informaron a tiempo— sólo un hotel, uno con playa. Habitación con vista, bueno, dedúzcase la exigencia: lo preciado azuloso permanente con su eterna melodía, ay: fácil logro, hasta eso barato, casi un regalo. Sin embargo, el millón en el coche: preocupación. A ver, a ver… preguntó si en el pueblo había banco. Le dijeron que no, que había uno a cincuenta kilómetros, o sea: en una ciudad. Menos mal.

El colmo de esa vez estribó en que Roberto pasó la noche en vela, primero por la sorpresa de estar frente a la inmensidad aquella que lo llenaba de dicha; dicha aminorada —esto es lo segundo, y de verdad inquietante— nomás de pensar cómo se presentaría en el

banco citadino: cargando cajas una por una. Riesgo en serio, debido a que bastaba que lo vieran unos cuantos transeúntes para despertar sospechas. Dinero (que si no): o qué otra obviedad podía ofrecer tal acarreo de cajas, tanto entrar y salir ¡¿del banco?! Lo podían asaltar ¿verdad? Téngase su paranoia en franco lastre; téngase el síntoma tan típico de un ente urbano, cuadrando de vicio todavía en quien no se atrevía a cortar el cordón umbilical de su lugar de origen, donde toda la gente era y sería perversa, y por derivación mañosa, entrampada, llena de mierda, incluso asesina en potencia: ¿cómo él? Entonces la contraparte: no hacer el cuantioso depósito en el banco. Pero… más paranoia… le podían robar el coche y… No, no era de lujo, sólo que la maldad humana no se supedita a una categoría tácita, con tal de una obtención cualquiera, como fútil gracejo a la bartola: astucia en sí: oh hazaña… Total que Roberto no pudo dormir. Prendió el televisor hasta que se aburrió de tanto dizque solaz colorido y: sus salidas al balcón: un propincuo allá de estrellas y luna en cuarto menguante y canto de olas como que ensanchando una negrura más o menos gloriosa que terminó por hartarlo; se empalagó de esa estampada lozanía negra. Asimismo ¿qué?: la absorción de ese nuevo placer —incluida la tele— convertida en letargo. Cierto que cuando ya empezaba el pinturreo del amanecer sobre la inmensidad antedicha el sueño empezó a ganar. Carga inveterada, ¡qué mal!, de plano, porque el maravilloso encuadre exterior estaba a pedir de boca: un sabor en ladeo: anhelo que no, sino lo recurrente reseco: un llano y una loma: sea el malsano paisaje, impuesto tiempo ha, para la invención de un derrotero tan fortuito como el decurso del ritmo delta: lo consabido: subir la loma; del otro lado, bajando, podía aparecer gente cacheteadora: suposición ya enfermiza, ya tara perpetua. Lo nuevo sería que en vez de eso Roberto se topara con un grupo de policías que tenía la consigna de interceptarlo. El arresto inevitable, a cuán más onírico de pe a pa. Roberto esposado, llevado hasta… Pero el caminar a la orilla del mar: rima adrede: fealdad ganosa, nomás por joder. Bueno, había que esperar que el sueño terminara sólo para enterarse que tal presentimiento subconsciente iba a ocurrir tal cual… Lo que sí.

55

Un millón no es tanto, como dicen. Se gasta rápido con sólo querer. No ofrece un porvenir holgado, pero destensa —no resuelve—, alivia —no sana por entero—. Entonces no está mal que una persona que cuenta con un millón de pesos se arme de valor, sobre todo si sus expectativas de vida no dan para hacer planes de esos —siquiera— mediatos: ¿dinerosos?, ¡bah! Al respecto perfilemos esto: la cárcel norma. Roberto contaba con esa frase trunca ex profeso. Y revolteando: digamos que fue como de rayo a la ciudad que le dijeron: la cercana: con bancos vistosos. El primero que encontró debía servir.

Hacía calor, o sea: no es nada fácil acostumbrarse a los empapes, sin querer; o sea: de esos que aunque se esté sentado bajo la sombra de algo ¡uf!: o sea: cuando toda pachorrez también paga. Empero la actividad: la carga de cajas, las entradas y las salidas y los cierres de cajuela consecuentes. De hecho: el preámbulo: el ponerse de acuerdo con un alto ejecutivo bancario, en razón de que abriría una cuenta especial para depositar la dizque gran suma: en efectivo ¡ojo! Ahora que, en cuanto al acarreo de cajas, que nadie le ayudara, por si las dudas.

Él, ¡sólo él!, dando por seguro que sudaría de más, aunque: la recompensa: el aire acondicionado apaciguador. Consuelo y tregua. Cuantimás durante el tardo conteo de billetes uno por uno. Y luego un lapso adicional de pachorrez. Quiérase tal benignidad mientras llegaba a sus manos el comprobante del depósito: lo mayúsculo dejado allí —ya algo ajeno—, casi a la orilla del mar. Riqueza para usarse de modo positivo. Puro guarismo pretencioso, sano, o sana ficción total, acorde con el sentir de Roberto, quien tenía la impresión de ser engullido por ese aire fresco de encierro. Antes de la antedicha suerte de chupe vino lo que deseaba: el papel esc, acompañado de una tarjeta formal con cuatro firmas al calce:

Revise al detalle los documentos que le entrego… Es de suma importancia que los lea con detenimiento para que después nos haga el favor de regalarnos su firma, sentenció el ejecutivo en cuestión, cuyo peinado —hay que decirlo— no era tan a la moda, como sí lo eran los de los ejecutivos de su ciudad de origen, en fin, no era el mismo banco donde Roberto tenía su otra cuenta, la de débito. Entonces: no loco, pero sí propenso a los reborujos y a los desgarriates (sobre todo ahora), con documentos en mano nuestro personaje salió del banco para ir de inmediato a bañarse a su hotel rústico y más tarde regresar al tan civil invento de ciudad: que sí tenía chiste. Hacia el atardecer la pérdida de tiempo: un rato necesario, un estiramiento ocioso. Un café o una cerveza al aire libre. Despreocupadamente su mirujeo modulado por una añoranza que apenas le calaba: mujeres en bikini, otras en tanga, paseadoras: al tiento ¡ea!: informe desfile de cuerpos esculturales, y el resto, no mucho anómalo: ¡qué vergüenza!, ¡qué lonjas!, pero esto último bien podría valorarse como lo más raro y desagradable; lo demás excitante: ganas de un donjuaneo que no se antojaba dificultoso. Lo corpóreo descarado tan así, como jalón para… cueritos, cama, vibrante rapidez. Lo cobrizo del amorío obsceno. Líquida blancura entre moreneces. Había gringuez también, pero ¿habría resabor? Lo ofrecido ya: AUNQUE: los resultantes embarazos comprometedores, con desvío —si se quiere pensar de ese modo (como Dios manda)— hacia lo que vendría a ser el esquilmo de lo calenturiento: niños jijos: con un retoño (tórrido) se redondea un modelo zote. Y el recuerdo lodoso: Patricia merodeaba en abstracto entre la humedad, sin embargo el envío al sesgo (porque sí): *¡Aborta!, ¡aborta!, ¡aborta! Sé consciente de la responsabilidad que representa tener un hijo no nacido del amor, sino de la calentura… Pero, bueno, si quieres tenerlo ¡tenlo! Allá tú y él*, idea vencida —¿qué tan prolongado podía ser el cable de la telepatía, y las orejas de la destinataria ya muy alertas?—, mmm, por supuesto el desmarque, máxime que estas (de acá) mujeres paseadoras no debían ser ignorantes como la referencial de allá. Éstas se cuidaban, exigían el hulito preservativo para no entrar en laberintos. Pero entonces el acto sexual sería como hacer aerobics o como bañarse con infalible impermeable: sendo artificio: ¡lástima!: descarte. Preferible, en cambio, debía ser el pensar en la compra de playeras y bermudas:

apurarse, porque ¿a qué horas cerraban las tiendas? Hasta muy noche, le dijeron, así que… ángulos de disfrute: el menester por encima de la dejadez tan invitadora allí. También compró una maleta. Agréguense chanclas, rastrillo, loción: una escalada de cositas amigables, de uso diario, valórese, y: por ahí, nomás por puntada, preguntó si había librerías: ¡claro!, allá: ve aquellas luces verdes, a lo que: metros de apuro: ¡ándele!, porque estaban por cerrar. De entrada, situémonos en lo reluciente de plano jalador: una pila monumental de —¡asu!— el libro de moda: *El sexo cínico*, el nuevo campanazo editorial de Ediciones El Faro. ¿Dónde los simuladores-compradores? ¡No!, a esas horas… Y Roberto fue empujado por la tentación: compra autómata. Quiérase el morbo consumista tenido como la concepción aposta de un círculo repintado: para caer en sus centros ¡y ya! Luego, cuando estaba a punto de irse, notó otra pila detrás de la monumental: *El sueño ayuda a la telepatía*, décima edición. ¡Vaya!: un dinero que al parecer había cobrado una altura estratosférica: flotando inalcanzable: y enseguida: rabiosa deducción: ¿cómo reclamar cuánto? Roberto tenía que ingeniárselas, habida cuenta que el conseguir a abogados perros… primero ¿en dónde diablos?, y lo evidente: se haría agua su millón de pesos, incluso ni poniendo más lana enjuego. Prevista —de todos modos— la derrota, aún hipotética: dolor entre cenizas, por decir. ¡Malditos gángsteres! Qué diantres podría hacer la celestial Dirección General de Derechos de Autor contra… algo, muy poco, más bien lío inútil… Ahora que, con la intención de meterse el aire más puro a los pulmones, lo pertinente por el momento sería leer ese nuevo bestseller para suavizar su alma o para turbarla frase tras frase.

A una hora de que llegara el filo de la medianoche Roberto regresó triste a su hotel rústico. Sentía que tarda goteaba su vida pasada: cierres acerbos, medio imperceptibles, como para siquiera aproximar una posibilidad de —dígase—: por un ojo minúsculo introducir un hilo ¡de estambre! Delicadeza de estire… que no… En todo caso deshilache horrendo que para qué: y: ante tanto impedimento mejor salvar su morbo lector: en recline camero y entre lámparas. Se relajó, estando allá, encuerándose, como si deseara en serio ser ahora sí engullido por el aire acondicionado, nomás porque ponía a prueba su apenas tullida piel.

Tragazón sublime de cuerpo entero, al estilo —si existiera— de un sueño sin fin. ¡Cuántas volteretas primero físicas y al cabo subconscientes! La demasía de revés, siendo el revés sólo un instante ensanchado. Deseo entreabierto que clama al mínimo roce de savia glutinosa. Libre y frágil alelamiento hasta caer en cuenta que los deseos crecen de verdad cuando no sufren tanta agitación. Si la inmovilidad diera un poco, entonces…

Está bien saber que la vida no es eso: ni engullimiento ni revés tras revés ni ensanche vehemente. Proceso de aventura ¡sí!, aun cuando en este caso se tratase de abrir en exclusiva un libro superfluo como —según parecía— *El sexo cínico*, aunque postular la superficialidad… ¿qué tal si no? Es que de acuerdo a la mecánica bestselleriana, atenida quizá a los manuales lejanos cuya aplicación a saber… O todo, en efecto, era cuestión de montar un gran aparato publicitario… O ¿tendría final feliz, cual debe, *El sexo cínico*…?, porque *El sueño ayuda a la telepatía* más o menos… La novela-solución como estigma, pese al cúmulo de interrogantes que pudiese plantear.

Por desazón la cabronada de no empezar desde el principio, sino (al albur) la página veinticinco, rumia a la mitad donde éste leyó: «Tú debes vivir la vida que quieras vivir», escrito lo oído en boca de… ¿por qué? Necedad en sí, retroceso para comprobar… idéntica la frase palabra por palabra tras la segunda lectura, de ahí que hojeando: página setenta y dos, hasta arriba: «Tú debes vivir la vida que quieras vivir». Insistencia, caray; revisión de eso, carajo, y tal cual. Entonces lo macabro rebullente: sueño en la vigilia, ni qué. Roberto respirando mal.

Debía entender aquello como la coba de un dios juguetón, siendo que el lector agarró un segundo aire para, a ver… página ciento cinco, hasta abajo el nuevo tanteo: «Tú debes vivir la vida que quieras vivir». Repaso cansino para escapar de un posible equívoco, y no, en efecto no: la frase: un sello, uno que entre más era leído por el turulato en cueros más negro se hacía y más grande, por lo que ¡al diablo!: cierre: ruidito hojero a conteste: faltosa resonancia chirris, casi inventada, y cierta desde luego. De modo que Roberto se dirigió al balcón libro en ristre. Su cuarto estaba en un tercer piso, el último, o sea: el más dominante. Entiéndase que desde ahí la playa se hallaba a tiro de piedra: un decir: sólo que no

lanzó eso, sino… El libro volando rabiosamente. Había jungla abajo: fragosidad recibidora, pues vaya rareza visual si aquello quedara instalado en un ramaje equis ¿quién lo notaría? Libro-ave posando, sin más vuelo ¡pues! La caída: un día de estos. Ahora que si alguien lo abriera leería con justeza ¿lo mismo?: página veinticinco, a la mitad; página setenta y dos, hasta arriba; página ciento cinco, hasta abajo: ¿sí? De ser como se dijo habría revelación: «Tú debes vivir…», etcétera, con la ventaja del no símil con lo dicho por el autor de *El sueño ayuda a la telepatía*. Tan restringida posibilidad de nexo sería filón de un misterio que ya no podría ser de este mundo.

Lo estricto atorado, nomás Roberto y su desprendimiento y su nudo: la repetición de la frase identificada, dicha por, y escrita por: ni se fijó el turulato quién era el autor de *El sexo cínico*. A todo esto, devino la necesidad de ponerse en contacto con Dagoberto Pastrana, algo estaría pasando: Roberto y su chispa… Pero siendo tan noche… Mañana temprano… Temprano lo hizo… Tan rústico el hotel, acaso por la arquitectura envejecida y por los aleros por doquier adornados con tejas, amén de la decoloración general, más las huellas renegridas a causa de tanta gotera: descuidos: aunque: cada habitación contaba con teléfono y tele: y: lo dicho: acción a primera hora (téngase que el teléfono celular le fue quitado a Roberto cuando la echada, además, de lo contrario, el gastazo, si es que tuviese uno propio). Entonces, una vez que la operadora del hotel estableció la comunicación:

—¿A dónde hablo?

—¿Con quién quiere hablar?

—Con el señor Dagoberto Pastrana. Soy su nieto Roberto… ¿me recuerda?

—¡Ah, sí, qué bueno que habla! Hemos tratado de llamarle a su apartamento, pero me imagino que ha estado fuera de la ciudad porque…

—Bien, ¿qué pasa?

—Su abuelo está enfermo.

—¿Cómo…? Explíqueme.

—No le puedo precisar qué enfermedad padece, esa información se la puede dar el médico que lo atiende; lo que sí puedo decirle es que duerme unas quince o dieciséis horas diarias, casi no come y lo

que come lo vomita.

—Me gustaría hablar con el médico.

—Sus visitas son irregulares, hace dos días vino en la mañana, ayer lo hizo por la tarde, hoy sólo habló por teléfono para dar recomendaciones de rutina. No sé, la verdad, si mañana venga.

—Por lo que me dice deduzco que mi abuelo no está tan grave.

—El médico nos advirtió que en cualquier momento puede haber complicaciones. Dentro de la gravedad, don Dagoberto se mantiene estable.

—¡Vaya!, menos mal.

—Usted debería venir. A su abuelo le daría mucho gusto…

—Me encuentro muy lejos de la ciudad. Estoy de vacaciones.

—¿Está fuera del país?

—No, pero…

—¡Venga!, sería un gran consuelo para su abuelo.

—¿Y no hay forma de que me comunique con el médico?

—Sí, pero eso no ayudaría al enfermo. Yo sé lo que le digo: ¡venga!

—Deme por favor el número del celular del médico, o el que tenga. También, aprovechando, me gustaría hablar con mi abuelo.

—Mire, como usted sabe, el reglamento del asilo prohíbe tener aparatos de teléfono en las habitaciones. Ahora al enfermo no se le puede molestar para que acuda a su llamado. Y con respecto al médico, yo no tengo sus teléfonos, los únicos que lo tienen son nuestro director y su asistente, y ninguno de ellos se encuentra en el asilo; tal vez mañana por la mañana aquí los halle. Lo mejor es que usted venga.

—De acuerdo, pero antes me gustaría hablar con el médico.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer.

—Está bien, le agradezco su atención, hasta luego.

—Oiga, ¿y no podría proporcionarnos un número de teléfono para comunicarnos con usted?

—No lo tengo a la mano, lo que sí es que voy a hablar mañana temprano, a ver si encuentro al director o a su asistente… Espero que cualquiera de ellos me pueda dar una información más detallada… Ah, y le quiero pedir un favor: le dice a mi abuelo que le hablé… Muchas gracias.

—No tiene por qué darlas. Y como le digo, haga lo posible por

venir… De todos modos le deseo a usted lo mejor en sus vacaciones y, bueno, hasta luego.

—¡Adiós!

56

¡Jaque! Desajuste psíquico momentáneo: ir, no ir, hablar (la terquedad azonza porque incomoda y así triunfa), antes pensar, desde luego, en pros y contras. Acre olvido postrer… y recicle ganoso: ir, no ir, etcétera. Pasos casi escarbadores emanados de una repetición cónsona: un de aquí para allá y un de allá para… No se quedaría Roberto pintiparado en la alfombra: algo cosquillosa, por cierto —si hasta ahí llegamos—: sus pies sin zapatos (je), máxime si se pone atención a algo mucho más exagerado: el roce de calcetines contra lo que se dijo a poco produciría una idea muy elemental (sobre todo si se considera que hay pudriciones subterráneas cuando un ente apisona tanto un pequeño margen). He aquí, pues, el engorro más tomado en cuenta: si ese nieto decidía irse cuanto antes a su ciudad de origen tendría que comprar por lo menos tres cambios de ropa a bien de retacarlos en la tal maleta de mano adquirida ayer. Luego, como estrategia forzada, no llevar consigo el tantal de playeras y bermudas, tampoco las chanclas de cuero, todo eso dejarlo en el hotel para ahora sí forzarse a regresar en un santiamén, incluso dejar pagada una semana de hospedaje, lo que le evitaría tener que inventarle un cuento —quiérase extravagante (por largo)— al joven chaparro de la recepción. Así la redondez por mor de la acción. Roberto hizo lo que se propuso: las compras agobiantes en la ciudad cercana. El sastre de la tienda colosal le hizo con rapidez los cortes correspondientes (cosa de dos horas) a las piernas de tela de los pantalones (caros) y al día siguiente, muy de mañana, partió harto afligido, aunque sí dejando sus menudencias muy bien dejadas.

57

De continuo curvas angustiantes, pocas rectas, ningún precipicio que temer, pero el calor de los mil demonios sí que era adhesivo y mortificador. Decir que Roberto se pegosteaba a sí mismo debía significar apenas un apunte, uno tangencial de lo húmedo fregador, porque de lleno aquello circundante parecía un hervidero, algo así como una olla exprés en pleno recreo acuoso.

Entonces en cada curva nacía una duda y una temeridad: insinuaciones que se completaban a cada volanteo sin fe, o ciertamente sin deber nada y temer cuánto. En tal sentido cualesquiera deducciones del conductor tenían un molde acorde con las formas algo previsibles de esa serpiente carreteril. Otrosí: a más prolongada una curva más fea se hacía la imagen temida: por ejemplo: que al llegar al asilo allí estuviesen Patricia y sus hermanos golpeadores, además de Septiembre Tamez con pistola en la mano y muy sonriente. Todo era probable como probable era que Roberto se enfilara en aína rumbo al quinto infierno sin siquiera saber bien a bien cómo andaba la salud de su abuelo. De ahí que: viaje hacia lo macabro definitivo ¿verdad?

Y mientras curveaba se iba convenciendo de eso. Agréguese que conforme el avance en balanceo sudoroso (se sabe o se infiere que el carrito no tenía aire acondicionado, y esa carencia, caray…) imaginaba escenas cada vez más horribles: de golpeamiento cual pamba y ahorcamiento con numerosas manos, coronando tanta agresión con un balaceo desaforado; también el último efecto: un rondó de carcajadas despedidoras: por ahí más y más jangadas de mal gusto. ¡Y no!, ¿para qué?, o ¡qué diantres! Así que ¡vuelta al hotel rústico!, sí: a lo remoto de la seguridad de por sí, o acaso al albergue de la cobardía pensante.

¡Qué mejor!

58

Nubes tranquilas. Nubes como pompas anómalas hechas para que un personaje reconocible pueda estar de pie o sentado, y por supuesto haciendo (digamos) muy poco: ¿lo suficiente? Estampa en balancín nomás por decisión del que mira perplejo y no hace más que esperar que algo estrepitoso se suscite ahí o más allá… de una vez se asienta que nada ni nadie caerá… De hecho, pareciera que en cada nube (nubecita, más bien) cada ente posa como para una foto (lo que no se dará así como así) sólo por saberse dueño de su blandura ingrávida. Jerárquica escenografía aérea: tercera dimensión: y: ¡estamos! En primer lugar figura Dagoberto Pastrana: se le puede apreciar escribiendo a mano, veedor ¡vaya que sí!, lo hace sobre un escritorio dado al cuás donde incesante su pluma fuente se desplaza saturando hojas en blanco (no pasan de unas tres) de un cuaderno tipo italiano. ¿Por qué no ha utilizado su antigua máquina mecánica…? ¡Ah!, es el dilema… mmm… En otra blandura menos oblonga está pintiparada esa Patricia con su panza crecida, ya no cuerito agasajable: sino: vil curverío en desparramo: de pie —gachamente—: a lo que el mirón de acá (también flotador) no tarda en decirle: *¡Aborta!, ¡aborta!, ¡aborta! Sé consciente de la responsabilidad que representa tener un hijo no nacido del amor, sino de la calentura… Pero, bueno, si quieres tenerlo ¡tenlo! Allá tú y él*. Tras la recomendación Patricia no hace más que oscilar su mano derecha, dedo índice notorio, luengo de más, en señal de negación. La mujer ignorante no concibe modernidades dizque puntuales. Dar a luz a un hijo es un acto dichoso, y punto.

Más allá, en reducción, pero visibles por coloros, figuran otros personajes. Destaquemos al tremendo Septiembre Tamez, que con pistola en mano dispara con frenesí hacia abajo (nunca hacia acá). Téngase que son hartos disparos fallidos: el suelo lejano acepta:

suerte de estoicismo terrenal: llanura, pues, donde nada pasa.

En otra nube (casi estría) de veras grises están los hermanos de Patricia: enanitos fornidos que muestran —¿por qué?— sus bíceps; lo raro es que no hablan ni pizca, acaso crean que haciendo sus fantochadas impresionen a cuántos: ¡oh ingenuidad! Y, bueno, en lo que sería la última capa de la tercera dimensión figura una mujer académica, una investigadora de cepa, apócrifa, anteojuda, será poeta (a veces) porque de continuo oye el canto de los ruiseñores, ¿o no es así la cosa? Hay uno en especial revoloteando encima de su cabeza que intenta, sin conseguirlo, posarse cínico. Total que ella es la diva que siempre anheló el mirón de acá: tanto estilo amoroso inalcanzable, pese a las faldas largas que esconden —¡ojalá!— un cuerpo bien formado. Ella quisiera mirar al amor de su vida y para lograrlo se alza las gafas y mira hacia… Roberto siente el contacto y se avergüenza, desvía a poco su vista hacia otras nubes; unas solitarias, huérfanas, mismas que se deshacen.

O hacia la llanura mirar, pero abajo no hay gran cosa: un cuero atezado la tierra: ¡nomás!

La invención de ese deseo pretérito adquiere un color entre fosco y añil: la académica creciendo, queriendo abarcar ¿qué? No llegará a ninguna orilla, eso sí, por lo cual el mirón voltea hacia un supuesto oeste donde figuran los padres de Patricia: pequeñísimos; su nube sustentadora es enorme y anaranjada. Si ellos hablan se harán grandes, casi monstruosos: y: habrá que esperar… No pasa mucho tiempo cuando: lo oído: *¡¡¡Cásense ya!!!*: sus gritos al unísono.

El mirón le da la espalda al molesto clamor. Modo de hacerse el occiso. Las dos palabras (TAN SONORAS) pronto se convierten en un mero estiramiento afilado que todavía afecta: pincha-dura-cosquilla cuyo hundimiento (je) ¿en dónde atrás?… ¡Adivínese…! Lo bueno es que sirve de impulso para seguir viendo: uf: una gualda desolación cual despeje cielo limpio que murrio amarillea.

Inanidad ¿será? Pronto habrá de pasar veloz una nube pomposa. Suposición que implanta un mirar por doquier; y el deslumbre ¿cuándo?, acompañado de un ruido chirriante… Sí, al fin ocurre. Tal como fue imaginada la nube cruza: en ella van de pie Justino Macedo y Juan Bruno Farías: cabrones sonrientes; acaso vayan contándose chistes relampagueantes, soseras sangronas, por decir,

y, como pasan de largo… pues… Alguien, a saber quién, le dice al oído al mirón que vale la pena ver aquello alejarse. Quizá la nube estalle en el horizonte, uno escarlata que se está alargando a propósito…

Aura de incendio ¿aleve?: lo visto como una pavesa: punto que se abre al tiempo que un ruiseñor irrumpe y viene hacia acá cante y cante: crecida figura sobrevoladora de tanta nube, tantas, mejor dicho, genuinamente inmóviles. Ah, sólo fue a la postre un color abarcador que se desvaneció tras haber impregnado con sus polvos todo esto que se ha puesto en juego. Queda lo anterior tal cual: cada nube con su personaje (o personajes) donde debe. Así la claridad se presenta más lucidora: AUNQUE: ahora cada nube aparece con una escalera que llega hasta el suelo: la mentada llanura ya está acaso tan endurecida como el acero… Bueno, los personajes deberán bajar hasta… y caminar todos los kilómetros que usted y yo supongamos sean necesarios para que estos infelices caigan de bruces y mueran. Que la sed y el calorón los frieguen. Que se conviertan en cadáveres y luego en cenizas… cenizas huyentes… ¡ojalá…! Y el mirón ve las bajadas de aquéllos, él también tiene que descender a ras de suelo…

¡Uf!, en el suelo hay una multitud de seres vivientes: todos ñoños, caminantes. El rumbo: la loma consabida: ir, no ir, sólo muy pocos se regresan, lo que no se nota. Hay confusión, o mejor: un trasunto de griterío. Sin embargo, hay un ente que aparece gigantesco justo adonde está el mirón. Ha regresado —dijéramos— malcontento. Es Septiembre Tamez. No trae la pistola en la mano, ésa la arrojó desde la nube en que andaba… ¿dónde quedaría aquello?, ya no tenía balas, y…

—Óyeme, Roberto, no tiene caso vengarme de ti. Ya mandé golpearte y tú, a tu manera, te has cobrado el daño que te hice. Creo que estamos a mano, y ahora sí, desde luego si tú quieres, podemos ser amigos, digo, porque hablamos el mismo lenguaje, ¿o no? Bueno, sé que no te atreviste a matarme… tan fácil que era… me tenías a tu merced… no insististe… otro disparo y ¡adiós! Lo que sí que me pegaste un buen susto.

—Yo no puedo ser tu amigo. ¡Vete!

—No quiero irme. ¿Qué necesidad tengo de mezclarme con esa multitud de idiotas?

—Si no te vas tú, me voy yo.

—¿Te mezclarás con ésos?

—¡No me importa! Entiende que tú me das asco.

—Pues opta, ¡aléjate!, no es lo mejor, pero…

Roberto se fue. No avanzó ni dos kilómetros cuando, tapándose los ojos, se detuvo.

Roces, empujes, alguien lo derribó ¡DE PLANO! Tendido en la llanura podía ser pisoteado.

De hecho, algunos pasaron por encima de él y: la incorporación: difícil; de pie, al fin: la hazaña. Cierto que todavía faltaba hacerse a un lado. Ladeamiento hacia una intrincada izquierda. Roces, empujes aún, ¿eh?: lo inevitable, pero no cayó de nuevo… Lo fortaleció su deseo de salvarse… ¿y si se iba al lado contrario? Batallaría doblemente… Lo previó nomás de ver el corredero… Entonces como iba ¡ni modo!: tenaz lucha personal hasta salir avante. Estricto abandono victorioso cual sugestión ética. Tantos que huían y ¿él?: nomás mirando. Empero apareció Patricia, gigantesca, a lo que:

—¡Aborta!, ¡aborta!, ¡aborta! Sé consciente de la responsabilidad que representa tener un hijo no nacido del amor, sino de la calentura… Pero, bueno, si quieres tenerlo ¡tenlo! Allá tú y él.

—No abortaré.

—¿Qué dices?

—¡Sábelo… no abortaré! O sea que tú serás el padre aunque nunca mi esposo.

—Patricia, por favor sé consciente de…

—Tú me tendrás que dar una jugosa mensualidad para la manutención de la criatura.

Atrás de la embarazada se encontraba la académica ¿apócrifa?: ergo: la investigadora de cepa, la anteojuda, la de faldas largas tan culta, tan ideal, chiquita exquisita, bonita a su modo, y sexual, ¡claro que sí!, nomás buscándole. Ella mirona y haciendo ¡pssst! Roberto podía ir hacia ella ansioso tan sólo de un abrazo apechugado: enlace por prolongarse… La conceptuosa comprensión… Pero ya era tarde… Ya el hijo de la ignorante estaba en camino… Y viendo de nuevo a la mañosa madre el mirón sentenció:

—Está bien, si decides dar a luz yo te pasaré una mensualidad…

Sólo quiero que te quede claro que me has tendido una trampa.

—Lo sé… y me alegro.

—Bueno, cuenta con mi apoyo… Lo que sí te advierto es que no quiero verte jamás en mi vida… Tampoco a la criatura.

—Eso está por verse.

—Ahora lárgate, pinche cabrona. ¡Desaparécete!

La media vuelta de Patricia significó el despertar irritado de este ente tan —¿sí o no?— razonablemente moderno, tan de avanzada, pero tan de veras cándido en esto del rejuego amoroso.

Obnubilación.

Semejante pesadilla, con retorcimientos demasiado rizados.

Lo del ruiseñor fue un cumplido poético subconsciente, no lo demás, que por ser —en principio— flotante y escenográfico, no merecía siquiera una emoción fútil, casual de por sí, como sí hubo en realidad y a contracurso más de una.

En fin…

A cualquiera le parecería que un sueño revela lo que de un modo u otro tememos, o pretendemos tal vez hacer a medias. Sueño-potencia, sueño-emblema, pero de resultas sueño-frustración. También cuando en la vigilia se apresa algo de lo soñado ocurre que causas y efectos quedan incompletos, y por eso el soñador termina por olvidar, o al menos prescindir de cuanto es accesorio. Queda lo medular asaz restringido. Un intento de trama cuyo principio es vago. Lo subsiguiente cuaja al bies: hay imágenes, desplazamientos y algunas frases inolvidables. Son las insinuaciones de desarrollo lo que se aprehende, haciendo, eso sí, las veces de rémora; como si hubiese un humo que asciende indeciso hasta convertirse en plasta, la cual flota y absorbe, digamos, una historieta ilógica, una exageración que a fin de cuentas complace al soñador, lo que en este caso no. Es que Roberto despertó vibrante. Es que lo estaba recordando todo al detalle, aunque sin detectar agudas conexiones, por ejemplo: ¿por qué su abuelo no apareció gigantesco ante él, siendo que Septiembre y Patricia sí? Luego: ¿por qué lo vio escribiendo veedor… ¡en un cuaderno tipo italiano… lo que nunca!, siendo que él siempre había usado cuadernos tipo francés, pero eso, uh, tiempo ha? Datos que, en efecto, se cuatrapeaban. De hecho, ya en la vigilia, entre las cortinas de su cuarto de hotel Roberto observó la silueta sombría de su abuelo: su caminar torpe en

agache, como si flotara en el ventanal (asu). Por tal impostura visual Roberto se dio el levantón, cual recalzo automático, y fue hasta… Corrió deprisa la cuerda cortinera lateral y, ay, el nuevo día esplendoroso, mientras que de lo otro nada: siluetismo esfumado: mirarlo descender ¿sí?: hacia la jungla chirris. Lo que vio fue el libro bestseller que colérico hubo arrojado anteayer. En una horqueta membranosa de tabachín estaba cual fortuito acomodo. Ningún hojeo del viento… lector incidental ¡jamás!

Pero la imagen del libro en tal colocación no era todo. Más abajo se estaba dando un cruce: una mujer ¿sería Patricia? Querría, porque temía, el mirón: ésa, entonces, que en sajadas más y más fragmentarias iba rumbo a la playa. ¡Qué amolada fulana! Vista por los huecos no verdes. Vista apenas la panza tierna del embarazo (luego las reducciones). O sea que sí… Y Roberto le gritó: *¡Aborta!, ¡aborta!, ¡aborta! Sé consciente*… Etcétera. Pero aquélla ni en cuenta. Chasco acá… y miedo de a de veras de quien se percató que de seguir viendo rarezas se iba a volver loco en una hora más, por lo cual moverse, salir del encierro tenebroso. Si llegara cuanto antes al restaurante mono y pequeñito de abajo se apaciguaría. Lo hizo. Pidió un café con leche y algo de fruta. Melón y sandía mezclados: nomás. Y allí se estuvo ociosamente no tratando de mirar hacia la playa. Miraba, en cambio, lo rústico de adentro: no artificial, o hasta qué punto sí. Cierto: la ociosidad le traería alguna buena idea, la que lerda, en efecto, le sobrevino. Se trataba de un neceo: la procura de hablar a todas horas al asilo hasta conseguir ponerse en contacto con su abuelo y con el médico que lo atendía: dos cometidos. Gastazo adrede… ¿y qué? Por lo pronto pagó la cuenta y fue a la recepción: allí explayó su propósito, dicho sea: el acaparamiento del aparato de arriba… ¿se podía? Como era una extensión ¡dedúzcase! Entonces Roberto se sintió como si estuviese en su apartamento: ocio aprehensivo más incertidumbre tras ejercer tanto afán de contacto. Reciclaje de habla… lo venidero. Así escalereó empeñoso: rápido subir. Lo hizo porque allí no había elevador.

Anteponemos los fracasos en serie de llamadas telefónicas y cortedades recibidas antes de acompañar a nuestro personaje a su cena íntima en la ciudad cercana y su posterior regreso para situarse frente a las olas del mar, lo que no había hecho desde que

llegó al lugarcito aquel. Bueno, hizo cinco llamadas al asilo, cada cual con dos horas de diferencia, o un poco más. Nacía lo burocrático (inexplicable) allá: personas dadas a la reticencia, esto es: a cada intento una nueva voz respondía y muy mal, muy como con enfado. Le extrañó no oír la voz de la recepcionista que él había visto alguna vez Acaso la corrieron porque ella exigió más paga, o por otro motivo. En fin. Lo cierto fue que ni médico ni abuelo ni director ni asistente se pusieron al habla.

Sí: cada voz le pidió a Roberto que viniera al asilo, que era lo más conveniente de verdad y, como remate puntilloso (ése fue el gracejo de la quinta voz, ergo, la vespertina), que muy poca cosa iba a conseguir si seguía hablando por teléfono. Roberto de plano le espetó a ese burócrata de voz chillona algo como esto: *¡Es usted un estúpido!*, requiebro, si se quiere, porque el otro se rió más chillón que una chachalaca. Y los cuelgues coincidentes. Y el desánimo acá, digamos, ocasional, a sabiendas —por deslinde— que su necedad debía continuar mañana. Sería pues la cuadratura mental de un buen perdedor que aspira al menos ir en pos de un empate.

Y el empate ¿cómo?, nomás con que le explicaran al dedillo lo esencial: el nombre del padecimiento y en lo que consistía y cuáles serían los mejores remedios y ya con eso, pero… La treta era hablar con Dagoberto, no con el recurso de la telepatía, tan figurativa y siempre trunca, habida cuenta que no deseaba interpretar nada de nada; además aquél no mandaba con sus rayos mentales sus cosas: las conocidas por éste, dado que —vemos— ¿con qué imagen hacerle saber al nieto que estaba si no en las últimas sí en las penúltimas, o algo así? Por ende: el vencimiento y, esquivando… ¡a cenar! La sexta llamada sería mañana temprano; hasta mañana, y por principio de cuentas, previo al pique de números haría un par de changos con sus dedos ¡claro!: suerte bruja, o yendo al tope supremo ¿qué bondades podría atraer si se encomendaba a Dios, de una vez?

Antepongamos lo de la cena en un restaurante caro de la ciudad en mención, quizá el más, pero ¡ojo!: por más elegante que fuera estaba mal visto —por desatino sobrentendido— lo de la exigencia de saco y corbata. Allí y en todos los restaurantes sofisticados de la ciudad cualquier persona podía consumir excentricidades culinarias portando bermudas, playera y chanclas. Bueno, pero pasemos a lo

de las olas. La sentada del recién cenado en la playa… La del hotel dizque rústico…

Ante el panorama nocturno qué tristeza y qué dicha, más aún: qué reflexión nostálgica y qué pragmática: «Tú debes vivir la vida que quieras vivir»: tal premisa hecha mella, y la antítesis: el millón guardado en el banco. Pugna a medias: lo uno terminaba por perfilar a lo otro como para acceder a una sola palabra: *continuidad*: aunque síntesis no tan de a tiro tácita, pues, de suyo, continuar ¿qué? A Roberto le bastó acordarse de su millón para caer en cuenta que podía sacarlo cuanto antes del banco; que se lo devolvieran en cajas: ¡oh demanda!, en virtud —y esto como estrategia no confesable a los ejecutivos bancarios— de que ese monto lo utilizaría para llevar a su abuelo a un hospital de prestigio; que allí lo curaran de cabo a rabo. Estaba seguro de que sobrevendría un gran gastazo. Entonces quedarse con muy poco y luchar, desde abajo otra vez, para acceder a la *continuidad*, aunque allí ¿en la orilla del trópico? Desabridamente pensar si le convenía… mmm… estaba por verse. Ah, la vida que quería vivir amagaba, de suyo, con un empiezo muy largo. Un salir del pozo aquel —¿se recuerda?— color caqui, a través de una apretura muy de veras estrecha; ¡uf!, casi imposible el aireo; casi la esperanza pareciéndose a la renuncia, y entre ambas casi la renuncia triunfa… Ninguna revelación por el momento, tal vez mañana después de hablar con… ¡ojalá!

Y habló lo más temprano que pudo: siete y media de la mañana.

En definitiva, al solicitante le llamó la atención la amabilidad del contestador remoto, mismo que se aprestó a ir hecho a la raya a la habitación de Dagoberto Pastrana, bajo la procura de despertarlo si se hallaba dormido y por tal razón el aguarde.

Aguarde de diez minutos y pico en franco pasmo.

Lo glorioso a punto, por estire. No el cuelgue a un tris cuando, por decir, parecían palpitar los últimos sesenta segundos. Aguante, reacio casi, estomagante y… la voz añorada:

—Bueno…

—Abuelo, te estoy hablando desde una playa lejana, una de este país. Te he estado hablando, pero hasta…

—Lo sé, y protesté… por eso es que hoy me estás oyendo.

—¿Y cómo estás? Sé sincero.

—Bien, en términos generales bien.

—Además de no haber podido hablar contigo, tampoco he podido hablar con el médico que te atiende. No sé qué enfermedad es la que padeces, pero estoy dispuesto a invertir el millón de pesos en mi haber con tal de verte aliviado. No me importa si para ello tenga que llevarte al mejor hospital, sea nacional o extranjero.

—Guárdate el millón, poco a poco voy saliendo de mis males.

—¿Pues qué es lo que tienes?

—Algo de leucemia; algo de lipotimia y bradicardia; algo de litiasis; algo de diabetes; algo de nefritis y algo de mielitis, pero nada que no pueda tratarse. Por fortuna, estoy bien medicado.

—Recuerda que tengo un millón de pesos: suma que en realidad es tuya.

—Roberto, si me quieres ayudar sólo te pido que me pagues por adelantado tres años de estancia acá. Lo demás es para ti.

—Pero…

—Tú fuiste el de la idea de reeditar el libro. A mí, bien lo sabes, nunca me importó.

—Pero estás enfermo. Yo no quiero que te mueras.

—Estoy viejo. Y de aquí en adelante seré propenso a padecer enfermedades inimaginables, todas nuevas y riesgosas. Por mi parte, trato de obedecer al pie de la letra cuanto mi médico me recomienda.

—No estaré tranquilo si tú estás mal. Lo peor es que ya sabes, por lo que te conté, que por el momento no puedo regresar a la ciudad.

—Creo que ya estás enterado de que cuento con servicio médico permanente. Así que por mí no te preocupes, preocúpate por ti… Oye, y a propósito, ¿hiciste aquello que tenías planeado?

—¿Qué?

—Lo de tu ex jefe.

—No lo maté… Erré el disparo… Pero hace un par de noches tuve una pesadilla que me inquietó. Resulta que en el sueño mi ex jefe me propuso que fuéramos amigos… Acaso porque ambos nos vengamos y no pasó tan a mayores. ¿Cómo ves?

—De los sueños sólo cree la mitad.

—¿Pero cuál es la mitad que debo creer?

—Que no habrá más efecto, que el asunto está arreglado. Incluso

debes pensar en la opción de la amistad, no es mala idea.

—No, eso no.

—Si vuelves a soñar con tu ex jefe por lo menos un par de veces más y te propone que sean amigos, acepta, digo, acéptalo en el sueño, haz el esfuerzo, y si se da el caso, también acéptalo en la vigilia. Pienso que te conviene, es más ¡háblale!

—No, él no me importa.

—Entonces intenta desactivarlo; bloquéalo, te costará trabajo, pero no pasará mucho tiempo para que empieces a sentirte mejor.

—Oye, abuelo, y qué me dices en lo tocante a la embarazada, ¿la busco o no?

—Tú vive la vida que quieras vivir, ya te lo dije. La decisión de tener al hijo es de ella y si tú no la quieres para qué te metes en líos. A lo mejor el vástago te buscará cuando sea un adulto hecho y derecho. Ya para entonces sabrás qué hacer.

—¿No crees que seré demasiado cínico, sólo por desentenderme?

—Tú tienes un destino, pero también tienes una o dos opciones definitivas que la vida te ofrece. Haz lo que sientas verdaderamente.

—Mmm… por el momento me desentiendo.

—Si uno pudiera prever sus propios daños; si nuestra conciencia nos revelara la verdad, o nuestros sueños, tal vez siempre atinaríamos al tomar cualquier decisión, pero como esta realidad no deja de ser una certeza harto parcial, todavía habría mucho margen de error.

—Mi error fue ligarme con una ignorante, un ser muy de este mundo jodido.

—Ni el más ducho sabe bien a bien con quién trata… en fin… Te confieso que ya me está doliendo la oreja.

—Oye, por cierto, la otra vez compré un libro donde leí varias veces la frase que tú me dijiste la última vez y hoy me la sueltas de nuevo: «Tú vive la vida que quieras vivir», así: palabra por palabra, a ver ¿qué me dices de esto?

—Que leíste mal y que en definitiva estás soñando despierto. Eso a veces pasa. Es el ritmo delta el que nos hace esas trastadas. Debes estar alerta, porque suele ser un principio de locura.

—¿Locura?

—Algo hay de eso. ¡Cuídate!

—¿Y qué debo hacer?

—Bloquear lo que no deseas. Entiende que es imposible que ocurran tantas coincidencias y tantas repeticiones. Vuelve al libro y verás que tu subconsciente diseñó una falacia.

—Lo haré, aunque…

En efecto, el libro —¡¿aún?!— instalado en la horqueta del tabachín: un problema el trepe: o ¿qué flojera?, o qué puntada tan niña para quienes lo vieran; además faltaba saber si los del hotel rústico lo dejarían hacer tal despropósito. Quizá sí, tras argumentar la ostensible rareza resultante ¡allí!: vista, véanla, comprueben… ¿y para qué?, mejor no, mejor tal cual; que si inconsecuente… uh, ni saberlo: ergo: la flojera autoimpuesta, sin derivación de ajenidad. Mal que bien en todo eso pensó el nieto en aína y:

—Mira, Roberto, la verdad es que ya me duele muchísimo la oreja y como sabes, aunque estoy estable, no estoy muy bien de salud. Voy a retirarme a dormir. Tengo que cortarte.

—Está bien, te hablaré la próxima semana.

—Yo soy el que quiero hablarte si te necesito. Te juro que lo haré, es más, sólo para saludarte. Así que dame tu teléfono, con clave de larga distancia y todo.

—No me lo sé… mmm… En diez minutos te hablo para dártelo. Necesito hablar a la recepción del hotel.

—Dáselo al que te conteste. Yo me voy a dormir.

—Antes de que nos despidamos, quiero que alguien de allí, y si es el señor que me contestó mejor, me proporcione el número de cuenta bancaria del asilo y los datos que hagan falta para hacerte el depósito prometido: el adelanto de tres años de estancia que me pediste.

—Exige que te atienda Genaro, él fue quien vino a despertarme y es el hombre de más confianza, bueno, él aquí me está oyendo, y como sé que sabe guardar secretos, puedo decir que todos los demás que contestan son unos ineptos, unos cuadrados burócratas sin rumbo. Ya hay varias quejas… Que sea él, ¿eh?, y, como te dije, yo te hablo… ¡Adiós!

—¡Adiós!

Diez minutos de operaciones medio ásperas: fácil, pero estricto el simple llamar a abajo y el simple apuntar acá arriba. Acto seguido: la secuela en desperfil de un deber: otra conferencia, ahora sí cortísima, y otro desembolso, también corto, a futuro.

En todo esto hubo pequeños atoros, cual debe, y como el que contestó no fue Genaro: ¡carajo!, pues que se pusiera: exigencia que habría de propiciar una tardanza de un poco más de un cuarto de hora que transcurrido —sépase la dolencia orejera de Roberto— devino buenamente en lo puro expedito. Suerte final. Cinco eran los números del hotel remoto, más la clave de larga distancia a fuerzas y el número de la habitación, esto último aparte ¡ojo! De allá para acá los datos de la cuenta bancaria del asilo; la razón social (quiérase abstracta y larga), que hacía las veces de destinataria, y otros ínfimos apuntes indispensables. ¡Listo!, ¡adiós!, ¡gracias! Ahora viene una particularidad: lo del saque del dinero: asunto que se explica a continuación:

La cuenta era de cheques: o sea que la lana constante y sonante a la hora de mayor antojo: cierto: aquella estrategia de depósito no produciría intereses, bueno, sí, cualquier bicoca que para qué aludir. A lo que, en su momento, el ejecutivo bancario insistió en la conveniencia de establecer una cuenta a plazo fijo: fue incisivo respecto a las múltiples ventajas en cuanto a la activación del dineral: cuadruplicados intereses ¿eh? Pues no, porque Roberto emberrinchado aquella vez esgrimió lo de su antojo: una razón poderosa: lo disponible ¿eh?, y así quedaron conformes uno y otro. De ahí que para el nieto fuera fácil sacar y sacar montos mediante cheques —eso sí—. ¡Vamos!, era como si tuviese su billetiza retacada en una enorme caja fuerte, lo cual: tenerla real a la mano en sus condiciones paseadoras… ¡qué desatino!, ¿o no? De modo que esa vez Roberto se aprestó a ir a la ciudad cercana con la chequera metida en una de las bolsas luengas de sus bermudas. A manejar. Hacía un calor del diablo, tempranamente. Con lo que la idea de un carro nuevo: con clima, sobre todo eso, ay… Pero… No quería alocarse, sino… Preferiremos, por lo pronto, imponer la trinca de «hecho lo hecho» en el banco líder, con sucursales por doquier en el país (ése era el banco que la gente del asilo escogió) y: depósito noble, al tiempo de cavilar Roberto en el porvenir monótono que le esperaba al ciego. Por ende, como que presintió que el lapso restante de vida de aquél no pasaría de tres o cuatro meses, cuando mucho.

Razonable pesimismo (tan a la segura) y obsequio por adelantado al asilo, en razón de que el depositante no exigiría el

reintegro del dinero abarcador por tres años de estancia de… Incluso pensó en semanas, y apurándose: en días y aún en horas: el abuelo yéndose con sus sueños y sus vicios telepáticos al otro mundo (mejor por fantástico, según se decía), amén de su erudición extensa y profunda, misma que para qué. Allá iría pronto: rumbo a la reinvención total. Deseo de Roberto ¿quemante?; sospecha reforzada, más bien. Y lo concreto —mientras tanto—: el depósito en sí: desprendimiento que podría interpretarse como demencial (él lo interpretó así) y no obstante: va, fue, llegó ya sin desdoro: lejos; llegó como tenaz obligación: escaloneando; llegó para que fuese usado: ¡órale!, ¡qué dicha!

Y Genaro avisó de eso a sus superiores.

Y los superiores fueron de inmediato al banco líder a extraer el obsequio.

Y el presentimiento de Roberto no fue erróneo: sí que el ciego estaba desmejorándose retefeo.

¡¿Tan acelerada caída?!, nomás el nieto abandonó la ciudad de sus amores, al parecer para siempre, y a aquél se le arreciaron sus dolencias… menuda paradoja.

Designio de un soñador metafísico…

Salud condicional…

Lo que sí que Dagoberto no quiso confesarle a su nieto acerca de lo mal que andaba. De haberlo hecho aquél se habría venido alarmado, no previendo las macabras consecuencias de: ¿la venganza inenarrable del presunto ex jefe, allí en el asilo, por qué no? ¿La aparición de la panzona ignorante escoltada por sus hermanos fieros, también allí en el asilo, por qué no? ¿Y qué otra fregadera más? Es que habría zafarrancho en tal reino pacífico: sangre (quizá), muerte (quizá), no sin descartar un festival de exasperantes peladeces. Una revolución emanada de un sinsentido, y un sinsentido que más bien daría vergüenza.

Bueno, hagamos lo macabro a un lado porque Roberto hizo el depósito de buena fe; ya se sabe en qué consistieron sus temores, mismos que fueron sentimentaloides. Y en cuanto a Dagoberto, aún sumido en sus males, como que adivinó el viaje instantáneo del dinero hacia acá: onda virtual tan plausible, con el residuo mismo del momento de la firma: atisbar esa imagen entre leves quejidos. SIN EMBARGO: cuadremos lo netamente real, no sin antes decir que

pasaron dos días en los que, fuera de la elaboración, hecha con intencionada parsimonia, de ese cheque de banco discreto depositado en la caja-ventanilla de ese otro banco líder, amén del regocijo que mostró el peinadísimo cajero juvenil, fuera de eso, y aquí se enfatiza por lo que habría de representar ese momento límite, nada de lo subsecuente fue siquiera digno de un mínimo sobresalto emotivo. Dos días nulos durante los cuales Roberto anduvo de aquí para allá y regresó y de nuevo tal accionar y, bueno, daba la impresión de que estaba viviendo en medio de una suerte de vaporeo inane. Flotación que apenas, por decir… Así estuviese quemándose durante horas frente a las olas del mar, o cafeteando o cerveceando al aire libre para matar el tiempo, o en recueste en la inmensa cama rentada rodando de un lado a otro porque sí, o dado al consumismo perendengue con su tarjeta de débito, o dispuesto a la más cansina ociosidad que usted y yo le endilguemos, su vida ya era una reducción muy de a tiro: cortedad de afanes: ergo: invertir lo que le quedaba de capital en un negocito echado a andar allí en el pueblillo o en la ciudad cercana o en otra parte: ¡no! Ir a otra urbe, donde hubiese universidades públicas, con la mira de presentarse a un concurso de oposición: ¡descartado!; o ¿qué más? Vivir en la inopia gastándose el dinero hasta percatarse bien a bien que no tenía ni un quinto: ¡qué horror!, y: sin decisión aún, y: pasaron tres días más, y: ya estaba fastidiado de ver a tanta gente güevoneando, y: el abuelo no le había hablado ni nadie del asilo. Tampoco le enviaba imágenes telepáticas, lo que habría sido un aliciente de vencida: pero: de eso ni de refilón hubo vareta cuando sostuvieron la plática telefónica y el nieto no iba a tomar la iniciativa de llamar por llamar nomás para salir de la monotonía; no deseaba enterarse de algo como: «tiene que venirse porque su abuelo está muy grave». Entonces qué inventarse, mientras tanto… Ah, ideó lo de la natación diaria: ejercicio extenuante revitalizador, sólo que en el hotel rústico no había piscina, por lo cual: cambiarse de hotel: ir a la ciudad cercana en busca… el cambio le beneficiaría, aunque: un molesto detalle: obligadamente tendría que hablar al asilo para darle a Genaro —sólo a él,

o'key

— el nuevo teléfono, y ¡no! Entonces… a ver… Otrosí: el corredero de kilómetros diarios, pero —viéndolo a fondo—: hacerse un atleta

ejemplar, amador matinal de la vida: adjudicándose, desde luego, dietas rigurosas: ¡oh!: conservar la línea para… y fortalecer sus músculos: ¡oh!, teniendo su mente siempre fresca y siempre lúcida: leer de otro modo puros bestsellers, como corresponde a un ser positivo y con perenne despeje de horizonte: ¡no! La cosa es que pasaban los días y él en donde mismo: en el hotel rústico medio grato: en inigualable costumbrismo de atraso: güeva sobre güeva y con el aliciente supino de más güeva. Soledad curtida tan de bajada. Es que tampoco a últimas fechas le atraía pasear a lo tonto por la ciudad cercana. El simple hecho de manejar su carrito le aburría. Tal vez la sacrosanta inania le deparara algo: y esperar y esperar, hasta que…

La llamada siniestra: no frontal, por fortuna: ergo: fue un recado que un palurdo de la recepción tomó en deletreo asaz caligráfico dada la importancia del aviso y de la angustia del llamador: *Que el señor Roberto Pastrana se comunique de inmediato al asilo. Es urgente*. Y el retardo como contingencia dramática. Imaginemos el recado en aguardo vibrante (casi) desde la mañana hasta el anochecer en el casillero de la habitación 310: acaso móvil: punta orillada de revés, mucho borneo a hurto o sea: ¿queriendo caerse? Parecía que sí: de hecho pasó cuando el palurdo quiso cogerlo para entregárselo al destinatario de marras: suelo, agache: casi ritual la entrega seguida de la lectura al taz a taz: en resalto la tinta azabache cuyas letras parecían ir creciendo, al menos así las percibió Roberto. Lo peor: enterarse: llamada (la verdadera) desde… Su nerviosismo íntimo en la habitación cuando allá abajo el palurdo le dijo: *Está listo. Hable*, y con un «bueno» titubeante y un identificarse algo tartamudo el nieto oyó esto:

—Su abuelo murió hoy en la madrugada.

—¡¿Qué?! Asegúreme que se trata del señor Dagoberto Pastrana.

—Sí, es él, el escritor, su abuelo —era la voz atiplada de Genaro, por ende la noticia adquiría una doble contundencia.

—¡Y cómo fue…? ¿Por qué tan repentino…? ¡No lo puedo creer! ¿De veras?, este… ¿Me está diciendo la verdad?

—Fue un ataque cardiaco.

—¡Chingada madre!

—Ya lo estamos velando aquí mismo en el asilo. Hay una capilla pequeña. Tiene que venirse de inmediato. De preferencia en avión,

porque el entierro está programado para mañana a las cuatro de la tarde.

—¿Y cómo le hago? No sé si aquí cerca hay aeropuerto. Aguántenme. Entiérrenlo pasado mañana.

—No sé si las autoridades del asilo permitan un día más de velorio.

—¡Quiero hablar con el director, por favor!

—Él no está… ni tampoco su asistente. Lo más seguro es que vengan mañana temprano. Le sugiero que trate de venirse como sea. Ahora mismo diríjase hacia el aeropuerto más cercano. Contrate un taxi, para que sea más rápido, y luego aborde el primer vuelo que encuentre con destino a esta ciudad. Ésa es la mejor recomendación que puedo darle.

—Está bien. Voy a hacer lo imposible por estar allá a la brevedad, sólo que si no me alcanza el tiempo, nomás dígame el nombre del panteón en el que lo van a enterrar.

—Es el panteón Las Margaritas. Está a unas seis cuadras del asilo. Me imagino que cualquier taxista lo identifica con facilidad y, bueno, de veras, no espere más para venirse.

—Allá iré… ¡Ni modo…! Mmm… No sé si llegue.

—Acá lo esperamos. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego!

Y el cortón fue furioso: por llanto inevitable, subconsciente, de suyo: Roberto, cual niño desconsolado.

Empero, lo práctico incómodo: presentáneo: la velocidad demencial ¿a la de ya? En potencia los chiles serranos —la sutileza a contracorriente— útiles para no sentir sueño ni por error; aunque, de facto: sí: sobraría tiempo para el lloro y para algún desfogue estentóreo. Ahora LA INFORMACIÓN abajeña: que fuese frente a frente con el susodicho recepcionista. Ir, sin más, como lo hizo: con escaloneo atrabancado, pero eficaz: y: otrosí: el aeropuerto, el vuelo, la hora. Sobre lo primero el palurdo le dijo que había uno a casi cuarenta y cinco minutos de allí, rumbo al sur; de lo segundo: momento, había que checar en un folleto de viajes: y: en efecto: dos vuelos diarios a la ciudad aquella, la de procedencia. De lo tercero sólo se destaca la precisión de las diez a eme, porque el vuelo nocturno en realidad no lo era tanto: las tal vez aún aurorales ocho pe eme, y ¡chin!: es que viendo su reloj hizo el cálculo, y no, no

alcanzaba, por más inverosímil que fuese el viaje en taxi, más la compra en friega (si es que había lugares en el animalón de acero) y la subida jadeante, y no, no, ni de chiste. En cambio el vuelo mañanero… otro cálculo… ¡Sí, sí podía llegar hasta el asilo antes de las cuatro! De resultas devino una mezcla de coraje y dolor cuyo corolario debía ser el aguante. A dormir, si podía. Media vuelta: ¡pues sí!: y subir cabizbajo: tan lento: con intencional pachorra o cuajo, como si detectara formas de vida minúscula en los dintornos del mosaico: lo «sin para qué» inamovible: quiza con pálpitos a partir de cada equis pisada… tan dependiente animación ¿sí?

Las puertas vivas. Las paredes muertas. Suelo y techo ruidosos, pero ¿vivos o muertos… o cómo? Dejarse llevar hasta el mismísimo simulacro de un derrumbe camero. Cataplasma y lloro y grito desde las entrañas. Quería, quiso: Roberto siguió queriendo niñamente a modo, al grado de sentirse, por mesmedad, un cadáver que sueña. Fingido cadáver en vías de atontamiento. Él rígido adrede: durmiéndose. Dureza y palor contra sí para corroerse a poco con historias truncas. Sueños en declive: hacia el fondo más sucio de aquel referencial pozo color caqui: mierda y luz y amor, luego una fragancia florosa nunca olisqueada tan respironamente: la maravilla de una aproximación al supuesto instante eterno: salve salvedad… ¡No!, por muy rígido que se pusiera en la cama no podía yacer como un cadáver, menos bocabajeado como estaba. Y el llanto de continuo, pese a pese: interior ¡ni modo! Trancos de colores durante el sueño y lágrimas que debían brillar justo en medio de lo que miraba alejarse: un féretro cargado por cuatro hombres vestidos de negro; cuatro con cachucha, saco y corbata. La triste elegancia que puja serena. Dentro del féretro el abuelo muerto: dizque dejándose llevar hacia ¿lo falso blanco?, y luego ¿suave?, y luego ¿benigno? Más, más se alejaba aquello por un llano sin lomas en redor (ritmo ¿qué?, ritmo ¿cómo?), como si en el trayecto del acarreo quedara detrás una estela que un viento, parecido al siroco, fuese borrando, como también se iba borrando la vida de Roberto, sí, porque la palabra «muerte» al fin y al cabo quedaba integrada a su vida. Y la pregunta sin respuesta: ¿hasta dónde llevarían el féretro esos elegantes fulanos? Miles de avatares habrían de experimentar: una acción se trompicaba con otra. Deslinde e impostura. A tutiplén los tajos… que si minucias cayendo… Frágil montonal abajo expuesto a

la fuerza del viento: un ir oscuro entreabriendo desatinos… y… qué ritmos… trayecto lento que amenaza con acelerarse, o al revés; parábola de largueza (asu) que se deshace a la mitad, y cae, caía, para derivar en lastre. Tras sentir que el sol del nuevo día entraba por la cuadradez ventanera pudo Roberto despertar, pero se resistió.

Ojos cerrados por mor de un dormerío conciente. La inmovilidad que induce a una recapitulación capciosa empezando por imaginar cómo estaba efectuándose el velorio. Poca gente, algunos ciegos del asilo haciendo acto de presencia: un rato de congoja, tal vez nomás de cumplido. Llegadas y fugas de éstos a cuentagotas, y en tanto estaban en la capilla había zumbido de bisbiseos, y punto. Ningún rezo: ¿no? No se descarte que más tarde pudiese venir un cura a decir misa; que a la postre la culminación esperada: los santos óleos y demás tristezas glorificadoras. Así el meneo mental siempre y cuando el grueso de los de allí pensara en reducción: Roberto: que se iba adentrando en su negativa de no ir, en virtud de atisbar una inútil ganancia: viaje locuaz volador y sin «para qué», concebido —¡uf!— ¿al buen tuntún y sólo para convencerse, muy a las claras, de la pérdida? *¡No!, no tengo a qué ir. No quiero deprimirme al triple. Aquí lloraré tanto como allá… o ¿quién sabe?* O sea: el valor de las lágrimas a qué tanto ascendía estando en este lugar o en el debido. Pero no era eso lo primordial sino los gastos de velorio y entierro: cositas y cosotas: las imprevistas de última hora: muchísimas… Pues que los del asilo se lo cobraran con el dinero del depósito; al fin y al cabo fue un engrosado adelanto. *¡No!, no iré*. Roberto enviaba esa perífrasis tajante como síntoma telepático, a sabiendas de que algunos del asilo la recibirían y… mmm… serían comprensivos de más. Y claro que no, porque empezó a sonar el teléfono: ¡lo que nunca! A lo que: la estrategia del ¡dizque cadáver!: ¡no contestar! Tan comprometedor era decir «bueno». Es que la petición de allá, amén del regaño y… más lloro culposo ¡por supuesto! Téngase la iniciativa del que por un momento se hizo el vivo: llamar a la recepción para ordenar medio enojado: *¡No me pasen llamadas. No estoy para nadie!* Así la tranquilidad para volverse a sentir medio muerto: uno que accede a una revisión dizque objetiva de su vida: fugacidad atenida a una fórmula: de principio a fin soledad: más atareo inane: igual a ensoñación a cercén: esto es: largueza de juventud sin novias de veras jovencitas;

desamor inquietante asido a una timidez sin visos de mejoría: ergo: mejoría mundana: el cómo abordar a las mujeres: ah, la imposibilidad a cruz y raya, el no aprendizaje o la postergación del querer. Y: experimentos con las putas: pocos. De modo que Patricia: la primera, de vencida, ¿verdad? Yen cuanto a los amigos: ¿cuáles? Ni uno, o puro ocasional: aquellos nebulosos cafeteros, cerveceros, tequileros, roneros y nada de más alcance. Quizá para todos él les resultaba un ente fastidioso, pese a su auténtico afán de amistad de buena fe: el buscar, buscar… y no, ningún interesado… ni siquiera sus padres (si a esas vamos)… Sólo el abuelo, pero él y su desenfrenado monólogo intelectual, o mejor: su síndrome de catedrático a la barata. Roberto y su postura de sumiso para escucharlo, escucharlo (pues sí) a condición de adjudicarse (NADA MÁS) el papel de discípulo. Así sí. Sí lo único y ¡tenga su alud de ideas! Lo fascinante de la subjetividad… cuestarriba… por mor de una dependencia que, por fortuna, ya no… Ruptura… Y: *¡No!, no iré. Además ya se me fue el vuelo de las diez a eme*. El último enlace tácito. Pero, visto buenamente, dadas las circunstancias ¿de qué persona valiosa iba a depender de ahí en adelante? De él mismo, uy, cuantimás de su dinero, cual herencia, digamos, útil para poner un negocio en la ciudad cercana, por ejemplo un café con algo de libros —¡claro!— bestsellers, puestos en estantes que si reducidos, que si aleatorios, que si no ostentosos, y unas seis mesas con cuatro sillas cada una, aunque: a saber si le alcanzaría la actual suma para tal inversión… Seguro que no… ¿Y entonces… qué otros intentos comerciales acordes con su espíritu? En eso pensaba cuando le vino a la mente una idea medio desquiciada: qué tal sacar el dinero del banco. Antes comprar una maleta para… y… el dizque cadáver se dio el levantón. Vivacidad al margen.

Margen de procedimiento: la compra de eso allá: a unos cuantos kilómetros, se sabe. Y Roberto se aprestó primero para echarse un baño sabroso, quiérase prolongado y no de pie, sino que cual muertito ganoso se tendería sobre el mosaico garzo. Arisco aún, a expensas del piqueteo líquido, o, digamos, delicia venida de una altura que él juzgaba sideral… Dios le estaba dando órdenes no sin antes apapacharlo: lluvia despertadora que igual lo aguangaba que fortalecía, mas la fortaleza (divina) lo impulsó a una secada placentera acorde con el aireo del clima artificial. Lo siguiente

debió corresponder a los grados de aceleración de un ente asaz responsable de su destino, mismo que no era otro que el ir para resolver. Fácil, pues, fue la compra de la maleta: una «sansonite» de unos sesenta centímetros por veinte, en fin: una de último grito y: ahora sí la dificultad… Cuando llegó al banco luciendo su compra los sujetos peinados de allí se la hicieron de tos: que para qué sacaba el dinero; que era más productivo tenerlo guardado; que por los intereses tan a conveniencia, habida cuenta de otras argumentaciones apreciadas al bies por Roberto como jarabe de pico. Por ende: la disuasión: oídos sordos, pues, y ¡venga mi lana!

Con agria turbación e igual desgano aquéllos le entregaron —¡ni modo!— el montón billetoso. Parsimonia para el conteo en un aparte ni lóbrego ni reluciente: tenuidad quesque agónica, muy ad hoc, como para imaginar cómo fueron las metidas de fajos en la maleta y cómo miraron aquéllos el alejamiento ufano de ese —¡lástima!— ex cliente. No hubo frase despedidora, sino acongojamiento —eso sí— tieso, de hecho mudo, o de hecho bilioso, pero el «ssssth» a fuerzas impuesto por el ex depositante, dándose al cabo el riesgoso andar del mismo con el tesoro al aire libre; riesgo cual corrección, siendo que nomás se suscitó durante un poco menos de diez minutos. Atrás quedaron los dos contempladores bancarios. Lo visto: el cruce de calle del susodicho, en medio de un trajín semindiferente: andadas de cuántos con prisa y aquél: uh: ya un punto quesque activo nomás por el hecho de abrir la cajuela de su coche y meter la maleta.

Figureo de desplazamiento en un nivel de espejismo: casi. Ahora la perspectiva propincua tras ver de cerca el frenesí del capitalista sui géneris. Sudor en la tez: mucho, a raíz de su mirujeo en redor, detectando esquinas. Debía encontrar una solitaria: no orillera, pero tampoco tan cercana al centro de la (propiamente) actividad comercial de allí… a ver cuál… En vislumbre la adecuada, a Dios gracias: una cuadra más allá: contra el sol. De modo que lo primero consistió en estacionar el coche en un lugar estratégico a bien de caminar con la maleta en dirección a lo dicho. Poca gente, en efecto: y: pasos rumbo a lo decisivo, toda vez que hubo realizado lo correspondiente del empiezo de su plan. Total que la maleta tuvo acomodo: un leve recargue en el filo de la esquina en mención. El deje frío y el regreso de Roberto asaz tembloroso para ver desde su

coche la escena pretendida. O sea: tiempo al tiempo… Bueno, cabe aclarar un par de cosas antes del regreso planeado del aún capitalista: uno: extraer un par de fajos y: dos: dejar entreabierta la maleta para que los transeúntes se percataran de que en ese interior había harto dinero. Ni pasaron diez minutos cuando… Primero se acercó una señora que, por su atuendo, parecía ser una normal clasemediera tirando a pobre. Ella: como que olisqueó lo entreabierto sin meter mano, estaba a punto cuando un hombre harapiento: un retebarbón cuya pestilencia a rayos sí que espantaba, ése, pues, algo vivaracho, sí que supo de lo habido adentro; entonces empujador se adueñó nomás de cinco fajos sostenidos con hábil equilibrio entre sus brazos fláccidos: ¡y a correr! (¡ea!) victorioso. A saber hasta dónde fue a dejar lo cogido, pero el caso fue que cuando regresó por más lana había un enjambre variopinto de cogedores. Dedúzcase la soba o la felpa, así los empujes y los sentones, tantos codazos (lógicos) de hombres contra mujeres, o al revés, o entre iguales, hasta llegar al pleno vaciamiento de, se colige: nadie se llevó la maleta: que sin nada de nada qué valía. Valía lo impetuoso: téngase que los más fuertes acabaron por arrebatarles fajos a los más débiles: tanto de eso visto por Roberto como si fuese la dinámica de un teatrino. Extemporánea reminiscencia de la infancia: la de Roberto acaso medio feliz: rescate al bies, tratándose, de hecho, de un panorama moteado: cuantimás en disminución: gris, de resultas, repleto de células rompiendo sus límites; gracia agresiva, por decir, para unos ojos que de por sí avistaban una larga estría ondulante. Que hubiese golpes y sangre o que hubiese gritos de alarma por las ínfulas del arrebatamiento, ¡uf!, ni valía la pena saberlo tras mirarlo. Mejor irse: Roberto arrancó queriéndose triste manejador de un coche —¡ya!— casi de a mentiras. Atrás quedaba su expiación infantil —¿por qué?— autoimpuesta a lo parecido a un teatrino móvil y maldito que acabaría acaso ¿trágicamente? Presagio y olvido: todo en rezago: adelgazándose. También se adelgazaba la siguiente etapa de su plan: ir a una farmacia a comprar una buena dotación de somníferos. Por fortuna llegó pronto a una más bien pequeñita, sin clientela (tal detalle cual ventaja): ámbito tristón, medio oscuro: ¡de juro!, increíble. Ventaja porque pidió con énfasis lo que se dijo y el empleado despachador no le exigió receta ni marca específica de…

Lo importante era vender, dado que, por lo visto, allí no se paraban ni las moscas (valga). De todos modos el susodicho vio con, digamos, ojos de venado al raro cliente, quien, desde luego, no estaba para sostenerle la mirada ni al despachador ni a quien fuera que se le pusiese enfrente. Más bien el agache: esto es: Roberto pidió y, bueno, hasta que le fue entregada la mercancía —siete cajitas de ocho por cinco centímetros— levantó la vista para oír el total: la cifra no importaba. Para los empleados lo llamativo fue el saque dificultoso del fajo: uno gordo metido en una bolsa de las bermudas. Pero más llamativo fue lo dicho, a modo de despedida, por el cliente: *Como me cuesta trabajo quitarle la liga a este fajo, aquí lo tienen, todo es para ustedes*. Y se retiró en friega. Un loco, aunque ¡el regalo! Los dos empleados que había allí ya ni vieron la huida de aquél, sino que, sin desligar el fajo, se pusieron a contar la billetiza… Siguiente etapa: el hotel rústico: Roberto manejando con lentitud. La prisa sería otra: la posterior: el sentirse como un dios que ha hecho demasiados favores.

Lo primero: desnudarse: libertad para… Enseguida localizar la jarra de agua: había una (la de siempre) reluciente en la cómoda: grato cristal sugestivo, máxime que figuraba a sus costados un par de vasos centinelas, también de cristal. Agua al tope en: ahora sí: la jarra-imán esbozando colores. Y ¡al ataque!: ir, servirse, llenando de una vez el par de vasos para al cabo, sin contratiempos, meterse a la boca seis pastillas. Le daría sueño de inmediato: ¡claro!, sólo que el dejarse vencer ¡no!… Le faltaban varias dosis: cada cual de seis… Paso siguiente: otras seis metidas de un jalón… agua empujadora… El sueño vendría, pero de otro modo: dañando, carcomiendo… Un mentís esclarecedor… Un agobio fulminante, más, de suyo, por lento: anhelo de excitación en vías de nebulosidad… ¿Rajaduras internas… mientras tanto? Algo, en descenso, pasaba: y: otras seis de esas cosas, y sobrada valentía para: otras seis y: ¡chíngale!: la misma cantidad porque sí. En total fueron dieciocho pastillas casi de un jalón, más las otras (veinticuatro: redondeando hueramente). Fuerte mareo consecutivo, propiciador de lo esperado: un desfallecimiento: guanga caída sobre un tapete: uno pachón: delicia de revés, quiérase gusto parcial porque sobrevino un boquiento vómito de sangre.

Cortezas coloridas que se andaban ahogando: turbio

ahondamiento ubicuo. Parecía que dentro de su cuerpo Roberto sintiera una carga de brasas ardientes: vísceras que a poco se destruían… La cosa era que faltaban más somníferos para ingresar al sueño definitivo.

Fuerzas para calibrar un repaso acelerado de lo que fue la poca transparencia de una vida sujeta a unos cuantos bordes: trasunto que entre dolores banderizos tan sólo traía a cuento el final patético de *El sueño ayuda a la telepatía*, donde había una afirmación por demás categórica (no literal, pero traída por el serpenteo de un recuerdo casi rendido, Roberto conectó un saber desgraciado): «es característico del ritmo delta que entre el extenso tejemaneje onírico una persona muera, o al menos tenga un serio percance». Y, de hecho, León Allacci murió, casi en la parte final de la trama (también otros dos personajes secundarios). Si esto era verdad ¿en qué sueño de quién Roberto era un ser agonizante?

Falacia con arreos: ¿quién lo estaría soñando?: acordarse de: Patricia Raña, Septiembre Tamez, Elías, Celia Damiana, quién de los padres o de los hermanos de la embarazada, o Tomás Zúñiga o Justino Macedo o Juan Bruno Farías o… quizá… ¿el abuelo muerto? En desate caótico las figuras minúsculas de un teatrino infeliz que ya de todas-todas hacía las veces de un tejido celular, mismo que se desvanecía al compás de otras violentas gargantadas de sangre. Charcos de venero atónito salido para mal (o para bien) y casi avezado (o malvezado) en blancores que apenas sí, o qué otros colores por venir.

Tajos y cercanía: moldes que se rompen. Ilusión que fulgura no sin que antes se sucedan ambiguos y luidos derrumbes. Cierto: las pocas fuerzas que le quedaban a Roberto podían servirle para arrastrarse hasta el baño: la expectativa roja y dolorosa: remota y sutil trampa y, bueno, el agonizante sentía que su vida era un pardeo supino, como si se fueran apagando las luces de un escenario y sólo quedara una línea rígida que él debía rebasar. Avance y ¿más somníferos? En su mano derecha traía otro puñado. Así: un último atasque, ya sin agua.

Entonces la ingestión letal como pudiese: fuerza reptil que ya no, que ya a medias, porque estaba accediendo, por fin, al deseado instante eterno: propincuidad impía: que si obra diabólica degustable cual sondeo de vencida: acre osadía, y sí: pérdida y

hallazgo: logro: la muerte como triunfo, la nada como tregua.

59

A Patricia no le sorprendió gran cosa ver la cerradura cambiada una vez que llegó al apartamento. Una vida como la suya, henchida de jodidencias, no podía desconsiderar empeoramientos repentinos.

Sin explicaciones rencorosas —todas debieran de ser vacuas de por sí—, no hizo más que ir a buscar a un cerrajero. Luego, al sesgo, durante la ida, la conjetura: *Qué juguetón se está volviendo Roberto. Cuando regrese le armaré un pancho*. Sin embargo, corrigiendo mediante trancos de remusgos y corazonadas, pensó: *¿O a poco se largó dejando todo tal cual…? Lo dudo*. Faltaba la comprobación.

Horas más tarde el abrir se hizo de verdad una tarea bien batallosa para el (en turno) enclenque cerrajero que, por supuesto, cobró retecaro, cobró también por la venida a pie desde a saber qué tantas cuadras en compañía de la cliente atlética y exuberante. Friega por el calor. Total que hubo regateo de lana antes del descubrimiento deseado de ella, quien algo pudo rebajar mediante un tono de voz melódico tirando a melodramático, y ¡listo! Ergo (pues) la detectación a tientas. Digamos que estaba igual de poblado —e inanimado— el apartamento. O sea que el regreso de aquél ocurriría en cualquier rato y la graciosa sorpresa sería para él horrenda: *Ah, juguetón; ah, cabrón: ¡Veme!, no te será tan fácil desligarte de mí*. La vanidad de la embarazada: tal cual: a zote altura: aún: sobrio empaque.

De otro modo… a ver… Por ahí la ropa: esperanza: los muebles: esperanza: los trastos y la vajilla: esperanza: al igual que la comida en el refrigerador y en la alacena: en cambio los libros: incógnita: el desacomodo en lo alto: vistas las inclinaciones de cajas. Todo, eso sí, en retaque dentro del llamado «estudio».

Hubo extracción de qué libros, qué utilidad, qué venta exigua,

qué pensar sin desbarro.

Por lo pronto Patricia decidió dos cosas: helas aquí: pasara lo que pasara, no iba a modificar ni un ápice: esto (ejem) no abortaría: ¡qué valiente!, y, por supuesto ¡qué visionaria!, ya que: ¿el feto traería raja? Pensarlo así le otorgaba una gran dureza ideosa; lo segundo era un arbitrio, digamos, sin comerlo ni beberlo: no salir del apartamento ni por éstas: hizo dos señales de la cruz con sus dedos morenos: dedos a la altura de sus ojos. ¡No! (continuamos) a cabalidad ni de noche ni de día, y así se lo comunicó por teléfono a uno de sus hermanos (el aparato funcionaba ¿eh?), para que éste a su vez lo hiciera extensivo al resto de su familia.

La embarazada tenía que esperar al juguetón (o cobarde) ausente. Incólume su empeño: tenacidad en aras de un deber que pronto debía acabalar el que, sin duda, a saber cuándo y cómo, se presentaría allí, con la cola entre las patas, inventando una historia exagerada, inverosímil para cualquiera… probablemente… Lo que sí se debe traer a cuento es el acuerdo familiar: alguno de los hermanos, sobre todo los dos solteros, cuando no la madre o el padre o los dos, le harían compañía por las noches a su enrabiada mujercita. Turnos, sendos apoyos: qué obligación, pero… Tamaña espantada se llevaría el aparecido nomás de ver la usurpación de su espacio de tal o cual enfadado familiar.

Ya de por sí estaba cimentado el desprestigio del ausente. La soledad matutina y vespertina de Patricia tenía la compensación nocturna: el equis hermano que llegaba a dormir en aquel magnífico camastro, o la madre, como se dijo, o… Téngase que en el lecho en mención había cupo hasta para cuatro personas en apriete, lo que una vez, tan sólo una vez… Y pasó una semana y Roberto no, carajo, tanto que a poco los familiares se hicieron asiduos visitantes. Es que no era lo mismo dormir en colchonetas de borraja que en una cama tan deliciosa como esa: soportadora de cuatro entes no de tan moldeados grosores ni de tan fragantes humores, se hace la referencia porque bañarse allí, en ese cubo tan mosaiqueado, pues era como bañarse en un paraíso increíble; no a base de cubetazos casi eléctricos a causa del agua fría de allá y de acullá (entiéndase).

Total que, apenas trascurrida una semana, la familia ya estaba colada. Dormeríos en cama, sillones y suelo de cuántos. Traído y

metido y vuelto a sacar (una noche sí y otra no, amén de las cantidades del entre de insufribles) el colchoneterío, el cobijerío y el almohaderío. Obvio y antojable el experimento por mor de una confianza inenarrable. Los hermanos casados venían con sus esposas y sus hijos a hacer el cale cual celebración. Así: repeticiones. De hecho, los ires y venires del numeroso ejército familiar empezaron a notarse en demasía; primero por los vecinos, que ni en cuenta (en principio), acaso preguntas latentes que quizá… más bien conjeturas al bies, no frontales, sino en cuchicheo… y luego por el conserje, mismo que una vez subió al apartamento a preguntarle a Patricia por Roberto, a lo que ella dijo que —¡ojo!— «¡su patrón!» había emprendido un viaje largo al extranjero y que tal vez estuviese de vuelta en aproximadamente unas cinco semanas, o por ahí, o incluso un poco antes, siendo que ella, por ser la sirvienta, tenía el encargo de vigilar aquello de continuo.

Ah.

60

Tenía que ser una recamarera del hotel rústico quien hallara al muerto bocabajeado en medio de un charquillo de sangre.

Se notaba que el ahora occiso había luchado con creces: ¡pobre!; que anhelaba llegar al baño para ver si… Pero no llegó ¡ni modo! Y, bueno, en lugar de estar viendo aquello con misericordia, mejor la mujercita se adjudicó toda la tetriquez posible para bajar cuanta escalera deprisa y grite y grite, que se enteraran cuántos oidores: aunque: el destino real del espeluzno era la recepción, donde la música ambiental —¡vaya!—, echada a correr en los últimos días tarde, noche y mañana, como sutileza dizque agradable para los tantos que allí se alojaban (más los recién llegados), estaba atenuando el tal desate horrendo femenino: ergo: cual motoneta el tono chillón tan en etapas: olas pues, pero nunca el silencio en alargue, uno que durara más de tres segundos. Bueno, todo esto se sintetiza en dos palabras: clamor escaloneado, y lo demás repercutiría en el acelere de acciones medio resolvedoras: desde tapar al muerto con una sábana, pasando por la revisión de los datos del occiso plasmados en la tarjeta de acceso al hotel, hasta la realización de tres o cuatro llamadas telefónicas inútiles a… Desde luego, no viene al caso mencionar una gran cantidad de detalles en correntía, porque todo hubo de desembocar en un enorme fiasco: resulta que Roberto había escrito puros datos falsos en la tarjeta aquella: una dirección que no; un teléfono que no; un oficio que no (¡carpintero!, ¡qué cosa!), faltando saber si el nombre y el apellido eran los correctos: Roberto Pastrana: rareza. Empero, el gerente del hotel, que llegó tarde por varias razones, y que era el más inteligente de los de allí, deslizó una orden finísima: que registraran la cartera del difunto ¿eh?, a ver si encontraban tarjetas con otros teléfonos: lo que buscando luego: ¡sí, en efecto!, había sólo tres de Ediciones El Faro, así que hablar cuanto antes para… Asimismo,

había un papelillo con un supuesto número telefónico tachoneado con tinta roja: ilegible, de resultas, pero el nombre no, helo: Elías Pastrana: el apellido: lo coincidente… De paso se informa que en una de las bolsas de las bermudas del pobrecito ente un empleadillo halló un fajo de billetes gordo y ensangrentado. Felicidad a medias, en virtud de que eso debía reportarlo sin menoscabo, ahora sí que a la gerencia: donde: quedó como barrunto lo de una meticulosa lavada y también una secada por el estilo. El monto serviría, en primera instancia, para solventar los gastos de un funeral modesto pero digno: cristiano, hasta eso, con cruz, o sea… y expedito, o sea… Claro que si sobraba una buena suma no habría reparto, en el entendido de que un milagro dineroso, fuese poco o mucho, iría a parar a la caja de ahorros del hotel; disposición en teoría, habida cuenta de que ese resto en realidad debía quedarse en la cartera del gerente ¿eh?: un extra, un modo de negocio, ¿por qué no?

61

No era una cueva el apartamento, no debía serlo. Tampoco ninguna clase de inseguridad —con lastre de miedos y de quién sabe qué otras desazones— era a lo que Patricia debía atenerse: dicho sea: a la inmovilidad por sécula en espera del ser amado… aunque ¿amado? Al respecto padres y hermanos, cuando no una que otra esposa metiche (cuñada, por desgracia), se encargaron de convencerla de que se despejara en la calle. Salir y —si se quiere— tostarse un poco: treta para graduar el olvido siempre a expensas de una conveniencia espiritual. De ahí que cualquier paseo le haría bien a esa que de pronto lloraba de lado y en agache: ¿lloraba exquisiteces? Trasunto subconsciente… tal vez sí, sólo que visto por los familiares (hasta ciertos pucheros emitidos de ocultis). Por ende, todavía a padres y hermanos les faltaba enterarse de si Patricia gritaba a solas su dolor pasional. Empero, por lo visto, sea acaso preferible hablar aquí de los consuelos calmos: palmadas en la espalda, caricias como roces en el rostro de aquella compungida, aplaque tanteador con frases, por fortuna, no del todo redondas… *Será lo que será, pero será mejor*, buen refrán deletreado por la madre: dicho cierta mañana, con voz entrecortada: un ejemplo entre tantos. Luego en vilo el despeje: la tentativa de ir: sí, pero a dónde, toda vez que Patricia aceptó con desgano lo del aireo periódico. Asimismo el pensar en subirse en camiones, microbuses y combis, andar en metro ¿a gusto?, más a gusto quizá si anduviera sin rumbo y con el ansia a pelo por obtener siquiera alguna recompensa, algo circunstancial, debido a que el ¿amado?: quizá ¿todavía vivo… queriendo regresar?, mas no desde otro mundo como un ánima en pena… ¡achis!, ¿de plano eso? ¡No!, la tristeza después, porque era extrema, y ¿entonces?, bueno… Lo que sí que paseara por donde paseara Patricia siempre iría a dar al

apartamento: estar allí por lo menos unas dos o tres horas con el objeto de sacudir el polvo… mínimo eso… mmm… o dizque hacer algo útil, habida cuenta de su decisión de inicio: ni de chiste pernoctar en ese ámbito; mejor en la casucha de sus padres, para mayor seguridad; tal sugerencia —dicha a manera de orden— se la hizo Aníbal Raña.

En fin, antes de darle más avance a esto, es pertinente aclarar que Patricia no estaba enterada de que el apartamento era de renta. Así que latía el revire en abstracto: lo insospechado por ella: la cosa de que el propietario no tardaría en presentarse exigiendo el pago correspondiente al mes de… Radiancia: ¿por venir?: ¡inconcebible! Cierto que hubo llamadas telefónicas: apuntemos que diarias, pero ninguna tuvo el tino de coincidir durante el tiempo que Patricia estaba de visita en, digámoslo de otro modo: si se dio el escabulle, ¡vamos!, ni fue deliberado ni mucho menos correspondió a una suerte de estrategia huyente.

Otrosí: los deseos mismos de la embarazada. Podía llamarle al padre de Roberto, por ahí andaba el teléfono metido en su bolsa de mano: cosa de buscar. Empero, el odio como remanso muy a distancia: la declaración tajante hecha tiempo ha por Roberto: sí: el no contacto de por vida ni con aquél ni con aquélla, más sin rastra de explicación, una glosa que al menos fuese clara, lo que no hubo ni habría. De modo que el comedimiento haciendo las veces de freno: cual política personal abarcadora también de la negativa a indagar los teléfonos de la empresa donde trabajaba Roberto. Tal descarte partía de una malaventura: nunca a Patricia se le ocurrió preguntarle a su amado el nombre de la supuesta empresa…

Y estar en ascuas ¿sería lo preferible? Por eliminación el amago de dudas —¡pues sí!— acorde con la espera sumisa que iría tomándose en resignación sublime expandida en paseos y sacudidas de polvo y parémosle de contar: inercias y tanteo, sólo que todo eso tenía costos, no muchos, pero sí: pagar los viajes en metro, en los camiones, etcétera, ah, sin descontar la ocasional comidita en una fonda o la compra de pañales: de una vez: de los desechables. ¡Oh firmeza de propósito!: el hijo debía nacer, pese a pese.

Entonces: vuelta a los costos. Los cheques al portador que Roberto le entregó —¿se recuerda… cuando la cena?— a Aníbal Raña: aún permanecían intactos. Sin embargo, tras hilar en claro

tales o cuales necesidades de la hija, metida en su preñez, y tras la prolongación exagerada de la ausencia del ahora sí malandrín irresponsable, el portador tomó la iniciativa de convertir aquellos papelillos en dinero vivaz. El banco salvador, o a saber… pero sí: cuando la comprobación frente a la caja: y ¡venga! Claro que el fandango nupcial sería más modesto (si es que hubiera), y no se diga el vestido de novia, pero…

En goteo los billetes: diaria cuota para la acongojada Patricia (sus paseos, sus compras con cálculo), quien

casi-casi

se estaba haciendo a la idea de que su destino parecía haber sido escrito desde mucho antes: una madre soltera sería, sería una más, pero digna, distinta, eso sí, de mente dura ¿eh?, con sobrio derrotero. PERO, esquivando, dicho sea que del capital aquel en efectivo Aníbal no tomó más que cuatro billetes de quinientos. Rasquido prudente, por respeto, porque la esperanza muere al último sí, se sabe: no dar por muerto nada, y de suyo, enfrascarse en el vislumbre —muy a modo de círculo— de lo bonito que iba a ser el fandango y todo lo demás.

Ahora bien, los paseos de Patricia se circunscribieron a los escrictos márgenes de su barrio encharcado y orillero…

No ir más allá, por el momento. Es que le hacía falta encontrarse con gente conocida. Que el señor del tendajón, mismo que la conocía desde que era niña; que la señora de las quesadillas: su famoso puesto: siempre un panal (sobre todo por las noches), ubicado en una esquina en cuya altura había un enredo de cables de luz, y así otros personajes de otros sitios de por ahí: entes antañones cada uno en su célula inamovible: reconocimientos seguros: saludos, sonrisas de esas que pudiesen a bien calibrar la identidad de ella: que si transgredida: ¿cómo?: Patricia, uh, que había experimentado cambios. Dizque era otra, pero no tan de plano… Sin duda a todos ésos ella les diría que estaba embarazada y que el futuro padre había eludido su responsabilidad yéndose a la fregada, ¡como tantos!, pero, eso sí, el niño debía nacer ¿verdad? Además, con eso de que traían premio…

¡Claro!, no perdía la esperanza de —se sabe—. Cierto: buscaba apoyo, nomás apoyo moral, mientras tanto (más allá de lo puro familiar y, hasta cierto punto, corrosivo); en tal sentido debía ser

malcontenta su exhibición sincera, tanto más supeditada al propósito de no engañar a nadie para no autoengañarse a lo bruto. Y fue encontrando más gente conocida: fulanitos y fulanitas, viejos o no tan jóvenes: tantos a la intemperie. Recuperación de un pasado pobre, pero de resultas no tan feo, sí envilecido, sí maldito, aunque suyo de todo a todo y con carga conmovedora de revuelos sin para qué: lo suyo en lastre que jala y somete y configura una desgracia que a veces —muy pocas— es sublime, por la mera imposibilidad de algo más… De algo más, si es que no hay afán de perversión: lo que ella aún tenía: ¿el amor de su jefe?: ya casi la victoria, aun cuando empezara a desvirtuarse tal creencia.

No pasaron ni tres días de andar en lo que andaba cuando Patricia tuvo la dicha (en cierne) de encontrar a un antiguo pretendiente.

Uno de allá cuando púber. Un tal Valentín Peña, que le rogó en demasía durante varios años. Uno que, en su momento, le dijo que estaba dispuesto a dar la vida por ella: ¡qué loco fulano!, ¿o no? A lo que ella, sabiéndose soñada por él, pues nunca le dio el «sí», ni una ilusión a medias para tenerlo en jaque. Es que el muchacho era un poco tartamudo, y se peinaba mal, y casi era un enano, y aparte, para colmo, malcomido; no hablemos de su cara, que tenía por doquier blancuzcas espinillas a punto de reviente. Pero su alma ¿qué tal?: sus finos sentimientos, su entrega sin tapujos al verdadero amor. En fin, ahora (fue lo bueno): estaba muy cambiado…

Sí…

Creció unos seis centímetros tras cumplir veintiún años. De eso hacía años. Ahora lo maduro: treintón y pico, o por ahí, aunque lejos aún de tener esas típicas canas en patillas y sienes: las primeras, en cualquier caso, como ¿a los cuarenta?

Lo más destacable de Valentín era que lucía un corte alegre, algo descompuesto por moderno: pelitos parados con gel. También: ahora era más ñeque: brazotes y piernotas: trabajo de gimnasio a temprana hora:

casi-casi

intuirlo, y otra cosa su cutis: el prurito cabal de quitarse las grasas juveniles que tanto hacen sufrir a quien las tiene: no como adornos candes o lechosos que exciten a… ¡pues no!, nunca sucede…

Y… siguiendo en tal sentido: su voz cómo cambió: tosca, si

resonante, cual si envolviera ideas para espetarlas quedo como bagazos plácidos: tono inverso, más bien, como para hacer dulce cuanto fuese nombrando y abochornar a quien quisiera oírlo. Patricia ¿seducida? Los tientos del agrado aún no eran deseo, pero sí resabor por gusto a secas; tal vez más adelante se alcanzarían los grados de una propincuidad que deviniera un tibio contacto: y encanto y ahora sí… Antes debía imponerse lo pragmático: los «¿qué has hecho de tu vida?», el orden de frialidades para ir avanzando hacia lo emocional: lo del amor: tan enderezador o tan retorcedor: temor, dolor, ¿calor…? Bueno, para eludir ideosos sonsonetes, lo primero que con su voz Valentín le dijo a Patricia fue que estaba convertido en todo un electricista y, además, en todo un plomero… Que un negocio propio… No, todavía no… Pero que ya andaba en eso de arreglárselas para —¡ojalá!— nunca más darle cuentas a nadie… También le dijo que aún se conservaba solterito…

Ella, por su parte, no fue tan bruta como para soltarle lo del embarazo; tal noticia se la daría la próxima vez que se vieran. Y quedaron. El sitio: un cafecito mono de ese barrio, identificable por ambos: antigüedad recreativa, aún con olor a espliego. El nombre no importa, lo que sí que era gracioso por raro. ¡Mañana!: hacia el atardecer, como a las siete y media. ¿Juega?, e ilusión para ensanche mutuo: aunque, ¡claro!: cada quien con su mira retrucada. De él se infiere el afán: su sacrificio en cierne: el amor desde abajo; de ella puede inferirse nomás lo barragano: lo de «lo peor es nada», cual concierto fructuoso.

Quedémonos con ella, como es lógico (lógico, pues, aún dentro de un sueño con desvío, lo que parecía apenas), que en retirada adujo dos o tres cosas básicas. Cierto: Valentín era otro ¿ser? (cuestión de inventarlo): más seguro que antes y por lo mismo acaso mucho más insondable. Lo malo era el oficio confesado: un luchador de a tiro cuestarriba: electricista: uh, y plomero: ¡qué diantres! Futuro pian-pianito… Bueno, sí, pero de todos modos hay que asentarlo ya: lo de «lo peor es nada» tenía peso. Así que frente a frente un día después: ellos, ah, con ganas de mirarse de otro modo, no obstante que un búcaro de claveles artificiales, puesto en medio de la mesa, les estorbaba. En fin, la sinceridad entre ambos tenía que darse, dado que era el motor que crujiendo empujaba…

Dos cafés americanos cada uno se bebió: suficientes, como

suficientes fueron, digamos, los chiquiteos de sorbos útiles a modo de pretexto para arribar al punto de la empresa amorosa que asociaría a los dos interesados tal vez pasitamente: a cuentagotas lerdas conveniencias: abrir, abrir: y: yendo en orden establezcamos que de buenas a primeras él arrancó. *Tanto que te rogué. Tanto que te quise. Pero tú nomás no*. Y enseguida piropos zorroclocos, bergantes, e incluso pillastres o bohemios…

Y ante el zote revuelo indetenible, que se iba haciendo más y más meloso, con una frase dura Patricia metió freno: *¡Estoy embarazada!*, y enseguida su agobio resumido en forma de historieta, anteponiendo en seco lo del turbio ingrediente de la ausencia del padre; de paso, por supuesto, lo del apartamento: ¡suyo!, en tanto, y la alusión al tiempo transcurrido sin noticias de aquél: que si ya estaba muerto: ¡sepa Dios!, o que regresaría cualquier día de estos: por sus cosas, o sea: Patricia detallaba, a más se iba extendiendo porque el otro… este… bueno, hay que verlo mejor de otra manera: en vez de desilusionarse, ¡qué va!, su entusiasmo crecía, tanto como para plantear debidamente una propuesta asaz descabellada, la que vino más tarde, luego de un largo sorbo de café: final y acibarado:

—Mira, Patricia, ahora me doy cuenta de todo a todo por el trance que estás pasando y… este… yo… mmm… ¿cómo decirte?, bueno, debes saber que tú eres la mujer que yo más he querido y la que más me ha gustado en lo que llevo de vida. ¡Nadie como tú, Patricia! Y por lo que me cuentas… este… yo estaría dispuesto a asumir a tu hijo. De hecho, deseo que el padre verdadero esté muerto, para entrar al relevo y ¡para siempre!, o sea: dándole mi apellido. Bueno… este… ¿sabes lo que te estoy diciendo? Seré el padre sustituto, o el tutor, o como la ley quiera llamarme. ¡Fíjate!, ¿eh?, con tal de tener tu amor estoy dispuesto a cuanto tú me propongas: casamiento, paternidad, manutención, ¿cómo la ves?, mmm… pero, no sé si así me aceptes.

La levantada de cejas de la medio reina (ya) tuvo un par de adornos más abajo: un sonrojo y una lágrima, visos emocionales, quiérase tónicos, en señal de agradecimiento. Y es que tardó el «¿de veras?»: como forma de darle aire a un sacrificio que encerraba de principio a fin un tesón incomparable y:

—Ay, Valentín, ¿cómo no voy a aceptar? Eres un hombre fuera

de serie. Eres lo máximo… Un ángel que Dios me ha enviado.

—Soy el que te ama… Sí… Pase lo que pase.

—¡Caray!, lamento no haber podido apreciar todo lo que vales —¡qué mentirosa!— desde hace tantos años atrás.

Imaginemos, ahora sí, la boca buscadora de él en pos del pegue con la boca (tan fresca) de esa mujer ideal.

Ella: a la espera; próximo el ensalivamiento, de suyo, mientras tanto: síntomas de alucine y despeje de añejos desagrados: que las espinillas tiempo ha; que la enanez ¡hoy simpática!; que el asco generatriz de dejación: ¡oh deslinde!, por reconquista a contracurso… Y el beso pelotoso formulándose a poco: labios en acomodo hasta… mmm: ¡alto!: es que la posición… Para el reinicio de esa fantasía tan anhelada Valentín tuvo que cambiarse de silla: más cerca, más a gusto: con abrazo y movimiento de manos de ambos que —¡híjole!— se estaban calentando como para agarrarse a conteste lo de abajo y ¡pues no!, porque había gente inquisidora que no les apartaba la vista.

Entonces la interrupción: pudibunda, alerta, consabida relajación: donde respironamente cupieron cuñas de insulsez: él, sin ambages, se abrió de capa al decir que aún vivía en casa de sus padres: decencia o impotencia a estas alturas, con el añadido de que colaboraba con la manutención de… Era, considérese, un hijo ejemplar, pero viéndolo más a fondo: ¡qué hombre de veras tan bueno!, ¡un sacrificado fuera de serie! Empero, si se diera el caso de que se casara, pues hasta ahí la obligación con aquéllos, a bien de abocarse a su nueva vida: atrás la etapa insoslayable para entrar a otra crasa y definitiva: una trama de servil voluntad con su nueva familia ¡ea!: con un regusto que, bueno, ¿para qué añadir? En cambio Patricia, más dada a la indecencia, habló de su actual desprendimiento medianero: vivía en la mal que bien lujosa morada del ausente o, a lo que era lo mismo, tan a sus anchas como para entrar y salir a su antojo. Que el cambio de cerradura: una clave: sí: para entretejer la idea de que podía ser, a partir de esa vez, el nido de amor para ellos: *¡Vamos!, ¡ándale!* —le dijo— *¡Allí nos cachondeamos sin problemas!*, porque de llegar el ausente no habría respuesta interior, dedúzcase que el susodicho se vería forzado a ir a la busca de un cerrajero y en ese interín Valentín saldría espichadamente. De suyo, lo escondido y perverso de ese

plan (¡ojo!, no confesado por Patricia), era que dándose tal cual lo descrito, ella optaría por el padre verdadero: preferible endenantes, y, si no, ya aseguraba la paternidad ingenua de… Pues bien, vino la propuesta lujuriosa: ir: el amor lúbrico allá: horas de invento ganoso en cueros. ¡Ya… la urgencia! Y Valentín pagó la cuenta y…

62

La lubricidad duradera propiciadora del abandono de ambos. Tradúzcase —en sí— la molienda sexual, menos fingida de ella y más crédula de él. O sea que sin más ni más allí se quedaron. Ensayarían de sobra su pornografía: comiendo poco —¡qué le hace!— porque los besos y los metimientos alimentaban. Pura eventualidad, ¡entiéndase!: esa encerrona que abarcó un poco más de cuarenta y ocho horas. Que si el mundo rodaba sólo afuera, en el limbo de acá la actividad se hacía como un nudo de piña o ballestrinque. Sus corazones-sapos normaban la delicia de saberse muy juntos: comunión oprobiosa, tanta que ¿para qué acordarse —siquiera por desgaste— de que sus padres estarían preocupados? Cuatro padres que ¡uy! Pero Valentín y Patricia acabaron por dormirse abrazados: eso ocurrió la primera noche. Ellos de frente: casi beso durable, pero no, no fue así, más bien a un tris sus bocas, sus narices: durable cruce de respiraciones. Ergo: en arranque su amor tan perfilado y muy en encobije. A la mañana siguiente sonó el teléfono: ¿quién?, ¿Roberto?, pensó la cachonda, no contestar, ¡no!, ni de chiste. Valentín temblaba, obvio, por lo que reforzó la negativa: *No contestes. No ahora*. Más tarde otros timbrazos… pero la negligencia… Y otros más (un agobio): como a eso de las doce de aquel día que caía un tremendo aguacero… Ah, ni ganas… Sin embargo, por ahí de las dos, cuando ya había amainado el agual infeliz: toquidos en la puerta —¿quién sería?—: ¡vaya tosca insistencia! Pronta la aclaración: *Patricia, ¿estás allí? Ábrenos, por favor, somos tus padres*. No, tampoco. Es que el amante oculto, sustituto. Lo peor en avalancha si… uh, procurar no hacer ruido: acá adentro: ¿de a-cuer-do? De hecho, la pareja, desnuda ¡por supuesto!, se arrinconó abrazada: trémula, asustadiza: en algún quicio allende: el más oculto: seguridad en sí, hasta que los de

afuera renunciaron… por fin ningún porrazo: no frases, no palabras: intuición de retiro al taz a taz: si Patricia, acechante, suputando —¡qué diantres!—: camino hacia la puerta y ¡sí!: se fueron, debieron fastidiarse. Sin embargo, más tarde otros golpes más fuertes, cada vez más: ¡horror!, y la sentencia a plomo: *¡Salga quien esté allí! Soy el propietario de este apartamento. Vengo a cobrar la renta… Si en dos días no me paga, con todo y muebles lo echaré a la calle*. Se apresuró Patricia (uta): a ponerse calzones, zapatillas, vestido; que su pelo rizado en desarreglo: para ello eran sus dedos (peneques de por sí) que ahora servirían para un bruto acomodo de peinado (que casi). Bueno, en esos momentos el propietario estaba escribiendo una nota asaz explicativa, misma que deslizaría por… pero justo Patricia abrió cuando…

—¿Quién es usted?

—Soy la mujer de Roberto Pastrana.

—¿Y él no está?

—No. Salió de viaje.

—Supongo que oyó lo que le dije.

—Sí… este… Mire, pasado mañana tendrá la renta, sin falta. Venga a esta hora. Aunque… ¿cuánto debo pagarle?

—¡¿No lo sabe?! Son ocho mil pesos.

—Cuente con ellos y, de veras, no se preocupe.

—Está bien… Aquí nos vemos el miércoles, no me vaya a fallar.

El cálculo de tiempo: ciertamente: con anchura y apriete, según quiera mirarse… aunque… ganas de un plante; cuantimás sendas ganas de hacer muy a propósito un paréntesis, dando largas de a tiro, sólo para saber de cabo a rabo hasta dónde llegaba la dizque valentía de ese engendro indeseable: a ver, a ver: que sacara los muebles el pendejo… Luego la solución: lo de hecho extraído casi entero del monto disponible para —¡ojalá que sí!— el fandango nupcial, al menos prescindiendo, ya al tanteo, de una posible música de orquesta, o un grupo guapachoso, o lo que fuera en vivo. Muy aparte quedaba (por fortuna) lo del vestido blanco (cada vez más lejano) de noviecita diva ¿purísima?, ¿lozana?… eso, empero, más suyo, que ni qué, aunque ¡híjole!, ahora todo el monto pareciera inseguro estando en manos de ese Aníbal Raña… Y por lo pronto la relajación: el amor otra vez, por ser cosa bonita. Bonita el hambre incluso, más si se considera que a ninguno de ellos se le

antojó bajar a comprar tortas, mínimo dos, más con sus dos refrescos, y de postre gansitos: otros dos, ¿o flanes? Pero no; y a cambio sí el ahínco del amor-nutrición para toda una noche: las ansias satisfechas: a expensas de los jugos de sus cuerpos: entrampe en metimientos y solturas hasta quedar sin fuerzas y dormirse ahora sí dándose sus espaldas a la buena… Gran descanso y la cosa ¡¿qué sueños con enredo?!… mmm… Dejemos esa rastra para irnos de lleno a la vigilia de ambos. Ruptura tempranera, la cual por momentánea no sería más que un viso de tensión —eso sí— a favor del deseo. Entonces: que si un acuerdo en friega, ¡bah!, se volverían a ver hasta en la noche, como a eso de las nueve, a bien de darse a todo tren sus modos de besuqueo y ensarte. Y mientras tanto imaginemos ya sus idas deliciosas hacia su barrio pobre, mas por distintos rumbos ¿en principio? De subida la ida, la de él mucho más, es un decir, y entiéndase el porqué. De Patricia su logro: demasiado a cercén, habida cuenta de lo indefinido de estar jugando al tedio o con la mira de sacar un empate, ¡qué valentía aterida!: de suyo: el contrapunto: el amante de ocultis, que así se conservara hasta nueva sorpresa. Mente occidua, la de ella: no decirle a sus padres ni pizca de esa treta, tenida al fin y al cabo cual venial cambalache… PARA SIEMPRE… Y lo otro, ¡caray!: el dineral forzoso: la descarga y ¿qué hacer? Ocho mil pesos, ¡órale! En efecto, la explicación entrecortada la dio a la mesa la hija (por fin aparecida), mientras sus padres chiquiteaban atole y tragaban tamales, ella lo mismo, pero en doble ración, en virtud de que el feto también estaba hambriento.

Bueno, adelantemos la culminación: Aníbal Raña no tuvo más remedio que sacar los billetes un poco entristecido: los contó despacioso para no equivocarse: ocho mil: helos, pues: billetes de quinientos, de doscientos, de cien: despedida con cauda: *Así que es de renta el apartamento de tu futuro esposo*. La desgracia del «sí», proferida por la hija, debió sonar macabra. Por ende, se dio un cierre donde ninguno de ellos agregó un carraspeo, menos una palabra, más de rato ¿una frase? Sí, la madre la soltó: *Creo que no tienes suerte, hijita mía*. Frases no tan jodidas hubo algunas al momento que apareció Patricia cabizbaja y culposa: *¡¿Pues dónde te metiste?!* Anduve callejeando y hasta muy noche fui a dormirme allá. *Es que fueron dos noches*. Lo sé, pero es que ando muy triste.

Quería estar sola. Me cae que sí, de veras… De hecho, me siento sola… engañada, frustrada. *No pierdas la esperanza. Tú ve y paga la renta y luego ya veremos*. Quejas de más, por mor de más estímulos. También hubo cuantía de preguntas al canto: algunas incluso demasiado indiscretas, más aún las relativas al hijo por venir: que el planteo de un aborto y por ahí las otras, al respecto Patricia no tuvo una respuesta, pues no sabía ¡qué diantres!; hubo otras referentes a la visita del propietario de… *¿Cómo fue que te halló?, porque fuimos nosotros y no estabas*. Mañana, como a eso de las dos, se presentará el dueño. Si quieren conocerlo, ya saben cuál es la hora. Nomás no lleguen antes, porque yo no estaré. *¡No!, ¿a qué chingados vamos? Arregla tú ese lío*. Patricia habló de su necesidad de estar sola esa noche: en el apartamento: dormir sin más presiones que el hecho de pensar debidamente en lo que debía hacer y sin desesperarse. Sus ideas por delante, antes que las ajenas. Entonces se fue, metiéndose en la bolsa el monto de la renta. Los padres y su deje: sesgos de sensatez a la bartola. Libertad con premisa de un silencio pachucho. Entrampe con rastreo: astuta embarazada que vería a Valentín a eso de las nueve: noche de amor a pasto. Uh ¿que deseaba estar sola?, je, ¡tengan!, pues no. Y así fue que de ocultis perversamente el hambre de querer por querer al padre sustituto se dio con resabor inigualable, como si se tratara de un sucio vaciamiento. Luego el amanecer y las obligaciones de aquel electricista. Tenía algunos pendientes. Más en la noche: allí: de nuevo para ¡darle! En tanto imaginemos su adiós circunstancial, gozoso a todas luces… En fin… A la hora convenida llegó el dueño a cobrar. Valga sacar a flote lo último de ese encuentro: lo que espetó el maldito prepotente:

—La próxima vez que venga quiero que esté presente el señor Roberto Pastrana. De lo contrario, usted y yo tendremos que elaborar un nuevo contrato de arrendamiento, por lo cual de una vez le informo que será una renta más cuantiosa. Si usted se niega a firmar lo que le estoy proponiendo, entonces me veré en la necesidad de echarla con todo y muebles.

63

Puntual la agresividad: un atisbo para que ella cayera en cuenta de que no podía seguir viviendo por mucho tiempo en ese pequeño reino curro. Soga al cuello, días contados, semanas achicándose. Y aquél que no venía… quedándole entonces a ella la opción de volver más panzona al cuchitril familiar, a los apoyos míseros, porque, como se dijo, un aborto ganoso: lo moderno perfecto: ¡nunca! Y recapitulando mientras sacudía el polvo para luego barrer sin objetivo claro, Patricia repensó en la limpia propuesta de ese buen Valentín: el casamiento al bies y la manutención: aunque: ¿a base de migajas?, amén de que ella a diario debía verse obligada a echarle porras a ese equis segundón.

¡Viva la plomería y la electricidad!

Tú serás el mejor en esas lides.

Trabaja como burro y verás resultados lo más pronto posible.

Batallar positivo, pese a lo desgraciado que circunda y rebaja.

No un destino proclive a lo inmodificable, sino la gran codicia para vulnerar cuánto.

Negocios ventajosos, o corrupciones zorras, o tirarse a matar, o matarse en la brega, o como suene bien, con tal de liberarse de la calamidad de ser pobre hasta el fin.

Más de eso cuestarriba… Pero… sonó el teléfono: ¿quién diablos podría ser?, ¿Roberto?, ojalá sí, o quizá el padre de él, o su abuelo, a saber, ¿o quién carajos más? Contestar… ¿salvación? Temblorosa lo hizo. Sí, porque estando sola ¿qué perdía?

—Bueno.

—¿Con quién hablo?

—¿Con quién quiere hablar?

—¿Estoy hablando al apartamento de Roberto Pastrana?

—Sí, así es. ¿Qué se le ofrece?

—Perdón… pero… ¿quién es usted?

—Soy la mujer de Roberto…

—Ah, qué bueno que la encuentro. He estado llamando desde hace tres días y no hay quién conteste. Hablo de Ediciones El Faro, empresa en donde trabajaba el señor Pastrana. Mi nombre es Justino Macedo, soy el subdirector de la empresa.

—¡Uf!, ¡caray!, ¿qué pasa?, ¿dónde está Roberto?

—Me gustaría ir a verla. Seguro llegaré en menos de una hora, ¿me puede esperar?

—¡Claro que sí!, pero ¡¿Roberto?! Déme razón de él, no he tenido noticia.

—Aguarde. Le diré lo que sé. Voy para allá. Espéreme, por favor.

Ascua a punto de brote. Espera cual revés lerdamente maligno. A hilo la aspereza que habría de completarse para darle puntilla a una desgracia que ya estaba orillada, de algún modo. Lo bueno del asunto, sin embargo, era que Valentín llegaría hasta la noche. Tiempo sin atropellos: luido ensanche que ¡uta!… O sea que en una hora, o menos, habría cabal viraje: por allí o por allá, mas lo que fuera no hallaría tropiezo, mínimo desvío ¿no?: ergo: continuidad, tanta como para no ver nunca hacia atrás, y sí la correntía como merecimiento: tragedia constreñida al heroísmo de aferrarse a una idea para toda la vida: fuese errónea o certera… Menos lapso angustiante, de resultas, fue lo bueno del ascua —mientras tanto— de estar viendo las cosas como una animación descolorida; serían nomás quizá tres cuartos de hora cuando (lo emocionante): toquidos en la puerta, en vez de oír el timbre del interfón, cual debe, y revolteando ella apenas de travieso hacia algo elemental como ser —¿ya se intuye?—: ¿qué con el alto abajo?, ¿dónde andaba el conserje?, ¿por qué el paso tan libre de unos y otros?, ahora, sobre todo, de ese llegador: visita que sería de arcángel o demonio… Patricia abrió azorada. Invitación. Confianza, por despeje, a bien de, por lo mismo, soltar alguna amarra: la evidente del desconocimiento revisto en el palor de la cara de ella y:

—Siéntese, por favor.

—Antes que nada, permítame decirle que es un placer conocerla.

—Gracias… ¿No quiere beber algo?

—No… Tal vez más de rato. Es que…

—¡Dígame!, ¿qué pasa con Roberto?

—Lamento decirle que él murió.

—¿Cómo?, ¿dónde?

—Lo encontraron muerto en un hotel, uno que está en una playa distante… No me pregunte el nombre del lugar porque no lo recuerdo, pero de allá me hablaron… Ya le dieron cristiana sepultura.

—Pero ¿qué sucedió?

—Al parecer ingirió un montón de somníferos. Encontraron cuatro cajas vacías de un medicamento, creo que bastante tóxico, habiendo aún más dosis: la que seguramente Roberto iba a ingerir… La verdad, y me duele decirlo, no sé por qué motivo tomó la decisión de suicidarse.

—¡¿Cajas?!

—Sí…

—Mmm… Lo suponía… Ahora me queda claro que siempre fue un cobarde… ¡Maldito!, sí, caray… ¿sabe usted que estoy embarazada de él?

—Ahora lo compruebo… pero…

—Y, bueno, ¿por qué ahora usted me busca?, ¿qué sabe de mí?

—En nuestra empresa hay un empleado, de nombre Tomás Zúñiga, que era amigo de Roberto. Él, en principio, fue despedido por un error… En fin… La cosa es que lo recontratamos hace una semana, y él fue el que nos dio una información muy parcial sobre usted… Sí, que ustedes se iban a casar y que de hecho vivían juntos. A lo que voy es que como nosotros ya contábamos con la dirección y el teléfono de Roberto, por eso fue que la busqué…

—Pero él tiene parientes: están sus padres, su abuelo…

—Por lo que toca a su abuelo, debo decirle que también murió, claro, de muerte natural, allá en el asilo… me asombra que no esté enterada… y en cuanto a sus padres, la verdad que no tenemos ninguna pista de ellos. Ni teléfono ni…

—Yo tengo el teléfono de sus padres…

—Pero usted quedó embarazada de él, eso también me lo dijo Tomás Zúñiga.

—¿Y qué me quiere decir con eso?

—Que usted es la que importa…

—¿Cómo?

—Creo que usted debe saber que el libro que escribió el abuelo de Roberto, y que fue publicado por nuestra empresa, ha sido todo

un éxito de ventas…

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?, o qué buena o mala noticia me quiere dar, o a ver… este… ya me puso nerviosa.

—Que hay regalías… Bueno, le informo que hace tiempo le dimos una parte sustanciosa a Roberto, justo un millón de pesos. Pero como el libro se ha seguido vendiendo, se ha triplicado la ganancia. Esto es: hay tres millones de pesos en regalías, y como no tenemos a quién dárselos, son para…

—¿Para mí?

—Sí, para usted.

—¿De veras?

—Su hijo trae torta… trae buena estrella, ¿o no?

—Ay, señor, me va a volver loca, ¡loca!, ¡qué maravilla!

Justino Macedo extrajo de su saco el cheque con la cantidad dicha y las firmas de autorización correspondientes, entre ellas la suya. Sólo faltaba lo más importante…

—¿Quiere que le ponga el cheque al portador o a su nombre?

—A ver… ¡híjole!, al portador… ¿o qué me recomienda?

—Sí, está bien, así lo haré… Al portador, pero ¡cuidado!, no lo vaya a extraviar… es mucho dinero.

—No, ¿cómo?, lo guardaré bien, muy bien.

—Le sugiero que hoy mismo, o a más tardar mañana, abra una cuenta de cheques en un banco, el que usted elija, pero ¡hágalo!

—Sí, sí… ¡Muchísimas gracias!

—Bueno, me voy… Y, perdón, aún no sé su nombre.

—Patricia Raña, para servirle.

—Pues, le repito: ha sido un placer y, con permiso, no me queda más que desearle buena suerte… y ¡adiós!

Albricias perfilando una locura: ¡qué ganas de brincar y manotear! Gritos de desahogo: cuantos fueran mejor. De otro modo ¿qué hacer?, tal vez lo más prudente sería tener un gozo por lo bajo, siempre y cuando cobrara elevación: ¡sí!: altura que pretende lo innombrable: supuesto azar que elige. De ahí que el descuento ¿ambiguo?: desvíos accidentales ¡como en el ritmo delta!: por mor de ¿redenciones? Todavía lo faltante ¿era fiable aquel hombre?: dicho sea que se fue como un arcángel tras cumplir su misión. Airoso porte y vaporeo final (casi). Y acá, por consiguiente, un saldo venturoso. Un asunto zanjado, que visto más a fondo

permitiría afirmar (todavía más al sesgo o de plano trasero) que Justino Macedo, a fin de cuentas, no era un tipo tan gángster, como tampoco lo era el máximo jerarca ni otros de menor rango, o cuanta gente manejara a su antojo las cuantiosas finanzas de la dichosa empresa. Que les entraran culpas y que se redimieran: ¿cómo?: mmm: por ocurrir lo ocurrido: las muertes de… tales desvíos: (conjetura al vapor): todo lo que incidió en un causal benigno, esquivando cualquier codicia enferma. Luego lo resultante: la persona indirecta que no sabe ni qué: si trasunto en abstracto de un ensueño ulterior… a ver, a ver… mero retorcimiento que ha de tener cabida nomás en la vigilia, para bien ¿de travieso? Ah, le tocaba a Patricia, que ni qué.

64

Mañana la comprobación, en compañía de Valentín, a quien Patricia debía informarle antes que nada lo de la muerte de Roberto Pastrana, el padre cobarde, de resultas no verdadero viéndolo éticamente, ¿o cómo habría que verlo? Si por todos lados nomás lo relativo al semen, o bien, un equis semental que encontró en el suicidio el desvío más tajante: padre abstracto e inane, que le da chance a otro para que entre al relevo. Un relevo ejemplar, he aquí la paradoja, a quien le daría gusto que el otro hubiese muerto como murió ¡pues sí! Todo el olvido encima y todo el acomodo… Pero lo del dinero: riquillos de repente. Faltaban tantas horas para que Valentín supiera lo que acá nosotros ya sabemos, como también podemos suponer que Patricia a sus anchas, de suyo bien sonriente, hacía, si no castillos, casas en el aire, o si no pasatiempos agoreros o sutiles propósitos de enredo y desenredo.

Patricia no comió durante esas horas lerdas. Salió a la calle: lo necesitaba, y lo de paso: muy de plano al bies: con una mueca saludó al conserje (ese despreocupado). Metros de andanza: un rato: círculos en el suelo: a poco más flotantes bajo la nueva luz: triunfal de todas-todas, y el regreso de ella a su reducto cual si se escabullera de una cuantía de amagos. Allá escondido el cheque en una caja: ¿estaba todavía? Suspiro al verlo igual: los tantos ceros: áurea palpitación para tocarla al tiempo que decía: *No vayas a cambiar. No vayas a engañarme. Mantente, por favor*. Mas la riqueza ufana se hacía más lucidora. Crecía la cifra a fuerzas, ¿pero cómo?

Total que se hizo noche, pasaban de las nueve, y Valentín aún no. Un resto de minutos ex profeso. Sal. Inflación. Angustia. La no llegada: cruel incertidumbre. Y aquélla y sus asomos, hasta que buenamente…

De carne y hueso Valentín: ¡milagro!: allí… nomás para saber. Pronto el escurridero informativo expresado con hasta tosquedad, en salterio, digamos, debido a la emoción de estar narrando asombros. Más y más hacia atrás, queriendo ir a un origen (ella tartamudeaba) que por no hallarlo tan a cabalidad entonces lo futuro por tanteo: procura indiscernible, a fuer de los intentos de Patricia por querer conjugar lo triste (aquella muerte sucia, de por sí empastillada) con lo alegre afanoso de relieves sin cuenta, siendo esto último el grueso de la insólita nueva: misma que debería envolver a estos amantes zotes. Hablar del dineral sin más ni más: aunque: salvo buen cobro todavía. Sea que: depósito en el banco para ir a la segura… Mañana irían los dos.

La frase más enfática que soltó Valentín fue: *Ahora sí soy papá de todo a todo*. Y luego suspiroso: *Tenemos que casarnos. Ya no nos queda de otra. Dios nos está empujando*. Y lo de refilón: la millonada, que si definitiva para hacer del amor raíz, planta y floreo, o la dicha llevada a lomo, por decir, tomando un rumbo de color de rosa.

Rosado mirujeo (si cabe tal regusto a humo de pajas): mejor ver aquel cheque que estarse viendo ellos: largo tiempo: (su querencia, de suyo, para luego, porque habría horas de sobra para buenos agarres), a bien de especular lo que le estaba dando su reencuentro aquel día: ese viraje, pero también el tino: como sino de ambos: tal comunión, o sea: el uno para el otro y para siempre (¡asu!); sólo que aquella noche no hubo fornicación (uh), como era de esperarse. Su prudencia más bien desembocó en un acopio de delirios que sí, pero que ¡espérate!, ¿eh? El deslinde mañana, o pasado mañana, lo que le dijo quién a quién, y, bueno, se desvelaron por estar pensando en posibilidades que, ¡claro!, esperaban que sí. Y desde muy temprano, con ojos medio hinchados por el poco dormir, Patricia y Valentín se dirigieron al centro de la urbe. Allí había muchos bancos. Cualquiera que avistaran. Quepa decir que iban bien agarrados de la mano. Usaron metro, nada más, y no hubo ni un instante en que alguno de los dos pretendiera soltarse; así entraron a un banco y así hicieron el trámite.

Cuenta de cheques: lo más conveniente, a efecto de tener disponible el dinero. Pero: salvo buen cobro, o sea que hasta mañana. Tardada aclaración, habida cuenta que aquel día fue más

largo que el anterior y, entonces: tampoco aquella noche hubo encarame y besos lujuriosos y ensarte culminante. Sí sueño en ascuas como recompensa a su desvelo aciago. Pura grisura de ambos: imágenes borrosas y todas declinantes, amén de una carencia de anécdota feliz, o infeliz, o luida, o rara. De modo que otra vez al despertarse ir (en metro era más rápido), sólo que ahora abrazados todo el tiempo…

La aclaración, por fin… Eran riquillos ¡ea!

Saltarines salieron como niños festivos a esa intemperie saturada de ruidos. El abrazo seguía. Sin embargo hubo un alto. Frente a frente los dos para besarse en medio del trajín. Ninguno tuvo dudas al respecto. Buen apechugue y beso: largueza de invención sus tantos movimientos. Mas no hubo policía ni ciudadano que les dijera «¡épale!». Ridiculez gozosa ¿podría ser? Duración que chispeaba entre más se afanara; se afanó ensoñadora, cual si ambos se elevaran

(casi-casi).

Beso encima del mundo, por decir: y: el póstumo desvío: ¡vaya!: el gran dinero de *El sueño ayuda a la telepatía* vino a caer de lleno en aquella sirvienta, asimismo en el feto que pronto sería engendro y en el electricista Valentín: dos alivios sonrientes y uno aún hipotético. Pero ¿cuántas sonrisas pudiera haber de más? Habrá que imaginarlas.